OSVALDO BAYER

SEVERINO DI GIOVANNI

El idealista de la violencia






Osvaldo Bayer



Severino Di Giovanni
El idealista de la violencia





Transcrito, revisado, editado y compaginado por Sombraysén Editores.

Cualquier crítica, aporte o consulta, escribir a sombraysen@gmail.com



® Talleres gráficos F.U.R.I.A., Coyhaique, Patagonia 2009.-

Severino Di Giovanni
El idealista de la violencia

Osvaldo Bayer

I

Faccia a faccia col nemico

"Vivir en monotonía las horas mohosas de lo adocenado, de los resignados, de los acomodados, de las conveniencias, no es vivir la vida, es solamente vegetar y transportar en forma ambulante una masa informe de carne y de huesos. A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita de la rebelión del brazo y la mente."

(Severino Di Giovanni, 10-1-29)

El embajador italiano en Buenos Aires, Luigi Aldrovandi Marescotti, conde de Viano, espera en la propia escalinata del Teatro Colón al presidente de la Nación. Suenan aplausos. Ahí viene don Marcelo T. de Alvear acompañado por doña Regina Pacini. Detrás de él, los ministros del Interior, de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública.

Es evidente que va a resultar una gran fiesta. La colectividad italiana ha resuelto festejar con toda ostentación el 25º aniversario del advenimiento al trono de Victor Manuel III. Punto culminante será la gran velada artística en el Teatro Colón en la noche del Sábado 6 de junio de 1925.

Esa fiesta será una prueba para el embajador italiano. Primero, porque sabe que el propio Mussolini tiene gran interés en las repercusiones de su régimen en la colectividad peninsular en la Argentina, y segundo, porque hay que demostrar poderío y eficacia ante los otros embajadores que andan con remilgos ante el fascismo.

Lo cierto es que esa noche el Colón parece estar en la propia Roma. Todo está magníficamente organizado y con la ostentación propia de los actos fascistas. Cualquier intento de desorden será inmediatamente reprimido por la juventud camisas negras de la colectividad. La delegación del Fascio ha cuidado bien ese detalle.

La platea luce con sus mejores galas. Las damas italianas de la adinerada burguesía se han puesto lo mejor en esa fiesta que es la culminación de todo un día de actos. Se habla en forma engolada y se admiran los uniformes con muchos entorchados, especialmente de diplomáticos y militares. Los *bersaglieri* hacen suspirar a más de una dama cuarentona.

Al ingresar al palco presidencial, Alvear es recibido con una salva de entusiastas aplausos. Los jóvenes camisas negras, distribuidos estratégicamente, observan que todo está tranquilo. Es una verdadera fiesta de los buenos hijos de Italia.

De pronto, la banda municipal inicia la ejecución del Himno Nacional. Hay unción y circunspección. Todo el mundo de pie. La música viene a obrar como un bálsamo que calma la nerviosidad propia de los grandes acontecimientos. Termina la canción patria. Aplausos respetuosos. Pero ya arranca la marcha real italiana. Ahora sí, todo el temperamento meridional se desborda. Hay lágrimas en los ojos. La sangre arde en las venas de todos esos hombres reunidos a tanta distancia de la Patria. ¡Esos sones! La orquesta está más afinada que nunca. Se oyen las voces roncas. Todo el mundo canta. Es que Italia vive una época nueva. Ha renacido. Italia vuelve a Roma.

Pero parece que hay alguien que quiere hacer amargar la noche a esa gente tan entusiasta. Desde la platea se comienza a percibir como un murmullo que va bajando desde el paraíso. El embajador sigue cantando. No, no puede ser. Pero sí. El embajador despierta como de un sacudón cuando en medio de las voces cree oír claramente:

— *¡Assassini! ¡Ladri! ¡Matteotti!*

Todavía el embajador no está enteramente convencido. No, no puede ser. Sí, desgraciadamente, sí. Por delante de las narices de Luigi Aldrovandi Marescotti, conde de Viano, pasan centenares de volantes como una lluvia de papel picado. Ahora sí se oyen claramente los gritos:

— *¡Ladri! ¡Assassini! ¡Viva Matteotti!*

Toda la sala se ha levantado y mira hacia arriba. Siguen cayendo volantes. La orquesta continúa tocando pero ya nadie le presta atención. Ahora los gritos de *¡Assassini! ¡Viva Matteotti!* dominan. En el paraíso se está luchando.

El desorden ha surgido de la primera fila del paraíso. Son apenas ocho o diez que iniciada la marcha real italiana, han comenzado con los gritos y a tirar volantes hacia la platea. Los muchachos camisas negras no reaccionan con la prontitud prevista, precisamente porque no esperaban un ataque así. Apenas despiertan de su sorpresa, se lanzan con santa indignación contra los revoltosos.

Pero estos tipos se defienden bien. Hay un desparramo general; las filas próximas del paraíso quedan vacías, las mujeres gritan y los hombres huyen. Puñetazo viene y puñetazo va. Ya entran a tallar cachiporras traídas desde un rincón por los muchachos del Fascio. Pero los indóciles parecen tener la cabeza muy dura. Particularmente hay un rubio que se defiende como un león. Ha tomado un volante y con un vozarrón que debe llegar a la platea grita:

—¡Santificatori della monarchia Sabauda, avete dimenticato che proprio sotto il regno di Vittorio Emanuele Terzo, per grazia di e volontá... di pochi...!

En ese momento un camisa negra lo toma del cuello y lo arrastra por sobre las butacas. Pero ese muchacho rubio con abrigo negro tiene la fuerza de una bestia. De unas cuantas brazadas tira abajo a los que le tratan de dar puñetazos, cachiporrazos y patadas, se para en la primera fila y sigue:

—¡Re d'Italia, sorse, si alimentó nel sangue que l'accozaglia di brigante che si chiamano i Fascisti... con tutti suoi Dumini, i Filipelli, i Rossi, i De Vecchi, i Regazzi, i Farinacci... e che trova in Benito Musssolini...!

La lucha sigue sin cuartel. Hay un grupo de hombres que se golpean y se muerden en el suelo. Los revoltosos se defienden con uñas y dientes pero cada vez van llegando más refuerzos para los camisas negras. Los hombres de la tertulia y la cazuela se sienten en el deber de subir y poner orden en el paraíso. Jóvenes y viejos —éstos con bastones— suben las escaleras a tranco largo para dar su merecido a los perturbadores. También los bomberos y la policía intervienen. La orquesta trata de continuar pero sus sones son un poco menos marciales que al comienzo.

Algunos de los revoltosos van siendo reducidos. Entre diez o doce brazos, puños y bastones caen sobre las cabezas de los rebeldes. Pero el joven rubio vestido de negro sigue de pie en una butaca y continúa con sus varias veces interrumpido discurso:

— ... in Benito Mussolini le piú precisa e perfetta raffigurazzione di tutte le infamie. Glorificatori della monarchia appuntellata dal pugnale dei Dumini scriviti nella storia della Casa Saboya questo nome glorioso: ¡Matteotti!

El asunto ya no da para más. Unos brazos férreos toman al muchacho rebelde por el cuello mientras un camisa negra le da una y otra vez puñetazos en el ojo izquierdo. Cuando se lo llevan arrastrando por el pasillo, todavía puede gritar:

—¡Ricordate 700 assassinati nel 1898 dai cannoni di Umberto il Buono!

Todos querían pegarle, señores elegantes con rostros descompuestos de rabia y muchachos con expresiones de campo de batalla.

Finalmente, los diez atrevidos son reducidos y entregados a bomberos y policías. Los concentran en el hall de entrada y allí los esposan. Cuando llega el celular los hacen poner en fila india. Tienen que avanzar rodeados por una multitud indignada. Antes de subir, el rubio joven revoltoso le lanza un certero salivazo en el rostro a un tieso militar italiano con sombrero de *bersaglieri,* mientras grita:

— ¡Evviva l'anarchia![1]

Hemos reconstruido el episodio del Teatro Colón —sobre la base de las publicaciones de la época y testimonios de testigos presenciales— para mostrar el clima que vivía la colectividad italiana de la Argentina de esa época, profundamente dividida por las ideas políticas y la violencia, y también para mostrar el punto de partida de la actuación de un hombre joven que durante poco más de cinco años iba a aparecer constantemente en la crónica periodística.

El resultado del desorden en el Teatro Colón, para los hombres de Orden Social de la Policía, es el siguiente: diez detenidos y, recogidos en el lugar: *"dos macanas de madera, un bastón, una galera, dos chambergos negros y un par de lentes pinza con el aro derecho roto y faltándole el cristal derecho"*.[2]

De los diez detenidos, nueve se niegan a declarar qué ideología profesan y cualquier otro dato que el oficial sumariante les requiere. Sólo uno responde sin ningún problema: el joven rubio vestido de negro, que es el más golpeado de todos y presenta un ojo en compota. Sus declaraciones textuales son las siguientes:

"Que fue al homenaje al rey de Italia a repartir mil volantes en los que se trata de demostrar la funesta influencia que ha tenido la casa de Saboya y las fatales consecuencias que tendrá el gobierno del señor Mussolini".

Preguntado qué hizo en el interior del teatro, responde:

"Que cuando la banda tocaba la marcha Real Italiana arrojó al aire los panfletos, que cayeron a la platea, que entonces un sujeto que le había ordenado que se descubriera le aplicó un puñetazo en el ojo izquierdo y otras personas lo atacaron hasta que perdió el conocimiento".

Preguntado si conoce a los otros nueve detenidos: Nazareno Tirabassi, Antonio De Marco, Dionisio Di Giustini, Carlos Marchese, Santiago Sabatino, Albino Carpinetti, José Romano, Agostino Del Medico y Domingo Coliberti, contesta:

"Que fue solo al teatro pero que en el paraíso se encontró con otros antifascistas pero ignora sus nombres"

Preguntado de qué ideología es, contesta:

"Que desde hace cuatro años milita en el anarquismo".

Preguntado si propaga su ideología política, dice:

"Propaga el anarquismo por medio de conferencias o artículos publicados en diarios y revistas, especializándose en la crítica al actual gobierno italiano. Publicó notas en el periódico anarquista 'L'Avvenire' órgano de la colectividad anarquista italiana".

Preguntado si cree en la violencia como medio para cambiar la sociedad, contesta:

"Que repudia todo acto que significa violencia estando su modo de pensar más próximo a Tolstoi que a Ravachol".[3]

Preguntado si forma parte de alguna entidad sindical, dice:

"*Que no forma parte de ninguna sociedad gremial porque es antiorganizacionista*"

Por último señala que es de profesión tipógrafo y que trabaja en la imprenta de Polli en Morón. Tampoco tiene inconveniente en decir que se domicilia en Yatay 1389, de Morón.

La policía está un tanto confundida. No está acostumbrada a que un detenido ideológico reconozca con tanta franqueza su filiación política. Ese hombre de 24 años, de simpática presencia, de rasgos atractivos ha respondido las preguntas con un dejo de desafío, como si estuviera seguro de que en su ideología está la verdad.

No tiene inconveniente en firmar su declaración y lo hace con letra firme: Severino Di Giovanni.

Aunque la detención de Severino Di Giovanni no tiene como motivo un delito, sino una reyerta entre connacionales de una colectividad extranjera, los hombres de Orden Social lo catalogan ya como *temible agitador anarquista*. Es que en ese hombre hay una convicción y una firmeza que a los perspicaces ojos policiales no se les pasa por alto.

Aunque hace sólo dos años ha llegado de Italia, habla el castellano fluidamente y con poco acento itálico. Había nacido en Chieti, hijo de Carmine Di Giovanni y de Rosaria Duranti —en la región de los Abruzos, a unos 189 kilómetros al oeste de Roma— el 17 de marzo de 1901. "*De su niñez poco se conoce* —escribirá L'Adunata dei Refrattari', periódico anarquista de la colectividad italiana de Estados Unidos— *pero se sabe que de pequeño fue inteligente, vivaz, rebelde a la autoridad familiar, y que sus padres lo enviaron por cierto tiempo a un instituto de Ancona*."[4]

Estudiará de maestro, pero sin llegar a recibirse. Ejercerá, no obstante, en una aldea de los Abruzos. Hay pocos maestros en Italia; la guerra ha cegado la vida de muchos hombres y se echa mano a los jóvenes —poco más que adolescentes— para cubrir los puestos de la vida civil que van dejando los que caen o los que marchan al frente en ese último año de la guerra.

Severino, mientras tanto, aprende en sus horas libres el oficio de tipógrafo. Y lee, lee mucho: Proudhon, Bakunin, Reclus, Kropotkin, Malatesta, Nietzche, Stirner.

De la violencia de la guerra mundial vivida en su adolescencia —una guerra triste y miserable en la que los italianos son metidos de rondón— pasa al periodo más violento aún de la posguerra, que culmina con el advenimiento del fascismo. Es el momento en que se terminan las garantías individuales. Todo lo que es oposición es barrido por los *squadristas*. Al antifascista se lo humilla hasta el hartazgo: la cárcel, el exilio, la pérdida de su subsistencia, la *bastonatura*, el *olio di ricino*, cuando no el asesinato. Galeazzo Ciano, el arrogante favorito de Mussolini, describirá bien el ambiente de esos años con su famosa frase: "*Il popolo bisogna tenerlo inquadrato e in uniforme della mattina a la sera. E ci vuole bastone, bastone e bastone*".[5] Severino Di Giovanni, ahora sin empleo, abandona Italia. Esto ocurre en 1922. Ya se ha casado con Teresa Masciulli, una sencilla muchacha a quien siempre Severino llamará Teresina. La boda ha sido algo repentina. Ella, prima de él, era la encargada de llevarle la comida. Una noche, la muchacha no pudo regresar por una fuerte tormenta y tuvo que quedarse con él. Suficiente para que, de acuerdo con las leyes no escritas de la región, debieran casarse para que Teresina no quedara deshonrada. Ella era mayor cuatro años que Severino. Los Di Giovanni eran tres hermanos varones y dos mujeres. Severino viajará a América del Sur, Alejandro a Francia y José y las dos mujeres quedarán en Villamagna.

Severino y Teresina recalarán en San Pablo, Brasil, y allí, en Santa Ana, él trabajará en la cosecha de maíz. En ese lugar nacerá la primera hija, Laura. De Brasil regresarán a Italia donde emprenderán el definitivo viaje a la Argentina.

En mayo de 1923, Di Giovanni, su mujer y su hija Laura llegan a bordo del vapor *Sofía* al puerto de Buenos Aires. Fueron a vivir a Ituzaingó. Allí, en media hectárea y con un motor a nafta para el agua, Severino cultivaba flores que vendía en el mercado de abasto al por mayor y también al menudeo, por rama.

Severino conseguirá luego un puesto de tipógrafo y comenzará a trabajar en el taller de Polli, en Morón. A partir de ese momento Di Giovanni hará la vida común de los obreros politizados de aquellos tiempos. Llegó a ser un buen obrero gráfico especializado: por lo general trabajó de tipógrafo pero también fue linotipista, de noche participaba en reuniones anarquistas o con grupos antifascistas.

Severino y Teresina componen un matrimonio prolífico: en 1924 nace la segunda hija, Aurora, y un año más tarde, Ilvo.

"L'Italia del Popolo" —diario liberal-socialista de la colectividad italiana— del 31 de enero de 1931 describe al Di Giovanni de esos años así: "*En las reuniones distribuía o vendía diarios y revistas de tendencias anarquistas y hablaba para expresar su desacuerdo con los oradores. Para él, el antifascismo organizado por todas las tendencias engañaba a las masas y por eso inició la publicación de un periódico libertario llamado 'Culmine'. Lo escribía, lo componía y lo imprimía el mismo, en sus momentos libres, robando horas al sueño* (...) *Cuando lo conocimos era un hombre sencillo, con un rostro agotado de muchacho a quien no siempre le alcanza para comer. Vestía más que humildemente, como un obrero común: saco y pantalón que a primera vista demostraban un prolongado uso, camisa sin cuello, un echarpe alrededor del cuello, gorra a la cabeza y las clásicas alpargatas proletarias* (...) *Al Capone* —continúa el diario italiano, y esta frase es alusión a un editorial de 'La Nación' donde comparaba a Di Giovanni con el gangster norteamericano— *no se veía por ningún lado. De rasgos bien conformados, rubio tirando al castaño, tez ligeramente rosada, tenía en sus ojos —de color azul mar— una luz intensa, casi febril...*"

Antes de comenzar con ese verdadero periplo de la violencia que protagonizará Severino Di Giovanni a lo largo de cuatro años —con toda su gama de crueldad, romanticismo, leyenda, valentía y ese algo indefinido que linda entre lo increíblemente delictivo y la apasionada justicia por propia mano (un jefe de Orden Social de la policía cometerá la *gaffe* de llamarlo moderno Robin Hood)— queremos referirnos al carácter y la psicología de este hombre, previamente a que comience su persecución implacable. Porque durante sus últimos tres años de vida vivirá acorralado, y un hombre acorralado por la sociedad ha de reaccionar en forma muy distinta que cuando goza de una vida legal.

Alberto S. Bianchi —periodista de "La Antorcha" y clásico orador anarquista de las décadas del 20 y del 30, quien conoció precisamente a Di Giovanni en ese periodo anterior— nos lo ha descrito gráficamente de esta manera: "*Di Giovanni era como un vino espumante italiano en el momento en que se descorcha: desbordante, entusiasta, activísimo. De atractiva presencia, su pasión era, terminada su jornada de labor, continuar con el plomo y la tinta para expresar sus ideas, ya sea en sus volantes o en sus publicaciones propias, en las que se gastaba su propio dinero. Lo recuerdo alimentándose con algún sandwichito mientras acomodaba letras, en largas noches de febril trabajo*".

Donato Antonio Rizzo, administrador en aquel entonces de "La

Antorcha" nos lo ha descrito cuando concurría al taller de la calle Rioja 1689: "*Cuando lo conocí, Di Giovanni trabajaba en el taller del Banco de Boston. De allí casi siempre se traía algo, especialmente tintas, para que el costo de su periódico 'Culmine' no fuera tan elevado. El hacía todo el trabajo. Lo escribía en su mayor parte, paraba las letras, lo armaba y finalmente hasta hacía la expedición. Era de esos hombres que lo quieren hacer todo porque si no creen que nada marcha. Se olvidaba de comer en sus interminables horas de trabajo. De vez en cuando mascaba algún pedazo de pan duro que encontraba por ahí mientras seguía embebido en su tarea. Su carácter era impetuoso y reaccionaba espontáneamente, sin cálculos. Vestía humildemente, pero en forma correcta. No era hombre de interesarle su apariencia exterior*".

En "L'Adunata dei Refrattari" de Nueva York se dirá: "*Quien lo recuerda en la época en que todavía no estaba prófugo, sabe con cuánta pasión se dedicó a la propaganda de las ideas libertarias y recuerda que si bien era impetuoso, la jovialidad de su carácter le hacía ganar amigos y compañeros*".[6]

Pero la clave está en esto: Severino Di Giovanni era por encima de todo, un autodidacta. Su letra, por ejemplo, no es la de un obrero sino la de casi un calígrafo. Y cuando se convierte en periodista, su estilo será turbulento, arrollador, sin rodeos, directo. Escribe claro, es un tanto imitativo, pero su lenguaje es periodístico, interesante, sabe muy bien cómo dirigirse a sus lectores.

Poco después de iniciarse como tipógrafo tomó contacto con un grupo de anarquistas antifascistas que editaba "L'Avvenire", *Pubblicazione Anarchica di Cultura e di Lotta*, que dirigía Camilo D'Aleffe e integraban Ricucci, Cortese, Tibiletti, Tirabassi, Di Guistini y Aldo Aguzzi, este último, también exiliado del fascismo, era de todos ellos el teórico más capacitado.

La primera vez que aparece Severino en ese diario —bajo el seudónimo de N. Donisvere— es en la lista de contribuyentes con un aporte de cinco pesos, que en aquel tiempo era mucho dinero (es decir, en general, los aportes iban de 0,50 centavos a un peso mensuales), y el primer artículo que escribe es bien significativo ya de su futura acción. Es del 1º de julio de 1924 y se titula "¡Delenda Cartago!" Y lo inicia así: "*Destruyamos a Cartago. ¡A la Cartago moderna, esa de los ricos, de los curas y de los militares! Este debe ser el grito de los rebeldes y el lema de la revolución social. El grito del errante fatigado, del hambriento que se consume en la inanición, de los sedientos de justicia, de los caídos por su justa crítica, culpables de rebelión*". Y luego va repitiendo: "*¡Destruyamos a los Tartufos! ¡Destruyamos las cuevas de los tiranos! ¡Destruyamos las cortes, sean monárquicas o*

republicanas! ¡Destruyamos los cuarteles! ¡Destruyamos los tribunales! ¡Y destruyamos también la iglesia!". Y va explicando en cada caso los males que todas esas estructuras de la sociedad han traído al ser humano.

Es un canto a la rebelión que el joven inmigrante firma con todo su nombre: Di Giovanni, SEVERINO.

Aunque él está más interesado en mantener sus contactos con los anarquistas italianos que con los argentinos, la división de éstos en Buenos Aires lo envolverá en toda su tragedia.

Los ácratas argentinos —cuyos grupos constituían el conglomerado más importante de América latina y eran los herederos de una gran tradición de lucha sindical y de esclarecimiento cultural— estaban enfrentados entre sí. Los *protestistas* por un lado (con su diario "La Protesta" dirigido por los españoles Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán) y los *antorchistas* por el otro (con su periódico "La Antorcha", y con Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí, como ideólogos, el último fallecido prematuramente, pero cuyas ideas siguieron teniendo influencia por muchos años). Además de estos dos grupos de acción más bien teórica, estaban los anarco-sindicalistas agrupados en la FORA, y los gremios autónomos. En una palabra: "La Protesta" y la FORA venían a conformar el ala moderada del anarquismo argentino, mientras que los gremios autónomos y el grupo de "La Antorcha" representaban el ala izquierda del movimiento.

El grupo de "La Protesta" era, sin duda, el más importante, y la tenencia de máquinas de imprenta le permitía editar en forma diaria su publicación sin ahogos económicos. Tenía verdadera solidez administrativa. Sus hombres estaban contra la acción violenta y predicaban más bien la educación y el esclarecimiento. De cualquier manera, el movimiento anarquista argentino había comenzado su lenta y amarga decadencia; las luchas internas se multiplicaban.

Además, actuaban los grupos italianos, integrados casi todos por peninsulares de inmigración cercana, que llevaban la marca común del antifascismo. Entre ellos subsistía la división entre anarco-comunistas (casi todos malatestianos) y los individualistas. Entre los primeros, los más destacados eran Carlo Fontana —que redactaba la página italiana de "La Protesta"—, Aldo Aguzzi, quien dirigía "L'Avvenire", y Camilo Daleffe, quien se separará de "L'Avvenire" para publicar "La Rivolta". El anarquismo individualista, que había tenido gran impulso a fines de siglo, volvió a renacer con la publicación de "Culmine" de Severino Di Giovanni.

Si bien para la sección Orden Social de la Policía de la Capital, Di Giovanni pasa a ser prontuariado por el desorden en el Teatro Colón, para la policía bonaerense era ya conocido por haber sido protagonista el 25 de octubre de 1924 de un tumulto en una asamblea de trabajadores.

Este episodio demuestra que Severino comienza a interesarse por los problemas del movimiento obrero. Veinte días antes, había suscrito una declaración del grupo "L'Avvenire" de enfrentamiento con el grupo de "La Protesta" y la FORA. Será el principio de una diferencia profunda. Todo comenzó en el seno del Comité pro Presos y Deportados —dominado por la derecha del anarquismo— que excluyó de su seno a alguno de sus integrantes. El origen era ideológico: los hombres de "La Protesta" y la FORA no querían ayudar a quienes caían en la cárcel por haber cometido *expropiaciones*, es decir, delitos contra la propiedad o falsificación de dinero. En cambio, "La Antorcha" sostenía que no había que hacer diferencias entre compañeros de ideas. El grupo italiano —sin querer entrar en la polémica entre los dos voceros del anarquismo argentino— toma la posición de "La Antorcha". "La Protesta" decide entonces no publicar más los anuncios de "L'Avvenire". Como reacción, en un documento que firman los italianos se señala que no aceptan la *excomunión* lanzada por el *anarquismo oficial argentino*.

En el mismo número de "L'Avvenire", Di Giovanni publicará su segundo artículo —esta vez con el seudónimo de Giovanni Rolando— titulado "El fascismo y el Papado", donde hace un análisis de las relaciones entre Mussolini y el Vaticano. Dice que no hay que dejarse engañar por ciertos ataques del fascismo contra algunas propiedades de la iglesia. La verdad —señala— es que el fascismo no puede mantenerse sin el apoyo del clericalismo. Y que fue el Papa y luego la Casa Real de Saboya los que han dado su bendición para que Mussolini pueda gobernar.

Severino se hará en ese tiempo un constante colaborador de "L'Avvenire" y, en el número del 20 de octubre de 1924, en un artículo titulado "Giacomo Matteotti: el gigante del martirio" clama venganza por el asesinato del socialista italiano a manos de los fascistas. En ese artículo se nota cuánto amor tiene por la tierra que tuvo que abandonar. Dice: "*En la patria de Garibaldi y de Mazzini, en la patria fértil de héroes puros y creadora de los arcángeles de la liberación, de la poesía sublime, de la escultura fantástica y de la pintura encantada; en la cuna de dos culturas que conquistaron al mundo: aquella de Roma y aquella de Cristo. En esa tierra elegida por la naturaleza y por el genio como edén del mundo, las turbas que*

claman por un nuevo Medioevo, han hecho del delito el más fastuoso emblema de la proeza". Y prosigue denunciando la alianza de la Iglesia católica con el nuevo régimen. Este artículo lo firma con uno de sus seudónimos preferidos: Nivangio Donisvere, que es un anagrama de su propio nombre y apellido.

Dos semanas después, escribirá en el mismo periódico una semblanza del escritor Anatole France, que había fallecido en Tours el 12 de octubre. Es un bello artículo titulado "El artífice de la ironía", donde señala que su muerte es una gran pérdida para "*la gran familia del intelectualismo plebeyo rebelde*". La nota está fechada en Ituzaingó, el lugar donde cultivaba flores.

En el número del 5 de noviembre de ese año, Severino interviene en una polémica acerca de un tema que fue permanente para él: el amor. Allí sostendrá que un anarquista que se casa por la iglesia con una muchacha al solo efecto de allanarle dificultades a ésta ante su familia, no comete ningún pecado contra la idea. Señala que la idea libertaria es como una coraza que resiste todos esos detalles sin importancia. Lo principal es llegar a la plenitud del amor con su amada. Y finaliza diciendo: "*No es un delito sacrificar una fruslería de prejuicio y convencionalismo anarquista por un amor inmenso, más cuando en el amor grande e infinito está basada la anarquía misma*".

Así como era libre y amplio en las relaciones humanas, así era de intransigente en cuanto a la lucha contra los explotadores y los limitadores de la libertad. Para él no tenía importancia si un compañero entraba a una iglesia para ver obras de arte o hacerse bendecir, lo importante era si ese compañero se comportaba fiel y constante en la lucha contra los enemigos. Si se movilizaba ya, si salía a la calle, si en su mente llevaba el concepto de revolución. Para él la teoría debía llevarse a la práctica de inmediato. No aceptaba métodos dialécticos, ni circunstancias propicias, ni situaciones maduras, ni políticas *realistas*. El sistema social es injusto, los poderosos son ladrones comunes que roban a los trabajadores, la policía está integrada por delincuentes armados y protege el dinero de los poderosos. No queda otra cosa que robar a los poderosos para devolver el dinero a sus legítimos dueños, hay que destruir a la policía, a los militares, a los poderes constituidos; todo lo que está al servicio de la clase burguesa. Y todo esto no se consigue con las buenas palabras y las conferencias. Se consigue con las armas, con la violencia de abajo. Terror contra terror. "*Faccia a faccia col nemico*"

titulará Severino una sección de ese periódico propio que ya pergeña en su cabeza, al que le pondrá "Culmine", es decir, la "Cúspide", la "Altura", la "Cima" de los anhelos de amor, de libertad, justicia. Por todo esto, Severino ya comienza a molestar hasta en ciertos círculos anarquistas donde, bueno, se quieren los cambios, pero sin tanta prisa.

II

Por Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti

"¡Demos fuego a la dinamita vindicadora!"

(Severino Di Giovanni, 1-8-27)

"En el reino de los pájaros" titula Severino un artículo que redactó en Villamagna, cerca de Chieti, lugar donde vivió sus primeros años, y que terminó de redactar en Ituzaingó. En él demuestra su versación sobre las costumbres del cuclillo, el pájaro que pone sus huevos en los nidos de otro para que se los empolle. El autor lo compara con los parásitos fascistas que se fueron criando en los nidos de otros partidos.

En esos días, Severino dejará las flores para comenzar a trabajar en un pequeño taller de imprenta de Morón, como obrero gráfico. Además —si bien colabora siempre en "L'Avvenire" con artículos de análisis de la situación de su país— comienza a sentir que ese periódico no representa totalmente su pensamiento. El es individualista y siente admiración por aquellos que actúan por su cuenta. Por eso, en el segundo aniversario de la muerte del individualista italiano Renzo Novatore, le dedica un artículo pleno de poesía en "L'Avvenire", cuya redacción advierte que "*el compañero Donisvere comparte la idea de Novatore*".

Renzo Novatore se llamaba Abel Ferrari y nació en Arcola, en 1890. Siendo adolescente fue acusado y encarcelado por el incendio de la iglesia de N. S. Degli Angeli. Por negarse a ser soldado en la primera guerra mundial fue condenado a muerte. No se entregó y vivió en la clandestinidad. Sostenía que los desertores no debían emigrar a Suiza sino luchar en el propio territorio italiano contra la guerra, con la propaganda oral y actos de violencia. Después del armisticio, en 1919, fue apresado en el motín de La Spezia y condenado a diez años de prisión. Amnistiado, protagonizó actos subversivos hasta que fue asesinado por los fascistas en 1922. Era poeta y narrador. Sus libros más conocidos son *Mi individualismo iconoclasta*, *Al disopra dell'arco* y *Verso il nulla creatore*. De él escribirá Severino: "*¡Era el barrilete inaccesible, la sublime voz precursora, el heraldo centáureo de la rebelión, de la hercúlea fuerza pensante!*

Creador magnífico de belleza y poseedor del delirante amor supremo!

El, Renzo Novatore, el tribuno desafiante de la acción y el firmamento de la poesía demoledora de lo grotesco, de la honda que castiga a la injuria y a las onanistas pompas verbales.

Siempre a la acción por la acción abrazó la senda de la lucha con esfuerzo titánico y, alcanzando la cima, cantó su victoria con lírica violencia, superando valerosamente la extenuación.

Y en la marcha, era robusto y hermoso, a la luz del alba que llega, besado por el sol naciente y por la capa amplia de azul, entre la selva profusa de maravillosas conquistas, queridas por él, tocado por el verde inexplorado, pionero de la victoria".

Luego explicará sus luchas y su caída: "*Y la lucha llegó. Lucha otoñal, con latigazos de viento gélido. Pero el que la desea, la enfrenta. Heroicamente. Hasta que cae como el alférez de la vida nueva, esforzándose por tener en alto su llama. Y con la muerte conquistó su última victoria. Calla su lira rebelde mientras la llama brillante se erige en el foro construido con sus manos.*

Silencia su lira rebelde y el grito precursor sacia una vez más nuestra necesidad de su poesía.

Renzo Novatore, el Hércules inmolado en pro de la acción libertaria".

En esta página pareciera Severino profetizar su propio destino. Para él, Renzo Novatore es un modelo. Imitará su suerte, lo superará; él también tendrá un final italiano, a toda orquesta, pleno de colores y desgarramientos.

En el verano del '25, la lucha antifascista le ocupa todas las horas libres. En esos meses, funda el grupo *anárquico individualista Renzo Novatore* que, como tal, entra en la "Alianza Antifascista Italiana".

A las 8.30 de la mañana del 1º de mayo de 1925, los antifascistas italianos comienzan el acto del día de los trabajadores en el salón 20 de Setiembre, de Alsina 2832. Los oradores serán: Severino Di Giovanni, por el "Gruppo Anarchico Individualista Renzo Novatore"; Aldo Aguzzi, por el "Gruppo Anarchico 'L'Avvenire'"; Luigi Zanetti, por el "Grupo Comunista Italiano"; Guiseppe Pellegrini, por "L'Unione Proletaria Reduci di Guerra"; Romeo Gentile, por la "Lega Metallurgici"; y Clemente Daglia, por el "Sindicato Edili Italiani". En ese acto ya se notan las diferencias de concepto que había en la lucha antifascista.

En abril, Di Giovanni había publicado un artículo titulado "Proudhon y Marx, Bakunin y Mazzini", en el que se notan las lecturas y el estudio teórico que había efectuado en los últimos años y que lo habían llevado definitivamente a adoptar las teorías libertarias.

Pero bien pronto los acontecimientos lo iban a sacar de la mera

teoría. Comenzaba la gran agitación por la libertad de Sacco y Vanzetti, de la cual —en Buenos Aires— Di Giovanni iba a ser uno de los principales protagonistas.

En junio, publica en "L'Avvenire" un artículo por los dos anarquistas italianos condenados a muerte en los Estados Unidos bajo la falsa acusación de haber participado en un asalto a pagadores de una fábrica de South Braintree. En el artículo, Di Giovanni convoca a la unidad para coordinar las acciones en la Argentina por la libertad de ambos compañeros de ideas.

Pero la campaña es interrumpida ya que, un día después de la publicación de su artículo, Severino protagoniza los incidentes del Teatro Colón, que no sólo indignan a la colectividad fascista italiana sino al propio presidente Alvear y a todo el gobierno radical. Di Giovanni recuperará la libertad muy maltrecho por los golpes. Pero eso no lo arredra; al contrario, su actividad pública y periodística seguirá en aumento.

"L'Avvenire" comentará el acontecimiento del Colón como un gran triunfo bajo el título "El comienzo de un nuevo periodo en la lucha entre fascismo y antifascismo". "*Para comprender la importancia del tumulto* —dice— *que perturbó la payasada sabaudo-fascista, es necesario tener en cuenta dos cosas. Primero, que al teatro Colón concurrió la... flor de la burguesía italiana en este país y que se encontraba presente el presidente de la República Argentina, doctor Marcelo T. de Alvear. Segundo, que el fascio local, después de miles de inútiles tentativas, esperaba apoyar los pies en la solemnidad de la manifestación para poder plantar sólidas raíces y llevar a cabo en la Argentina —una tierra donde los emigrados y los exiliados se cuentan no en miles sino en millones— los postulados... imperialistas del fascismo.*

Si su estúpida y cobarde agresión —señala más adelante— *hubiera tenido éxito; si sus cachiporras y sus mazas hubieran podido caer fácilmente sobre nuestras cabezas, si los anarquistas a los cuales se quería hacer descubrir al son de la 'Marcha real' no hubieran tenido el gesto decidido del rechazo y no hubieran usado el derecho de legítima defensa, los 'squadristas' del núcleo local de zulúes hubieran cantado una nueva victoria. Y contando con el miedo de los trabajadores hubiesen proseguido tranquilamente con su intento de hacer de la Argentina una colonia del Sacro Imperio Fascista*". Luego de denunciar que los anarquistas fueron señalados a los fascistas por la policía argentina, expresa que ocho compañeros recibieron heridas en la cabeza, de objetos contundentes, y que once fueron detenidos.

En nota aparte denuncia que la policía argentina del gobierno

radical se ha puesto a disposición de la policía fascista. No le basta —dice— con haber detenido, prontuariado, fotografiado, encasillado del primero al último antifascista en la Argentina "*como si fuéramos delincuentes en regla, esos que con su gesta hacen la delicia de los cronistas de los periódicos burgueses*", sino que además "*no podemos más movernos, comunicarnos, reunirnos, sin tener a nuestro costado algún 'ángel custodio' vestido de honesto ciudadano*". Se pregunta por último: "*¿Es que también la Argentina está por convertirse en una colonia fascista?*".

En el mismo número que Severino —con el seudónimo de "Descamisado"— ataca a un artículo del fascista Francisco Aliotti —publicado por el periódico argentino nacionalista "Voz Nacional"— aparece por primera vez un aviso que anuncia la publicación de la revista "Culmine". Severino ve cumplido su sueño. "*Esta nueva publicación* —dice el anuncio— *aparece en bellísimo formato y en una presentación inusitadamente elegante, con material seleccionado y variado material. Es digna de ser recomendada*." Su editor será Severino Di Giovanni y su administrador, Luis Tibiletti. La redacción se halla en Perú 869, departamento 25. Un conventillo de San Telmo.

El primer número sale el 1º de agosto de 1925. Realmente es como lo dice el aviso: la revista tiene una presentación cuidada. Todos los folletos y libros que editará después Severino tendrán esa característica: cuida minuciosamente la parte estética. El abono por un año cuesta 2,50 pesos, es decir, algo más de veinte centavos por número. El dibujo de la tapa es un hombre desnudo que trata de llegar a la cúspide de una montaña. Se denomina "revista anarquista". Ha dejado de lado la palabra *individualista*. Y se puede decir que, dentro del pensamiento libertario, es bastante pluralista. "*Ascenderemos la cuesta* —dice el editorial— *con la fuerza de los músculos y los destellos del pensamiento, unidos con todos aquellos que poseen una mente fértil, sana, abierta y un corazón palpitante a todo acto bueno y leal.*

Sabemos las enormes dificultades que vamos a enfrentar pero nos empuja una fuerza secreta que, unida a muchas esperanzas, se alimenta en esa fe grandísima que es la anarquía.

Y para la realización de esa, nuestra aspiración, confiamos aún más, en las fuerzas y el entusiasmo de los compañeros de buena voluntad".

La primera nota de la nueva revista está dedicada a Kurt Wilckens: "Dad flores al rebelde caído". Está firmada por Severino Di Giovanni y es un emocionado homenaje al obrero alemán que mató al teniente coronel Varela, fusilador de centenares de obreros patagónicos.

"Bello y terrible, bueno y vindicador, lo recordamos nuevamente en este segundo aniversario de su desaparición. Gloria, ¡oh Kurt Wilckens, héroe valeroso!". Comienza así el artículo, resultaba premonitorio que el anarquista italiano le dedicara las primeras página a un vengador.[7]

En el primer número trae un artículo de Upton Sinclair: "Libertad a Bartolomeo Vanzetti, el poeta del canto al porvenir". El escritor norteamericano relata su entrevista con el condenado a muerte en la prisión de Charlestown. Señala que Vanzetti le pidió un libro italiano. Un libro que tratara sobre el modo de escribir versos. Quería escribir un canto para animar a los trabajadores de Italia. Sinclair finaliza: *"Yo digo a los trabajadores de América: ¡arrancad del patíbulo a este hombre, dadle un libro de prosodia italiana y dejad que componga su 'Canto al porvenir'!"*.

En la revista colabora Aldo Aguzzi, la contrafigura de Severino, partidario del trabajo de organización y pacifista. No hay rivalidades entre ellos, a uno le falta lo que tiene el otro, y viceversa. El pacifista necesita al rebelde que no pone la otra mejilla cuando lo abofetean, y el rebelde necesita al pacifista para comprender el mundo futuro que desea.

En casi todos los número de "Culmine" habrá una poesía o una prosa poética de Severino. En el primer número publica "Grito nocturno" y es un canto a la naturaleza: el sol, el ocaso, la noche. Aquí muestra el rebelde una sensibilidad extrema, un ansia de vivir y de amar todo y rápidamente, como si adivinara que los días y las noches que iba a poder ver eran ya de un número muy limitado.*

La danza orgiástica y fáunica de colores, sentimientos e impresiones sensuales —típica influencia de Nietzsche— no abandonará la cabeza del joven italiano. Sus poesías y su prosa poética irán adquiriendo más plasticidad y coherencia en el curso de los años. Las publicará no sólo en "Culmine" sino también en numerosos periódicos italianos del extranjero, casi siempre con el seudónimo de Giovanni Rolando o Nivangio Donisvere. Y esas imágenes también se encontrarán en sus cartas de amor.

Además de "Culmine", Severino llena sus horas libres con la organización de una biblioteca circulante de habla italiana. Crea también la librería "Culmine" donde se ofrecen a bajo precio revistas,

---

*Poema excluido. (Nota de los editores)

periódicos y libros, entre ellos las revistas "Satanás", "La universidad libre", "Il Martello". Los primeros libros científicos y filosóficos ofrecidos —a precio de costo— son: Kropotkin: *Memorias de un revolucionario*, Nietzsche: *El Anticristo*, Bakunin: *La comuna y el Estado*, Darwin: *El origen de la especies*, Stirner: *El único*, William Morris: *La tierra prometida*, Eliseo Reclus: *La historia de un arroyo*, Malatesta: *La anarquía*. Pero además, ya se aventura como editor, primero, de opúsculos. El primero en ver la luz es *Ensayo sobre la revolución*, del libre pensador italiano Carlo Pisacane; más tarde proyecta doce folletos de *Temas subversivos* del pensador francés Sebastián Faure. Y no abandona un tema que para él es fundamental: el amor y la emancipación femenina. Así publica —siempre en forma muy cuidada— el opúsculo *Discusiones sobre el amor*, de Armand. El precio del opúsculo es de diez centavos y va "*a beneficio total de la prensa anarquista y de las víctimas políticas de Italia*".

Voluntarista al extremo e individualista al servicio de la humanidad, así podríamos definir el pensamiento de ese joven de 24 años.

En ese noviembre de 1925 desaparece "L'Avvenire" y Aldo Aguzzi decide ayudar a Severino en "Culmine", que del formato revista pasa a uno más grande, de periódico. De "Culmine", los anarquistas italianos de Estados Unidos escribirán en "L'Adunata dei Refrattari", en la biografía publicada después de la muerte de Di Giovanni: "*Los compañeros recuerdan que, si como obra literaria no tenía grandes pretensiones en sus columnas las ideas se defendían con pasión y sinceridad absoluta, y con coraje verdaderamente fuera de lo común. La agitación por Sacco y Vanzetti —con la conmoción de grandes masas del pueblo que se volcaba hacia las plazas en demostraciones— imponía el problema de la acción insurreccional, de la que Severino Di Giovanni sostenía abiertamente su necesidad*".

Así es, la condena a muerte de los dos anarquistas italianos había conmocionado a los trabajadores de todo el mundo. Jamás un hecho de esta naturaleza tuvo tanta repercusión. Los diarios, sin distinción de tendencias, dedicaban titulares en primera plana a la marcha del proceso. Se hacían mitines de protesta sin distinción de ideologías, se formaron centenares de comités "Pro Sacco y Vanzetti". Se vivía pendiente de las declaraciones de jueces y testigos. Tanto en Buenos Aires como en las grandes ciudades durante muchos meses el tema del día fue el juicio a los dos obreros italianos en Estados Unidos.

En nuestro país se puede decir que durante un año y medio la acción de los anarquistas y de los anarco-sindicalistas estuvo dirigida a la protesta y a exigir la conmutación de la pena de muerte.

Di Giovanni tomó muy a pecho el caso Sacco y Vanzetti. En el número seis de "Culmine" de febrero de 1926, ocupa el título de primera plana: "¡Protestar, agitar siempre!". El proceso pasó en revisión el 11 de enero de 1926 por un plazo de tres meses. "*'Culmine' aparece por eso con retardo porque esperó para comunicar más detalles a sus lectores. Esto representa para Sacco y Vanzetti tres meses de inenarrable martirio y de espera. ¿Y para el proletariado? ¡Tres meses de lucha! ¡Protestar! ¡Agitar siempre! Toda la Argentina debe reanudar su actividad ¡La protesta debe centellear con más vehemencia que nunca! ¡Ni un día de reposo! ¡Salvemos a Sacco y Vanzetti! ¡Pensemos en Sacco y Vanzetti! ¡Pongamos término al martirio de Sacco y Vanzetti! ¡Los anarquistas italianos deben ponerse ya mismo a la vanguardia! ¡Sólo la acción proletaria puede salvar a Sacco y Vanzetti! ¡Ninguna fe en la justicia si la justicia no es vigilada por nuestras fuerzas! En cualquier parte, en todo momento, en los grupos, en los sindicatos, en las asambleas, en los actos públicos, en la ciudad y en el campo, reclamemos la libertad de los dos anarquistas. ¡Hoy, o nunca! Porque mañana será demasiado tarde. Los límites de la agitación son estos: ¡su libertad! Hasta que Sacco y Vanzetti no sean liberados, hasta que no se reconozca su inocencia; ¡protestemos, protestemos, protestemos! Ellos nos lo reclaman. Recordad su grito: '¡Oh, gente de trabajo, salud! ¡Viva la revolución social!'*".

Di Giovanni explica a los lectores en ese número por qué "Culmine" ha abandonado el formato de revista para adquirir el de "*un periódico de batalla*". Lo hace para satisfacer "*más eficazmente las exigencias de la propaganda anarquista entre los trabajadores italianos en la Argentina* " y porque "*sentimos la necesidad de comunicar a todos los compañeros, italianos o no, nuestros propósitos. Decimos italianos o no porque 'Culmine' quiere romper con la costumbre de los anarquistas italianos que hasta ahora se han aislado sin poder salir de su ambiente particular*". Por último señala los propósitos del periódico:

"*1.- Difundir las ideas anarquistas entre los trabajadores italianos.*

2.-Contrarrestar la propaganda de los partidos políticos seudorrevolucionarios, que hacen del antifascismo una especulación para sus futuras conquistas eleccionarias.

3.- Iniciar en el medio de los trabajadores italianos agitaciones de carácter exclusivamente libertario para mantener vivo el espíritu de aversión al fascismo.

4.- Interesar a los trabajadores italianos en todas las agitaciones proletarias de la Argentina.

5.- Establecer una intensa y activa colaboración entre los grupos

anarquistas italianos, los compañeros aislados y el movimiento anarquista regional.

Este es nuestro programa, compuesto de palabras simples, al cual dedicaremos toda nuestra actividad."

Su prédica no se conforma sólo con Sacco y Vanzetti. Las páginas de "Culmine" están sembradas de recuerdos para los luchadores presos o muertos en la lucha. Por ejemplo, el caso de Vincenzo Capuana. Este anarquista fue sorprendido en Nueva York cuando se alejaba con una valija del edificio del "Corriere d' America", diario fascista de Estados Unidos. En la maleta había una bomba. Capuana dice la verdad: pensaba lanzarla contra ese periódico. No la arrojó porque había unos niños jugando en la acera. Ante el juez Taylor reafirma su primera versión y señala que lamenta muchísimo no haber podido realizar el acto. Fue condenado a siete años de prisión para luego ser deportado a la Italia de Mussolini. Severino agitará para que se libere al preso.

Acerca de la muerte del antifascista Piero Gobetti escribirá: "*Bueno y bello como un arcángel. Del arcángel tenía el don de la anunciación. Joven, frente a su vida, con un jardín de rojas rosas por recoger, ha muerto Gobetti, el guerrero glorioso de 'La revolución liberal', el impávido desafiante de las ráfagas, la fuerza juvenil que desencadenó mil batallas contra el régimen! Una vida, una realización, una tragedia. El héroe de las Termópilas y los hermanos Gracco han encontrado un compañero. Ellos fueron los últimos en besar la frente del anunciador de 25 años*". (El 5 de setiembre de 1924, Piero Gobetti había sido agredido en Turín por *squadristi.* Las ideas de Piero Gobetti serán después adoptadas en parte por el grupo antifascista de "Justicia y Libertad" fundado por Carlo Roselli que no descartaba la acción violenta y directa para combatir al fascismo.)

Con respecto a la muerte de Giovanni Améndola escribirá: "*Améndola, el hombre de Salerno, víctima de la represión fascista, quien como una golondrina herida abandonando el nido devastado, buscó aires más balsámicos y puros para curar sus miembros fracturados. En cambio murió y con su inmolación renovó el martirio de Matteotti. Silencioso, casi en secreto, firmó su página de oro y desapareció...*". (Giovanni Améndola sufrió la primera *bastonatura* de los fascistas en diciembre de 1923. Dos años después, cerca de Pistoia los fascistas lo rodean y golpean bárbaramente, falleciendo en Cannes, exiliado, el 7 de abril de 1926.)

En febrero de 1926 "Culmine" apoya al grupo de "La Antorcha" y va entrando así, poco a poco, en la polémica entre las dos

alas de los libertarios locales. El apoyo consiste en respaldar el boicot de "La Antorcha" al vespertino "Crítica", por haber sido asesinado un canillita de apellido Pintos quien había iniciado un movimiento reivindicatorio. "Culmine"" acusa al diario "Crítica" de ser órgano de la camorra y durante varios números traerá como volantas: *Boicot a 'Crítica'*.

1926 será el año de los atentados contra Mussolini. Ya en noviembre de 1925 se había descubierto el complot de Tito Zaniboni, socialista y famoso tirador, quien quería eliminar físicamente al dictador. Es detenido antes de lograr su propósito y en Italia se origina entre los fascistas una ola emocional de obediencia al Duce. El jefe de los *squadristas* de Bolonia, Arconovaldo Bonaccorsi le telegrafía a Mussolini: "*Me ofrezco como verdugo para decapitar al detenido*". Ese telegrama arranca aplausos en todas las regiones italianas. Hasta los intelectuales moderados pierden el estilo. Es el ejemplo del ex ministro de Instrucción Pública, Balbino Giuliano, profesor y cultor de los estudios históricos y religiosos, quien también telegrafía al jefe fascista esta breve frase: "*Yo también me ofrezco como verdugo*".[8]

El 7 de abril de 1926, una mujer atenta contra el Duce. Le dispara un tiro que apenas le produce un raspón en la nariz. La autora es una noble inglesa, de 62 años de edad, Violet Albina Gibson. Los anarquistas siempre lamentaron que el tiro de Violet Gibson no hubiera dado en el blanco, habría sido un gran ejemplo que precisamente una mujer matara a ese dictador que le gustaba mostrarse como el más viril de los jefes de gobierno.

Mussolini —después del atentado— prosiguió su camino hasta el congreso científico que debía inaugurar, pero al llegar, ante decenas de médicos que se agolpaban ante él solícitos y presurosos —a pesar de que sólo tenía un raspón superficial— les dijo operísticamente: "*Señores, vengo a ponerme bajo vuestro cuidado profesional*". Ese mismo día, las paredes de toda Italia aparecían cubiertas con esta frase: "*Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme (Benito Mussolini)*"

"Culmine" dedicará este título en la primera página de su número siete: "*Violet Gibson, la generosa... loca, que con heroísmo admirable atentó contra la vida de Benito Mussolini, y que con su gesto nos dio a nosotros una severa admonición. ¿Sabremos tenerlo en cuenta?*".

Ante el crecimiento de la resistencia antifascista fuera de Italia, el gobierno fascista promulgó la ley sobre los exiliados italianos con graves penas para aquellos que con su acción "dañaran a la patria". "Culmine"

será uno de los primeros periódicos de la resistencia que juzgará esas leyes y señalará que después de esto se acabaron las treguas. "*El antifascismo* —dice— *no ese diletante, malhablado, protestatario, sino el activo, que quiere llegar a la revolución de la mente y del brazo por obra de reivindicar la libertad perdida, concluirá, debe concluir con la conspiración. La conspiración por todos los medios con quienes tengan el mismo fin para alcanzar*".

Esta frase define los próximos pasos que tomará Severino. Y una actitud que llevará a separarse a Aldo Aguzzi de "Culmine". Aguzzi todavía creía en el pacifismo.

El domingo 16 de mayo de 1926, a las 10 de la mañana, "La Antorcha" realiza en el Teatro Boedo un acto por Sacco y Vanzetti al que concurren más de 250 personas. Hablan Rodolfo González Pacheco, Martín Alvarez y "*un tal Cuello*", como informará "La Nación". Por los italianos lo hace Carmelo Fredda. Pero habrá un orador fuera de programa, que toma la palabra sin que nadie se la haya otorgado: es de nacionalidad italiana y —dicho finamente por "La Nación"— "*habló en términos fuera de uso*". Es Severino Di Giovanni que exige no tantas palabras y más acción, "*más acciones individuales*", "*más violencia*".

Es un buen final, espontáneo, para un acto de agitación. El orador desconocido se gana la simpatía de los concurrentes más jóvenes y de los más ardorosos.

Ese orador espontáneo no se queda en las palabras. Severino comienza su peligroso viaje del cual no podrá retornar más. Lo iniciará esa misma noche. Un ensordecedor estruendo sacude el barrio norte. Minutos después de las 23 horas de ese domingo estalla una poderosa bomba en la puerta de la embajada de Estados Unidos, situada en Arroyo y Carlos Pellegrini. El boquete abierto es de tal tamaño que los policías que acuden presurosos pueden entrar por el mismo al interior de la embajada. El escudo de Estados Unidos va a parar al medio de la calle. Los balines de la bomba rompen las botellas de las estanterías del almacén de enfrente. Concurren de inmediato el jefe de policía, Fernández; el comisario de órdenes, Echeverry; y el jefe de investigaciones, Santiago, quienes piden excusas al embajador estadounidense Peter A. Jay.

El artefacto ha sido hecho con dos balas de cañon fabricadas en San Lorenzo. Los motivos del atentado están a primera vista: forma parte de la campaña por la liberación de Sacco y Vanzetti.

El gobierno radical no quiere quedar mal con dos gobiernos amigos: Estados Unidos e Italia, e inicia de inmediato la represión. La

policía secuestra el número de "La Antorcha" donde se incita a la lucha por Sacco y Vanzetti, allana la redacción, taller y administración y se lleva presos a los redactores Horacio Badaraco y Rodolfo González Pacheco, a los tipógrafos Lombarderi y Cicorelli y a los armadores Cunioli, Nicoloff y Furnarakis. El procedimiento no se hace por cierto con suavidad. Luego es allanado el Comité pro Sacco y Vanzetti, en Rioja 1689 y se llevan al *conocido ácrata* Carlos Ravetto. En Ombú 2452 de Valentín Alsina, donde vive el secretario de agitación de dicho comité, Pedro Faberio, entra la policía, revuelve todo, hace levantar a toda la familia no respetando a una hijita enferma y se llevan libros, papeles y al padre. A Carmelo Fredda, el viejo italiano que había hablado en el acto, le pasa lo mismo. Horas después, la acción policial toma proporciones inusitadas: se inicia el allanamiento de los cuatro locales más grandes de sindicatos obreros anarquistas. En el de Bartolomé Mitre 3270 se llevan a setenta obreros presos y —según la policía— "*un tarro de alquitrán y bombitas eléctricas para ser arrojadas contra los frentes de las casas*".

Pero el jefe de Investigaciones no busca bombitas de alquitrán. Busca a quien puso el artefacto infernal en la embajada amiga. Y un *tira,* en su informe del acto del Teatro Boedo, describe a un italiano joven, rubio, que ha prometido él solo llenar de bombas la ciudad. Hay que buscarlo y encontrarlo.

Severino Di Giovanni no se cuida. Al contrario. Después de la bomba se dirige a terminar la edición de "Culmine" para que salga inmediatamente. en la primera página titula: *"Cara a cara con el enemigo"* y dice: "*Un generoso, uno de esos que surgen cuando la reacción está en el máximo desahogo de su sadismo, ha dado la señal. Una bomba ha explotado en la embajada de Estados Unidos. ¡Es la señal de la lucha!¡El delito contra nuestros dos compañeros, será vengado!¡No esté segura la casta burguesa norteamericana!*". Luego, en otro título se lee:*"¡Todo está perdido! Estando el periódico en máquina nos ha llegado la noticia de que la Suprema Corte de Justicia ha negado la revisión del proceso a Sacco y Vanzetti. TODO ESTA PERDIDO. Así es el texto del telegrama que nos arroja en un instante en la más dolorosa desesperación. El crimen, que fue detenido cinco años, esperamos que no sea permitido por los compañeros. Es un desafío que la clase capitalista nos lanza y, como tal, lo recogeremos. ¡Tengan cuidado los verdugos!"*.

Mientras tanto la Liga Patriótica con Manuel Carlés a la cabeza está atenta. La entidad nacionalista integrada por la flor y nata de la

juventud del barrio norte y por los egresados de colegios religiosos, y que tuviera decidida actuación en la represión obrera de la Semana Trágica y del levantamiento de los peones rurales patagónicos, no se ha quedado dormida en los laureles. Está lista para aplastar nuevamente a los anarquistas y a todos aquellos que sustentan *ideas antiargentinas*. Por eso, ocurrido el atentado contra la embajada estadounidense, la Liga se pone de inmediato a disposición del representante norteamericano. En ese sentido a los pocos minutos de la explosión, el joven Emilio R, Casares (h) que vive a pocos metros del lugar del atentado es el primero en acercarse al embajador y repudiar el hecho. Por eso, el embajador norteamericano enviará la siguiente nota al doctor Manuel Carlés: *"Exprésole mi reconocimiento por la eficaz e inteligente ayuda tan rápidamente prestada por don Emilio Casares (h) a los pocos minutos de ocurrida la explosión. Felicítolo por su admirable organización que le permitió acudir con su ayuda inmediatamente después de cometido el ultraje, el cual, según mi convicción personal, ha sido instigado por perniciosos elementos extranjeros y nunca por ciudadanos de la gran República Argentina"*.

Orden Social pide la colaboración de la embajada italiana para que se le envíe una lista de los anarquistas italianos más peligrosos que han venido últimamente a la Argentina.[9] En esta lista está Severino Di Giovanni, a quien los fascistas nunca perdonarán lo del Teatro Colón. Y para la policía será muy fácil dar con Di Giovanni. El mismo, en su primera detención, no ha tenido inconveniente en dar su domicilio de la localidad de Morón. Y allí sigue viviendo. No quiere pasar a la ilegalidad. El cree que está en su derecho hacer lo que hace. El 19 de mayo es allanada la habitación de los Di Giovanni, cuando éste iba a salir para el trabajo.

Toda la familia duerme. El despliegue policial es desusado. Entran con la brutalidad característica de esos menesteres, destrozan la puerta entre los llantos y el susto de niños y vecinos, revuelven y rompen, cargan centenares de libros y folletos y así terminan con el sueño de Severino de la biblioteca circulante. A él se lo llevan preso.

La *razzia* se complementa en Rosario, donde son detenidos los anarquistas Federico Mauro, Opizzi, Lavarello, Olcese, Freyre y A. Pérez. A los tres primeros los remiten a Buenos Aires.

De todos los detenidos dos la van a pasar especialmente mal: Severino Di Giovanni y el obrero gráfico Cicorelli, de "La Antorcha". Según denuncia pública estos dos han sido castigados en los calabozos del Departamento Central, donde los tienen durante siete largos días sin

tomarles declaración, como ablandamiento previo. Recién lo hacen el 26. Todo esto a pesar de la tan alabada democracia de don Marcelo T. de Alvear. Pero es que aquí se juega mucho. Está el prestigio internacional de la Argentina. La embajada de Estados Unidos espera atenta los resultados. Por eso la policía acude a sus mañas para descubrir el hecho, y comete *muy a pesar suyo* esas pequeñas transgresiones con las libertades individuales. Las declaraciones de Severino ante la policía tienen el mismo carácter objetivo y breve de siempre: "*Sí, fui detenido al salir de mi domicilio*".

Preguntado por su profesión, dice: "*que desde hace dos años se dedica a editar como periodista el periódico 'Culmine' del que es propietario*." Preguntado si participó del mitin pro Sacco y Vanzetti en el Teatro Boedo dice: "*que presenció el mitin desde la puerta del local sin entrar al mismo*". Preguntado qué ideas sustenta, responde: "*que simpatiza con el ideal anarquista*". Preguntado si ha participado del atentado contra la embajada de Estados Unidos, responde: "*no*".[10]

El 28 de mayo los anarquistas detenidos proclaman la huelga de hambre por el "*abuso de la policía*" y en "*solidaridad con los compañeros Severino Di Giovanni y E. Cicorelli*". Después de cinco días de no "*haber probado ni una miga de pan*" —como informara después "Culmine"— salen todos en libertad "*un poco débiles pero con la sonrisa de satisfacción entre los labios. La sonrisa de la promesa será para nosotros, nosotros que hemos emprendido la fiera lucha contra la tiranía de todos los poderes y de todas las vejaciones. ¡Adelante, adelante, que conquistaremos otra vez la victoria!*".

Severino está nuevamente en libertad, pero tanto el comisario Santiago como el jefe de la policía creen firmemente en la culpabilidad de ese hombre que lo mira siempre con desafío y desprecio en cada una de sus respuestas.

Mientras tanto, el "Comité pro Sacco y Vanzetti" no se ha quedado dormido. Organiza un acto en Plaza Once. Pero la policía actúa rápidamente y detiene a uno de sus organizadores: Giuseppe Romano, conocido como *Ramé,* uno de los jóvenes que luego acompañará a Severino en casi todas sus actividades.[11] Al no poder hacerse el acto en dicha plaza, se lo convoca en el salón de Loria 1194. Pero "*la policía* —como informará después "Culmine"— *envió un verdadero regimiento de cosacos, cerrando todas las vías adyacentes al local para impedir el acceso al público. Los que intentaron pasar fueron detenidos, entre ellos los compañeros Capellazzo y los hermanos Nardini*".

Después de su detención, Severino trabaja día y noche y logra editar el número 9 de "Culmine" que llevará el título: "TENGAN CUIDADO LOS VERDUGOS DE SACCO Y VANZETTI". Y llena la página con una verdadera proclama: "*Todos a reunirse, ¡oh, pueblo de todas las creencias rebeldes! ¡oh, iconoclastas intrépidos!, ¡oh, santa cruzada de la libertad! Allá, en el país de las estrellas oscuras se está cumpliendo el más atroz de los delitos infames. Dos desgarros de nuestra carne están por ser electrocutados. Dos corazones palpitantes del más bello entre los ideales. ¡A las armas!¡A las armas falanges de generosos, es la hora del supremo sacrificio!¡El verdugo ha preparado ya el instrumento de la muerte!¡A las armas! Valga este grito de guerra de nuestra guerra para reunir a los dispersos centinelas de la revolución de todo el mundo. Impidamos con todas nuestras fuerzas que se renueve una trágica ejecución como aquella de noviembre de 1887 en Chicago.*

QUERER debe ser nuestro lema en este momento de dolor. Con este grito iniciamos la más tormentosa de las agitaciones. Todos los medios están puestos en el campo de batalla. Está en juego nuestra dignidad revolucionaria, con el desafío que nos ha lanzado la ley, con sus códigos mentirosos, con sus asalariados prostituidos, con sus mastines —o chacales— lanzados contra nuestras huellas. No demos señales de renunciar que es este momento sería la bellaquería más repugnante. QUERER, QUERER, QUERER a toda costa, con toda la fuerza, hasta el agotamiento. Es necesario que en cada lugar se haga sentir el peso de nuestras manos más allá de nuestro pensamiento. Estamos en días de guerra, guay de nosotros si nos ponemos a descansar, sobre nuestras cabezas se volcaría la más infame de nuestras derrotas, humillándonos! ¡Carguemos nuestras espaldas, peguemos un salto sobrehumano y conseguiremos la más bella de las victorias!

Miles y miles de ojos de madres, de hermanas, de esposas; miles y miles de estremecidos corazones de artífices del trabajo, de científicos, de poetas del dolor y de la revolución se han vuelto hacia la América del Norte, donde dos héroes del ideal del futuro de los siglos sufren una agonía lenta: Sacco y Vanzetti.

Nacidos en este siglo, que presume de ser civilizado y humanista, en la tierra de Italia que se abre las venas en un loco sueño de grandeza brutal, ellos se hicieron heraldos de un amanecer menos doloroso para los pobres explotados de la otra parte del océano, que en las sofocantes minas, en los puertos, ostentan los andrajos de la miseria .

No obstante, de Colón hasta hoy, desde el pionero puritano al mísero trabajador italiano, la sangre y el sudor humano riegan las tierras de América. La inmigración formó la masa doliente para el coloso capitalista del país del dolar.

SACCO Y VANZETTI empeñaron contra el coloso una lucha a ultranza y sólo por esto los quieren suprimir. SACCO Y VANZETTI son dos

símbolos y por eso quieren voltearlos. La gorda sanguijuela yankee quiere saciarse con su sangre. ¡No lo permitamos jamás! ¡Aunque nos cueste cualquier sacrificio! Todo el pueblo, que trabaja y que sufre, que aspira a su redención económica y moral, educado en una conciencia nueva de derechos y, de deberes, con toda la generosidad de su espíritu, ese pueblo que ha dado al mundo los más sublimes rebeldes, ese pueblo que es todo, huracán y serenidad, venganza y amor, alegría y dolor, lanza su grito ensordecedor de advertencias: ¡LIBERTAD A SACCO Y VANZETTI!.

Las horas corren velozmente, cada segundo que pasa debe ser una catapulta lanzada violentamente contra la fortaleza de la reacción burguesa. No perdamos tiempo en discutir cómo y cuándo se debe actuar. Todo es bueno, cada momento es propicio. Seamos enemigos de las órdenes del día y de las asambleas llenas de demagogos: ¡ACTUAR, ACTUAR, ACTUAR, como el rayo, fuerte como el ciclón, potente como un cataclismo! Sin tardar más, como rabiosos, como locos. Con la rabia de la venganza y la locura del dolor, SACCO Y VANZETTI deben ser arrancados con violencia de las manos del verdugo, ya mismo. Las horas transcurren y nos llevan a la consumación de un crimen, epílogo de un trabajo urdido vilmente por el cual se ha logrado organizar la trama más pérfida que recuerde la humanidad. Pero esto no debe suceder porque al desafío hemos respondido: '¡TENGAN CUIDADO LOS VERDUGOS DE SACCO Y VANZETTI...!'

¿TODO ESTA PERDIDO? ¡TODAVÍA NO!"

Esta proclama redactada por el obrero gráfico Severino Di Giovanni es tal vez una de las más bellas páginas de los movimientos revolucionarios proletarios. El autor quería alertar que los poderes de Estados Unidos se proponían repetir la lección de 1887 en Chicago, cuando ahorcaron a los dirigentes huelguistas; esta vez habían elegido precisamente a dos inmigrantes italianos (las víctimas de Chicago —salvo una— también eran extranjeros). Y además, Severino ponía el acento en la acción para repudiar a todos aquellos que sólo hablaban pero cuando llegaba el momento de actuar salían con alguna mera declaración o algún paro simbólico.

En este número se referirá a lo mismo, a la falta de acción —que es su obsesión—, en el caso de Matteotti. Dice: "*Dentro de algunos días los revolucionarios de los códigos y de los órdenes del día, conmemorarán el segundo aniversario del martirio de Giacomo Matteotti. Habrá discursos, vivas, mueras y todos los recursos archiconocidos que se usan en ceremonias similares. Se augurará el triunfo de sus partidos inspirándose en la tumba del muerto. Se anatemizará al gobierno fascista recordando todos los excesos, todos los varios*

Matteottis caídos bajo el garrote de la ferocidad reaccionaria; pero esos, los 'revolucionarios de la partidocracia', los revolucionarios de carnet y cuota, no serán jamás capaces de hacer algo bueno, más que la conquista de alguna medallita o de un ministerio más o menos del tipo fascista. Entre tanto, hasta que llegue ese momento, partidarios de ellos: concurrid a donar dinero para... un monumento al mártir".

Sacco y Vanzetti no son ejecutados ese año. La agonía en la cárcel de Charlestown se prolongará 15 meses más. Su destino depende del juez Thayer y del gobernador Fuller. Las instancias son rechazadas una a una. La agitación mundial crece: estallan bombas en Barcelona, París, Madrid y se cometen actos terroristas en todas las ciudades donde existe un proletariado , más o menos organizado.

Esta tregua de quince meses no significa para Severino un descanso. Ya en el número 8 de "Culmine" ha comenzado a agitar por Simón Radowitzky, el joven anarquista que mató al jefe de policía coronel Ramón Falcón y quien desde hace más de quince años está en el penal de Ushuaia. "El martirio de Simón Radowitzky" titulará la primera plana y "Los horrores de la Siberia argentina" será el subtítulo. Califica al ministro de Justicia e Instrucción Pública del gobierno radical, Antonio Sagarna, como "*ministro digno del zar*", ya que permite que a los presos se los castigue diariamente y vivan en condiciones infrahumanas.

A pesar de la pérdida de toda la biblioteca y de sentirse perseguido, Severino trata de forzar su legalidad haciéndose ver y promocionando su periódico. Apoya, por ejemplo, a la Escuela Racionalista del Tigre, que ha sido fundada por maestros libertarios, y organiza picnics y representaciones teatrales en beneficio de "Culmine", para poder financiar su salida. La primera velada teatral se realiza el 22 de mayo y se lleva a cabo en el salón Vorwärts facilitado por los socialistas alemanes. El cuadro filodramático "Sembrando flores" representa el monólogo dramático en dialecto romano "Boja societá" de A. Giuliani; luego ya en italiano el boceto dramático de Upton Sinclair, "Jim Faraday"; "Glorei italiche", de Lorenzo Stechetti; y por último "Fin de Fiesta", drama en un acto de Palmiro de Lidia. La entrada es voluntaria.

La policía no encuentra nuevas pistas de la bomba en la embajada norteamericana pero intuye que, a cada momento, la misma mano puede llevar a cabo un nuevo intento.

El número 10 de “Culmine”, Severino lo dedicará íntegramente a Bakunin, en el cincuenta aniversario de su muerte. Así, en un artículo titulado “El hombre, el agitador, el pensador”, abría la publicación también a otras tendencias libertarias. Aunque seguía siendo individualista, comenzaba a aceptar el debate y la discusión con los organizacionistas.

En julio recibe la noticia de que Angelo Capanelli no tiene medios de subsistencia. Este libertario había perdido un ojo en 1919 en un accidente de trabajo. En 1924, como Capanelli proseguía con su agitación antifascista, cuatro *squadristas* lo esperaron a la salida del trabajo y le dieron una gran paliza. Uno de ellos con un llamado *puño inglés*, una manopla con puntas de acero, le vació el otro ojo. El antifascista quedó ciego y sin trabajo. Era casado, con una hija. Severino titulará el Nº 11 de “Culmine” así: “¡Maldito sea quien olvida!” Y traerá la foto de Capanelli ciego. Al mismo tiempo edita una tarjeta con su retrato y su biografía para venderla a su total beneficio. La colecta es iniciada por Severino con diez pesos, y lo siguen sus amigos Antonio Di Marco, José Romano, Giacomo Barca, Salvatore Cortese y Ermacora Cressatti.

En ese mes de julio de 1926, Di Giovanni edita el primer libro de su propia editorial. Se llamaba *Sciacalli* (Chacales), y trae colaboraciones de distintos autores sobre la represión fascista. Imprime tres mil ejemplares para que se haga propaganda con ellos a un precio que apenas alcanza a cubrir los gastos.

Pero el luchador antifascista comprende que sin un poco más de dinero no podrá cumplir con sus planes de editar el periódico, los opúsculos y más libros. Por eso organiza —a través del Grupo Libertario Cetrarese— una nueva velada teatral a beneficio de “Culmine” y de las víctimas políticas de Italia. El cuadro filodramático “Senza Patria” ofrece en italiano *Lo sciopero dei Risaiuoli* (La huelga de los arroceros), de T. Concordia. Se cobra un peso la entrada y se realiza nuevamente en el local Vorwärts de los socialistas alemanes.

En los escritos siguientes que publicará en su periódico, Di Giovanni muestra cada vez más clara su tendencia a *la propaganda por el hecho*, en su gran fe en las posibilidades del individuo para cambiar, con su acción, a la sociedad. Dos serán las figuras a las que dedicará gran parte del número de “Culmine” del 20 de agosto: Gaetano Bresci y Michele Angiolillo. El primero es quien mató al rey de Italia, Humberto primo en 1900, y el segundo, ejecutor del atentado contra Cánovas del

Castillo, el conservador español que promovió la restauración de la monarquía. Angiolillo lo matará de tres balazos en 1897. Di Giovanni titulará: "Recordemos a Bresci y Angiolillo. Recordemos sus figuras renovando los entusiasmos, los heroísmos, sus felices actos de justicia". Toma los dos ejemplos de los atentadores italianos para luego expresar que esos son los métodos adecuados para la lucha antifascista. En "El deber de los anarquistas italianos", dice en síntesis: "*El problema de la revolución de las fuerzas subversivas italianas no es cuestión de propaganda o de demostración teórica: es un problema de sustancialidad revolucionaria. El anarquismo —luego de tantos años de vida pública— debe volver a la oscuridad, debe iniciar el movimiento conspirativo*" y agrega: "*La caída del fascismo sobrevendrá cuando los elementos no fascistas posean los mismos instrumentos que tuvo el fascismo para vencer a los partidos subversivos y al mismo gobierno. Y el pueblo italiano cesará de ser miedoso y estar aterrorizado el día que inicie el periodo de tentativas revolucionarias. Aunque fracasen, serán siempre más eficaces que toda la sorda e imbécil gritería actual. Los anarquistas, como siempre, deben estar a la vanguardia de este movimiento y le deben dar a él la generosa participación de su actividad hasta la propia muerte*". En esto último Severino será consecuente con lo que escriba.

El 11 de setiembre se produce en Roma el atentado del anarquista Gino Lucetti contra Benito Mussolini. Le arroja una bomba de fragmentación contra el auto, el explosivo choca contra el techo y rebota explotando metros más atrás. El Duce salva su vida. El joven libertario es detenido.

Es otra derrota más. De haber logrado su objetivo, la historia hubiera cambiado dada la insustituible figura de Mussolini para el fascismo y el personalismo de su gobierno. Los comentarios son diversos. Di Giovanni se apresura a defender el acto de Lucetti. Titula en "Culmine": "Deploradores de los atentados individuales: ¡os decimos que reivindicamos para nosotros el gesto de Gino Lucetti!". Y en un artículo titulado "Himno a la dinamita" señala: "*Todos cuentan, es el tercero. El tercer atentado y el tirano camisa negra se salva. Ni siquiera una lastimadura, ¡nada! El único resultado es la tormenta caída violentamente sobre el proletariado de Italia. La única ganancia, en vez de la supresión de la hiena, es el huracán, la destrucción, el incendio, la persecución contra todo y contra todos, y aquello que es lo que más repugna: las maldiciones de los castrados que defienden el derecho a la vida también del verdugo.*

Nosotros, acción y pensamiento; nosotros, anarquismo y rebelión; nosotros, iconoclastas y vengadores; no, no damos derecho de vida a la fiera, no estamos de acuerdo en tener misericordia con el reptil. Estamos con el heroísmo vindicador, ¡estamos con Gino Lucetti!

¡Qué bandera roja y negra podemos ahora hacer flamear al viento! ¡Qué júbilo nos hará estremecer de júbilo!

¡Gino Lucetti, nombre bandera, antorcha agitada, heroísmo incitante, alma de rebelión, alma dinamitera, alma nuestra, alma anárquica!

¡Nuestro, nuestro, nuestro!

¡Nos ha dado todo, vida, fiebre, acción, dinamita!

VIDA, por que esa debe ser tal, gozada, aspirada, bebida hasta lo amargo, a sorbos de cicuta y hiel, a sorbos de amor y de odio: el odio al liberticida y el amor a la libertad. Libertad que es la vida misma.

FIEBRE, fiebre y delirio, locura para que se destruya al ídolo. Fiebre y espasmo, ferocidad para que se humille a la fiera. ¡Fiebre de exaltación, de destrucción para que se salve la especie humana! ¡La especie de los humanos rebeldes!

ACCION, que haga temer, empalidecer, temblar, amedrentar, huir de pánico, pero que como rayo alcanza, aniquila. Acción, poesía del hombre, fruto de mujer, suprema divinización del ser humano. Acción: ¡rebelión!

DINAMITA, poder del desheredado, poder de la miseria, poder del hambre, potencia del atormentado. Dinamita, palidez del tirano. Dinamita, nuestra arma, arma anarquista, fuerte voz que rompe los tímpanos más protegidos.

Tú mereces nuestro pensamiento más florido, tú mereces ser recolectada en un jardín espiritual en capullo para que puedas abrirte como una rosa en el corazón de la tiranía.

Como hizo Gino Lucetti, el joven héroe, el joven anarquista, el heredero directo de Bruto, el romano; de Ravachol, el magnánimo; de Caserio, joven de corazón y de edad como él; de Angiolillo, el poeta de 'Germinal'; de Bresci, el tejedor justiciero del Savoia.

Como hiciste tú, Gino Lucetti, con la dinamita.

Como harán otros, con la dinamita.

Como haremos nosotros, siempre, con la dinamita.

Hasta que la tiranía, el verdugo, la inquisición, hayan inclinado mortalmente la cabeza.

Y también cuando estemos muertos retornaremos al regazo de la vida y cantaremos de nuevo tu himno, el himno a la dinamita. Será el canto de nuestros precursores, de los Ginos Lucetti de todas las épocas, y servirá para cerrar

definitivamente el sepulcro sangriento del fascismo, de la guardia blanca, de los somatenes, de los camelots du roi, del Ku-Klux-Clan y de los liguistas".

El lenguaje estaba claro. La policía política estaba habituada a oír hablar de la dinamita a muchos revolucionarios de salón de corbata voladora y sombrerones, intelectuales que después terminaban engrosando las filas de partidos políticos burgueses. Pero este Severino Di Giovanni vestía mono de trabajador y era obrero gráfico.[12]

El tiempo de la violencia se aproximaba, se olía ya en el ambiente anarquista y proletario en general. El 24 de octubre de 1926, la Corte Suprema del Estado de Massachusetts rechazaba el recurso de revisión del proceso de Sacco y Vanzetti. "No más ilusiones", es el titular de "Culmine". Pero todavía no iba a llegar el momento de la ejecución. La burocracia norteamericana sabía cómo ir desinflando las acciones con nuevos recursos, nuevas demoras. Se alargaba la vida de los acusados con cuentagotas, se hacían renacer esperanzas que luego serían cortadas abruptamente.

A Severino se le hace cada vez más difícil sostener "Culmine" a pesar de que todos los meses pone 20 pesos de su bolsillo para mantenerlo y que allí va a parar toda la ganancia de la venta de libros, que ha sido de 75 pesos en el último semestre. El déficit es constante. Por eso recurre a la impresión de tres mil retratos de Bakunin, del dibujante Lluch, que vende a diez centavos cada uno, a beneficio de la publicación. Pero comprende que con ese método va a vivir en un constante ahogo económico, que no podrá cumplir con su sueño de grandes campañas para conmover a la opinión publica. Por ejemplo, quiere ayudar a los compañeros que están en Francia y que cuentan con muy pocos recursos. Principalmente a uno, por quien tiene gran admiración, Paolo Schicchi, el rebelde por excelencia, que ha sufrido castigos y cárceles como ningún otro. En ese tiempo, Schicchi —expulsado de Túnez y de Marsella y obligado a vivir en una aldea de Provenza— edita el periódico "La Diana", en París. Severino hace un ferviente llamado a los lectores para que ayuden a esa nueva publicación.

Mussolini vio a tiempo el peligro que significaba que los antifascistas en el exterior se organizaran. En ese sentido preparó una red de espías que se introdujo en las organizaciones de emigrados y

causó daños irreparables al movimiento. En general, los cónsules enviados por el gobierno fascista eran los encargados de mantener las redes de espionaje. Para colmo había saltado el escándalo de Riccioti Garibaldi, nieto del prócer, quien se hizo pasar por antifascista en Francia y en él creyeron muchos de buena fe. Posteriormente se supo que era un agente de Mussolini. Todo esto creó una atmósfera de mutua desconfianza entre los emigrados que irá en aumento cuando un año después se descubre el *affaire* Menapace. Había una susceptibilidad especial y este detalle hay que tenerlo en cuenta muy bien para comprender algunas reacciones posteriores de Di Giovanni.

En "Culmine" se toca el tema del antifascismo dudoso y Severino propone en sus páginas que los anarquistas marchen solos para no caer en acciones trampas. "*Nuestro dinamismo* —dice—, *el vigor exuberante, la tenacidad inagotable, el heroísmo extremo, el sacrificio que se eleva más allá de la gloria son bases inexpugnables con las cuales podemos contar sin necesidad de nada ni de ninguno para el avance final de la batalla que hemos comenzado contra el fascismo. Demos a la plebe —de la cual somos la parte rebelde— el coraje y la confianza, seamos férreos ante nuestra conciencia de ácratas, no retrocedamos ni un ápice de nuestra idea inviolable y así la más bella victoria coronará el febril trabajo de la agitación: libres, sin el escarnio obsceno de los contactos impuros, estando en alarma contra el fascismo y el antifascismo ocasional*".

Mientras tanto Severino continúa con la agitación por Sacco y Vanzetti, por Gino Lucetti y además, por un nuevo caso, el de los tres anarquistas españoles Ascaso, Buenaventura Durruti y Jover, detenidos en Bélgica. El gobierno radical argentino había pedido su extradición por diversos asaltos expropiadores cometidos en Buenos Aires.[13]

Con respecto a los dos primeros escribe Di Giovanni que si bien el comité de Boston cumple una tarea inmensa en todo lo que hace a la defensa en el juicio "*la acción legal no valdrá nada si la agitación internacional no logra hacer temblar a la potente plutocracia norteamericana*" y agrega que hay que luchar "*contra la conjura internacional y contra los defensores del oro norteamericano*". "*¡A vuestra violencia responderemos con nuestra violencia!*"

En el picnic que se hará en la quinta Tres Ombúes, en San Isidro, a beneficio de "Culmine", a comienzos del verano, se hablará sobre la campaña de agitación que se avecina.

Aunque el déficit de "Culmine" no logra ser cubierto, Severino toma a su cargo la financiación para la edición en Bélgica del libro de

Paolo Schicchi, *Casa Savoia*, la historia de la monarquía italiana. Además el Grupo Anarquista Autónomo encarga a Di Giovanni la administración del Comité Pro Víctimas Políticas de Italia en Sud América, que se encargará de los costos de la defensa de Gino Lucetti en Roma. "Culmine" del 23 de diciembre de 1926 lleva un lema: "*Los héroes se imitan con heroísmo. ¡Imitemos a Lucetti!*".

En ese diciembre se han producido en Buenos Aires incidentes entre fascistas y antifascistas. En el Teatro Coliseo, antes de la función de teatro italiano, unas cincuenta personas de ambas ideologías se castigaron a golpes originando una verdadera batahola. Es herido el *squadrista* Riccardo Forte. Interviene la policía y detiene a dos antifascistas, Anile y Lazzara. En Godoy Cruz, Mendoza, cinco camisas negras esperan al antifascista Camilo Nardini y lo matan a puntapiés y culatazos. Un documento de la época testimonia el ambiente enrarecido que existía en la colonia italiana en ese fin de año de 1926. Es un manifiesto que da a conocer Vittorio Valdani, delegado de los fascios italianos para la República Argentina: "*Fascistas: la furia salvaje antifascista se ha desencadenado —como siempre cobardemente— en contra de nosotros. Nuestro joven camarada Riccardo Forte ha sido apuñalado. Los asesinos han sido encarcelados. Las autoridades argentinas harán justicia. En ella debemos apoyarnos con absoluta seguridad. En esta trágica circunstancia la disciplina es más que necesaria. Mantengámonos calmos: esa es mi orden*".

Hay protestas en los antifascistas porque la policía argentina favorece a los adictos a Mussolini. Di Giovanni denuncia en "Culmine" que "*el pueblo está unánimemente contra el fascismo, pero la autoridad policial está manifiestamente a favor de los que lucen la calavera. A pesar de eso prometemos, a costo de cualquier sacrificio, no permitir ningún avance más de los bribones en camisa negra*". Y prosigue: "*La muerte de Camilo Nardini y la prisión de Anile y Lazzara son dos desafíos para nosotros: advertencia e incitación para las próximas batallas que iniciaremos para cortar la cabeza del monstruo sanguinario. Saludamos a nuestro primer caído y enviamos a los dos compañeros prisioneros toda nuestra solidaridad*".[14] Además se desata una verdadera guerra entre las publicaciones de ambas tendencias. El diario fascista "Il Mattino d'Italia" publica una lista con nombre, apellido y domicilio de todos los antifascistas de acción. Esas listas sólo puede haberlas obtenido de la policía argentina. "Culmine" señala: "'*Il libello' denunció todas nuestras manifestaciones, hizo una lista con nuestros nombres , nos individualizó uno por uno con un detallismo verdaderamente policial, para poder entrar en guerra con todo el beneplácito de la autoridad argentina. Sobre*

nosotros arrojó todo su fango pestilencial, calumniándonos de mil modos, tal vez para asustarnos. Pero ellos saben muy bien que no jugamos y que si reciben alguna lección vendrá seguramente de nuestro lado".

Severino, que había permanecido obstinadamente en su domicilio de Morón, para demostrar a la policía que no tiene nada que esconder, sabe que no puede permanecer allí. Que se aproxima el desenlace por Sacco y Vanzetti y que él actuará en consecuencia. La policía sigue creyendo que él es el autor de la bomba contra la embajada estadounidense y no tardará en visitarlo otra vez para molestarlo y requisarle sus libros y sus papeles. Para él es urgente la necesidad de encontrar un nuevo domicilio que no sea conocido por la policía. En el taller de "La Antorcha" ha conocido a un muchacho que le ha tomado mucho cariño por su posición sin claudicaciones y por su intervención oratoria en el acto por Sacco y Vanzetti del Teatro Boedo: se llama Paulino Orlando Scarfó. Se inicia así una amistad que tendrá funestas consecuencias para la familia Scarfó, a la que el destino castigará brutalmente. Paulino tiene 17 años. A través de él Severino conocerá a otro Scarfó, Alejandro, hermano de Paulino. Alejandro y Paulino Scarfó son dos muchachos netamente idealistas, dispuestos a trabajar por un mundo mejor . A ellos, precisamente, ha preguntado Di Giovanni si no conocen alguna vivienda que se alquile, para él y su familia. La casualidad se da: los padres de Scarfó alquilan en su casa de la calle Monte Egmont (actual Tres Arroyos) 3438 una vivienda contigua, a la cual se entra por un corredor que linda con la puerta de los Scarfó.

La familia Scarfó —de origen siciliano y católico— vive sencillamente, en una casa típica de barrio, con galería, patio y macetas. Pedro Scarfó —el padre— es un italiano trabajador que ya ha pasado los 60 años; su esposa, Catalina Romano, anda por los 50. Ocho son sus hijos: Antonio, José, Alejandro, Domingo, Paulino, América, Santa y Asunto. Todos son argentinos. Antonio —el hijo mayor— es el verdadero motor de la casa y da el ejemplo a sus hermanos trabajando y estudiando. Así ha llegado a recibirse de tenedor de libros. Vigila de cerca la marcha de sus hermanos pero no ha podido impedir que a Alejandro y Paulino se les haya dado por las ideas políticas y, para peor, por el anarquismo. En la casa se toma el hecho como una cosa de muchachos jóvenes; una enfermedad que con los años se curará. De todos los hermanos es una chica la que sobresale por su inteligencia: América, que concurre a la Escuela Normal Nº 4, Estanislao Zeballos, sección Liceo.

Cuatro años después, cuando se produce la tragedia familiar, la madre de los Scarfó describirá así la llegada de Di Giovanni a su casa: "*Hace unos años vino a casa un día un hombre para alquilar una pieza. Era Severino Di Giovanni. Le pareció conveniente el precio del alquiler y cerramos trato. Al día siguiente llegó con su mujer, Teresina, y sus tres hijos. Era un hombre al parecer bueno, sencillo. Hablaba bien de los pobres y se pasaba las horas que tenía libres, leyendo. Trabajaba de tipógrafo. Los tres muchachos tenían en aquel entonces menos de 20 años. Di Giovanni empezó a prestarles libros. Se hizo gran amigo. Con el poder enorme de atracción que tenía se acercó a ellos y empezó a influenciarlos con sus ideas*".[15]

Sin ninguna duda, la llegada de Di Giovanni fue fundamental en la actividad posterior de los hermanos Scarfó. Pero ya antes, Paulino, por iniciativa propia se había aproximado a los círculos libertarios y había comenzado a trabajar en la imprenta de "La Antorcha". Su hermana América —muchos años después— describirá así esos años de adolescencia de su hermano: "*Paulino nació en la Capital Federal, creo que en la calle Serrano. Fue un niño tranquilo, delgado, dulce y muy lector. Estudió el comercial por indicación paterna. Se recibió de perito mercantil pero nunca usó el título porque no le gustaba. Aprendió el oficio de tipógrafo en 'La Antorcha', junto a Bianchi a quien quería mucho. Sus lecturas predilectas eran Dostoiewsky, Tolstoi, Gorki, Balzac, Maupassant, Rousseau, Nietzsche, Stendhal y todo lo que le venía a mano. Alejandro y yo éramos muy unidos a él. Nos guiaba en las lecturas y cuando teníamos exámenes nos ayudaba a estudiar. Con mi madre era muy cariñoso. Ella siempre recordó su 'palabra dulce'. Con mi padre discutía mucho sobre las ideas que sustentaba, con gran desesperación de mi progenitor, católico y muy conservador. Paulino se hizo vegetariano. No era, por cierto, nada violento, pero de carácter firme. Quien lo trató, lo quiso y respetó mucho, a pesar de su juventud; a mí, en especial me quiso mucho, me mimaba y me llevaba a pasear. Mis primeras idas al teatro o al cine se las debo a él. Mi madre me prohibía la lectura de los libros de Paulino, cosa que me incitaba a leerlos. Su nombre completo era Paulino Orlando. El Orlando se lo puso un tío materno, italiano, socialista, que murió muy joven. Se llamaba Pablo, y en su honor, mi hermano debía ser inscripto con su nombre. Mi tío era muy romántico y lector de Dante, Tasso, Ariosto, Alfieri y además de toda la literatura socialista de la época. Lo acompañó a mi padre al registro civil y lo convenció que lo llamara Paulino Orlando. (Por 'Orlando Furioso' de Ariosto, el paladín de Carlomagno, el de la espada invencible, la durlindana). Mi tío lo instó muchos años después a Paulino para que leyera a Alfieri, el que decía que 'el tirano debe morir'. Las primeras influencias libertarias nos vinieron de nuestro tío, a quien queríamos mucho y lo tratábamos, dada su juventud, como a otro hermano*".[16]

Para esos tres adolescentes —Paulino, Alejandro, América— la llegada de Severino era el arribo del viajero esperado. El protagonista puro de sus sueños, la encarnación del modelo que se habían formado en las lecturas a hurtadillas en esa sociedad opresora conformada por la familia de severo molde, la escuela autoritaria y el medio de las convenciones falsas y oportunistas. Pero no sólo llegaba el ideal con él. Con Severino llegó el amor. La adolescente América —con sus 14 años, su imaginación, su vivacidad, sus ganas de vivir y conocer, su inteligencia— se sentirá atraída por la naturaleza del extranjero, de ese hombre con un ángel especial, que era tan diferente a todos los otros que ella conocía, que hablaba de la liberación del ser humano, de la redención de los pobres; que escribía poesías sobre la belleza de vivir, que discutía de libros, de filósofos, de política y que incitaba a sus hermanos a luchar, a dar la cara y no a sumarse al *rebaño de la sociedad burguesa*.

Lo que al principio comienza como admiración, se transformará en amor platónico para al fin desbordar en un novelesco y apasionado romance que se desarrollará con desesperación en ese periplo de violencia y persecución que protagonizará Di Giovanni pocos meses después.

El número de enero de “Culmine” será como siempre una mezcla de agitación, solidaridad con los perseguidos y poesía. En una columna titulada “Evanescencias libertarias” publica sus poemas.

Le dedica una columna al *bandido* Sante Pollastro, anarquista expropiador de Ventimiglia que por esos días tenía en jaque a 300 policías, fascistas, soldados y hasta efectivos de la marina de guerra. “*Bellísima batalla de uno contra miles*”, dice, y se mofa de todos aquellos antifascistas que no hablan del bandido por temor a que los acusen de aprobar métodos violentos. “*Antifascismo al agua de rosas*”, lo califica Severino. Y en un nuevo manifiesto titulado “Por una mayor lucha contra el fascismo” señala: “*Admiramos a los irlandeses en su lucha contra Inglaterra, nos solidarizamos con sus mártires; libres de todo patriotismo y de rencores de raza siempre estaremos con cada pueblo que intente emanciparse del dominio de otras naciones; estamos contra Italia y a favor de los libios; contra España y Francia en favor de los habitantes del Riff, siempre por la libertad de todos, siempre contra la dominación, preparando el terreno para nuestro mañana, para el futuro de la sociedad anarquista. El fascismo domina, tiraniza y*

asesina en Italia. Por eso lo combatimos y no porque somos italianos. No hacemos reivindicaciones de nacionalidad, hacemos cuestión de libertad, luchamos por destruir cualquier vestigio de violencia sobre el ser humano; no nos doblegamos ante la reacción, cualquiera sean las formas con que se presenta. Enarbolamos bien alto nuestra bandera de rebelión contra todo abuso, contra cualquier tirano y dictador."

Luego responde cómo debe combatirse al fascismo en las actuales condiciones negativas y sugiere la guerrilla autónoma: "*Las grandes masas populares y proletarias están demasiado aterrorizadas y humilladas, resentidas por traiciones próximas y lejanas , para poder responder todavía al primer llamado insurreccional. Las últimas leyes represivas y el domicilio obligatorio han debilitado aún más la resistencia activa e inteligente. Consecuentemente, pensar hoy en un asalto frontal es temerario y podría favorecer al fascismo y asegurarlo en el poder. Pero, por otra parte, contra el fascismo sólo puede servir la acción, para crear aquellas condiciones que hagan posible un movimiento en más larga escala. Sugerimos por eso, en Italia y afuera, a todos aquellos que quieren molestar —hasta hundirlo— al enemigo, la guerrilla autónoma y desparramada en orden; pequeñas formaciones que sean más difíciles de localizar e identificar. En los diversos ambientes y entre diferentes personas se forman comités restringidos o grupos de acciones. No está dicho que todos deban cumplir actos violentos; en cambio, cada uno debe realizar esos ataques al enemigo, posibles, dadas las actitudes, capacidad y los medios de los componentes de un determinado grupo compuesto por afinidad y por confianza recíproca. Que cada grupo realice y cumpla su parte de acción sin demandar información de aquello que hagan los otros grupos. Todos derecho al fin único. Y dado que el enemigo vigila atento e insidioso, que cada comité o grupo de acción conozca y controle a sus propios componentes*".

Esto último se refería al cuidado por los espías que estaba introduciendo el fascismo en los grupos de resistencia.

Como se ve, Di Giovanni emplea el término de *guerrilla autónoma* como organización para atacar al fascismo y da los primeros consejos de cómo debe actuar. En un párrafo añade más detalles de cómo debe ser su actuación : "*En cuanto a una posible inteligencia entre los diversos grupos, nuestro parecer es que ello no es urgente por el momento, pudiendo resultar imprudente y peligrosa, poniendo a muchos elementos a la merced de eventuales traidores*".[17]

Es decir que cuando llega a la casa de los Scarfó, Severino ya sabe cuál va a ser su política y su accionar futuros. Pero encontrará comprensión sólo en un pequeño grupo de italianos, y en la mayoría del

grupo expropiador que actuaba en el anarquismo y en el movimiento obrero. Y pese a errores, reveses y ataques, seguirá en esa línea hasta el final.

No sólo los anarquistas saben que se aproxima la gran agitación por Sacco y Vanzetti. La policía está al tanto de los preparativos y sigue con las detenciones de agitadores y los allanamientos. En ese sentido, Severino escribirá en el Nº 20 de "Culmine": "*La policía argentina tiene su domicilio de torturas en Buenos Aires pero se mueve por las órdenes que le dictan los cresócratas de Wall Street. Esto es tan evidente que se puede comprobar en el centenar de hombres libres encarcelados por el solo delito de querer salvar y defender la inocencia de Sacco y Vanzetti. Los martirizados bestialmente en las varias secciones de Investigaciones son las contribuciones que la policía argentina paga en el infame contrato, y que confirma que está vendida al oro yankee*".

En ese mismo número llama a luchar no sólo por Sacco y Vanzetti sino también por Eugenio Mañasco, el delegado de los mensúes de los yerbatales argentinos, que desde hacía cinco años sufría cárcel. Dedica casi una página en describir el *infierno verde* y la explotación de los descendientes de los guaraníes (a esa explotación llama "*la vergogna de la civiltá argentina*") y termina con la consiga: "*¡Por Mañasco! Al heroico agitador de los mensúes, al pionero que tuvo la osadía de desafiar la omnipotencia sin límites de los chupasangre de los yerbatales de Misiones, enviamos toda nuestra fraterna solidaridad en este momento en que los avenegras de la magistratura buscan definitivamente enterrarlo vivo en uno de los tantos presidios dispersos por la Argentina*".

Además prosigue denunciando qué hay detrás del pedido de extradición realizado a Francia por el gobierno radical de Alvear de los tres anarquistas españoles Durruti, Jover y Ascaso. "*Los tres son nobles revolucionarios, víctimas de un acuerdo diplomático entre las cancillerías de Francia y de la Argentina que cancela deudas de guerra a cambio de vidas humanas. Un mismo propósito reaccionario junta a los dos gobiernos bajo la inspiración de la dictadura española, que así con esta vil complicidad de la camorra criolla pretenderán llevarlos al garrote.*"

En la fiesta de los trabajadores, el 1º de mayo, "Culmine" saldrá con un número especial —con el doble de páginas— para recordar a los tres alemanes y al norteamericano ahorcados en Chicago, por su lucha en pos de las ocho horas de trabajo. En la primera página, un dibujo de los cuatro condenados a muerte en el momento de enfrentar el cadalso, y debajo, estas palabras de Severino: "*El dolor humano será inextinguible*

hasta que se abatan definitivamente los veinte siglos de resignación cristiana a que nos tienen sujetados. Agitemos el hacha, incendiemos el pensamiento con el fuego potente de la rebelión no aguantando más la parte del Cireneo, y seamos los conquistadores iconoclastas de la libertad...”.

Dejemos lejos, muy lejos, el símbolo cristiano...”

El nuevo domicilio lo hace sentir más libre a Severino que reemprende sus programas de edición de libros y folletos. “*’Culmine’ es redactada gratuitamente* —dice en ese número doble— *con la cooperación de muchos compañeros que desde diversos países lo han seguido con simpatía y amor. El trabajo no ha sido siempre fácil, como es la mayoría de los trabajos realizados por los anarquistas ya que en su desarrollo ha encontrado siempre enemigos en todos los campos y contra los cuales la resistencia de los compañeros sigue inalterable. El déficit ha amenazado muchas veces la vida del periódico y con grandes esfuerzos ha podido salir adelante. Los compañeros de todos los lugares no nos han negado su solidaridad y hasta de Italia y Francia no nos han faltado ayudas que siempre han sido desviadas a iniciativas locales: prensa, víctimas políticas, etcétera.*

Con todo eso queremos emprender otros trabajos. Es la sed desmesurada de cumplir, de realizar todo aquello que en otros lugares impide y destruye la acción tiránica. El libro, ese vehículo notable —como el periódico— es uno de los problemas a resolver. Las distintas iniciativas de Italia —con las últimas leyes represivas de noviembre— han sido reducidas al silencio más completo. Pero no por esto debemos doblegarnos. Ante una antorcha que se apaga, encendamos cien, mil nuevas. La Biblioteca Anarquista de Propaganda Popular de Lyon (Francia) ha iniciado ya su trabajo con la edición del opúsculo de Pietro Gori ‘Pensamientos Rebeldes’, y con ‘Semilla’, de nuestro conocido Tramp. Mientras tanto, nosotros publicaremos el trabajito interesante de Guglielmo Asturi ‘El anarquismo y la ciencia’, y ya tenemos casi listo el bellísimo libro de nuestro compañero Paolo Schicchi: ‘Casa Savoia’”.

Más adelante da a conocer la lista de libros que piensa editar. Hay obras de Han Ryner, Bakunin, Pisacane, Victor David, Domele Nieuwenhuis, George Barret, Proudhon, Emma Goldman, Henry Thoreau y E. Armand. Agrega que la edición se hará a total beneficio —descontando los gastos— de la prensa anarquista y de las víctimas políticas.

Mientras tanto se han ido profundizando las diferencias entre las dos alas del anarquismo argentino: “La Antorcha” y los gremios autónomos por un lado, y la FORA y “La Protesta” por el otro. Los primeros acusan de declamativos a los segundos y de seguir los

dictados de sus dirigentes López Arango y Abad de Santillán. Di Giovanni toma posición junto a los primeros y en ese número de mayo lanza una abierta crítica contra la línea evolucionista y conservadora del anarquismo argentino. Dice en su nota "Más allá de las barricadas": "*Parece increíble que en estos momentos de gran orgasmo revolucionario, de intensa obra agitadora, hay individuos, iniciativas y periódicos que se creen los mejores y que no responden al fin para el que fueron creados, que fijan su línea de acción en una sutileza oprimente y pasiva que da pena y repugnancia al mismo tiempo*. 'Siendo esta época tan hostil para la propaganda, ¿por qué no la aprovechamos para aumentar nuestro patrimonio ideológico?': *esta frase tan cínica, tan fría, tétrica y de una laconicidad pérfida ha sido lanzada por el diario más antiguo que tenemos en el movimiento, en una hora de tragedia lóbregamente reaccionaria y sanguinaria. Es la mentalidad concluyente de quienes hoy están al frente vergonzosamente de los treinta años de 'La Protesta', treinta años de vida batalladora y de sacrificios intensos en pro del más bello de los movimientos anarquistas de América Latina. Mentalidad suicida que hace ostentación inconsciente de su maldad innata. Sí, esta 'época hostil' es dura, pero se abren horizontes nuevos para intentos, horizontes sombríos, cargados de nubes oscuras y amenazantes, ¿y qué hay con esto? ¿Acaso no debemos permanecer en nuestro puesto de batalla? ¿No debemos continuar y valorizar toda nuestra gloria pasada? ¿No debemos echar fuera de sus cuevas del delito a las varias reacciones desencadenadas?*

¡Oh, sí! Para vosotros que tenéis que defender el pan cotidiano cosechando grano por grano en la quinta bien protegida de la FORA, para vosotros que debéis tener alto la bandera del 'ideal sindical-anárquico'; para vosotros que sois los puros, los incensurables, los perfectos, los que no cometéis errores, es bueno, muy bueno erigir el púlpito y dictar cátedra bizantina, agrandar y aumentar los postulados sagrados de 'nuestro patrimonio ideológico'. De los castrados, de los eunucos, de los guardianes del harén infalible no se puede esperar otra cosa que charlas, charlas y más charlas".

Después recuerda a los perseguidos en el mundo y en el país y nombra —entre otros— a "*los dos mártires gloriosos de Massachusets, a los tres españoles Durruti, Jover y Ascaso, a Eugenio Mañasco, a los deportados desconocidos de Chile por la torva dictadura del coronel Ibáñez, los miles de condenados al domicilio coacto por el tirano de la camisa negra, las víctimas de España bajo el bufón Primo de Rivera, las víctimas de Perú, Bolivia, etc. etc.*". Ante eso, les dice a los de "La Protesta": "*perderse en retórica, en prédicas de cuaresma, en discusiones variadas y vanas sobre el mejoramiento teórico, cuando el deber revolucionario exige otras cosas, quiere decir hacer obra de derrota, dicho en palabras más claras, quiere decir: ¡ traicionar!*

Estas palabras, escritas por Severino en un momento de cólera y exaltación, le iban a costar caro. Ni López Arango ni Diego Abad de Santillán le perdonarán jamás esos epítetos.

Es que "La Protesta" se negaba a defender a todos aquellos anarquistas que hacían uso de la expropiación. Ya "La Antorcha" había criticado a López Arango porque éste había escrito que "*la protesta contra la extradición de Ascaso, Durruti y Jover no entra en la égida de la ética anarquista*".

En las últimas semanas de verano hay mucha actividad. Se realiza un acto conjunto "*contra el imperialismo yanky*" por la invasión a Nicaragua y en apoyo a Sandino. Se editan en total 50.000 ejemplares de un folleto sobre Ascaso, Durruti y Jover y se hacen actos de protesta contra la decisión del gobierno argentino. Se lleva a cabo un atentado contra el contraalmirante Hermelo, represor de los obreros portuarios. Se hace una gran campaña por el *mensú* Eugenio Mañasco quien semanas después será condenado a 25 años de prisión por la Corte Suprema de Justicia. En Bahía Blanca e Ingeniero White luchan obreros contra miembros de la Liga Patriótica Argentina, la organización nacionalista parapolicial que sigue actuando con toda impunidad y el tácito permiso del gobierno radical. En esos hechos muere el obrero Elías Galván. Poco después, el 2 de abril será muerto también por miembros de la Liga el obrero Vicente Pisani en el puerto de Santa Fe.

En medio de ese clima de agitación y actividad, el amor iba entrando en la vida del joven italiano. Apenas si hay contactos entre Severino y América. A veces, viene él del fondo y le entrega a ella un libro "*para Paulino*", oportunidad que sirve para intercambiar algunas palabras. Pero la ocasión preferida de ella es cuando él pasa por el pasillo hacia la puerta de salida. Ese pasillo está separado por una pared no muy alta. Cuando ella oye los pasos de él y ve pasar la punta de su sombrero negro, sale prontamente a barrer la vereda. El sigue su camino y, al llegar a la esquina, se da vuelta, se detiene, y la saluda con un gesto. Los dos se miran uno, dos minutos. Luego él sigue y ella continúa barriendo. El mensaje basta. Todos los días lo mismo.

El 10 de agosto de 1927 es el día señalado para la ejecución de Sacco y Vanzetti en la prisión de Charlestown. La agitación aumenta. Desde las enjundiosas pero tal vez demasiado juiciosas reclamaciones de "La Protesta" hasta las fogosas y violentas tiradas de la publicación

en italiano de Di Giovanni pasando por los poéticos y nostálgicos editoriales de Rodolfo González Pacheco en "La Antorcha", los anarquistas van martillando acerca de la necesidad de un gran movimiento de masas para demostrar a la burguesía que no se puede matar impunemente a "*dos hijos del pueblo*". Ese movimiento significa: huelga general, grandes manifestaciones y, en el caso de "Culmine", también la acción directa. La actitud individual de protesta.

De Chile llegan emigrados políticos. Allá, el coronel Ibáñez del Campo sigue dando un escarmiento ejemplar a la izquierda chilena. Severino abrirá el Nº 23 de "Culmine" con el titular: "Agitemos por las víctimas de Chile y contra la reacción que recrudece en todos los continentes". Luego de describir las persecuciones y el envío de prisioneros a la isla de "Más Afuera", por el "*sargento Ibáñez*", "*émulo de la hiena italiana*", hace un resumen de la persecución que sufren todos los revolucionarios en todo el mundo, y vuelve al continente latinoamericano para denunciar lo que ocurre en Perú, Bolivia, Brasil. Además, a Buenos Aires ha llegado la noticia de que Simón Radowitzky se halla en grave estado en el presidio de Ushuaia. Di Giovanni hace un llamado en la primera página: "*¡Radowitzky muere! Las últimas noticias que provienen de Ushuaia son alarmantes. La Siberia Argentina no perdona. No debemos titubear más: comencemos un serio trabajo de agitación que se extienda hasta los confines de la Argentina. Hay que intentar todos los esfuerzos para salvarlo de las garras asesinas de los dirigentes de esta 'gran' democracia republicana. ¡Simón Radowitzky muere! El adolescente justiciero del policía Falcón, el feroz, madurado en mil servicios, ha sabido arder como pira de dignidad rebelde. ¡Que los verdaderos revolucionarios impidan que se acabe este símbolo!*".

En una página interior, Severino recuerda lleno de nostalgia a su país de los Abruzos. Ha muerto Camillo Di Sciullo, condenado al confinamiento por los fascistas. En 1894, Camillo había sido llevado hasta la justicia por editar libros de *ideas avanzadas*. En aquella oportunidad nada menos que Pietro Gori fue quien lo defendió. Con estas palabras: "*Llegué, señores del jurado, por entre las encantadoras colinas de vuestra región, diciéndome a mi mismo: quien dice Abruzos, dice belleza y cortesía. Absolved a Camillo Di Sciullo, declarad con vuestro veredicto que el pensamiento humano debe ser libre en sus saltos ansiosos hacia el porvenir, y yo me despediré de vosotros repitiendo en voz alta: 'Quien dice Abruzos, dice justicia y libertad...'*"

Severino recuerda esas palabras que le valieron la absolución al acusado y agrega: "*Eran los tiempos gloriosos del anarquismo heroico, de los temples de diamante, de los corazones rebosantes de apostolado, y el buen Camillo*

no hacía nada más que inspirar aquella onda de simpatía que le fue fiel y lo acompañó en casi toda su laboriosa vida. Bondad tolstoiana la suya. Lo rodeaban círculos de la más variada amistad y le era fiel visita en su quinta entre el Adriático y Castellamare o en su casa y librería en Chieti. Lo conocí en tiempos en que yo todavía no era anarquista, pero a Di Sciullo, a quien veía muy seguido por las estrechas calles de la aldea de los Abruzos, lo miraba con aquella admiración que sólo los espíritus elevados saben ganarse".

Gino Lucetti —aquel que había lanzado la bomba contra Mussolini en Porta Pía— acababa de ser condenado a treinta años de prisión. En el número especial de julio de 1927, que Severino dedica —con el doble número de páginas— a Sacco y Vanzetti, alcanza a publicar un recuadro en primera sobre la noticia recién llegada: "VIVA LUCETTI", "*A Gino Lucetti lo han sepultado vivo. Treinta años de cárcel con el agregado de segregación en celda aislada por casi un tercio de la condena; imposible cumplirla en una situación normal. La locura, la tuberculosis o la muerte, ahora o más tarde, darán el golpe de gracia a este purísimo héroe de la Anarquía. Pero prometemos que la dinamita frustrada no será la última en ser lanzada. El gesto de Porta Pia será reivindicado con mejor éxito. Entonces sonará clamorosamente la campana de la revuelta y saldaremos nuestras cuentas. El reto del picapedrero toscano no es otra cosa que el anuncio más puro, y él, el precursor pleno de coraje de ese acontecer. ¡Gloria a Lucetti!*".[18]

En la primera página de este número doble, Severino reproduce un hermoso dibujo de Jesús crucificado y escribe, como epígrafe, estas líneas: "*El símbolo de la víctima, como un fugaz recuerdo, será una visión que nos engarzará al pasado, a nuestros muertos, y nos hará más fuertes para el porvenir y para nuestros hijos. Como aurora rosada, bella, pura, la Libertad surgirá en una mañana primaveral para besar los labios de todos los sepultados vivos, de todos los mártires, de todos los rebeldes. Y en ese beso infundirá a nuestros caídos todas las bellezas, los purificará de todos los dolores, esparciendo copiosamente los premios que debemos a los héroes de la lucha cotidiana*".

En "Ahuyentemos el letargo", Di Giovanni se dirige a los exiliados: "*En estos últimos años* —dice— *han arribado muchos compañeros, todos jóvenes, que hicieron frente con honor a la persecución fascista. Ahora, aquí, se encuentran fosilizados, casi vencidos por las últimas vicisitudes, abatidos como olas que se han destrozado ante los escollos de la vida. Esto está mal. El espíritu revolucionario del militante no debe jamás aminorar ante todas*

las adversidades que siempre se alzan contra las acciones gloriosas hacia la renovación social que auspiciamos febrilmente. ¡Fuera la inercia! Escribamos también nosotros, los anarquistas prófugos de Italia aquí en la Argentina, la página de la rebelión contra la expansión fascista en este país. Combatamos también para agitar el ambiente argentino tan saturado de insidia, de brutalidad, de miseria social y de víctimas de nuestra idea".

Luego de dar una lista de los temas por los cuales hay que luchar (Radowitzky, Sacco y Vanzetti, Mañasco, Ascaso, Durruti y Jover, etc.), nombra por primera vez a un personaje que tendrá una importancia capital en el futuro de Severino y que es odiado como ninguno por la colonia antifascista italiana: el cónsul Italo Capanni. Dice así: "*Pongámonos a trabajar, afirmemos nuestro dinamismo revolucionario. Sepamos rebatir cualquier movimiento reaccionario. Devolvamos a la tierra de Maramaldo todos los viajeros del fascismo cualquiera sea el valor que tengan: desde el Capanni 'héroe' de la matanza de San Francisco de Florencia, al comediante Pirandello, divulgador oficial de la nueva literatura de los acólitos de Ganellone*". Finaliza diciendo: "*¡Guerra al fascismo! ¡Guerra a la Liga Patriótica Argentina! ¡Guerra a la policía!*".[19]

El viernes 22 de julio, por la noche, el barrio de Palermo —y hasta el de Belgrano— se sacuden por una tremenda explosión. La policía tarda mucho en dar con el lugar del estallido. El guía es un taxista que ha sido deslumbrado por una llamarada. La bomba fue colocada junto al pedestal del monumento a Washington, en los bosques de Palermo. Es un artefacto infernal a base de dinamita y gelinita. El monumento es muy sólido, de mármol. El estallido, al producirse al aire libre, no ha ocasionado muchos daños, pero una prueba de la potencia de la bomba la da el hecho de que un banco de mármol que estaba junto al pedestal, fue arrojado a más de 500 metros del lugar. Uno de los árboles próximos ha sido tronchado y —describe "La Nación"— "*el suelo está cubierto por una capa formidable por la gran cantidad de hojas que han caído pulverizadas por los efectos de la explosión*".

La cosa no para allí. Evidentemente, los mismos autores son los que cincuenta minutos después hacen estallar un artefacto similar, aunque de menor potencia, en pleno centro. Lo colocan en la vidriera de la agencia Ford de Perú y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen). El estallido destroza el cristal, el automóvil que está expuesto y todos los vidrios de cuatro manzanas a la redonda. No es moco de pavo. La policía hace una redada de inmediato, de grandes alcances. Está dirigida contra todos los integrantes del Comité de Agitación por Sacco y Vanzetti. En el

Departamento Central se dice a los periodistas que los autores de ambos atentados pueden ser "*antorchistas disidentes de la FORA*". El primero en caer detenido es el secretario del comité, Orestes Bar. Y luego se logra la captura del "*as*" de los anarquistas expropiadores, es decir, de aquellos que cometen asaltos para financiar actos y propaganda revolucionarios: Miguel Arcángel Roscigna, una figura legendaria para las agrupaciones y las sociedades de resistencia libertarias.[20]

Pero la policía se equivoca, Roscigna está en otra cosa aunque no le disgustan los atentados contra los norteamericanos. Poco después dará que hablar en dos famosos asaltos. Donde no comete errores Orden Social de la policía es en apuntar el nombre de Di Giovanni entre los presuntos autores. Es allanado su ex domicilio de Morón pero en ese lugar informan que hace siete meses que se ha mudado. Di Giovanni ha cometido una equivocación: ha dejado en forma confidencial su nuevo domicilio al dueño de la casa por si llegara correspondencia. Y el propietario, presionado por la policía larga todo: sí, vive en Monte Egmont 3834. Allá va la policía.

De cualquier manera, de una u otra forma, la policía hubiera descubierto tarde o temprano el domicilio de Di Giovanni, porque desde su vivienda de la calle Monte Egmont mantenía toda su correspondencia. Estaba empecinado en demostrar la legalidad de todo lo que hacía y que no tenía por qué esconder nada. La gran campaña de ayuda a Gino Lucetti la hizo en centenares de volantes, todos los cuales llevaban un sello: "*Di Giovanni, Severino, Monte Egmont 3834, Buenos Aires*". Esos volantes iban acompañados de una lista para donaciones y fueron enviados a amigos de la idea del interior del país. También, con el mismo sello de remitente, iban las listas de suscripción a "Culmine", "Publicazione Anarchica Quindicinale".

El allanamiento se efectúa a las 3 de la madrugada. Los atiende un hijo de la familia Scarfó, José. Teresina es obligada a levantarse y sacar a los chicos de la habitación que es revuelta concienzudamente. Se llevan "*tres cuadernos de tapa colorada con domicilios, 32 periódicos y varias cartas*". Pero a Di Giovanni no lo encuentran.[21] El allanamiento produce conmoción en la familia Scarfó. La madre sospechaba ya algo del nuevo inquilino. Una vez había venido a pedirle un diccionario castellano a América y doña Catalina le había respondido "*usted no tiene nada que pedirle a América, si quiere pídaselo a Paulino*". Además, había observado que en el dormitorio de la familia Di Giovanni había un cuadro con un dibujo que le pareció obsceno: un hombre desnudo de espaldas que

sube hacia una cima. Era el dibujo simbólico que le servía para acompañar al logotipo de la revista.

El matrimonio Scarfó resuelve pedirle la vivienda a Severino. Cuando éste aparece, se lo dicen. Severino comprende las razones y responde con amabilidad que retirará a su familia en cuanto consiga una nueva habitación. América ha asistido al allanamiento policial. Mira con rebeldía, indignación e impotencia cómo revuelven las cosas del luchador.

Pero el hecho tendrá más consecuencia para la familia. En la mesa del mediodía discutirán fuertemente el padre con Paulino y Alejandro. Desde hacía tiempo las discusiones eran habituales. Los otros hermanos denominaban "*la Cámara de Diputados*" a los almuerzos o las comidas de la noche. Y a América le decían "*la defensora de pobres*" porque siempre salía en defensa de Paulino y Alejandro. Pero ese día fue la última discusión. El padre echó de la casa a Paulino y a Alejandro. Los dos muchachos se alejaron de inmediato. La madre los siguió y les entregó una valijita con ropa.

La policía sigue con su redada. Detiene a casi toda la redacción de "La Antorcha", entre ellos a Badaraco, González Pacheco y Alberto Bianchi. Además apresan a Elite Roqué y a Moretti, compañero del expropiador Miguel Arcángel Roscigna. De "La Antorcha" se llevan los originales del Nº 26 de "Culmine" y colecciones de periódicos de Severino. A pesar de que en esos días Severino tuvo que permanecer escondido y los talleres gráficos vigilados, se da el gusto de enviar su periódico el 1º de agosto. En la sección "Cara a cara con el enemigo" describe los dos atentados: "*En la noche del viernes 22 de julio, en una hora, estallaron dos bombas en la zona central de Buenos Aires que rompieron así el silencio glacial que con un manto letal cubría los últimos acontecimientos ocurridos con motivo del proceso a Sacco y Vanzetti. Esa protesta era más que lógica: era necesario tocar los intereses y las cosas más caras a la escoria reunida en los meandros oscuros de Wall Street. ¡Y así se actúo! Los brazos anónimos que encendieron la mecha no pudieron contener más la angustia interna que desde hace tanto tiempo los atormentaba, y ante la burla, la charla y las volteretas políticas de un Fuller, prefirieron tocar al monstruo en su carne viva*".[22]

Luego de describir los atentados contra la estatua de Washington y la agencia de la Ford Motor Company saluda esos actos y

escribe: "*Auguramos que esa gesta sea sólo el principio de una acción más vasta, que con toda energía sabrá unir a las fuerzas aisladas de los anarquistas*".

Para editar el número ha debido trabajar día y noche y para ello ha contado con la ayuda incondicional de su amigo José Romano, *Ramé*, y del joven Paulino Scarfó.

Ese número de "Culmine" es un claro documento del temperamento de Di Giovanni y de su búsqueda ideológica. En primera plana hay un dibujo en el cual aparece un hombre subiendo una montaña mientras lleva sobre sus espaldas una enorme bomba con la mecha encendida. En el pico de la montaña se lee la palabra UTOPÍA. Como epígrafe del dibujo está el siguiente llamado: "*¡Rebeldes a todas las opresiones y a todas las injusticias! ¡Jóvenes temperamentos indomables a todas las tempestades de la vida, ha llegado la hora de COOPERAR con todas nuestras fuerzas para salvar en la vida de Sacco y Vanzetti también la dignidad revolucionaria que nos anima! ¡Demos fuego a la dinamita vindicadora! ¡Destruyamos a la infame casta de los esclavistas y aprestémonos a la más desesperada lucha por la libertad absoluta de los dos reclusos de la cárcel de Charlestown!*".

Después de leer "Culmine" la policía no tiene la menor duda de que por ahí está el organizador de los atentados. El juez Lamarque pone en libertad a los detenidos hasta ese momento. Ahora el único buscado será Severino Di Giovanni.

Este, pese al éxito de los atentados y de haber logrado editar el periódico, estaba profundamente deprimido. Días antes había recibido la noticia de la muerte en Italia de su amigo y compañero de ideas Paolo Flores. Será un nuevo impacto emocional del que tardará en reponerse. En ese número de "Culmine" alcanzará a escribir: "*Paolo Flores me escribía seguido en estos últimos meses. Sus cartas, eludiendo el tentáculo de la terrible censura fascista, rebosaban mil esperanzas y mil promesas que él intentaba recoger en el jardín esplendido y fértil de nuestro siempre verde ideal. Pero la muerte cruel le había minado el camino de su juventud en flor. Y mientras se aprestaba y se disponía a abrirse como un capullo ante las caricias del sol y a embargar el aire con toda su perfumada poesía, es arrancado sin darle tiempo de esperar ni siquiera el beso benéfico de la vida florecida. Paolo Flores, joven de 25 años, compañero entusiasta que había apagado plenamente su sed en la fuente purísima y cristalina de nuestro movimiento, acostumbrándonos con todas sus abundantes riquezas de pensamiento y saciándonos con sus mil esperanzas que iba ofreciendo con toda su prodigalidad, fue interrumpido en sus designios generosos por una enfermedad que lo llevó a la muerte en poco tiempo. Semanas*

antes de su fin me envió una carta —en la que me hablaba también del mal físico que lo atormentaba— plena de una multitud de cosas hermosas que su mente estaba construyendo.

Quería escribir un libro: '¿Qué hacer?' —continúa Di Giovanni— *y en él esbozar a golpes de cincel un estudio sobre el fascismo que infesta Italia, y en favor de la libertad. Además quería también traducir una serie de trabajos desconocidos en lengua italiana y que en parte publicamos bajo el título 'Para nuestras ediciones' en el número 20 de 'Culmine'. Simpatizó siempre con el espíritu que anima este periódico y colaboró con nosotros bajo los seudónimos de Victor David, Armodio y V. D., enviando especialmente correspondencia bien detallada en la que reflejaba la vida que se sufre en el inmenso infierno italiano. Sus escritos, por su sobriedad, estaban adornados por una fineza que invitaba al lector a leerlos con placer. En esta hora grávida de grandes acontecimientos para la historia de nuestro movimiento no puedo —con un nudo que me aprieta en la garganta— hacer otra cosa que recordarlo a través de estas páginas que él tanto amó cooperando para hacerlas más interesantes y útiles*".

Tal como lo había hecho en abril, la FORA y los gremios anarquistas autónomos declaran el paro por 48 horas por Sacco y Vanzetti, que se cumple el 5 y el 6. Los gremios autónomos —yeseros, pintores, zapateros y lavadores de autos, es decir, los que están en contra de la línea de la FORA— siguen el paro por su cuenta. Aumenta la agitación callejera en todo el mundo. "La Antorcha" resuelve aparecer el 8, 9 y 10 de agosto. Y es el 10 de agosto la fecha establecida para llevar a la silla eléctrica a los dos libertarios. Ese día comienza con la explosión de bombas: una en el palacio de Tribunales, otra en la estación Vélez Sársfield y la tercera en las vías del Ferrocarril Sud, en el puente de la calle Australia. Tres grandes manifestaciones han sido organizadas para la tarde: en Plaza Once, a las 15, los gremios anarquistas autónomos y la Comisión de Agitación pro Sacco y Vanzetti (es decir, la izquierda del anarquismo); a la misma hora, en Plaza Constitución, la FORA, la central obrera anarquista, y a las 16.40, en Plaza del Congreso, la COA, organización sindical socialista-reformista.

"La Antorcha", diario anarquista de la mañana aparece ese día con una volanta: "*¡Todos los caídos deben ser vengados, guay si no lo son!*" Y el gran título de primera plana es sugerente: "Después de media noche..."

Exactamente. Esa es la hora que esperan las agitadas masas de todo el mundo ya casi con resignación. La agitación ha sido tanta que la muerte de esos hombres es como una crucifixión; la gente aguarda esa hora como la de un cataclismo.

Es tan grande la conmoción que el propio Benito Mussolini, en un acto para ganarse a la clase trabajadora italiana —ya que, a la postre, se trata de dos italianos que van a ser sacrificados en el exterior— envía un telegrama al gobernador Fuller en el que solicita se conmute la pena de muerte de los dos anarquistas.

Los actos públicos reúnen mucho público y son apasionados. Los libertarios Alberto S. Bianchi y Horacio Badaraco queman una bandera de Estados Unidos. Son detenidos y se les inicia un increíble proceso de "*traición a la patria*". Los dos harán entonces una huelga de hambre de 35 días ("*sin jugos de frutas ni inyecciones de suero*", nos testimonió Bianchi cuarenta años después).

Pero la ejecución de los dos condenados no se produce. Los dos hombres que hace siete años están detrás de las rejas reciben doce días más de vida. La ejecución se pospone para la hora 0 del 23 de agosto.

"*Pueblada de cien mil porteños por Sacco y Vanzetti*", publica orgullosa "La Antorcha" al describir la gente que había acompañado los actos. Y un hecho singular: con propios ejemplares de ese periódico anarquista, los manifestantes queman un tranvía en la vía pública.

Serán doce días de constante agitación y disturbios obreros. La policía extrema sus medidas. Badaraco y Bianchi siguen con la huelga de hambre. Los gremios autónomos organizan paros y manifestaciones de repudio. En un comunicado se quejan de la actitud de la FORA y de la USA de levantar los paros y no seguirlos hasta las últimas consecuencias. El gobierno radical mira con nerviosidad la agitación. Será la gran última manifestación anarquista en la Argentina. El anarquismo ya no tiene la fuerza de antes —por las divisiones y porque sin ninguna duda las condiciones sociales han cambiado— pero aquí se muestra en su mayor fuerza, como una llama que antes de morir revive con toda su fuerza por un segundo. El encargado de negocios de Estados Unidos publica una solicitada en "La Nación" en donde trata de demostrar que Sacco y Vanzetti son delincuentes comunes y que la justicia norteamericana ha cumplido con todos los pasos legales. Pero no le cree nadie, salvo los lectores de "La Nación" que, de por sí, ya están convencidos desde un principio.

El jefe de investigaciones de la Policía de la Capital, don Eduardo I. Santiago, ha declarado a los periodistas que la situación está absolutamente controlada. Preguntado si no teme un atentado personal responde con un poco de sorna: "*no va a pasar nada*". A la noche siguiente, el 16 de agosto de 1927, algo después de las diez de la noche, el

vecindario de Almagro es sorprendido por una violentísima explosión. En Rawson 944, en el lujoso domicilio del propio comisario Santiago acaba de explotar una bomba calificada como de "*extraordinario poder*". Colocada en el balcón que da a la amplia sala, fue preparada evidentemente para liquidar a Santiago ya que éste apenas hacía unos minutos que se había acostado en el dormitorio cercano. Los muebles de la sala y antesala han quedado destruídos, el balcón y la ventana, hecho añicos. Hay plumas de almohadones por todos lados. El cronista de "La Nación" es un tanto poético en su descripción: "*las plumas cubrieron la araña en forma tal que parecía haber caído sobre ella una fina nevada*".

Santo remedio —comentarán los anarquistas después—. Santiago no hará más declaraciones. En efecto, las investigaciones posteriores sobre los hechos que se irán produciendo estarán a cargo directamente del jefe de Orden Social, comisario Garibotto. Contra Santiago, que es conocido como uno de los más pertinaces perseguidores de todo aquel que valga como revolucionario, los anarquistas tienen un odio especial. Lo saben muy afecto al gobierno radical y especialmente corrupto. Años después, el periodista Carlos Alberto González, cronista del Departamento de Policía describirá el sistema de "*sacar presos*" mediante coimas que utilizaba Santiago.[23] Además, en febrero de ese año, con motivo de la bomba que se le había puesto en el domicilio del contraalmirante Hermelo fueron detenidos los obreros Angel Sastre Ordóñez, español, lavador de autos, y Juan Manuel Castiñeiras, español, alpargatero. Los mismos fueron bárbaramente torturados en dependencias de Orden Social. En un folleto titulado "La Inquisición Policial Argentina", editado por la FORA, se hacen responsables al comisario Santiago y al funcionario Dante Buzzo de haber aplicado, por primera vez en la Argentina el suplicio llamado "*pileta*", que consistía en sumergir la cabeza del detenido en una pileta de agua hasta casi su asfixia, repitiéndose el procedimiento hasta una señal del médico policial. Esta fue la primera vez que se menciona tal suplicio en dependencias policiales argentinas. Procedimiento que luego fue denunciado repetidas veces en diversas épocas.

Por último, llega la dramática noche del 22 de agosto. Una verdadera multitud está reunida en los cafés de Avenida de Mayo a la espera de noticias que se escriben en las pizarras. A los anarquistas se los puede ver en los cafés de la zona de Boedo, su lugar preferido, hasta bien

entrada la madrugada. Es una multitud que permanecerá firme. Algunos, que tienen amigos en las redacciones adelantan la noticia: "*Sí, los asesinaron, a la hora cero del día 23, primero Sacco, después Vanzetti. Murieron valientemente gritando: ¡Viva la anarquía!*".

La indignación trasforma los semblantes. Hay llanto de dolor e impotencia. Se ven rostros curtidos de panaderos, de conductores de carros de corralones, de ladrilleros, de calafateadores, de estibadores, llorando como niños. Es que le han matado a dos de los suyos después de tenerlos encerrados siete años; un sistema cruel de jueces corruptos en un país odiado. Es un fenómeno increíble que se expande por todo el mundo: pocas veces se ha llorado tanto y se ha reaccionado de forma tan violenta por la muerte de dos hombres. Por Bartolomeo Vanzetti, el vendedor de pescado. Por Nicola Sacco, el zapatero. Dos humildes emi-grantes italianos en el país de las infinitas posibilidades, acusados de asalto y asesinato por los poderosos y levantados como mártires de la libertad humana, por los humildes.

El buscado Di Giovanni tiene que haber estado allí, entreverado en esa multitud, acompañado por los hermanos Scarfó y otros amigos. Testimonio es su carta de una año después, cuando ya se hallaba prófugo y casi acorralado por toda la policía, dirigida a su amada América Scarfó y fechada el 24 de agosto de 1928, por la noche: "*Recuerdo lo de un año atrás, estábamos plenos de tormentos, de impotencia, de esperanza, de fatiga. La mañana del 24 —no, del 23, para ser mas exactos— regresé luego de una noche de luchas sin resultado. Los habían ejecutado —pavorosamente, en una celda de Charlestown— y todo el mundo crispaba su corazón y apretaba los puños. Tú —con aquella nuestra otra compañera— sollozabas al conocer la triste noticia. ¡Oh, bellísimo corazón femenino, rezumo de todos los amores excelsos y puros! Sollozabas y en tu corazón maldecías a los malos, a los cobardes de la fuerza y en esa tragedia fortificabas tu fe iconoclasta y rebelde, inmaculabas tu alma —ya de por sí tan abierta—, tomabas de los cercos de nuestro camino libertario a manos llenas todas las flores de la gran redención y las apretabas con todo el arrebato de tus catorce años de entonces. ¿Recuerdas?*

En aquel entonces se luchaba en todos los rincones del mundo. Un alma gemela a la tuya, en Chicago, elevaba el más bello monumento del heroísmo de la juventud femenina. ¿Te acuerdas de Aurora D'Angelo? Ella era hermosa como tú. Ella era generosa como tú. Ella era desprejuiciada como tú, ¡oh, bella hija de la anarquía! ¡Oh dulce compañera mía! ¡Oh, mi gran amor...!

En cambio este año, nada de nada. Los diarios —los de ellos como los nuestros— no informan nada nuevo. Todas las fuerzas reposan en... promesas. Quiero ver si las cumplen. Porque quien tiene un corazón fértil a toda la

generosidad y a toda la solidaridad no puede permanecer tranquilo, no puede adormecerse, no puede disolverse en la letra muerta de la inacción. Los dos mártires de Boston han sembrado las más bellas semillas de todas las estaciones, han cultivado un suelo fertilísimo que no puede tardar en dar los frutos maduros de la liberación.

Este año, nada. Mañana se lamentarán los escribas y fariseos de aquel acostumbrado anarquismo de marionetas y opereta. Pero si por ahí, una mano anónima se toma el deber de recordar la fecha sangrienta, la terrible tragedia consumada sobre la hoguera sin llamas, ah, entonces sí, estos mismos fariseos y estos mismos escribas lanzarán su cocodrilesco anatema más allá del séptimo cielo. Hacen siempre así, son como los discípulos de San Ignacio de Loyola, no hacen más que calcar —falsamente— las huellas del más rancio y retorcido franciscanismo".[24]

En estas líneas, Severino resume lo que había experimentado en carne propia. Cuando escribe: "*Si* (...) *una mano anónima se toma el deber de recordar la fecha sangrienta...*" se refiere a sus propias acciones violentas, y cuando dice: "*escribas y fariseos*" señala a todos aquellos antifascistas que criticaron su reacción. Comenzaba un año definitivo para él.

Aquel 23 de agosto de 1927, el día de la ejecución de Charlestown, terminó movido para los porteños. El paro fue general, ordenado por las centrales obreras, los estruendos de petardos se oyeron todo el día, hubo enfrentamientos con la policía y desmanes. Todo culminó con el incendio de un tranvía, un símbolo que los anarquistas no podían dejar de materializar.

Un símbolo no más, porque en realidad una sociedad orgullosa y segura de sí misma había aplastado a todo un movimiento proletario mundial. Severino odiaba a toda esa sociedad de Estados Unidos que con tanta soberbia había liquidado el asunto. En sus escritos atacará aún más el sistema capitalista del país del Norte. Para él no había dudas de que Estados Unidos ayudó a Benito Mussolini a tomar el poder, y por tanto, era culpable de lo que le pasó a él y a sus compañeros de infortunio. Mas después del análisis económico de la ascensión de Mussolini que había hecho Gigi Damiani, titulado "*Wall Street e il fascismo*", en "Germinal", de Chicago, el 1-6-27. Allí se denuncian los esfuerzos realizados por la Banca Morgan, Dillon, Read and Co., The Chase National Bank, etc., para ayudar a la revalorización de la lira. Y los préstamos financieros norteamericanos a la Edison, Fiat, Montecatini y al Consorzio Marinaro Mercantile. Damiani finalizaba su artículo de 1927 con una predicción que se iba a cumplir: la marcha de Italia hacia la guerra. Dice: "*Wall Street subsidia al fascismo a pesar de que el fascismo va derecho a la guerra y arruina cada día a Italia, porque está seguro de imponer antes y después sobre Italia el control que se aplica a los deudores insolventes*".

En el número que "Culmine" dedica a los dos ejecutados, el idioma de Severino está cargado de emoción, es triste y tormentoso. En el fondo se reprocha no haber hecho lo suficiente. No se duele de que todo el esfuerzo haya sido en vano sino el haber permitido el asesinato legal. Y dice: "*A su violencia debemos responder con nuestra violencia: la venganza. A su instrumento infame que ha quemado los cuerpos de Sacco y Vanzetti, debemos oponer nuestros instrumentos vengadores que quemarán los mil tentáculos monstruosos de la fiera vampírica que envuelven todos los senderos de la tierra y sofocan todo y a todos. Nuestra dinamita purificará los lugares que la maldita casta del dólar ha apestado. La dinamita, más allá de la venganza, hará mentira los resultados del trágico balance destruyendo el cálculo cínico.*

La dinamita afirmará el boicot y el sabotaje a los productos norteamericanos. La dinamita quebrará el vaso de las falsas samaritanas que se han anidado en los corredores oscuros de todos los bancos internacionales subvencionados por el Dios Amarillo. La dinamita será el arma que nos hará dignos compañeros de los dos mártires de Boston. En ese sentido debemos perseverar tenazmente. A su violencia, opongamos la nuestra. A la silla eléctrica, la bomba. A cambio de Sacco y Vanzetti que nos mataron sádicamente, persigámoslos en todo lugar y que sufran en carne propia su delito negro y monstruoso. Es hora de llevar a los hechos todo aquello que prometimos miles y miles de veces para esta casta de verdugos.

¡Por nuestra dignidad, por nuestra seriedad!

Entre tanto las primeras voces se hacen oír. La extrema vanguardia del anarquismo militante, que vive al margen de la sociedad corrupta de hoy, ha comenzado su trabajo duro y peligroso. Saludamos desde estas páginas, libres de todo prejuicio, su coraje supremo y la afirmación de las más viriles de las rebeliones".

Luego saluda las explosiones en el monumento a Washington, en la Ford, en el Palacio de Tribunales, en las vías férreas, en la Ford de Córdoba, en la casa del comisario Santiago, en la West Oil India de Montevideo, en el City Bank también de la capital uruguaya y en la Ford y la Standard Oil de Pergamino.

La primera página está orlada por una frase de Nicola Sacco: "*Coraje, compañeros, a no desesperar! Otros tomarán el puesto de los caídos de hoy y del mañana. Y en la rebelión general, en la brecha para la liberación de todas las víctimas perseguidas y no vindicadas, no olvidéis a los que tienen fe en vosotros. Dad por seguro que desde la silla eléctrica no nos olvidaremos de enviaros la última sonrisa de infinita gratitud y de reconocimiento*"



El obstinado camino hacia la tragedia

"En la eterna lucha contra el Estado y sus puntales, el anarquista que siente en sí mismo todo el peso de su función y de su rebelión que emanan del ideal que profesa y de la concepción que tiene de la acción, no puede muchas veces prever que la avalancha que dentro de poco hará rodar por la ladera deberá necesariamente embestir el codo del vecino que está abstraído en la contemplación de las estrellas, o pisar el callo de otro que se obstina en no moverse, venga lo que venga en torno a él. Es lo inevitable de la lucha, que el anarquista no busca adrede, por puro gusto, pero que por un cúmulo de casualidades se atraviesa en su camino y provoca la nota violenta. No valen para reparar lo inevitable las acostumbradas recriminaciones, las 'diferencias', las serenatas al llanto, las alambicaciones leguleyas, las maldiciones de siempre y los repudios: si en el camino debemos correr, no podemos hacerlo parados ni impedidos por un falso sentimentalismo improductivo sin obstaculizar aquello que se quiere conducir como meta de la enérgica rebelión."

(Severino Di Giovanni: "El Terrorismo".)

En los meses subsiguientes, Di Giovanni vive cambiando de domicilio. Durante ese tiempo ha perdido la base para la fabricación de explosivos porque sólo a fines de diciembre se nota nuevamente su acción.

En esos meses, en su vida ha entrado un factor al cual se entregará con la misma vehemencia y pasión que a su idea: el amor. América, esa adolescente, representa algo nuevo que mucho tiene que ver con sus sueños y su poesía. Es un sentimiento hasta ahora desconocido para él. La relación con Teresina tiene algo de solidaria por las circunstancias en las que tuvieron que unirse; hay hasta cariño. Esa mujer campesina tiene cierta dulzura en su silencio. Y a los dos los une el amor por sus hijos. Pero a ella no le puede hablar de sus ideas, de sus sueños. Tiene necesidad de otro ser femenino para compartir todo eso que lo obsesiona. Teresina no le ha exigido ni pedido nunca nada, al contrario, toda su vida con él ha sido llena de dificultades, nunca ha habido tranquilidad desde que tuvieron que abandonar Italia. Últimamente se ha mostrado intranquila, teme por sus hijos. Nota que Severino se escapa de sus manos. Los allanamientos policiales y esta vida, ahora, de constante aparecer y desaparecer la ha puesto insegura. Él ya existe cada vez menos para ella.

Severino tiene presente constantemente a esa adolescente de ojos encendidos e inteligente mirada que lo acosa con preguntas sobre mil y una cosas, que siempre quiere saber más y que no comprende cómo el mundo puede estar en contra de esos hombres que luchan por la libertad a ultranza; esa adolescente es precisamente el ser que necesita ese hombre de 26 años para confiarse, para sostenerse con todas sus luchas, desesperanzas, derrotas e ilusiones.

Los dos están penetrados de amor pero ninguno sabe cómo llegar al otro. América, por inexperiencia y por los prejuicios de la época; él, por un temor que lo paraliza frente a ella. Y hay una especie de pudor

frente a Paulino y Alejandro, quienes fueron los que lo llevaron hasta su propia casa. Pero necesita de ella, verla, conversar con esa niña-mujer a toda hora. Está profundamente enamorado, atraído, imantado por la frescura, la ingenuidad y al mismo tiempo por la profundidad de esa muchacha.

Sin querer, la propia madre de América es la que los ha aproximado. Paulino, antes de irse, le ha dejado un papelito a su madre con la dirección de la pieza donde van a vivir los dos muchachos en el futuro. Doña Catalina manda todas las semanas a la adolescente con ropas y alimentos. Pero lo que no sabe la madre es que allí también se halla Severino. Allí se encuentran los dos. Ya podían conversar libremente. Un día, al salir del liceo, ella nota que en la esquina está él esperándola. Severino adujo el pretexto de traerle un libro de poesías. Comenzaron largos y lentos paseos con otros temas: ya no eran las ideas sino literatura y de la literatura a la poesía y así se iban aproximando al amor. Y las próximas veces que se encontraron, él le traía manuscritos donde le hablaba de ella, de sus sueños, de cómo se imaginaba su futuro.

Luego comenzaron los encuentros en el Parque Centenario, en el Parque Rivadavia, o caminaban a lo largo de la calle Cuenca y del arroyo Maldonado, y se paraban en una casa con madreselvas. América decía en su casa que salía con su amiga Elena Serra, novia de Alejandro. Y todo quedaba allí: era un romance lento, platónico, como si los dos temieran romper el encanto de esa amistad. Para él, los encuentros con ella son como un bálsamo en medio de la actividad que desarrolla en esa primavera del '27. Busca en la mujer lo que hasta ese momento no ha podido encontrar en los hombres: un verdadero amigo. Se ha peleado con Aldo Aguzzi, su alter ego. Aguzzi sigue siendo el pacifista a ultranza que quiere convencer con los argumentos de la razón, pero que admira el proceder de Di Giovanni, su valentía, su decisión, su altruismo. (Acaso por que en el fondo está convencido de que sin violencia no se puede cambiar nada. Pero odia la violencia. Cualquier acto de crueldad lo paraliza.) Severino rechaza el método de Aguzzi porque para él es perder el tiempo. Aunque tampoco puede disimular una cierta admiración por la paciencia de ese compañero, por su infinita calma, una especie de cristiano de las catacumbas, un tolstoiano que no resigna. (¿Acaso esa admiración no provenía del hecho de que tampoco Severino estaba seguro de triunfar con la violencia?) Aguzzi edita ahora "Il Pensiero". Su estilo es muy distinto al de "Culmine"; la meta es la misma. En Severino habrá una constante búsqueda de unir los dos

caminos diferentes. En ese año editará un opúsculo: *Cristo y Bonnot*, de Luigi Damiani. Es un diálogo imaginario entre Jesús y el bandido francés. Cada uno dice su verdad, cada uno alaba su método para mejorar el mundo, al ser humano. Uno, la bondad, el convencimiento; el otro, la violencia redentora. No se entenderán. "*Los dos hombres se estrecharon las manos al despedirse. Bonnot, a pesar suyo, se sentía triste. Los ojos de Cristo estaban húmedos. Cristo volvía a retomar su marcha penosa, seguramente hacia un nuevo calvario. El automovil gris de Bonnot corría en alocada marcha hacia la lucha sin cuartel del bandido ilegal contra los bandidos legales. Este terminó cercado en su propio refugio, quemando su último cartucho. Aquél, predicando el amor y la resistencia pasiva al mal; cuando el mal recrudeció con el delirio guerrerista, fue barrido, masacrado. Y sobre el mundo la injusticia continúa gravitando como antes. Peor que antes...*"

El opúsculo termina con estas frases: "*Pero los dos retornarán al mundo; es posible que ya hayan reemprendido la marcha... ¡Que en el próximo encuentro se entiendan y se asocien! Y marchen juntos sumando todos los heroísmos, por otro camino... Con todas las violencias y con todas las bondades. Destruyendo y sembrando*".

El haber editado eso en 1927 justamente este *Cristo y Bonnot*, mostraba a Di Giovanni en su búsqueda, en su intento de equilibrio. Pero la sociedad no le va a dejar tiempo. Todo se irá precipitando sobre el rebelde que dentro de muy poco pasará a ser un fugitivo, acuciado, sintiendo los dientes de los perseguidores. E insensiblemente se irá convirtiendo cada vez más en Bonnot.

Pero entre Cristo y Bonnot está ese romántico enamorado que espera en la esquina del Liceo de Señoritas Estanislao S. Zeballos la salida de una alumna de segundo año. Después del encuentro los enamorados caminan por la calle Yerbal. El romanticismo se acentúa aún más porque la relación debe mantenerse en el más absoluto de los secretos. Tal vez Paulino haya sido el único que percibió algo, pero jamás se lo dirá a su hermana; le tiene demasiado cariño y respeto para intentar censurarla y ella tiene demasiado carácter para aceptar reconvenciones. Sólo cuando después de los hechos que se producirán en diciembre, Paulino abandone la ciudad y se vaya a trabajar al campo, a la cosecha, le escribirá a su madre: "*No dejes salir a América, ¡es tan joven todavía!, ya tendrá tiempo*". Es decir, sus temores y su paternalismo para con su hermana podían más que todo lo que había leído contra los prejuicios y

sobre el derecho de la mujer al amor, que propagaba la idea libertaria. Paulino vivirá meses en Rosario y Córdoba, con nombres supuestos. Es desertor del ejército porque no se presentó al llamado a filas.

Severino arregla con el carrero Juan Rotti para que con un carro de "La Familiar de Avellaneda" realice la mudanza y lleve los muy pocos muebles, ropas y libros que le quedan hasta Gaona 3051 donde ha alquilado dos piezas al fondo. Allí irán a vivir Teresina y los chicos. América y los otros hermanos ayudarán a la mujer. Pero la familia Di Giovanni apenas vivirá dos meses en ese lugar. Severino sospecha del encargado de la casa y entonces, a fines de octubre de 1927, nuevamente con la ayuda de Juan Rotti, vuelve a mudarse, esta vez a la casita de San Nicolás 1030.

La intuición de Di Giovanni no se equivocaba: pocos días después la policía llega hasta Gaona 3051. El encargado de la casa declara que Di Giovanni ha vivido allí y que era visitado por muchas personas, especialmente los sábados por la noche y que, al salir de esas reuniones, se tomaban muchas precauciones.[25]

Severino va ganando experiencia en esto de despistar siempre a la policía. En el Delta tiene amigos, entre ellos Gino Gatti, llamado "*el ingeniero*", hombre inteligente y callado, que fue el verdadero genio "*logístico*" del anarquismo expropiador en la Argentina y el Uruguay.[26] Los *tiras* de Orden Social lo han visto por allí y el informe respectivo dice: "*Severino Di Giovanni se encontraría en Tres Bocas (Arroyo Pajarito) en la quinta titulada De Marcé; viene diariamente al canal San Fernando a las 7 o 7.30 y se va a las 9.30 en la canoa 'Arroyo Pajarito' que lo deja frente a la Prefectura o debajo de las vías del Ferrocarril Central Argentino*". [27] A pesar de informes tan precisos, Severino no puede ser detenido. O sólo lo siguen para sorprenderlo con las manos en la masa.

Sobre los derechos de la mujer, Severino hace otra publicación más, como editorial "Culmine", también en forma de opúsculo, titulado "La mujer y la familia", en italiano, que es el texto de la conferencia dada por Pietro Gori, en el antiguo Teatro Iris, el 25 de noviembre de 1900. En la misma, el anarquista sostenía conceptos como éste: "*Así como los obreros sufren la tiranía económica de la clase capitalista, así las mujeres —en la costumbre y en la ley— son víctimas de la tiranía del sexo masculino. La liberación de aquéllos del yugo económico y de éstas del yugo sexual no podrá llegar a realizarse sino a través del esfuerzo colectivo de todos los explotados por la sociedad. Así como la liberación de los trabajadores no podrá ser sino a través de ellos mismos —de acuerdo al dictamen de la Internacional— así la liberación*

de la mujer será siempre una afirmación vacía si la mujer no la emprende por sí misma. Las reivindicaciones femeninas por miles de razones y motivos están ligadas a las reivindicaciones de los trabajadores; por otra parte, el derecho obrero no llegará a su victoria si la mujer se muestra negligente y no lucha. Por eso los trabajadores tienen interés y el deber de no abandonar el problema femenino que es parte integrante de la vasta cuestión social; y las mujeres deben tener la misión y el interés de preocuparse con todo amor por la cuestión social, porque el feminismo fuera de ella será sólo una vana academia de pocas comadres ambiciosas".[28]

Pietro Gori terminará su escrito con este llamado: "*Por amor a vuestros hijos, por amor a vuestro amor, por amor a la humanidad de la cual sois madres luminosas, ayudadnos, mujeres, en nuestra lucha terrible y santa*".

También en Severino se daba continuamente este llamado a las mujeres. En el Nº 27 de "Culmine", su artículo "Las modernas mujeres espartanas" es un verdadero canto a la reacción femenina contra el crimen legal que se acababa de cometer con Sacco y Vanzetti. En uno de sus párrafos dice: "*Deshojamos en el fragante jardín de la acción y del ideal las rosas más bellas de la vida: las criaturas voluntarias de la redención social, aquellas mujeres que no se contentan más con ser las consoladoras de los combatientes en la áspera lucha sino que se apropian de la parte más peligrosa y la convierten en la victoria más magnífica. Bebiendo hasta el fondo el cáliz de todas las amarguras y de todas las dulzuras han superado el arrojo heroico de Juana de Arco y se han puesto a la par de Luisa Michel, la virgen roja, de la que han heredado el ideal del pensamiento humano más bello que se pueda concebir; el ideal de la libertad. Sean bienvenidas estas buenas compañeras... !*". Y luego pasará a nombrar a las heroínas de la campaña por Sacco y Vanzetti: "*Una de las más jóvenes, criatura de 16 años acariciada por los ideales supremos y de sueños sublimes, supo infundir la rebelión y el entusiasmo en Chicago a la densa marea humana que la circundaba: con los brazos, a puntapiés, con las uñas y los dientes reivindicó para sí misma y para su sexo la dignidad y la solidaridad. Antes de ser reducida a la impotencia, Aurora D'Angello se defendió enérgicamente. Ella era impulsada por el heroísmo que desborda en los ánimos impregnados de solidaridad fraterna. Mientras en otro punto del globo, bajo el desenfreno de la misma tempestad, otra mujer atravesaba las calles de otra gran ciudad sostenida por el amor que la ligaba con la sangre de uno de los mártires; ¡Luisa Vanzetti! La amorosa hermana del bueno y estoico Bartolomeo caminaba a la cabeza de todo el pueblo rebelde de París. Circundada de tantas banderas rojas y negras con una verdadera selva de pancartas que incitaban a la venganza, que amenazaban con toda la ira de la que están llenos los ánimos*

lacerados de todos los míseros parias de la revolución social. Luisa Vanzetti reúne en sí misma todas las buenas cualidades que en momentos similares es rica el alma femenina y con lo escrito, con el corazón y con todas las fuerzas misteriosas de que está llena la vida se volvió hacia la avenida humana y expresó su supremo grito: '¡Pueblo de Francia, en tus manos está la vida de mi hermano y de Sacco! ¡Pueblo de Francia, pueblo de París, de Europa, de América, del mundo! ¡Salvad la vida de los dos mártires de Boston!'"

Más adelante dará los nombre de la poetisa Dorothy Parker, detenida en Boston, y de Celia Polisuk. Y mencionará a una desconocida jovencita que dirigió en Londres el ataque a la embajada norteamericana hacia donde llevó a una multitud de diez mil personas.

Si bien la primera página del siguiente número de "Culmine" será dedicada a la liberación de Simón Radowitzky (el título dirá: "Mientras Simón Radowitsky muere... ¡la plaza y la acción deben ser nuestros medios de lucha!"), Severino seguirá insistiendo con el tema Sacco y Vanzetti para que sigan en la memoria del pueblo. Dice así: *"Nuestra protesta no se reducirá solamente a cláusulas enervantes de una proclamación cualquiera al boicot de los productos norteamericanos. ¡No! Haremos otra cosa. Mucho más fuerte, más sólida, más penetrante. ¡No! Haremos otra cosa. Que vindique, que incendie, que aniquile. ¡No! Haremos otra cosa. Que desahogue, que grite y que sacuda el duro rostro de todo yankee rico, con nuestra rabia, con nuestra indignación, con nuestra saliva. Que continúe para toda la eternidad, en cada intervalo de nuestra breve vida, la voz ronca y sorda de la dinamita que rompa para siempre los tímpanos de los acaudalados norteamericanos. Que vivan también ellos los minutos terribles de la muerte"*.

Los hechos seguirán a las palabras. Severino vuelve en ese noviembre de 1927 a retomar la acción. Para vengar la muerte de Sacco y Vanzetti elige la fábrica de cigarrillos Combinados.

Al dueño de ese establecimiento se le ha ocurrido una idea bastante descabellada, en su afán de ganar dinero. Quiere sacar a la venta un nuevo cigarrillo barato, para obreros, y alguien le insinúa ponerle como marca "Sacco y Vanzetti". Ya que así, de entrada, serán populares y se ahorrará los gastos de publicidad. En eso de que los nombres están promocionados, tiene razón, pero no ha tenido en cuenta que a los anarquistas les caerá muy mal la ocurrencia. Y el 26 de noviembre una de las bombas que acostumbra usar Di Giovanni hace

estremecer la manufactura de tabacos del señor Bernardo Gurevich, en Rivadavia 2279. Los daños son cuantiosos y ese mismo día, el empresario de ideas poco brillantes, anuncia públicamente que ha decidido eliminar las marquillas "Sacco y Vanzetti".

"La Antorcha" saludará el atentado contra la empresa Combinados y explica que el dueño "*trató de gestionar* (...) *el consentimiento de la amante compañera de Nicolás Sacco para la explotación de una marca de cigarrillos con el nombre Sacco y Vanzetti. Pero las cosas no han tomado el curso que deseaba el mercader. A la dolorosa y digna protesta de Rosina Sacco se ha unido la protesta de los anarquistas de Buenos Aires. El solo conocimiento de que en tal forma se trataba de especular con los dos caídos, provocó la justa vindicación anarquista. El 26 de noviembre una poderosa bomba de dinamita arrasaba con el negocio del mercader. Esto, que es una advertencia, da buena cuenta de que no impunemente se puede mistificar con el sacrificio de dos de los nuestros*".

El atentado causa cierta gracia en la opinión pública. Pero lo de Severino no había sido un chiste sino una advertencia. Además de eso sabía que detrás del acto debía venir la agitación. Y que no se podía agitar sólo con el nombre de dos símbolos que ya estaban muertos. Por eso une a la memoria, lo actual. Y lo actual era que el gobierno radical no se inmutaba y seguía manteniendo preso a Radowitzky en la cruel cárcel de Ushuaia a pesar de la enfermedad de éste, una úlcera tuberculosa en la garganta. "*Su muerte* — escribe Severino— *además de aumentar los delitos de la tiranía capitalista, aumentará también nuestra cobardía y marcará de infamia nuestro espíritu solidario que siempre estuvo orgulloso de emprender tantas hermosas batallas de agitación*"[29] Hace responsable de todo al ministro de Justicia del gobierno radical, Sagarna, a quien califica de "*oscura figura de bandido y verdugo, de alma negra y sin ningún escrúpulo humano, él es la eminencia gris que ordena la nefanda trama para dañar a nuestro pobre compañero. Sobre él caerá, sin ninguna compasión, toda la responsabilidad de lo que pueda suceder*". El Nº 29 de "Culmine" estará casi todo dedicado al preso de Ushuaia y al penal. La cárcel está descrita en el artículo "Ushuaia, Tierra maldita. El mártir y el verdugo".

No se queda sólo con la crónica argentina e italiana sino que explica a los lectores lo que ocurre en México, con el dictador Elías Plutarco Calles, la destrucción de los indios yaks, la prohibición del diario anarquista "Sagitario" y la prisión del viejo agitador Librado Rivera.

Severino instala "Culmine" en una de las habitaciones de la calle San Nicolás y su connacional Agostino Cremonessi se hará responsable de la edición.

El 24 de diciembre de 1927 —víspera de Navidad— Severino y sus amigos continuarán con los atentados contra propiedades norteamericanas. Hasta ahora, los atentados de Di Giovanni habían sido contra cosas y no contra personas. Él quiso seguir esa línea. Pero la violencia es imprevisible. No hay cálculos suficientes ni seguros. La casualidad o la fatalidad están siempre presentes. Y la casualidad y la fatalidad van a signar a Di Giovanni. Ese sábado cree que va a dar un golpe maestro contra dos empresas norteamericanas. Pero quien perderá será él. No pensó en los riesgos de la violencia, en su propia ley.

Faltan apenas quince minutos para que cierren los bancos. En esa época estaban abiertos también los sábados, hasta la una, pero —como vísperas de la más grande de las fiestas— se sabe que se dará asueto a las 12. La gente está en una euforia especial. Faltan pocas horas para la Nochebuena y todo el mundo quiere terminar su trabajo lo antes posible para marchar hacia su hogar. Severino les quiere hacer recordar que para otros no habrá fiesta: para las familias de los ejecutados, para los enterrados en vida en las cárceles, para los desheredados.

A esa hora, cerca de la cabina telefónica del gran hall del City Bank de la calle San Martín —donde están instaladas las ventanillas— se halla un tal Taboada, uno de esos hombres que suelen encontrarse en nuestro medio: es vendedor de mercaderías de contrabando y al mismo tiempo anota numeritos para la quiniela. Esa mañana tiene una mercadería especial, champaña francés, que ofrece a los empleados del Banco. Está por retirarse cuando lo llaman tres empleadas, casi en la puerta, para hacerle pedidos. Es en ese momento que un desconocido, con un maletín en la mano, entra al banco, se dirige a la casilla telefónica, deja la valijita junto a ella y entra en la misma para simular un llamado. En los alrededores de la casilla no hay nadie, toda la gente se agrupa en torno a las ventanillas. Al maletín lo ha dejado no parado, sino volcado hacia uno de sus costados. Los ácidos han comenzado ya a trabajar.

La bomba está calculada para las 12.05, para cuando se haya retirado todo el mundo. El desconocido sale con la misma naturalidad con la que ha entrado, pero sin su maleta.

El pobre Taboada retrocede con las chicas para hacer las

anotaciones con más comodidad y se va al claro junto a la casilla telefónica. En el momento en que las empleadas vuelven a sus puestos de trabajo para prepararse e irse, se produce una llamarada infernal e inmediatamente una ensordecedora explosión. La bomba se ha dado prisa. No ha esperado el horario de cierre.

Se origina como un tifón en el salón del National City Bank. Un tifón que lanza cuerpos, muebles, astillas y bandadas de dinero que van a parar a la calle. La baraúnda es infernal. La explosión ha sido tan tremenda que la detonación paraliza a los porteños del centro. Mientras todos corren hacia el lugar y el City Bank es una caja de resonancia de gritos, ayes e imprecaciones, en el Banco de Boston, de Bartolomé Mitre y Diagonal, entra el mismo u otro desconocido con una maleta que dejará debajo de un pupitre para llenar boletas. Cinco minutos después se produce la misma llamarada que en el City. Pero se queda en eso. La explosión falla. La gente huye despavorida de las calles. El centro se queda vacío en segundos. Las cortinas metálicas se han cerrado apresuradamente. Hay miedo en las espaldas de los porteños. Sólo se oyen las sirenas de las ambulancias y de los bomberos que rescatan cuerpos de entre los escombros. Los peritos dirán después que jamás ha explotado en Buenos Aires una bomba de tal potencia. Veintitres heridos, un muerto: Taboada, de cuyo cuerpo queda poco. Horas después fallecerá también Magda Angélica Villar, de 19 años, empleada del banco, quien —como en los cuentos— estaba por casarse. Ya había sacado los pasajes para la luna de miel en Córdoba.

No eran esos los muertos que deseaba Severino. Pero estaban allí, muertos. Ahora ya no cabía ninguna explicación. Dos muertos inocentes, tan inocentes como Sacco y Vanzetti.

La explosión de la bomba iba a profundizar aún más la división entre los anarquistas argentinos. "La Protesta" está absolutamente en contra de esta nueva acción del anarquismo italiano. ¿Y "La Antorcha"? Es muy difícil aplaudir una actitud individual en la que ha caído gente inocente, pero tampoco se quiere criticar a quien ha arriesgado mucho y que de cualquier manera —mal o bien— lo ha hecho por vindicar la memoria de Sacco y Vanzetti. Por eso, "La Antorcha" no aplaude pero de alguna manera justifica el atentado calificándolo con el siguiente título en su edición del 6 de enero de 1928: "Era fatal".

"*El sentimiento popular* —dice— *el de las masas proletarias, que saben hacerse una opinión sobre los hechos ha sabido fijar en una frase, oída de muchos, su juicio sobre la explosión del City Bank: ERA FATAL. En esa frase, que concreta la opinión del pueblo, éste afirma su convicción de que el sentimiento de dolor y odio suscitado por el asesinato de Sacco y Vanzetti no se*

desvanecería en palabras, y señala el sentido vindicador de la explosión. Y el pueblo no se engaña en su juicio, como no se engañó en su convicción. Se engañan por el contrario, a sí mismos, o pretenden engañar a los demás, todos aquellos que han negado, con una energía que debieran tener para otras cosas (se refiere a "La Protesta") *toda posibilidad que el acto tenga sentido. ¿Creían acaso ya desvanecidos el dolor y la indignación por la tragedia horrenda? ¿Suponían todo terminado con las descargas eléctricas del 23 de agosto? ¿No esperaban que aquellas chispas encendieran estas bombas?*

Hombres de poca fe, de ánimo flaco, que aspiráis a orientar al pueblo, oíd lo que éste os dice: 'era fatal'. Y así afirma su convicción y señala el sentido del acto".[30]

También Rodolfo González Pacheco toma posición en "La Antorcha" respecto del atentado cometido por Di Giovanni. Reproducimos la nota porque es una típica página literario-política del anarquismo de esos tiempos. Su título: "Los muertos hablan".

"Nadie, ni el pobrecito Taboada, para quien el dinamitazo habrá sido como un rayo, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña, que nos deslumbró y nos sacudió a nosotros al recibir, camino de la prisión, la noticia de las bombas. Porque nosotros sentíamos, desde hacía meses, el correr de los ácidos sobre el tabique de corcho. Porque nosotros habíamos visto forjar el hierro, rellenarlo de explosivos y ajustar las tuercas. Porque nosotros habíamos oído el paso de aquel a quien nadie conoce, de aquel que marcha con su disco frío en la mano, como un muerto con su lengua muda en la boca. Porque nosotros esperábamos...

¿Sabéis qué es esto: saber que la fatalidad está en pie y avanza. La angustia que esto implica en los días y las noches de un hombre que ama a los hombres, ama a los más infames...? No, no lo podéis saber si nos sois anarquistas.

¡Y nosotros lo sabíamos! Procesadnos, jueces. Hundidnos en las mazmorras, arrojadnos al redondel de vuestras bestias patriotas. ¡Lo sabíamos!

Sabíamos que iban a hablar los muertos. Que más bajo de las grandes palabras de Sacco y Vanzetti, de France y de Debs, había otras más grandes; que al fondo de los sollozos de Rosina Sacco y Luisa Vanzetti había un mar de llanto; que la pena de Dante Sacco, el niño, y Malatesta, el anciano, sería como la sombra que perseguiría a todos los hombres de trabajo. Sabíamos que, con las limaduras adheridas a las uñas de los herreros, con el cemento que espolvorean las blusas de los albañiles y el resplandor de todas las herramientas, se estaba formando un casco —¿sólo uno?— a cuyo seno confluía todo el dolor, la ira y la audacia que desatasteis vosotros —¡oh, burgueses!— sobre el mundo. Y todavía sabíamos otra cosa: que un desconocido debía recoger aquello para ir hacerlo

estallar frente a vuestras cajas fuertes. Porque él sabe que tenéis la cabeza rellena de oro e iba a rajaros los tímpanos.

Nadie, ni el pobrecito Taboada, para quien el dinamitazo había sido como un rayo, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña, que nos deslumbró y sacudió a nosotros al saber, camino de la prisión, la noticia de las bombas. Porque nosotros sabíamos y esperábamos. Sabíamos que habían puesto en pie y en marcha a la fatalidad, burgueses, y esperábamos y esperábamos sólo cosas fatales.

Bienaventurados vosotros que nunca sabéis ni esperáis nada. ¿Daréis con el autor ahora? Tampoco. Aunque apresarais a todos los anarquistas del orbe, el que lo hizo, el que lo haga, el que lo hará, será el único ¡oídlo bien! el único que no caerá en vuestras redes. El pasará entre vosotros, con su bomba invisible en la mano, como un muerto con su lengua muda en la boca. ¡Pero los muertos hablan!"

Uno de los que más ha sufrido el impacto del acto terrorista, por sus consecuencias morales, ha sido Aldo Aguzzi. El pacifista se ha dado cuenta de que éste ha sido un paso definitivo de Severino hacia su perdición, salvo que reconozca su equivocación. Pero ya ni eso puede servir. La sombra de los dos inocentes se va a interponer siempre. Aguzzi, luego de editar "Il Pensiero", que alcanzó una vida efímera de diez meses, edita ahora "L'Allarme", "Hoja anarquista de propaganda y agitación". En su primer número trata de explicar y explicarse el atentado. (La policía había detenido a Aguzzi para hacerlo hablar sobre el posible autor, lo sometió a golpes y humillaciones y luego —ante la total negativa de éste— lo dejó en libertad.) Dice sobre el hecho: "*No haremos literatura. Ni recurriremos a las grandes palabras sonoras y estúpidas ni a las frases sentimentales. Ni tampoco elevaremos himnos a la dinamita ni nos perderemos en recriminaciones cómodas. Para nosotros, el acto individual no es una cuestión romántica ni sentimental y los hechos a los cuales nos referimos no nos hacen venir a la memoria las acostumbradas frases estereotipadas de ocasión (para nosotros, la retórica dinamitera no difiere en nada de la retórica patriotera), todo lo contrario, nos sugiere graves meditaciones.*

La bomba del City Bank —continúa Aguzzi— *ha causado una veintena de víctimas, víctimas en gran parte inocentes, entre ellas dos muertos. Si fuéramos burgueses repetiríamos como Laurent Tabillade, aquel que en 1893 escribió, a propósito de los atentados terroristas: 'No importan las víctimas si el gesto es bello'. Pero somos anarquistas y estamos sinceramente doloridos, con mucho más sinceridad que los sepultureros de la prensa burguesa y que las hienas de la policía, por esta sangre derramada. Pero este dolor no nos impide hablar claro.*

Queremos decir simplemente lo que han callado las gacetas de sentina y también periódicos 'proletarios' como 'L'Italia del Popolo'. *Queremos expresar que en la asquerosa algarada desencadenada contra nosotros, no ha habido ni un ser honesto y de coraje, ni uno solo, que halla sentido el deber de decir que el autor del atentado no deseaba hacer víctimas. Esta afirmación no sólo está corroborada por el hecho de que ninguna de las bombas explotadas en Buenos Aires durante la última agitación por Sacco y Vanzetti (cerca de diez) provocó una sola gota de sangre, sino también por un detalle que salta con toda evidencia a los ojos aún del observador más ignorante y miope: que el 24 de diciembre era sábado y vigilia de Nochebuena. Es decir, que a la tarde los locales de los dos bancos iban a estar vacíos. La bomba del City Bank explotó pocos minutos antes del mediodía. Por tanto es lógico y seguro que la intención del protestatario anónimo era que la explosión tuviera lugar cuando ya nadie se encontraba en el lugar. Bastó una cuestión de pocos segundos, una imperfección en el mecanismo, un incidente fatal, un contratiempo imprevisible, una diferencia, por ejemplo, entre el reloj del 'delincuente' y el del banco, para que se produjera el desastre*".

Luego explica la desesperación de muchos por evitar el olvido del crimen de Sacco y Vanzetti, señala que toda la simpatía está para el autor del atentado que no quería víctimas. Dirá: "*Y también él llorará por el dolor de los deudos de las víctimas como lloró por la viuda y los huérfanos de Sacco. Y pensará que este dolor, esta sangre se hubiera podido evitar. ¡Claro que se podía! Podríais haberlo evitado vosotros, vosotros que acumuláis el oro de vuestros bancos con tanta rapiña y tantos delitos, filibusteros de Wall Street. El no es el criminal, lo son aquellos que él quería golpear!*".[31]

El objetivo de Aguzzi era trabajar con la verdad: sí, él sabía bien que lo que buscó Di Giovanni era atentar contra la propiedad norteamericana y no matar a dos argentinos que nada tenían que ver con nada. Aguzzi intentaba así que no se acorralara a su amigo como a una bestia sanguinaria. Pero además, intentaba que el propio Severino buscara su propia salida, que él mismo lamentara el trágico final de lo que, hasta ese momento, denominaba la "*dinamita rebelde*".

Pero "La Protesta" se había movilizado ya para que todos los anarquistas repudiaran el hecho y aislaran a Severino. En su edición del 28 diciembre había llamado "*núcleo de imbéciles o desequilibrados*" a los atentadores. Y agregará "La Protesta": "*Puede desconocerse, si así conviene, ese concepto de humanidad que hay en nuestras ideas y que nos imposibilita para la comisión de hechos que epiloguen con víctimas inútiles e inocentes. Pero, en tal caso, aunque se les despojara de su mejor atributo que es ese concepto de justicia*

que motiva todas sus acciones, debe reconocerse que el movimiento obrero y anarquista tiene un sentido de la conveniencia. Cabe preguntar entonces qué conveniencia podía contemplar nuestro movimiento en un hecho de tal naturaleza. Empeñados como estamos en la campaña liberadora de Simón Radowitzky, el hecho del Boston y City Bank no ha venido sino a perjudicarnos. Se comprende ahora por qué hemos hablado de violencia sospechosa. Es que tenemos más poderosas razones para sospechar de nuestros enemigos declarados o embozados, que las que ellos puedan tener para sospechar de nosotros. No es sospechoso un movimiento que se desenvuelve a la luz del día, seguro de la posición que ocupa y del propósito justiciero que persigue. Sospechoso en cambio es todo lo que se agazapa en la sombra y desde allí se mueve y acciona irresponsablemente. Como anarquistas estamos dispuestos siempre a defender nuestras ideas con todo el aplomo de los hombres dignos; pero nuestro movimiento no está compuesto por un núcleo de desesperados que hallan perdido la noción de todo. No tenemos nada que ver con hechos truculentos que acusan un sistema de violencias que, parta de donde se quiera, resulta de origen sospechoso".

Véase bien la diferencia de lenguaje. El de Di Giovanni, romántico, poético violento, y el de "La Protesta" atildado, con la "*debida distancia*", frío. Habla de "*conveniencia*" y siembra la sospecha. Sin duda alguna, se había "*establecido*", el símbolo era la compra de las máquinas para el diario. La propiedad obliga. Diego Abad de Santillán, quien con Emilio López Arango eran los directivos indiscutibles de esa publicación y por ende de gran influencia en la FORA, recordaba siempre —en la década ya del sesenta—: "'*La Protesta' tenía en los años veinte verdadera solidez económica, tanto es así que sus proveedores señalaban que era la empresa de más confianza comercial después de 'La Prensa' en cuanto a créditos se refiere*". Esto, que era un orgullo para los hombres de "La Protesta", servía a "La Antorcha" para decir que a "*López Arango y Abad de Santillán les interesaba más defender las máquinas que llegar a imponer la idea*".[32]

La frase: "*No es sospechoso un movimiento que se desenvuelve a la luz del día*" significaba oficialmente que los anarquistas de "La Protesta" aceptaban de alguna manera el modus-vivendi dentro de la democracia burguesa. Y esta otra: "*Sospechoso en cambio es todo lo que se agazapa en la sombra*", enviaba definitivamente al cuarto de los trastos viejos la raíz revolucionara y subversiva que había tenido el anarquismo argentino en toda su trayectoria histórica desde fines del siglo pasado. Era un signo de decadencia: tanto la acción violenta de los "*desesperados*" como su reducción a un mero ateneo de discusión de ideas. El golpe militar del año '30 demostrará esa decadencia.

Severino recibió con indignación este ataque de sus propios compañeros de ideas. Y de ahora en más defenderá a muerte su acto terrorista. No reaccionará como esperaba Aguzzi. Todo lo contrario. Se obcecará. Se obstinará y tratará de justificarse y justificar su hecho. No es la fatalidad, como opinan los de "La Antorcha", sino la realidad de la lucha. Ese hombre joven, apasionado, totalmente enamorado de una adolescente, que ama a sus hijos y sufre por no poder vivir con ellos, que respeta a su mujer, que trabaja, que dedica todo su tiempo libre a su idea revolucionaria, que en el trabajo se lo pasa cantando canzonetas de su tierra y sus ojos se llenan de lágrimas de pura nostalgia, pero que se repone y hace chistes y bromas a sus compañeros, que casi todos los días escribe una poesía o una carta de amor, que sufre al extremo por cada compañero de ideas que muere en el exilio, la cárcel, o como víctima del régimen brutal que rige en su país, y les dedica poéticas despedidas en su diario, ese hombre ha sido llamado "*imbécil*", "*desequilibrado*", "*sospechoso*". Severino les responderá en su periódico, a pesar de la persecución policial, bien claro, no importándole que con esa publicación se está delatando a sí mismo como autor del acto. El 15 de enero de 1928, "Culmine" aparece con el siguiente título: "Violencia sospechosa y violencia franciscana. Ecos, comentarios y apostillas sobre los atentados a los dos bancos norteamericanos". Primero explicará así el atentado: "*Sabemos que después de cada atentado contra el Estado o a sus derivaciones, cometidas por las falanges heroicas del anarquismo, mil alaridos de hienas y de cocodrilos se levantan hacia el cielo reclamando las medidas más terribles contra los autores. La prensa de todo color está en primera línea. La razón de Estado es inviolable para los escribas del periodismo a tanto la línea. Y con los eternos lugares comunes, y con la freseología repetida cien veces, y con la elegía al llanto 'pro forma' en memoria de los caídos destrozados por la dinamita de los terroristas ácratas, llenan sus columnas los comediantes de los grandes rotativos. Ya lo sabemos: las ideas, en la democracia y en los 'estados libres' son libres de discutirse. Los errores de los gobiernos se pueden discutir o criticar con toda libertad. Pero cuidado con aquel que quiere o intenta prevenirlo*".

Luego critica la justicia de la denominada "*democracia*" y los "*estados libres*" que basan sus veredictos en "*complots y delitos urdidos en las sentinas policiales*". Y el veredicto de esa justicia "*es inapelable, la víctima es llevada al patíbulo y ejecutada*". Un procedimiento del "*autoritarismo asesino*". "*Y cuando de la multitud anónima* —prosigue Severino— *aparece el justiciero que quiere vengar la vejación que la humanidad ha sufrido con golpes en el corazón , las razones de Estado asesinas*

se descargan contra ese ajusticiador linchándolo en toda forma por el atentado cometido. Así se ha hecho también esta vez a propósito de los atentados contra el First National Bank of Boston y el National City Bank of New York. La prensa ha gritado, pero se olvidó de la enorme infamia con que se había manchado la pandilla gobernante de Estados Unidos. Se olvidaba del 23 de agosto de 1927. Olvidaba el alud humano que gritaba a favor de los dos seres humanos que se quería asesinar a toda costa. Olvidaba esa prensa que a Sacco y Vanzetti los ajusticiaban sin ninguna culpa y que sobre el cuerpo de estos dos mártires, la plutocracia de Estados Unidos danzaba el obsceno baile del dólar satisfecho. Las dos instituciones bancarias eran dos tentáculos extendidos sobre la tierra por el monstruo plutócrata en homenaje al cual se consumaba toda la tragedia de Charlestown. Los anarquistas no han olvidado. No pueden olvidar porque en medio está toda entera la dignidad de un grandioso movimiento de liberación. (...) *La dinamita, cuando habla, ensordece*".

Y después descargará toda su rabia contra los hombres de "La Protesta": "*Reptando como reptil, venenosa como serpiente, viscosa y repugnante como el vómito de una ramera, apestada como una letrina sucia; cobarde y vil, no le ha faltado ni el beso de Judas ni la cachiporra de Maramaldo. 'La Protesta', eterna vergüenza del movimiento anarquista de la Argentina y del universo, cueva de infamias y cobardías, gargajo salido del connubio de un espía con un policía ha agregado a su activo una nueva vergüenza. Pero nunca como hoy se ha revelado a la luz del día en toda su desnudez*".

Luego de reproducir la mayor parte del artículo de "La Protesta", continúa: "*El final —cuando habla de violencia sospechosa— es verdaderamente digno de la canalla oculta en la cueva prostibularia de la calle Perú. Pero lo que llega al extremo de la desvergüenza es cuando habla de 'irresponsables' y de 'nuestro movimiento', haremos una rápida crónica para refrescar la mente otra vez más*".

Y recuerda que cuando en 1923 el anarquista alemán Kurt Gustav Wilckens mata al teniente coronel Varela, el militar masacrador de los obreros patagónicos, "La Protesta" también se distanció del atentado. Luego le reprocha su silencio a principios de la campaña por Sacco y Vanzetti y su crítica a los desórdenes en manifestaciones de otras tendencias. Señala que si la nuestra "*es violencia sospechosa*" la de ellos es "*violencia franciscana*". Y recuerda el asalto al periódico "Pampa Libre", de General Pico, La Pampa, periódico que compartía la tendencia de "La Antorcha" y criticaba las posiciones de "La Protesta". Ocurrió en el año 1924 y fue un desgraciado episodio que dejó cicatrices profundas en el movimiento libertario. Hubo muertos y heridos graves y uno de ellos,

Jacobo Prince, quedó semiparalítico toda su vida, lo que no le impidió ser uno de los hombres más capaces de esa ideología en las décadas siguientes.

Luego recuerda otros hechos donde "La Protesta" defendió actos violentos, como la muerte del canillita Pintos en manos del administrado de 'Crítica', Apolinario Barrera. "*Como se ve* —escribe Severino— *son casos 'inocentes' de violencia franciscana*". Y ahora viene una frase en la que Di Giovanni se descubre sin temores: "*Reivindicamos como nuestros los atentados de violencia sospechosa a las dos instituciones bancarias de Estados Unidos. Limpiamos con mano fraterna las salpicaduras de veneno lanzadas contra los anónimos forjadores de la verdadera acción anarquista: contra esos compañeros que han cancelado la deuda que habíamos contraído con los caídos bajo los golpes de la plutocracia norteamericana. Esos, los de la 'violencia franciscana' no son dignos de reclamar la libertad de Simón Radowitzky. Esos tienen el alma y las manos manchadas de infamia y de crimen, de cobardía y de sangre, y los héroes puros —como Simón Radowitzky— no necesitan ser defendidos y liberados por tales vendidos y por tales cerdos. Nosotros, como reivindicamos la gesta contra los dos bancos norteamericanos sabremos también conquistar la libertad del mártir de Ushuaia en el terreno de la lucha anarquista.*

¡Retroceded, canallas!

Reacción, cárcel, devastación, persecución y patíbulo no han hecho jamás debilitar ni doblegar ni el ánimo ni la espalda de los verdaderos anarquistas. Sólo han servido para provocar y reforzar la constancia de carácter y el espíritu de sacrificio que siempre han sido y serán las mejores dotes de los propugnadores y los que aseguran el ideal anárquico".

A fines de 1928 la policía comprueba que Di Giovanni vive en San Nicolás 1030. En el informe de Orden Social se señala: "*Allí suelen concurrir elementos ácratas entre los cuales figura un tal Scarfó y un cuñado de éste, llamado José*". En este informe hay un párrafo que dice a las claras que Severino poco se cuidaba y no podía con su carácter de agitador nato: "*El sujeto Severino Di Giovanni se sirve en la peluquería de Vírgenes 3537 entre cuyos clientes hace propaganda de su ideología anarquista*".[33]

Lo siguen muy de cerca. Pero no lo detienen; quieren sorprenderlo con las manos en la masa. La policía está cansada de detener a acusados que luego, por falta de pruebas, el juez será obligado a dejar libre.

Al día siguiente, el pesquisa José Larrosa, de Orden Social, informa: "*se comunica que el sujeto Severino Di Giovanni anoche, siendo las 20.30, se dirigió a Monte Egmont 3834 donde se entrevistó con el sujeto José Scarfó, de profesión mueblero, y a la media hora salió con éste dirigiéndose a un café existente en Orán 1100 donde departieron largo rato junto con otros sujetos que allí se encontraban. Di Giovanni regresó a su domicilio de San Nicolás 1030 a la una de la mañana acompañado de otro sujeto quien después se despidió y tomó por la calle Monte Egmont*".[34]

Al ocurrir esto, la familia Scarfó ya se había mudado de su casa de Monte Egmont y se había trasladado a otra vivienda, quedando allí solamente José, uno de los hijos mayores, quien mostraba amistad y simpatía para con Severino, aunque no era anarquista.

Se le siguen todos los pasos. El día siguiente —2 de febrero— el pesquisa informa: "*A las 18 sale de San Nicolás 1030 el sujeto Scarfó. Miró a todos lados a ver si lo seguían. Lo seguí hasta Monte Egmont 3846 donde permaneció hasta las 21 dirigiéndose hasta el café de Rivadavia y Esperanza. Allí se encontró con Di Giovanni y estuvieron leyendo unos manuscritos*".

El informe policial del 4 de febrero del pesquisa Larrosa es el siguiente: "*Di Giovanni sigue entrevistandose con esos individuos. El jefe de correos de la sucursal de Rivadavia 2500 declara que el mencionado Di Giovanni, día por medio, después de las 2 de la tarde retira de dicha sucursal cierta cantidad de correspondencia del extranjero y de esta capital*".

Di Giovanni sigue manteniendo viva la correspondencia con los antifascistas italianos de Estados Unidos y Francia. Trabaja en la imprenta de Viri y Cía., Rivadavia 8224.

Por fin, el 7 de febrero de 1928, la policía lo sorprende con un paquete sospechoso que bien puede contener dinamita o armas, en la esquina de Venezuela y avenida La Plata, junto a su connacional Dionisio Di Giustini. Son los 9 de la mañana, a pocos pasos de allí está el local donde funciona "La Antorcha". Pero en el paquete sólo hay volantes. Igual se lo remite al Departamento Central de Policía donde se lo hace declarar, teniendo que responder a cuatro preguntas: "*¿es partidario de las huelgas o la revolución social?; ¿Concurre a lugares donde se profesan ideas ácratas?, ¿lee periódicos de tendencia anarquistas?*". A las tres responde con un rotundo sí. A la última: "*¿ha tenido que ver con los últimos atentados?*" Dice meramente: "*no*".

Esto es muy poco para mantener a un hombre preso. No hay ninguna prueba contra él. Son todas nada más que sospechas. Es mejor continuar con el método de seguirlo para sorprenderlo con las manos en la masa. El jefe de policía ordena su libertad esa misma noche.

El texto de los volantes que le quitan era el siguiente:

¡18 AÑOS EN USHUAIA!
¡Y está vivo! El pulmón roto, la garganta herida, la piel pegada a los huesos, ¡y está vivo!
El frío, el hambre, el castigo, la muerte, en fin, como un cuervo comiéndole el corazón desde hace 18 años, ¡y está vivo! ¿A quién espera...? ¿hasta cuándo...? Espera la libertad **hasta que se la conquisten los anarquistas...**
¡18 años Ushuaia y está vivo!
RADOWITZKY

También le secuestran los carteles donde se denuncia que el gobierno prohíbe los actos por Radowitzky:

ABAJO LA MORDAZA POLICIAL
Mientras todos los partidos políticos levantan en las calles sus tribunas, el pueblo, los obreros, no pueden levantar las suyas para reclamar la libertad de su noble vindicador
SIMON RADOWITZKY
La policía prohíbe sus conferencias y persigue, por apología del crimen, a quienes escriben. Pero ni hablar ni escribir es toda la acción. El pueblo tiene otras armas. Una es
LA HUELGA GENERAL
Comité Pro Presos Sociales, Gremios Autónomos y Publicaciones Anarquistas de la Capital.

Mientras el país está en un tenso clima electoral, la atmósfera se enrarece por la campaña por Radowitzky que culminará con la huelga general.

Esa huelga es llevada a cabo por la FORA el 23 de marzo. Severino comentará en "La Diana", de París, ese acontecimiento así: "*La huelga general ha sido un buen comienzo, tan es así que se han avivado y afirmado firmemente los valores individuales que han acompañado a esta gran protesta de solidaridad. Desde el primer día, el nombre de fuego de Radowitzky fue levantado bien alto y gritado bien fuerte el nombre de aquellos tristes y sucios aprovechadores de la puerca política.*

La parte sana y buena del pueblo —continúa más adelante— *no olvida a sus héroes y tiene siempre en el corazón a los que se sacrifican o son martirizados, elevándolos por encima de los truhanes y los embaucadores y*

reclamando en alta voz la liberación de su intrépido y magnífico héroe. A la mañana temprano de ese día, los sabuesos del Departamento de Policía fueron lanzados por todos lados... para arrestar la... voz de la dinamita, que trágica y solemne acompañaba a la protesta popular. Las medidas coercitivas de nuestra 'primera del mundo' —como suelen llamarse triunfalmente nuestros policías— después de los atentados del 24 de diciembre de 1927 a los dos máximos feudos bancarios de Wall Street para vengar a Sacco y Vanzetti, han llegado a la altura máxima del ridículo. Buscaron por todos lados, dieron vuelta a la República entera sin descubrir o por lo menos encontrar un pelo de los espectros terroristas o de los fantasmas dinamiteros".

Ese rasgo de conducta de Severino se repetirá siempre: burlarse de la policía, incitarla, hacerla aparecer como derrotada. Luego, en ese artículo pasa a detallar los nuevos atentados con bombas en los que —sin ninguna duda— estuvo su mano. "*En la mañana del 23 de marzo* —dice— *la dinamita, eterna irrefrenable, hizo su aparición imprevista entre los rieles y los edificios de la reina del Plata. Nosotros, que vivimos afuera del infierno de Ushuaia, tierra maldita, que templamos nuestros corazones con la idea de este gran incitador Simón Radowitzky, de este verdadero héroe, antes de ser mártir, no podemos dejar de recoger las aspiraciones y las incitaciones que provienen de este gran justiciero que nos ha hablado el lenguaje de fuego del ejemplo irresistible, y proveer tanta resina para alimentar el incendio purificador en los infaltables movimientos sociales que vendrán*". Luego informa: "*Sólo por pocos segundos, una potente bomba no explotó en las manos del Jefe de Orden Social de la policía. Unos cuantos petardos estallaron bajo las ruedas de los tranvías que llevaba a los crumiros. La misma noche otro atentado hizo suspender el tráfico en el tren eléctrico del Oeste*". "*Entretanto* —agrega— *la policía, continuando con su tradición disolvió por la fuerza un acto de protesta arrestando a algunos compañeros. Es decir, una buena jornada, en la cual ha protestado fuerte y alto la voz de la dinamita. Sólo la libertad de Simón Radowitzky podrá hacerla callar*".

El 10 de abril de 1928, Severino publica en el Nº 33 de "Culmine", en tapa, un análisis de la situación argentina. Lleva un gran titular de siete líneas que dice: "*El Pueblo olvida fácilmente, por un trago de vino, al patrón que lo veja y lo explota. Hoy más que nunca, en la baraúnda carnavalesca de las elecciones, olvida que tras los vahos del alcohol y las frases rimbombantes de los demagogos, se alza la cruz de los fariseos de siempre y los escribas los crucificarán, disputándose cotidianamente el pan amargo, con las promesas falsas que renuevan al repetirse, la farsa. ¿Cuándo este pueblo comprenderá que también el patrón electo por su 'voluntad' es igual a los otros?*".

En el análisis repudia a la política: en las elecciones acababa de triunfar Yrigoyen; la Argentina se hallaba sumida en el lento escrutinio. Mientras tanto, señala Severino, "*Manuel Carlés, el Mussolini argentino, presidente de la Liga Patriótica y representante de la burguesía agraria*" sigue "*reprimiendo obreros con toda libertad*". Ante una política del partido radical que —según Di Giovanni— no traerá ningún cambio para los trabajadores, señala: "*Hay una grandísima necesidad de defensa, de agitación y por sobre todo, de acción. Para hacer frente al aluvión, a la tempestad, al incendio no se debe andar con muchas sutilezas sino que hay que pensar en enfrentarlos con todas las fuerzas frente a nuestra puerta. Contra la violencia estatal, por nuestro triunfo, queremos más y más rebelión*".

Ya en esos días, Severino está preparando el atentado que marcará definitivamente su vida de perseguido. A principios de mayo, como primera precaución deja las habitaciones de la calle San Nicolás y, con la ayuda del carrero Rotti, lleva a su familia y sus pocos muebles hasta Homero 250, en el barrio de Liniers.

Con Alejandro y Paulino Scarfó alquila dos habitaciones en Villa Sarmiento, entre Haedo y Ramos Mejía, en la calle Cabildo, frente a un almacén. Esa habitación será usada como base de operaciones para la campaña por la libertad de Radowitzky. "Culmine" ha dejado de salir. Severino ya no tiene trabajo y no puede seguir solventando su periódico.[35]

Mientras prepara su gran acción, Di Giovanni se permite una variación de sus atentados clásicos para seguir llamando la atención de la opinión pública sobre el caso Simón Radowitzky. Envía una encomienda al director del penal de Ushuaia, Juan José Piccini, el hombre más odiado por los anarquistas, acusado de torturar bárbaramente a Simón. Paulino Scarfó será el encargado de despacharla. Irá por el transporte "Pampa" del Ministerio de Marina y en la boleta de remito se declara que contiene "*6 latas de aceite Bau, 6 frascos de aceitunas, 2 provolones, 2 quesos*", etc. Es decir, una encomienda de comestibles. Firma como remitente J. Vechiarelli.[36]

La encomienda tiene un dispositivo que al ser abierta, estalla. Pero en Ushuaia, el director Piccini está curado de espanto. Vive y duerme con guardaespalda a la vista y hace probar la comida que le sirven. Por eso, cuando ve el cajón que le han enviado, lo hace poner en un terreno adyacente y le hace disparar un tiro de fusil. Tal cual lo había

pensado, la explosión se produce. El atentado en sí, fracasa, pero la noticia es publicada en todos los diarios y demuestra a qué están decididos los anarquistas para obtener la libertad de Simón.

En esos días, el diario democrático que se edita en italiano en Buenos Aires, "L'Italia del Popolo" denuncia que el cónsul fascista en esta ciudad, Italo Capanni, trabaja en conjunto con Orden Social de la Policía argentina proveyendo la lista de los anarquistas y antifascistas de esa nacionalidad, calificándolos por su peligrosidad y suministrando los antecedentes que tenían en Italia.

Di Giovanni está obsesionado por dar el merecido a ese odiado enemigo. Italo Capanni es fascista de la primera hora.[37] Había sido uno de los autores de la matanza de Florencia, cuando, en la noche del 4 de octubre de 1924, las bandas fascistas tomaron la ciudad, asesinaron obreros y abogados antifascistas, saquearon casas y negocios e impusieron la ley "*squadrista*". "La Diana" de París lo denunciará como "*el genocida de Foiano della Chiana y de Roccastrada, el asesino de Consolo y de Pilatti y autor de otras abominables matanzas*". "*Mussolini* —dice— *como premio a sus horrendos e innumerables asesinatos lo ha mandado a la Argentina a representar dignamente a la Italia de los bandidos negros*".[38] El periódico del Partido Socialista Italiano en la Argentina, "Risorgimento", denuncia que "*En la jerarquía fascista también están los cónsules. Los cónsules fascistas son discípulos del Duce. Queridísimos discípulos que saben interpretar las órdenes según el espíritu del Maestro. Capanni. ¿Quién no conoce a Capanni? ¿El vendedor de estatuillas y de postales pornográficas? ¿El asesino de nuestros niños, a quienes tomaba de los pies y los golpeaba contra el muro hasta que del cráneo saltaba la masa cerebral? Capanni, bestia brutal, ¿no es acaso una de las tantas personificaciones del fascismo?*".

El mismo diario denuncia que el fascismo ha elegido como campo de experimento para su nuevo personal consular la América del Sur. Dice que a la "*flor de los 'renovadores' los ha reservado para el Brasil y para la Argentina*". "*La ofensa al sentimiento* —agrega— *de la población sudamericana es gravísima. Estos squadristas representan un peligro para la tranquilidad pública.*" Y luego da los nombres y los cargos fascistas en la embajada italiana en Buenos Aires, en los consulados de Curitiba, San Pablo, Porto Alegre, Rosario (donde se ha enviado a Gemelli, como cónsul general, "*mercenario a sueldo de Brandimarte —capo squadrista de Turín— autor de la matanza de Turín*"). Por último advierte que Capanni

"determina la reacción de la masa trabajadora italiana en Buenos Aires, que se ve injustamente perseguida y arrestada".[39]

Mussolini sabía muy bien por qué mandaba a hombres de acción a los consulados y embajadas. Veintiséis atentados se habían cometido contra organizaciones y representaciones fascistas en el exterior desde el advenimiento de su gobierno. Además, le interesaba estar enterado de quiénes eran los principales agitadores. Temía la organización de entidades antifascistas principalmente en los países de gran inmigración peninsular. Todo ataque al fascismo en el exterior era un desprestigio para el régimen.

Hasta los socialistas italianos, del grupo Justicia y Libertad, aprobarán tácitamente los métodos violentos para combatir al fascismo en el exterior. Di Giovanni no se equivocaba al pensar que no sólo en Italia se debía combatir al fascismo, sino también allí donde tratara de expandirse, de buscar aliados. El golpe que él prepara —ayudado por José Romano, *Ramé*— va a ser triple: no sólo contra Capanni por ser agente directo de la policía política italiana, sino contra uno de sus más estrechos colaboradores en la colectividad italiana: Benjamín Mastronardi, presidente del subcomité fascista de La Boca. Y a un tercero, el teniente coronel Cesare Afeltra, del ejército italiano y "*delegato de Fascio*" (según la publicación "Fasci Italiani all'Estero"), que vivía en el barrio de Almagro. A éste, los anarquistas italianos de Estados Unidos se lo han "*recomendado*" para que lo localice y lo haga saltar por el aire; está acusado también de haber torturado a anarquistas y antifascistas en Italia, y ha sido tanta la reacción contra él que Mussolini acabó recomendándole se tomara unas vacaciones en la Argentina, donde se afincó y ahora poseía una próspera industria de galletitas.

Di Giovanni ha leído que el 23 de mayo visitará el nuevo consulado italiano —cuyo flamante edificio acaba de inaugurarse en Avenida Quintana 475— el titular de la Embajada Real Italiana en Buenos Aires, *ambasciatore* conde Martin Franklin. Ese es el momento para Severino. Sorprender juntos al embajador y al cónsul Capanni. A los dos máximos representantes del fascismo en tierra argentina. Parece una premonición. El conde Martin Franklin había enviado al Ministerio del Interior italiano, Dirección de Seguridad Pública, con fecha 27 de junio de 1927, un detallado informe sobre Severino Di Giovanni, en respuesta a un pedido de esa policía política. La nota Nº 1797/Respuesta

a la NO 3516/S del 16-5-27, se refiere a "*Di Giovanni Severino (a) Nivangio Donisvere, anarquista prontuariado, peligroso*". El embajador italiano se basa en informes de la policía argentina ya que señala que (Di Giovanni) "*en el Departamento de Policía (argentina) forma parte de la lista de subversivos para ser arrestados en vía precaucional en el caso de acontecimientos importantes de atentados contra el orden público*". Caracteriza a Severino así: "*El individuo indicado es el más notorio y el más turbulento de los anarquistas que apestan la colectividad italiana en esta república*". Y luego agrega: "*Si bien es casi analfabeto se ha formado, a fuerza de leer, una cierta cultura que le permite escribir artículos en sus periódicos y mantener discursos en público: todos revolucionarios, todos violentos, todos apologéticos de los más infames delincuentes, desde Gaetano Bresci a Gino Luchetti. Está en correspondencia epistolar con todos los jefes anarquistas del mundo, desde Enrico Malatesta a Paolo Schicchi. En la oficina reservada de esta Real Embajada, Di Giovanni está especialmente vigilado porque es un hombre capaz de cualquier sacrificio para organizar y cumplir atentados*". No exageraba el señor *ambasciatore*. Justamente ese anarquista se va a meter en la madriguera de sus enemigos. A pesar de que es bien conocido en el Consulado —a raíz del disturbio en el Teatro Colón su foto ha sido enseñada a todos los empleados y especialmente a la guardia propia que tiene la representación diplomática— va a ir personalmente varios días seguidos al edificio de la avenida Quintana para conocer todos los detalles del lugar. En este "*estudio*" se turna con *Ramé*.

Severino ha comenzado a vestirse con traje negro, sombrero del mismo color de alas anchas y moño negro. Una especie de traje de *Attentäter*.[40] Lo ha comenzado a usar después de los atentados a los bancos, que produjeron víctimas. Su atuendo le ha costado sus buenos pesos, pero es su único gusto porque no bebe ni una gota de alcohol, no fuma, y come frugalmente. Pero así vestido, llama mucho la atención, más porque realza su figura, de por sí ya atractiva.

Su intención es poner un explosivo junto al despacho del cónsul en el momento en que esté con el embajador. Sabe que se va a jugar la carta más brava de su vida pero confía que su golpe traerá tal consecuencia que su eco llegará hasta la misma Italia. Un ejemplo para todos los antifascistas en el exterior. Ganar la batalla afuera. Acosar al fascismo, no darle ninguna tregua.

Pocas semanas antes ha ocurrido el atentado de Milán contra el

rey Victor Manuel. Provoca veinte muertos y un centenar de heridos. Nunca se sabrá quiénes fueron los autores. De cualquier manera, los antifascistas lo celebran como una señal de la rebelión del pueblo. Hasta Aldo Aguzzi, el pacifista, le encuentra justificación como fatal reacción de la violencia de los de abajo y, en "L'Allarme" de mayo de 1928 escribe: "*Es la historia que se vindica. La gran vindicadora ha hecho sonar su diana por boca de un héroe desconocido que ha jugado con ardor su propia vida*".

El momento es favorable. Además, en Buenos Aires hay un grave conflicto con los panaderos: dos panaderías de Sarandí han saltado en pedazos y en Rosario hay una huelga general que ya ha ocasionado varios muertos.[41]

Las cosas se han ido preparando bien. Los trabajos en la fabricación de bombas se hacen en una especie de casa de campo de Lomas del Mirador que ha sido alquilada por Paulino Scarfó. Allí está el depósito de explosivos y se trabaja solamente de noche. De ese lugar saldrán Severino y *Ramé*, en la mañana del 23 de mayo de 1928, con dos maletines. El hombre rubio vestido de negro iba al encuentro de su tragedia definitiva. Ese día 23 iba a ser el punto de partida de su total perdición. Y contra él se iba a iniciar una implacable persecución, la caza del hombre. Toda la sociedad burguesa con sus autodefensas iba a correr tras él, día tras día, noche tras noche, cada vez más numerosos sus perseguidores, cada vez más solo él, hasta que le pusieran el pie encima y lo aplastaran contra un muro.

Reconstruido el hecho con las declaraciones posteriores de testigos, actuaciones sumariales, policiales y judiciales, y el relato de compañeros del *Grupo Di Giovann*i cuarenta años después, el hecho debió desarrollarse así: Di Giovanni entró al Consulado con el maletín y la intención de llegar hasta el despacho del cónsul. Para ello tenía que pasar por el gran salón destinado a oficinas de pasaportes donde se agolpaban más de doscientas personas, a pesar de que era la hora en que ya el público raleaba. Evidentemente, el Consulado Italiano en su nuevo edificio de la avenida Quintana vivía días de gran actividad. En la colonia italiana había llegado la euforia de los primeros años de realizaciones del fascismo.

Los italianos de buen pasar aquí volvieron a sentir interés por su patria, a sentirse verdaderamente italianos. Había comenzado una corriente "*hacia la patria*". Viajes especiales, facilidades. Los italianos de "*oltremare*" que llegaban a la tierra madre eran paseados, recibidos especialmente y agasajados. Cuando volvían, contaban maravillas de

Mussolini y entusiasmaban a nuevos grupos para visitar Italia. El Consulado era permanentemente un hervidero de gente. En la hora de mayor atención al público había hasta 600 personas que esperaban ser atendidas. Se entraba por una escalera que bajaba a una planta amplia donde se hallaba un extenso salón, y al fondo, los mostradores. Al final de ese salón había una escalera que llevaba a las demás oficinas y al despacho del cónsul, al cual no se permitía el paso del público sino con permiso especial. Había más de una docena de ordenanzas y personas de civil que se notaba eran personal de vigilancia, ya que miraban atentamente a todos los recién llegados. Además, un vigilante de la policía hacía guardia en la puerta.

Parece ser que Di Giovanni hizo varios intentos por pasar hacia el despacho de Capanni ya que se lo vio andar rondando algunos minutos. Pero se equivocó en un detalle: como precisamente estaba por llegar el embajador, Capanni se estaba preparando para recibirlo y no atendía a nadie. Di Giovanni se debe haber sentido observado y sospechado —no era para menos con el pesadísimo maletín que llevaba— porque resolvió salir. Es seguro que conversó entonces con Romano —que lo esperaba en un automóvil— y resolvieron que este último intentara de nuevo, ya que no era tan conocido como Di Giovanni. Romano entró al Consulado pero al no poder tampoco pasar hacia el despacho del Cónsul y como el tiempo le urgía —la bomba podía explotar en cualquier momento— la dejó junto a la escalera de entrada, a veinte metros de los mostradores.

A las 11.42 estalló la bomba que produjo una verdadera catástrofe: el acto terrorista más formidable ocurrido en la Argentina hasta ese momento. Empecemos por describir la bomba. Así la describe "La Nación" de acuerdo al peritaje policial: "*el artefacto colocado es igual al del National City Bank (colocado dentro de un maletín). Un artefacto de hierro de más de medio metro de largo con una tapa asegurada y tapados todos los intersticios con cemento armado. El interior, bien repleto de gelinita, dinamita y recortes de hierro. Sobre todo ello, un tubo de cristal dividido en dos conteniendo en cada fracción ácidos distintos. La separación es de corcho o de cartón por la cual se filtran ambos líquidos, los que, al unirse, producen la explosión. Mientras la valija va de canto no pueden combinarse los líquidos, pero cuando es acostada, inmediatamente comienza la filtración y el efecto es cuestión de segundos*".

Es decir que los terroristas han tenido que llevar el artefacto con gran peligro de sus vidas porque cualquier movimiento brusco podía poner en contacto los líquidos.

La explosión ocasionará nueve muertos y treinta y cuatro heridos. Pero ni aún el número de víctimas dice a las claras lo que fue ese infierno. "La Nación escribirá: "*El estallido produjo tal expansión que no quedó nada en pie en la oficina. El mostrador, hecho añicos, cayó sobre los empleados y encima de ellos los demás restos de muebles y todas las personas que se encontraban en el reducido local, las que fueron lanzadas por las ráfagas de gases del explosivo hacia el mismo sitio formando así un montón informe. Y sobre todos los restos y personas cayeron inmediatamente grandes trozos de ladrillos de los tabiques, los escombros del cielo raso, fragmentos de cristales, ofreciendo así el conjunto un cuadro aterrador. El estallido fue sencillamente formidable y dio la sensación de que se desplomaba todo el edificio*".[42]

La gente huía despavorida, una nube de polvo cubría la avenida Quintana, había cuerpos que quedaban despedazados, irreconocibles.

El propio presidente de la Nación, don Marcelo T. de Alvear, al conocer la catástrofe deja el almuerzo y en compañía de su ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, se dirige al lugar del hecho y allí da sus condolencias al cónsul fascista. Minutos después de que se retire Alvear llega uno de los secretarios de don Hipólito Yrigoyen, y deja una tarjetita de éste donde expresa su pesar. El atentado conmociona al país. Durante días enteros no se hablará de otra cosa. El repudio es unánime. La policía, para demostrar que hace algo, encarcela a 400 anarquistas. *Pour la galerie* también detiene a los dirigentes comunistas Penelón y Rodolfo Ghioldi. Hay una psicosis general; un agente lleva preso a un albañil que iba leyendo un diario en italiano, "*por sospechoso*". En el barrio de Vélez Sársfield detienen a un obrero de ideas avanzadas en cuya habitación se encuentra sospechosamente un frac. Luego, el detenido demostrará que pertenece a un mozo de confitería que es compañero de pieza y que lo usa para el trabajo.[43] No, el gobierno radical no se anda con chicas. Todo aquel de ideas extremas que no puede aclarar bien su posición, va adentro, por lo menos en averiguación de antecedentes.

La excitación general sólo se apaga cuando el 25 se miden, en River Plate, Victorio Campolo y el norteamericano Monte Munn, una de las peleas más esperadas.

Pero Severino Di Giovanni no ha terminado su faena del día con la bomba en el Consulado. Una vez dejada la maleta, él y *Ramé* se dirigen a La Boca. Todavía les queda otro maletín. Severino entra en la farmacia de Almirante Brown y Aristóbulo del Valle, propiedad de Beniamino

Mastronardi, presidente del subcomité fascista de La Boca. Son las 12.30. *Ramé* queda en la puerta. Di Giovanni lleva en la mano derecha el maletín y encima de él, el sobretodo. Lo atiende el dependiente Domingo Prego. El cliente le pide un medicamento. Cuando el empleado se va hacia la trastienda, el terrorista deja el maletín en el suelo volcándolo debajo de una silla. Recibe el medicamento, paga y se va. Pero hay alguien que ha observado cuidadosamente todos los movimientos del anarquista.

Tres veces se le cruzarán niños en momentos claves de su vida. Esta es una de ella. El pequeño Dante Mastronardi ha visto el maletín. Y en vez de correr y avisarle a ese extraño hombre joven vestido de negro que se ha olvidado el objeto, se va acercando maravillado, como si hubiese sido un rey mago que le dejara un misterioso regalo para él. El niño mira hacia todos lados, nadie lo ve y abre despaciosamente el maletín. Allí hay un envoltorio cubierto por papeles de diarios. De él emerge un tubito de vidrio, un maravilloso tubito que despide color y brillo al recibir los rayos del sol. Lo toma entre sus dedos y lo va sacando mientras trata de adivinar lo que contiene su interior. Sin saberlo, acaba de desarmar la bomba.

Así describe "La Nación" técnicamente lo ocurrido: "*La tapa del tubito estaba fuertemente asegurada y al querer retirarla, el contenido líquido del mismo se volcó cerca de la valija pero no sobre el envoltorio, de tal manera que no existió contacto con lo que había adentro. A ello pues débese que no se produjo la explosión como habría ocurrido si el contenido del tubo llegara a comunicarse con los elementos que conformaban el paquete colocado en el maletín. El ácido cayó sobre uno de los ángulos de la valija lo que produjo una llamarada. En el maletín había 50 barras de gelinita, 32 clavos de 5 pulgadas, 11 clavos de 3 pulgadas, un bulón de hierro, 2 tornillos de igual metal, y algodón. La carga de la bomba era formidable y del mismo poder que la del consulado*".[44]

Al producirse la llamarada, el niño gritó, corrió el padre y luego todo el mundo. De haber explotado, nada sano hubiera quedado de la farmacia del delegado fascista.

Las exequias de las víctimas del consulado italiano son imponentes. Siete de los muertos eran fascistas. La publicación "Fasci Italiani All'Estero", órgano oficial del fascismo, traerá una larga crónica del suceso.[45] Señala que de los nueve muertos, dos eran argentinos. Uno de ellos el alto funcionario del gobierno de Alvear, Miguel Luis Durañona.

"Nuestras víctimas —dice— *fueron el fascista Virgilio Francione, de 53 años, empleado del consulado. Herido gravemente conservó hasta el último momento la fe que había animado su vida de italiano y de fascista; Filippo Palmeri, de 20 años, afiliado fascista* (en el epígrafe de la foto se agregará que era "*camicia nera*"); *el reverendo padre Francisco Zaninetti, ardiente simpatizante fascista, sacerdote salesiano, de 54 años, y luego Sebastiano Sartini, 66 años, Luigi Alippi; Giovanni Bellora, 64 años; y Vicenzo D'Abarna, de 50 años. Entre los heridos se hallaban Mario Nicoletti Altomare, uno de los fundadores del Fascio en Buenos Aires y actual secretario de la Delegazione del Fasci d'Argentina; el capitan Battista Bugliani, agregado al consulado general 'regolarmente iscritto al fascio', Giuseppe Maiolo, iscritto al Fascio di Buenos Aires*". Agrega que entre los heridos había treinta y tres "*compatriotas fascistas y simpatizantes entre los cuales se encontraban cuatro mujeres y una niña*".

Los siete fascistas muertos son velados en la Sociedad Pro-Schola, Independencia 2540, en el salón "Reina Margarita". Concurren monseñor Gustavo J. Franceschi y monseñor Fortunato Devoto. De allí los ataúdes son llevados a la basílica de San Carlos para el solemne funeral. El primero, que contiene los restos del sacerdote salesiano Zaninetti es escoltado por miembros del Fascio. Al pasar el féretro por delante de la guardia de honor establecida por los camisas negras, éstos hacen el saludo fascista. Todos los ataúdes son entregados por camisas negras y marinos uniformados de gala de los buques mercantes italianos que están en el puerto. El momento culminante lo constituye la llegada del presidente Alvear en compañía de doña Regina Pacini.[46] En ese instante cae fulminado por un ataque cardiaco un acaudalado comerciante italiano dando aún más dramatismo a todo el espectáculo. Detrás de Alvear llegan sus ministros de Guerra, general Agustín P. Justo, de Marina —y miembro conspicuo de la Liga Patriótica Argentina—almirante Manuel Domecq García, y el jefe de Policía, Francisco Wright.

En la Chacarita, los miembros del Fascio y de la sociedad "Nastro azurro" despliegan sus estandartes, mientras el delegado general del Fascio en la Argentina, Romualdo Martelli, despide a los muertos con estas palabras:

"Fascistas: se os pide hoy probar la disciplina de vuestros espíritus y la solidez de vuestros nervios. Se os pide obedecer, como siempre, las órdenes del Duce, aunque sintáis esta obediencia tan dolorosa como el sacrificio más arduo.

Los verdaderos responsables están ocultos en sus sentinas, no los encontraremos jamás para la batalla abierta, la que nos es familiar. Que la serenidad de los fuertes y la disciplina de los fieles sostengan vuestra alma y refrenen vuestro impulso de venganza. Lo quiere el Duce, que gobierna nuestros espíritus. En su nombre de Caballero de la Patria saludamos románticamente a las víctimas de una locura que no tiene nombre porque está por debajo de todas las más execrables abyecciones.

Saludemos a los muertos de hoy, que son nuestros hermanos; saludémosles con el rito fúnebre fascista, sin lágrimas y sin lamentos, con el rito de los fuertes, a quienes la muerte no asusta y estrechemos nuestras filas. ¡El fascismo es invencible!".[47]

Luego irá nombrando uno a uno los muertos y la guardia responderá con el brazo en alto y el grito de "*¡presente!*".

Las primeras informaciones sobre quiénes pueden ser los autores de la masacre del Consulado no dan en la tecla. "Crítica" dice que son los mismos fascistas que se ponen bombas para hacerse los mártires. Los otros diarios están desorientados. Sólo "La Nación", en un recuadro a dos columnas está bastante cerca de la verdad: "*Un grupo de desalmados: un funcionario policial recordaba ayer mientras inspeccionaba el sitio del consulado donde estalló la bomba, que tenía sospechas de que ese atentado hubiera sido concebido y realizado por sujetos pertenecientes a un grupo que resulta todo un peligro dentro de la ciudad. Decía aquel que hace unos meses se separaron de las dos tendencias anárquicas que se conocen en la Capital, denominadas 'La Protesta' y 'Antorchistas' varios individuos de nacionalidad italiana ultraanarquistas, quienes bregaban continuamente por la acción permanente a base de bombas. La policía, al parecer, pocos datos tiene de tan extraordinarios individuos a quienes suponemos buscará*".[48]

Sí que la policía los buscaba. Mejor dicho, *lo* buscaba. Por indicación del cónsul Capanni sólo uno había sido capaz de hacerlo: Severino Di Giovanni. Cuando la comisión policial va a allanar la casa de la calle San Nicolás, el dueño de la misma les informa que la familia del anarquista hace dos meses que se ha mudado. Insinúa que el verdadero domicilio lo puede saber un tal Marcos Busliec, domiciliado en Orán 950. Este dice no saber nada, pero al día siguiente parece decidido (o lo han decidido) a hablar: declara que Severino Di Giovanni vive en Homero 250, departamento 1. El domicilio es allanado de inmediato. Teresina ya está acostumbrada a que le revuelvan todo. Cuando le

preguntan dónde está su marido, contesta que desde el 22 de ese mes no ha concurrido a su hogar. En el allanamiento, la comisión encuentra nada menos que "*cinco mil folletos y libros anarquistas y antifascistas*".[49]

Mientras toda la policía de la Capital está detrás de Di Giovanni, éste sigue imperturbable su plan que tiene que culminar con la bomba en la casa del teniente coronel italiano César Afeltra. Sabe que va a ser muy peligrosa la acción porque las casas de todos los ciudadanos italianos de alguna figuración están custodiadas. Pero al anarquista le gusta desafiar la autoridad y por eso, en la noche del 26 de mayo —precisamente a las 0.30— una formidable explosión sacude el barrio de Almagro. La casa de Avenida La Plata 351, domicilio de Afeltra, yace prácticamente por el suelo. Es una noche muy fría y tal vez el autor del atentado haya aprovechado que el agente de policía que custodiaba la puerta de Afeltra se fuera por unos minutos a tomar algo fuerte a un bar de Rivadavia.

Afeltra estaba sentado, leyendo, cuando un terrible sacudimiento de la casa y una explosión ensordecedora lo hicieron saltar de su sitio. "*La bomba había demolido la sala principal; las persianas metálicas habían desaparecido y el techo estaba en el suelo*" —así describe "La Nación" los daños—. "*Los destrozos amenazan la estabilidad del edificio*".

Los vidrios de tres manzanas han quedado hechos añicos. El taller mecánico de al lado ha sido literalmente borrado. Es evidente que los terroristas están dispuestos a todo y si no se les para son capaces de destruir media ciudad. En la noche del 10 al 11 de junio, dos bombas estallan en Zárate y causan grandes daños en las casa del "*dottore Michele Brecero y del cavaliere R. De Michelis*", dos prominentes fascistas, este último agente consular de Italia.[50]

En la colectividad italiana hay una psicosis de terror. "La Nación" informa que "*familias de notables italianos han sido amenazados y muchos de ellos han resuelto partir para Italia por algún tiempo*". Mussolini, por su parte, asciende a Italo Capanni a cónsul general de primera, el 1º de junio.

Cuatro de los mejores comisarios están encargados de la investigación de los atentados: Miguel A. Viancarlos, Camilo Racana, Alfredo Calandra y Enrique Larrosa. Pero es el subcomisario Garibotto, de Orden Social, quien está en la pista: él está seguro de que no pueden ser otros que los anarquistas italianos que capitanea Severino Di Giovanni. Por eso, con la colaboración de la policía bonaerense, dirige su investigación a Berisso donde está el núcleo más fuerte de anarquistas italianos partidarios de la acción de Di Giovanni. Allí, en una reunión,

detiene a José Apugliessi, Francisco Mezzano, José Pelatelli, Antonio Botenelli, Vicente Pinelli y Genaro Pensa, todos hombres de "Culmine", a los cuales se los somete a minuciosos interrogatorios, aunque sin resultado; son todos hombres duros, casi todos ellos obreros panaderos.

En previsión de que Di Giovanni pueda irse del país, la policía ha telegrafiado a Montevideo y a Río de Janeiro describiéndolo y pidiendo su inmediata detención.

Pero Di Giovanni no tiene interés en marcharse al extranjero. Ya está lanzado y cree que se está formando el clima propicio para el ataque total contra el fascismo en la Argentina. Tiene además una base segura en el depósito de explosivos instalado en la casa alquilada en Lomas del Mirador.



Anarcobanditismo contra anarquismo de salón

"¿Claudicar? Ni siquiera cuando —al final del camino— sin ninguna salida de salvación, me encuentre delante de la muralla de la muerte..."

(Severino Di Giovanni, 31-2-29)

La bomba del consulado italiano ha tenido como consecuencia la división definitiva de los anarquistas porteños. Entre ellos se abrirá un abismo que los separará aún más.

A pocas horas del atentado, cuando todavía nadie —ni la policía— tenía la menor idea de quién había podido ser el autor, cuando la prensa en general estaba desorientada (salvo ese rastro un tanto impreciso dado por "La Nación") ya "La Protesta", el decano de la prensa anarquista salía —el 25 de mayo— con un artículo en primera plana: "Terrorismo", donde toma distancia del hecho y lo repudia abiertamente. "*No tendríamos necesidad* —dice— *de definir nuestra posición frente al suceso ocurrido en el consulado italiano. Ya expusimos claramente el criterio que los anarquistas tenemos respecto a ese terrorismo anónimo e irresponsable; odioso porque causa víctimas al azar y porque no puede ser nunca el exponente de un alto espíritu y de una clara conciencia revolucionaria. Los atentados terroristas* —añade— *cualquiera sea la forma en que se realicen, tienen siempre derivaciones policiales que los hacen aparecer como coincidentes con la propaganda revolucionaria y con la acción que desarrolla el proletariado. De la misma manera que se relacionó el atentado a los bancos norteamericanos con la causa de Sacco y Vanzetti, queriendo con ello establecer una continuidad de hechos entre la protesta anarquista y aquel exponente de terrorismo anónimo e irresponsable, podría ahora intentar la policía y la prensa conservadora una conexión de este repudiable suceso con los acontecimientos que se vinieron desarrollando con motivo de la huelga portuaria de la provincia de Santa Fe.*" Por último subraya que "*Anarquismo no es terrorismo. ¿Cómo puede ser obra de un hombre consciente, de un revolucionario, un acto de cobardía que causa víctimas inocentes sin que aparezca por ninguna parte el motivo político que lo determinó?* (...) *Es la cobardía moral que inspira esa clase de venganzas la que nos lleva a poner el dedo en la llaga del terrorismo provocador que desde hace tiempo tiene por escenario la capital de la república*".

No para ahí el ataque de los españoles Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán en "La Protesta"contra el grupo italiano cuya figura más sobresaliente es Severino Di Giovanni. En la misma primera plana de ese número y bajo el título "La era del fascismo: el triunfo de la mentalidad fascista y la necesidad de oponerle un espíritu de superación moral" compara la violencia fascista con la de ese grupo antifascista.

"*El fascismo nos ha traído una mentalidad inclinada a la violencia extrema y bestial junto con una indescriptible cobardía. Los crímenes del fascismo tienen todas esas características: la violencia y la cobardía. Por eso se hacen tan repulsivos, por eso no hallan más apologistas que en los reaccionarios de espíritu servil, en los lacayos del éxito, cualquiera que sea. Entre un hecho revolucionario y un hecho fascista (el fascismo puede estar también en el antifascismo, lo mismo que en los fascios de Mussolini) media el abismo que hay entre la responsabilidad y la irresponsabilidad, entre la conciencia y el salvajismo. Un hecho revolucionario está siempre impregnado de humanidad, de claridad de propósitos, de sentimientos de responsabilidad. Un Wilckens interpone su cuerpo para que la bomba destinada al teniente coronel Varela no hiriese a un niño, y luego reivindica su gesto notablemente explicando los motivos que lo llevaron a la acción extrema. Los anarquistas no vacilaron en defender con toda pasión al vengador de las masacres de la Patagonia. Han pasado varios años y pasarán muchos más, pero la memoria de Wilckens será defendida siempre por los anarquistas, por los partidarios y por los adversarios de la acción individual. ¿Violencia anarquista? No; violencia que los anarquistas comprenden y justifican desde un punto de vista psicológico y humano, pero no violencia irresponsable y cobarde*.

Poned —continúa— *frente al gesto de Wilckens, las bombas del Banco de Boston y la explosión en el consulado italiano y comprenderéis el contraste. En el primer caso hay espíritu de sacrificio, un objetivo claro, una conciencia plena de la responsabilidad, un héroe que da la cara; en los otros hallamos inhumanidad, cobardía, irresponsabilidad, bestialidad, es decir fascismo puro.*"

Finaliza diciendo: "*Somos los únicos en oponer a la violencia fascista una mentalidad ética superadora y en apelar a todos los hombres de buena voluntad y de conciencia para resistir al contagio del fascismo con el arma invencible de una más elevada concepción de la vida*".

Eran argumentos de peso para todo el grupo de simpatizantes que no estaban directamente en la lucha. Más por la represión que se había abierto, por la ofensiva de los medios de comunicación de aquel entonces. "La Protesta" recurría al ejemplo clásico de los atentados

"limpios", como el de Wilckens, como el de Radowitzky. Pero, esos argumentos cojeaban en cuanto se los analizaba en profundidad. Ya que esos atentados habían sido limpios y puros porque el diablo no había metido en ellos la cola. ¿Qué habría pasado si a Wilckens le hubiera estallado la bomba en el tranvía y hubiera matado a tres obreritas y a un guarda vendedor de boletos? ¿Y si los tiros que disparó en vez de dar al cuerpo del verdugo hubieran ido a herir el ojo de una madre que en ese momento llevaba a sus hijos a la escuela, o entraba en la nuca de una niña que iba comprar pan? En el caso de Radowitzky: ¿si su bomba en vez de caer en el centro del coche del coronel Falcón y su secretario hubiera rebotado y explotado en la vereda matando al cochero y dos viejitas que iban a la iglesia? ¿Y si la bomba de Di Giovanni hubiera explotado en el escritorio del cónsul Capanni matando al carnicero de Florencia y al embajador de Mussolini, nada más? ¿Era distinta entonces la violencia? "La Protesta"establecía que Wilckens y Radowitzky habían jugado sus propias vidas. ¿Y acaso Di Giovanni y *Ramé* en preparar la bomba, trasladarla, entrarla a la cueva del fascismo, tratar de colocarla, no habían también jugado sus vidas? En cualquier momento podía estallar y hacerlos pedazos.

No, no estaba allí el meollo de la cuestión. Había algo de verdad, sí, pero no toda la verdad. No eran totalmente justos los razonamientos de "La Protesta". El problema era la violencia en sí. Una vez que se ha optado por ella no se sabe jamás si pueden hacer acciones limpias o sucias. Por supuesto que hay diferencias. No es lo mismo ir a matar a un verdugo a su guarida que arrojar una bomba indiscriminadamente en un mercado o en un café o en una estación de ferrocarril atestada de público. ¿Pero acaso el consulado fascista era un lugar inocente? Allí precisamente no iban las víctimas del fascismo. Hasta era más claro el atentado al consulado que el efectuado contra los bancos donde, si bien se calculó la hora en que estarían vacíos, había más probabilidades de que cayeran inocentes, tal como ocurrió.

La discusión no estaba, pues, en si el atentado al consulado era o no cobarde. El tema tenía que ser: ¿cómo podía responder el indefenso de abajo a la violencia de un Estado omnipotente como el fascista?

"La Antorcha" tomará una actitud menos crítica que "La Protesta" pero más ambigua que en otros casos. Señala que el verdadero culpable es el fascismo por la violencia que desata sobre su pueblo y que por ese motivo toda reacción violenta es posible. Pero tiene un párrafo que disgustará a Severino. Dice "La Antorcha" del 9 de junio de 1928:

"La Anarquía no es eso. No se expresa a través de la violencia ciega o desesperada. Su violencia es defensiva y consciente, porque ilumina el sentimiento de odio a la opresión con un ideal de justicia, a cuya luz apunta mejor sus actos. Pero comprendemos, porque somos capaces de sentir sus mismos desgarramientos íntimos, al hijo del pueblo que pueda haber colocado, acaso, la bomba, y cuyo dolor, sin duda, sería también sincero como el nuestro, ante las inocentes víctimas de su gesto desesperado".

La policía continúa con sus redadas. Ya son 600 los detenidos, casi todos ellos obreros de tendencia anarquista. "La Antorcha", en el artículo "Servilismo e Infamia", del 9-6-28, denuncia la estrecha colaboración entre Orden Social de la Policía argentina y la representación fascista italiana. Del total de detenidos, quedan presos los anarquistas Aldo Aguzzi, Vicente Pinelli, Ricardo Gerine, Juan Rapetti, Gino Lorenzetti, Hermácora Cressati, Argentino del Médico, Bertoldo Ginés, José Cousido, Salvador Cortessi, Edmundo Wendrel, Oscar Arce y Blanzaco. A Aguzzi, Pinelli, Wendrel y Blanzaco se los maltrata y encierra en celdas para locos. La policía no se da por satisfecha y busca empeñosamente a Severino Di Giovanni y a Agostino Cremonessi, quien aparecía, en los últimos meses de "Culmine", como su administrador. Cremonessi se presentó en Córdoba a la policía para decir que el día del atentado se hallaba trabajando en un hotel de la localidad de Arias. Luego de algunos días de averiguaciones, Cremonessi es dejado en libertad. Como Di Giovanni no se presenta, aumentan las sospechas sobre él.

Severino contará con el apoyo casi unánime de los periódicos anarquistas italianos de Francia, Estados Unidos y de otros países que justificarán el atentado. Hasta Luigi Fabbri, el pensador máximo del anarquismo italiano después de Malatesta, reconviene a "La Protesta". En un artículo en ese diario, firmado por "*Un viejo colaborador*" señala que la posición de ésta ha sido fuera de equilibrio y que su lenguaje le parece "*algo fuera de tono, algo injusto*". Pero "La Protesta" prosigue sus demoledores ataques. En su edición del 26 de mayo, en el artículo de primera página "El anarquismo y las bombas" dice: "*Para realizar un atentado terrorista* (...) *no se necesita más que alguien que pague y un instrumento venal que ejecute. Nosotros estamos siempre tentados a ver detrás del terrorismo la mano oculta de los provocadores a sueldo de la policía o de alguna otra institución de gobiernos o del capitalismo.* (...) *La voz de la ignorancia o de la malevolencia ha querido relacionar la explosión en el Consulado italiano con la anarquía; respecto a los ignorantes, la relación es*

absurda; pero respecto de los malévolos, la conexión es criminal. Podemos elevar bien alto la voz para clamar que los gestores y ejecutores de ese atentado no pueden se más que enemigos de la anarquía o anormales a quienes nosotros, en la sociedad futura, encerraríamos en un manicomio para tratar de curarlos".

Severino ya no tiene su "Culmine" para presentar sus argumentos. Los escribirá en "La Diana", de París, bajo el seudónimo de "Seminatore" (Sembrador). Tardará varias semanas en aparecer ya que, en aquel tiempo, la correspondencia iba por barco. Pero tal vez para Severino el golpe moral más grande no era el asestado por "La Protesta", ni siquiera lo que él consideraba una posición débil de "La Antorcha", un lavarse las manos. Lo peor para él había sido la posición en este hecho de su hasta ahí amigo Aldo Aguzzi. Este, en su diario "L'Allarme", luego de titular: "El fascismo es responsable", con respecto al atentado del Consulado, había publicado un artículo titulado "El abismo". Aguzzi había sido dejado en libertad luego de sufrir las humillaciones policiales acostumbradas y señala allí: "*Nuevamente nos vemos obligados a defendernos. A defender —no a nosotros, acosados por todos lados de violencias e insidias sin nombre— pero sí nuestras ideas, nuestros principios, contra los cuales se han dirigido todos los rayos de la 'gente de bien' que ha vuelto a repetir la letanía irracional y mentirosa contra la 'violencia' y la 'criminalidad' anarquista*". Luego señala que las acusaciones de que los autores del atentado eran anarquistas son falsas y que se hace propicia la ocasión para el ataque: "*¿Qué mejor ocasión? La bomba del consulado italiano no podía ser más espantosa. Fue atroz. Cualquiera haya sido la intención de los autores, no es posible sustraerse a la terrible realidad. El atentado del 23 de mayo fue una carnicería de inocentes*". Y agrega: "*No cerremos los ojos y veamos este cuadro horripilante con los ojos de la mente —ese cuadro que no hubiéramos visto directamente sin enloquecer— y tratemos de encontrar una salida a nuestra indignación, a nuestra angustia, a nuestro dolor. ¡Nosotros nos rebelamos contra esta realidad monstruosa! Nos rebelamos en el nombre sacrosanto de nuestros más dulces y profundos afectos, en el nombre de nuestros principios que son la esencia de los más elevados sentimientos de justicia y de solidaridad, en el nombre, en el nombre del ideal anarquista que para nosotros es la sublimación de cada una de las más notables aspiraciones humanas*".[51]

Se nota en este artículo la depresión en que había caído Aldo Aguzzi. Se nota que los días pasados en la policía, ese contacto con la violencia, la maldad y el desprecio a la dignidad humana a la que se ve entregado el detenido, y que los días vividos con la conmoción de la ciudad por el atentado y las noticias sensacionalistas lo habían

sensibilizado hasta el extremo. Él, que había justificado el atentado de Milán en un artículo anterior, ahora repudiaba uno similar. ¿Tal vez porque un hecho era lejano y el otro había sido vivido intensamente? De cualquier manera Aguzzi demostraba una incoherencia ideológica sólo explicable en su sensibilidad ante la muerte de cualquier ser humano.

Severino responderá en "La Diana" de París. Es una reacción obstinada, terca, pertinaz. Es una huida hacia adelante. Un lanzarse solo contra todos. No es un análisis frío del acto, es un desafío al futuro. O tal vez una amarga verdad: reconocer que cuando siga su marcha muy pocos lo acompañarán.

"*Es curioso* —dice— *que toda la prensa 'revolucionaria' atribuya los atentados al fascismo, mientras los periódicos anarquistas (?) desaprueban, repudian, reniegan y condenan. Los frailes recoletos del anarquismo unionista denuncian a la 'infame tragedia' digna de haber sido cometida por los fascistas y no por los anarquistas. Se inspiran en un cristianismo ovejuno, y gesticulan como Jesús crucificado cuando en realidad son como los tantos viles Pedro de Galilea ('En verdad os digo, antes que cante el gallo tres veces, Pedro me negará'). Y así traicionan. He visto el renegar y condenar en los labios de muchos cobardes aterrorizados. Sofistican como tantos canónigos y jesuitas envilecidos. Algunos muertos en el atentado: Virgilio Frangioni, fascista, y el cura Zaninetti, director de la 'Italia Gens', cueva de espías, bastan para abrir las glándulas lacrimales a los cocodrilos de todas las categorías. Los periódicos anarco-sindicalistas y anarquistas rivalizan entre sí para ver quien es más innoble y vil. Así, por ejemplo, el Comité pro Presos, 'La Protesta' anarco-sindicalista, 'La Antorcha' anarquista (que elogió siempre la dinamita) han regado lágrimas cobardes y viles. Y hasta han merecido los elogios de la policía y de toda la prensa conservadora por su magnífica labor de castrados. 'La Nación', 'La Razón' y 'La Prensa los han marcado a fuego así:* 'El último atentado contra el Consulado ha sido repudiado también por las distintas tendencias del anarquismo'. *Claro las tendencias de la vileza*".

Luego se refiere a Aguzzi, a quien llama Aguzzini (que en italiano significa cómitre, carcelero) y lo califica de "*tapa de letrina*". Recuerda los artículos de Aguzzi en los que "*conmemoraba y exaltaba a los gigantes y a los héroes de la acción anarquista y amenazaba a medio mundo con el estruendo de la dinamita e incitaba a la sublime revuelta liberadora. Ved ahora a este infame bellaco lloriquear y maldecir como un vil fraile, y ensuciar el ideal anarquista y a aquellos que dan su vida por ese ideal. He aquí a toda esa carroña, después de haber instigado e incitado al pueblo a la extrema rebelión, después de haber invocado la necesidad inevitable de la acción vindicadora y de las*

explosiones justicieras, apenas el tardo y lento león proletario se lanza desdichado y da el primer zarpazo y, naturalmente, lo da mal porque ha estado encadenado por siglos y ha perdido la habilidad y la aptitud de la audacia; sí, en ese momento repudian, reniegan, ultrajan y condenan hasta merecerse los elogios de la prensa amarilla y de la policía. En un momento crítico, cuando cada palabra puede sonar a solidaridad con los verdugos, de ayuda a los perseguidores, en la hora cuando más se necesita frialdad y firmeza, estas conciencias viles aparecen para marcar con el dedo, con la vieja casuística unionista, a los atentados que golpean y dan en el blanco".

Por último, repite las palabras del viejo anarquista italiano Luigi Galleani: "*Es una cobardía suprema repudiar el acto de rebeldía para el cual nosotros mismos dimos la primera semilla*".

Aldo Aguzzi acusará el golpe. Publicará un artículo donde trata de explicar su actitud. Da un paso atrás pero lo hace con cierta dignidad en cuanto pasa por alto los insultos. En "L'Allarme" de setiembre de 1928 aclara primero dos puntos: "*1.- No hemos escrito que el atentado fue obra de fascistas; sí, en cambio, polemizamos con otras publicaciones sosteniendo lo contrario; 2.- ¿Dónde, cuándo y cómo nos hemos lanzado contra Severino Di Giovanni, a quien, en vez, hemos defendido pidiendo para él y su familia la solidaridad de los compañeros?*".

Luego se pregunta: "*¿Por qué hemos llorado por las víctimas? ¿Por qué dijimos que no podíamos exaltar el atentado?*". Y se responde: "*Lloramos las víctimas porque así nos dictaban nuestros propios sentimientos. Nuestros sentimientos son tal cual son y no podemos acallarlos o falsificarlos sin caer en la más oprobiosa de las mentiras: mentirnos a nosotros mismos. Por lo demás, ni siquiera quien sostiene que no se debe llorar podría afirmar que debemos ser indiferentes a la sangre de los niños o de las mujeres extrañas a las luchas sociales. El que lo afirmase —pensamos— haría la más grave injuria a los rebeldes y a los atentadores, igual que la más sucia prensa patibularia les puede atribuir el propósito de masacrar mujeres y niños.*

Y por nuestra parte, no hemos excluido del anarquismo a aquellos que no son Bresci o Luchetti, sabiendo bien que la fortuna, la belleza de un acto similar no depende muchas veces de la voluntad de los hombres y que, como en el caso del Consulado, aún las intenciones más elevadas y humanitarias pueden ser frustradas por las circunstancias. Pero, en tal caso —esto es lo que creemos— tenemos el deber de no llorar por el hecho malogrado ni exaltarlo ciegamente, pero sí de lamentar que haya fracasado. En el caso del Consulado, nosotros continuaremos —hasta que persista nuestra convicción— en explicar a los lectores que el atentado no fue lo que quería ser, y lo exaltaremos, en lo

posible, por aquello que quería ser y no por aquello que fue. No impediremos por eso que la turba califique de feroces a los autores y haremos la mejor obra en pro de los verdaderos valores concretos del atentado individual tal cual los anarquistas lo conciben y al mismo tiempo infundiremos a los otros los sentimientos de solidaridad para con los autores, que desde el principio creemos haber expresado incondicionalmente, a pesar de las perturbaciones del primer momento y mientras el ciclón de la reacción caía sobre nosotros".

Rechaza el argumento de haber sido elogiado por la policía ya que "*el grupo de* 'L'Allarme' *fue gratificado de un modo especial... con un mes de prisión*".

También "La Antorcha" —el 9-9-28— reacciona contra el artículo de Severino. Señala que no atribuyó el atentado a manos fascistas.

Sí, que el culpable era en última instancia el fascismo. Dice que no renegarán ni repudiarán los atentados populares aunque causen víctimas inocentes. "*Pero sí lamentamos éstas*", agrega. "*¿Qué pretende, que festejemos alegremente las víctimas ajenas a la presunta intención del posible autor?*", se pregunta. Por su parte, en la misma edición, Rodolfo González Pacheco, en una columna titulada "La cosecha" y en respuesta a Severino dice: "*¡Quisiéramos ser uno de los despedazados por esa bomba! Sí. Haber caído ahí. Ser rotos, aventados y revueltos entre escombros y llamas. Y con el último aliento arrastrarnos de rodillas hasta esa criatura herida —¡sagrada como mis hijas!— para pedirle perdón por la infamia de los hombres. ¡Y morir jurándole que eso no es la Anarquía! Y no nos desdecimos ni una coma. Pensamos lo que pensábamos: el culpable, sea quien sea, es un producto del sistema burgués delirante de violencias y cinismos. El, el sistema, es el criminal que arrea a la carnicería a 10 millones de humanos, como en la pasada guerra; que avienta hogares y templos, mutila y relaja espíritus. El es el que corrompe todo, ensucia, con solo mirar, la vida. Pero esta bomba allí, barriendo y despedazando obreros y niños, ¿qué significa entonces? Lo que significa la peste que propagan los podridos a sus hijos o sus nietos. La cosecha de la pudrición moral burguesa*".

Di Giovanni, en el número de "La Diana" de París, de setiembre de 1928, agradece el artículo "La venganza de los espectros y la voz de los desconocidos", donde el redactor Sieglinde reivindica el atentado del Consulado. Severino agrega una aclaración con respecto a la afirmación de Aguzzi de que en el atentado había resultado víctima una niña: "*Protestamos alto y fuerte* —dice Severino— *contra esta mentira 'aguzzina'* (carcelera). *Ninguna tierna criatura fue muerta. Sólo una chica de*

trece años sufrió lastimaduras tan leves que ni siquiera fue puesta en la lista de los heridos en la mañana del atentado. En cuanto a las víctimas inocentes, es necesario verlas más de cerca. Revisemos la lista". Y luego enumera las víctimas y sus relaciones con el fascismo. Señala más adelante, y aquí de alguna manera reconoce que es el autor del atentado: "*Miles de indicios y el estudio consciente hecho por nosotros mismos en el lugar de los acontecimientos hacen ver y comprender que los vindicadores desconocidos tenían como objetivo a las autoridades fascistas y consulares, en especial a Italo Capanni. Esas mismas autoridades han reconocido que un incidente banal retardó su llegada al Consulado y si la bomba hubiera explotado veinte minutos más tarde, los asesinados por Capanni en Foiano della Chiana, del Valdarno, de San Donado y Consolo y Pilati podrían reposar en paz... Pero la perfección no existe ni siquiera en los atentados. Estos benditos 'unionistas' deberían de una vez enseñarnos con el ejemplo cómo se hacen los atentados inteligentes: esos que dan justo en el blanco...*".

En la misma "Diana",[52] Severino reproduce otra frase de Galleani dirigida a los que hablan de revolución y no la hacen: "*Cuando nos burlamos del buen Dios, ellos refunfuñan; cuando desobedecemos al Estado y a quien lo representa, ellos protestan; cuando combatimos a la propiedad, ponen mala cara y cierran los bolsillos. Nos rebelamos contra la moral y ellos, por miedo al escándalo, se encierran en la caparazón y no dan señales de vida. ¿No pueden hacernos el grandísimo favor de moverse de una buena vez ellos mismos ya que saben tan bien cómo debe dar la revolución sus primeros pasos?*".

En "L'Emancipazione", de San Francisco, California (agosto de 1928), Di Giovanni —con el seudónimo de Niv. Doni.— publicará el artículo: "Contra el derecho de matar", "El fascismo, el antifascismo y nosotros". En él sostiene que: "*El fascismo, desde su nacimiento, ha concretizado todo su programa práctico y teórico con una sola frase: el derecho de matar. Este programa fue sancionado primero por la burguesía agraria y siderúrgica, más tarde por la burguesía bancaria y naviera y en seguida ha recibido el bautismo de la legalidad oficial de la monarquía, que ha convalidado este delito de matar con su augusta firma*".

Luego prosigue: "*El homicidio, el asesinato legal, el robo ordenado desde lo alto, el fraticidio impune, el parricidio aplaudido, se han mostrado obscenamente día a día, en cada momento de la vida y en todos los rincones de la península*". Tras señalar que se ha vuelto al tiempo de los Borgia, de la Inquisición y de los Habsburgo, escribe: "*El derecho de matar, esa trágica síntesis del programa fascista, no tiene frente a sí sino a un tímido y superficialísimo antifascismo que hace el ridículo en tal forma que llama a la*

compasión". "Debilitado y viciado por un falso cristianismo —dice— *agusanado por todos los arribismos más repugnantes* (son) *esclavos que se lamentan pero que no se atreven a rebelarse, inertes que saludan plenamente la ignominia del látigo. Y lo que es peor, luego de haberse reservado el derecho absoluto de combatir a ese fascismo, le reconocen —obsecuentes y sumisos— el derecho fundamental, el axioma, la síntesis de su programa: ¡el derecho de matar! No comprenden que para derrotar al fascismo es necesario tener el coraje máximo y golpearlo sin miramientos, en vez de jugar a un bizantinismo estéril. Porque el derecho de matar es de ellos, de los fascistas, ¡guay de aquel que recoge para sí aunque en mínima parte este derecho, porque al que pega la bofetada hay que presentarle la otra mejilla; guay de quien rompa la cadena dando muerte a su carcelero; guay de aquel que practique la ley del desierto!*

Son los que censuraron a Violeta Gibson y a Corvi llamándolos locos; han lanzado las saetas de la insidia contra los héroes del teatro Diana[53] *llamándolos cómplices de Ganellone;*[54] *han insultado a Gino Luchetti y a Anteo Zamboni*[55] *quienes en un supremo esfuerzo hicieron revivir en un instante maravilloso y bello la gesta sobrehumana de Gaetano Bresci y de Santo Caserio;*[56] *no contentos con eso, estos eunucos —que gozan en los claustros franciscanos la tibieza del purgatorio— han lanzado el anatema viscoso e infame contra los restos gloriosos de la 'banda' de Novatore; y Sante Pollastro*[57] *ha sido manchado por estos seres repugnantes. Y en Milán, los autores que lanzaron con la dinamita el primer desafío contra la multitud obsecuente y el rey cómplice, han sido también vituperados por este antifascismo de marionetas".*

Y ahora pasará a referirse a su atentado: "*Lo mismo pasó en Buenos Aires, con el atentado contra el cubil de la Avenida Quintana y contra los padres eternos del fascismo que también en la tierra del exilio intentan hacer surgir las escuadras de la muerte. Sólo en la Argentina, esparcidas por varias regiones, existen treinta y seis secciones fascistas. ¿Inocentes? También en Milán, en el teatro Diana y en la Plaza Giulio Cesare, los muertos eran inocentes. Inocentes que aplauden al rey y apuntalan el trono con su pasividad; que hoy se privan de una jornada de labor sólo para ir a aplaudir al aviador fascista De Pinedo quien, en nombre del Duce y de los 'altos destinos de la Italia Imperial' amalgama el fascismo con la efímera gloria de su hidroplano.*[58]

Esa es —prosigue— *la estructura pútrida y apolillada en que se basa el antifascismo, que en nombre de todas las conveniencias arroja flechas y fulmina al iconoclasta que sin permiso y sin consenso actúa, rompe y golpea".* Finaliza diciendo: "*Para el anarquismo —para nosotros— no queda otro camino que aquel que otros recorrieron con todas las suertes, con todas las glorias, con todos los heroísmos y con todas las audacias. La senda de la acción*

más desprejuiciada que triture bajo su fuerza gigantesca ese derecho de matar reservado al fascismo. Desde hace dos lustros somos los únicos que tuvimos la audacia de violar en toda ocasión el derecho de ellos. Desde hoy centuplicaremos esta audacia y, como estamos en la ruta luminosa con todo el valor adquirido, seguiremos recorriéndola con toda la fortuna, con todas las promesas, con todas las esperanzas más rojas de la vida y de la muerte".

El artículo es claro en cuanto a su reconocimiento de autoría del atentado y a su decisión de proseguir con los mismos métodos.

Por su parte, el cónsul Capanni llama a conferencia de prensa y dice que "*la policía argentina tiene en su poder informaciones detalladas de un gran número de italianos aquí residentes o recién llegados, informaciones transmitidas directamente por la policía italiana*".[59] Una frase oficial, no desmentida luego por el gobierno argentino, que decía bien a las claras de la colaboración existente entre los dos países en cuanto a la represión.

Mientras esas fuerzas represoras italiana y argentina continúan unidas en las tareas de investigación, los antifascistas siguen totalmente divididos en cuanto a la apreciación de los atentados. "La Protesta" prosigue diariamente sus ataques a los autores del mismo. El 26 de mayo, en el artículo "Escuela de violencia" sostiene: "*Terrorismo no es anarquismo* (...) *El vindicador se dirige al objeto motivo de su repulsión. No deja que el azar se encargue de satisfacer sus ansias de venganza. De ahí que si justificamos el atentado cuando tiene la garantía de la responsabilidad, no podemos justificarlo cuando, además de ser anónimo, está desprovisto de finalidades concretas y hasta se ejerce sobre personas ajenas al motivo que lo determina*". Y vuelve a comparar al fascismo con los autores del atentado. Dos días después, el 27 de mayo, en el artículo de tapa, "Acción responsable" ahonda sus argumentos: "*Un movimiento colectivo* —dice— *que por el hecho de propender a la realización de objetivos justicieros y emancipadores debe contar con el apoyo y las simpatías del pueblo, no puede estar expuesto a reacciones individuales ni depender de influencias que desnaturalizan lo que tienen más esencial. Hay también un justo límite para las acciones del individuo, no importa que se trate de un revolucionario. Si desaparece el control ético en los actos personales, si se olvida que hay intereses superiores al propio interés y si se pierde la noción de lo que es justo y de lo que es arbitrario, no hay tampoco derecho a exigir de los demás que aprueben y se solidaricen con hechos que repudia.*

No basta la finalidad —agrega— *de un acto para justificar ante propios y extraños, el móvil justiciero que lo impulsó. Es necesario que los medios puestos en práctica para realizarlos correspondan a la idea de justicia: esto es, que entre la intención causal y el efecto inmediato exista una lógica correspondencia de valores éticos de altruismo, de justicia. Si aplaudimos el gesto de los que se*

sacrifican por una causa que creen santa y hasta justificamos la venganza como medio reparador de injusticias que la ley deja impunes, ¿debemos por eso aplaudir acciones desprovistas de valentía, de generosidad y espíritu de sacrificio?".[60]

La policía sigue bien de cerca esta polémica y, a río revuelto, ganancia de pescadores. El diario socialista "La Vanguardia", del 26 de mayo, publica una entrevista con el Jefe de Orden Social, subcomisario Garibotto. En el diálogo, el policía dice lo siguiente: "*¿Qué cosa espantosa el atentado, no? Cuando yo vi aquellas piernas y brazos por aquí y por allá y esos ayes lastimeros, me flaquearon las piernas. Pero cómo será de brutal esto que hasta los anarquistas están indignados. Estamos muy contentos con el editorial de 'La Protesta'. ¿No lo han visto? Muy bueno. Y otros anarquistas han venido ha ofrecernos su cooperación indignados por el hecho. Han prometido avisarnos cualquier cosa que sepan. Y es lógico, porque aquí hay mucha libertad y estas cosas si se repiten pueden provocar una reacción del gobierno*".

¿No se les había ido la mano a los de "La Protesta" si ahora hasta recibían los elogios del jefe de la policía política? "La Protesta" no podía aceptar esos elogios y critica al diario socialista por haber publicado eso. Acusa de "marxista" al diario y dice: "*Aún están bien patentes las mil traiciones al proletariado y al socialismo en favor de la burguesía y el Estado que se adscribieron voluntariamente en su haber los socialistas criollos. Solamente al jesuitismo socialista se le podía ocurrir la especie de un apoyo de anarquistas a la policía para descubrir delincuentes. Esa acusación no la hubieran podido hacer los órganos más reaccionarios; pero la pudieron hacer los socialistas, que son ellos mismos aspirantes a policías gratuitos, como el caso de la ley de residencia de 1902. De nosotros no se podía esperar más que una actitud de repudio ante la bomba del consulado italiano porque semejantes hechos son de esencia fascista* (...) *Nosotros, que pretendemos conocer al movimiento socialista y al socialismo un poco mejor que los propios socialistas tendríamos más derecho a hermanar la violencia con el marxismo. No se nos borra la energía con que la social-democracia mató la revolución alemana a sangre y fuego, en Baviera, y en todo el país alemán. Ni siquiera los nacionalistas imperialistas habían usado antes en Alemania métodos de violencia tan bestiales como los puestos en vigor en defensa de la burguesía por el socialista Gustav Noske*".[61]

Finaliza diciéndole a los socialistas: "*Según nuestra convicción se puede ser adversarios, pero no canallas*". Pero reafirma su posición contra los alentadores: "*Nosotros, tanto desde el punto de vista humano como desde el punto de vista revolucionario, somos adversarios de salvajadas como la del consulado italiano*".[62]

El hecho cometido por Severino había tenido la virtud o el defecto de definir muchas posiciones: la de la colaboración del fascismo italiano

con la policía argentina y, principalmente, los frentes en que estaba dividida la izquierda. El anarquismo argentino quedaba así dividido en libertarios democráticos y anarquistas revolucionarios, o anarquistas de salón y anarcobandidos, sea cual fuere el gusto o el calificativo con que se propinaban mutuamente.

Sobre la colaboración del fascismo con la policía del gobierno radical ocurrió en esos días un hecho que la patentiza. La policía argentina anuncia —en la investigación del atentado al Consulado— la captura del periodista italiano Nino Sacchi "*expulsado de Italia por sus actividades antifascistas*", como si esto último fuera ya un antecedente negativo. Pero, además, la policía argentina anuncia oficialmente que "*Para completar la información, los directores de la pesquisa resolvieron dirigir un telegrama a las autoridades italianas pidiendo antecedentes de Sacchi y, según sabemos, se está esperando la contestación*". Como se ve, se recurrió a una fuente muy objetiva. Evidentemente, Sacchi había sido marcado por la embajada fascista y se le quería hacer pasar un mal momento, ya que él nada tenía que ver con la bomba. Para predisponer más aún a la opinión pública, la policía argentina hace trascender intimidades de la esposa de Sacchi "*quien ganaba algún dinero sirviendo de modelo en un estudio de París*". Sacchi, que estaba por partir a Europa, es dejado finalmente en libertad, pero le hacen perder el buque donde había sacado pasajes. Chicaneos, guiñadas de ojo entre la embajada fascista y los funcionarios policiales. Pero todo *legal*.

Ante el giro que han tomado los hechos, principalmente ante la actitud de "La Protesta", Aldo Aguzzi se esfuerza por aclarar el porqué de su primera reacción de repudiar el atentado. Se dirige a "L'Adunata" de Estados Unidos para rectificarse y explicarse aún más. "*En el caso del atentado al consulado italiano es evidente* —les dice— *que el autor no es fascista, como se ha afirmado en cierta prensa anarquista y antifascista, y que su intento era golpear a Capanni, quien como todos saben es un asesino. Y la intención de golpear a tal hombre no se puede condenar aunque si, en el hecho, en vez de Capanni cayeron diez inocentes, es decir, obreros, mujeres y niños. Pero aún así, quien comprende y admira —como el suscrito— esas intenciones, no puede eximirse de sentir dolor cuando caen inocentes. Y la muerte de inocentes no debe ser motivo para maldecir al atentador, pero sí maldecir la fatalidad atroz, a la suerte adversa que ensucia un acto heroico transformándolo en una tragedia*".

Y agrega: "*Tal vez a vosotros os parezca que debemos acallar nuestro dolor por las víctimas inocentes porque expresarlo públicamente puede sembrar*

miedo o ser utilizado por el enemigo. Pero esto no sucederá si nosotros hacemos comprender qué diferente es nuestro dolor al de los otros; qué diferentes son nuestras lágrimas a los de las fieras que viven de carne humana. En cambio, si silenciamos nuestros sentimientos, que son nobles, y que no humillan, seguiremos manteniendo la leyenda de que somos salvajes de corazón de piedra".

Por su parte, "L'Adunata" aprueba el atentado en un editorial titulado "Nuestra ferocidad"señalando que también ellos prefieren las acciones perfectas que no ocasionan víctimas inocentes pero que el caso del Consulado está bien claro, ya que los autores fueron a buscar al verdugo en su propia cueva. Recuerdan las palabras de Pisacane: "*Estimo a aquellos que están con la conspiración y no conspiran ellos mismos; pero no siento más que desprecio por aquellos que no quieren hacer nada pero se complacen en blasfemar y maldecir a aquellos que actúan*". Y terminan el editorial con una rotunda frase: "*Nuestra conciencia está tranquilamente del lado de los terroristas y contra el fascismo y para ellos va toda la solidaridad de nuestra convencida simpatía*".[63]

Por último, Aguzzi enviará una nueva carta a "L'Adunata" que es una especie de reconocimiento a su error. Dice: "*Debo ante todo declarar que mi artículo fue escrito en la cárcel (y puedo comprobarlo con testigos) y que lo que escribí sobre las víctimas estaba basado solamente en las informaciones transmitidas por los compañeros que me venían de mano en mano... a hacerme compañía. No pude obtener informaciones directas habiendo sido yo el primer detenido y encontrándome ya en la cárcel pocos minutos después de la explosión*".[64]

La intensa polémica ayudó a Severino a afirmarse en su línea intransigente. En la Argentina se sentía solo —salvo el pequeño grupo que lo acompañaba— pero sabía que contaba desde ya con amplio apoyo de sus compañeros de ideas, especialmente los radicados en Estados Unidos y en Francia. Había decidido cumplir con lo que había escrito y continuar su campaña contra el fascismo italiano afincado en la Argentina. Pero, por segunda vez, un niño echará a perder sus planes. El depósito de explosivos de Lomas del Mirador —calle Progreso 628— le había costado mucho riesgo y tiempo. En él se había empleado todo el poco dinero de que se disponía. El 31 de mayo —apenas a una semana del atentado contra el Consulado— al pibe Eugenio Tomé, limpiando una conejera en su casa de Alberdi 7651, se le escapa una coneja. El animal dispara a campo traviesa.

"Crítica"describe bien lo que era Lomas del Mirador por esos años: "*es un villorrio situado en medio de una pampa de fango; sembrados y hornos de ladrillos limitan el camino de macadam. Las casas son escasas y aisladas. Es el intermedio entre el arrabal y un pueblo de campo*".

La coneja se mete precisamente en el terreno donde está la casa de Progreso 628. El pibe mira hacia adentro pero parece no haber nadie. Está todo en silencio. Entonces salta la tapia y se aproxima en busca del animal. En efecto, está allí, junto a la puerta de la cocina. El niño recupera su coneja pero, movido por la curiosidad, comienza a espiar por las ventanas. Están todas tapadas con papel de diario pegado a los vidrios. La casa no parece habitada. La curiosidad del chico crece. Intenta abrir la puerta de la cocina y ésta cede. Cuando lleva abierta la mitad se produce una llamarada y una explosión. El chico sale huyendo despavorido. Los vecinos, ya en la calle, alarmados, avisan al pequeño destacamento policial de la zona. Cuando la policía intenta abrir la puerta principal, se produce otra explosión. Al ser requeridos los servicios de los cuerpos especiales de la Policía de la Capital, éstos descubrirán un depósito de materiales explosivos, gelinita, tambores de pólvora negra, frascos de ácido nítrico y sulfúrico, clorato de potasio, etc., y cinco bombas unidas en cadena a un sistema por el cual estallaban no bien se abría cualquiera de las dos puertas. Es decir, cuando no trabajaban, los moradores ponían en contacto el sistema explosivo para que si era descubierto por la policía no quedara nada en pie. De acuerdo a los técnicos, el sistema falló por la excesiva humedad de la casa, ya que las bombas de mayor potencia estaban en el sótano. De haber funcionado el complejo explosivo, la casa hubiera volado íntegramente.

La propietaria de la vivienda, doña Ernesta de Reinoso, declara que la casa fue alquilada por un hombre joven, alto, delgado, para un señor Manuel Iglesias que iba a llegar de España. El joven —a quien luego por fotografías reconocería como a Paulino Scarfó— pagó tres meses adelantados, a razón de 45 pesos por mes.

Las puertas y paredes de la casa de Lomas de Mirador están manchadas de ácido y quemadas con llamaradas, señal de que allí se ha estado experimentando y construyendo bombas.[65]

La policía relaciona el depósito de explosivos con los atentados del Consulado, de La Boca y de Afeltra.

Pero pasan los días y no se descubre a los autores. "Crítica", tomando el pelo a la policía, dice en un título: "Hace falta otra coneja para esclarecer los atentados".[66]

Dos días después, presionado por las circunstancias, el comisario Garibotto decide hacer públicas sus presunciones: el principal sospechoso es el anarquista italiano Severino Di Giovanni. Su foto es enviada a los diarios importantes del país y a las policías del continente. Todos los días se repetirá en las páginas de la crónica roja el nombre de Severino Di Giovanni, es una de las tácticas de la policía para acorralarlo, para presentarlo como el enemigo público número uno de la sociedad. Al perseguido le va a resultar cada vez más difícil rehuir el cerco. A pesar de eso, no abandona el país. Además, en ese tiempo la policía logra un confidente dentro del grupo "Culmine". Es así como se recibe un anónimo en que se señala que Di Giovanni se refugia en una casita de Villa Sarmiento y que Paulino Scarfó fue quien envió la encomienda a Ushuaia; para comprobarlo —dice el *anónimo*— sólo se tiene que comparar la letra de Paulino con la boleta del remito depositada en el Ministerio de Marina.

Comparadas las letras, efectivamente la del remito coincide con la de la firma de Paulino Scarfó.[67]

Pero si bien la policía tiene muchos colaboradores entre la población, también los tendrá Di Giovanni, principalmente entre los obreros panaderos de Morón, dos de cuyos dirigentes —José Apugliessi y Pedro Aguirre— le dan refugio durante unos cuantos días. Di Giovanni aprovecha el tiempo para darles clases de preparación de explosivos a los activistas del gremio de panaderos que luego estos aplicarán en los atentados contra jardineras de pan que tuvieron lugar por ese tiempo en Morón.

En tanto, la policía vigila el domicilio de la familia Di Giovanni en la calle Homero, se monta guardia día y noche por si cae el perseguido a visitar a su mujer y sus hijos. El menor detalle es anotado: "*8-6-28: se vigila el domicilio de Di Giovanni; a las 12.50 salió la hija menor y fue a la escuela Nº 22, C. E. 18, Cajaraville 5143. Volvió a las 16.20. 9-6-28: la hija de Di Giovanni no concurrió a la escuela sonde suele ir todos los días pero estuvo paseando por las inmediaciones con otras personas de su misma edad*".

En esos meses de junio y julio, la policía recibe las siguientes noticias "*fidedignas sobre el paradero de Di Giovanni*": que está en Ensenada, en la calle Alemania s/n, domicilio del anarquista Domingo Parisi; en Bernal, domicilio del anarquista Carlos Posse; en Montevideo, casa del anarquista Héctor Menini, Julio Herrera y Obes 474; en Nogolí

(San Luis), casa de José Pinelli; en Castex (La Pampa); que se embarcó el 18 de junio en San Fernando hacia el Carmelo; en Bahía Blanca, Maipú 124, Villa Mitre, donde se edita el diario ácrata "Brazo y Cerebro"; en Fray Bentos, Uruguay; la policía bonaerense informa que Severino Di Giovanni fue conducido por el lanchero Antonio Bustos Duarte a las islas del Delta desde San Fernando; el dueño del hotel del Globo, Colón 1579, Montevideo, y dos mucamas reconocen por foto que Severino Di Giovanni ocupó la habitación 46; que Di Giovanni fue trasladado en la lancha Irene Nulda de Vicente Castro a las islas de San Fernando y desde allí a El Carmelo alojándose en casa de Camilo Franvis; que está en Montevideo, San José 1340, domicilio de Francisco Cancelo; que está en el hotel Victoria, de Córdoba; que se domicilia con el almacenero Angel Ferlaundo en 43 bajada Esquiú, esquina Charcas, Córdoba; que duerme en la fonda de la Avenida del Trabajo y Avenida General Paz, Capital; que recibe su correspondencia en el pueblo de General Paz (Córdoba); que vive en el domicilio de María Massa, Tablada 296, Córdoba, quien lo protege y hace vida común con él; que vive en la casa del quintero Masciulli, hermano de Teresina, en Morón; que fue visto a las 5 de la madrugada en el Delta; todos los empleados del consulado de Checoslovaquia en Buenos Aires, Victoria 1456, reconocieron por foto a Di Giovanni quien solicitó la visación para ingresar a ese país; la Inspección General de Policía de México comunica que Di Giovanni ha huido a Estados Unidos o se encuentra todavía en una población fronteriza de California; etc., etc.

La verificación de todo esto le cuesta ingentes esfuerzos a la policía. Pero Severino Di Giovanni es inhallable. Es necesario descubrir algo, así lo exige la opinión pública y hasta las mismas autoridades; no hay que olvidar que de por medio está un gobierno amigo, el italiano, y sus representantes diplomáticos están muy interesados en que se detenga a los autores.

Lo único positivo que logra averiguar la policía es que Di Giovanni usa el extraño nombre de Nivangio Donisvere y que tiene documentación falsa con ese nombre. A veces se hace llamar Pascual Di Giorgio.

La vigilancia en el domicilio de Teresina y los chicos ha dado alguna información: la mujer de Severino y sus hijos son ayudados por el Comité Pro Presos de los Sindicatos Autónomos[68] que les ha hecho llegar 150 pesos el 2 de julio y 50 pesos el 16 del mismo mes; precisamente este día ha venido un camión de mudanzas de "La Familiar" de Avellaneda y

ha llevado a la familia de Di Giovanni y a sus pocos muebles a Curapaligüe 2522, de Valentín Alsina.

En ese tiempo se ha producido la separación de Severino y Teresina. Severino comprende que en bien de su familia debe alejarse de ella. Que no va a poder llevar a cabo una vida legal, ya que además de tener causas para ser perseguido por la policía, ha decidido seguir su lucha, de manera que el futuro va a ser peor. Por eso no puede ser que, por su accionar, Teresina tenga que soportar continuos allanamientos y molestias. Por otra parte, Severino no estaba conforme con esa unión, ya que de alguna manera había sido obligada por la sociedad y él amaba las uniones libres, sólo producidas por la voluntad y el amor. Sin ninguna duda Teresina y Severino se habían mantenido juntos porque fueron llegando uno a uno los hijos. Y entre los dos existía un sentimiento de mutuo respeto. Nadie recuerda que haya habido una reyerta o reproches entre ellos.



El anarquista, el amor, la mujer

"...Perdernos entre el verdor, lejos, lejos... caminar del brazo en esta aurora hacia un horizonte intangible e inalcanzable, siempre unidos, siempre fuertemente ligados como dos hiedras sorbiéndonos la propia existencia una de la otra, y cantar la rapsodia heroica de la vida difícil."

(Severino Di Giovanni a América el 10 de setiembre de 1928.)

Después de esos dos meses de persecución continua, Di Giovanni ha vuelto a Buenos Aires impulsado por su pasión hacia esa muchacha de 15 años, América. El perseguido la ha esperado a la salida del colegio, han hecho largas caminatas por la calle Yerbal, a lo largo del arroyo Maldonado, en el parque Lezica, en el parque Centenario. El amor ha ido creciendo. El 17 de agosto de 1928 resolvieron unirse. Una unión que disolverá sólo la muerte dos años y medio después.

Cuando no puede verla, él le escribe hasta tres cartas diarias. Son cartas que tienen que ser llevadas a veces por dos o tres mensajeros hasta que lleguen a destino. Y casi todos esos mensajeros creen que se trata de mensajes sobre la lucha por la idea... no sospechan que no son nada más que cartas de amor. Los encuentros entre los dos amantes se realizarán en circunstancias cada vez más difíciles. El, porque no abandona la lucha y vive continuamente cambiando de domicilio; ella, una adolescente vigilada atentamente por sus padres y además por la policía, que custodia su casa para detener a sus hermanos Alejandro y Paulino.

América se moverá con sagacidad e inteligencia en todo ese medio profundamente adverso. Para romper el cerco cuenta con aliados: la escuela —cursa el segundo año de la sección Liceo de la Escuela Normal Estanislao S. Zeballos— que le sirve de pretexto ante los padres para encubrir algunas escapadas; su compañera de curso Elena Serra, novia de su hermano Alejandro Scarfó, con la que puede justificar algunas salidas fuera del horario de la escuela; su hermano José que la ayuda a espaldas de sus padres porque cree que con ello protege a sus hermanos buscados por la policía. A pesar de la situación emocional irregular, inestable en que vive, América es una alumna brillante.

No hay rasgo más significativo de la personalidad de Severino que sus cartas de amor. Muestran un desconocido aspecto poético de su discutida personalidad.

Las palabras que este hombre de vida dura y arriesgada escribe a su amada casi niña siempre serán sencillas, de un claro romanticismo. Tal vez sólo habría que leerlas en italiano, el idioma justo para ellas, tal como él las escribió. Dos días después de la unión en el amor de las dos jóvenes vidas, Severino le escribe así:

"Domingo, 19 de agosto de 1928. Amiga mía: tengo fiebre en todo mi cuerpo. Tu contacto me ha atestado de todas las dulzuras. Jamás como en estos larguísimos días he ido bebiendo a sorbos los elixires de la vida. Antes, viví las horas intranquilas de Tántalo y ahora, hoy, el hoy eterno que nos ha unido, vivo —sin saciarme— todos los sentidos armoniosos del amor tan caro a un Shelley y a una George Sand. Te dije, en aquel abrazo expansivo cuánto te amaba, y ahora quiero decirte cuánto te amaré. Porque el pan de la mente que sabe materializar todas las idealidades elegidas de la existencia humana, nos será la guía más experta para resolver nuestros problemas; y debo decirte con toda la sinceridad de un amigo, de un amante y de un compañero, que nuestra unión será bella y prolongada, gozosa y plena de todos los sentimientos: grande e infinitamente eterna. Y cuando te hablo de eternidad (todo aquello que el corazón ha querido, gozado y amado, es eterno) quiero aludir a la eternidad del amor. El amor jamás muere. El amor que ha germinado lejos del vicio y del prejuicio es puro, y en su pureza no se puede contaminar. Y lo incontaminado pertenece a la eternidad."

En otro párrafo dice: *"quisiera expresarme en tu idioma (ella siempre le escribió en castellano) para cantarte a cada instante la dulce canción de mi alma, hacerte comprender las palpitaciones que golpean fuertemente el corazón , las delicadas figuras de mi pensamiento que excitado por ti no podrá dar jamás el 'finis' de su elegía. Pero por otra parte —yo creo que mi amor encuentra su respuesta en ti con toda la pujanza de tu juventud todavía en capullo— me pongo contento de saber que para comprender estas, mis líneas, tengan que ser releídas por ti más de una vez"*.

Luego de recomendarle: *"tú no tendrás tiempo de escribirme, debes dedicarte al estudio"*, termina despidiéndose: *"bésame como yo te beso; sabes que pienso en ti siempre, siempre, siempre. Serás el ángel celestial que me acompañe en todas las horas tristes y alegres de esta mi vida de insumiso y rebelde. Contigo, ahora y siempre"*.[69]

Dos años de plazo les dará la vida a los dos amantes. Cada vez con menos espacio. El peligro aumenta y el cerco, silenciosamente, se cierra día a día. Sólo el amor y la despreocupación les permitirá vivir en un mundo distinto. La carta del 8 de setiembre nos descubre algo del clima que ellos mismos se habían formado:

"Compañera mía: como de costumbre, también hoy te he esperado. Son las seis. Ya no vendrás. Mañana , domingo, otro día sin ti. El lunes, quizás. ¡Oh, cómo es de hermoso ahora pasar las horas juntos...! Solos, solos, solos...! Un amigo me ha regalado una bellísima edición de la Comedia del Dante, ilustrada y comentado. ¡Cómo quisiera leerla junto a ti! Los pasajes sublimes de Francesca da Rimini abrazada a su Paolo mientras la tempestar infernal no tiene fuerza para separarlos, tanta es la posesión del amor de ellos, del amor en general. ¡Y la hermosa ilustración de Gustavo Doré que los pinta en toda la delicia del amor, en el frenesí que va más allá del sentir humano, más allá de la tragedia, más allá de la vida...!

Que bello sería leer estas páginas junto a ti, juntos, juntos... Así, abrazados fuertemente y de cuando en cuando poder darte tantos besos!

Pero tu vendrás, mi bella compañera. Tengo la certeza de que vendrás y esa certeza me hace feliz de una manera tan grande, cómo decirte, tan grande como si lo fueras tú, y cuando llegues leeremos, miraremos, elegiremos, no sólo las palabras de la Comedia, sino también aquellas, las más bellas, las más sublimes, las más comunes a nosotros —por eso, las más ardorosas— de nuestro inmenso amor".[70]

Pero ni el amor ni la constante huida limitarán la acción del joven rebelde. A principios de octubre de 1928 estalla en Buenos Aires la huelga marítima de las tripulaciones de los buques de la compañía Nicolás Mihanovich. El enfrentamiento es muy duro y ninguna de las partes afloja. El gobierno radical se queda en el molde aunque la presencia policial y de la Prefectura Marítima tiende más bien a amedrentar a los obreros. El conflicto ha estallado porque la empresa obligó a desembarcar a la tripulación del vapor *Bruselas*. De inmediato, el capitán del *Apipé,* Juan Villalba —hermano del capitán del *Bruselas*—hace causa común con él y se desembarca de su buque acompañándolo solidariamente toda su tripulación. Y la Federación Obrera Marítima declara la huelga.

Los días pasan. La Mihanovich no se da por vencida. Al contrario, anuncia, desafiante, la próxima salida de sus barcos. El primero en salir será el *Apipé* que logra cargar y tripular con gente facilitada por las autoridades marítimas y la Liga Patriótica. El gobierno presta la custodia debida. Desde el 11 de octubre, el *Apipé* está listo para zarpar. Pero si bien en la Marítima hay hombres contemporizadores que andan bien con el yrigoyenismo, hay otros que llevan en la sangre la

acción directa, entre ellos Juan Antonio Morán. Hombre de acción, anarquista expropiador.[71]

Juan Antonio Morán sabe que si el *Apipé* logra salir, la huelga está perdida. Hay que pararlo. Pero ¿cómo hacer? La cosa es muy, muy difícil. Los accesos al puerto están severamente custodiados. Policía y Prefectura. Nadie entra a ningún buque sin permiso especial de las autoridades y de la compañía armadora. Además, cada uno de los buques tiene una guardia especial y en particular, el *Apipé*, listo para el desamarre. Por otra parte, Juan Antonio Morán es demasiado conocido en el puerto. No puede ni asomar la nariz por allí. Pero él sabe que hay un hombre ideal para el operativo.

A través de Miguel Arcángel Roscigna y de Emilio Uriondo, Morán ha conocido hace algunos meses a Severino Di Giovanni.

El domingo 14 de octubre de 1928 un hombre vestido correctamente de negro con sombrero de alas anchas del mismo color se acerca a la guardia que hay en el Riachuelo frente a la calle Gaboto. Lleva una maleta de regular tamaño. Viene con cara seria y paso elástico y casi sin detenerse dice rápidamente y en italiano:

—Soy ingeniero de la Mihanovich, traigo una pieza vital para las máquinas del *Apipé*. Este buque tiene que partir indefectiblemente esta tarde.

En ese momento aparecen dos grupos de obreros a menos de treinta pasos de la calle Gaboto y se toman a golpes de puño y se insultan. La guardia desatiende al recién llegado para prestar su atención al nuevo hecho. El desconocido de negro prosigue su marcha sin detenerse y encara a la guardia especial del buque a quien espeta idéntica frase que a los anteriores, pero con este agregado: *el permiso de entrada ya lo tiene aquella guardia.*

Las cosas parecen estar bien calculadas porque en ese momento la refriega toma ya un carácter serio y suenan tiros. Hay pitadas y corridas. La guardia le hace un gesto al desconocido para que se quede allí porque no hay tiempo de verificar los papeles. Pero el hombre vestido de negro se les escurre mientras los revoltosos van desapareciendo al parecer sin haberse pegado demasiado ni haberse apuntado muy bien.

Vuelve la calma. No ha pasado nada. La guardia hasta se olvida que ha dejado pasar a un desconocido vestido de negro.

Apenas han pasado unos minutos cuando el empleado de guardia en las oficinas de la Mihanovich recibe un llamado telefónico anónimo: "*en la proa del Apipé acaban de poner una bomba*". El muchacho llama a la policía. La proa es revisada prolijamente luego que se ordena evacuar el buque. Nada. No se encuentra nada. Ha sido una broma.

Pocos minutos después un nuevo llamado telefónico: "*la bomba ha sido colocada en la popa*". Incrédulo el empleado vuelve a llamar a la policía que, con desgano y por oficio —ya que todos creen que se trata de una "tomadura de pelo"— revisa la popa. Pero ahora sí. Ahí está la bomba, en la sentina contigua a la sala de máquinas. El lugar preciso para hacer saltar todo el buque. Inmediatamente se procede a inundar la sentina hasta treinta centímetros del suelo de manera que la bomba quede totalmente cubierta.

La bomba estaba en una lata que el desconocido había llevado evidentemente en la maleta. Por la banda de estribor había una escalera de gato: el hombre vestido de negro había huido por allí y tal vez —con toda seguridad, puede aseverarse— fue recogido por algún bote que se aproximó sin ser visto en esas circunstancias.

"La Nación" de esa fecha dice lo siguiente: "*El subcomisario Garibotto de Orden Social retiró el bulto que había en la lata y que se hallaba envuelto en arpillera y fuertemente atado con alambre y cuerdas. Luego procedió a desatar las ligaduras y quedó al descubierto una caja cúbica, de cobre, de 15 centímetros de alto y un peso aproximado de 12 Kg.* (El informe oficial del Arsenal de Buenos Aires establece un peso de 29,440 Kg. para el casco y una capacidad de 5.100 cm. cúbicos para el mismo). *Dicha caja, en una de sus caras tenía una tapa a tuercas y al desenroscarse ésta se vio un pequeño frasco colocado boca abajo, tapado con un corcho que descansaba sobre una base de filamentos metálicos. Como en explosivos de esta naturaleza, el frasco contenía un ácido corrosivo que ya había destruido el corcho y sólo restaba hacer lo mismo con los filamentos metálicos para ponerse en contacto con los demás elementos que constituían la bomba y provocar la explosión cuyos efectos hubieran sido de proporciones incalculables dados el poder de destrucción de aquélla y los elementos que la componían. Sus efectos se hubieran hecho sentir no sólo en el* Apipé, *que hubiera sido destruido, sino también en las embarcaciones de alrededor*". La bomba tenía dos kilos y medio de gelinita, pólvora y numerosos bulones y remaches. El revestimiento de bronce tenía 3 centímetros de espesor lo que ofrecía una enorme resistencia a la

potente carga que contenía. La explosión no ocurrió por cuestión de un minuto, o tal vez de segundos.

El subcomisario Garibotto explicaría después que se trataba de una bomba dificilísima de fabricar por los peligros que ofrece, ya que "*en un noventa por ciento de los casos su explosión es imprevisible*". Además es casi intransportable por su peso. Y finalizó ante los periodistas: "*hay uno solo en Buenos Aires que la puede haber fabricado y puesto en lugar donde la colocó: Severino Di Giovanni*".

Nunca quedó en claro si el fracaso del atentado se debió a la delación de alguien que sabía de la acción o bien fue el mismo Severino —el cual siempre creyó en la eficacia de los artefactos que preparaba y gustó de complicar los atentados para que causaran más sensación— quien hizo llamar por teléfono para que, cuando la comisión policial se encontrara a bordo, se produjera la explosión y así conmover a la opinión y a los poderes públicos. Pero nuestra conversación con Eliseo Rodríguez —anarquista expropiador que conoció muy bien a Juan Antonio Morán y a Severino Di Giovanni— nos hace preferir la siguiente interpretación: el atentado fue planeado para demostrar hasta qué punto eran capaces los anarquistas de burlar las prevenciones del gobierno y de los empresarios navales. Les bastaba eso y Morán hizo hincapié para que se montara todo el espectáculo pero que el buque no sufriera daños porque hubiera significado una pérdida de fuente de trabajo para la tripulación. De cualquier manera, aunque la bomba no estalló, su amenaza dio resultados posteriormente, ya que Mihanovich se avino a un arreglo.

Un día después de haber realizado esta epopeya increíble de terrorista, Severino Di Giovanni escribía a América:

"*Dulce esperanza mía: Te busqué, pensé en ti, tú eras el único pensamiento que poseía. No te encontré. Tú —el sábado— estabas lejos de mi borrasca. Tal vez reías —ignorante de mi dolor—, reías feliz de nuestro amor que debía correr con las alegres alas de todas las más bellas alegrías. Pero yo no reía (pero pensaba en ti, eso sí), sufría en el tempestuoso nudo de los accidentes cotidianos que coronan la existencia de todos los perseguidos*".[72]

En este párrafo se nota el desgarramiento que le producían las acciones donde tenía que enfrentar la muerte.

En la carta le dirá a América que ha ido a buscarla a la casa de su amiga Elena y de allí, a otros lugares, sin encontrarla. Su pasión amorosa lo llevaba a arriesgarse a los lugares donde era más buscado, justamente al día siguiente del atentado al *Apipé*. En la misma carta le cuenta a

América que ha ido a visitar a Teresina, la madre de sus hijos, al nuevo domicilio de Valentín Alsina: "*Vi a nuestras flores* (se refiere a sus tres

sentimientos del corazón? ¿Por qué un hombre que tiene hijos no puede amar? Es como si se dijera que un padre de familia no puede trabajar por la idea, hacer propaganda, etc. ¿Qué prueba puede hacer creer que esos pequeños seres serán olvidados porque su padre me ama? Si el padre olvidara a sus hijos merecería mi desprecio y no existiría más el amor entre nosotros.

Aquí, en Buenos Aires, ciertos camaradas tienen del amor libre una idea verdaderamente exigua. Se imaginan que sólo consiste en cohabitar sin estar casados legalmente y, mientras tanto, en sus hogares siguen perdurando todas las ridiculeces y los prejuicios que son propios de los ignorantes. En la sociedad burguesa también existe esa clase de uniones que ignoran al registro civil y al cura. ¿Es acaso eso el amor libre?

Por último, se critica nuestra diferencia de edad simplemente porque yo tengo 16 años y mi amigo 26. Unos me acusan de perseguir una operación comercial; otros me califican de inconsciente. ¡Ah, esos pontífices del anarquismo! ¡Hacer intervenir en el amor el problema de la edad! ¡Como si no fuera suficiente que el cerebro razone para que una persona sea responsable de sus actos! Por otra parte, es un problema mío y si la diferencia de edad no me importa nada a mí, ¿por qué tiene que importarle a los demás? Lo que quiero y amo es la juventud del espíritu, que es eterna.

Hay también aquellos que nos tratan de degenerados, de enfermos y de otros calificativos de la misma especie. A todos ellos les contesto: ¿por qué? ¿Porque nosotros vivimos la vida en su verdadero sentido, porque rendimos un culto libre al amor? ¿Porque igual a los pájaros que alegran los paseos y los jardines nos amamos sin importarnos los códigos o las falsas morales? ¿Porque somos fieles a nuestros ideales? Yo desprecio a todos los que no pueden comprender lo que es saber amar.

El amor verdadero es puro. Es un sol cuyos rayos enceguecen a aquellos que no pueden escalar las alturas. A la vida hay que vivirla libremente. Rindamos a la belleza, a los placeres del espíritu, al amor, el culto que ellos se merecen.

Esto es todo, camarada. Quisiera su opinión sobre mi caso. Sé bien lo que hago y no tengo necesidad de ser aprobada o aplazada. Sólo que al haber leído muchos de sus artículos y al estar de acuerdo con varios puntos de vista, me pondría contenta de conocer su opinión."

Este documento, escrito por esa adolescente de 16 años, es fundamental para comprender la relación de los dos amantes entre sí y con Teresina y los hijos. Esta confesión espontánea de América Scarfó desmiente todas las sucias historias contadas luego por la policía, los diarios y las revistas, y los argumentos de algunos escritores y periodistas que siguieron repitiendo los clichés de la denominada *opinión sana* del

país. Y más que todo tiene valor, porque América publica eso en la revista más leída del anarquismo individualista. Su director, Armand, era una autoridad indiscutida en la temática de las relaciones individuales. Al publicar su carta, América se exponía a ser desmentida. Si lo de Teresina no hubiera sido así como ella lo describe, ésta hubiera podido enterarse y desmentido. Más todavía, América se exponía a que por esa publicación se enteraran sus propios padres —a través de envíos anónimos o de delaciones— y a sufrir las consecuencias. Cuando las relaciones amorosas —y más en ese tiempo— tenían algún aspecto poco común, las partes se escondían, por lo general. Aquí, tanto América como Severino exponían claramente su posición ante sus compañeros de ideas.

Las críticas habían sido especialmente duras con Severino. El que más lo había censurado moralmente fue Umberto Lanciotti.[73] Es que en esos revolucionarios del grupo expropiador la mujer había cumplido siempre un papel muy secundario. O bien era la compañera que cuidaba los hijos y el refugio obligado del perseguido, o bien cumplían la parte logística, es decir alquilando las casas para su domicilio ilegal, llevando mensajes y también —y esto con toda consecuencia y libertad— haciendo de samaritanas en el consuelo y en el placer durante el descanso del guerrero. Ante este nuevo hecho, la relación amorosa apasionada de Severino y América, los compañeros de lucha sentían como una especie de invasión de algo desconocido hasta el momento, tenían miedo que lo femenino invadiera la esfera dura y sin concesiones de la lucha. Todo eso debía dejarse para *después del triunfo final*.

La respuesta de Emile Armand ayudará a los enamorados y terminará con la posición crítica de los compañeros. Le dirá a América, en el mismo número de "L'en Dehors": "*Compañera: mi opinión importa poco en la materia de lo que me transmites sobre lo que haces. ¿Estás de acuerdo íntimamente con tu concepción personal de la vida anarquista o no estás de acuerdo? Si estás de acuerdo, ignora los comentarios e insultos de los otros y continúa tu camino. Nadie tiene el derecho de poder juzgar vuestra forma de conducirte, aun en el caso que la esposa de tu amigo fuera hostil a esas relaciones. Toda mujer unida a un anarquista (o viceversa) sabe muy bien que no deberá ejercer sobre él o sufrir de parte de él una dominación de cualquier orden*". Por último le aconseja que proceda como le dicta su conciencia y su sentir.

Antes de la carta de América a "L'en Dehors", una borrasca había enturbiado la relación de Severino y América. Las críticas de los compañeros, los impedimentos casi insalvables para continuar la relación, su propia situación familiar hacen crisis en América, quien le hará reproches a Severino y le dirá que termina la relación. El 23 de

octubre, Severino le escribirá una carta plena de tristeza.[74] Le dice: "*Tú, como el ángel de mis sueños has cumplido el dulce rito del amor sin que de mi parte haya habido un hechizo o alguna ilusión óptica*". Y agrega: "*No hubo ningún engaño, porque unidos, teniéndonos de la mano nos hemos dirigido tranquilos hacia el altar y hemos bebido el cáliz de todas las dulzuras* (...). *Pero no quiero persuadirte. Como tu quieras. No iré a buscarte al colegio. Aunque debes saber que no temo las dificultades. No iré, solamente porque tú no quieres, y no trataré ni siquiera de verte a pesar de que tengo una gran necesidad*". Por último se despedirá: "*Adiós, mi aurora que ha desaparecido antes de llegar al mediodía. Adiós, pálida flor del amor. Adiós, mi única esperanza...*".

Como típica reyerta de enamorados, el reencuentro borrará todos los problemas y sellará la unión con más fuerza. De ese reencuentro saldrá la carta de América para "L'en Dehors". Que era una especie de acta que oficializaba los sentimientos hasta ahora retenidos en la intimidad.

El momento justo, porque pocos días después la vida les iba a ser poco generosa. Sufrirían un golpe que los uniría en la senda de la tragedia definitiva.

VI

Los Bandidos

"Aquel que no tiene con qué vivir no debe ni reconocer ni respetar
la propiedad de los otros, ya que los principios del contrato
social han sido violados en su contra"

Johann Gottlieb Fichte
(Frase encontrada en el escritorio de Severino Di Giovanni, en Burzaco)

El 12 de octubre de 1928 ha vuelto a la Casa Rosada Hipólito Yrigoyen. Los anarquistas le desconfían. No le perdonarán jamás a su gobierno radical las matanzas de obreros de 1919 y 1921-22. Las publicaciones libertarias le dedican artículos muy duros. La bienvenida más suave dice así: "*Durante muchos años hemos sido vecinos de una momia ilustre, de una momia viviente que ha oficiado de mascarón de proa de una banda de aventureros políticos y que llegó a la más alta magistratura de la nación en un momento de locura colectiva. Ahora mudó de casa pero no mudó de mañas. El Yrigoyen de 1928 es el mismo Yrigoyen de 1916-22. En aquella época le cupo el triste honor de distinguirse de entre todos sus antecesores por la despreocupación amoral con que ordenaba asesinar en masa a los trabajadores. Hubo en la historia proletaria argentina épocas luctuosas, como la era falconiana; pero Falcón era un angelito en comparación con Yrigoyen y sus acólitos. La masacre más espantosa del coronel Falcón no costó más que ocho muertos y ciento cinco heridos. En cambio la semana de enero de 1919 costó un millar de muertos y varios millares de heridos, y la Patagonia fue sembrada de cadáveres que todavía hoy, ocho años después, muestran sus huesos descarnados de tanto en tanto, como perenne acusación histórica contra los culpables, y las ganancias de la Forestal fueron amasadas con centenares de pobres trabajadores baleados por el ejército enviado a esa empresa extranjera por Yrigoyen, el celoso guardián de las arcas de caudales de los ricos*"[75]

Desde el primer día, los anarquistas comenzaron a presionar a Yrigoyen con la libertad de Radowitzky, quien ya había cumplido diecinueve años de prisión en Tierra del Fuego. Todas las tendencias libertarias levantan la consigna: *Libertad a Radowitzky*. Le quieren hacer recordar a Yrigoyen sus palabras como candidato a presidente en 1916 cuando prometió —para ganarse al proletariado— que indultaría al muchacho ruso en cuanto llegara al poder. Pero, en su primera presidencia no cumplió. No quiso problemas con el ejército que le había servido en la represión de los movimientos huelguísticos. Y el coronel

Falcón —el primer cadete que salió del Colegio Militar fundado por Sarmiento— era una figura endiosada por los uniformados. Indultar a su matador era crearse demasiados conflictos.

¿Podrán ahora, los anarquistas, hacer cumplir la palabra al caudillo radical?

Di Giovanni interviene activamente en la campaña por Radowitzky y, por supuesto, su método es el mismo que con Sacco y Vanzetti: nada se hace con meras palabras, hay que ir a la acción directa. Pero, para actuar, hay que contar con medios. Y en su situación actual, siempre prófugo, constantemente cambiando domicilios, le es muy difícil o más bien imposible trabajar. Realiza un viaje a Montevideo y vuelve a tomar contacto con Miguel Arcángel Roscigna. Este y los hermanos Moretti habían obtenido un año antes un buen botín en el asalto a los pagadores del hospital Rawson, en Buenos Aires. Con ese dinero habían viajado a Montevideo donde financian una falsificación de moneda argentina, que estará a cargo de dos libertarios expertos en la materia. El alemán Erwin Polke y el argentino Fernando Gabrielesky. Severino regresará a la Argentina introduciendo parte de esa moneda falsa. Con esta acción Di Giovanni entra ya directamente en el anarquismo expropiador, es decir, el que justifica el delito siempre que se haga contra la burguesía. El asalto y el robo —dicen— están permitidos porque es una manera de reconquistar los bienes que la burguesía quita, con medios más refinados, a la clase trabajadora. Esos bienes obtenidos (ellos los llaman *reconquistados*) mediante el asalto, el robo, o la falsificación de moneda serán destinados a la lucha por la idea, el mantenimiento de las familias de los presos y perseguidos, y a la propaganda ideológica. Desde el asalto en 1919 de los anarquistas Babby y Boris Wladimirovich al legendario periplo expropiador de los españoles Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso por tierras latinoamericanas, el anarquismo violento había sentado sus bases en Buenos Aires y su historia llegará a la culminación con las figuras de Miguel Arcángel Rosigna y Severino Di Giovanni.

Cuando en la opinión pública trasciende que los billetes falsos son distribuidos por anarquistas, Diego Abad de Santillán atacará en "La Protesta" del 11-1-29 con violento lenguaje y sin pelos en la lengua y con nombre y apellido a los anarquistas expropiadores. En el mismo propone "*extirpar el cáncer mortífero*" del anarco-banditismo y que a ninguno de ellos se los atienda por el Comité Pro Presos, aislándolos y olvidándolos. Pero se atreve a más, aunque sin especificar el método a

emplear cuando escribe: "*el método nuestro, el del aislamiento y del olvido de los que viven al margen del trabajo y de toda responsabilidad, nos parece el más lógico*, pero si hay otro, nada tendríamos que objetarle..."

No había dudas. Los anarquistas expropiadores no sólo debían contar con todo el peso de la persecución policial y de la sociedad sino también con el enfrentamiento del ala derecha del movimiento anarquista argentino.[76]

Con el dinero falso, Di Giovanni y sus compañeros comenzarán a financiar elementos para proseguir en la campaña antifascista en la Argentina. Pero Severino no quiere aislarse del medio argentino y, por eso, con la misma fuerza reivindica la lucha por la libertad de Radowitzky, motivo central de la resistencia anarquista contra el gobierno radical.

El 14 de noviembre, los sindicatos autónomos (anarquistas) de Rosario declaran la huelga por tiempo indeterminado hasta conseguir la libertad del compañero de ideas preso en Ushuaia, y los de la capital se solidarizan por veinticuatro horas. Para ese día 14 se programa un gran mitin a las 16, en Plaza Congreso.

Pero cuatro días antes se producirá un hecho que jamás quedará aclarado. En la madrugada del 10 de noviembre, un extraño maletín ha sido depositado en la acera de la Catedral. A la una y un minutos, el bulto llama la atención de dos personas que se acercan, ven que es un maletín y tratan de levantarlo. Pero notan que es muy pesado y tiene un extraño recalentamiento. Van entonces a buscar al policía Francisco Castro, que estaba en Diagonal Sur y Bolívar. El agente acude presuroso, toma la maleta y la lleva a donde hay más luz, precisamente a Diagonal Norte 501 donde se encontraba el café "El Alkazar". Como no puede abrir la cerradura va a buscar herramientas a la lechería de Rivadavia 532, que todavía está abierta a esa hora. Cuando vuelve, un hombre joven ha tomado la maleta para observarla más de cerca. Este, cuando ve al agente, sonríe y se dirige a él con el brazo y la maleta hacia adelante como diciendo: "*mire lo que encontré aquí*". Es justo el momento en que se produce la explosión.

El cuerpo del infortunado resulta despedazado; el agente, si bien ha salvado la vida providencialmente, está mal herido. La explosión ha roto los vidrios de toda esa zona céntrica. Horas después es reconocida la víctima mortal: se trata de Luis Rago, empleado del Banco de Boston que realizaba allí tareas nocturnas y que acababa de terminar su labor. Tenía 25 años de edad, casado hace apenas un año, y con una hijita de pocas semanas.

Era una bomba destinada a destruir la Catedral de Buenos Aires y sólo la casualidad —"*la mano de Dios*", se dirá en el sermón dominical—, la ha salvado.

Por supuesto, la policía, la prensa en general y la misma iglesia sugerirán de inmediato que el autor del hecho no puede ser otro que Severino Di Giovanni. Todavía en el año 1957, en el diario católico "El Pueblo" se calificaba a Severino como "*el hombre más maligno que jamás pisó tierra argentina*".

La muerte del empleado bancario es aprovechada por diarios y revistas para que la población odie los fines de la campaña por Radowitzky. Pese a eso, la agitación crece y cuatro días después estallan nuevas bombas, una de ellas en el Palacio de Justicia de Rosario.

La policía sigue de cerca los pasos de Teresina y sus hijos. Sabe del amor de Severino por los tres chicos y que tarde o temprano intentará verlos. Teresina ha vuelto a mudarse, esta vez a Curupaity 2070, de Valentín Alsina. Allí viven varios obreros a quienes Teresina lava y zurce la ropa.

Pero las denuncias anónimas y personales de testigos que dicen haber visto a Di Giovanni se acumulan cada vez más y hacen perder tiempo a la policía. Todo italiano rubio es sospechoso de ser Di Giovanni. En el registro policial hay asientos un tanto fantasiosos, como el del 19 de noviembre de 1928: "*El agente José Rodríguez Nº 363, durante una fuerte tormenta que hizo abrir una ventana de la casa de Ocampo 2151, vio a Severino Di Giovanni que iba apresuradamente a cerrarla*".[77]

A mediados de noviembre la policía interroga al encargado del conventillo donde vive Teresina, Benito Tubio. Este dice que todo se inició cuando el hijo de la conserje de la biblioteca anarquista de Valentín Alsina "Juan Bautista Alberdi" alquiló una habitación para Teresina.

Esta llegó al día siguiente. Y que todos los días concurre el obrero Rafael Antinori, de esa biblioteca, y le trae paquetes con alimentos.[78]

La policía se decide a allanar en la madrugada del 24 de noviembre la vivienda donde vive Teresina. Lo hace con despliegue espectacular y con no menor brutalidad, como consta en la descripción posterior de varios vecinos. Al mismo tiempo allana la biblioteca "Alberdi" y se lleva preso a Rafael Antinori. Los operativos policiales son dirigidos por el propio comisario Garibotto y por altos jefes de la policía bonaerense. El propio Di Giovanni, bajo el seudónimo de Biscuit, dará detalles del allanamiento en "L'Adunata dei Refrattari". Dice:

"*Desdichadamente, la policía argentina que hoy está en manos de oscuros agentes del partido yrigoyenista comete las acciones más torpes burlándose en gran forma de la misma prensa burguesa que ha hecho ásperas críticas a procedimientos similares*". Y agrega: "*El pretexto fue nada más que continuar la vejación de la familia de nuestro compañero prófugo* (aquí se refiere a sí mismo) *acusado de diversos actos terroristas. La ira canina de los cosacos se pasó de los límites. Revólver en mano irrumpieron en la piecita donde dormían los componentes de la familia y amenazando a la esposa y a los niños realizaron una de las inspecciones más ridículas. En su furia derribaron un pesado armario sobre la cuna de la más pequeña de las hijas, y si no era por la barandilla de hierro que circundaba esa cuna, hubiera sido aplastada por el peso. Compelidos a sufrir uno de los tantos fiascos, no lograron encontrar al prófugo no obstante las cincuenta bocas de armas de fuego emplazadas en la manzana de la casa, y descargaron su rabia llevándose semidesnudos al departamento de policía a diversos compañeros, entre ellos a Antinori, Tomás Ponce de León, Realdo Bonini, Pietro Bahuer, Ernesto van Kaisenberg y A. Bahuer. El segundo y los cuatro últimos fueron detenidos en la misma casa donde vive la familia del compañero Di Giovanni*"[79]

También el diario liberal italiano antifascista de Buenos Aires "L'Italia del Popolo", del 26-11-28, protesta por la brutalidad policial. Comenta: "*Se nos ha referido que la policía, en la búsqueda del libertario Severino Di Giovanni es de una excesiva severidad y usa de medios exageradamente violentos en los allanamientos de las viviendas de obreros, amenazando a sus familias compuestas de niños, de mujeres y ancianos*".

El diario porteño "La República" de la misma fecha trae detalles del allanamiento de la biblioteca libertaria, con destrucción de muebles y otras tropelías. Señala que a los obreros detenidos los hicieron desfilar por las calles de la ciudad hasta la comisaría. Tiraron la puerta abajo de la vivienda de Teresina a quien la sacaron del lecho y le pusieron un revólver en el pecho. También destruyeron muebles, y relatan el episodio de la cuna donde dormía una niña.

La policía logra que uno de los detenidos, Kaiserman o van Kaisenberg, quien es puesto inmediatamente en libertad, le pase diariamente la actividad de la casa de Teresina. Así se entera que José Romano *(Ramé)* el domingo siguiente, entre las 12 y las 13, visitó a Teresina y le trajo dinero y comestibles y que luego ha llevado de paseo a dos hijos de Di Giovanni a un picnic anarquista en la quinta Tres Ombúes, San Isidro, donde fue tomada una fotografía en la que aparece Di Giovanni con su hijito menor, Ilvo. Y luego un detalle preciso para la

policía: Kaiserman informa que su amigo Ponce de León le ha contado que Di Giovanni concurrirá nuevamente a un picnic de “La Antorcha” que ha de realizarse el domingo 2 de diciembre en la misma quinta de San Isidro.

Se prepara la gran cacería para ese día. Desde temprano los efectivos de la policía de la Capital y de la provincia vigilan disimuladamente los accesos a la quinta Tres Ombúes. Allí, ese domingo pleno de sol se reunirán más de cinco mil personas. Y entre ellos también los antorchistas, que han elegido un lugar muy cercano al río. Reina gran tensión entre pesquisas, empleados de investigaciones, oficiales y agentes vestidos de civil (todos con aspecto de excursionistas dominicales) porque hay orden de no dejarlo escapar. Esta vez es la definitiva. Es fácil identificarlo, su foto ha salido cien veces en los diarios y, por lo demás, va siempre vestido de negro. El punto de referencia será, por supuesto, el momento en que sean traídos sus hijitos. Las horas pasan... Y el esperado no llega. ¿Habrá sospechado algo? ¿Habrá olido el peligro? Va cayendo la tarde, y el núcleo de los antorchistas va tomando camino a la estación San Isidro. Allí en cada metro, hay un disimulado pesquisa que va semblanteando a los cansados excursionistas. Así, con las primeras sombras, desaparecen ya hasta los enamorados; la costa va quedando silenciosa y triste. Ha fracasado otra esperanza del comisario Garibotto.[80]

El 12 de diciembre de 1928 ocurrirá un hecho que atará definitivamente a la Argentina a Severino y, con ello, el destino le marcará su perdición. Tomará un compromiso moral que no quiso rehuir hasta el final.

Ese día, una comisión policial irrumpe violentamente en la casa de la calle Estomba 1184 y allana el altillo donde encuentra un cajón con dinamita y 147 billetes falsos de diez pesos. Al ser interrogados, los cariacontecidos dueños de casa declaran que en ese altillo vive un joven estudiante, de 18 años, y que cada cuatro o cinco días viene otro hombre a dormir. Este último es chofer de taxi. Las únicas visitas que recibe el estudiante son dos chicas de 16 años, una de las cuales es su hermana.

La policía espera en el patio que llegue el estudiante. Dos horas después arriba: es Alejandro Scarfó. Al verse rodeado toma una silla para defenderse pero es reducido. Luego llega su compañero de habitación: Jaime Gómez Oliver, de 30 años de edad, español, con varias entradas en la policía como agitador ácrata.

El cajón de dinamita estaba debajo de la cama y había sido remitido por los hermanos Simplicio y Marino de la Fuente (quienes profesaban un anarquismo sui géneris: eran poetas y linyeras). La dinamita provenía de una cantera de Córdoba. El cajón había sido enviado a nombre de Pedro Mannina, un albañil anarquista que vivía en la Capital. También la policía secuestró planos de la estación ferroviaria de Caseros, presumiéndose que los detenidos querían perpetrar un atentado dos días después cuando pasara por allí el presidente electo de Estados Unidos, Herbert Hoover, quien visitaba la Argentina.

Además, encuentran entre los papeles de Alejandro Scarfó un recorte del diario "La Prensa" con la crónica de la bomba en la Catedral y la muerte del bancario Luis Rago. Al margen del recorte, Alejandro Scarfó había escrito con tinta: "*no fue intencional*". Esa sería la única prueba que utilizaría la justicia de primera instancia para condenarlo meses después a prisión perpetua a cumplir en Ushuaia. Por supuesto, a García Oliver, los hermanos De la Fuente y Mannina se los detiene y acusa de coautores del hecho, debido a los antecedentes ideológicos.

La familia Scarfó sufrirá con esto un rudo golpe, especialmente América, ya que sus padres tomarán conciencia del peligroso juego en el que está embarcada.[81]

Para Severino, la detención de Alejandro Scarfó y de sus cuatro compañeros fue un golpe que lo sumió en la desesperación. El, siempre muy emocional, lamentó por encima de todo la detención de Alejandro, el menor de los dos Scarfó. Se sentía un poco responsable de lo que le estaba pasando a esa familia y prometió a América liberar a su hermano preso.

Sin órgano propio, ahora, Severino vuelca todo su esfuerzo periodístico en enviar colaboraciones a los diarios anarquistas italianos de Francia y Estados Unidos para informar sobre la situación argentina. Con respecto a la detención de Alejandro Scarfó y sus amigos escribe —en carta del 20-12-28— en "L'Adunata": "*Otro abuso policial debemos lamentar. El 10 de diciembre, en forma brutal, fue asaltado por los cancerberos uniformados, siempre al comando del célebre Garibotto, el domicilio del compañero Alejandro Scarfó, quien poco después era arrestado no sin antes haber ofrecido una violenta resistencia. Pocas horas después, también la hermana del compañero Scarfó y una amiga de estudio*[82] *fueron conducidas al Departamento de Policía. Por la noche, el compañero Gómez Oliver que vivía en la misma habitación fue también detenido. A los dos se les acusa de preparar bombas explosivas y del atentado contra la Catedral. Naturalmente, no faltarán*

pruebas a la policía para acusar a los dos compañeros, quienes niegan categóricamente las acusaciones de los infames cosacos de Juan Garibotto".

Luego, Severino escribe así sobre la visita a la Argentina del presidente electo de Estados Unidos, míster Herbert Hoover: "*Como en los primeros días del arresto se encontraba en la capital argentina el representante de los piratas de Wall Street, Herbert Hoover, Garibotto —jefe de Orden Social de la Policía— divulgó que había hecho fracasar un atentado que debía realizarse contra el tren en que iba a viajar el 'ilustre presidente neoelecto'. Como es de imaginarse, míster Hoover, perseguido también por las sombras de Sacco y Vanzetti, aprovechó el plato sensacionalista que le presentaba Garibotto —viejo zorro— para dar generosamente una de esas típicas propinas tan propias de la raza yanky. Así, el* (...) *fiel perro ha sido recompensado por su perspicaz olfato*".

Y en el mismo artículo, agrega Severino: "*El 13 de diciembre, Su Majestad, el Emperador de las Américas, míster Herbert Hoover, ha realizado otra etapa en su gira por las colonias sudamericanas, entrando triunfalmente en la Meca Argentina: Buenos Aires. Jamás se vio en la historia de los recibimientos un similar aparato de fuerzas, una tal manada de espías, un tal tintineo de armas, un afán tan delirante. Era algo para maravillarse. ¿Y por qué? Todo se explica. Se había percibido la sombra de los dos asesinados en Charlestown —Sacco y Vanzetti— entreverados en la multitud que había concurrido con presteza. Esa muchedumbre tan voluble que puede llamarse con muchos nombres: claque, curiosos, ociosos, policías disfrazados. Y los vengadores que saben hacer justicia con un arma o con una idea, no inspiran demasiada confianza a ciertas personas que tienen el alma negra y las manos manchadas de sangre. Es de imaginarse que aparecer en medio de esa muchedumbre es un desafío que puede costar muy caro. Míster Hoover comprende esas cosas y un breve llamado telefónico a aquellos de su castillo o de su estancia argentina fue más que suficiente para hacerse guardar las espaldas y la panza*".

Para comprender bien estas líneas hay que recordar que Hoover, antes de llegar a Buenos Aires, había estado en Nicaragua para apoyar a las *fuerzas interventoras* en ese territorio, cuando Augusto César Sandino combatía contra ellas.

En el mismo artículo, Severino toma posición frente al gobierno radical y sostiene lo siguiente: "*El mito rueda bajo el peso de su propia mentira. Hipólito Yrigoyen, el aplaudido oráculo de la demagogia criolla, se va liberando poco a poco de la máscara y descubre su sucio rostro. El hombre nefasto de la semana sangrienta de enero del 19, de la masacre de Santa Cruz y de Gualeguaychú, sueña con la repetición de esas carnicerías que satisfacen sus*

deseos de sádicos viejo cadavérico. Los trabajadores agrarios de Santa Fe fueron a la huelga para mejorar un poco su desgraciada situación. La provincia de Santa Fe es una zona granera por excelencia y la riqueza que produce este suelo feraz no sirve para otra cosa que para enriquecer a los ricos estancieros mientras los peones desocupados por el progreso de las máquinas agrícolas y por la voracidad de los patrones, no tuvieron otro remedio que rebelarse. La acción de las llamas es de alguna manera el índice de la desesperación que ha unido a estos hambrientos grupos de jornaleros. El buen padre Yrigoyen, el ídolo aplaudido hasta el fanatismo, siempre con el pueblo cuando necesita su voto, pero realmente siempre con los explotadores, sus segundones y sus punteros, cuando son atacados los privilegios de casta, ha respondido a esa revuelta legítima, a este conflicto entre trabajadores y patrones, mandando tropas del ejército al comando del general Marcilesi, con la orden expresa de recoger laureles como aquel granuja del coronel Héctor Varela, el carnicero de los territorios del sur.

Las zarpas yrigoyenistas están prontas a herir. ¡Pero atención! La historia no puede repetirse y esta vez puede golpear mucho más alto!!". (Estas palabras de Di Giovanni dejan adivinar algo: un año después se producía un atentado contra Yrigoyen.)[83]

Con la detención de Alejandro Scarfó, cambian los planes de Severino quien tenía la intención de marcharse a Francia a continuar su lucha contra el fascismo. En esos planes figuraba que América fuera con él y convencer a Teresina que también se marchara a Europa para tener así Severino a sus hijos cerca. Pero todos esos planes quedaban pospuestos porque quería antes liberar de la prisión a Alejandro. Por lo pronto, él mismo se preocupa en lograr un buen abogado defensor para que sean representados los cinco detenidos. El contacto con América ha quedado momentáneamente roto. En la carta que Severino le envía a América el 27 de diciembre[84] hay algunos párrafos clave acerca de los acontecimientos de esas semanas y de lo que va a ocurrir. Le dice, recordando los días de amor: "*Cuánto siento no poderte ver, hablar y amar como en aquellos días de dulce idilio que han transcurrido tan velozmente*"; memora "*las sonrisas que brotaban alegremente por encima de la tragedia que nos circundaba tras continuos peligros que para nosotros era el juego intenso de la irreflexibilidad heroica*". Y valora su presencia de compañera cuando le dice: "*¿Recuerdas? Era nuestra vida de ayer, mi dulce compañera, lirio purísimo de sueños y pequeña hada querida que has sabido transformar miles de caricias y tantos pensamientos divinos de mi existencia continuamente en*

trabajo querido e inseparable". Y luego le adelanta que no se quedará impasible ante la prisión de Alejandro: "*Aquí —donde estoy en buena compañía de personas de gran audacia— no olvidamos de recordar el tiempo oportuno para hacer uso de nuestra salud. Desde ya hemos comenzado a amasar buenos confites de la confitería del Molino y un buen pastelero está preparando un budín inglés con la fórmula que una vez te di. ¿Recuerdas?*".

La carta se refiere luego a un problema que preocupaba mucho a todo el grupo: ¿quién había denunciado el domicilio de Alejandro Scarfó? ¿Cómo había sido posible que la policía diera con tanta facilidad con el refugio? Los compañeros que lo rodean insinúan que Giulio Montagna —administrador de "Culmine"— desde que se ha casado ha cambiado radicalmente en su manera de ser.

Pero no sólo dentro de su grupo tiene a un enemigo. A raíz de la distinta forma de ver la campaña por la libertad de Radowitzky, se ahonda la divergencia con "La Protesta" y con la FORA. Las acciones propiciadas por el anarquismo *oficial* son demostraciones y paros pacíficos. La izquierda del anarquismo, en cambio, exige paros violentos y acciones directas como cuando la campaña por Sacco y Vanzetti.

Sobre esta profunda diferencia de criterios, escribe Severino en "L'Adunata", con fecha 20 de diciembre de 1928: "*La temporaria finalización de la campaña por la libertad de Simón Radowitzky ha satisfecho al 'inmenso' grupo que representa al anarquismo oficial en la Argentina dirigidos por la FORA —asociada regularmente a la Asociación Internacional de Trabajadores de Berlín— y al cotidiano de la 'colectividad' 'La Protesta'. Contra las huelgas violentas, la FORA antes bien se negó a intervenir en ellas, limitando sus pretensiones a una simple conferencia pública; y si a último momento se plegó a la huelga fue simplemente por no hacer un triste papel frente a los metalúrgicos comunistas que le podían ganar de mano por segunda vuelta como hicieron el 23 de agosto del año pasado haciendo la huelga por Sacco y Vanzetti.*

La huelga —continua Severino— *fue 'espléndidamente pacifista' y el 'compañero' Aladino, orador oficial de la FORA, para dar una prueba de su coraje masculino se entretuvo en su discurso en denunciar la 'gesta equívoca del terrorismo sospechoso' y se sintió tan a gusto que se olvidó hasta de nombrar a Simón Radowitzky y de recordar a los presentes el motivo por el cual los trabajadores se encontraban con los brazos cruzados. Esos compañeros del llamado 'protestismo' son todos iguales. De las columnas de sus publicaciones estamos forzados a soportar las jeremiadas de un López Arango encarroñado en la vileza y de un Diego Abad de Santillán que te canta su prosa equívoca y discute sobre responsabilidades y no sé cuáles otras bobadas. Pero no se le puede*

discutir, no se le puede criticar. No puedes hacerles nada porque si no los pontífices del anarquismo oficial de la Argentina te descalifican, te dan de alimento a los sicarios, que saben apuñalar solamente protegidos por las sombras queridas por los Iscariotes y los Maramaldos, cuando no te asesinan moralmente, que es el peor de los casos".

Luego, Severino reivindica como acciones de las "*irreductibles falanges de la acción*" los atentados contra la Catedral ("*símbolo de la mentira*") y del Banco de la Nación ("*símbolo de la plutocracia argentina*"), y los atentados cometidos en Rosario (a donde se habían dirigido Paulino Scarfó y *Ramé*) en los Tribunales y en le puente del Ferrocarril Santa Fe.[85]

La campaña por Radowitzky no hace olvidar a Severino la lucha contra el fascismo italiano. Con su prédica en "Culmine" y luego en los diarios antifascistas del exterior no ha logrado transformar en nada la conducta y la línea de las demás organizaciones antifascistas en Buenos Aires. Socialistas, republicanos y liberales italianos en la Argentina siguen con sus actos y sus publicaciones. Severino —con su cruda ironía— describe así, en "L'Aurora" de Boston —de setiembre de 1928— las reuniones de estos organismos: "*El antifascismo italiano en la Argentina no se detiene en criticar los atentados. Con un organismo adornado con todos los 'bluffs' no ahorra ocasión para dar pretexto a esas 'bellas' reuniones que terminan invariablemente en el canto de 'Bandera roja', y con varios litros de ese líquido no menos rojo. Se bebe, se canta, se baila por todo y sobre todo. No se ahorra ningún tema. En la mitad de este mes se ha inaugurado una sección con el nombre de 'Gaetano Pilati'. Aprovecharon para el discurso inaugural la presencia de un hijo del pobre mártir florentino, un joven de 18 años. Tal vez os imagináis una inauguración severa, triste y plena de belicosas promesas de rebelión. ¡No, ni soñar! Con la presencia del huérfano se cantó: 'si fece onore ad'una buona polenta con ucceletti inaffiata da generoso e rosso vino e dopo...'.*[86] *Y después se bailó hasta las primeras horas de la mañana. Entre una borrachera, un abrazo, un tango y una indigestión, no habrá faltado algún bromista que en el fuego de su 'inocente' alegría no haya gritado con entusiasmo: ¡viva Gaetano Pilati! Con la misma valentía como hubiera gritado: ¡viva el jolgorio! Y los aplausos de asentimiento —no menos sinceros y entusiastas— habrán sido generales.*

Por otra parte —continúa Severino— *no faltan las 'grandiosas' reuniones de protesta que terminan con pomposas y altisonantes órdenes del día y el infaltable telegrama a Henri Barbusse*[87] *para que éste tome nota de la*

profunda aversión al fascismo de los antifascistas en la Argentina. Esta es la vida de una hora, de un día, de un mes, de un año y de una eternidad del antifascismo local".[88]

En el mismo artículo, Severino hará fe una vez más de su individualismo anárquico y su separación definitiva del anarquismo organizacionista de la FORA y "La Protesta". Sus palabras son categóricas: "*Estas líneas* —dice— *han sido redactadas al margen del movimiento 'oficial', que intenta centralizar todo castrando las iniciativas y censurando todas las iniciativas y censurando cualquier herejía que no lleva el 'nihil obsta' de los padres del santo Index anarquista. Líneas que no han sido bendecidas por ninguna central obrera que se titula anarquista, por ninguna capilla ni ningún grupo. Son desprejuiciadamente libres y escritas sólo bajo la responsabilidad del punto de vista crítico de una individualidad libre. Sin pelos en la lengua ni reticencias, sin tener en cuenta ninguna masturbación, renuncia, o tergiversación que se escondan bajo la etiqueta del anarquismo o de la anarquía, pero sedientas y hambrientas como son estas líneas, saben desgarrar, morder, pisotear con tal vehemencia para arrancar cualquier velo por más espeso que sea.*

Muchos —continúa— *gritarán bajo los golpes del látigo y otros —degenerados hasta los tuétanos— como tantos sádicos empedernidos, gozarán con los azotes. Pero más allá de toda esta canalla, la pluma se deslizará alegremente para escribir línea sobre línea que deberán quedar como prueba clarísima que si en las filas del anarquismo existen los envilecidos y los despreciables hay también aquellos desprejuiciados que saben adoptar el bisturí y el vitriolo para emprender todas las precauciones profilácticas e higiénicas sin temores a las excomuniones de dioses y de patrones*".

En ese verano la polémica entre los expropiadores y el *anarquismo oficial* irá cobrando cada vez más intemperancia. Mientras Severino calificaba de inútiles, burócratas y cobardes a los hombres de "La Protesta" y de la FORA, las voces cantantes de ese *anarquismo oficial,* López Arango y Abad de Santilán se aproximaban cada vez más a la denuncia abierta.

Abad de Santillán haciendo valer sus relaciones con la Asociación Internacional de Trabajadores de Berlín hace publicar un comunicado en esa central obrera con respecto a los atentados contra los bancos de Boston y de Nueva York en Buenos Aires. En su párrafo principal se señala que: "*Es opinión general que los atentados contra los bancos norteamericanos fueron llevados a cabo por elementos del fascismo criollo y así dar pretexto para terminar con la propaganda que se venía realizando por la libertad de Radowitzky*".

Ese comunicado será calificado por Severino de "*puñalada por la espalda*".[89]

Diego Abad de Santillán, el 4 de noviembre de 1928, en "La Protesta" —bajo el título de "Anarquismo o anarco-banditismo"— vuelve con los mismos argumentos en un intento de desprestigiar definitivamente a Severino Di Giovanni y a sus compañeros. Dice: "*En la anarquía misma tropezamos con cierta prensa que estaría mejor del otro lado de la barrera y con ciertos militantes que estarían más cómodos al frente de las bandas mussolinianas que en un movimiento que pretende crear una nueva moral y basar la vida en la solidaridad, el mutuo acuerdo, el amor y la justicia*". Luego agrega: "*A juzgar por ciertos esfuerzos y actividades, parece que se quisiera que se nos distinguiera en el porvenir por la habilidad para dar asaltos, para robar Bancos para provocar hecatombes absurdas y criminales. Existen ya por ahí ciertas teorías que defienden eso, y además de teorías, hay núcleos bastante numerosos de gentes que encubren su delincuencia vulgar con la presunta propaganda anarquista que les sirve para recoger fondos pro víctimas políticas, fondos que muy a menudo quedan en manos de sus recolectores, pretextando necesitarlos para fines que no pueden discutirse públicamente*".

Como se ve, el idioma empleado denotaba que se habían perdido todas las formas. Al escribir Abad de Santillán: "*hay núcleos bastantes numerosos de gentes que encubren su delincuencia vulgar con la presunta propaganda anarquista*" estaba dando —tal vez, en lo emocional de la disputa, inconscientemente— una pista inmejorable a la policía que, para justificar sus detenciones y allanamientos no tenía mejor argumento que basarse en la publicación de "La Protesta". En cuanto al detalle de los fondos para víctimas políticas se refiere directamente a Severino. Aprovecha el distanciamiento entre éste y Aldo Aguzzi. Este último, había escrito en su periódico "L'Allarme"— Nº 2— una carta a Severino en la que le decía: "*Afirmo que tú has recogido mucho dinero para nuestros caídos. De la simple lectura de 'Culmine' resulta irrefutable el hecho. Dinero para los hijos de los presos, dinero para Sacco y Vanzetti, dinero para los procesados de Ancona, dinero para todas las víctimas políticas. Cuando ocurrió el caso de Capannelli tú publicaste la fotografía del heroico compañero al cual los fascistas le arrancaron los ojos y recogiste dinero a diestra y siniestra. Cuando ocurrió lo de Lucetti, constituiste también subcomités en todas las ciudades de la República que recogieron dinero. Hablo sólo de aquellos del cual diste recibo en tu diario sin contar lo recogido por medio de listas que sé que son muchos miles de francos destinados a consolar lágrimas, a saciar un poco el hambre, a defender a nuestros caídos y nuestros héroes*".

Ante estas líneas de su ex amigo, Severino reaccionó de inmediato y, a través de compañeros anarquistas neutrales invitó a Aldo Aguzzi a rectificarse o a publicar los documentos del dinero recogido y no publicado en "Culmine". Al mismo tiempo, en su periódico, Di Giovanni invitó a presentarse a todos aquellos que habían tenido listas de donaciones y que no habían sido publicadas. La suma que se discutía eran 2.700 francos —es decir, 270 pesos de aquel tiempo— y que Severino si bien la había publicado en "Culmine" (Nº 33) no la había enviado de inmediato a París. Los que estaban junto con él sabían bien que la había utilizado para comprar elementos de lucha, pero lo más pronto que pudo la restituyó y la envió, tal cual aparece como recibida en el periódico "La Diana", de París, del 31 de agosto de 1928.

En el mismo artículo "Anarquismo o anarco-banditismo", Abad de Santillán hace una acusación directa contra las publicaciones anarquistas que no están en su línea: "*Muchas veces se explica la actitud anarco-banditista de una hoja por los beneficios materiales que recibe de las prácticas de los asaltos, de la fabricación de moneda falsa, etc. Lo que no nos explicamos es que periódicos que no transigen con esas actividades, que las consideran perniciosas para el anarquismo, conserven una actitud pasiva, como si nada les interesara la cosa. Sólo un periódico nuestro, 'Il Risveglio', de Ginebra, ha roto con ese silencio y combate abiertamente el anarco-banditismo. A esa voz unimos la nuestra, guiados por experiencias locales e internacionales poderosas.*

Es preciso —continúa Abad de Santillán— *si queremos que nuestras ideas merezcan respeto y atraigan las simpatías de todos los hombres generosos, nobles y justicieros, que el anarquismo reaccione eficazmente contra el banditismo que se quiere cobijar en su seno. Por razones de moral, por motivos teóricos, tanto como por razones de táctica y para evitar conflictos de conciencia, que si no representan nada para las mentalidades fascistas de la revolución, para los que no creen legítimo desprenderse de esos 'prejuicios pequeño-burgueses', como diría un Lenin cualquiera, representan mucho*".

Y luego agrega un párrafo terrible que sólo podía ayudar a la represión: "*Muy a menudo nos hallamos ante el caso de tener que defender a delincuentes que se dicen anarquistas y gritar a todos los vientos su inocencia, aun sabiendo que no tienen nada de inocentes*". Esta frase, leída por los gobernantes podía ser aplicada por éstos a Radowytzky y hasta los mismos Sacco y Vanzetti. Y agrega aún más, en ese tono: "*Y la repetición de esos casos nos ha hecho gritar bien claro que no se cuente con nosotros para defender causas que nuestra conciencia repudia, que queremos mantener por lo*

menos el derecho a ser francos, a servir sólo a las buenas causas y que preferimos romper toda solidaridad con los simpatizantes del anarco-banditismo antes que asumir actitudes que nos repugnan. Y eso hemos hecho, en medio del escándalo y de la extrañeza de los compañeros de otros países. Tal vez estas palabras sean explotadas por nuestros adversarios de enfrente en apoyo de su tesis que se esfuerza por unir en una misma expresión el anarquismo y el banditismo. ¿Qué hemos de hacerle? Los que no podían quejarse, en todo caso, son los que refuerzan con todos sus actos esa tesis, elevándola a una especie de teoría revolucionaria. ¿Para qué callar? Hay en el movimiento anarquista actual una tendencia, que sobre todo se expresa entre los compañeros italianos y españoles, a la práctica de los asaltos, de los atracos, de los golpes de audacia contra bancos, pagadores, etc. Callarnos, sería cerrar los ojos a un mal funestísimo".[90]

Luego, vuelve a abrir la herida del atentado contra el Consulado italiano. Bajo el subtítulo "Los atentados de mayo", dice: "*Se sabe que 'La Protesta' combate el terrorismo sistemático y que no quiere tener nada que ver con los que se refugian en la delincuencia, algunos de los cuales, por su audacia, por su espíritu de iniciativa, por su arrojo, podrían ser inmensamente útiles a nuestra causa si se dedicaran a una propaganda seria".* Agrega que *"para nosotros los autores de la bomba al Consulado italiano de Buenos Aires son repulsivos, como lo son los autores de todo acto esencialmente fascista. Y téngase en cuenta que no hemos combatido el hecho del 23 de mayo porque no dio en el blanco, si es que lo había, es decir porque no dio muerte al cónsul italiano y al embajador de Italia. Aunque hubiera tenido estas consecuencias no habríamos modificado el tono de esta condenación absoluta* (...) *En los atentados de mayo no hubo nada de lo que caracteriza los actos justicieros extremos que la historia del anarquismo reivindica con orgullo; hubo cobardía, irresponsabilidad, despreocupación absoluta por los resultados de un acto de esos ante la opinión pública, crueldad de corte fundamentalmente fascista. Como se ve, no modificamos el tono de nuestra actitud, que ha encontrado exagerado 'La lotta humana' de París, y que 'L'Adunata dei Refratari' de New York atribuyó al miedo de las represalias policiales. Han pasado ya varios meses, la cuestión pasó de actualidad y no sólo no tenemos nada que quitar de lo dicho desde el 24 de mayo, sino que aún podríamos añadir que muchas de nuestras sospechas han hallado nuevas confirmaciones"*.

Y aquí, Abad de Santillán lanza una acusación que Severino no iba a perdonar jamás y llevaría a la culminación de la tragedia interna del anarquismo argentino. Dice textualmente: "*El atentado al consulado italiano puede explicarse según estas hipótesis: o bien como obra de un alienado o bien como un producto de una provocación por sugestión de la policía o del*

propio fascismo". Y a esta acusación agrega una sospecha contra Severino, para que hasta sus simpatizantes y amigos comiencen a desconfiar de él y así aislarlo. Dice: "*Tenemos la plena seguridad que la mano de la policía ha intervenido en algunos actos de esos que nosotros hemos combatido tan duramente. Uno de los motivos es la facilidad con que los autores se vuelven inencontrables. No hay anarquista de la Argentina que no tenga su prontuario en la policía y hay tal abundancia de ella, sobre todo en Buenos Aires, que se hace difícil dar un paso que pase desapercibido. Ahora bien, individuos que gritan en sus periódicos: ¡viva la dinamita! ¡viva la expropiación!, etc. y a quienes se les sabe ocupados en planes de terrorismo sistemático no sólo caen raramente presos sino que, cuando la policía hace el simulacro de buscarlos, no aparecen. Puede ser que una parte de esta constatación se explique por la impericia policial, pero a veces se acumulan demasiados motivos de duda al respecto, y en el hecho del consulado italiano nosotros que hemos seguido todas sus fases, no podemos explicárnoslo todo con la impericia policial*".

Este lenguaje indicaba varias cosas: que "La Protesta" y la FORA trataban cada vez más de adentrarse en una especie de socialdemocratismo, que el movimiento anarquista en la Argentina había comenzado su declinación, y que faltaba el lenguaje teórico para interpretar por qué una parte del anarquismo se había vuelto desesperado y trataba ciegamente de embestir una sociedad chata y corrupta que no tenía ninguna intención de corregirse e intentar un sistema más justo.

No era con ataques a los rebeldes como "La Protesta" hubiera podido intentar una reagrupación. Ni en la división entre justos y pecadores. La historia no le dará la razón a Diego Abad de Santillán porque ocho años después esos expropiadores tan vilipendiados formarán parte de la vanguardia de las columnas anarquistas que combatirán contra el fascismo español, es decir, en la misma vereda en la cual actuaría Abad de Santillán como funcionario.

La polémica interna del anarquismo argentino llenaría varios tomos ya que se generalizó en los periódicos de la misma tendencia de Estados Unidos y Francia. Sirvió además para pasar del plano teórico de qué era la violencia, qué era terrorismo, qué era propiedad y expropiación. Se escribieron decenas de artículos en este sentido y se reeditaron opiniones de Gori, Malatesta, Bakunin, Damiani, Galleani y otros.[91]

El anarquismo argentino se acercaba a su más grande crisis, de la que no se iba a reponer. El voluntarismo intelectualizado de Abad de Santillán y López Arango —con un tinte indiscutible de soberbia— iba a

seguir golpeando a los que habían elegido el camino de la acción por la acción misma. El 29 de enero de 1929, Abad de Santillán publicaba en "La Protesta" la nota "Sobre el anarco-banditismo" donde establecía que era preferible un delincuente común a un anarco-bandido e incitaba a "*extirpar el cáncer del banditismo del seno del movimiento*" y salvar a los jóvenes "*pervertidos por los malos maestros*" aunque "*la operación sea dolorosa*". Es decir incitaba, de alguna manera, a eliminar a los expropiadores.[92]

Di Giovanni no iba a dejar pasar todos estos ataques. A los diarios anarquistas de Estados Unidos y Francia envía su "Declaración", que fecha en diciembre de 1928 en "Centro América". Esto último para despistar a la policía. Decía así: "*En los números 6103 y 6110 del diario anarco- sindicalista 'La Protesta', de Buenos Aires, se me acusa repetidas veces de provocador policial y de agente fascista en la Argentina. En la imposibilidad de defenderme, me veo obligado a dirigirme a la prensa anarquista en general para que me publique estas líneas que tengo esperanza sirvan definitivamente a poner un poco de luz en la campaña de difamación y de calumnia que lleva a cabo contra mi persona el citado diario, y así clarificar públicamente si yo soy digno o no de llamarme anarquista*".

Luego transcribe las crónicas de "La Protesta" donde se lo ataca remarcando especialmente los párrafos del artículo "Coincidencia de propósitos" del 13 de noviembre de 1928. En ese artículo, se decía así de Severino Di Giovanni:

"*Hace más de dos años hemos reclamado la atención privadamente acerca de un individuo que se decía anarquista y que de acuerdo a todo su comportamiento daba la impresión de ser un provocador. Los hechos han venido a confirmar la misma impresión a muchos otros y no precisamente a nuestros amigos. Este individuo, si no nos engañamos, es el mismo que se entretiene ahora en enviar crónicas a la prensa anarquista italiana de los Estados Unidos, donde con su lenguaje habitual de provocador nos acusa de traidores y de otras bellezas por el estilo. Conservamos los artículos que en ese sentido se publicaron en 'L'Adunata dei Refrattari' de New York, y en 'L'Aurora' de Boston contra nuestro movimiento, como documentos típicos de una fuente sospechosa.*

Lo que no hemos podido saber jamás es de qué vive, porque le escapa al trabajo como si fuera la peste; lo único que sabemos es que dinero por las víctimas políticas que haya caído en sus manos no arribó jamás al punto que se lo destinaba. Y lo que más ha llamado la atención es su facilidad para eludir las razzias policiales, y la seguridad de cómo caían algunos ingenuos que se dejaron llevar por sus inspiraciones. Si un día pudiéramos meter la nariz en los archivos policiales, ¿cuántos enigmas dejarían de serlo?

Queremos con todo esto suponer que no sea un confidente policial como Porta y como tantos otros (de alguno de ellos nos habla Federico Gutiérrez en 'Noticias de Policía'), ni un agente provocador del fascismo en la Argentina. Queremos suponer que sea un hombre sinceramente convencido de que obrando como él actúa beneficia a la anarquía. Entonces es un anormal y su lugar está —como habíamos dicho— en el manicomio. No podemos dar públicamente más datos, pero en reuniones privadas de compañeros se podría examinar mejor el asunto. Basta que por ahora la prensa anarquista de los Estados Unidos conozca estas tres hipótesis que emitimos sobre su corresponsal en la Argentina:

a) Puede ser un agente provocador del fascismo;

b) Puede ser uno de esos instrumentos que la policía argentina suele tener a su disposición;

c) Puede ser simplemente, un anormal.

De lo único que estamos seguros es que no tiene nada que ver ni espiritualmente ni sentimentalmente con el anarquismo".

Después de transcribir este artículo, Di Giovanni prosigue: "*Así termina este segundo ataque el compañero Diego Abad de Santillán. Frente a tales acusaciones equívocas y contradictorias acompañadas de todas las artes preferidas del jesuitismo, me dirijo a los compañeros de todas las tendencias que quieran clarificar ampliamente mi posición en el movimiento anarquista en la forma que crean mejor. Yo me pondré siempre a disposición de cualquiera que me quiera interrogar bajo cualquier aspecto en ese sentido. Desde ya declaro que jamás me he aprovechado de algún dinero destinado o perteneciente a las víctimas políticas, cosa que se podrá comprobar con los documentos; que estoy dispuesto a aclarar y probar siempre con documentos en la mano las acusaciones o alusiones que he hecho contra 'La Protesta' en 'L'Adunata dei Refrattari', 'L'Aurora' y en otros; que ninguna persona ligada a mí por lazos de iniciativas u otros han caído en manos de la policía (omito el caso de Cremonessi, quien se presentó espontáneamente). Deseo que esta declaración sea publicada íntegramente, sin omitir nada. Reciben copia de la presente, revistas y diarios anarquistas de lengua italiana*".

La carta de Severino tuvo amplia difusión, algunos periódicos agregaron su propia opinión sobre el caso. "L' Aurora" (Boston), por ejemplo, comentó en su número de marzo de 1929: "*... declaramos que mantenemos nuestra posición de solidaridad con el compañero Severino Di Giovanni como siempre lo hemos hecho y lo haremos con todos aquellos que han estado y se mantienen en abierta insurrección contra la sociedad del MIO y del TUYO; que los argumentos de 'La Protesta' no nos persuaden para nada sobre el origen equívoco o policial de los atentados y atentadores en cuestión; por eso*

declaramos francamente que se puede estar en discordia, disintiendo por muchas razones plausibles con un método de lucha, con la práctica de ciertos procedimientos en ciertas circunstancias y situaciones, pero no se puede ni se debe absolutamente, como anarquistas, actuar de tal manera que se pueda dar pretextos o indicios a la fuerza del Estado, aunque ésta fuera socialista".

Por su parte, "L'Adunata" —del 2-3-29— comenta: "*Dijimos que hubiéramos preferido que las palabras de condena escritas a continuación del atentado (del Consulado) hubieran sido dictadas por el miedo antes que por convicción, porque si el miedo es humanamente explicable —aunque no justificable— las convicciones de irreductible hostilidad que 'La Protesta' hace gala, no son para nosotros ni explicables ni justificables anárquicamente. El 'coraje' de ponerse en el coro de la reacción está muy lejos de ser laudable para gente que se pretende anarquista. Naturalmente nosotros rechazamos —y no por simple motivo de contradicción— una tras otra las tres hipótesis del tal Diego Abad de Santillán, el del nombre largo, el cerebro estéril y la conciencia de sacristán*".

Por su parte, "Germinal", de Chicago (del 15-3-29), luego de también haber publicado la carta de Severino, comentará: "*nos limitaremos aquí a enviar desde estas columnas los sentimientos de nuestra solidaridad al compañero Severino Di Giovanni quien —víctima de la reacción con la cual está en continua lucha— debe además soportar una campaña inexplicable por parte de quienes no estando de acuerdo en el discutible desarrollo de los hechos, mejor hubieran callado evitando así de caer en el abismo de aberraciones increíbles*". Luego desea que en el porvenir no se repitan las "*irritantes y dañosas publicaciones que sólo rinden un buen servicio a los reaccionarios en la caza desplegada contra los rebeldes indómitos*".

La polémica se generalizará. De ninguna manera López Arango ni Abad de Santillán cesarán con sus ataques. La discusión se alargaba en el transcurso del tiempo porque los periódicos —como queda dicho— se recibían en Buenos Aires o en Estados Unidos y Europa o viceversa con varias semanas de retardo, ya que venían por correo marítimo. Por eso, sólo el 5 de abril de 1929, Abad de Santillán responderá a la carta abierta de Severino, de diciembre con estos términos en los cuales, por un lado reconoce haberse extralimitado, pero por otro continúa con sus insultos: "*En ocasión de los actos terroristas, que tanto material dieron en estos últimos años entre nosotros a la crónica policial, hemos aludido a un sinvergüenza, sobre el cual habíamos planteado las siguientes hipótesis: o bien es un agente fascista, un instrumento policial, o un pobre loco. Aludir a un sinvergüenza y salir ese individuo de la oscuridad para*

dar su nombre en un gesto de exhibicionismo, fue todo uno. Se nos ha dicho que la polémica contra el anarcobanditismo habría debido mantenerse en el terreno teórico. Hay algo de razón pero no toda la razón está en eso (...) No, no es posible siempre abstraer en estos casos a las personas. ¿O es que se quiere que reconozcamos la doctrina de que todo lo procedente de anarquistas o supuestos tales es santo y bueno? Creemos que no se llegará a tanto".[93]

El comisario Garibotto, mientras tanto, sigue atentamente esa polémica pública porque sabe que no podrá terminar de otra manera que en una tragedia.

Pero ni la polémica interna ni la persecución impiden que Severino siga interesándose por lo que ocurre en Italia y en la Argentina. En una correspondencia que fecha el 31 de enero de 1929 en Buenos Aires — y con el seudónimo de Biscuit— publicada en "L'Adunata" del 2 de marzo de ese año, Di Giovanni hace un detenido análisis del gobierno de Yrigoyen y el partido radical en sus tres primeros meses de la segunda presidencia. El primer párrafo tiene algo de profecía. Dice: "*Estamos experimentando en carne propia los motivos, las causas y los primeros pasos que conducen a una nación hacia las horcas caudinas de la dictadura*". Un año y medio después, el general Uriburu instauraba la dictadura militar.

En esa correspondencia continúa Severino: "*La Argentina está viviendo esos motivos día a día. Ayer, la provincia de Santa Fe fue invadida por las tropas al mando del general Marcilesi, quien con la excusa de mantener el orden entre los peones rurales hace inmensos favores a los agraristas que se veían amenazados por la onda insurgente. Hoy son San Juan y Mendoza invadidas por las tropas y por la intervención yrigoyenista que cometen contra la población múltiples vejaciones. Y mientras tanto la libertad de palabra es negada por el 'señor' jefe de policía, coronel Graneros —el mismo que en la trágica 'semana de enero' comandó la brigada asesina de los bomberos—, originando las habituales protestas que no provocan ni frío ni calor. Los primeros comunistas fueron arrestados y golpeados por haber tratado de realizar públicamente una de esas protestas. Los dos sectores del socialismo, más afortunados, se arriesgaron a hacer dos manifestaciones que no pasaron el límite del buen orden, aunque los oradores hicieron una perorata plena de saetas, relámpagos y truenos. El acostumbrado recurso de la demagogia parlamentarista y legalista con birrete rojo. Entre tanto la cuadrilla yrigoyenista da de tanto en tanto un poco de vida y está a la espera de provocar el hecho de sangre que la obligará a cumplir una de las tantas carnicerías que distinguieron su pasado gobierno.*

El jefe de Investigaciones Santiago —continúa Di Giovanni—, *que*

había sido reemplazado por el escándalo Ray, ha sido reintegrado. Es una vieja fiera sádica; ¡esperamos que esta vez la Virgen de Luján, a la que es tan devoto, no trate de salvarlo del justo castigo!". (Aquí se refiere a un atentado que preparaba contra él.) Y continúa: "*Tiene algunas cuentas que saldar, tantas torturas cometidas contra víctimas indefensas por su odio infinito; ¡tantos inocentes en su conciencia condenados para salvar la incapacidad de su empleo! Sólo un acto como el de Vera Zassulich podría hacer justicia*". (Se refiere al atentado que la joven rusa cometió contra el jefe de policía del zar, Trepov, en San Petersburgo, dándole muerte.)

Junto al coronel Graneros, al policía Santiago, al ministro del Interior Elpidio González —verdadera figura de degenerado, de cocainómano, de delincuente, de rufián, etc., ex jefe de policía durante la Semana Trágica— vemos también al más rancio y reaccionario exponente del militarismo argentino: el general Dellepiane. Entre los tantos beneméritos que posee en su activo tiene aquel de haber dado a la ciudad de Buenos Aires, la paz de Varsovia".

Luego, Severino pasa a hablar de un personaje que tuvo mucha influencia en ciertos círculos económicos y políticos de esa época: el presidente de la Federación Agraria Argentina, Esteban Piacenza. Lo describe así: "*Los agrarios tiene a un gran esclavista: Esteban Piacenza. Fascista de tres cocciones, mussoliniano ardiente, reaccionario de alma, sabe qué artes adoptar en su nefando cargo. Presidente casi vitalicio de la Federación Agraria Argentina es uno de los exponentes que más influencia posee en la política sucia de este país. Recientemente hizo un viaje a Italia y en Roma fue a visitar —mejor, a hacer un homenaje— al representante de la nación de Vittorio Veneto. A su regreso se empeñó en una gran provocación. Para salvar los intereses del capitalismo no rehusó de aplicar ninguna mala acción y comenzó a presionar hasta que el gobierno mandara al general Marcilesi a la cabeza de una 'expedición punitiva' para proteger a los agrarios santafesinos amenazados por el alud rebelde de los jornaleros en huelga. Esteban Piacenza, santurrón ejemplar, se ha rodeado de otra fuerza no menos nociva: el clericalismo. De esta manera, el fascismo en la Argentina, infiltrándose en todos los ambientes ha llegado a hacer una verdadera Santa Alianza de la reacción. Lo vemos a Manuel Carlés mezclado con la Federación Agraria y los curas, estos con Piacenza e Yrigoyen . El peligro, como vemos, no es poco. La sublevación de la peonada santafesina ha sido vencida por esta cuádruple alianza que no se conformará con su primera victoria.*

Cuando dije en el pasado —continúa— *que era necesario mostrar los dientes a toda esta canalla, no había expresado todo. Aquí es necesario hacer cosas serias. Por la vida como militante y como movimiento*".

Y luego pasa a la lucha por Simón Radowitzky: "*América revolucionaria, esta inmensa colmena de descontentos, auroleada de miles de esperanzas bellas y miles de promesas distintas, tiene en su corazón una llama encendida que es necesario alimentar con todos los inagotables recursos de la rebelión. Esta antorcha encendida, aunque nos cueste quemarnos nosotros mismos, es el blanco de todas las oscuras astucias de los tiranos. A esta antorcha que supo quemar las alas del vampiro de Plaza Lorea*[94] *lo quieren eliminar en el tétrico presidio de Ushuaia, en el siberiano infierno de Tierra del Fuego*".

Luego de solicitar con fogosas frases que en todo el mundo se ayude a la campaña por la liberación de Simón, tiene palabras de recuerdo para anarquistas presos en esa cárcel o que murieron en ella. Dice: "*El presidio de Ushuaia —la tumba donde están sepultados vivos tantos compañeros nuestros: Baby, Morales, los compañeros de Viedma (tratados cobardemente por 'La Protesta' como vulgares asaltantes y bandoleros), Casablanca, Regino Regis, Barraza (quien durante la manifestación en Plaza Once por el asesinato de Kurt Wilckens, enfurecido por la arrogancia de un oficial de policía lo hirió con un pistoletazo), Costa (que lanzó una bomba contra un automóvil de la Liga Patriótica Argentina) y tantos otros— horrible cárcel donde la vida humana es imposible, debería ser destruida como la Bastilla parisina. Su destrucción sería un beneficio grandísimo para la humanidad, porque un antro similar no sólo nos recuerda al martirio de Simón Radowitzky, la sima del infierno dantesco, la locura del compañero Boris Wladimirovich, la muerte de Avelino Alarcón y de Bejarano (quien con Bejarano —muerto— atentaron contra la vida del verdugo Palacios) y de tantas otras escenas horribles y terribles indignas del ser humano, y sólo de las peores fieras del universo*". Y finaliza: "*Compañeros, haced un extenso esfuerzo contra todo aquello que sea símbolo de la tiranía argentina. Sólo dando golpes mortales a todos los émulos del fascismo italiano, podremos hacer una verdadera obra de rebelión y de redención humana*".

Esta calificación así del gobierno de Yrigoyen y del partido radical era la reacción de ciertas actitudes del oficialismo que los antifascistas tomaron muy a mal. El diario radical "La Calle", por ejemplo, al que se llamaba el diario personal de Yrigoyen había dedicado en octubre de 1928 un número especial a la Marcia di Roma de Mussolini y sus adictos. El periódico "L'Allarme" denuncia que ese número ha sido financiado por el cónsul Capanni. Además, el contacto de la policía fascista —a través de la embajada— con la policía argentina era cada vez más estrecho. Bastaría con citar el caso Schicchi. Paolo Schicchi fue, sin duda alguna, el anarquista más perseguido por la policía fascista en todo el mundo. También se lo buscó en la Argentina. Por Telespresso

309468/2762, la embajada italiana en Buenos Aires, con fecha 3-1-29 comunica al ministerio de Asuntos Exteriores de Roma que la policía política argentina *"le ha hecho saber que el nombrado Schicchi no se halla actualmente en este territorio"*. Y agrega: *"En los grupos anarquistas locales —así me ha sido comunicado confidencialmente— se excluye que Schicchi pueda haberse decidido a venir a la Argentina donde, disuelto el grupo capitaneado por el conocido anarquista Di Giovanni, Severino, sabe muy bien que encontraría un elemento contrario y hostil hacia él especialmente por los libertarios afiliados a la FORA y controlados por el cotidiano anarquista 'La Protesta', cuya casa editorial se negó precisamente a editar en su propia tipografía el conocido libelo 'Casa Savoia'"*.[95]

Paolo Schicchi había escrito ese libro en dos tomos y Severino Di Giovanni había apoyado materialmente la edición y era el distribuidor en Buenos Aires de la obra. Con respecto a este libro se produjo otro hecho que dice a las claras la connivencia entre la policía argentina y la policía fascista. En este sentido no se puede salvar la responsabilidad del ministro del Interior, el radical Elpidio González, porque fue un acto donde seguramente la policía contó con orden ministerial. Fue una acción en el puerto junto a un buque de guerra extranjero y posterior allanamiento. En el documento Nº 442/44997 del Ministerio dell'Interno de Roma, firmado por *"il direttore capo della divisione A.G.R."* se transcribe la nota de la embajada italiana en Buenos Aires del 30-9-29 en la que se comunica que estando en la rada de Buenos Aires *"il regio incrociatore* (el crucero real) Trento *algunos anarquistas intentaron difundir entre los marineros* (...) *el segundo volumen del libelo* Casa Savoia *de Paolo Schicchi"*. En base a los datos obtenidos *"se dieron todos los pasos necesarios ante el ministerio de Relaciones Exteriores argentino que inmediatamente tomó las medidas para que por medio de la policía local se secuestraran los ejemplares del libro depositados en la casa del anarquista Mario Cortucci, donde se secuestraron ochenta ejemplares"*. La embajada envía a Roma uno de esos ejemplares. En la nota se pone de manifiesto *"la conducta celosa e inteligente del empleado de policía Rosario Alfredo Leto"*.

Otro documento que atestigua la colaboración de la policía fascista y la policía argentina lo da el "*telespresso* 308472/2336" de la embajada italiana.[96] El embajador informa a su gobierno que *"en esta República los grupos anarquistas italianos locales de todas las tendencias se han puesto de acuerdo desde hace seis meses en reavivar la propaganda de todas las formas a fin de recolectar fondos y enviarlos a Italia para los detenidos políticos. En ese sentido no faltan las veladas de beneficiencia con cuadros filodramáticos,*

bailes, loterías, conciertos musicales, hasta excursiones campestres y otras funciones del género. Se hacen circular listas por Gino Lucetti, Sante Pollastri, Gino D'Ascanio, por la viuda de Giuseppe Turchi, por Gigi Damiani; y el anarquista Salvador Cortese —objeto de mi informe Nº 1895— es el secretario del Comité de Buenos Aires por Víctimas Políticas del Fascismo. En el curso de las investigaciones ha sido posible saber a través de la policía argentina que en octubre de 1929, el anarquista Geremía del Giudice, hijo de Enrico y de María del Fabbro, nacido en Rivolto (Udine) el 15-2-03, fue detenido por actitud sospechosa, y revisado su cuerpo, se encontraron en su posesión listas de suscripción a favor de Gino D'Ascanio. Sobre Del Giudice informaré al ministro del Interior. En cuanto a los promotores de los fondos mencionados son Lino Barbetti, Aldo Aguzzi, Carlo Fontana, Salvatore Cortese y Luiggi Fabbri, este último residente en Montevideo".[97]

El periódico anarquista "Impulso" de enero de 1929 publica, bajo el título "Yrigoyen, agente fascista", el siguiente artículo: "*Desde que el actual gobierno subió al poder no se permiten en la Capital Federal mitines antifascistas o antiimperialistas. Esta colaboración con el fascismo culminó días atrás con un bárbaro atropello perpetrado en Olivos, donde el comisario y un piquete de cien marineros disolvieron a culatazos un picnic antifascista, sin tener en cuenta para nada el gran número de mujeres y niños presentes. Se detuvieron a más de cuarenta compañeros. Faltos de espacio para dar más detalles nos limitamos a expresar nuestra indignada protesta contra esa salvajada fascista*".

Ese verano será para Severino una continua espera y un continuo cambiar de escondrijo. En sus cartas a América se nota cómo sufre la separación de ella. A pesar de la persecución, se preocupa por todos. En su carta del 10 de enero le dice a América que tiene destinada una suma para que Paulino pueda irse al exterior. Le ruega que vaya a visitar a Teresina para que ésta y sus hijos abandonen el barrio de Valentín Alsina "*ahora que puedo ayudarla*". También se lamenta de la suerte de Elena Serra, la novia de Alejandro Scarfó. ("*¡Pobre compañera! Luego de haber bebido las delicias del amor encontró en el fondo del cáliz tantas amarguras*".) La prisión del novio se prolongará, al parecer, indefinidamente. Pero Severino ve la salida para la muchacha: que Elena luche también por las ideas. Así le escribe a América: "*Pero ella, para ser digna de la vida, de las vicisitudes que se suceden, debe mostrarse fuerte, debe romper el cerco de las costumbres femeninas y elevarse hacia el reino de la fuerza y la belleza (...) Sólo así será grandiosamente digna de nuestra existencia rebelde*".

Severino concebía el amor pero imantado a la idea, a la lucha "*porque vivir monótonamente las horas de lo adocenado, de los resignados, de los acomodados, de las conveniencias, no es vivir la vida, es solamente vegetar y transportar en forma ambulante una masa informe de carne y huesos. A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita de la rebelión del brazo y la mente*".

La comunicación entre Severino y América se hace muy difícil. Ella es vigilada celosamente por los padres. En la carta del 22 de enero, él lamenta lo que América tiene que sufrir por parte de sus progenitores. En ese tiempo cuentan con la ayuda de Pepe, José Scarfó, hermano de ella, quien es el que sirve de intermediario para las cartas. Los padres han creído que América iba a la habitación de su hermano Alejandro para visitar a García Oliver. De Severino no sospechan nada.

Los amantes se han dado plazo hasta marzo. Por su parte, los padres no quieren que América siga estudiando. Si esa amenaza se cumple, ella dejará el hogar. Severino en la misma carta le pone el ejemplo de las jóvenes rusas Hessa Helpman y Sofía Perowskaia, quienes muy jóvenes —la segunda apenas tenía quince años de edad— dejaron la casa de sus padres para seguir una vida independiente y una corriente política revolucionaria.

Severino le escribe que él trabajará y con alguna economía que haga podrán vivir juntos y ella seguir estudiando. Pero por el momento todo eso no es más que un sueño. Severino apenas si tiene contacto con algunos compañeros y —en su carta del 10 de enero se nota— presiente alguna traición. Hay alguien que ha hablado o dado alguna pista. Severino escribe esta frase: "*Esperemos, ya les daré una lección ejemplar a esta clase de gente*". Pero lo que más le hace sufrir es la separación de su amada América. Así le escribe: "*yo... yo me devoro. No puedo vivir, te deseo tanto, tanto en cada instante de mi vida. ¡Quisiera apretarte tan fuerte! Amarte como sólo yo puedo amarte. Embriagarme en ti todo entero y después... después volver a embriagarme una vez más y de nuevo, de nuevo hasta el agotamiento. Pero es sólo un sueño, sé que todo es para mí una quimera, toda una voluntad que propone un deseo imposible, pero que después, a falta de otra cosa, se contenta con volver a su reino del sueño y perderse en sus oscuros meandros*".[98] Su refugio preferido es el Delta. Allí trabajará en la cosecha de duraznos. El 22 de enero escribirá a América: "*Aquí el aire es puro, el verde es inmenso e infinito; el agua, amarilla pero fresca y muy buena para poder bañarse continuamente; y ¡la libertad! En fin, es algo inconcebible. Quiero mandar un cajón de duraznos a tu hermano José, ¿cómo debo hacer? ¿Puedo mandarlo con un compañero directamente a su casa en horas de la tarde cuando él está? Así también tú podrás probar la fruta que ha cosechado tu biondo cativello*".

Y días más tarde: "*Mandé al compañero González dos veces a casa de la madre de Ilvo* (se refiere a Teresina) *con 50 pesos, un canasto de duraznos y treinta kilos de miel pura. Así mis hijos, Ilvo, Aurora y Laura —y también Erinna— podrán dar satisfacción un rato al paladar. Si tú vas a casa hazte dar un tarro de yerba Asunción lleno de miel, así podrás gustar en mi nombre toda la dulzura profunda del néctar puro de las fecundas abejas*".[99]

En esos días de ilegalidad, Severino sabe bien que más que nunca necesita dinero: para ayudar a la defensa de Alejandro Scarfó y sus compañeros presos. A Alejandro lo llama *el negro o biscuit* —el propio apodo que le gusta usar a él— en los mensajes y cartas. Pero no sólo para eso necesita dinero: también para ayudar a Teresina y a sus hijos. Sabe que estos no pueden vivir eternamente de la ayuda que le hacen llegar los compañeros ni de las pocas tareas que puede realizar ella. Además sueña con volver a reeditar su periódico y los libros que él considera fundamentales para expandir la idea. Ha sido visitado por compañeros en el Delta que planean un asalto. Y Severino acepta.

El 3 de febrero, en su carta a América, se ve que ha llegado al límite de la pobreza: "*Para Elena no te envié dinero porque estamos en las últimas y... viva la miseria, viva la vida y todas nuestras otras delicias.* (...) *Si podemos salir del paso nos haremos ricos de alegría y reventaremos de satisfacción!*".

El 5 de febrero de 1929, seis desconocidos asaltan a los pagadores de la empresa Kloeckner, en la calle Empedrado, de Buenos Aires. Los pagadores venían en dos autos desde el centro, del Banco de Boston. Los asaltantes los esperaron en un auto doble faetón a pocos metros de la entrada del establecimiento industrial. Actuaron en forma rápida, como profesionales, como si hubieran calculado todo. Se apoderaron del maletín con 19.000 pesos. Cuando se disponían a huir fueron atacados por empleados de Kloeckner que venían en un segundo auto. Se originó un tiroteo y una persecución *cinematográfica* como escribirán los diarios, sin resultados para los perseguidores, hasta la calle Gaona. Allí, se perdieron las pistas de los bandidos. Uno de ellos era Severino Di Giovanni.

Lo único que pueden declarar los asaltados es que entre los ladrones hay extranjeros, por la forma de hablar. Detienen por pura forma a un chofer anarquista español, Dositeo Freijo Carballedo, quien años atrás había sido acusado de conducir el auto del libertario alemán Kurt Wilckens, el día en que éste mató al teniente coronel Varela. Pero lo

cierto era que Wilckens había viajado solo y en tranvía a cumplir con su acto. Eso sí, Dositeo lo esperaba en auto a Wilckens para que huyera después del atentado. Esta vez, el español Freijo Carballedo volverá a pasarla mal pero —hombre de cabeza dura y aguantadora— no le podían comprobar nada ni obtener de él ningún dato.

Sobre la autoría de Severino y sus amigos, no hay dudas. El 3 de febrero de 1929 (dos días antes del asalto) le había escrito a su amada América, desde su refugio en el Delta:[100] "*Mañana iré a Buenos Aires. Lástima no poder verte. Pero, ¿cómo hacer? ¡Es un verdadero problema, mi querida amiga!*". Y el día 8 (3 días después del asalto), nuevamente en el Delta le escribe lo siguiente: "*Estuve el día que te indiqué en la ciudad de nuestros sueños mágicos. Más de una vez he pasado a pocas cuadras de tu casita. Quería visitarte. Para darte un solo beso; aunque me hubiera contentado también con mirarte solamente, imprimir tu fisonomía nuevamente en mis pupilas y llevarte así lejos, lejos, hasta mi nido solitario donde el gorjeo de mi bella golondrina nos alegra el inmenso verde. En cambio, no te vi. Pasé por Gaona a las diez de la mañana*[101] *y la feria no estaba entre Esperanza y San Nicolás. ¿Es que la han cambiado? Buscaba verla a tu mamá y así arriesgar a que el 'chouffer' te fuera a llamar. Pero, al no haber podido ver a tu 'vieja' no arriesgué nada. Quizá, una ocasión feliz me hubiera puesto contento, y una vez junto a tu rubio malito no hubiera resistido a raptarte y a llevarte lejos, lejos... Pero, debo reconocerlo otro deber tenía que cumplir ese día. Deber de vida o muerte que debía resolver con toda la energía de mi ser y que afortunadamente llevé a término en unión de otros valerosos amigos. Era una carrera veloz de bandidos de la sociedad. Hombres que al margen de la ley debían quebrar con su potencia el férreo cerco de la Dominación. ¡Vencimos... ! Y la victoria fue ganada por nosotros con todos los resultados que se desarrollan en las cosas difíciles. Yo, milagrosamente, me salvé está maldita carcasa. Hoy somos los nuevos hombres venidos de una resurrección de vida. Templados como el acero potente iremos al encuentro de nuevas victorias para afirmar nuestro derecho a la vida, a nuestro libre vivir. Y así completar el ciclo de nuevas resurrecciones, hasta que la existencia no sea estrangulada, y entonces sí poder enterrar a la materia*".[102]

Singular naturaleza la de este hombre. Se movía permanentemente en una emocionalidad entre lo heroico y lo romántico que se desbordaba con generosidad por sobre los límites de lo ordinario, lo común, lo legal, el orden constituido. Jamás podría haber entendido lo que son impuestos, multas, reglamentaciones, ordenanzas, patentes, leyes, propiedad. La sociedad afincada en esos principios se iba a defender con uñas y dientes de este peligroso dogmático del libre albedrío.

En ese año de 1929, las divisiones en el anarquismo argentino se iban a acentuar. Los españoles López Arango y Diego Abad de Santillán iban a continuar su polémica —en un tono cada vez más subido— con los anarquistas italianos de Estados Unidos y Francia y continuarán sus ataques contra Di Giovanni. López Arango mantiene firme la orientación no sólo de "La Protesta" sino también de la FORA. En la organización obrera se nota la mano dura del anarquista hispano. En "El carpintero y aserrador", órgano de la Sociedad de Resistencia Carpinteros, Ebanistas, Aserradores y Anexos, gremio que había sido expulsado de la FORA, se denuncian las prácticas sectarias de López Arango. Critica ese periódico a "*quienes en el campo gremial y revolucionario se dicen depositarios únicos del control de las acciones de los demás hombres y que, amparados en ese derecho que le confiere su absurdo absolutismo reparten a granel excomuniones fulminantes a quienes obstaculicen sus maniobras*". Añade que "*esos procesamientos a los hombres* (...) *crearon en el campo revolucionario una situación desastrosa*" y "*Fue en esta forma como la labor paciente y constructiva de largos años quedó totalmente desmembrada* (...)" por "*la actitud de los que haciendo tabla rasa con los más elementales principios de las prácticas libertarias rayaron en el sectarismo más absoluto*".[103]

Los propios López Arango y Abad de Santillán se dan cuenta que algo anda mal en el movimiento libertario pero no lo adjudican a su dirección sino a otros factores. "*Por desgracia* —escribe el segundo— *el movimiento anarquista actual se caracteriza por una ausencia casi completa de toda preocupación mental; era un movimiento de estudiosos y hoy se inclina en cierto modo al repudio de toda cultura. En lugar del obrero estudioso de otros tiempos, tenemos la peste del intrigante, del hablador, del difamador que no deja piedra sobre piedra. En lugar de la solidaridad y del compañerismo tenemos el odio, la eterna guerra de compañero a compañeros; en lugar del respeto mutuo, tenemos la mutua denigración. Todos los límites morales del buen sentido han sido rotos. Cualquier advenedizo, cualquier recién llegado es una enciclopedia*

de chismografía y conoce al dedillo un rosario de insultos o menosprecio para los hombres y las causas del movimiento que no pertenecen a la propia capilla, cada vez más repulsiva y estrecha".[104]

Y veinte días después, la misma "La Protesta"escribía este sugestivo juicio: "*El movimiento anarquista es hoy uno de los mayores obstáculos para la difusión de las ideas anarquistas*".[105]

No era falsa esta interpretación. Pero lo que no escribían López Arango y Diego Abad de Santillán era que la decadencia del movimiento se debía a que la sociedad se había vuelto más compleja, el Estado intervenía cada vez más en las relaciones laborales, el industrialismo avanzaba y con él los problemas se sofisticaban cada vez más mientras los anarquistas seguían con su antigua organización por oficios. Y esto traía sectarismo y desesperación. Sectarismo, ante todo intento de modernización —amplios sectores gremiales calificaban de sectarios a López Arango, José María Acha, Huerta y Biagiotti, hombres de la FORA y "La Protesta"— y desesperación, mediante actitudes *autónomas* e individualistas. El detonante había sido, sin ninguna duda, Severino Di Giovanni, quien creía que iba a ser secundado en su antifascismo por todo el movimiento y en cambio se lo combatía como al peor enemigo. López Arango y Abad de Santillán en vez de analizar las causas y abrir el movimiento creían que con férrea represión interna se volvería al buen camino y así proponían: "*Lo que no es anarquista, en una palabra, debe ser expulsado por lo anarquista. En ese sentido es necesario trabajar, y los que se sientan con fuerza para esa cruzada, deben comenzar por ellos mismos, por matar en sí todo lo que esté en contradicción con la solidaridad, la libertad, la justicia, la cordialidad. Con una minoría que obre de ese modo, atrincherada en la conciencia de su misión, veremos el sol de días mejores para la causa de la anarquía*".[106]

Ahora, no sólo la polémica era interna. López Arango y Abad de Santillán respondían con idioma guerrero a todas las críticas que les caían del exterior por su actitud con respecto a la bomba del consulado. Hasta Luigi Fabbri, el teórico, libertario insospechable de ser un defensor de la violencia, había advertido que las críticas de los redactores de "La Protesta" se debían a su desconocimiento de la situación italiana bajo el fascismo. Y la poetisa Virgilia D'Andrea, desde Estados Unidos, les escribió diciendo que antes de criticar de esa forma se debía analizar profundamente el motivo de los actos terroristas antifascistas. Y se refería directamente al desgraciado caso del atentado del teatro Diana de Milán, del 23 de abril de 1921, que causó una

veintena de víctimas. El hecho fue irracional y monstruoso pero llevado a cabo por dos hombres de excelente moral, intachables en su conducta, que creían profundamente en los ideales de paz y dignidad humana. ¿Qué es lo que había pasado por sus cabezas?

Gaetano Salvemini, político demócrata italiano, profesor de historia de la Universidad de Harvard, uno de los fundadores de la Mazzini Society en Estados Unidos, inspirada en los principios democráticos-liberales, describirá un cuarto de siglo después la impotencia de la resistencia antifascista en aquellos años. "*¿Qué cosa se podía hacer?*" se pregunta, y describe la realidad italiana: "*Los fascistas estaban armados, obedecían a comandos centrales y se podían concentrar rápidamente en grandes masas en los puntos elegidos precedentemente en camiones facilitados por las autoridades militares y por los empresarios privados, y sofocar a sangre y fuego toda oposición. Los atentados locales contra ellos no servían de nada. El pobre diablo que en un pequeño centro rural mataba a un fascista de poca importancia —que en el fondo era un pobre diablo como él— no resolvía ningún problema general, al contrario, agravaba la situación local. Un llamado telefónico bastaba para que llegaran en pocas horas, diez, quince, veinte camiones cargados de hombres armados provenientes de regiones vecinas. Y empezaba el incendio de viviendas, palizas, fusilamientos, actos brutales de crueldad. Una región que tuviese un experiencia atroz de esta clase no osaba moverse más. Toda tentativa de protesta provocaba una nueva 'expedición punitiva'. El secreto de la victoria fascista estuvo en eso: el teléfono y el camión.*

Las reacciones de masa fueron las huelgas de protesta. Las hubo, y ¡cuántas! Pero no servían de nada. No se podía vivir en constante estado de huelga. Después de un día o dos se debía volver al trabajo si se quería comer. Además que las huelgas provocaban nuevas 'expediciones punitivas', a las cuales no era posible resistir. La huelga 'económica' se propone un fin inmediato bien claro. Una huelga 'política' de protesta sirve sólo si la protesta puede por lo menos amedrentar a las autoridades políticas. En la Italia de ese entonces, la autoridad política, apenas comenzaba una huelga, dejaba mano libre a los fascistas y permitían las más feroces represiones.

Así, tres mil hombres y mujeres fueron masacrados desde fines del año 1920 hasta fines de 1922 en una batalla desordenada, en la cual los fascistas no perdieron más de trescientos hombres. ¡Un fascista por cada diez antifascistas!"

Esa era la situación. Ante esa violencia de arriba no se podía esperar otra cosa que la violencia de abajo, aunque no llevara a nada. Y no se podía esperar a que ésta fuera planeada, estratégica,

químicamente pura. El mismo Salvemini se mostrará más tarde partidario del atentado político en la lucha contra los tiranos.[107]

Para analizar el problema de los atentados, pues, se debía tener en cuenta ese estado de cosas y correr con el riesgo, además, que ocurrieran tragedias como la del teatro Diana y como las del Consulado. Esto es lo que Virgilia D'Andrea quería hacerles entender a los hombres de "La Protesta". Estaba el ejemplo de Malatesta, quien había señalado que el atentado del Diana no podía defenderse pero él sí había defendido con todo ardor a los autores del hecho cuando estos cayeron presos.[108] En su respuesta a Virgilia D'Andrea, Diego Abad de Santillán le señala que entiende los argumentos de ella y que si bien repudia el atentado del Diana, respeta a sus autores. Aunque añade: "*Pero en lo que se refiere a la bomba del consulado italiano condenamos tanto la bomba, un acto de cobardía e irresponsabilidad, como a los presuntos autores, instigadores o lo que sean* (...) *Desde lejos los compañeros se empeñan en ver en ese atentado un acto de rebeldía; nosotros, desde cerca, no vemos ahí más que el fruto de una enajenación mental, la acción cobarde de algún degenerado o algo peor todavía. La amiga Virgilia incurre en el defecto de los que han visto el atentado desde lejos y lo interpretaron como una protesta contra el fascismo, nosotros, desde cerca, estimamos que no hay tal protesta ni tal rebeldía; no hay más que un exabrupto de un loco o un sinvergüenza o de alguien que nosotros no podemos reconocer como a un miembro de la familia anarquista*". Finaliza su nota Santillán con una nueva insinuación contra el perseguido: "*A nosotros nadie nos acusó todavía de haber abandonado nuestro puesto de lucha ni de haber vivido del cuento de las persecuciones. Sabemos cuál es nuestro deber y cuál es nuestra responsabilidad*".[109]

Lo que no explica el redactor de "La Protesta" es por qué respetaba a los autores del atentado del Diana y no al autor del atentado al Consulado. ¿Acaso el del Diana no había sido mucho más irresponsable, más fácil y había ocasionado víctimas todas inocentes? ¿Al del Consulado se lo podía considerar un atentado terrorista meramente, o un atentado político fracasado? ¿Acaso no estaba dirigido contra los máximos representantes del fascismo y uno de ellos, un reconocido represor? ¿Ante lo problemático y negativo de ambos actos, no había rasgos más positivos en este último? Pero entrar en la discusión de detalles no era ya posible en ese ambiente de odio personal y orgullos heridos. ¿Por qué, además, tanta rigurosidad si "La Protesta" no había sufrido ninguna persecución —ni sus redactores— por ese motivo? Señal que la policía y la opinión pública estaba en claro que de allí no habían salido los autores.

Toda esa campaña no iba a corregir a Di Giovanni. Todo lo contrario. Se iba a sentir más perseguido, más acosado, más inseguro que nunca. De habérselo ayudado tal vez habría modificado su actitud, pero todo esto lo impulsaba aún más a las salidas violentas.

En esas semanas del fin de 1928 y principios del '29 tuvo lugar en París el juicio contra el anarquista Sante Pollastro. Este era el prototipo del bandido político, del expropiador. Su paso definitivo a la ilegalidad se había producido después del drama de Teglia, cerca de Génova, el 29 de noviembre de 1922. Allí fue sorprendido cuando estaba con Renzo Novatore por tres carabineros. Novatore es muerto de un balazo en la frente, pero Sante Pollastro se defiende y mata a dos carabineros y desarma al tercero, a quien perdona la vida ante las súplicas de éste. Su vida posterior se desarrolló en los Apeninos de la Liguria, en la ilegalidad y en la expropiación. Luego, en París, siguió con los asaltos y robos con los cuales ayudaba a los exiliados antifascistas y a sus periódicos. Hasta que fue detenido en un hotel parisino. El 27 de diciembre de 1928 se lo condenó a 15 años de prisión. "L'Adunata" del 2 de marzo de 1929 le dedica un artículo haciendo referencia a que figuras como esas no eran consideradas anarquistas ni por el "Risveglio" de Ginebra ni por "La Protesta" de Buenos Aires. Dice "L'Adunata" que hasta la revista "Detective" tiene un lenguaje menos agresivo que el de los *moralistas* y aquí nombra a Abad de Santillán. Esa referencia dará motivo a éste para que el 2-3-29, en "La Protesta", en el artículo "Coincidencias" ataque nuevamente a Di Giovanni. Este había salido retratado de cuerpo entero en la revista argentina "El Suplemento", en un artículo sensacionalista donde se le hacía un reportaje al jefe de Orden Social de la Policía, Juan Garibotto, quien entre otras cosas señalaba que "*anarquismo heroico era el de antes*". Abad de Santillán aprovecha esta frase y algunas referencias del policía para asegurar que Garibotto prefiere anarquistas como Di Giovanni y no como los de "La Protesta". Dice textualmente que "*su más ferviente anhelo* (el de Garibotto) *está en que todos los anarquistas fuésemos como Severino Di Giovanni cuyo retrato de cuerpo entero adorna la revista*". Nuevamente Abad de Santillán insinuaba con esta interpretación —que nada tenía que ver con lo dicho por Garibotto— que Severino podría ser un agente policial. Otro golpe que Severino iba a tener muy en cuenta.[110]

Mientras se continuaba la interminable discusión sobre los métodos —que en el fondo era una discusión sobre la violencia— se conocía en Buenos Aires, a través del órgano de la izquierda anarquista "La Antorcha", el mensaje de Augusto César Sandino desde su

campamento en Chipotón, "*último reducto de su fiera lucha contra el imperialismo yanky*". En ese mensaje señalaba que: "*la libertad no se conquista con flores*". "*El alerta dado por el rebelde nicaragüense* —dice "La Antorcha" del 26-1-29— *no puede pasar desapercibido, nos debe encontrar en nuestros puestos de lucha. Los obreros y los anarquistas debieran encontrarse los primeros en la acción con miras propias, con un vasto programa de 'Tierra y Libertad' en los campos de América*". En el mismo número se informa del asesinato del líder estudiantil cubano Julio A. Mella.

Esos últimos meses del verano del '29 serán para Severino de espera y de nostalgia de amor. Las cartas a la amada América han quedado como testimonio de esas semanas. El deseo de abrazar al ser recién despertado al amor, y ese paisaje que lo rodea: el delta del Paraná que él sabe disfrutar con sus paseos diurnos y nocturnos, con sus viajes en lancha. Y la visita de los amigos, la conspiración. El preparar nuevos planes. En las cartas a América se reflejan todos esos momentos. Pero también está el recuerdo para sus pequeños hijos, su ex esposa y su preocupación para que cambien de domicilio. El contacto entre los dos amantes lo lleva a cabo Paco González, el anarquista de acción por excelencia, parco y rápido de mente. Con su mujer tienen un pequeño local de venta de café en Parque Centenario, en la calle Campichuelo. La trastienda es lugar de encuentro y depósito de cartas y encomiendas que llegan y son buscadas.

América —por su inexperiencia— pondrá en peligro toda la organización. Una vez que llega tarde a su casa y es conminada por sus padres a decir la verdad, responderá que ha visitado a amigos suyos en la calle Campichuelo. El hermano mayor de los Scarfó, Antonio, es quien deberá verificar si es o no cierto. El matrimonio González recibe la visita intempestiva y sabe salir del paso, pese a las preguntas incisivas del visitante. Todo esto traerá inseguridad y resquemores, ya que todos se estaban jugando la vida. Pero Severino explica a Paco González y éste aceptará que sólo se ha tratado de un justificable error de América.[111]

El hecho servirá para que algunos compañeros de Severino vuelvan a criticar su relación con América. El amor de los dos hace peligrar la organización de la lucha. No es hora para amantes. Severino soportará las críticas y le escribirá a América: "*¿Qué hacer ante la censura de mis compañeros de lucha? Tú sabes bien cuánto los amo a ellos. Sabes el peligro que circunda a P.* (Por Paco). *Sabes la lucha rabiosa que nos ha declarado*

la sociedad. El derecho que tenemos a la defensa desesperada y astuta". Y más adelante agrega: "*No te disculpes, no quiero que te excuses, eres sagrada para mi vida. Un error tuyo es un error que he cometido yo...*"

Los encuentros y las cartas tendrán otros destinos. Pero el hecho queda como anecdótico para los hombres que rodean a Di Giovanni. Hay algo mucho más peligroso. Giulio Montagna, el ex administrador de "Culmine", ha sido detectado como hombre de dos caras. Se lo ha puesto a prueba y, efectivamente ha delatado cosas que sólo el grupo debía saber. *Ramé* es quien lo sigue para que compruebe sus traiciones y no se cometa una injusticia. Mario Cortucci es ahora el nuevo nexo entre Severino y América y en todo lo que concierne a la información de los presos.

Severino, en esos días, está contento. Luigi Fabbri, el teórico amigo de Malatesta, le ha escrito reprobando los términos que usa Abad de Santillán para combatirlo. Y, desde la cárcel de Comstock, en Nueva York, le escribe Vincenzo Capuana, para Severino la figura más brillante del anarquismo heroico.

El 23 de abril de 1929, la policía irrumpe sorpresivamente en el domicilio de Mario David Cortucci, en San Juan 4156. Ahí ha estado minutos antes Severino Di Giovanni, quien se salva por milagro. Evidentemente, se trata de una delación.

Esa misma noche, Giulio Montagna —que contaba en ese entonces con 23 años y era recién casado— se muda apresuradamente con su esposa a la casa de Monte Dinero 1199. Lo acompaña José Romano, *Ramé*, quien hace días vive con el matrimonio porque no tiene domicilio.

A las 5.30 de la mañana del 25 de abril, Montagna sale de su habitación al patio de la casa para lavarse en la pileta que hay allí. Es una madrugada fría y nebulosa. Hay casi oscuridad completa. A las 5.40 golpean con energía a la puerta de la calle. Hay un único testigo de lo que ocurrió después, la encargada de la casa.

Dice ésta que salió de su habitación para atender a quien llamaba y que en ese momento vio a Montagna que se lavaba en la pileta del patio. Al abrir la puerta de calle se encontró con un hombre joven, de cutis blanco, como de 27 años, con sombrero negro y pañuelo del mismo color al cuello. Preguntó por Montagna y ella le señaló hacia la pileta. Se saludaron en italiano y vio que el desconocido marchaba hacia el encuentro de Montagna. Luego dice no haber visto nada más porque volvió a su habitación. De inmediato oyó cuatro disparos, el golpe de la puerta de calle al cerrarse y el ruido de un motor.

En el parte policial se dirá que Montagna recibió cuatro balazos cayendo herido gravemente y que al ser transportado a un hospital pudo expresar al agente que lo acompañaba: "*fue Eduardo Di Giovanni*". Luego esta versión es corregida y aparece el moribundo diciendo "*fue Eduardo o Severino Di Giovanni*".

La versión policial es un poco traída de los pelos porque, de haber hablado, el moribundo tendría que haber dicho "*fue Severino Di Giovanni*" y no "*Eduardo*", que no existía. La esposa de Montagna, Benedicta Setecasse, declara que su marido no tenía enemigos, que nunca había recibido amenazas y que el día de la agresión ella estaba en su lecho y no pudo divisar al agresor.

La investigación no pudo avanzar de allí. José Romano fue detenido. Todo quedó en un impenetrable misterio. ¿Había sido Di Giovanni quien hizo los disparos esa madrugada? ¿Por qué lo hizo? ¿Era realmente Montagna un delator policial?

Todos los diarios titularon sin problemas que Di Giovanni había asesinado a Montagna. "La Protesta" aprovechó la oportunidad para escribir con ironía: "*La crónica policial ha vuelto a hincharse de un modo extraordinario. Los hechos que motivaron esta hinchazón son los siguientes que extraemos de la prensa burguesa sin quitarle ni ponerle: en la calle Monte Dinero vivía un matrimonio italiano, Julio Montagna, y su mujer. Montagna nos suena como administrador de un periódico italiano llamado 'Culmine'; esa coincidencia nos ha incitado a leer la crónica negra. Según ésta, el jueves a la madrugada, un desconocido quiso hablar con Montagna y repentinamente, al avistarse, le descerrajó cuatro tiros de pistola, la víctima cayó mortalmente herida, pero al llegar la policía pudo aún pronunciar un nombre: el de Severino Di Giovanni. No ha dicho más, y la policía hace toda suerte de conjeturas, sobre cuestiones de mujeres, sobre asuntos de circulación de moneda falsa, etc., etc. Sea como quiera, la noticia vale la pena registrarla en estas columnas*".[112]

La policía no investigó mucho más. Las actuaciones se pasaron al juez quien ordenó la captura de Di Giovanni, una vez más. Éste, por su parte, no se defendió nunca de las imputaciones periodísticas. Pero, en un artículo que bajo el seudónimo de Biscuit escribió para el periódico "L'Emancipazione" —del 15 de enero de 1930— explicará el porqué de la muerte de Montagna y se mencionará él mismo como su autor. El párrafo dice así: "*El 23 de abril de 1929* (Ramé) *se hallaba en el domicilio de Giulio Montagna cuando éste fue muerto por el presunto autor del atentado cometido contra el consulado de Italia, Severino Di Giovanni*". Y más adelante señala: "*Debemos hacer notar que el conspicuo espía fascista Giulio Montagna*

lo denunció (a Ramé) *como circulador de moneda falsa, delito éste que la misma justicia no pudo comprobar*". Después agrega: "*En el momento de expedir estas líneas, otra víctima del espía Montagna, acusado por éste de circular billetes falsos de diez pesos ha sido absuelto*". Y por último —y éste debe haber sido el hecho determinante para matar a Montagna— señala: "*Como ven los compañeros, las invenciones policiales, aún cuando estén ayudadas por los delatores, no tienen éxito. Por eso, hagamos sentir también el peso de nuestra solidaridad y las otras víctimas del espía Montagna serán liberadas: agitemos por los compañeros Romano, Scarfó, Oliver, Simplicio de la Fuente y por todos los otros*".

Este escrito, publicado nueve meses después de la muerte de Montagna, no deja dudas acerca de la autoría de Di Giovanni, ya que es él mismo quien se la adjudica. Claro que también es necesario decir que de las presuntas autorías sobre la base de reconocimientos propios u otras declaraciones no se puede abrir juicio definitivo. Es sabido que los anarquistas, cuando ya estaban sumamente jugados, se acusaban a sí mismos de delitos para dejar sin sospechas a otros que todavía podían actuar con entera libertad.

Pero además, en el artículo de "L'Emancipazione", Severino desliza como una especie de aviso para los buenos entendedores. Si bien se acusa de la muerte de Montagna, escribe "*el presunto autor del atentado*" contra el Consulado italiano. No lo niega, pero tampoco lo reconoce directamente. Es que, si bien había estado allí no fue él quien dejó la bomba en la sala de atención al público, como ya vimos.

Con respecto a Montagna, un año y medio después, en el quincenario "Anarchia", Severino —en un artículo sobre los medios en que se basa la policía para destruir al anarquismo— al hablar de los delatores lo menciona a Montagna a quien califica de Judas Iscariote.[113]

Pero el documento más claro acerca de la culpabilidad de Montagna está dado en una carta de Luigi Fabbri a Malatesta, del primero de mayo de 1930. El intelectual italiano, siempre muy ponderado en sus juicios, estaba lejos de afirmar algo sin haberse asegurado antes que no podía cometer una injusticia. Le dice: "*Montagna fue asesinado hace casi dos años y no era digno de ser llamado compañero. Fue muerto porque* (...) *cómplice de un delito, denunció al protagonista principal y se había puesto al servicio de la policía como señalador. No apruebo el hecho porque no apruebo la pena de muerte, pero por otra parte no encuentro motivos para conmovernos demasiado por un tipo así*".[114]

También el grupo de "La Antorcha" califica de la misma manera

a Montagna. En el número del 10-5-30 califica a Montagna de "*confidente*".

Después de lo de Montagna, Di Giovanni se traslada a Carlos Casares a una chacra donde se encuentran Malvicini y Vásquez Paredes, este último del grupo de Roscigna. A principios de mayo llega a ese lugar y se lo comunica a América. Extraña el paisaje del río y así se lo dice: "*Mi fantasía recorre el lugar donde estuve residiendo hasta hace poco, ese verdadero entretejido de arroyos, canales y ríos, de islas, como tantos besos de la naturaleza, dispersas entre el agua. Y los paseos al arroyo Guayraca, al Paraná de las Palmas, al Caraguatá, al río Luján.* (...) *Adiós verde de miles de plantas, adiós flores tan queridas y tan efímeras como futuras ofrendas a mi amor lejano —lejano también en esta soledad grávida de nostalgia— adiós a todo un universo de fiesta, adiós, adiós...*".

En esos días Severino participará en La Plata del intento de liberación de un compañero expropiador: Juan Sobradello, conocido más como el *Capitán Paz*, del grupo Rosigna. Español vegetariano, *Paz* fue hombre definidamente de lucha y participó de casi todos los hechos de acción de Roscigna, Di Giovanni, Vásquez Paredes y Emilio Uriondo.[115]

La acción de rescate fue de sumo riesgo y originó un tiroteo que conmovió a la capital platense. *Paz* no pudo ser rescatado y quedó mal herido. En su carta del 19 de abril a América, Severino ya algo le había adelantado del rescate al anunciarle una reunión con Paco "*y otros hermanos*". "*Pasaremos* —le agrega— *unidos un día de diversión y de saludable confabulación. Debemos tener paciencia para arquitecturar algunos trabajos. Hablaremos también de nuestro amigo aquel—óptimo y valeroso— que se encuentra en La Plata y de quien tú me hablas en tu carta. Lo conozco por su gesta* (...) *Nosotros, aquí, no podemos siempre vegetar sin florecer y dar frutos, y entre los frutos, también estará comprendido el amigo de La Plata. Hay algunas personalidades que no se deben dejar más en un convento o ermita como ese de la capital bonaerense*".[116]

López Arango y Abad de Santillán renuevan —por su parte, en ese tiempo— sus ataques contra Severino. Quieren "*aislar al foco corruptor*" y por eso inician en las páginas de "La Protesta" una encuesta sobre la violencia a la que se invita a escribir a los lectores. Son seis preguntas directas, una inteligente forma de aislar aún más a Severino:

"1.-¿El terrorismo anónimo que hiere al azar, puede ser considerado un arma del movimiento anarquista?

2.- ¿Los asaltos y robos a bancos y pagadores y demás, tienen algún beneficio para las ideas y para el movimiento anarquista o son contraproducentes?

3.- ¿Cuál es su actitud en el caso especial de la bomba del consulado italiano de Buenos Aires?

4.- El socorro a los presos por cuestiones sociales ¿debe o no destinarse a todos los presos en general?

5.- La solidaridad íntima y completa con los presos ¿no está condicionada por la naturaleza de la causa que les llevó tras las rejas? ¿Podemos sentirnos igualmente comprometidos ante el preso que cometió una contravención a las leyes burguesas que nosotros estamos también dispuestos a cometer, como el que cometió un acto que repudiamos? ¿Está en idéntica situación el preso por un delito de ideas, que el caído por un asesinato o un robo vulgar?

6.- ¿Puede parangonarse el hecho de un Radowitzky o de un Wilckens con el terrorismo puesto en acción en los últimos años en Buenos Aires?"[117]

En ese otoño, Severino seguirá refugiado en Carlos Casares. Los encuentros de los dos enamorados son muy esporádicos. El perseguido y la muchacha vigilada estrechamente por sus padres y su hermano mayor deben extremar su imaginación para poder encontrarse en medio de esa sociedad enemiga. Esos momentos están descritos así en la carta que él le dirige a América el 8 de mayo de 1929: "*Paso revista a todas las horas pasadas juntos, siempre con la vertiginosa premura del relámpago: ¡llegar y desaparecerá; recibir tus besos, besarte y después, la separación...! Jamás haber podido vivir un largo encuentro, estar juntos hasta el cansancio y después recomenzar nuevamente... vivir las horas cotidianas una después de otra... dejarse acariciar con tanta ternura... amarnos y amarnos tanto, tanto... mirarse hasta el espasmo, abrazarse fuerte en un lazo indisoluble... quererse con tanto cariño, mucho, pero mucho hasta decir basta para luego recomenzar todo desde un principio...*".

A él a veces le asalta el deseo de huir de todo su presente y marcharse con ella sólo a disfrutar del amor: "*Llevarte conmigo* —le escribe— *secuestrarte de tu planta en flor y llevarte a mi jardín siempre florido de tantas maravillas, de tantas bellezas, de tantos amores diversos. Porque contigo tendré la fuerza de crear tanto: belleza, cantos, luz, rayos, fantasías, danzas, coloraciones, verdes, flores, y amor, mucho amor...*".

Los esporádicos encuentros aumentan la pasión y desesperación de los enamorados: "*Tú, buena amiga mía, oh, mi dulce compañera, no puedes jamás imaginar cómo aumenta el bien en mi caída cada vez que te veo. En cambio de apagarse momentáneamente el incendio que me devora, cada uno de nuestros encuentros, cada uno de nuestros coloquios, cada uno de nuestros abrazos no sirven más que para dar alimento a la llama encendida de mi corazón. Y el alimento consume, devora, quema, arde, arde tanto y no sabe darme ningún bálsamo restaurador, ningún refresco delicioso, ninguno de los tantos minutos de reposo que sólo podré anhelar cuando estes junto a mí, en cada instante, en cada latido de nuestros corazones*".

El otoño va avanzando y va dejando sin flores a los enamorados: "*Es siempre bello ofrecer flores a la amada lejana*", le escribe Severino a América con la misma fecha: "*Cuando esté más cerca te ofreceré otras flores más frescas, como aquellas que siempre tuve cuidado de hacerte llegar en los coloquios que tan seguido teníamos en los primeros tiempos de nuestro amor. Ahora no podemos más hacer así. Nos debemos contentar con las flores secas, marchitas, las únicas que nos podemos permitir entre los pliegos de algunas hojas escritas velozmente y confiadas al espacio restringido que nos deja el sobre muy pequeño para contener el jardín que tú mereces*".

Ese joven de energías inacabables no podía soportar la proximidad de un invierno: "*Las flores que te envío son de otoño, como las hojas también. Pero no creas que yo también estoy en el otoño. Todo lo contrario. El amor es eterna primavera. Jamás puedo permitir la entrada de cualquiera otra estación. Y te puedes figurar con mi juventud siempre ardiente y rebelde...*".

Es en esos días cuando Severino recibe la noticia de la muerte de Ettore Aguggini, en la penitenciaría de Alghero, en Italia, a los 26 años de edad. Hacía ocho que estaba encerrado allá por ser uno de los autores de la explosión en el teatro Diana de Milán. En una carta a América, escribirá Severino sobre él: "*¡Pobre muchacho! Intentó comprender y hacer comprender una época de oscurantismo que debía ser al mismo tiempo también la tumba de todas las conquistas sociales y de tantas luchas civiles; en cambio, la llama de su faro ideal lo quemó con toda la exasperación de una sublime pasión. Hace ya dos años que otro hermano espiritual nos dejaba: Paolo Flores. También él besado por sólo 26 primaveras. Capullos cortados en el vigor de la propia belleza. Aquellos dos ojazos de Ettore no refulgen más tras los torbellinos de nuestra acción iconoclasta. El presidio cerdeño de Alghero y la tuberculosis lo han quitado de nuestro afecto. ¡Pobre muchacho tan grande! Su corazón generoso e incomprendido no palpita más entre nosotros. Adiós*".[118]

En todos esos meses del otoño e invierno de 1929, los ataques de "La Protesta" contra Severino y sus compañeros seguirán en aumento. Severino replica en "La Diana" de París con una nota titulada "Un denunciante público: Abad de Santillán". Se refiere Severino a la cita, por parte de Abad de Santillán, de la mención que había hecho Aldo Aguzzi meses atrás a que Di Giovanni no había entregado dinero recogido para el Comité Pro Víctimas Políticas, de París. Al artículo de Severino sigue la toma de posición del propio diario "La Diana", que expresa las siguientes duras palabras: "*Si el movimiento anarquista internacional no hubiera caído en el profundo abismo de la degeneración, perdiendo toda sensibilidad natural y también toda intelectualidad anárquica, y así se puede acusar a un auténtico e intrépido héroe como el joven Di Giovanni de ' agente provocador', Abad de Santillán no tendría que quedar ni un minuto más en 'La Protesta' (si éste fuera un periódico anarquista) después de una acción policiaca similar, ni tampoco el 'primer calumniador público' (Aldo Aguzzi) no debería gozar más la ciudadanía entre los anarquistas.*

Con respecto al dinero de las víctimas políticas —prosigue 'La Diana'— *declaramos que hemos recibido a su tiempo no sólo los tres mil francos sino mucho más. Por eso, si Aldo Aguzzi tiene aún un poco de honestidad moral deberá reconocer públicamente de haber intentado el asesinato moral de Di Giovanni con una infame calumnia que, en el fondo, ha dado origen a la acusación policial de Santillán. El deber preciso de Aguzzi es de hacer pública rectificación y defender encarnizadamente a Di Giovanni contra el denunciante público Abad de Santillán*".

En el número del 15 de mayo de 1929, Severino se refiere nuevamente a los ataques de "La Protesta". Abad de Santillán había vuelto a escribir que Severino era "*un defraudador de fondos para las víctimas políticas*", el 19 de abril de 1929. "*Esta calumnia de Aldo Aguzzi* —señala Severino—es *la única arma que esgrime Diego Abad de Santillán; su única arma con la cual defiende las razones para denunciarme, para llamarme espía fascista, provocador pagado por la policía argentina. Aldo Aguzzi debe desmentir su calumnia o comprobar su acusación contra mí. Así se terminará de una buena vez esta mentira que me pone como fácil blanco a las injurias más infames y de la mala fe de un verdadero asesino moral: Diego Abad de Santillán*".

Aldo Aguzzi, en nota publicada el 1-6-29 en "L'Adunata dei Refrattari", reacciona severamente contra Abad de Santillán y "La Protesta". Se titula "A Santillán" y dice: "*Diego Abad de Santillán, en su pretendida campaña contra el banditismo anarquista reincide en la... magnífica*

empresa de lanzarse contra los compañeros buscados por la policía. Imposibilitado de demostrar sus graves acusaciones de espía lanzadas contra Di Giovanni, se desahoga repitiendo que Di Giovanni se ha apropiado de sumas por las víctimas políticas. Ahora bien, puesto que hace más de un año polemizando con Di Giovanni le reconvine de no haber enviado a destino cierta suma pro-víctimas, me siento en el deber de declarar que algún tiempo después de esa polémica, Di Giovanni envió el dinero a quien debía tal como se puede constar en 'La Diana' del 31 de agosto de 1928. En consecuencia, todas las acusaciones hechas por mí a Di Giovanni, no tienen más razón de ser.

Si Santillán intenta retomar —después de más de un año— la citada polémica, comete una mala acción contra la cual protesto con indignación; ya sea porque no es honesto usar de una acusación hecha contra un hombre libre cuando éste se halla ahora perseguido, ya sea por las razones expuestas más arriba. Pero, de éstas mis declaraciones Santillán no aprenderá nada: el define el amor a la verdad como una 'debilidad de carácter' y continuará con gran... fuerza de carácter a hacer lo que sigue haciendo. Peor para él".

Max Sartin, de "L'Adunata" agrega en la misma publicación: "*A Abad de Santillán, moralista del sindicalismo bonaerense, la conciencia le puede permitir linchar a un hombre, en nombre de esa razón de Estado que sus pares llaman integridad de la doctrina. La nuestra, por tanto inmoral, nos aconsejó no solicitarles —y menos solicitarles a los que eran parte de la causa—de tomar posiciones contra el linchamiento ante el cual la distancia no atenuaba el horror, que ninguna escuela de la anarquía o del socialismo o también, de la dignidad humana, podía justificar. Lo hacemos sin odio ni fanatismos personales; sólo por decir y por defender la verdad. El anarquismo no se defiende con sermones moralizadores y sí con la coherencia de la conducta. Y no es, no puede ser —aunque la universalidad de los anarquistas no lo dijese— anárquica la conducta de quien denuncia a un perseguido, compañero o no compañero*".

En su periódico "L'Allarme", Aldo Aguzzi responde a los interrogantes que lanzó en su momento "La Protesta", así:

"*1.- Severino Di Giovanni no es un espía.*

2.- No es un agente provocador.

3.- Los compañeros de su tendencia o de cualquier tendencia tienen el deber de defenderlo.

4.- En estas mis afirmaciones no hay una sombra de duda ni la creo admisible.

Muchos saben que he tenido con Di Giovanni algún incidente: por ello mismo queda descartada toda sospecha de que yo hablo por... demasiada amistad

con él o por aversión a Santillán. Digo simplemente lo que me parece y lo que es la verdad".[119]

Esta declaración de Aguzzi deja tranquilo a Severino, a quien dolía mucho la separación de su antiguo compañero de ideas. En la carta de Pascua de Resurrección le escribe a América acerca del escrito de Aguzzi: "*no está mal*", "*un poquito jesuita*".

Poco después se produce la reconciliación definitiva entre los dos.[120] Di Giovanni le pide a Aguzzi que vaya a entrevistarlo a López Arango y le advierte que debe finalizar la campaña contra él y que se retracte en el periódico de los calificativos de "*agente policial*" y "*espía fascista*". López Arango se niega rotundamente. La polémica continuará hasta que la terminen los balazos.

En ese mes de mayo, Severino escribirá una nota plena de solidaridad con un preso en la cárcel de Ushuaia, condenado a prisión perpetua y que había enloquecido por los brutales castigos. Se trata de Andres Babby quien junto a Germán Boris Wladimirovich fueron los protagonistas del primer asalto expropiador en la Argentina, que tuvo lugar el 19 de mayo de 1919. Severino, en su artículo, dice: "*Tenemos ante nosotros uno de aquellos temples que sólo se rompen pero jamás se van a doblegar. Andrés Babby, anarquista, expropiador, luego de una épica lucha contra una fuerza muy superior, herido, cae bajo las garras de la justicia burguesa y es condenado a la cárcel. Vendió cara su libertad. En Ushuaia, donde cumple la pena, después de una tentativa de fuga, herido nuevamente, fue sometido a un régimen feroz, en nada más benévolo al de Simón Radowitzky.*

Las últimas noticias que se han recibido de Ushuaia—continúa Severino— *confirman que el compañero Andrés Babby ha enloquecido. Hombre de cultura, bueno y al mismo tiempo severo, de vastas aspiraciones y de opiniones firmes, su vida fue todo un tejido de acciones. Ruso de nacionalidad, con otros compañeros (entre ellos Germán Boris Wladimirovich, condenado con Babby a prisión, hoy recluido en un manicomio) supo elevarse más allá de una falsa moral anarquista y grabar en la piedra dura del trabajo revolucionario hechos, vida, rebeliones y realizaciones que escandalizaron a la casi totalidad de 'nuestra' prensa en la Argentina, que hoy lo ignora y lo deja ante la férula y la ferocidad de los carceleros del presidio fueguino. Con Simón Radowitsky, de quien es compañero y amigo queridísimo, supo desafiar torturas y castigos sin jamás someter sus ideales. Su figura no será olvidada por aquellos que superando dogmas y supersticiones devotas ven en la rebelión total la vía de la redención*".

En el mismo artículo escribe sobre Wladimirovich: "*Germán Boris Wladimirovich, enloqueció al quinto año de ser encerrado en Ushuaia. Desde hace cuatro años es un guiñapo humano, un cadáver ambulante que arrastra detrás de si un pasado fecundo y glorioso. Sociólogo y biólogo de gran valor, sus trabajos son muy conocidos en Rusia y el mismo Haeckel lo cita en uno de sus trabajos. Fue hombre que no se contentó con la pluma sino que sabía llevar al terreno de los hechos sus ideas y su concepción de la lucha. Cayó con Babby en un desafortunado acto de expropiación. Delante del juez inquisidor reivindicó con valentía el derecho a la vida. Derecho que es necesario defender hasta todos los extremos*".

Un capítulo negro en la historia de los derechos humanos en la Argentina está dado en el tratamiento de los presos en las cárceles durante los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear. Es un tema para futuros investigadores. Se siguió la misma línea de castigo al penado que los gobiernos anteriores. Los diarios de la época están plagados de denuncias sobre malos tratos, sobre condiciones infrahumanas. El presidio de Ushuaia fue todo un símbolo de trato bestial que ya comenzaba en el transporte de los presidiarios en el puerto de Buenos Aires. Pero también Sierra Chica, Bahía Blanca, y otras cárceles fueron ejemplos de trato inhumano. Trato que aún empeoró luego de la toma del poder por los militares, en setiembre de 1930 y que los radicales iban a sufrir en carne propia. La eliminación del penal de Ushuaia se debió a una medida del gobierno de Perón, en la década del cuarenta, medida que fue saludada por todos aquellos que lucharon por más dignidad para los castigados por la sociedad.

Cuatro meses después, en setiembre, Di Giovanni volverá a denunciar el maltrato a los presos, en un artículo titulado: "Usuahia: la sima del infierno". En él repite las palabras de un propio diputado nacional, Alcides Greca, presidente de la comisión de Justicia de la Cámara Baja, quien había presentado un proyecto de ley por la cual se aboliera el presidio de Ushuaia. "*En sus considerandos* —señala Di Giovanni— *confirma todo aquello que nosotros venimos publicando en nuestra prensa desde hace años*". Dice el diputado: "*Sólo las autocracias y los despotismos han recurrido al confinamiento y a la muerte en vida de los seres desgraciados, sujetos a la dura férula de la justicia. El presidio de Ushuaia es una disimulada condena a muerte, proscripta desde ya de nuestras instituciones civiles. No es un régimen correccional basado en los principios científicos y humanitarios. Es una afrenta a nuestra civilidad, indigno de nuestro pasado generoso e idealista y de nuestro futuro, y por eso debe ser abolido*". Agrega a

eso Di Giovanni que esas palabras del legislador dan una pálida idea de la realidad de esa cárcel. "*Pero* —dice— *la sociedad actual tiene necesidad de sangre para apagar la sed de libidinosidad y de sadismo oscuro que la devora, y las pocas veces que claman por justicia —aunque sea de una banca del parlamento— cae como en un lejano desierto sin eco*". Finaliza diciendo: "*De aquella lejana cárcel nos viene un llamado de auxilio para que sea recogido con toda fuerza. Ushuaia, la tierra maldita, la sima del infierno, la Siberia argentina, calvario y sepulcro de nuestros mejores, abierta como una tétrica y hórrida fosa devorante de carne humana, nos ha lanzado un grito y nos pide una promesa. ¡Ushuaia, carne nuestra nos pide justicia!*

¡Acudamos con todas nuestras armas!

¡Acudamos con todo nuestro valor!"[121]

El 10 de junio de 1929 cae muerto por la represión el albañil Clemente Caputo, durante la huelga de la construcción. A Yrigoyen se le empieza a escapar de las manos el gobierno. La gran euforia del electorado del '28 se ha convertido en el '29 en frustración y resignación. "*El partido gobernante* —escribirá el historiador radical Roberto Etchepareborda— (...) *sufría los avances de un oficialismo corruptor. El distanciamiento entre las masas y los dirigentes no sólo amenazaba los futuros resultados electorales, sino que quebraba la confianza en la conducción partidaria. Los apetitos de predominio, los celos entre los principales dirigentes por futuras sucesiones, ya que la jefatura próxima parecía próxima a estar vacante, inficionaban la estructura partidaria y quebraban su solidez. Dentro de los cuadros directivos cundía la desazón, impidiendo encauzar y afrontar los graves interrogantes del momento*". Y más adelante: "*La situación económica adquiere caracteres de extrema gravedad como consecuencia de la crisis que asuela el mundo. Sus primeras manifestaciones se señalan en la Argentina a mediados de 1929*".[122] El historiador, también radical, Félix Luna describe así ese 1929: "*Era evidente en 1929 un relajamiento, un 'aburguesamiento' en el gran partido popular. Tres cualidades caracterizan esta decadencia: la entronización excesiva y fatigosa de la personalidad de Yrigoyen; la política que Moisés Lebensohn llamaría después 'del servicio personal'; y una agresividad contra la oposición que antes no se había ejercido jamás*". Más adelante explica Luna lo del "servicio personal": "*Esta política del 'servicio personal' importaba no solamente un abandono del designio liberador del radicalismo sino también la aparición de una malla de intereses creados de compromisos que no se diferenciaban en este aspecto del armazón del Régimen. Los reclutadores de*

votos estaban allí a sus anchas, y los buenos radicales se perdían en el pequeño juego de la política de toma y daca". Sobre la agresividad, señala: "*Pero en estos años, un espíritu enfermizamente violento, un dejo compadrón y taita hizo carne en el radicalismo*" y "*En los últimos tiempos se organizaron algunos grupos de choque destinados a contrarrestar las manifestaciones opositoras. Ello desprestigió grandemente al radicalismo*".

La derecha y la izquierda blanda atacaban con armas no muy limpias a Yrigoyen. Los anarquistas mantenían su línea, no creían en esa clase de democracia de partidos y para ellos —por las represiones sufridas— había sido peor el gobierno radical que el Régimen. Sobre lo injusto del ataque de la izquierda moderada contra Yrigoyen, el historiador yrigoyenista Rodolfo Puiggrós, escribe: "*¿Cómo se explica, pues, que los izquierdistas nunca perdonaron a Yrigoyen los episodios de la Semana Trágica, de la Patagonia, de La Forestal, de los Ferrocarriles del Estado y de la zona agrícola? ¿No acabamos de decir que lejos de infringir las normas liberales Yrigoyen usó de la máxima violencia del Estado en resguardo de ellas? Sin embargo, con excepción de los anarquistas para los cuales el desencadenamiento de los movimientos de masas preparaba el salto revolucionario a la sociedad sin clases y sin Estado, y de los comunistas que por aquel entonces se daban por objetivo inmediato la implantación de la dictadura del proletariado por medio de los soviets, los demás izquierdistas carecían de razones doctrinarias para censurar a un gobierno empeñado en asegurar el imperio de la ley liberal*".[123]

Los anarquistas estaban contra Yrigoyen pero luego serán los primeros en reaccionar contra el golpe militar. En junio de 1929, los anarquistas antorchistas repartirán un volante titulado "Hablemos de la Argentina". En el mismo entre otras cosas, se dice: "*Hay un límite. Todo puede irse soportando con cierto optimismo, hasta el señor Yrigoyen. Gastar unas cuantas irónicas palabras, hacer humorismo a costa de cosas tan imbéciles, pero hay un momento en que la propia mueca del ridículo se torna grave y lo que juzgáramos para la caricatura y la sorna nos asfixia del tal modo que es necesario gritar, desacirse de la torpeza, de la estulticia ambiente. Tanto 'viva Yrigoyen', tanto 'viva una dictadura' pedida a voz en cuello, tanto 'viva la patria' y otras cosas 'santas' nos están dando asco, náuseas porque vemos lo grave, lo lamentable y triste, la incondicional sumisión e impotencia de un pueblo a través de esa infelicidad de querer ser tratados a látigo, a patadas, a salivazos por un mandón prepotente, un cacique ansioso de grey sumisa y pasiva. Es un escarnio. Protestemos, pues, de este triste espectáculo, aunque los que así lo hagamos seamos unos pocos y sobre estos se descuelguen todos los jueces y los*

códigos juntos. Allá los esclavos que necesitan del amo, los cretinos patriotas que asaltaron en horas de dolor, luto y vergüenza los indefensos barrios judíos de Buenos Aires para dar satisfacción y alientos a los miedos y cobardías de su caudillo. Pero al menos levantemos la voz nosotros y digamos que la Argentina —no como la patria ni como nación— sino como pueblo, como pensamiento y voluntad obrera no es ese circo, ese muladar de bajos apetitos donde hacen demostración de servilismo unos centenares o miles de lacayos, de votantes apesebrados en los puestos públicos. Digamos esto, y más: a los gritos agoreros que piden dictadura, fascismo y muerte para el proletariado, opongamos un 'abajo Yrigoyen', 'guerra a la dictadura', rebelión a las prepotencias de un caudillo tristemente célebre sólo porque hizo mérito ante la rapaz burguesía industrial enviando a los campos tropas que asesinan cobardemente a los trabajadores 'golondrinas', ametrallando obreros en veinte represiones dolorosas e inolvidables, estableciendo la más sorda persecución contra las reivindicaciones proletarias y los hombres militantes de movimientos huelguistas, pues después de fingir atenderlos los acribilla por la espalda. Frente a la patria de Yrigoyen y de Santiago, de las turbas de comité que quieren reeditar semanas trágicas, demos un grito digno de ¡abajo la patria!, ¡abajo la dictadura!, ¡abajo Yrigoyen!".[124]

De varios lados llegó el reproche al anarquismo que, con su posición, hacía el juego a la ultra derecha. Por eso, el 5 de agosto, el antorchismo publicó un nuevo volante donde tomaba posición ante esos reproches. Se titulaba "Sangre en las manos". Toma como oportunidad el envío de tropas por parte del gobierno a Rosario, donde había disturbios por movimientos huelguistas. Dice: "*El yrigoyenismo gobernante hace ya muchos años que lleva sangre en las manos. No podrá lavarlas jamás, porque es sangre de pueblo, de trabajadores. Ahí están aún presentes las feroces y no olvidadas represiones de Santa Cruz y de la Semana de Enero, las más trágicas que ha sufrido el proletariado argentino. Bastarían estas solas para condenarlo, significarlo en toda su infamia, sus designios de exterminio y de muerte sobre las clases obreras y campesinas*". Y entrando de lleno al reproche, señala: "*No podemos engañar ni engañarnos sobre la naturaleza criminal de estos gobiernos haciendoles aparecer como víctimas de los turbios juegos del capitalismo y los grandes intereses de la burguesía agraria. Es una muy hábil manera de distraer a los obreros del verdadero fondo de los hechos, el insistir que si hay represión y sofocamiento de las agrupaciones obreras ello sólo se debe a los propósitos reaccionarios del capitalismo de 'aventura'. Pero la verdad es otra, otra aún a riesgo de irritar a los caciques del actual gobierno; el fementido obrerismo, el sangriento sarcasmo de paternidad de los pobres, hace a menudo crisis en los*

histerismos y pánicos seniles del presidente Yrigoyen quien no ha trepidado ni trepidará en la represión de toda rebeldía proletaria, de cuanto no esté rendido a sus pies de caudillo prepotente. A sólo un paso de la tragedia, recogieron los proletarios de Rosario una oportuna lección de los hechos. Allí fueron —y aún no han sido retirados a pesar del 'acuerdo' obrero-patronal— los cuerpos del ejército enviados por expreso mandato de la casa Rosada para descargar el exterminio, la desolación y la muerte sobre los hogares obreros. No es una simple cuestión política, sino el miedo al levantamiento de abajo, el mismo miedo que dictó la masacre de la semana de Enero y el estado de guerra en la provincia santafecina, no hace muchos meses. Como todo gobernante, confía en la sola solución de las armas. Y la misma represión para el movimiento revolucionario de la Argentina no será una cuestión de 'orden' de 'seguridad nacional' o bajo la presión del novísimo hallazgo de que por ahí denominan capital de 'aventura', sino una simple y llana cuestión de oportunidad, de tiempo, de encontrarse las manos vacías de otras preocupaciones políticas para obrar contra nosotros.

No deben ser los que se llaman revolucionarios —prosigue el volante— *los gratuitos e indirectos sostenedores del engaño popular respecto del gubernamentalismo actual. Aun así, aun cuando calláramos, no serían lavadas las manos manchadas de sangre obrera, sangre de trabajadores y compañeros, del presidente Yrigoyen. El fue el ejecutor indirecto de masacres inolvidables y quien, en los pasados agitados días, envió a Rosario cuerpos de ejército con el evidente propósito de ahogar en sangre toda combatividad obrera que no se sometiera a sus 'paternales' designios. Si bien la represión no salió del desafío y la amenaza de los infelices muchachos del pueblo patrullando en pie de guerra por las calles de Rosario, las sangrientas intenciones quedan en los planes y las sabias 'soluciones' de estos gobernantes. Hora es que se destruya la sangrienta farsa del paternalismo yrigoyenista. No temamos por ello favorecer ciertas oposiciones políticas igualmente funestas que el caudillo radical.*

Pero no silenciemos el criminal intento gubernativo, los planes de reacción e infamias gobernantes, por cuanto ello involucraría atar de pies y manos a los trabajadores frente a la amenaza creciente que no podemos ignorar".

Los amantes seguían comunicándose a través de mensajeros. Los encuentros se habían vuelto cada vez más difíciles. El soñado viaje a Francia para allá unirse definitivamente había quedado postergado hasta la liberación de Alejandro Scarfó. El 28 de junio le escribe Severino a América: "*Cuando tenemos a un hermano bajo las garras del Estado, no se deben cerrar más los ojos para el reposo, y siempre vigilar hasta la victoria, hasta el intento prefijado...*".

El 10 de julio, el fiscal solicita ocho años de prisión para

Alejandro Scarfó por la tenencia de moneda falsa. Además se le siguen procesos por la tenencia de explosivos para un supuesto atentado contra el presidente norteamericano Herbert Hoover, y por el atentado contra la Catedral. "La Antorcha" escribirá: "*Es la carne que necesita la fiera gubernamental para satisfacer sus rencores nunca ahítos: la vida de los revolucionarios engrillados, para decirles a la prensa de la reacción, a los capitalistas y al bisonte yanki que han cumplido con la tarea de obediente mastín, guardián de los dineros manchados con la sangre de centenares de víctimas*".[125] El 17 de agosto, el fiscal Ernesto Jerez solicita prisión perpetua para Alejandro Scarfó y Manuel Gómez Oliver, por el atentado a la Catedral; y 15 años de prisión para Simplicio de la Fuente, Marino de la Fuente y Pietro Mannina.[126]

El 21 de agosto, el grupo anarquista de acción recibe un nuevo golpe. En ese mes casi todos sus integrantes están en Rosario, en apoyo de la huelga general. El día mencionado, José Romano, *Ramé*, llegó de la Capital Federal a las 12.30. Desde la estación Rosario Norte se dirigió a una casa del barrio Godoy. El grupo comenzó a colocar bombas en los tranvías que salían a prestar servicios a pesar del paro. Primero utilizaron explosivos que sólo contenían pólvora, con el fin de amedrentar. Pero el día indicado explotaron dos explosivos de más poder, uno en un vehículo de la línea 8, en la esquina de General Mitre y San Lorenzo, y el restante en otro de la línea 20, a la altura del boulevard Avellaneda y San Juan. En este último resultó gravemente herido José Romano, *Ramé*. Este llevaba en el bolsillo del sobretodo un explosivo de tiempo que estalló antes. Romano fue llevado primero a la Asistencia Pública, donde lo interrogó el más temible de los policías de Santa Fe, el subcomisario Juan Velar, jefe de la sección de policía política llamada "orden social". *Ramé* negó toda participación en el hecho, considerándose una víctima. Pero a un perro de presa como el subcomisario Velar no se le iba a escapar ningún anarquista con pretextos. Se lo mantuvo en el consultorio central de la Asistencia Pública, con guardia reforzada, y luego se lo llevó a la enfermería de la cárcel.

Severino Di Giovanni escribirá un artículo solidario con *Ramé* y su espíritu de lucha. Dirá de él: "*Los militantes de abajo son la mejor riqueza de nuestro movimiento. El anonimato es siempre la más bella cualidad del anarquista. Sólo el esplendor de un fulgor de tanto en tanto nos rebelan esos caracteres. Giuseppe Romano es uno de esos anónimos. Hasta hoy ha estado junto a nosotros. Gravoche*[127] *siempre sonriente, inquieto, siempre de buena*

gana, entusiasta, siempre tratando de hacer algo, jamás un minuto tranquilo. Todas las ocasiones servían para poner en movimiento sus inquietudes: ayer, en el teatro Colón —uno contra mil— protestando contra el jubileo de Chiacchieppe[128] *y distribuyendo sólidos puñetazos y puntapiés en el trasero de los 'héroes de la audacia',*[129] *o por las calles de Buenos Aires pegando sobre las paredes los manifiestos que reclamaban al bisonte norteamericano la libertad de Sacco y Vanzetti para luego terminar el día y pasar la noche en los calabozos de las comisarías. Hoy... hoy nos da otros ejemplos de su bondad. En todas las horas peligrosas de la agitada vida anarquista estuvo con nosotros, nunca se lo vio ausente ni una sola vez y, para estar presente, se hacía la rabona al trabajo. No conocía la disciplina de la oficina donde jamás pudo tener una semana de trabajo efectivo. Se mofaba en voz alta de las reprimendas del patrón o del jefe de la oficina o de las amenazas —que pronto eran llevadas a la realidad— de permanecer un tiempo desocupado. Muchas veces se iba para no escuchar los reproches del patrón o lo mandaba al demonio o se marchaba sin frenos detrás de su descontento de rebelde indomable.*

Hoy se encuentra herido en un lecho del hospital Carrasco de Rosario. Lo alcanzó la explosión de una bomba cuando se disponía a descender de un tranvía. La policía y la prensa de los poderosos lo acusan de ser víctima de su propio acto 'criminal'. El diario 'La Razón' se excitaba todavía más allá lanzando una versión novelesca que se inventa de acuerdo con funcionarios de policía y magistrados y que luego queda como un monumento de infamias donde se sacrifica a la víctima que requiere el Moloch estatal. Los otros diarios, sin rodeos, le han adjudicado biografías fantásticas. Pero él se negó a reconocerse autor del atentado y en los interrogatorios a los que fue sometido —a pesar de su estado delicado— no tuvo otras afirmaciones ante el juez de instrucción. (...) *Pero los designios de esta infame majada de vendidos no logrará ninguna brecha. Nuestro compañero* (...) *se mantiene con la moral alta y con fe en los destinos nada alegres que lo amenazan. Deseamos que la situación no empeore y por ello hacemos presentes a los compañeros de no escatimar el sentido de una verdadera solidaridad. Y que las heridas tengan una pronta curación. Tenemos tanta necesidad de su osada juventud, de su fe iconoclasta y de su buena amistad para marchar unidos hacia las grandes batallas por la anarquía. ¡Coraje, Ramé!*".[130]

Ocho semanas después de su captura, le es posible a *Ramé* hacer sacar de la cárcel una misiva para sus compañeros, que será publicada en "L' Emancipazione". Allí les dice *Ramé*: "*Queridos compañeros: después de cierto tiempo de silencio tengo ocasión de daros noticias mías. Me encuentro bien en lo moral, aunque la herida me ocasiona dolor y fastidio. Pero todo pasará*

y luego de la tempestad, en el cielo limpio, aparece el arco iris. En si, la mía no ha sido una tempestad demasiado fuerte y me dará ocasión para afrontar otras cosas más peligrosas y diré como Nietzsche: 'En la escuela de la guerra y de la vida, aquello que no nos mata nos vuelve más fuertes'. Es así que por cada golpe que recibimos, nos templamos más para así con más éxito recorrer el camino nuestro ya recorrido por otros y que nos señalaron como meta. Y nosotros los jóvenes, aunque somos pocos, somos incansables y no abandonaremos la lucha comenzada.

Siento palpitar en mi corazón cosas bellas y buenas, pero con toda mi buena voluntad no sé expresarlas. Cosas bellas que quisiera realizar pero ¿qué puedo hacer si estos pensamientos... no... quieren... brotar? Pero la primavera no está lejos... Y tengo fe en mí: fe que se centuplica porque es esfuerzo voluntario el que me impulsa a alcanzar aquella nuestra meta, cueste lo que cueste.

Me han operado la herida una vez. Dentro de poco, probablemente, me operarán una segunda vuelta. Los médicos me atienden bien. Lo que me molesta es la vigilancia cada vez más severa que me circunda. Se imaginan que soy un monstruo. No tiene otra explicación que el miedo que los llena de tantos temores fantásticos. Mi saludo a todos los compañeros. Vuestro Giuseppe Romano. Rosario, 31 de octubre de 1929".

El 25 de agosto los dos amantes se vuelven a encontrar por algunas horas. Un día después, Severino le recordará a América: "*Me has tocado todo mi ser, mi vida. Lo has hecho vibrar como has querido. Te leía en los ojos todo el deseo y todo el amor con que está colmada tu graciosa existencia* (...) *¡Qué bella estabas ayer noche! ¡Cómo cantaban nuestros sentidos, bajo la segunda luna de agosto, ayer noche!*". Y luego: "*Tus pupilas, radiantes como todas las expresiones de la más casta voluptuosidad eran las compañeras oportunas de la risa que llenaba enteramente tus ojos negros. La luna, envidiosa, refulgía* (...) *Y te apretaba contra mí, y besaba tu pequeña boca que invitaba a nuevos besos, te besaba entonces todavía más, mucho más.* (...) *Noche inolvidable que jamás olvidaré, que jamás olvidaremos, porque ha sabido abrirnos las vías libres del amor eterno, del amor nuestro, del amor que no conoce ningún otro Dios, que aquel que propicie todas las dulzuras terrenas y celestiales, las fortunas del Edén y de todos los escondrijos paradisíacos* (...) *El idilio vivió en la noche de ayer toda su belleza. Ahora no resta nada más, oh amor, que apagar la sed en nuestras juveniles fuentes con todos los éxtasis, todos los efluvios, todos los cantos y con todos los pecados*".

Pero otras veces, Severino esperará en vano, y eso lo desespera.

El 16 de setiembre, al comienzo de la primavera, él la ha esperado y ella no ha venido. Las flores recogidas por él esperan en vano, y el anarquista enamorado escribe: "*Selva de flores ¿qué esperáis? Hoy no viene la jardinera a acariciar vuestros delicados pétalos. Ella os ha olvidado. Su cabecita se orienta hacia otras cosas. No presta atención a nuestro sol, a nuestra espera, a nuestros latidos. Hoy, oh flores, no viene mi jardinera, vuestra jardinera... ¡no viene!* (...) *¡Oh, selva de flores, hoy sólo os ofrezco mi compañía! Retamas, claveles, alhelíes, lirios, rosas blancas, malvones, rositas, atended: mañana vendrá vuestra jardinera y le ofreceremos toda nuestra espera.* (...) *¡Sí, mañana vendrá! ¡Y entonces danzaremos al sentir el embriagante perfume de las corolas y los pétalos! ¡Sí, mañana vendrá!*".

El espera ansiosamente las cartas de ella: "*Tus cartas me impulsan tan alto, tanto, tanto, hasta hacerme doler de pura felicidad. Una carta tuya es el compendio de la primavera que me obliga al frenesí, que me empuja al regazo jovial del verde inmenso y me sofoca bajo una avalancha de flores*". Y luego de enumerar todos los peligros que los acosan ("*Fuera de este cerco —adentro, aquí, pululan los abortos de la perversidad bloqueando en el pantano del asco— hay una invitación a mil fiestas, un reclamo a las alegrías luminosas del gozo, una flecha indicadora a la suprema danza en el reino de nuestros soles*") le invita al futuro: "*Mañana una nueva canción entonará nuevos convites a la danza interminable*".

La detención de *Ramé* no ha amilanado al grupo. Reaparecen en Rosario esta vez con un atentado donde no dejan de mostrar humor. El 3 de setiembre de 1929, el vicecónsul fascista en Rosario, Gino Romizi, se dirige por nota a Giuseppe Gazzera, encargado de negocios del fascismo italiano en Buenos Aires. La nota desborda indignación. Le señala que en la noche del sábado al domingo personas desconocidas han descargado gran cantidad de materias fecales en la puerta y la vereda del "*reggio consolato generale*". Y agrega que no le cabe duda que los agresores han querido hacer una afrenta a la representación del gobierno fascista. El propio jefe de policía se ha mostrado "*realmente indignado*" por lo acaecido y que "*empleará todos los medios a su alcance para detener a los culpables*". El jefe de policía ha expresado "*su congoja*" por haber tenido que levantar la guardia policial existente debido a que se la necesitaba para "*guardar el orden por la huelga general que sufría la ciudad*". Una buena noticia puede dar el señor Gino Romizi a sus superiores: "*que los diarios no se enteraron del suceso ni tampoco el vecindario ya que bien temprano se hicieron*

los 'trabajos de aseo' pertinentes". Y después, el hilo de la investigación: "*En el curso de la conversación con el jefe de Policía he podido saber que en Rosario se encuentra actualmente un grupo de peligrosos anarquistas, de los cuales no se sabe el nombre, pero detrás de los cuales se halla el famoso Di Giovanni, autor del atentado contra el consulado italiano de Buenos Aires. Se espera poder proceder a la captura apenas se den con las pistas seguras para descubrir su paradero*".

Del buen humor, los anarquistas pasarán a dar un nuevo golpe con toda precisión y sangre fría. El 22 de octubre atentan contra el jefe de Orden Social de Rosario, subcomisario Juan Velar, el policía más odiado por los anarquistas de esa ciudad. Era hombre de no tener pelos en la lengua y solía vanagloriarse diciendo: "*anarquista que cae en mis manos debe tenerle mucha bronca a la vida si sigue siendo anarquista*".[131]

Su método era directo y no complicaba a otros oficiales y agentes. No necesitaba métodos refinados posteriores como la picana eléctrica, el submarino, el clásico de las astillas debajo de las uñas. El Vasco Velar se hacía traer al anarquista de turno, le hacía esposar las manos por detrás de la espalda y lo ponía frente a él. De entrada, con voz suave, le decía: "*vos sabés que a mí me gusta mucho jugar al fútbol*" y sin hesitar sacaba un violento puntapié a los testículos del desgraciado que se retorcía de dolor. Entonces la emprendía a puñetazos y puntapiés contra el caído en un verdadero clímax que terminaba cuando del otro no quedaba otra cosa más que un montículo sanguinolento.

Era su método infalible. Si había alguna acusación por malos tratos sabía salir del paso con el clásico "*tropezó y se cayó por la escalera*" o "*quiso suicidarse golpeándose la cabeza contra la pared*" o "*se hizo golpear por otro preso para hacer la denuncia de apremios ilegales*". Siempre tenía algún raterito o algún agente que le salían de testigos y le avalaban el descargo. A la mano dura del subcomisario Velar se debe posiblemente que las huelgas obreras que vivió Rosario en esas épocas fracasaron pese a su gran espíritu de lucha. La represión costó la vida y la libertad de muchos proletarios.

Mientras Velar practicó su método con obreros y anarquistas de la tendencia pacífica o del anarco-sindicalismo, salió siempre impune, salvo los clásicos repudios en publicaciones y comunicados que a Velar le hacían sonreír compadecido. Pero cuando se engolosinó con un hombre del grupo de Di Giovanni firmó su sentencia, que no fue de muerte sino tal vez peor, más desgraciada y dolorosa.

Roberto Lozada, el anarquista español del grupo expropiador, cayó preso en Rosario y probó el método Velar. Tal vez como ninguno: cuando fue dejado en libertad era más que papilla, era un puré humano irreconocible. Despedazado, quebrantado, roto a patadas.

Paulino Scarfó y Antonio Márquez se encargaron de atenderlo.

Ese 22 de octubre, el subcomisario Velar salió de su despacho para ir a almorzar a su casa —eran algo más de las 12— que estaba apenas a cien metros de la jefatura de Policía. Salió a la calle y caminó despaciosamente hacia la esquina de Presidente Roca y Rioja. Allí había dos automóviles estacionados, cosa que no le pareció muy normal. Y menos cuando de uno de los vehículos bajaron dos hombres. Pero Velar no era hombre de asustarse y siguió su camino, sin perder de vista los rostros de los desconocidos que se le aproximaban. Pasaron junto a él y fue entonces cuando Velar tuvo la sensación de que estaba perdido. Ya no pudo reaccionar. Al contrario, cuando sintió la voz que a sus espaldas lo llamaba —"*¿Comisario Velar?*"— Se dio la vuelta y ahí no más fue el fogonazo. Sintió como si una terrible patada le aplastara la cara. Como un fuego que entraba por los ojos, por la nariz, por la boca, por todas las cavidades. Y cayó desvanecido. La operación quirúrgica tuvo que ser una verdadera obra de relojería. Le habían tirado una perdigonada con un trabuco muy potente, moderno. Le apuntaron a la cara evidentemente con el propósito de no matarlo pero sí dejarlo desfigurado para toda la vida. Y a decir verdad lo lograron. El parte médico oficial dirá que el comisario Velar ha perdido el ojo derecho, tiene el maxilar superior destrozado con la pérdida de casi toda la dentadura (el cronista de "La Prensa" escribirá con tono contrito que "*varios dientes fueron recogidos por la policía en la calzada*"), y pérdida de la mayor parte de la nariz. Al día siguiente, el parte médico informará que se le tuvo que hacer una nueva intervención para que no perdiera también el ojo izquierdo. Velar había quedado prácticamente con media cara para el resto de sus días. Un monstruo... ¿Tal vez ahora ese era el verdadero rostro de un torturador que había sido cubierto antes por una piel sonrosada de buen padre de familia? Los atentadores se habían comportado como escultores expresionistas. Los perdigones habían modelado el verdadero rostro del subcomisario, aquel que reflejaba su alma.

¿Quienes fueron sus autores? Velar, a pesar de que su boca prácticamente había desaparecido, logró balbucear al jefe de

Investigaciones, Félix de la Fuente, el nombre del desconocido que le hizo el disparo: es Paulino Scarfó, sostiene.

El testigo, Antonio Viscusso, comerciante, reconoce por fotografías a Paulino Scarfó, como quien hizo el disparo, y a Severino Di Giovanni como al que lo acompañaba a aquél y que portaba "*un revólver grande, empavonado*" y que lo amenazó para que les dejara paso y no se interpusiera. También el empleado José Caglieris reconoce a Scarfó y a Di Giovanni como los autores del atentado. Describe bien las vestimentas. Paulino Scarfó vestía un saco pijama blanco, pantalón rayado, alpargatas y gorra jockey color claro; Di Giovanni vestía una blusa azul de mecánico, gorra jockey clara y alpargatas.

Días después, el comisario Velar se puede hacer entender un poco mejor y rectifica sus primeras declaraciones. Ahora señala: "*que al llegar a la ochava de Rioja esquina Nor-Este apareció el sujeto Severino Di Giovanni, quien de improviso y armado de un trabuco le disparó a boca de jarro un tiro a la cara* (...), *que su heridor Di Giovanni se acompañaba del sujeto Paulino Scarfó* (...) *Que el atentado del cual resultó víctima es debido al hecho de ser el declarante jefe de Orden Social de Investigaciones, cuya misión principal es individualizar y detener a los sujetos catalogados como ácratas y principalmente esclarecer los hechos llevados a cabo por medio de explosiones de bombas y otros estragos cometidos por individuos conocidos como extremistas. Con motivo de los diferentes atentados terroristas producidos en la Capital Federal y los atentados últimos con motivo de la huelga de los tranviarios, por suponérselos complicados en todos estos hechos.* (...) *Que tiene la seguridad que el atentado lo llevó a cabo el sujeto Severino Di Giovanni quien se acompañaba de Paulino Scarfó; que no puede detallar ropas que estos vestían por haber quedado con su vista cubierta por el fogonazo del arma que le fuera disparada y que le produjo las heridas*".

Los diarios de todo el país publicarán nuevamente el retrato de Severino Di Giovanni —obligado cliché de todo acto delictuoso— como presunto autor. El despliegue policial por calles y caminos adyacentes a Rosario duró varios días. Es que los guardianes del orden habían sido tocados en su fibra más íntima. Pero pese a todo el despliegue, la investigación no adelantará. Los antecedentes del caso irán a engrosar el voluminoso prontuario de Di Giovanni.

Es difícil que Velar se haya equivocado cuando señaló a Di Giovanni como el autor del disparo. El estaba muy interesado en dar con el verdadero autor. Pero las dudas quedan porque primero declaró que había sido Scarfó y muchos días después varió su opinión y le adjudicó

su autoría a Di Giovanni. Los testigos, por su parte, reconocieron a Scarfó como el autor del disparo.

Sabemos, por relato de ex expropiadores muchos años después, que el atentado fue preparado minuciosamente por Paulino Scarfó, Miguel Arcángel Roscigna, Severino Di Giovanni, Umberto Lanciotti y Antonio Márquez, y que no hay dudas de que el autor del trabucazo fue Paulino Scarfó. Sobre quién fue el acompañante, las opiniones están divididas entre Miguel Arcángel Roscigna y Severino Di Giovanni.

El arma con que se efectuó la perdigonada fue encontrada después en la quinta alquilada por Severino en Burzaco: un trabuco moderno de origen belga, de gran poder, que había sido comprado por Emilio Uriondo en la armería Rasetti.

El atentado contra Velar llenó de optimismo al grupo expropiador y lo alentó a seguir por esa senda.

En un artículo que Severino publicara en "L'Adunata dei Refrattari" procura llevar a error a la policía haciéndose pasar fuera de la Argentina. La nota se llama "Luchas sociales en la Argentina: el verdugo de Rosario". Allí dice: "*Muchas veces escribí en estas columnas la épica gesta del proletariado y de nuestros compañeros de Rosario. Prometí volver a hablar en una de mis últimas crónicas, pero los acontecimientos me troncharon la pluma y me entorpecieron la mente. Eventos tristes que en nuestro activo son las páginas agitadas y gloriosas, que anudan los sollozos en la garganta y hacen cerrar los puños...*

Y desde setiembre a hoy vemos en la crónica que las páginas luctuosas se siguen una a la otra. De los nuestros, de aquellos que en la acción donan la lozanía de la juventud y el tesoro de su generosidad han caído inflamando más todavía la llama votiva de la idea, de la anarquía.

Primero, cuando la lucha comenzaba saturada de promesas de mil esperanzas, nuestro Guiseppe Romano, Ramé —como lo conocían todos, lo amaban y lo estimaban— caía herido en diversas partes del cuerpo como resultado de la explosión de una bomba. Luego, todavía más doloroso, la muerte se llevaba al compañero Leonardo Solé y otros dos quedaban gravemente heridos. Una bomba explotaba por una imprudencia de Solé, sembrando dolor en nuestras filas. Rosario comenzó a vivir en pocos meses con qué armas se defiende la policía aterrorizada, asustada e irritada. Métodos de terror, palizas feroces, sevicia, persecuciones, privación de la libertad, todo eso forma el activo de la famosa policía de 'orden social' de Rosario. Ni un rincón de la Argentina permanece sin

eco doloroso de la carne martirizada de nuestros compañeros. ¿Quién era el verdugo responsable de esta cacería feroz del anarquismo?

Juan Velar, jefe policial de la sección Orden Social, el 'vasco verdugo'.

Oíd cómo escribe 'La República' de Buenos Aires la biografía de esta fiera humana: 'El subcomisario Juan Velar ejerce desde hace varios años la jefatura de orden social de la policía rosarina, y es conocidísimo por su crueldad por todos los trabajadores de Rosario. Pertenece a los policías de la vieja escuela que creían que su deber era servir incondicionalmente a los intereses de los ricos. Para él, las aspiraciones de los trabajadores son delitos que deben ser castigados a sangre y fuego. El gobierno y las instituciones existen solamente —según su criterio— para servir a los capitalistas castigando severamente a los obreros que intentan mejorar sus propias condiciones.

Siendo jefe de policía el general Broquen y el señor Cepeda —dos inquisidores de nefanda responsabilidad— Juan Velar fue su esbirro más siniestro. Utilizó su famosa goma para romper costillas de obreros, las incomunicaciones de 10 a 15 días a pan y agua para los trabajadores eran habituales. Los miembros del comité pro-presos, que se preocupaba por los compañeros caídos en el cumplimiento de su deber tenían un enemigo terrible en el esbirro Velar, quien —de todas las maneras posibles— obstaculizaba su misión, afirmando que los arrestados por cuestiones sociales debían ser tratados peor que los más feroces delincuentes. De las vejaciones más ignominiosas hasta el castigo corporal de los militantes, todo fue utilizado por este esbirro clásico para perturbar el movimiento operario rosarino'. Hasta ahí el diario 'La República'.

Nosotros deberíamos dar la biografía de esta hiena con otras palabras, con otros documentos, con otras noticias.

En el fondo de los acontecimientos sociales de reivindicación de este país tenemos más de un enemigo. Pero aquellos que están anidados en la policía están en una posición más amenazadora detrás de nuestros talones (...) *El 22 de octubre, pocos minutos después del mediodía, Juan Velar fue blanco de un atentado de parte de justicieros desconocidos. Veamos el comentario del mismo diario 'La República' del día siguiente: 'Así como el blanco fue esta vez un funcionario policial, en la imposibilidad de encontrar a los autores del hecho, se trata de echar la culpa a cualquier individuo conocido por profesar ideas libertarias inculpándole como autor y satisfacer así la venganza policial. Desde ya es prueba evidente la circunstancia para la cual la policía —de acuerdo a una supuesta declaración de la víctima— señala como uno de los autores a Severino Di Giovanni, del cual poseemos cartas de reciente data enviadas desde Estados Unidos lo cual demuestra el error y la mentira de la policía en descubrir hechos. En cuanto al resto y en lo que se refiere al acto en sí —repudiable como todos los actos de violencia individual cumplido para resolver una cuestión de carácter*

colectivo— era de esperarse. Por ley fatal de reacción, la violencia de los dominadores hace germinar siempre la violencia de los dominados. La víctima de este atentado, esbirro de la peor especie, odioso residuo de los viejos tiempos en los cuales las ideas eran combatidas con el plomo es un hombre cerrado a acciones y criterios nuevos y renovadores, quien sostenía que al pedido de pan de los trabajadores había que responder con las balas. Se trata, por eso, de un hombre que iba a encontrar alguna vez la horma de su zapato. Por este atentado de ayer —si no es justificable porque el atentado individual, bárbaro e ineficaz no se justifica jamás— es por lo menos explicable en los daños que cometió este viejo verdugo que vivía con el reloj retrasado y con el alma todavía más en retraso'.

El compañero se habrá dado cuenta que por los conceptos sobre el atentado individual no es necesario explicar que se trata de un periódico adverso a nuestras ideas. Nosotros, en cambio, justificamos con toda la potencia de nuestra idea revolucionaria ciertos gestos que sólo la historia sabe juzgar serenamente. Hoy no sólo vemos justificados sino también glorificados en la piedra y en el bronce los heroísmos generosos de Felice Orsini, de Agesilao Milano, de Guglielmo Oberdan y de tantos otros.

En lo que atañe al compañero Di Giovanni, como bien observa el periódico argentino, podemos asegurar su alejamiento de ese país. La policía, de ahora en adelante, no hará otra cosa que adjudicarle a él todos aquellos atentados que cometen los eternos desconocidos de siempre contra los fascistas, los espías, los policías, etc.".[132]

Los anarquistas celebraron el atentado contra Velar. "La Protesta" guardó silencio pero "La Antorcha" tituló: "Velar, la bestia negra". Y decía en la nota: "*Los trabajadores y los anarquistas de Rosario, a través de muchos años de acción, de movimientos y militancia, conocían suficientemente quién era Velar. Conocían la larga historia de torturas, de martirios, y de tenebrosidades de esta fiera. El odio de los obreros, de los revolucionarios concentrábase hacia él. Su puerco oficio de policía teníalo constantemente agazapado, hurtando el cuerpo, pero siempre dispuesto a descargar miserables golpes sobre los trabajadores. Sería relato extenso mencionar su historia de criminalidades, de infamias. Bástanos nombrarle. El solo mencionarlo hace acudir a la mente el recuerdo de los torturados, de las pobres mujeres llevadas a empellones a su presencia, el sadismo con que oprimía sus senos en una prensa para arrancarles una declaración, una inculpación*".

Luego agrega: "*Pero, finalmente, la bestia negra ha caído. No ha muerto, aunque certeras balas fueron alojadas en su testuz. El hecho vindicador ha sido cumplido igualmente. El ejemplo fue dado. Hubo quienes supieron parar en seco a la bestia en su carrera de exterminio* (...) *La bestia negra, cada día más*

ensorbecida fue batida a tiro limpio en las calles de Rosario. Ahora es un pingajo más. No dará pena ni gloria. Un ex policía que subvencionará el Estado, su amo".[133]

En Rosario, fueron detenidos decenas de anarquistas a raíz del atentado. Pero Paulino Scarfó, Umberto Lanciotti, Antonio Márquez, Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna logran rehuir el cerco y volver a la Capital.

El 25 de octubre de 1929 se produce el hecho más negro de la historia del anarquismo argentino. La tragedia se veía venir. En los últimos meses se habían profundizado las diferencias dentro de la misma redacción de "La Protesta". No sólo había resquemores entre los propios López Arango y Diego Abad de Santillán sino con ex redactores y miembros de la redacción: Acha, los hermanos Mancebo, Aladino Benassi, y otros. Además de eso, la cada vez más agudizada polémica contra los grupos expropiadores.[134]

López Arango había rechazado dos o tres intentos de Aldo Aguzzi y uno de Miguel Arcángel Roscigna para que "La Protesta" rectificara en sus páginas los calificativos de "*espía fascista y agente policial*" con que se había calificado a Severino Di Giovanni. Al contrario, ahora era él mismo quien firmaba artículos contra los expropiadores y no tenía empacho en maldecirlos y denunciarlos abiertamente ante la opinión pública (por supuesto, también estaba la policía, coleccionando argumentos y esperando el momento en que se desatara la tormenta).

Ese 25 de octubre alguien llama con las palmas de la mano a la puerta de la casita donde vive Emilio López Arango, oscurece, son unos minutos más de las 19. López Arango está en la cocina con su hijito mayor y un amigo.

Hoy no ha ido a la redacción de "La Protesta" porque tiene a su mujer enferma —recién la han traído del hospital donde fue operada— y tiene que cuidar a sus tres hijos.

Todo es silencio en la calle San Martín —entre Pastor Ferreyra y Ramón Franco, de Remedios de Escalada Oeste—, el atardecer es apacible en esa primavera ya plena. López Arango oye las palmadas y manda a su hijo para ver quién es. Este vuelve y dice que preguntan por él. Y éste va en busca de su muerte. Lo que ocurrió nunca se sabrá. Serán todas conjeturas. Si fue una o fueron dos o tres personas. Si hubo una corta y acalorada discusión previa, como afirmó algún vecino. Lo que sí está comprobado es que tres balazos alarmaron a la barriada. López

Arango ha caído junto a la puerta de rejas de su casa, allí, en el camino de baldosas que separa los dos canteros del jardín. Ha recibido los tres balazos en pleno pecho. A la pregunta de si conoce quién ha sido el agresor, responde moviendo la cabeza afirmativamente. Pero nada más. Morirá poco después sin poder hablar.

No habrá testigos directos. Alguien dirá que luego de los balazos se escuchó el motor de un automóvil en marcha. Un matrimonio dueño de una panadería cercana y una clienta afirman haber visto poco antes del crimen a tres hombres parados junto a un taxímetro de modelo antiguo. El que se sentó al volante era bajito, los otros dos rubios y altos. Uno de esos rubios tenía sombrero negro y ropa oscura.

Al principio, los hombres de "La Protesta" estaban desorientados. La pista que tienen no los lleva a Di Giovanni. Antes bien, creen que el autor o los autores tienen que estar entre los grupos de obreros panaderos que han amenazado de muerte varias veces a López Arango. Entre ellos había varios que le tenían profundo odio al director de "La Protesta"; lo llamaban *bombero* porque apagaba todas las acciones de rebeldía de ese gremio. Hombres de "La Protesta" decididos a vengar a López Arango logran tomar prisioneros a varios panaderos que consideran sospechosos. Pero luego se presentan espontáneamente hombres de primera fila de ese combativo gremio para asegurar que nada tienen que ver ellos con la muerte de López Arango. Lo aseguran bajo palabras de anarquistas. Sólo entonces los compañeros del caído se orientan hacia Di Giovanni. Van en su busca para matarlo. Para liquidarlo sin pregunta previa.

Pero no lo consiguieron. No pudieron dar con su paradero. "*Sus amigos lo protegían a muerte, ninguno de ellos habló una palabra*", nos señaló Diego Abad de Santillán, 40 años después del hecho, en una conversación que mantuvimos el 12-12-69 sobre el hecho. Abad de Santillán me dijo textualmente: "*López Arango fue un ex obrero panadero autodidacta, con brillantes ideas y muchos enemigos, tanto es así que creíamos que lo habían asesinado otros grupos pero todos los enemigos de Arango dieron explicaciones y nos dijeron que había sido Di Giovanni. Entonces desciframos los garabatos que Arango había escrito con su propia sangre en el suelo antes de morir e interpretamos así, que quería decir Di Giovanni. Este nos había enviado dos o tres veces a Aguzzi para que nosotros paráramos la campaña contra él, pero nos negamos. Luego vino Roscigna también diciendo: 'paren por favor esa campaña que Severino está dispuesto a todo'. Cuando ocurrió la muerte, salimos todos a buscarlo para matar a Severino. La policía nos dejaba el campo libre. Pero*

no hubo caso. No lo encontramos. Después me tocaría a mí porque yo era quien más lo había criticado. Una vez me llamaron de la jefatura de la Policía de la Capital y me preguntaron: ¿está usted armado? No, les respondí. ¿cómo voy a venir armado a la jefatura de la Policía? Y entonces el comisario me dijo: bien, bajo nuestra responsabilidad vaya usted armado porque la banda de Di Giovanni lo va a matar. Y me dieron todos los detalles. Ellos estaban más enterados que yo. Pero yo seguí siempre mi camino".

Y en esto Abad de Santillán no faltó a la verdad. Lo mismo había escrito poco después de la muerte de López Arango en una carta a Max Nettlau, a Berlín. Dice en ella: "*La propia policía me recomienda que vaya armado, que ella sabe el peligro que corro, etc.*". Aquí, el propio Santillán sin quererlo estaba reconociendo que para la policía era él más importante vivo que muerto y que a quien en verdad perseguían era a Di Giovanni.

¿Fue Severino Di Giovanni el autor? Nadie pudo comprobar nada. Los anarquistas "protestistas" de aquel tiempo siguen sosteniendo que fue él. Los que pertenecieron al "antorchismo" no son tan categóricos. Señalan que, por costumbre, a Di Giovanni ya se le achacaban todos los asaltos, las bombas y los crímenes. Un tercer grupo, de hombres que militaban en los sindicatos anarquistas siguen insistiendo en que los matadores de López Arango partieron del propio grupo de "La Protesta" en el cual había un gran resentimiento contra él. Un hombre insospechable de partidismo como Umberto Correale —que vivió intensamente esa época y concurrió asiduamente al local de "La Protesta"— nunca estuvo convencido de la culpabilidad de Severino. "*Lo más sospechoso para muchos en aquel momento fue la prontitud con que los diferentes hombres que tenían discrepancias con Arango estuvieron en la casa de éste cuando ocurrió el hecho, a pesar de que vivían en lugares muy distantes entre sí*".

El autor de este libro, por su parte, después de una minuciosa investigación y de conversar con numerosos testigos, está convencido que sí, efectivamente, fue Severino el matador de López Arango. Las pruebas están dadas en la correspondencia que intercambió Di Giovanni con Hugo Treni, a raíz del pedido que hizo aquél de un tribunal de anarquistas que juzgara su conducta.

Lo verá el lector en el capítulo "El tribunal". En el mismo hay pasajes de su correspondencia que se pueden tomar como un reconocimiento de la autoría. En la carta del 27 de marzo, por ejemplo, dice:

"*Porque si un grupo de hombres* (...) *no será capaz* (...) *de resolver mi caso como lo exige la justicia y la verdad, no me queda otra cosa que retomar aquellas armas dejadas y esgrimirlas como recursos defensivos, para liquidar la enfermedad corrosiva. Dar así un nuevo tajo para aislar la gangrena con el último bisturí que me quede en la mano. Así procedí y obré antes de octubre pasado. Me dirigí personalmente al responsable: Arango me dio por respuesta una risotada de burla. Pero ¡por Dios! No siempre se desafía a capricho la ira del semejante*". Y más adelante agrega: "*Contra la vileza seudoanárquica no es lo más apropiado usar el sistema cristiano de Tolstoi, tanto más que con la temperatura en que aquí estoy obligado a moverme me obliga a rehusar los medios que ofrece el filósofo ruso*". Y este párrafo clave: "*Vino la catástrofe irremediable y necesaria, por lo menos para mí. Al final, algunos de los sordos oyen, pero se limitan no a esclarecer los motivos que empujaron a la maduración del acto, pero sí a reclamar, protestar y gritar a todos los vientos contra el que mata , aunque se haya matado en* legítima defensa*, condición ésta que admiten hasta los juristas burgueses".* (El subrayado es de Di Giovanni.) En su carta del 23 de abril se encuentra este párrafo muy sugestivo: "*¿Acaso creéis que con Arango no escogí todos los medios? ¿No le di acaso veinte días de plazo?*". Y en el párrafo siguiente viene la prueba definitiva —de su puño y letra— de su autoría: "*Para satisfacción del jurado sería bueno abocarse personalmente. Pueden Hugo o Mosca venir a Buenos Aires. Les podría dar la prueba que Santillán todos los días puede caer como Arango, bajo mi plomo. Si no lo hago es porque quiero una satisfacción no sangrienta al movimiento en que vivo y milito*".

Las cartas al tribunal, la correspondencia de Treni y Luigi Fabbri y otra documentación no dejan casi dudas sobre la autoría, así como las conversaciones mantenidas —en el curso de esta investigación— con los sobrevivientes del círculo que rodeaba a Di Giovanni. Así como está claro quién fue el autor, así falta claridad en cómo se desarrolló el hecho. Sabemos que sus compañeros trataron de disuadirle, pero la furia e indignación de Di Giovanni eran tan enormes que no admitió razones. Fue, en principio, a conminarlo por última vez. Es posible que haya ido solo, como lo sostienen algunos, sin coche y que haya efectuado los disparos después de una corta discusión con López Arango en la puerta de la casa de éste y ante una respuesta sarcástica del español y que luego se alejara a pie. Pero lo más probable es que haya sido en el taxímetro de un español de apellido Tomé[135] incondicional chofer del grupo expropiador que era pequeño de estatura —coincidiría el testimonio de testigos de la panadería— y que habría sido el mismo que lo llevó a Monte Dinero en el episodio Montagna. Según otra versión, Tomé no

pudo recoger a Severino después de la muerte de López Arango porque vio aproximarse gente sospechosa, debiendo Di Giovanni huir a pie por las calles de Remedios de Escalada. En el año 1969, un sobreviviente del grupo expropiador declaró ante otro compañero de filiación anarquista que él había acompañado a Severino a la casa de López Arango. Cuando apareció éste se inició la discusión y López Arango hizo un gesto de sacar un arma de fuego y que él —el declarante—viendo en peligro la vida de Severino le descerrajó instantáneamente los balazos que dieron muerte al anarquista español.

Todas versiones dignas de tener en cuenta pero que décadas después ya no pueden comprobarse. Las cartas de Severino y la de los participantes en el tribunal no dejan dudas sobre la parte protagónica de Di Giovanni en el hecho.

El entierro de López Arango fue imponente. Todos los gremios de la FORA estuvieron presentes y diversos oradores reprobaron la muerte de su líder. La primera reacción de "La Protesta" es de indignación y de dolor. Ahora es Abad de Santillán quien está a su frente. Pero no nombra a culpables. Todavía hay desorientación. En la página italiana de ese periódico, aparece un recuadro: "*Nos tiembla la mano, la pluma se niega a escribir estas palabras: 'Arango ha muerto', aquí, en el mismo escritorio, aquí, donde durante tantos años desplegó su bandera, con la misma pluma que él escribía sus batallas. López Arango desaparece por mano asesina. Es ahora las tinieblas que triunfan sobre la luz, la violencia cobarde que se anida en nuestras filas, que se protege a la sombra de nuestros ideales de humanidad y golpea mientras no se atreve a atacar al enemigo y se agazapa a sus pies. Nuestro dolor y nuestro luto. López Arango ha muerto por mano asesina*".[136] Días después, Luigi Fabbri, en el mismo lugar de "La Protesta" escribía un enérgico artículo donde comparaba lo sucedido con los actos fascistas. Y llamaba a los anarquistas a alejarse de la crueldad y de la violencia. El periódico "L'Aurora", de Estados Unidos, luego de informar la muerte de López Arango señala que el mismo ha sido consecuencia de recientes polémicas entre compañeros: "*Nuestro sentido de la responsabilidad* —agrega— *se estremece ante la mera hipótesis de un hecho similar. Nosotros nos explicamos y nos esforzamos en comprender cada episodio aunque sea violento que pueda manifestarse entre compañeros durante violentísimas discusiones y diatribas, incluso los disparos hechos contra Malatesta hace años en Patterson, sin por eso justificarlos desde la mira*

anarquista. En el caso que nos ocupa, el caso es realmente más triste bajo todo punto de vista.

Con todo no queremos negar la grave provocación de parte de algunos redactores de 'La Protesta'; ¡oh, no! El hecho de lanzarse insistentemente contra algunos compañeros buscados por la policía llegando así —sin tal vez intenciones deshonestas— más allá de los límites que la honestidad prohíbe, no puede negar su parte de responsabilidad en la desventura que golpea al Movimiento argentino. Pero de ahí a justificar la feroz represalia en la persona del compañero Arango no es nuestra intención; tanto más que la tragedia ha ocurrido en circunstancias tan monstruosas que el cerebro equilibrado de un hombre sensible y verdaderamente anarquista se niega hasta el extremo de acoger esa imagen dentro de la caja craneana".

"La Antorcha" criticará el asesinato de Arango, aunque con matices. En un recuadro titulado "Justicia", señala que hay dos justicias: o defensa o venganza. Que la justicia llevada a cabo contra Velar, el coronel Falcón o el masacrador de la Patagonia, teniente coronel Varela, fue llevada a cabo por la defensa. "*Pero* —añade— *no estamos hablando de bestias, sino de hombres*". Y —sin nombrarlo— se refiere a López Arango: "*Situemos frente a nosotros a aquel que con más cinismo nos escupió en la cara, pateó nuestros caros sueños, retorció, hasta hacer odiosas y repugnantes, nuestras más santas intenciones* (...) *Y ¿por eso acaso emplearemos contra él el mismo procedimiento que el del héroe contra el lobo?* (...) *¡No! Eso puede ser desesperada venganza. ¿Justicia? ¡No! ¡No es justicia!*".

"La Protesta", con Abad de Santillán iniciará una nueva línea. Luego de la primera indignación, ofrece a todos los campos del anarquismo la reconciliación. Comprende que seguir con su campaña no tiene ningún sentido porque se llegaría a una guerra intestina sin fin. "La Antorcha" reaccionará positivamente ante este llamado aunque sin dejar de hacer historia. Dice en un recuadro titulado "Le tomamos la palabra": "*Dijimos nuestra opinión sobre la muerte de Arango. Sin susto ni horror, dijimos: ni es justa ni soluciona nada, si a más de esto, alguien quería de nosotros protestas, acusaciones o llantos, ése quería más de lo razonable; y ése ignoraba, sin duda, que la venganza cumplida en el redactor de 'La Protesta' pudo ayer, pudo hoy o puede mañana, aunque por distintas causas, cumplirse también en cualquier redactor de 'La Antorcha'.*

Que así están las cosas, porque así las han puesto los que desde hace quince años desataron la violencia personal, de pateaduras, asaltos y tiros contra los que no acatamos los chantajes, los úkases o los brutales caprichos de sus estúpidos caudillos. Y al decir esto, esperamos que nadie se haga, o sea realmente

tan ingenuo que nos pida concretos". (En este párrafo, "La Antorcha" se refería entre otras cosas, al ataque que hombres de "La Protesta" realizaron en General Pico contra el periódico "Pampa Libre", de orientación antorchista, en el que se produjeron víctimas.) "*¡Diablo!* —continúa "La Antorcha"— *ello significaría o una invencible ignorancia de lo que aquí pasa o una hipocresía que no vale la pena recogerse, y contestarse. Bueno. Con igual sinceridad que ese triste hecho hablaremos también sobre lo que 'La Protesta' ahora pregona: concordia, respeto, tolerancia. Nos agrada la cosa y nos conviene.*

Nos agrada porque no siendo nosotros, como no somos, suspicaces, creemos en la buena fe de esa campaña. Y nos conviene la cosa porque siendo, como somos militantes de un anarquismo de acción, ese dejarnos en paz significa tener desde hoy otra mano más cada uno. Los dos contra los burgueses, ¡ahora!

Le tomamos la palabra a 'La Protesta': no pedimos que nos acompañe en nada, ni a motinear, ni a caer presos, ni a solidarizarse con los hechos y los hombres nuestros; ni le negamos tampoco el derecho a criticarnos. Todo se acepta siempre que pare el boicot a nuestros actos, la irrupción a mano armada en nuestros locales, el sarcasmo y la injuria y la calumnia a los más aguerridos y activos".

En esto último, los hombres de "La Antorcha" se referían al caso Di Giovanni. Meses después, el 10-5-30, "La Antorcha" hablará de "*la explicable muerte de Emilio López Arango, fomentador de desgarramientos profundos en el movimiento*" y, en la misma nota señala que "*desde las propias columnas de 'La Protesta' se* (inició) *una verdadera campaña difamatoria de delación y muerte política contra los compañeros Siberiano Domínguez, inerme en su calidad de prisionero y Severino Di Giovanni, contra el cual llegó a rivalizar con la policía encargada de su persecución, en sembrar el desconcierto en el campo anarquista y promover las acusaciones más desleales e impropias*".

La tragedia había obligado a reflexionar. Luego, la represión brutal del gobierno militar de Uriburu haría olvidar todos los problemas internos. No habría tiempo ya para discordias.

VIII

Por la libertad absoluta con las obras de Reclus y la colt 45

"... y cambiar el plato de lentejas por una herencia
fabulosa de cumbres inaccesibles."

(Severino Di Giovanni, "Fragmentos
del reino del Psique".)

El 24 de diciembre de 1929, por la mañana, se comete un atentado contra Hipólito Yrigoyen. El presidente de la Nación sale ileso y el agresor es muerto a balazos y golpes por la custodia. Habrá dos versiones del hecho, que nunca llegó a aclararse definitivamente. Según la primera, el auto de Yrigoyen fue atacado a balazos a cien metros de su domicilio por un italiano desequilibrado llamado Gualterio Marinelli, de antecedentes anarquistas. La segunda versión señala que Marinelli —que hacía ya muchos años se había alejado del anarquismo— quiso entregar una carta al presidente de la Nación para solicitarle la reincorporación de un médico en un hospital barrial y que la custodia policial lo confundió con un agresor y lo mató a tiros. La reacción de Yrigoyen podría hacer creer la segunda versión ya que el *Peludo* fue al hospital a ver el cadáver de Marinelli y luego resolvió que la Lotería Nacional le entregara a la viuda cien pesos mensuales.

El atentado será interpretado de diferentes maneras en los sectores anarquistas. "La Protesta" duda de la versión policial pero de cualquier manera se distancia del posible atentado, ya que señala que para los anarquistas Yrigoyen vale más vivo que muerto (porque "*vivo seguirá cometiendo errores; muerto, se convertirá en mito*").[137] "La Antorcha", en cambio, hará la defensa del atentado y del autor de los disparos.[138] Severino Di Giovanni, en un artículo que publicará en "L'Adunata" hará un cálido elogio del hecho y elevará a Gualterio Marinelli a la categoría de héroe. Dirá que el atentado estuvo perfectamente preparado, que Marinelli pertenecía al grupo anarquista Nueva Era y que tenía antecedentes vindicadores en un atentado realizado contra un hotel de Pocitos, Uruguay. Luego, en un artículo sobre Hipólito Yrigoyen, hace una curiosa interpretación de la personalidad del político radical. La nota se llama "Yrigoyen, el caudillo" y dice, entre otras cosas:

"*Si la Argentina es la tierra del caudillismo, Hipólito Yrigoyen es el*

prototipo del caudillo: una mezcla inconfesable de camorrista y de mafioso, caracterizado por la ausencia absoluta de ese coraje caballeresco que hace aparecer de algún modo simpático al antiguo dominador de la campaña argentina, el gaucho. Yrigoyen, en sesenta años de vida política —con maniobras oscuras e intrigas disimuladas bajo la charlatanería del demagogo— logrará por dos veces la suprema magistratura de la República. Los sucesos más sangrientos y feroces fueron consumados bajo su primera presidencia en homenaje a su profundo amor de Padre de la Patria y de los pobres, título con que es disfrazado por la innoble cortesanía de sus escribas.

Y así como el lobo —prosigue Di Giovanni— *pierde el pelo pero no las mañas, otra vez de nuevo en el poder, las masacres proletarias comienzan a atormentar esta generosa tierra americana: en San Francisco, Córdoba, a sangre y fuego fueron reducidos recientemente los huelguistas que solicitaban un tratamiento más humano, y hace dos meses en el premeditado desastre ocurrido en Plaza Once se sofocaron en sangre las protestas de la oposición por el asesinato de Carlos Washington Lencinas, muerto por mandato directo del 'caudillo'*".

Ese fin de año significa para Severino tristeza y depresión. No había podido cumplir su palabra de liberar a Alejandro Scarfó. Eso, y no poder ofrecer a América un lugar para llevar una vida en común, lo llenaban de impaciencia. En Nochebuena le escribe a su amada: "*Notte di natale. La tempestad quería encerrar bajo su rumorosa campana el silencio de nuestro descontento, así, como se cierra la vida de dos mariposas blancas entre los dedos de un niño maligno.*

Todo se ha detenido en el borde donde corre velozmente la muerte y donde solamente mi ala impulsa la nostalgia como un dardo hacia la luz que se aleja.

Hoy, como regalo de Nochebuena —fiesta que me recuerda cosas inolvidables ya de mi niñez— quiero ofrecerte todo mi pensamiento. Regalo que pongo delante de tus ojos".

Y siete días después, en el último día del año: "*Fin de año. Año de continuo deseo insatisfecho. Columpio de alegrías y tristezas. Frutos agrios mordidos para exprimir deleites indefinidos. Casi inútilmente. Año de noches insomnes y de días soñados con los ojos abiertos. Año transcurrido construyendo castillos fantásticos e imposibles. Año de cantos melancólicos y nostálgicos. Fin de año: en mi corazón te has posado como una mano fría, descarnada; como un símbolo clarísimo de la vida ya pasada... Sirio me indica con su sonrisa el camino y corro ansiosamente hacia ese destino, con su beso sobre la frente...!*".

Si en lo íntimo se lee su nostalgia con mucho pesimismo, en los escritos políticos de esa época continúa con su resolución y su llamado a la lucha.

En "Un llamado, una propuesta y una batalla", que publica en "Bandera Negra" y en "L'Adunata", de Estados Unidos, incita a luchar por la libertad de Alejandro Scarfó y sus compañeros, y por *Ramé*. Dice: "*Podemos siempre crear en torno a un nombre toda la afirmación de nuestro movimiento: crear calor y luz y transformar todo en acciones benéficas. Derramar por los senderos del mundo las semillas de la propaganda anarquista, seguros de una buena germinación. ¡Podemos y debemos hacerlo! Sobre los ejemplos de nuestros mejores es urgente entretejer la fortuna, la gloria, la victoria de nuestra idea. Por eso es urgente acudir en ayuda de las víctimas de la rabia estéril e histérica de los dominantes, para levantar en torno a ellos todas las barreras y todos los esfuerzos de la defensa revolucionaria.*

También nosotros, en la Argentina de Ramón Falcón, de Juan Velar y de Héctor Varela tenemos la falange nada pequeña de los mártires y de los perseguidos para los cuales es necesario golpear con el martillo de la solidaridad. Para los mártires no queda otra cosa que imprimir sus nombres en nuestra bandera roja y negra, mientras por los perseguidos se debe gritar su nombre en cada batalla cotidiana (...) *Son jóvenes, lozanas vidas que abren sus flores al beso y a la caricia de la idea. Jóvenes que han dado todo y dan siempre sin escatimar fuerza, primavera y libertad*".

Luego habla de Alejandro Scarfó y *Ramé* e informa acerca del presidio de Ushuaia y de las fuerzas represivas del gobierno de Yrigoyen.[139] En un artículo se refiere a la condena de Alejandro Scarfó "*urdida por los mastines de Orden Social y por la delación del maldito espía fascista Giulio Montagna*".

El 20 de enero de 1930 es asesinado Agostino Cremonessi, en el Parque Independencia de Rosario. Cremonessi había sido hombre de "Culmine" y seguía siendo amigo de Severino. Será otro crimen que quedará impune. La policía se apresurará a acusar a Di Giovanni. Este, por su parte, sospecha en un primer momento de una venganza de los hombres de "La Protesta" por la muerte de López Arango. Más tarde, Di Giovanni expresará su convencimiento de que su amigo Cremonessi fue muerto por la policía para cobrarse el atentado contra el comisario Juan Velar.

En la figura del joven Agostino Cremonessi se conjuga otra tragedia del anarquismo italiano en el exilio.[140] Cuando fue asesinado

contaba 24 años de edad. Había nacido en el norte de Italia, en Pavia. Desde adolescente fue anarquista y luego de un tiempo en Francia —donde vivió junto con otros exiliados italianos— vino a la Argentina. Sus padres, Fortunato y Angela Colombo y sus hermanos Emilio y Adela se instalaron en Rosario. Cremonessi quedó en Buenos Aires donde tomó contacto con el grupo "Culmine", de Severino , quien lo puso como administrador del periódico, el cual, a mediados de 1928, tiraba ya entre tres mil y cuatro mil ejemplares. A su nombre llegaban los dólares que los italianos anarquistas de Estados Unidos enviaban para pagar el abono anual.

Durante el día, Cremonessi trabaja de mozo en el restaurante del Banco Francés. Cremonessi había cursado hasta el segundo año secundario, hablaba y escribía el francés y poseía cierta cultura. Hacía permanente propaganda anarquista entre sus compañeros del trabajo y por eso llegan informes de Orden Social desde el Palace Hotel de Victoria 438, que lo sindican de "*hacer alardes de ser un terrorista consumado y de relatar con lujo de detalles el atentado al City Bank, como si estuviera al tanto de los hechos*".[141]

Es casi seguro que Cremonessi estuvo en la preparación del atentado al consulado italiano, porque el empleado Angel Pizzocaro lo reconoció por fotografías como uno de los desconocidos que estuvo rondando días antes. Pero sólo debe haber estado de observador, ya que él —como vimos— estaba en el interior del país cuando el hecho se produjo. Quince días antes del atentado —el 10 de mayo de 1928— Cremonessi se traslada a Rosario donde vive la muchacha de la cual él está enamorado: María Bossini, también italiana. Agostino trabajará en esa ciudad en el almacén de su padre, en La Paz y Mitre, pero en el momento del atentado se hallaba en Arias, provincia de Córdoba, donde trabajó de mozo con el nombre de Bonifatti.

Producido el atentado, el nombre y la foto de Cremonessi son enviados a todas las comisarías del país junto con las de Di Giovanni. Cremonessi se entera por los diarios que es buscado y se presenta espontáneamente a la policía. Declara que si bien perteneció a "Culmine" y fue su administrador durante dos meses, se había retirado y no formaba más parte de esa agrupación. Señala que no se solidariza con el atentado y que "*su ideal es ahora casarse con su novia*".

Cremonessi permanece seis días preso y luego es dejado en libertad. Pero a pesar de lo aseverado sobre su casamiento, siguió colaborando estrechamente con el grupo expropiador, participó con

datos o activamente en todos los sucesos huelguísticos o de violencia anarquista que ocurrieron en Rosario y fue muchas veces detenido por la policía.

El cadáver de Cremonessi fue encontrado por un menor. Veamos la crónica del hecho —que no es otra que la versión policial— que dio el diario "La Prensa" al día siguiente: "*El sujeto asesinado anoche resultó ser un anarquista peligroso. Se presume que los autores son personas de ideas afines a las del muerto. Esta mañana la policía individualizó las impresiones digitales a la persona asesinada anoche en un lugar apartado y solitario del Parque Independencia. Se trata de un conocido ácrata de mucha influencia entre quienes profesan ideas extremistas, y de larga actuación en la Capital Federal. Con motivo del atentado contra el jefe de Orden Social de Rosario, Juan Velar, fue detenido Cremonessi como uno de los que intervinieron en ese acto. Se le consideraba 'entregador' y se lo buscaba activamente. Un día, Cremonessi se presentó espontáneamente a las autoridades policiales de Marcos Juárez donde manifestó que quería dejar constancia de su inocencia. Sin embargo, las autoridades policiales no quedaron satisfechas. Desde esa fecha se ausentó de Rosario hasta que regresó y se empleó como mozo de la fonda que posee su padre, en Moreno y General López. Anoche, a las 20, un agente, informado por un menor que descubrió en la prolongación de la avenida de las Magnolias, a la altura de Cochabamba, próximo a las tribunas de Newell's Old Boys, un cadáver. Una vecina dijo que vio pasar a tres personas y que luego una de ellas dijo: ¡No me maten!, Y oyó dos tiros de revólver, que vio a tres personas caídas en el suelo luchando, levantándose dos de ellas que huyeron corriendo. Cremonessi presenta un puntazo en la tetilla izquierda, una profunda puñalada en la espalda, un balazo en la mejilla izquierda sin salida y otro en el pecho a la altura del corazón. Ambos disparos, a bocajarro*".

Lo que primero llama la atención es que el cadáver de Cremonessi presentaba un balazo en el lado izquierdo del rostro, es decir, el mismo lugar donde había recibido el impacto el comisario Velar.

Al día siguiente (24 de enero de 1930) "La Prensa" trae la segunda versión recogida en la policía: "*Los funcionarios policiales están convencidos de que los autores del asesinato fueron individuos de tendencias extremistas que se vengaron por las confidencias hechas por Cremonessi a la policía con respecto a determinadas actividades ácratas. Se sabe que un pesquisante había tenido algunas entrevistas con Cremonessi a quien informaba de las actividades de los extremistas, lográndose poner fin a los frecuentes atentados terroristas de que eran víctimas los tranvías de esta ciudad. Hace algunas semanas, Cremonessi comunicó a la policía sus temores de ser asesinado*

por Severino Di Giovanni por cuanto tenía la convicción de que éste estaba enterado de sus vinculaciones con las autoridades. Días antes de su muerte, Cremonessi pidió al empleado con quien conversaba habitualmente que lo pusiera en comunicación con el jefe interino de Orden Social, Marcelino Calambé, dándole cita. Concurrió Calambé no así Cremonessi que desde ese día desapareció hasta ser hallado muerto. Cremonessi tal vez quiso verlo a Calambé para entregar a Di Giovanni y sus compañeros, pero luego se arrepintió por temor o por haber caído en poder de ellos. En el allanamiento efectuado al domicilio de Cremonessi se secuestraron 41 libros ácratas, una boleta de empeño de una pistola y otros objetos sin importancia. No se hallaron cartas ni papel alguno. El jefe de Investigaciones de la Capital Federal, señor Santiago, comunicó confidencialmente que Severino Di Giovanni, Paulino Scarfó y Emilio Uriondo se habían dirigido a Rosario con armas. Se han reforzado las vigilancias de caminos, medios de transporte y bancos".

Aquí cabría preguntarse cómo el comisario Santiago estaba enterado del viaje de los tres "*con armas*". Todo parece un poco escenificado. Más adelante del telegrama que el jefe de Investigaciones de Rosario, comisario de la Fuente, envió al propio Santiago en el que textualmente le dice (es de fecha 21 de enero): "*Anoche, más o menos a las 21.30 fue asesinado por dos desconocidos Agustín Cremonessi a quien esa policía conoce primero por sus actividades en el campo anarquista y luego por las relaciones amistosas que tenía en esa y esta división*". Ese telegrama fue a parar al prontuario de Severino Di Giovanni[142] y a primera vista parece un poco infantil que se ventilaran por telegrama las relaciones con los confidentes policiales (de haberlo sido Cremonessi). Esos datos se mantienen, por lo general, muy en secreto y sólo son sabidos por muy pocos dentro de la organización policial. Más bien parece un intento de hacer figurar documentación oficial para desviar la atención del supuesto investigador.

Las averiguaciones policiales y judiciales no llevaron a nada positivo. El caso Cremonessi pasó a la lista de los crímenes impunes. Para la opinión pública —formada a través de los diarios, revistas y radios— fue un hecho más cometido por Di Giovanni.

Di Giovanni no tuvo absolutamente nada que ver. Cuando él actuó o fue su inspirador (Montagna y López Arango) nunca se defendió de las acusaciones ni lo negó sino todo lo contrario, en sus cartas y escritos siguió fustigando el nombre de los dos sin importarle que con eso se hacía pasible de la sospecha policial. En cambio, en el caso de Cremonessi, escribió desde la ilegalidad una carta a "La Antorcha"

donde vuelca su dolor y el sentido de su amistad hacia Agostino. Está fechada el 5 de marzo de 1930 (fue publicada el 23 de abril). En ella da detalles exhaustivos sobre lo falso de las acusaciones. Dice así: "*Entre las continuas acusaciones que con renovado encarnizamiento y verdadera saña sádica me lanza la policía argentina, algunas me causan tanto asco que no puedo menos que defenderme personalmente, no por la justicia burguesa a la que no reconozco ninguna autoridad de juicio ni le debo, por tanto, la satisfacción de mi defensa, sino por los compañeros que integran nuestro movimiento para que, convencidos de la bajeza asquerosa de que es capaz la policía, valoren la infamia de sus inculpaciones. Noticias de un compañero de Rosario me traen la mala nueva del asesinato del amigo y compañero Agustín Cremonessi, ocurrido el 20 de enero pasado. Las circunstancias y la forma en que ocurrió el hecho, me sumen en un mundo de conjeturas. ¿Los autores del asesinato? ¿Los posibles móviles que ha tenido? Hasta ahora el misterio cubre el primer interrogante, y un cúmulo de canallescas y falsas acusaciones responden al segundo.*

Al día siguiente (del crimen) *la policía, después de haber identificado al cadáver, dio a la prensa los siguientes datos que yo —y cuantos lo han tratado— me rebelo, con toda la fuerza de mi ánimo, a creer: Cremonessi era desde hacía tiempo confidente de la policía y, por la sospecha de esta traición que tuvieron sus compañeros (yo y otros dos, uno de los cuales me es desconocido) fue eliminado. ¡No, esto es demasiado infame! De una infamia de la que sólo la policía es capaz de dar prueba. ¿Cremonessi delator, confidente de la policía? ¡No! Conocido por mí y muchos otros compañeros como digno de la confianza anarquista, ninguno lo cree capaz de tanta bajeza. Su noble alma no podrá nunca descender a semejante situación. Y ahora, para dar prueba satisfactoria de ello afirmo cuanto sigue:*

a) La policía, al descubrir la actuación de Cremonessi como delator, trae a colación que Velar, jefe de Orden Social, supo por él quienes eran los compañeros que más tarde atentarían contra su vida: Di Giovanni y Scarfó. Ahora bien, el compañero que me escribe me dice que 'si eso fuera cierto Cremonessi estaba loco o se burlaba de la policía. También debo decirte que un compañero perseguido fue salvado por él de caer en las garras policiales precisamente pocos días antes de que el verdugo Velar cayera herido por el plomo justiciero'.

b) Cremonessi no podía delatar nada porque nada sabía y nada había que delatar. (...) *Pero la policía dice falsamente que la mujer de Di Giovanni había avisado oportunamente a Cremonessi que su marido lo buscaba para asesinarlo. Esto es pura imaginación policial. Novela. Mi compañera está en la absoluta ignorancia de todo, y no podía poner sobre aviso a Cremonessi de una intención mía que ni siquiera remotamente pasó por mi mente.*

c) Pero ved a dónde va a parar la inventiva policial: 'Cremonessi había avisado a la policía que los tres peligrosos anarquistas López, Scarfó y Di Giovanni, irían a Rosario para asaltar un banco o una casa de comercio importante' (texto de 'La Capital' de Rosario, 21-1-30); el comentario policial en la prensa decía: 'Desde hace días Cremonessi se encontraba inquieto mientras se dirigía a las frecuentes entrevistas con la policía porque había sabido que los tres conocidos anarquistas Scarfó, López y Di Giovanni, al tanto de su traición (textual en comunicado policial) iban a Rosario a asesinarlo' (publicado en 'La Nación, 22-1-30). En fin, ¿esos tres benditos fantasmas debían ir a Rosario para eliminar al 'traidor' Cremonessi o para asaltar casas bancarias y comerciales? (...) *Poca gloria conquista la policía con la trama de tan contradictorio novelón.*

El padre de Cremonessi declaró a un redactor de 'Reflejos' de Rosario que el agente de investigaciones Frégoli repetidas veces hizo ofertas vergonzosas a su hijo, y llegó hasta decirle a él que 'su hijo podría llevar una buena vida si aceptase ayudar a la policía'. A lo que, indignado, lo arrojó violentamente de su negocio".

Este detalle es importante: el padre de Cremonessi nombra el apellido de un policía. Si no hubiera sido cierto habría sido desmentido.

Luego prosigue Di Giovanni: *"En una parte de su entrevista, el pobre padre afirma que su hijo le dijo algunos días antes del crimen: 'la policía me hace imposible la vida; temo que algo grave me ocurra!'. Y añade que él sospecha que los asesinos sean precisamente los de la policía que, creyéndole al tanto, cuando no cómplice, de todos los hechos y los complots urdidos por la banda de Di Giovanni, y no pudiendo corromperlo, prefirieron asesinarle en la forma cobarde que lo hicieron. 'Reflejos' denuncia las amenazas hechas por la policía a un testigo presencial del crimen (ver 'Reflejos' 9-2-30).*

e) Asombra el acalorado interés de la policía de hacer pasar a Cremonessi, después de su muerte, como delator. La policía no descubre tan fácilmente la fuente de sus informaciones. Tenemos una prueba de ello en su actitud cuando fue eliminado, en abril del año pasado, ese triste espía Montagna, a quien quería rescatar del fango a todo trance. Ahora en cambio, vomita sobre Cremonessi todas las vilezas de que sólo ella es capaz.

Cremonessi quedará siempre para nosotros —y tanto más para mí— como el compañero y amigo carísimo que las duras vicisitudes de las luchas sociales nos han arrancado con tanto dolor. La tragedia ha concluido con su materia. No nos queda más que tenerlo presente, viviente recuerdo de una afectuosa amistad, en el espíritu y en la realidad de una verdadera militancia tan llena de incidencias que habrían hecho flaquear almas menos fuertes que la suya. Cremonessi ha sido siempre digno de mi confianza y de la de cuantos lo han

tratado. Vaya al querido desaparecido el saludo de los buenos y los votos de una próxima justicia a realizar. Al padre —que no conozco— las condolencias de quien fue íntimo amigo de su hijo. Firmado: Severino Di Giovanni".[143]

La muerte de Cremonessi provocará una polémica dentro del movimiento anarquista. Diego Abad de Santillán envió una carta a Luigi Bertoni, del "Risveglio", de Ginebra, comparando la muerte de Montagna, López Arango y de Cremonessi, describiéndola como consecuencia del banditismo dentro de las filas anarquistas. Con ese material, Bertoni escribió —el 8-3-30— un artículo titulado: "La tragedia interna". Señala que los tres han muerto en manos de propios compañeros y que no serán los últimos. "*La policía* —indica— *no debe preocuparse mucho en encontrar a los anarquistas*". Finaliza así: "*Hemos ya hablado mucho sobre el tema del ilegalismo porque la bestial matanza de compañeros tiene tradición y es una de sus consecuencias. Cuando se comienza a decir 'cadáver más, cadáver menos' poco importa aunque sea de inocentes y con mayor razón se golpeará al culpable de tener... una opinión diferente a la nuestra*".

Este artículo no sólo provocó la reacción de "La Antorcha" sino también del propio Luigi Fabbri, el teórico italiano, defensor de la no violencia e insospechable en el equilibrio de sus opiniones. "La Antorcha" del 10-5-30 reprocha al periódico europeo el dejarse llevar por "*informes confidenciales*" y señala que las tres muertes son por distintos motivos: la de Montagna por confidente policial, la "*explicable muerte de Arango fomentador de desgarramientos profundos en el movimiento, y la de Cremonessi, asesinado policialmente por negarse a delatar a compañeros perseguidos*". Reprocha al diario ginebrino haberse callado la boca cuando hombres de "La Protesta" balearon al periódico "Pampa Libre", y cuando esos mismos cometieron "*verdaderos asesinatos morales y las dignidades befadas*". "*Sincérense los camaradas ginebrinos* —finaliza— *y rectifiquen un juicio que no debió surgir internacionalmente sin medir que en él herían el corazón mismo de un movimiento que ha atravesado muchas etapas dolorosas*".

Luigi Fabbri pondrá en su lugar las cosas en un artículo en la "Sezione italiana" de "La Protesta" en un artículo titulado "Una tragedia que no es interna". Señala que en un principio, la versión policial sorprendió a todos pero que luego se fueron imponiendo como verdad dos tesis: Cremonessi fue muerto por la policía por no querer entregarle

datos, o bien fue víctima de venganza por el atentado contra el comisario Velar que cometieron sus compañeros de ideas. Señala que esta última versión le ha sido confirmada por un amigo de Rosario "*que no ha tomado partido en la discusión interna y que está retirado de la vida militante*" quien ha comunicado que existen testimonios que señalan como autor a un conocido policía local. Agrega Fabbri que, por diversos motivos y análisis considera que la verdad no puede ser otra que la que sostiene que Cremonessi fue muerto por la policía. Y que por ello ruega a los periodistas anarquistas —en este caso al "Risveglio"— de analizar bien los hechos e informarse a fondo antes de levantar sospechas contra compañeros del mismo ideal.[144]

El 24 de octubre de 1929, el joven socialista Fernando de Rosa atenta contra el príncipe heredero de Italia, Umberto, en Bruselas. El gesto provoca una gran polémica interna entre los antifascistas. El grupo "Justicia y Libertad" del Partido Socialista Italiano aprobó el hecho y aceptaba al terrorismo para combatir al terrorismo fascista. El propio Carlo Roselli, uno de los dirigentes máximos del socialismo italiano escribió un folleto en el cual aprobaba el acto del joven de Rosa. El grupo "Justicia y Libertad" se convirtió en una "*organización que aceptaba también los actos de acción y de violencia en clara polémica con la oposición verbalista del antifascismo*".[145] "*El terrorismo perteneció, por esta razón a los ingredientes de la guerrilla inaugurada por 'Justicia y Libertad' también bajo el aspecto de los actos individuales*".[146]

Mientras el órgano del partido socialdemócrata belga "Peuple" se distancia del acto titulando su crítica: "Un gesto estúpido", en el que dice que "*aunque el atentado fuera un acto de un hombre exasperado por las infinitas persecuciones de las que son objeto sus compatriotas, no podemos tolerar que haya elegido el suelo belga, tierra de asilo y de libertad*"; todas las tendencias del anarquismo —en cambio— aprobarán el acto. "La Protesta", en la sección italiana titula: "Defendamos a Fernando de Rosa" y en él se rechazan todos los argumentos de otras publicaciones que señalan que De Rosa podría ser un provocador fascista. "La Protesta" se indigna por estas aseveraciones y levanta la figura del joven milanés al rango de héroe.

Este episodio dice a las claras en qué forma injusta se juzgaban los hechos locales comparados con los que se cometían en el exterior. El terrorismo antifascista no había sido un mero invento de los anarquistas

italianos en la Argentina sino que formaba parte de una forma de combatir al régimen del Duce, forma que era aceptada también por parte de otras tendencias políticas. El Gran Consejo del Fascismo, en una sesión especial del 17 de octubre de 1930, señala que entre 1929 y ese año de 1930 habían caído "*víctimas del odio y de la criminalidad antifascista 34 camaradas*", resultando 23 mutilados e inválidos y 189 heridos en el extranjero".[147]

El 12 de enero explotaba en la puerta del Consulado italiano en Córdoba una bomba, que ocasionó daños a la fachada y heridas a un agente. La policía detuvo a Artemio Pieretti, del grupo Di Giovanni.

De pronto, el grupo expropiador de Severino pasó nuevamente a la primera plana. Un triunfo que iba a levantar la moral y el entusiasmo. El 13 de febrero de 1930, Severino le escribía a América: "*Queridísima compañera: En medio de la tristeza que casi interrumpidamente nos agrede, un rayo de alegría viene en alumbrar la escena donde nos movemos: ¡Ramé en libertad! ¡Cuántos diferentes sucesos! Hace unos veinte días las noticias de la misma ciudad nos traían la mala nueva de la muerte de Agostino Cremonessi, y ahora la libertad de este eterno muchacho bueno, que en las mismas barbas de la autoridad dejó a ésta —sin huellas visibles— con una cuarta de narices. ¿Los autores? Como siempre, los mismos. La perspicacia policial verdaderamente no da pruebas de originalidad, ¡pero qué vamos a hacer! Son como esos chicos torpes y tercos que no saben otra cosa que obstinarse a golpear con los pies en el suelo y siempre en el mismo lugar!*".

En una acción perfectamente llevada a cabo, el grupo había liberado a *Ramé*. Fue un golpe limpio y espectacular. *Ramé* —que contaba 25 años de edad— se hallaba internado en el hospital de Rosario para ser sometido a una operación quirúrgica en la pierna izquierda, el 10 de febrero de 1930. Entretanto había sido condenado a ocho años de prisión. La lesión ocasionada por la bomba lo había dejado rengo y debía usar muletas. En torno a él se estableció una numerosa vigilancia no sólo a la entrada del hospital sino también en la sala Nº 1 destinada a detenidos. Dos días después, el 12, a la madrugada, a la 1.30, aparecieron cinco hombres quienes penetraron por el portón de la calle América (hoy Miguel Rueda). Cuatro empuñaban pistolas y uno llevaba un Winchester. Dominaron a todos los guardias y llegaron a la sala de detenidos. Uno de los bandidos, acercándose a la cama de *Ramé* gritó: "*¡Vamos Ramé!*". El diario "La Capital" de Rosario del 13-2-30 describe

así la escena: "*Romano dio un salto de la cama no acordándose para nada de la muleta. Iba en camisón y calzoncillos. Todos salieron por la calle América y desaparecieron en un auto. Luego, uno de los agentes reconocería, en fotos, a Paulino Scarfó como uno de los cinco que liberaron a Ramé. Se comprobó que, para abrir el portón de la calle América, uno de ellos escaló el muro de dos metros y medio de alto. Se presume que en el auto iba un sexto hombre, como chofer. Avisada la policía inicia la persecución el propio jefe de Orden Social, Marcelino Calambé —el reemplazante del comisario Velar— quien pierde la pista del automóvil de los bandoleros en Cañada de Gómez*".

En su carta a América, Severino —entusiasta— agrega: "*Has visto que también la libertad de Ramé es obra nuestra. Verás cómo continúa...! No importa que nuestras ilustrísimas personas se encuentren en la lejana tierra del Japón, nosotros lo mismo haremos uso del don de la ubicuidad que hizo célebre al santo de Padua en Italia y Portugal*".

Ya en enero de ese 1930, Di Giovanni ha planeado la acción ideológica para todo el año. Está dispuesto a imprimir una publicación quincenal anarquista, en idioma italiano, que se constituya en el gran vocero de los antifascistas de toda América latina. Quiere hacer una cosa seria, bien impresa, que reúna a los mejores pensadores del anarquismo italiano. Tiene una gran pasión por las artes gráficas y no se conforma sólo con el contenido de las publicaciones sino que busca lograr una forma artística. Su sueño es instalar una imprenta propia para hacerla editorial de libros y opúsculos del ideal libertario. En ese año se cumple el centenario del nacimiento del gran geógrafo y pensador francés Eliseo Reclus, el autor preferido de Di Giovanni. Extraño que un pacifista a ultranza como Reclus calara tan hondo en un hombre que hizo de la violencia su pan diario. Su plan es bien atrevido: editar las obras completas del autor de *Escritos sociales*, en edición revisada y comentada.

Tratar de hacer eso, siempre prófugo de la policía, en un medio absolutamente enemigo, sin recursos, parece a primera vista una tarea más que ciclópea. Todo eso no lo arredra y programa una edición de lujo —con tapas encuadernadas y papel de calidad— y otra popular, ésta también debía llevar ilustraciones.

Su amistad con Aldo Aguzzi se había profundizado y contaba con su ayuda para esos planes. Y comenzó a intercambiar una intensa correspondencia con traductores, intelectuales y políticos del Uruguay, Francia y Estados Unidos, que podían ir reuniendo el material y

aconsejarlo para hacer una edición modelo. En ese sentido, los que más lo ayudaron fueron Luigi Fabbri y Hugo Treni, los intelectuales libertarios italianos exiliados en Montevideo.

La casi descabellada idea de la imprenta propia para editar el quincenario y las obras completas de Reclus es llevada a la práctica con voluntad de hierro. Para ello es necesario mucho dinero y Severino en ese tiempo no tiene un centavo. ¿Cómo hacer? Sencillamente, mediante la expropiación. El asalto a mano armada. Para ello hay hombres que piensan como él: Paulino Scarfó, Jorge Tamayo Gavilán, Paco González, Mario Cortucci, Braulio Rojas, Roberto Lozada, Fernando Malvicini, Emilio Uriondo, José Nutti, Juan Márquez, Práxedes Garrido, Fernando Pombo, Umberto Lanciotti, Juan López Dumpiérrez, y un italianito rubio, que hace buenas migas con él, Silvio Astolfi, quien al mismo tiempo asumirá un papel insólito para ayudar a su amigo.

Para la acción que comenzarán obtienen armas: Colt, calibre 45, un calibre desusado todavía en actos de esa naturaleza y que la policía no poseía. Con Colts 45 para imprimir las obras del pacifista Reclus.

El hombre cuyo nombre y retrato aparecen en todos los diarios del país espera pacientemente horas enteras a su amada para un corto encuentro. Así, por ejemplo, le escribe a América: "*te esperaré el lunes desde las 7 de la mañana en la estación San Isidro, en el lugar que ya sabes*". El hombre que era capaz de liberar presos, que hubiera podido raptar a la mujer que amaba, respetaba los sentimientos familiares de ésta, y se arriesgaba a la mirada de todos —de esos soplones "*siempre listos*" que pululaban en la sociedad— para poder ver por unos minutos a su ser querido.

Pero las cosas no podían seguir así. La familia Scarfó se había mudado de la casa de Monte Egmont, a la calle Cuenca. La vigilancia de los padres y del hermano mayor sobre América era muy intensa. Ella se quedaba de noche con el pretexto de estudiar pero era para leer las cartas de Severino y contestarlas. Se había hecho una especie de carpeta de género de doble forro donde guardaba las cartas. Pero la madre insistía y le repetía: "*una chica de tu edad no tiene que estudiar de noche*". Sospechaba algo. Hasta que su hermano Antonio revisó sus cosas y leyó las cartas. Cuando ella regresó una tarde del colegio, él la sorprendió con la pregunta: "*¿Así que tenés novio?*". Ella atinó sólo a responder: "*No, ¿por qué me le preguntás?*". "*Porque escribe muy lindas cartas*", fue la respuesta.

América no se anonadó al darse cuenta de que no habían descubierto que el autor de las cartas era Severino. Pero la madre la sometió a un interrogatorio más intenso: "*¿quién es tu novio? ¿quién es él?*" América sólo podía responder: "*un muchacho que ustedes no conocen*".[149]

El amor y la pasión tienen corta paciencia y mucha imaginación. Severino resolvió terminar con el problema. Para ello ideó el siguiente plan para poder vivir junto a América y huir con ella a Francia cuando liberara a Alejandro. Ese plan, como todo lo de Severino, tenía algo de burla a lo que fueran lazos y leyes burguesas. Por ejemplo: ¿qué pasaba si América, por ser menor de edad, se casaba con permiso de sus padres? Pasaría a ser esposa y por tanto sólo dependiente del permiso de su marido para abandonar el país. Claro estaba que no podía casarse con Severino. ¿Con quién entonces? Muy sencillo, con Silvio Astolfi, un fresco de carácter bastante desfachatado, en esto parecido a Ramé, pero de físico con cierta semejanza a Severino. Por lo menos era rubio como él y podía encajar bien como autor de las cartas descubiertas, ya que muchas de ellas estaban firmadas por "*tu rubio malito*". Además, buen amigo de Severino, capaz de hacer todo por el anarquista enamorado. Hacer hasta de novio.

Severino le propuso el plan a América. Y en un encuentro la llevó a conocer a su futuro esposo. Silvio trabajaba en un taller mecánico y allí le fue presentado.

El plan cumplirá con todos los ritos de la época para una familia de la pequeña clase media, italiana y católica. América comunicará a sus padres que se ha enamorado de Silvio Astolfi. Vino entonces la inevitable presentación. El padre de América le preguntó a Astolfi dónde vivía y trabajaba. En esos lugares pidió antecedentes y las referencias dadas por anarquistas repentinamente aburguesados fueron, por supuesto, muy buenas. A pesar de eso, los padres y el hermano mayor se sintieron defraudados. Ellos esperaban un *partido* mejor para América, la preferida, la que estudiaba. Además, un amigo del hermano de Antonio la *pretendía* y estaba ya por recibirse de abogado.

Los padres le dan permiso a América para *atender en la puerta* al novio, como se estilaba en aquellos años, paso previo para luego *atenderlo adentro*, con presencia de la madre o algún hermano menor. Los padres le conceden ese permiso dos veces por semana, una hora a la tardecita. Silvio Astolfi cumple disciplinadamente con las visitas y los vecinos pueden ver conversar a la joven pareja, los martes y los viernes. Es decir, *conversar* no es la expresión correcta, ya que Silvio Astolfi era

muy ducho en pasar moneda falsa, agitar en manifestaciones, conducir automóviles a alta velocidad en alguna acción, pero en eso de *afilar* con una muchacha no tenía práctica. Se ponía tartamudo y colorado hasta las orejas. La conversación eran preguntas de América que Silvio contestaba con monosílabos. Tanto es así, que la muchacha debía pegarle codazos para que disimulara y aunque fuera le tomara la mano y le contara lo que había leído en el diario esa mañana, ya que corrían el peligro de que la gente se diera cuenta. Luego pasaron a cumplir el segundo acto: ya se les permitía entrar al comedor de la casa o a la cocina. Silvio se sentaba al lado de ella pero no lograba pronunciar una palabra. América, entonces aprovechaba el tiempo para hacer sus deberes del colegio. El hermano de ella, José Scarfó, que sabía el secreto, les advertía: "*disimulen un poco, se están dando cuenta*".

Pero América recibió casi una sorpresa cuando le dijo a la madre que quería casarse muy pronto: la madre aceptó casi de inmediato porque en el fondo creía que así la protegía de Severino Di Giovanni. El casamiento era como una especie de seguro, aún con ese extraño mecánico.

A la libertad de *Ramé* había que agregar otro triunfo del grupo expropiador. También Sobradello, el *Capitán Paz*, había sido liberado. Esta vez del policlínico de La Plata adonde había sido internado después del fracasado intento de fuga anterior en el cual había salido herido. Fueron hombres del grupo de Rosigna, entre ellos Emilio Uriondo y Fernando Malvicini. Se refugiaron varios días en una quinta de Lomas de Zamora donde se hallaba Severino Di Giovanni y su amigo David Cortucci. "La Antorcha" saludará la libertad del Capitán Paz lograda "*por los propios medios de la solidaridad anarquista*". El hecho ocurrió en horas de la noche y los cuatro anarquistas llegaron con ropas de practicantes médicos. Se abrieron paso hasta la sala de detenidos y allí desarmaron a la guardia policial. Es decir, el procedimiento fue casi idéntico al aplicado para la liberación de *Ramé*. Ahora el equipo expropiador volvía a estar completo para reiniciar sus acciones.

A Di Giovanni, en ese año de 1930, la policía le adjudicará cinco asaltos, de los cuales existen constancias que llevó a cabo tres. Los dos restantes fueron hechos por Jorge Tamayo Gavilán.

En el primero, realizado contra el Banco de Avellaneda, que fue todo un golpe maestro de audacia y coordinación, no pudieron llevarse dinero. Ocurrió el 27 de mayo de 1930.

Fue un asalto a todo riesgo. El Banco de Avellaneda —situado en Avenida Mitre y Montes de Oca— estaba casi cercado por el paso continuo de ómnibus, colectivos, automóviles y carros de toda especie, especialmente los con cadeneros, porque precisamente por allí venía todo el tránsito desviado por las obras del Puente Pueyrredón en construcción. Además, era tal la afluencia de vehículos a la hora del asalto que había en esa esquina un agente dirigiendo el tránsito. De las cuatro esquinas, tres estaban ocupadas por bancos, de manera que a las diez menos cuarto —a las diez abrían sus puertas— ya había compactos grupos de clientes aglomerados frente a las puertas. A esa hora llegan Di Giovanni y sus compañeros en dos coches doble faetón. Dos se quedan afuera y dos en los automóviles. Los restantes entran por la puerta de los empleados y dominan el primer piso de atención al público, mientras que con el subgerente van hacia la caja de caudales para abrirla. Todo marcha perfectamente. La operación de llegar a la caja lleva su tiempo, tienen que ir abriendo varias puertas hasta llegar a la caja de caudales. Pero en un banco hay mucha gente. Un ordenanza ha observado todo y se escapa por una ventana. A sólo tres cuadras de allí está la comisaría primera de Avellaneda. Corre como si cumpliera la más grande aspiración de su vida. Llega y cumple con su vocación: el comisario comprende en seguida que ese hombre no miente. Y salen con toda la fusilería. Mientras tanto, Severino, *el hombre vestido de negro*, está en lo suyo, pero afuera, el rubio Silvio Astolfi es de los que no se engañan: ve venir, en medio de la marejada de carros y ómnibus, varios autos tocando insistentemente corneta para abrirse paso, con varios *representantes de la autoridad* subidos a los estribos en franca posición amenazante y haciendo ostentación de armas.

La alarma parte como un rayo. Di Giovanni ya está dando vuelta a la última llave y no puede menos que dudar: allí hay más de dos millones de pesos. Suena un disparo. Lo ha hecho Silvio Astolfi, señal de que ya está allí la policía. Salen todos a la carrera mientras los pálidos empleados bancarios creen vivir el último momento de sus monótonas vidas.

Cuando los bandidos se zambullen en los automóviles, la policía está a sólo veinticinco metros, pero también metida en el maremágnum de carros cargados de tablones y ómnibus que se arrastran pesadamente lanzando humo de aceite quemado.

No hay problemas para los anarquistas. Tiene dos choferes que parecen haberse ejercitado previamente como extras de las películas de

persecuciones espectaculares de la Metro Goldwin Mayer. El suspenso llega al máximo durante la persecución: la policía está a sólo diez metros de los delincuentes, pero si empezara a hacer uso de sus armas mataría a carreros, cadeneros, pacíficos pasajeros, amas de casa y obreritas. Es tan tragicómico todo que faltaría que los anarquistas les hicieran pito catalán a los representantes de la autoridad. Como los anarcos son menos duros de reflejos que los choferes policiales —tal vez porque tengan más sangre fría y una más elevada dosis de humor—, finalmente se escapan. Pero sin un solo peso.

El casamiento se hizo. Para la sociedad legal, la joven esposa pasó a llamarse América Scarfó de Astolfi. La madre había cosido para su hija un baúl lleno de ajuar. El hermano José, el carpintero, había llevado a cabo los muebles para el dormitorio. Se hizo una pequeña fiesta. Y luego toda la familia de ella acompañó a los recién casados a la estación. Partían para el viaje de bodas, según ellos, a Mar de Ajó. Pero en realidad se dirigieron a Carlos Casares. Allí, en la estación de la localidad bonaerense estaba Severino, sonriente, con un ramo de doscientas rosas rojas. Los amantes se abrazaron largamente mientras Silvio Astolfi, ruborizado, miraba hacia otro lado. Por fin, Severino le dijo simplemente: "*muchas gracias compañero*". Y Silvio Astolfi dio por cumplida la misión más difícil de su vida.

Los amantes pasaron varias semanas en una quinta donde vivía el incansable expropiador Andrés Vásquez Paredes. Los muebles de la joven pareja fueron trasladados a la vivienda de Teresina, quien previamente había sido informada de todo y dio su asentimiento.

Los enamorados pasaron sus días en el encuentro y la lectura. Severino acababa de adquirir —con nombre falso y garantías— una biblioteca de 80 volúmenes con todas las obras clásicas fundamentales. En italiano. Y una colección de obras pacifistas, en castellano.

Severino y América ya sólo se separarán por pocos espacios de tiempo.

Estarán así, juntos siempre, hasta el verano siguiente. Hasta la madrugada del 11 de febrero del año próximo en que el sol se despintará de sangre para esos dos seres, de imperiosa rebeldía en sus venas.

Pese al fracaso del asalto al Banco de Avellaneda, Severino continuará impertérrito con su intención de seguir imprimiendo el periódico "Anarchia". El primer número había visto la luz el 11 de abril de 1930. La impresión se hace por el momento en el taller de "La Antorcha" y figurará Aldo Aguzzi como administrador. La amistad de Severino y Aldo había quedado sellada en este nuevo propósito. Ninguno de los dos demostraba nunca este mutuo aprecio y admiración.

Los propósitos de la nueva publicación estarán precisados en la primera página del primer número: "*1.- Fomentar el espíritu de libertad en la vida de nuestro movimiento; 2.- Contraponer el concepto de asociación libre al de organización; 3.- Autonomía del movimiento específico de los anarquistas de los movimientos paralelos de base clasista, es decir, del sindicalismo; 4.- El concepto de libertad se apoya sobre el de autonomía individual. Conciliar, según el aforismo de Gori, 'el individuo con la humanidad': no anular el individuo en la humanidad. Por eso, primero, será nuestro deber la formación de la individualidad consciente; 5.- Creemos que la acción práctica debe ser el coronamiento necesario de las ideas anarquistas y del temperamento revolucionario anarquista. Pero seremos hostiles a todas aquellas formas seudoanárquicas que significan una degeneración del anarquismo y que, bajo el manto revolucionario, inducen a la instauración de nuevas formas de tiranía y de explotación. En resumen, nuestro anarquismo no será jesuítico. Todas aquellas acciones del campo intelectual, del campo social, y también en el campo económico que lleven a los fines fundamentales del anarquismo (lucha contra el Estado, lucha por la abolición del capital, lucha antirreligiosa, lucha antimilitarista, etc.), Todo aquello que sirva para acelerar la caída del presente sistema social tendrá nuestro apoyo ferviente e incondicional. Queremos ser revolucionarios por la Revolución; anarquistas, por el anarquismo, y no por una institución establecida, un club, una mera congregación.*

Por todo esto, 'Anarchia' no será un periódico cerrado. Nuestro máximo respeto por la personalidad de otros, es decir, por los sentimientos, las ideas, las necesidades, los sueños de todo individuo, que nos impulsa a ver en ellos no un adversario y sí un compañero. Las diferencias intelectuales y psicológicas no son un obstáculo en nuestro camino sino una parte integrante de nosotros mismos. Y este periódico que llevamos a cabo para difundir nuestras ideas y nuestros métodos estará abierto a todos: a los que queremos criticar y a los que quieren criticarnos a nosotros contribuyendo a una discusión que será profícua para nosotros mismos y para todos.

El pasado queda atrás para nosotros, delante está el porvenir. ¡Caminemos!".

Se nota un cambio en Severino. Que no quedará sólo en propósitos. Intentará en ese 1930 restablecer las relaciones con todos los círculos del anarquismo. Hasta el golpe militar —que trastornará todos sus planes— usará la violencia sólo en la expropiación y en la liberación de presos. Después del 6 de setiembre, sí, volverá a los atentados con bombas porque ésa era para él la forma de combatir a la dictadura militar de ribetes fascistas.

Que las experiencias vividas lo habían vuelto más amplio se nota en que también en la primera página del primer número, aparte de los propósitos, que él titula "Lineamientos", hay un artículo de Aldo Aguzzi en apoyo a la marcha de Mahatma Gandhi, con una descripción de lo que significa el imperialismo inglés y la liberación de los pueblos oprimidos. En ese sentido señala que "*es necesario ver en el patriota indio no el visionario, el santo o el Mesías que de él se ha hecho, sino un hombre de acción, el combatiente de una causa nobilísima y grandiosa*". Que Severino haya aceptado esa nota y que haya sido colocada en primera plana dice bien que en él se estaba operando un cambio.

En el mismo número se saluda la liberación del "*conocido y amado compañero Giuseppe Romano*" y de los "*compañeros de La Plata y Montevideo*" y se califica esa liberación de presos como actos de acción directa del anarquismo, ya que es "*un deber de todos los anarquistas la libertad de todos los prisioneros caídos en la lucha emancipatoria*". Y se continúa con la campaña por la liberación de Alejandro Scarfó, Mannina Oliver y de los hermanos Simplicio y Marino de la Fuente, acusados del atentado de la Catedral.

"Anarchia" traerá una sección por la emancipación de la mujer. En el primer número se critica a una tendencia del movimiento feminista, que exige más poder a través de elecciones, de repartición de cargos, etc. Se señala allí como ejemplo a las grandes mujeres anarquistas como Voltairine de Cleyre, Luisa Michel, Clara Minch, la Pewroskaia, la Severine, que luchaban junto a los hombres para destruir al Estado y, con él, todo el poder. Se dice allí que "*la mujer —que es esclava económicamente como trabajadora— políticamente como 'ciudadana' y sexualmente como ser femenino, es sometida por los mismos puntales que el hombre: el Patronato, el Estado y la Iglesia y que por tanto, la emancipación de la mujer será el resultado de la emancipación de toda la sociedad, incluido el hombre*".

Por último, el primer número de "Anarchia" dedica un buen espacio a recordar a Eliseo Reclus, en su centenario. Severino preparaba así el terreno para su intención de publicar varios tomos con escritos del pensador francés.

La unión con América, la aparición de "Anarchia" y las perspectivas de la editorial tranquilizaron al rebelde. Pese a los peligros que lo rodeaban él planeaba para el porvenir.

"*Por todas las libertades y todas las rebeliones*" es el tema de "Anarchia". Tiene cierto aire a "Culmine" pero se nota la mano de Aguzzi, que insiste en darle más amplitud de miras. El segundo editorial —del Nº 2, aparecido regularmente el 15 de abril— está escrito por Severino que lo titula "¡Meditemos!". Lo redacta a partir de la noticia de la condena a cárcel por el fascismo del anarquista Ricardo Donati. Dice Severino: "*Esperar mesiánicamente es delito. Es necesario intervenir, pensar los medios para imponer el ¡basta! Los revolucionarios deben hacer un tesoro de su sangrienta experiencia, esas que enseñan que el fascismo se ha vuelto más implacable y más sádico... frente a la indiferencia y a la indignación platónica de sus adversarios. Los revolucionarios y los antifascistas del extranjero podrían arrojar cualquier pesa sobre la balanza cada vez que se convencieran que para intimidar al verdugo fascista no basta sólo recordar a sus víctimas. ¡Urge algo muy diferente! ¡Urge la agitación! Pero no se actúa porque se esteriliza esa acción con vacías logomaquías, porque se consume en la mera creación de organismos impotentes y porque todos —los anarquistas incluidos— nos hemos convertido en loquitos.*

El problema del accionar antifascista es un problema cualitativo. Problema que cada enemigo del fascismo debe resolver a sí mismo y por sí mismo, según sus capacidades y sus fuerzas. No se requiere que cada uno se convierta en héroe, pero se exige que cada uno se convierta en un factor positivo de la lucha. La pregunta está lanzada. Examinemos el pasado analizando si la obra desarrollada ha sido suficiente, y cada movimiento, cada partido adversario del fascismo deberá confesar que su fuerza es pasiva y que se impone una renovación de métodos y de acciones.

El antifascismo se ha contentado demasiado tiempo de rumores y de humo; los rumores y el humo no impidieron a los verdugos de Italia de saciarse de sangre".

El 14 de abril, luego de dos décadas de prisión, Yrigoyen indultaba a Simón Radowitzky, la figura más pura para los anarquistas, comparable solamente a Kurt Gustav Wilckens, el matador del teniente coronel Varela. Con su incansable campaña de solidaridad, finalmente habían triunfado los anarquistas. Yrigoyen lo expulsa del país, pero lo principal, arrancarlo de la cárcel de Ushuaia, se había logrado. Severino lo saluda en un titular junto al logotipo: "*Al héroe anarquista, nuestro: ¡Viva la Anarquía!*".

El número dos de "Anarchia" dedicará nuevamente una página a la liberación femenina. Bajo el título de "Mujeres heroicas" trae las biografías de la inglesa Violeta Gibson, que atentó contra Mussolini, y de Severine, la escritora revolucionaria. Además, bajo el título de "La esclavitud femenina" se relata el episodio de Raquel Suárez, la mujer que para triunfar en la vida se había vestido de hombre y pasado a llamar Raúl Luis Suárez. Cuando el hecho se descubrió, la pobre fue el hazmerreír de la *prensa seria* y el escándalo del mes de la sociedad hipócrita.

"Anarchia" aprovecha a recordar también el caso de una adolescente rusa en Buenos Aires que cansada de ser "*la sirviente carnal de la burguesía, se trasvistió de aprendiz de albañil y trabajó varios años como tal*".

"*Cualquiera de estos casos* —dice el periódico de Di Giovanni y Aguzzi— *es más elocuente que toda la tragedia de la esclavitud femenina. La culpa de todo el presente ordenamiento social de esos dolorosísimos casos, son evidentes e irrebatibles. La sociedad burguesa cerca a la mujer con falsas convenciones y con lisonjas, le canta como enamorada y como madre por boca de sus poetas venales pero la priva de todos los derechos y de todas las libertades. El régimen salarial para ellas es tan monstruoso que no sin razón, en el siglo de la Revolución Francesa, el utopista Linguet proponía volver a la esclavitud antigua más suave que la esclavitud presente. Porque hoy, el desamparado vive como una bestia de carga. Pero la esclavitud de la mujer es peor aún que la del hombre, porque ella es esclava del patrón y esclava del esclavo. Y es por eso que en esta rica metrópolis moderna hay mujeres que por no morir de hambre imitan al sexo masculino más afortunado. Esta es la justicia burguesa, la moral burguesa. Miserias, luchas degeneraciones. El 'orden capitalista'*".

La lucha por los presos políticos es el tema del número del 1º de mayo de "Anarchia". En primer lugar se ataca a Yrigoyen por haber expulsado del país a Radowitzky, aplicándole la ley no escrita del exilio. La medida es anticonstitucional, pero Yrigoyen lo ha hecho para no irritar demasiado a los militares.[150] De cualquier manera, pese a esa concesión, no lo perdonarán y lo derrocarán el 6 de setiembre. Las otras páginas están dedicadas a Babby, preso en Ushuaia, que huyó del penal, fue recapturado y sometido a cobardes palizas por parte de los guardiacárceles. Y el mayor espacio se dedica a "Cinco anarquistas por salvar", Alejandro Scarfó y sus compañeros. Se publica allí una carta de Alejandro a su hermana América y luego un poema en prosa del mismo penado dedicado también a su hermana. En él le señala que "*Anarquía significa el amor entre los seres humanos, es justicia y amor integral en el*

mundo. A través de ella conocemos la solidaridad, la comunidad en la producción y en el derecho individual. Ella confiere la voluntad constructiva de una vida más bella, más digna y más armónica. Ella nos arrastra a la lucha inextinguible, por un porvenir de felicidad... ¡Anarquía! ¡Palabra que confunde a los incapaces de resistir a tu luz!".

Las cartas de los cinco prisioneros demuestran que nada se ha quebrado en su convencimiento ideológico.[151]

Pero para hacer el gran intento de rescatar a los cinco prisioneros faltaba un acto previo: el dinero suficiente para prepararlo. Los bandidos anarquistas iban a hacer su segundo intento del año.

En el segundo asalto, contra la estación de la compañía de ómnibus "La Central", Segurola 481, Vélez Sarsfield, Di Giovanni y cinco compañeros del grupo se llevaron 17.500 pesos.

El hecho ocurrió el viernes 20 de junio de 1930, poco antes del mediodía. Este asalto había sido preparado por Tamayo Gavilán —quién había organizado un tercer grupo expropiador independiente de los de Roscigna y Di Giovanni— pero a último momento decidió no hacerlo. Entonces lo encararon Di Giovanni, Silvio Astolfi, Emilio Uriondo, López Dumpiérrez y Malvicini, estos tres últimos del grupo Roscigna. Silvio Asolfi hizo de chofer mientras Di Giovanni quedaba afuera —en el lugar clave para los asaltos; además es el que tiene que cubrir la retirada— mientras los tres restantes se dirigieron a la oficina de recaudación. Todo se hizo con suma rapidez y sin necesidad de disparar un solo tiro, tal cual como Roscigna acostumbraba a hacer sus acciones. Pero cuando los tres volvían con el dinero, Severino inició un tiroteo contra alguien que se parapetaba en un ventanal del edificio de la empresa. No se sabe si Severino previó el peligro o le pareció ver que alguien se movía. Era bastante corto de vista y no usaba anteojos. De cualquier manera Severino regó de balazos los alrededores y —con esa cortina— lograron huir todos. Pese a los tiros, no hubo ningún herido.

Ante el nuevo asalto, el jefe de Investigaciones, inspector general Santiago, afirmó que el atraco había sido obra de anarquistas que "*últimamente se han especializado en asaltos temerarios*".

Dos días después ocurrió un hecho que fue motivo de comentario durante días y que ayudó a alimentar la leyenda de Severino. Fue calificado en los medios de prensa como "*una verdadera hazaña de Severino Di Giovanni*".

Según la versión periodístico-policial, en la noche del 22 de julio, Di Giovanni se encontraba cenando junto con tres de sus

compañeros, con los cuales había cometido el asalto, en la cantina italiana (antes se las llamaba fondas) de Pedro Goyena 285, propiedad de Domingo Grabino. Un llamado telefónico anónimo avisa de esa circunstancia a la policía, que rodea el lugar con gran cantidad de efectivos.

Dice "La Prensa": "*Los pesquisantes hicieron su entrada en conjunto al comercio. Di Giovanni que ocupaba una silla y miraba hacia la puerta, de un certero golpe de vista conoció a alguno de los empleados policiales y dando un grito de alerta se puso de pie y extrajo de entre sus ropas una pistola, a la vez que retrocedió rápidamente y desapareció por una de las puertas interiores del comercio*".

El prófugo —no se sabe cómo— logró eludir el cerco policial y protagonizó el siguiente hecho, que "La Nación" registró en un recuadro a dos columnas: "El cinismo de Di Giovanni". "*Di Giovanni ha demostrado en todas las oportunidades en que fuera detenido un cinismo hasta cierto punto espectacular. Así fue como en ocasión del atentado al City Bank manifestó a la policía que los daños materiales y las víctimas que resultaron del suceso eran para él 'motivos de alegría'* (aquí se nota la imaginación tropical del cronista de "La Nación": no hay ninguna constancia oficial ni en los diarios de la época de que Di Giovanni haya hecho una tal declaración); *no olvidó tampoco ayer de mofarse de los pesquisas que lo tuvieron poco menos que atrapado por algunos instantes. Efectivamente, dando una nueva muestra de su cinismo y acaso de su temeridad, diez minutos más o menos después de haber escapado a los pesquisas, utilizó un teléfono que, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido se supone que sea de las inmediaciones, y por el aparato llamó al restaurante de Pedro Goyena, siendo atendido por uno de los pesquisas. Di Giovanni se mofó entonces del policía y manifestó su alegría por la forma fácil en que había podido eludir a la comisión policial, amenazando además a los representantes de la autoridad en diversas formas. Luego cortó en seguida la comunicación no pudiéndose establecer el número del aparato que utilizó para realizarla*".

Los diarios tendrían así tema para varios días y algunos de ellos —los de la oposición— se burlan de la incapacidad de la policía para prender a Di Giovanni, que siempre se le escapa. Así, en la sección "Ecos del día" de "El Mundo" (25-6-30) en una grajea titulada "Conoce el paño", se dice lo siguiente: "*Severino Di Giovanni es un tipo macanudo. Pertenece a la escuela de Roscigna, Silveyra y otros ilustres prófugos que la gente escéptica está considerando ya como invenciones policiacas para disculpar su ineficacia. Porque vamos a ver, quien es Roscigna, ¿existe o no existe? Pero*

no, Di Giovanni existe de veras. Los valientes policías lo comprobaron el lunes porque lo vieron, le hicieron levantar las manos, lo arrinconaron y... lo dejaron escapar. Es un caradura este Di Giovanni, y un pilluelo. Que se escape, está bien, pero nos parece canallesco que se aproveche que es más grande y asuste a los pesquisas con que les va a tirar una bomba, ni más ni menos como cuando los padres sin corazón asustan a los hijos con el cuco. Francamente estuvo mal Di Giovanni. No tiene derecho a portarse tan mal".

La figura de Di Giovanni se había hecho tan popular que hasta la historieta "El gato Félix" se ocupaba de él. En un cuadro de la tira publicada el 1º de julio de 1930, el gato Félix va por un camino en el campo y exclama: "*¡qué hermoso día! ¡Soy libre como Severino Di Giovanni!*". Y detrás de él, a la vera del camino hay un cartel dibujado que dice: "*¡Cuidado con las bombas!*".

Pero no solamente chistes mordaces publicaba "El Mundo". En un artículo de fondo del 20 de julio exige que el gobierno emplee a las fuerzas armadas para cazar a Di Giovanni y postula que se usen todos los medios posibles para terminar con el delincuente. El *establishment* se muestra preocupado. "La Nación" exige públicamente a los anarquistas —se refiere por supuesto a los de "La Protesta"— que se definan si están o no con los asaltos que acaban de producirse. Pero los que tienen más miedo son los italianos fascistas. Su vocero, "Il Mattino d'Italia", el 21 de julio, escribe lo siguiente: "*La fuga de Di Giovanni amarga el triunfo de la autoridad que, con la captura del delincuente hubiera resultado un triunfo completo, sensacional. Así, se permanece bajo la impresión poco agradable de saber que el bandido está en Buenos Aires, en plena actividad delictiva, decidido acaso a las peores empresas. Es de esperar que la policía tome muy pronto su revancha. No sólo para impedir otros delitos sino también porque la figura de este delincuente no logre formarse una aureola de algo irrefrenable, de coraje indómito y de astucia genial que podría seducir y llegar a una forma de admiración pública la cual, aunque basada en el miedo es siempre homenaje a una superioridad reconocida, aunque sea en el mal.*

Di Giovanni que aparece y desaparece, que está a la cabeza de una banda de delincuentes y que tiene en jaque él solo a la policía, mientras los otros se dejan agarrar; Di Giovanni que ejercita su actividad oscura con pleno éxito y sus venganzas como bandido de leyenda, Di Giovanni el anarquista, el bombista, el asaltante, el homicida, el jefe de una banda de audaces comienza a transformarse en una especie de héroe del delito, un personaje por el cual todos se interesan, si bien aterrorizados, pero reconociéndole una superioridad. Será bueno que la leyenda se esfume antes de nacer. Que el delincuente seguido de

cerca caiga finalmente en las manos de la justicia, con la cual debe hacer cuentas bastante largas. Y serán más largas todavía de mantenerse en circulación este individuo que hace del mal su única actividad. Cuyo nombre nos es a nosotros, italianos, especialmente doloroso y nos llena de horror, recordándonos las víctimas de la bomba del Consulado de Buenos Aires. Cuando la policía haya capturado a Di Giovanni, todo el país será liberado del demonio de este bandido, que sabe escabullirse con diabólica habilidad a todas las sanciones de las leyes. Aferrado a lo inasible, la leyenda de un Di Giovanni, que sabe mantenerse fuera de la ley y más fuerte que ella misma, no podrá formarse ni será formada, será destruida. Que así sea".[152]

Pero la realidad era otra. Di Giovanni había perdido mucho. Tres de sus mejores compañeros: Emilio Uriondo, Umberto Lanciotti y José López Dumpiérrez habían sido detenidos en la cantina de Pedro Goyena pese a que "*se resistieron encarnizadamente*" como señala "La Prensa". La policía ya tenía una base. Era cuestión de *ablandarlos un poco*. Porque aquí se trata de una cuestión de prestigio de la policía ya que, como dice "La Prensa" "*los empleados de investigaciones se sienten tocados por la amenaza telefónica de Severino Di Giovanni*". Al parecer, ninguno de todos los métodos de convencimiento le dieron resultado a la policía porque el mismo diario "La Prensa" dice días después que "*los tres detenidos se han encerrado en total mutismo y sólo atinan a proferir algunas interjecciones contra la policía*".

Evidentemente, es gente muy dura. Pero el inspector Santiago no se da por vencido. La opinión pública, el jefe de policía, todos le exigen algo, algo concreto.

Emilio Uriondo nos ha relatado que para la policía era tan importante saber algo de Di Giovanni que a él lo trasladaron desde la comisaría al Departamento Central de Policía. Allí le quitaron las esposas y lo llevaron hasta el mismo despacho del comisario Santiago. "*Lo cierto es que, cuando estuve frente a Santiago* —nos relató— *me sentí un preso importante, aunque desconocía hasta dónde querían ir".*

El jefe de investigaciones, después de ofrecerle un cigarrillo le hizo el gran ofrecimiento:

"Mirá, no te va a pasar nada, ahora mismo te vamos a dar la libertad, y te vamos a dejar tranquilo, absolutamente tranquilo, pero nos tenés que decir dónde está Di Giovanni".

Tres horas después, Santiago volvió a hacer comparecer a

Emilio Uriondo y le hizo el mismo ofrecimiento de libertad, aunque ya sus aspiraciones eran mucho más modestas: sólo se conformaba con un dato cualquiera, una referencia, un lugar donde podría ir a parar Di Giovanni. Pero no hubo caso. La lealtad a su amigo costó a Uriondo cinco años de prisión en Ushuaia, por encubrimiento. Perdían así los anarquistas expropiadores, con Emilio Uriondo, una pieza fundamental en la preparación y ejecución de los hechos que acostumbraban llevar a cabo.

Pero en todo esto había un equívoco. El hombre que se había escapado de la cantina de Pedro Goyena no era Severino Di Giovanni sino Fernando Malvicini. La policía, que veía en cualquier anarquista rubio a Severino, lo confundió. Confusión que creció cuando sí, fue Severino Di Giovanni quien habló por teléfono minutos más tarde. Este, que se encontraba en una habitación muy cerca de la fonda, fue avisado por Malvicini de lo ocurrido y habló por teléfono de inmediato para mofarse de la policía y amenazarlos que si no dejaban en libertad a sus compañeros apresados él se presentaría de inmediato a liberarlos.

En "Anarchia", Severino firma con el seudónimo de Alberto Lubeni. En el número cuatro, en primera plana, hace un análisis de "La Argentina de Yrigoyen". Dice allí: "*Hablar de América es hablar de dictaduras. No se puede encontrar un pedazo de tierra del nuevo mundo que no lleve la trágica marca del talón reaccionario. Hasta aquellas repúblicas que aparentan a los ojos tapados con velos del mundo un edén de libertad, no son más que verdaderos infiernos. Veamos sino México con la vuelta de tuerca cada vez más estrecha aplicada por el triángulo socialistoide de Calles-Gil y Ortiz Rubio: la sistemática persecución de Librado Rivera, la bajada de pantalones con el Vaticano, las ejecuciones sumarias y el caudillismo. Véase Colombia, Nicaragua, Haití, verdaderos polígonos donde se adiestran todas las armas del expansionismo yankee y los bravos hijos de Washington y Lincoln. O bien esas copias, auténticas de Mussolini: Gómez y Machado que desde hace lustros aterrorizan las tierras venezolanas y cubanas. ¿Y qué decir del Perú, de Chile, de Bolivia, del Paraguay y del Brasil? ¿Qué decir de Leguía que apenas ayer era amenazado por el enésimo atentado, o de Ibáñez, continuamente perseguido por complots como la sombra del Bauko? Y como si no bastara se une a tanta reacción el fermento de una próxima guerra que de cada lado piensan declarar dos dictadores más: Siles y Guggiari.*

Un cuadro completo de sangre, de catástrofe, de muerte, de miseria, de horror.

Diferente a España —que a fin de cuentas da muestras de tener una juventud rebelde y de viejos incorruptibles en el respeto a la libertad— distinto a Italia, a los Balcanes, a Rusia...!

La Argentina no sufre solamente la calamidad de las deudas. Este mal, más o menos, es sufrido por el mundo entero. La Argentina está infectada de otra gangrena, más dolorosa: la bancarrota de la justicia, la quiebra de la Constitución, la corrupción del Poder Ejecutivo, la impotencia del Parlamento —que estafa de mil maneras a la opinión pública con sus payasos— y la podredumbre policial.

En la Argentina existen territorios en los cuales todavía impera la esclavitud. En el Chaco, en Misiones y en otros lugares se hallan esparcidos miles y miles de feudos —como 'La Forestal Ltda'— donde la policía subvencionada por las empresas está al servicio de los patrones. Y para dar una idea de cuánta corrupción está contaminada la Argentina de Yrigoyen, basta citar ejemplos de muchos feudos donde los obreros se contentarían no con un aumento de salario, sino con la libertad de comercio y con la libertad de reunión. En la mayor parte de estos feudos, el obrero no puede abandonar el trabajo bajo la pena de ser cazado como una fiera por la policía local o de la empresa: 'Esos esclavos se llaman los mensú. Son explotados sin compasión, sin poder jamás saldar sus deudas con el patrón debido al «anticipo». Si reclaman su libertad, son castigados; fugan a la selva y allí son reprimidos a palos —o muertos— y devueltos al trabajo continuo, coaccionado y forzado, donde no pueda hacer escuchar ninguna protesta por estar tan lejos de la justicia argentina' (informe del juez de Misiones Alejandro Peralta al ministerio del Interior). Y cuando el feudo queda al descubierto, bajo los ojos de la opinión pública, entonces el fugitivo es procesado y condenado por el delito de... fraude! (Ver copias de los procesos en el Boletín del Departamento del Trabajo, Nº 26, del estudio del inspector Nicklison).

Pero no solamente en los feudos hay absoluta ausencia de libertad. En la misma ciudad de Buenos Aires se cometen abusos e injusticias increíbles.

Hace pocos días, el senador Mario Bravo en una visita a las cárceles constató que nada menos que 180 presos sufren ilegalmente la demora en ser juzgados. 'La Prensa' del 5 y 6 de mayo cita casos de presos que tienen un pedido de cárcel por parte del fiscal de pocos meses y que pasan un año como reclusos. 'La Razón' del 6 de mayo —diario conservador y reaccionario como 'La Prensa'— da una voz de alarma en su editorial: '¡Pobres presos! La visita hecha por el senador Bravo a las cárceles no ha tenido, por cierto, el valor de un descubrimiento. Desde largo tiempo atrás se sabía, en efecto, que la justicia no marchaba, en lo penal, con la celeridad que se debería desear. ¿Cuántas han sido

las huelgas de hambre llevadas a cabo estoicamente por aquellos que desesperaban esperando una sentencia? ¿Cuántos son aquellos que han cumplido como presos un tiempo mayor a la pena solicitada por el fiscal? Si esta visita no ha tenido el valor de un descubrimiento, ha servido, por lo menos, para dar actualidad una vez más a la necesidad de la reforma judicial. Vacantes en la justicia y procesos excesivamente largos han conducido a esta situación de desastre y de injusticia'. Claro, 'La Razón' resuelve el problema a su manera, pero la injusticia de la burguesía y de sus leyes merecen otras acciones de justicia. Y en la Argentina de Yrigoyen la ruina moral y la injusticia son cosas tan generalizadas que solamente con energía y con valor se puede repararlas. Las reformas, las leyes, las críticas periodísticas, las visitas de tal o cual tartufo no sirven nada más que para contemporizar.

En un país, donde puede imperar desde 1916 hasta hoy la política radical yrigoyenista sin producir la indignación general, es señal que no hay más vergüenza, decoro, dignidad, resurrección de valores morales en su ambiente social, en sus relaciones civiles.

La esclavitud de los feudos, el poder ilimitado y la corrupción de la policía, el menefreghismo de los caudillos radicales, el desastre moral de la justicia, la omnipotencia de los politicastros ligados al yrigoyenismo hacen de la Argentina un país del mismo nivel reaccionario que los otros países americanos donde imperan las dictaduras. De otra manera no se comprendería tanta pasividad para iniciar la insurrección y erigir a la revuelta un pedestal perenne. Recordemos y tengamos presente que el éxito del fascismo se debe a la audacia de los mesnaderos. E Yrigoyen demuestra ser audaz. Por lo menos hasta hoy...!".

El 7 de agosto, Di Giovanni llevará a cabo su tan ansiado golpe: el asalto para la liberación de Alejandro Scarfó y sus otros compañeros presos en la cárcel de Caseros. El sabe que si triunfa, cambiará su vida. Ya en Francia está todo listo, esperándolo para establecerse con América, con sus hijos, Teresina y el nuevo compañero de ésta. En el mediodía francés comenzará una vida distinta en un verdadero kibutz anarquista y estará más cerca de su tierra italiana para iniciar también allí acciones a distancia. La operación *libertad* ha sido calculada hasta el último detalle. El y sus compañeros saben el riesgo que corren. Lo acompañan el silencioso Paulino Scarfó que va a luchar por su querido hermano Alejandro y los demás compañeros; Jorge Tamayo Gavilán, el chileno anarquista que siente alegría cuando de riesgo se trata, y Braulio Rojas. A las 13.30 paran el coche celular que traslada detenidos desde la cárcel de

Caseros a Tribunales. Di Giovanni tiene la información confidencial —por un abogado amigo— que en él llevan a Alejandro Scarfó y a Gómez Oliver. Pese a la severa custodia, los anarquistas logran detener al furgón, cerrando el paso a la comitiva. Todos tienen que frenar. Ahí mismo salen a relucir las armas de los insumisos. Los custodias del orden levantan los brazos. Un rubio vestido de negro se adelanta y grita en bastante buen castellano que se le entreguen las llaves de las celdillas. Pero en vez de voces anarquistas se escuchan alaridos de mujeres, imprecaciones en idish. En ese celular sólo se transportan a tres prostitutas y a un miembro de la organización de tratantes de blancas Zwi Migdal.

Todo el derroche de coraje ha sido inútil. No hay tiempo para lamentaciones. Deben huir ya porque tienen encima a la policía alertada por los viandantes.

Gran tema para los diarios: el asalto al celular. Todos sin excepción se lo adjudican —esta vez con razón— a Severino Di Giovanni. "Crítica" le da toda la primera plana. Y un recuadro titulado "Di Giovanni chaplinesco". Allí se dice: "*Indiscutiblemente Di Giovanni tiene una fuerte y original personalidad. No necesita firmar sus asaltos espectaculares o sus estupendas burlas a la policía para reconocerlo como autor irremplazable. Cuando instantes después del asalto de ayer, los pesquisas se encontraron con un camión celular violentado y su conductor y celador desvanecidos, exclamaron en un tono que podría ser de admiración: '¡Di Giovanni! ¡Di Giovanni!'.*

Pero sin menoscabar su original personalidad, Di Giovanni tiene el talento y la oportunidad de imitar a Carlitos Chaplin, el eterno burlador del vigilante.

Un hipotético espectador imparcial del asalto de ayer hubiera recordado a Chaplin, cuando el agente celador que estaba dentro del camión asomó ingenuo la cabeza creyendo candoroso que no se trataba de un asalto sino de un choque... Di Giovanni, como se comprenderá, aprovechó la cabeza policial para derribarla.

Esta escena chaplinesca únicamente Di Giovanni podía repetirla en una de las calles de nuestra ciudad".

Todas estas acciones regocijaban a la gente común, halagaban esa rebeldía subyacente que siempre lleva el hombre masa en su interior, pero que se guarda bien de expresarla. Todo quedaba nada más que en una pequeña alegría secreta en el sometimiento de todos los días.

Para Di Giovanni, en realidad, este fracaso representará en

última instancia, la muerte. La moneda se le había dado vuelta en el mismo instante en que todo aparentaba haber salido a la perfección. El fracaso significa el trastocamiento de los planes para el futuro. Porque ahora más que nunca está dispuesto a cumplir su palabra de liberar a Alejandro Scarfó.[153] Sabe que ahora todo será aún mas difícil. Los guardias se reforzarán o lo cambiarán de cárcel o lo mandarán a Ushuaia. No obstante, y al día siguiente, comienza a trabajar en un nuevo plan: atacar con bombas de humo y de demolición la propia cárcel de Caseros. Todos los grupos de expropiadores están dispuestos a secundarlo. Será un plan de guerra perfectamente hilvanado con doce puestos diferentes de observación y de ataque desde el exterior del edificio. Los doce de afuera se moverán en movimientos coordinados con los anarquistas presos. Nunca llegará a poner en práctica este plan porque antes lo sorprenderá la tragedia que le tiene destinada la suerte.



Ante el tribunal de los compañeros

"¡Cómo sueño a veces con un mundo todo en armonía:
cada tendencia basada en su propia iniciativa, sin jamás chocar,
sin jamás humillarse, para ser más fuertes en el mañana,
cuando debamos correr todos hacia la gran
batalla de la revolución! Pero son todos sueños."

(Severino Di Giovanni, carta a Hugo Treni, 15-5-30)

Pero ese 1930 no estuvo signado para Severino sólo por la acción. Dos aspectos más iban a caracterizar su vida en ese año lleno de acontecimientos: la lucha para obtener su reivindicación entre sus compañeros de ideas, y su tarea absorbente para dar vida a una editorial de libros, cuadernos y opúsculos con el fin de difundir los ideales libertarios.

En febrero de 1930 toma cuerpo, por fin, la formación de un tribunal de honor que pide Severino para que juzgue su conducta ante los ataques de Diego Abad de Santillán en "La Protesta", que llevaron a la muerte a López Arango. Severino quiere que sea un tribunal absolutamente neutral e insiste para que formen parte de él libertarios que no compartan su línea expropiadora. En ese sentido quiere que sea Luigi Fabbri —amigo de Santillán, antiexpropiador y después de Malatesta la cabeza máxima del anarquismo italiano—quien dirija la constitución del jurado.

Se conserva parte de esta correspondencia intercambiada entre Severino y los miembros del tribunal, que se hallaban en Montevideo. El 10 de febrero de 1930, Di Giovanni le escribe a Hugo Treni[154] —que iba a hacer las veces de secretario del jurado—las siguientes líneas a nombre de "*querido compañero Rodríguez*": "*verás que en un futuro cercano la verdad, la justicia y la sinceridad vencerán en este problema que me atormenta desde hace más de dos años. Así debe hacerse y tengo fe en el elemento sano que milita en las filas del anarquismo. Para esto estaré siempre a disposición de todos aquellos compañeros —los que lo son realmente— que quieran poner en claro, que quieran darse cuenta cuál fue y es mi proceder. Siempre espero con la máxima tranquilidad, firme en las razones que han guiado las acciones de vida*".

Más adelante le solicita: "*Sólo que, en las elección de los compañeros —para el tribunal— erigiréis hombres serenos, no ofuscados con reservas u odios personales. Así podrán con más libertad y justicia valorar hombres y hechos*".

Luego, Severino propone el funcionamiento del tribunal de honor sobre la base de los siguientes puntos:

"a) Acepto una reunión en la cual se juzgue ampliamente toda mi conducta: privada y pública.

b) Esta aceptación mía debe ser acompañada por los componentes de la reunión con todas las pruebas y las acusaciones que me correspondan.

c) Por mi parte, traeré testimonios y elementos de defensa atinentes a mis diversas actuaciones.

d) Los testimonios y documentos serán personas y elementos de suma responsabilidad.

e) Se deberá hacer una reunión preliminar en Montevideo entre compañeros que decidirán cuáles deban ser los puntos a discutir y cuáles deben ser los compañeros que vendrán a discutir conmigo.

f) los compañeros deben ser elementos de responsabilidad. En el caso que no venga Santillán —yo estaré muy satisfecho de verlo formar parte de la reunión donde yo esté presente— en su lugar aceptaréis a Aladino, Torrente o a Fontana (que creo son cómplices de Santillán).[155]

g) Por otra parte, en el caso que venga uno de los mencionados redactores o administradores de 'La Protesta' deberán formar parte también dos o tres compañeros del grupo italiano de acuerdo a la tendencia de Luigi Fabbri, Hugo Treni o Torquato Gobbi".

Más adelante propone que la reunión se haga en Buenos Aires, en el domicilio de Fernando Tognetti o de otro *"que se elija en la reunión preliminar que hagan los compañeros en Montevideo"*.

Pero Luigi Fabbri no está muy de acuerdo con la posición de Severino. En una carta del 7 de marzo de 1930 le escribe a Aldo Aguzzi: *"Mi amigo Santillán tiene el defecto de mostrarse peor de lo que es cuando habla. Por otra parte Santillán a pesar de su bondad y de sus méritos excepcionales, tiene también sus defectos, como cualquiera de nosotros, entre ellos el de dejarse llevar por sus nervios. Estoy de acuerdo contigo* —le dice— *en deplorar las acusaciones de espía que se intercambian entre compañeros. Pero no tienes razón de ver ofensa en una sola parte. Por lo que sé, fue un intercambio recíproco de acusaciones similares, hechas siempre por distorsión de otras acusaciones"*. Luego agrega, refiriéndose a Severino: *"Yo no creo que ser prófugo constituya un derecho especial de atacar sin ser contraatacado en el caso que el prófugo tiene plena libertad de publicar en los diarios de su parte su propia defensa. Estarás conmigo que este derecho no puede llegar al punto... al que se ha arribado"*.

Aldo Aguzzi —sin complejos ante la autoridad de Fabbri— le responderá con argumentos difíciles de rebatir. Le dice tres días después: "*En cuanto a Santillán, no pongo en duda su buena fe, pero sí le reprocho en dudar demasiado fácilmente de la honestidad de los demás* (...). *El defecto de intercambiar las acusaciones de espía lo veo en todas partes. Pero veamos con claridad cómo están las cosas. Hace un año y medio, antes del atentado al Consulado, 'Culmine' publicó una biografía de Wilckens en la cual se hablaba de los espías de 'La Protesta'. Ninguna acusación específica. 'La Protesta' no respondió. Pero mucho tiempo después, cuando el supuesto autor estaba prófugo Santillán comenzó su linchamiento moral en una serie de artículos que duraron dos o tres meses (sin ser cotidianos), artículos en los que se lanzaba seriamente la pregunta de si el prófugo era un espía o un agente provocador, que su paso a la ilegalidad era una burla, etc., Admitiendo detalles, hechos de crónica, etc. Como ves, si la actitud de 'La Protesta' hubiera sido una represalia de 'La Protesta' contra 'Culmine', sería abominable, porque fue hecha después de mucho tiempo y cuando el prófugo era buscado por la policía. Y porque 'Culmine' había lanzado, más que una acusación categórica, un insulto, mientras 'La Protesta' hizo una campaña sistemática. En vista que Santillán no tiene pruebas, debió rectificarse, en cambio no lo hizo, y no lo ha hecho todavía. La responsabilidad de ciertos hechos dolorosos está más en esta negativa en rectificarse que en otro.*

Se puede responder que sí, a un prófugo si éste ataca —sigue Aguzzi— *pero si es humano tener en cuenta las condiciones de Santillán, es también humano contemplar las condiciones de un prófugo que está en peor situación. 'La Protesta' puede responder al prófugo pero no de la manera que lo hace, equivalente a veces a una delación, aunque sea involuntaria. Creo que en el movimiento anarquista jamás ocurrió un hecho similar tan repugnante. Yo no intento prohibir a nadie* —finaliza Aguzzi— *y menos a 'La Protesta' que haga su propaganda. Se podría haber combatido la expropiación y los atentados sin referirse a las personas*".

El 27 de marzo, nuevamente Severino se dirige a Hugo Treni y a Adone Moscallegra[156] para insistir en que se forme el tribunal. Dada su condición de perseguido es difícil el intercambio epistolar. Las cartas a veces llegan, a veces se pierden, a veces recorren un larguísimo camino hasta dar con el fugitivo. Severino escribe así: "*En el movimiento anarquista surgen durante su desarrollo algunos problemas que son de fuerza mayor resolver en su seno mismo. Tanto más cuando tienen todo el aspecto y la sustancia de ser cuestiones morales. En mi caso, realmente en el caso que me hiere es toda una cuestión moral que no se puede dejar de lado sin colocarme en la*

más descarada complicidad. Los anarquistas de cualquier tendencia deben dar la propia opinión pro o contra, no importa si se hiere, con esas opiniones, a los intereses de la propia fracción o las propias simpatías. Lo que vale es encararlo con la máxima franqueza y sinceridad".

Luego se refiere a la ideología: "*El anarquismo es la síntesis más bella de la franqueza y la sinceridad, tanto más cuando está en juego la dignidad personal de un compañero, célula viviente del anarquismo mismo. Pero desgraciadamente, en nuestro movimiento —salvo rarísimas excepciones— como en todas las relaciones sociales —políticas o no— siempre se actúa según las distintas simpatías personales o de relación de tendencia. Me consta por experiencia y por haber sufrido hasta el presente también las consecuencias. De otra manera no se explica — hablo siempre de cuestiones morales— del asalto a 'Pampa Libre', de la destrucción de más de un compañero, de traiciones más o menos graves y evidentes, todo transcurrido con el silencio cómplice internacional sólo porque estaba en juego la vida y la moral del 'único cotidiano del mundo'*".[157]

Luego viene un párrafo donde Severino declara ser el autor de la muerte de López Arango. El análisis de estos párrafos es fundamental para entender en toda su profundidad la tragedia. Dice: "*Mi dignidad de ser humano y la responsabilidad que me jacto de tener son las mejores evidencias de la seriedad de cuanto ofrezco y de cuanto me dispongo libremente a aceptar. Esta afirmación, entonces, destruye el temor de Moscallegra respecto a mi beligerancia. Yo sólo recogeré las armas de la defensa —de esa defensa que interpreta mi dignidad— el día en que vea que son infructuosos todos los medios intentados por el tribunal que Moscallegra propicia con mi total consentimiento. Porque creo que si un grupo de hombres, parte del movimiento nuestro no será capaz, con la riqueza de ideas, de resolver mi caso como lo exige la justicia y la verdad, no me queda otra cosa que retomar aquellas armas dejadas y esgrimirlas como recursos defensivos, para liquidar la enfermedad corrosiva. Dar así un nuevo tajo para aislar la gangrena con el último bisturí que me queda en la mano. Así procedí y obré antes de octubre pasado. Me dirigí personalmente al responsable: Arango me dio por respuesta una risotada de burla. ¡Pero por dios! no siempre se desafía a capricho la ira del semejante. Este lenguaje podrá parecer violento a Moscallegra, pero si él hubiera sufrido como yo los mismos ataques, el mismo asesinato moral, lo quisiera ver en qué aguas nadaría. Y contra la vileza seudoanárquica no es lo más apropiado usar el sistema cristiano de Tolstoi, tanto más que con la temperatura que aquí estoy obligado a moverme me obliga a rehusar los medios que ofrece el filósofo ruso*".[158]

Luego les comunica su nueva dirección: Lorenzo Poggio, Villa

La Perla, Temperley (FCS), pero les pide reserva "*no por lo que pueda sucederme personalmente, pero sí por la posible venganza de los de 'La Protesta' para con la persona que recibe la correspondencia*".

Más tarde, en la misma extensa carta, volverá sobre el tema que lo obsesiona: "*¿Cómo podemos predicar* —se pregunta— *y exigir la justicia en un ambiente enemigo cuando no sabemos su esencia en nuestro mismo ambiente? ¿Cómo podemos ser enemigos del linchamiento personal, de la calumnia, de la mentira, de la difamación cuando estamos corrompidos hasta la médula en nuestras filas? ¿Qué dirá —no la opinión colectiva de enfrente, siempre ciega— el sereno escrutador o indagador que venga a escrutar el desarrollo de nuestra vida íntima? Y, en fin, y lo que más cuenta, ¿qué dirá nuestra conciencia anarquista, nuestra ética?"*. Y otra vez reconocerá en forma indirecta lo de López Arango: *"Vino la catástrofe irremediable y necesaria, por lo menos para mí. Al final, algunos de los sordos oyen, pero se limitan no a esclarecer los motivos que empujaron a la maduración del acto, pero sí a reclamar, protestar y gritar a todos los vientos contra el que mata, aunque se haya matado en legítima defensa, condición ésta que admiten hasta los juristas burgueses. De esta manera, las fuentes teóricas de la ética anarquista se subvierten de la manera más baja, más asquerosa y más recalcitrante*".

En la misma carta hace mención a Montagna. Dice así: "*El nudo de la discusión es siempre el que hice público en nuestros periódicos y por lo cual niego ser loco, espía, fascista provocador, policía, degenerado, etc., etc. Además de esto les niego el derecho a la delación, derecho que no reconozco en ninguno, aunque se llamen Arango, de Santillán o Kropotkin o Reclus, y no solamente cuando se llaman Montagna, Menapace, Salvorelli o Tresca.*[159] *Esto lo sabemos todos. De mi parte, no transijo*".

Las cartas de Severino al jurado —igual que su correspondencia a su compañera América— descubren aspectos desconocidos de su personalidad, ayudan a pintarlo de cuerpo entero en su concepción ideológica, en sus sueños, en sus reacciones. El 23 de abril, por ejemplo, les escribe a Treni y Moscallegra terriblemente decepcionado y les reprocha: "*Para recibir tres respuestas a cuatro cartas ha transcurrido casi medio año. El colmo de la velocidad de la tortuga*". Otra vez y en forma mucho más clara declara ser el matador de López Arango: "*Yo —y lo vuelvo a repetir aunque se cansen de oírlo los compañeros, los amigos y el mundo entero— quiero que se haga la luz sobre las calumnias y hechos que se me imputan. Esa luz debe satisfacerme a mí y a los amigos que integran el movimiento anarquista.* (...) *Porque cuando mañana haya demostrado por boca de los mismos que hoy me acusan que no tengo ninguna mancha ni en el pasado*

ni en el presente; cuando Santillán reconozca delante de los del jurado que ha intentado asesinarme con la calumnia y se publique en 'La Protesta' y 'L'Adunata', entonces habré solucionado con él y con su diario todo mi resentimiento. Quedaré ipso facto desarmado. Me parece que soy claro. Pero admitamos el caso que de Santillán no quiera aceptar la publicación sobre el mismo diario donde escribió contra mí tantas maldades y que no quiere retractarse públicamente —como valientemente lo hizo el compañero Aldo Aguzzi y que hoy es merecedor de todo mi afecto como si nada hubiera pasado entre nosotros— ¿no tengo el derecho de volver a tomar mis armas? ¿Qué satisfacciones me daría el jurado para dejarme desarmado y persuadido? ¿Acaso creéis que con Arango no escogí todos los medios? ¿No le di acaso veinte días de plazo? Para satisfacción del jurado sería bueno abocarse personalmente. Pueden Hugo o Mosca venir a Buenos Aires. Les podría dar la prueba que Santillán todos los días puede caer como Arango, bajo mi plomo. Si no lo hago es porque quiero una satisfacción no sangrienta al movimiento en que vivo y milito. Porque mañana mi caso debe servir de ejemplo a todos: esto es, antes de calumniar y de asesinar moralmente a un compañero (peor que la muerte natural), debe recapacitarse sobre la responsabilidad que comportan los actos deshonestos y viles".

Pero a esa altura, el jurado no se había integrado totalmente. Hasta ese momento habían aceptado dos hombres de indudable equilibrio y predicamento en el movimiento: Hugo Treni y Adone Moscallegra. "*Y el tercero?* —se pregunta Di Giovanni en la misma carta—. *No importa quién sea. No tengo personas de confianza ni de intimidad en el Uruguay. No pretendo que lo sean. Para mí, el compañero que pueda llamarse tal y que tenga el máximo sentido de la responsabilidad podría ser el tercero o el cuarto. Puede ser Fabbri, o Destro, o Staffa, o Mariani o Gobbi u otro que podrías escoger. Luigi Fabbri, que directamente está hoy en el seno de 'La Protesta' podría integrar el jurado. Tengo confianza en él. Lo creo sincero de cualquier manera y le puedo confiar todo como a vosotros dos. El y los otros pueden aceptar formar el 'jury' si no por simpatía conmigo —que no busco— al menos por el cariño que todos tenemos con el ideal común que sabe abrazar ampliamente las más variadas maneras de afectos y posiciones*".

Hugo Treni le ha comunicado que es imposible una reunión en Buenos Aires y menos el encuentro de Severino y Abad de Santillán. A lo que Severino contesta: "*No me importa que no se hagan reuniones en Buenos Aires. No me importa el encuentro entre Santillán y yo. No estoy buscando pelos en la sopa para embrollar vuestra tarea, que es la mía. Me abstengo del encuentro pero debo decir mi opinión sobre mi temperamento y sobre mi carácter. Cuando*

digo de ir a discutir y comprometerme de no pasar a la vía de los hechos, no hay peligro que me contradiga aún en el caso de que en ello se me vaya la vida. Así le hablé a Aldo Aguzzi hace medio año. Así haré con Santillán si llegara la ocasión. No soy después de todo el volcán que todos creen que soy. ¡Tengo el ímpetu propio del amor que me desborda el corazón pero también tengo el dominio sobre mí mismo para la más alta concesión que se pueda imaginar!".

Luego sintetiza lo que para él debe resolver el tribunal de honor: "*¿De acuerdo con el objeto final del jurado?* —pregunta Severino—. *Es decir: poner todo en claro, las opiniones sobre el caso y publicar las resoluciones en nuestra estampa y especialmente en 'La Protesta' y 'L'Adunata', y en un folleto. Como veis, el acuerdo mío es completo en todo y para todo*".

"*Los motivos precisos que se necesitaría discutir*—precisa Severino en esa carta— *en el jurado son los siguientes:*

1.- ¿Soy un espía?

2.- ¿Soy un provocador?

3.- ¿Soy un fascista?

4.- ¿Estoy de acuerdo con la policía?

5.- ¿Soy un dilapidador del Fondo de las Víctimas Políticas?

6.-¿Soy un indeseable?

Esas son las sospechas contra mi persona. ¿Y soy un loco? ¿Soy un degenerado? Estos son los problemas que me importan por el momento y que una vez solucionados me daré por satisfecho personalmente."

El 25 de abril de 1930, Severino le escribe a Hugo Treni: "*No te conozco personalmente.* (...) *Pero compañeros que estimo no poco me hicieron un retrato de tus maneras cordiales y porque sé que la cordialidad es un coeficiente de la sinceridad y de la bondad he creído bueno confiar en tu persona el encargo delicado del jurado.* (...) *Tengo fe en la victoria de este litigio. El movimiento lo debe decidir por su misma salud; los compañeros lo deben auxiliar con su propia fuerza por la estima que merece el hermano linchado. Porque si bien es verdad que el anarquismo no impide el espíritu y la acción crítica del individuo en todas las manifestaciones que ocurran en su seno, es también verdad que no se debe permitir —sin ningún motivo, sin cometer el más grande suicidio en perjuicio del individuo— el linchamiento del militante que en el trabajo ha puesto la mirada sobre una meta de superación*".

Cinco días después, Treni le contestará a Severino. Es una carta fundamental para comprender a fondo el problema. Está escrita por quien se reconoce amigo de Santillán, y por eso tiene más valor el juicio que allí expresa: "*Hace largo tiempo* —le dice— *que alimentaba el deseo de escribirte, por lo menos desde que he venido a Sudamérica, pero, por muchas*

razones, me fue imposible hacerlo antes de ahora en que tú mismo me das la posibilidad. Al principio no sabía cómo hacer a raíz de tu situación especial, después, ocurrida la tragedia —que verdaderamente me ha abatido y descorazonado y que yo también creí como muchos otros al principio que fuera obra de la reacción— la cosa se puso entonces más difícil".

Treni no ahorra palabras , la tragedia a la que se refiere es la muerte de López Arango.

"*Para mí* —continúa—, *discúlpame si en esta primera carta te hablo de este problema, seguramente doloroso tanto para ti como para mi, aquel acto, también cuando más tarde se corrió la voz de que los autores eran compañeros, me pareció no un acto anarquista sino más bien y sólo un acto de desesperación o si quieren un acto de pasión y como tal le toleraba todos sus terribles defectos. Indudablemente, en este punto, tendría que decirte muchas cosas y yo, por el momento no quiero insistir* (...) *Lo que deseaba decir de corazón era que se hace mal en teorizar sobre estos actos y deplorar que no ocurran más frecuentemente mientras, bajo todo punto de vista, esos actos son un mal que debería intentarse evitar.*

Sí —agrega—, *yo acepté sin vacilar el deber de formar parte del 'jury' solicitado por ti aunque sea un malísimo juez porque he llegado siempre a absolver a todos. Y tal vez esto sea un defecto en mí o una cualidad, no lo sé, pero que de algún modo soy incapaz de superar. Por esa razón, sugerí la idea que un tercero o cuarto compañero se una a nosotros sobre todo teniendo en cuenta que conozco personalmente desde hace muchos años a uno de los compañeros que entraron en esta causa —Santillán— y unido a él por una larga amistad y también, por qué no decirlo, estima. Así se decidirá con absoluta imparcialidad —a la que trataré de atenerme estrictamente— y que en ningún caso o momento sea parcial favoreciendo a una parte o a la otra. Por otra parte, una de las razones que me ha llevado a aceptar formar parte del 'jury' es la convicción de tu honestidad política*".

Treni, para que no queden dudas, subraya esta última frase. Y más adelante escribe un juicio definitorio: "*Más de una vez reproché a Santillán la forma perversa empleada para polemizar contigo. En este, tu caso, está resumido toda la tragedia interna del movimiento anarquista en el que la pasión de sectores siempre tiene supremacía sobre la razón*".

Lo que Treni expresa aquí serán los síntomas de la decadencia del anarquismo rioplatense. La división, el sectarismo de hombres como López Arango y Abad de Santillán que no previeron que su actitud de condenar a los *non sanctos*, en vez de tratar de absorberlos y demostrarles su equivocación, concurriría a hacer más profunda la polémica y la

decadencia, la impotencia. Impotencia que iba a quedar bien marcada pocos meses después, con el golpe militar de Uriburu.

"*Y ahora no vale la pena de buscar quién fue el primero en comenzar* —continúa Treni en su carta a Di Giovanni— *sino que es absolutamente necesario interrumpir la discusión y proceder, con buena voluntad, a su saneamiento comenzando con no considerar cobarde o espía al compañero que no piensa como nosotros*".

Luego le pide el envío de las publicaciones donde se lo acusaba y el nombre de "*todos tus acusadores para que también pueda dirigirme a ellos y pedirles las pruebas que sostengan sus acusaciones*".

Al despedirse le expresa: "*Confío como tú que todo terminará pronto y bien, con el solo disgusto que no se haya hecho antes, que seguramente habría ahorrado una tragedia de las más terribles y dolorosas que jamás hayan golpeado a nuestro movimiento*".

Ya estamos en mayo. Severino con sus amigos preparan el asalto a "La Central". Pero debe cuidarse no sólo de la policía sino también de los hombres de "La Protesta". El 15 de ese mes le escribe otra vez a Treni y le manda una nueva dirección. "*No lo hice antes* —le dice— *porque un domicilio que mandé a Fabbri en diciembre de 1928 terminó por ir a parar a manos de los de la calle Perú ('La Protesta'). De qué manera y con qué buena fe lo puedes interpretar pero todo eso no lo puede excusar porque yo, en aquella carta, le recomendaba tener cuidado con la dirección de González (Campichuelo 78) porque por ese medio me podían incomunicar. Debí cambiarla y gracias al poco olfato protestista no fui encontrado en aquellos días que se me buscaba para asesinarme. Por eso, a partir de hoy, me puedes escribir a Guillermo Allegri, calle Bosch 420, Avellaneda, F.C.S. Por precaución, no le des a nadie este domicilio y suspende todos los envíos a Lorenzo Poggio.*"

Luego retorna a la defensa de por qué procedió de esa manera con López Arango. En ese sentido le reproduce una carta que acaba de recibir "*de uno de los compañeros mejores de Norteamérica, el compañero Adolfo Antonelli, de Roma, actualmente ciego*". Antonelli le escribe a Severino: "*Ahora quiero hablarte del conocido caso referido a Arango. Creo que estarás al corriente de las objeciones y recriminaciones que este hecho ha suscitado en nuestra prensa* (...), *personalmente, y a pesar de toda la lógica que no quiere hacerme olvidar que Arango era un compañero y que hay miles de otras cabezas expiatorias sobre las cuales hacer caer nuestros rayos, personalmente digo que me doy cuenta que la ofensa y la injusticia que se recibe de quien hasta ayer era nuestro compañero, son más corrosivas y más exasperantes que aquellas que continuamente se reciben de nuestro enemigo. Es*

duro, con todo, confesar que al sectarismo, a la mala fe, y a la vileza de los que se dicen compañeros, yo he estado tentado a responder con el mismo método, y si la tentación quedó sólo en tentación, se debe más que a otra cosa a condiciones de vida indiscutiblemente distintas a aquellas que vosotros enfrentáis allá. Porque en la exuberancia de la vida de acción y viviendo al margen, o proscripto de la sociedad no se razona por cierto con el mismo cerebro o la misma mesura que aquel que está sentado tranquilamente frente a un escritorio."

Treni, en "L'Adunata" y Badaraco, en "La Antorcha" han censurado la forma en que fue muerto López Arango. A eso, Severino reaccionará con las siguientes palabras en la misma carta a Treni: "*El mundo entero ha gritado y ha llorado sobre el cuerpo de una carroña que en quince años ha sido el apologista, el mandante y el Caín de cuantos asesinatos morales y materiales se cometieron en las filas del movimiento revolucionario, pero ninguno de esos llorones: tú, Nettlau, Fabbri, etc., etc., habéis derramado una sola lágrima , no habéis escrito una sola línea contra Arango en ocasión del ataque a 'Pampa Libre' y de otros hechos similares. ¿Cómo explicáis esta actitud? No me vengáis a decir que no lo sabíais. Yo, personalmente, he sido centro de la campaña de protesta contra esa canalla, desde hace por lo menos cuatro años. Y mis artículos siempre estuvieron escritos en italiano. ¿Por qué esta parcialidad?*".

Severino sigue insistiendo: "*Después de todo vale la pena comparar a los asaltados de 'Pampa Libre' —compañeros en el verdadero sentido de la palabra— con la persona pésima y antianárquica de Arango. Y hablo de Arango y debo agregar también a ese granuja de Santillán, que tú, en todas las cartas que mandas a Buenos Aires, no dejas de calificar como tu 'buen amigo'. No quiero reprocharte tus amistades. No tengo derecho. Pero si a las cosas las quieres juzgar con ojos imparciales y dar a cada uno lo suyo, tienes que terminar con eso de 'tu Santillán'. Cuando pienso la aureola que este 'compañero' ha conquistado entre los nuestros en el extranjero y después paso a valorar la gran infamia que cometió en dañarme, sin conocerme, sin haberlo atacado personalmente una sola vez —y el que dice lo contrario miente—, sin conocer mi vida de más de un lustro de militancia, sin comprenderme en las ideas y las acciones, creo, mi querido Hugo, que pierdo la fe en el compañero o en los compañeros. Pero después, mi vista de eterno investigador y de eterno crítico, me permite la espiral de la reflexión y entonces me explico que ciertas amistades se mantienen porque Santillán es Santillán: es escritor, el 'pensador', la 'potencia' que dirige el anarco-sindicalismo de la Argentina. Dirás que no, pero en el fondo la razón está toda centrada en eso. Mira, tú, si en lugar de Arango y Santillán —en el error, en la calumnia y en la delación— se encontrara un equis cualquiera, un*

anónimo en el movimiento internacional, un Montagna, por ejemplo, ¡oh! entonces las cosas cambiarían y los apretones de manos y los aplausos se producirían como un huracán. Esta es la verdad, en el fondo".

Aquí Severino desnuda una verdad. López Arango y Abad de Santillán eran —de alguna manera—los dueños de "La Protesta". Y quien tenía "La Protesta" tenía, de alguna manera, el movimiento.

Los dos eran conocidos internacionalmente. Y de alguna manera —consciente o inconscientemente— hacían uso de esa influencia. De ahí, a la soberbia y al sectarismo había un solo paso. Se habían ido perdiendo las bases antiautoritarias y el pluralismo. Esa era la verdadera tragedia del anarquismo argentino que había empezado incuestionablemente su decadencia. Como decimos, Severino no está lejos de la verdad en este desesperado llamado a Hugo Treni. Pero todo su razonamiento no alcanzaba a explicar la trágica determinación de matar. De ahí, la frase siguiente a Treni: "*Tú no puedes comprender mi tragedia. Verdadera tragedia de quien vive diariamente proscripto de la sociedad y vituperado por los anarquistas... 'aceptables'. Solamente en contacto conmigo podrías comprenderme y justificar la ira, la actitud, la rebelión contra ciertos 'anarquista'. Y no vayas a creer que no amo al compañero, o que sea invadido por el pesimismo charlatán o el anticompañerismo —excúsame estas palabras ocasionales— porque te equivocarías en grande. Quien me conoce íntimamente puede saber de cuanto amor está acorazado mi espíritu. Y es este amor que hace cavar precipicios, el abismo, entre yo y el espía y el calumniador, y no otra cosa, porque sólo aquel que sabe amar tanto puede odiar tanto.*

Con el tiempo —le dice— *mejor nos conoceremos y mejor nos comprenderemos y podrás evaluar así mis odios, mis gestos bruscos, las tempestades que se desencadenan en el corazón e impulsan el brazo y hace decidir la voluntad y la mente. Como sueño, a veces —en el ocio que me obliga la vida actual— con un mundo todo en armonía: cada tendencia basada en su propia iniciativa, sin jamás chocar, sin jamás humillarse, para ser más fuertes en el mañana cuando debamos correr todos hacia la gran batalla de la revolución. Pero son todos sueños*".

Luego le confía que tiene la intención de editar los escritos de Eliseo Reclus, el geógrafo y sabio pensador socialista francés. "*Ayúdame* —le pide— *en este trabajo que servirá para dar vida a una bella iniciativa nuestra.*" Y le advierte: "*No divulgar la cosa en el sector 'protestista' porque si se dan cuenta de mi presencia en esta ciudad pueden perjudicar a otros compañeros, ¿comprendes?*".

Treni le responderá solicitándole el cumplimiento de algunas

condiciones para el desarrollo del jurado. Severino los aceptará pero es intransigente en la exigencia de que el veredicto final se publique en "La Protesta". "*En esto no puedo transigir* —le responde— *y creo que esto* (la publicación del veredicto) *es el mejor castigo del calumniador y mi mejor venganza.*" Moscallegra y Treni le han escrito en desacuerdo con algunos términos de cartas anteriores de Severino y le señalan que para ellos es fundamental el respeto de la vida humana. A esto les contestará Di Giovanni: "*No estoy de acuerdo con vosotros en el concepto del respeto que se debe tener en cuanto a la vida del hombre. Jamás mis manos se ensuciaron con la sangre del hombre bueno, justo e incapaz de bajezas, pero repetiré hasta el fin que los déspotas, policías, espías y calumniadores serán enemigos únicos dignos de recibir todo mi mal. Sólo en el caso que el calumniador se rectifique y reconozca públicamente el mal llevado a cabo, merecerá otro tratamiento. He dado prueba de esto con Aldo Aguzzi y daré prueba con Santillán. Pero si éste no trata de darme satisfacciones como no quiso darme Arango, no podrá apelar ningún derecho a la vida, ya que continúa con el asesinato —moral— y por aquel legítimo derecho de defensa que las mismas leyes burguesas reconocen debo obtener razón de él con todos los medios, también con el violento, dado que él no ahorra violencia contra mí*".

Luego —en esa carta del 21 de mayo—les pide que actúen con un poco más de rapidez "*a fin de que las cosas no vayan a la larga*".

Treni le contestará tres semanas más tarde, el 14 de junio. Sigue firme en su posición. "*Estoy convencido* —le dice— *de la absoluta necesidad —para quienes como yo somos espectadores doloridos de la tragedia interna del movimiento anarquista argentino— de abstenerse de echar paja en el fuego en vez de aplicar las fuerzas propias en repacificar a los contendientes.*" Luego le dice que perseverará "*en mi postura de quedar fuera de la reyerta, no como espectador indiferente pero sí como alguien que sabe que están en juego la vida de los hombres, están nuestras ideas más queridas y toda la razón de nuestra lucha. ¿Está mal actuar así? No, estoy profundamente convencido de lo contrario*".

En esa carta, le anuncia que el tercer miembro del jurado será Torquato Gobbi.[160]

El 23 de junio de 1930, los miembros del jurado le escriben a Santillán. Le dicen que ese jurado tiene como misión verificar "*si las acusaciones realizadas hace mucho tiempo en 'La Protesta' contra Severino Di Giovanni son fundadas o si, al contrario, son sólo el resultado de una lamentable y violenta polémica y que, en consecuencia, necesitan ser rectificadas*". Luego de solicitarle los números de "La Protesta" donde estaban dichas

acusaciones, le comunican: "*Además, nos parece imprescindible, siendo tú el autor de algunos de estos artículos, de darnos claramente tu pensamiento si es posible explicarnos las razones y la situación que te impulsaron a escribirlos y si, de acuerdo a las pruebas pertenecientes a ti, Di Giovanni es, por sus escritos, su propaganda o su acción: 1) un espía; 2) un provocador; 3) un fascista; 4) o que de alguna manera colaboró con la policía; 5) un dilapidador de fondos pertenecientes a las víctimas políticas. O bien, también si según tú y siempre basándose en pruebas, él fue de alguna manera culpable de acciones que permitirían la acusación de agente provocador o espía.*

Contamos contigo —le piden— *para una sincera y exhaustiva respuesta, de manera que se pueda honorablemente poner fin a un estado de cosas que provocaron y mantienen, en el movimiento anarquista argentino, un estado de hostilidad y de violencia entre compañeros que es mortal a todo nuestro movimiento. Además, debemos saber también si 'La Protesta', cualquiera sea la conclusión del jurado, se compromete a publicar sus conclusiones o, por lo menos, si tú estás dispuesto a emplear tu autoridad para que esto se haga. Disculpa si venimos por un momento a reabrir una llaga dolorosa. Lo hacemos con la firme convicción y con el intento de ayudar a sanificar nuestro movimiento, seguros de conseguirlo si todos ponemos nuestra buena voluntad*".

A pesar del tiempo transcurrido, los calificativos de Abad de Santillán seguían mordiendo ferozmente, hora tras hora, el amor propio del perseguido. En una carta a Treni del 24-25 de junio, se queja amargamente de la lentitud con que trabaja el jurado. Cuatro días antes había participado del asalto a "La Central" y apenas habían pasado dos días de la captura de tres de sus mejores compañero. Le pide a Treni que el jurado haga una reunión semanal "*por ejemplo, el domingo*", les dice "*y yo haré todo lo posible para haceros llegar la correspondencia ese día*". Luego insiste en que no debe darse más la dirección de Paco González (el chofer de los asaltos y cuyo domicilio sirvió de refugio mucho tiempo a Severino). "*El es un perseguido* —le escribe— *y tú habrás leído en los periódicos los hechos de aquí". Esa dirección está en manos de dos irresponsables, Cortesse y Cressatti, personas hostiles a mí que espían todo aquello que se refiere a mis cosas*". Con respecto al problema de las direcciones finaliza diciendo: "*¿Cuándo acabaremos con nuestra forma de ser infantil y comenzaremos por un camino mas serio y responsable?*".

Luego en la carta se explaya sobre uno de sus temas predilectos: coleccionar libros, revistas y periódicos. "*Sí, es verdad* —le escribe a Treni—*, tengo muchas colecciones y siempre les dedico grandes sumas de dinero, pero no tengo duplicados ya que continuamente los regalo a quienes*

tienen necesidad. Hace meses he donado a las redacciones de 'Afirmación' y 'Anarquía' una verdadera montaña de periódicos y revistas que tenía dobles. Al resto los he encuadernado; también la colección de periódicos. Además he dejado a los compañeros de Rosario y de Córdoba no pocas colecciones durante mis residencia en esas dos ciudades. A 'Pagine Libertaire' la estoy buscando también yo para recopilar el trabajo de Reclus sobre 'Evolución y Revolución' y 'El ideal anarquista', que será la parte fundamental del sumario del primer volumen. Desde hace meses estoy trabajando para adquirir libros y periódicos y revistas de compañeros que todavía residen en Italia. Uno de estos me ha prometido los años repetidos de 'Pensiero'." Luego le pide direcciones de bibliófilos y coleccionistas.

Le informa además que el primer volumen de las obras de Reclus aparecerá en la última semana del próximo mes de julio. "*Parte de los originales* —le dice— *han sido dados al tipógrafo y el libro contendrá de 160 a 180 páginas. Seguirán en seguida el segundo y tercer volumen. Una vez que los compañeros vean el primer tomo estoy seguro que facilitarán los escritos para los últimos dos volúmenes. Creo que ellos deberían dar todo el apoyo moral a nuestra iniciativa tanto más porque vivimos en una época de difícil desarrollo para los esfuerzos en favor del libro nuestro en lengua italiana."*

El éxito del asalto de "La Central" le ha dado perspectiva a sus planes de editor. Por eso le anuncia a Treni en la misma carta: "*Apenas terminemos con Reclus (en tres meses esperamos concluir si tenemos escritos suficientes, escritos solamente sociales porque omitiremos los de índole científica) empezaremos con Giuseppe Ciancabilla (dos volúmenes si es posible). Te haré una lista con todas las iniciativas que me llenan la mente, pero por ahora ayúdame a hacer la recopilación de lo referido a Reclus y Ciancabilla*".

Termina la carta diciéndole: "*y por hoy basta, más cuando debo atender otras cosas que la prensa te habrá informado, a estas horas*". Se refiere, sin duda, a la prisión de sus tres compañeros. Tiene tiempo de enviarle saludos a Simón Radowitzky, que acaba de ser liberado de Ushuaia y expulsado a Montevideo, donde fue a vivir al domicilio de Hugo Treni. También le envía Simón "*saludos de un compañero que en una época estuvo con él en contacto y que lo recuerda siempre. El comprenderá y adivinará de quién se trata*". Ese compañero no era otro que Miguel Arcángel Roscigna.

Treni, esta vez, le responderá rápidamente: "*He recibido tu última carta que me dio gran placer porque, si bien escrita en un momento triste, estaba inspirada en un profundo sentimiento de confianza y de fe.* (...) *La iniciativa de reunir las obras de Reclus es magnífica y seguramente encontrará en nuestro*

público buena acogida. Claro que el trabajo será bastante duro dado que pocos o ninguno coleccionan nuestras publicaciones."

Treni le asegurará su apoyo en la ímproba tarea de buscar escritos de Reclus en antiguos periódicos y revistas. Pero no le trae ninguna novedad acerca del jurado.

Cinco días después, Severino volverá a la carga: "*Antes que nada permíteme decirte lo contento que me puso la tuya del 1º de julio recibida ayer en la noche. ¡Si fuera así tan rápido el jurado! Pero creo que eso seguirá siendo tan solo un santo deseo mío. ¡Cuánto agradecería que todo terminara de una buena vez para así reemprender con más desenvoltura mis actividades! Mira, también otros compañeros esperan las resoluciones del jurado*".

Pero, a partir de ese momento, el interés de Severino por el jurado se va atenuando poco a poco. Su atención valía ahora para los libros a editar. Escribe largas páginas a Treni sobre Reclus y otros autores y muestra perspicacia en la búsqueda de escritos históricos. Le anuncia que piensa editar, además de libros, una colección de cuadernos sobre distintos temas y opúsculos. Y seguir con el periódico "Anarchia". "*¡Si supieras* —le escribe— *cuántas traducciones tenemos entre manos! ¡Para el libro, para los cuadernos, para los opúsculos, para el diario! ¡Compréndenos! Quisiera exponerte todas mis ideas y podrás ver la magnitud de ellas. Nosotros, los italianos en el extranjero, debemos hacer revivir todas aquellas iniciativas que en Italia eran la ambición de nuestro movimiento. El libro es una de esas iniciativas. Los compañeros que puedan, deben dar todo para el buen éxito de esto. Verás que mi sueño se realizará. Hace años que pienso recoger en volúmenes los escritos sociales de diversos compañeros desaparecidos y vivos y que permanecen dispersos hasta ahora en publicaciones raras. Por ejemplo Reclus, Ciancabilla, Merlino, Flores, los dos Molinari, Galleani, Malatesta, Fabbri (también Fabbri, aunque él me crea un antidiluviano) para no decirte de algunos más que pienso recoger. Debe ser una cosa que los compañeros no dejen de reconocer el valor. Y una colección de los 'Scriti Sociale' no quedará solamente en el campo de los italianos sino que tomará —como en el caso de Reclus— también el caso francés, inglés, español, alemán, ruso. Resumiendo: el pensamiento anarquista visto bajo el poliédrico prisma de las distintas individualidades. ¿Tú, Fabbri, Nettlau y también otros, no deberían dar el apoyo incondicional a tal iniciativa? Yo creo que sí. Vosotros tenéis la respuesta. La biblioteca de Nettlau podría ser de gran auxilio y también la tuya que tienes en París. Confidencialmente: ¿cuánto necesitas gastar para embarcar tus baúles? ¿No lo pensaste nunca? Escríbeme*."

Se nota el deseo de Severino de ayudar a Treni.

Pero el trabajo editorial que se propone Severino no es tan fácil. El mismo se da cuenta y le señala en la misma carta: "*No sé cómo podré encontrar compañeros capaces para reunirse en grupo y ponerse delante de una iniciativa como la trazada por mí. Por lo menos en Buenos Aires. Aquí reina la apatía. Los pocos que podrían hacerlo están demasiado ocupados. Por ejemplo, 'Anarchia'. Aguzzi lo escribe, Barca lo ayuda y ninguno más se hace ver. Aquellos que lo apoyan y lo quieren vivo, están lejos. Yo y otro estamos en Buenos Aires (y yo muchas veces debo ir a otra parte), uno en Bahía Blanca, uno en Rosario, uno en Córdoba. Para una sola iniciativa, ves cómo estamos diseminados. Esta semana el periódico debía aparecer y por motivos de tipografía no ha podido, aunque la administración tiene un pie en el superávit. ¿Cómo hacer una librería? ¿Y más, hacerla autónoma del periódico? ¡Imposible! Por eso no veo otra salida que poner toda la iniciativa en una comunidad responsable y pensar en editar libros y fraccionarlos en varios depósitos: 'L'Adunata', 'Fede', 'Emancipazione', etc. Así la reacción no podría destruir más que una pequeñísima parte. Esto hasta ahora es todo lo que he podido idear para la difusión del libro antes que el mismo vea la luz*".

En la última parte de su carta responde al pedido de Treni de pacificar los ánimos. Le dice: "*Con respecto a la pacificación de los ánimos y de las... manos, en 'Anarchia' vendrá nuestra opinión. Hay que tener en cuenta que a los ánimos los pacificaremos sólo cuando terminen ciertos ataques y cierto 'menefreguismo' adoptado por personas que hacen pinta aislándose en una torre de marfil. Porque no se puede concebir ninguna camaradería entre anarquistas sin el principio de la más pura tolerancia, del más alto sentimiento de solidaridad y del respeto a la autonomía. Antes que todo debemos rechazar de nuestro ambiente aquel clima de Santo Sínodo que a toda costa siembran ciertos anarquistas en la búsqueda de la 'responsabilidad', con la linterna de Diógenes. El anarquista consciente es siempre responsable de sus acciones —esas acciones que no contradicen el espíritu antiautoritario de nuestra época revolucionaria— y sabe en el momento oportuno reivindicar actuaciones y gestos. Y hasta hoy, la historia del anarquismo está allí para testimoniar que no se equivocó. Con acciones similares, los anarquistas volverán a ser hermanos y se unirán —por diversos caminos— en la lucha contra el Estado y la fuerza de éste*".

El 7 de julio, el jurado se dirigirá a Aldo Aguzzi y a Miguel Ramos para solicitarles su opinión acerca de Severino y si tienen asidero las acusaciones de Abad de Santillán. Se busca la opinión de dos hombres honestos a carta cabal: un italiano y un español.

Cuatro días después, contestará Aguzzi en una carta en forma contundente, sin rodeos ni figuras literarias. Dice así: "*Me maravilla que*

ciertos interrogantes sean dirigidos a mí porque a mi modo de ver, le correspondería a quien acusa demostrar el fundamento de sus acusaciones. Preguntarme a mí si el compañero Di Giovanni es un espía, un provocador, un fascista, un agente de policía, no tiene sentido, porque tales acusaciones jamás partieron de mí ni tales sospechas han albergado jamás en mi pensamiento ni siquiera cuando con Di Giovanni me separaban serias cuestiones personales. No sólo me asombra que tales acusaciones puedan ser lanzadas contra ese compañero porque todo su pasado y sus condiciones presentes son bien conocidas por todos (otra cosa es la lectura de la prensa burguesa que se ocupa muy seguido de él) y lo ponen absolutamente fuera de sospecha de todo tipo.

Él, por cierto —continúa Aguzzi— *no es absolutamente nada de todo lo que ha sido acusado de parte del compañero Santillán. Antes que un fascista ha estado indudablemente en la lucha antifascista en la Argentina dando de más, con riesgo de la libertad y de la vida, en vez de un agente provocador y un policía es él quien hoy es considerado la más preciosa presa de los provocadores y policías. Es en todo sentido un compañero digno de estima, del apoyo material y moral de todos los anarquistas, concordemos o no con sus métodos de lucha y sus ideas.*

En cuanto a la acusación de dilapidador de fondos de la propaganda —dice Aguzzi— *ya he dicho mi opinión en lo que respecta a un problema superado entre yo y Di Giovanni. A vosotros particularmente debo agregar, ahora, con perfecto conocimiento de causa, que cada suma que se le entregó, él la destinó a iniciativas anarquistas y a acciones revolucionarias y que los Comités Presos y Víctimas Políticas (P.V.P) interesados me han comunicado a mí, personalmente, que Di Giovanni no les debe nada. Más que eso, él dio mucho de su propio dinero a la propaganda*".

Finaliza diciendo: "*Espero que Santillán retire públicamente sus acusaciones, disipe los calificativos difundidos en torno a Di Giovanni aprovechando de un jurado de compañeros a los que se les puede confiar todo. No dudo un solo instante que la honestidad resultará más que evidente*".

Por su parte, Miguel Ramos —en carta del 24 de julio— confesará en un estilo muy hispánico: "*Me vais a permitir* (...) *antes de contestar a lo que me planteáis, una ligerísima opinión respecto a estas cosas del jury, que no me satisfacen mucho. Creo que entre compañeros huelgan estos tribunales (perdonad, de algún modo he de llamarles). Si alguien que incurrió en error de difamación o calumnia llega algún día a comprender que obró con demasiada ligereza y aún que los fundamentos en que se basaba para acusar, no sólo no eran sólidos sino que por lo inconsistentes no se aproximaban ni remotamente a la verdad, ¿por qué no reconocer clara y públicamente el error?*

Quien tal hiciera demostraría, a mis ojos por lo menos, honradez de propósitos y evitaría a los compañeros infinidad de molestias y sinsabores. Yo leí un día en 'La Protesta' (y supongo que obrarán en vuestro poder todos los antecedentes) que lo que se publicaba no era nada comparado con lo que se probaría en reunión de compañeros. (Cito de memoria por no tener 'La Protesta' a la vista.) En virtud de ello no me cabe a mí defender ni tan siquiera informar el concepto que Di Giovanni me merece, sino a Santillán probar. Si prueba, esas pruebas deben ser totalmente públicas (...) *Santillán dispone de medios suficientes para liquidar por sí el asunto y todo quedaría en paz, cuando las pasiones se encauzaran*".

Por último señala: "*No voy a contestar a todas vuestras preguntas; basta, me parece, con lo siguiente: de Di Giovanni tengo el mejor de los conceptos. No conozco nada absolutamente por lo que yo pudiera ruborizarme al darle el título de compañero. Lo creo noble y leal; lo sé anarquista*".

No se ha conservado la respuesta de Santillán pero se puede colegir su reacción a través del posterior juicio del tribunal y por la carta de Severino que el 18 de julio escribe a Treni. Santillán habría respondido que él no hizo ataques personales sino criticó tendencias y que todo fue obra del calor de la polémica. Esto se comprenderá mejor cuando se llegue al veredicto final, Severino, en su carta le dice a Treni: "*Me urge haceros saber para que Santillán no se escape por la tangente, que intervino comentando los hechos en un tono muy distinto del plano teórico. El comenzó a escribir el 4-11-28 atacando hombres y cosas sin conocer nada ni saber nada y sin ser jamás atacado por el suscripto hasta ese día. Esto lo digo para vuestro conocimiento para que no os llaméis a engaño*".

Severino sigue firme en su exigencia: "*El jurado* —les dice— *debe ser la fiel copia de la verdad y no dejarse arrastrar por el amor a la concordia y ocultar o aligerar cosas y hechos. Sólo pretendo de los compañeros del jurado la influencia moral a fin de que se rectifique de las calumnias lanzadas. Nada más que eso. No exijo ningún 'juicio de Dios' ni ninguna 'ley del Talión' una vez obtenida la rectificación de las acusaciones-calumnias. Por esto, que Santillán no se esfuerce en querer hacer aparecer lo que no es, que no va a tener éxito, al menos conmigo. Si él se dejó dominar por el odio de tendencia y en nombre de ese odio se ha arrogado derechos de asesino moral, pues bien, no le queda otra cosa que demostrar su coraje civil: la rectificación*".

El 18 de julio Severino le escribe a Treni. Le hace saber que el seudónimo de El Albigense es usado por él en "Eresía" y en "Anarchia". Los dos no se ponen de acuerdo sobre el tema de la expropiación. "*Es*

inútil decirte —le escribe Severino— *que por el camino de la cortesía aceptaré contigo cualquier polémica. Creo que la expropiación es un tema fundamental del anarquismo y del anarquista. Descarto siempre el robo vulgar. Soy un apologista de la expropiación con fines anárquicos; defiendo al anarquista que expropia. Cuando éste —víctima del oro— se convierte en un burgués en el pensamiento y en la acción, lo considero simplemente un burgués y no me interesa más lo que fue en el pasado*."

Le anuncia luego que en esos días aparecerá el Nº 8 de "Anarchia" y la aparición del primer opúsculo que será un tema de la liberación femenina: *La verginitá stagnante*, que se distribuirá gratis a los lectores.

En esos días enviará a todos los periódicos antifascistas en italiano de Europa y América el anuncio de la aparición del primer tomo de *Estudios Sociales*, de Eliseo Reclus. En él se dice que "*A iniciativa del quincenario 'Anarchia', de Buenos Aires, aparecerá en los primeros de agosto el primer volumen de los escritos sociales de Eliseo Reclus. El centenario del nacimiento del gran científico ha sido celebrado unánimemente en todo el mundo, y nosotros tuvimos la satisfacción de ver a hombres de todas las ideologías políticas reconocer las altas dotes de sentimiento y de intelecto de quien el anarquismo lo cuenta entre sus mejores apóstoles y propugnadores*". Luego de describir vida y obra del autor, se señala: "*El libro, amorosamente editado, completado con notas biográficas y bibliográficas, constará de más de un volumen, el primero de los cuales, de cerca de 160 páginas, en buen papel, con un retrato fuera de texto, tapas a dos colores, está actualmente en curso de impresión. El precio fijado es de un peso moneda argentina*".

Treni —en carta del 24-7-30— le sigue a Severino la polémica sobre el anarco-banditismo. "*La cuestión del ilegalismo* —le dice— *es importante, sí, y no está mal en aclararla. No porque yo crea que desde el punto de vista teórico la diferencia sea totalmente profunda, como muchas veces se quiere hacer creer, entre los unos y los otros, no, pero donde existe diferencia —y bastante profunda— es en la práctica. Personalmente no soy antilegalista, ni legalista a toda costa, me llamaría más bien, a-legalista. Creo que el error está en 'la práctica constante de la expropiación' como sostienes tú en el artículo aparecido en 'Eresía'. No creas que hablo siempre por haber leído, un poco he visto yo también. Por esto digo y lo sostengo en mi artículo: si la expropiación se ha elevado a sistema perenne de vida y de actividad es dañosa al hombre que aspira a superarse —porque es una de las cadenas más terribles, y tú lo debes saber mejor— y es dañosa también para el anarquista que madura en la nueva 'ética'. Por cierto que hago diferencia entre el expropiador anarquista y el simple*

ladrón y la diferencia es toda a favor del primero porque se da al robo ‘casualmente’."

Luego pasa a informarle sobre la actividad del jurado. Dice que Santillán le ha enviado números de "La Protesta" con sus notas. "*He comenzado a hojearlos* —le dice— *y algún artículo no tiene gran importancia, pero otros son verdaderamente horribles*."

Aquí ya es Treni quien reconoce que su amigo Santillán ha escrito cosas *horribles* contra Di Giovanni.

Hay un documento para comprender mejor estos hechos. Una carta que Luigi Fabbri le escribe el 1º de mayo de 1930 a Errico Malatesta quien, muerto Kropotkin en 1921, pasó a ser, sin duda alguna, la instancia moral más alta del anarquismo de esa época. Como hemos dicho, Fabbri tenía más contacto con "La Protesta" que con Di Giovanni. Por eso tiene más valor tal vez este testimonio.

"*Tú quieres saber noticias* —le dice Fabbri a Malatesta— *sobre esos otros dos asesinatos en Buenos Aires. No, las noticias que tienes son completamente falsas. Montagna fue asesinado hace casi dos años, y no era digno de ser llamado compañero. Fue muerto porque, si bien recuerdo, cómplice de un hecho, denunció al acusado principal y se había puesto al servicio de la policía como infidente. No apruebo el hecho porque no apruebo la pena de muerte, pero entiendo que no hay razón para conmoverse demasiado por un ejemplar así. Cremonessi era en cambio un compañero, de buena familia, pero un poco loco en el sentido que le gusta tanto a San Paolino.*[161] *Con nosotros no tenía contacto. Fue muerto en enero, me parece, y la policía y los diarios presentaron el hecho como idéntico al de Montagna y muchos lo creyeron y también yo. Pero después he venido a saber que fue muerto por la policía, por venganza local de un funcionario de Rosario. Acaso tú sepas que ese sistema aquí no escandaliza demasiado. Los diarios, también los importantes, han denunciado la cosa pero la policía no se esmera por desmentirlos. El único hecho grave es el de Arango. Es un episodio terrible por el hecho y por el modo. Pero es innumerable el número de compañeros de todos los sectores, incluso el nuestro que explican la cosa y no se maravillan ni se duelen excesivamente. ‘Se ha hecho un mal por un bien’ he sentido decir asimismo. Lo cierto es que Arango era muy odiado, era tan sectario hasta llegar a la maldad pérfida. Como los jesuitas y los bolcheviques creía buenas todas las armas contra los adversarios de su tendencia y, como tenía en sus manos un diario, abusaba de este privilegio sin escrúpulos. Por otra parte, quien lo mató es un San Paolino con la triste valentía de llevar a cabo los hechos, y a quien su misma condición desesperada de ilegal lo pone fuera de las posibilidades de guardar la calma. Por otra parte, él había sido atacado*

repetidamente por el diario en la forma más ultrajante y difamatoria ,como espía y otras mil cosas. El odio de él contra Arango y los otros era enorme, más odio personal que de tendencia."

Fabbri, al finalizar la descripción de lo ocurrido se apresura a poner: "*Pero esto no disminuye lo horrible del hecho*".

Esta opinión de Fabbri es valiosa porque describe el ambiente de la época que se había suscitado por el episodio de la muerte de López Arango.

Ahora es Treni el que se preocupa por la rapidez del jurado. Le comunica a Severino (24-7-30): "*Escribiré en estos días de nuevo a Santillán. Lo necesario es una declaración 'precisa' a todas las preguntas posibles*". Se refiere aquí a la respuesta obtenida de Santillán quien, como hemos visto, trataba de escabullirse con una contestación de que no había personalizado sino que se había referido a tendencias.

Por último, Treni le escribe a Severino: "*Espero siempre, pero me pone nervioso la lentitud que todos emplean en responder*".

La respuesta de Severino tardará veinte días. Es que mientras tanto ha sido protagonista del ataque frustrado al camión celular para liberar a Alejandro Scarfó. Pero pese al fracaso sufrido, apenas si esboza una queja: "*Queridísimo Hugo, sólo hoy puedo responderte. ¡El motivo te debe ser conocido! En estos días de jaleo me fue imposible retirar la correspondencia. En lo que me dices sobre la expropiación para no repetirme y para no perder tiempo te responderé en el Nº 10 de 'Anarchia'.* (...) *En la mayor parte, a pesar de ciertos matices, estamos en desacuerdo*".

Y luego pasa a su actividad editorial: "*Si no te he escrito en estos días, lo he hecho en cambio con muchos otros. Hice encuestas y estoy contento también porque los compañeros de afuera me han dado el más grande apoyo para la iniciativa. Me ha llegado mucho material y otro me ha sido prometido. De manera que el segundo volumen es casi una realidad. Creo que debo aplazar para el tercero la copiosa correspondencia de Reclus. Me han enviado algunos opúsculos realmente curiosos: 'La evolución legal y la anarquía', 'La toma de la Bastilla', 'Teoría de la revolución', 'Un anarquista sobre la anarquía' (ediciones 'Il Pensiero') y 'Los productos de la tierra y de la industria' (ediciones 'Il risveglio')*". Luego siguen largos párrafos sobre diversas obras de Reclus y sus fuentes y dónde conseguirlas. Le informa que Nella Molinari —la viuda del profesor del mismo nombre, creador de la Universitá Popolare— le ha ofrecido la venta de la biblioteca de su difunto esposo, que se halla en Milán.[162]

Por fin, el 24 de agosto Treni le escribe a Severino anunciándole que el jurado ha terminado su cometido y producido un laudo. Le acompaña la declaración final y le dice que *"apenas tengamos una declaración tuya enviaremos la resolución a todos aquellos diarios que tú mismo indiques"*.

"A nosotros —le dice Treni refiriéndose a los miembros del jurado— *nos parece haber cumplido con conciencia todo lo que era posible hacer y de decir una palabra sincera. ¿Nos escucharán? ¿Se cerrarán algunas puertas? ¿Nos crearemos enemigos? Todo esto no importa, habremos dicho con toda sinceridad nuestra palabra."*

En su carta del 28 de agosto —nueve días antes del golpe militar—, Severino tiene poco tiempo para ocuparse del jurado. Sólo le pregunta a Treni si Santillán ha contestado y por qué no se ha interrogado a Badaraco y al escritor González Pacheco, los dos de "La Antorcha". Luego se ocupa de algo que se ha convertido en una obsesión: la edición de las obras de Reclus, y quiere darse prisa, pareciera que adivinara que le queda ya muy poco tiempo. Apenas cinco meses de vida.

"¡La composición del primer trabajo se ha terminado!", Le comunica alborozado. Pero necesita ayuda intelectual: *"Hay que hacer verdaderamente un trabajo ciclópeo sobre Reclus y nosotros somos insuficientes. Al principio parecía fácil pero ahora que vemos ciertos nuevos aspectos y ciertas nuevas recopilaciones nos damos cuenta que es verdaderamente un pecado dejar todo como está. Yo dispongo del dinero para hacer un mínimo de cuatro volúmenes y quiero llevarlo a término. He enviado a una compañera a la biblioteca y se ha encontrado con un cúmulo de trabajos de Eliseo como de su hermano Elía. Por medio de un querido amigo tendré también veinte volúmenes anuales la 'Revue des deux mondes', donde están todas las hermosas colaboraciones de Reclus. Busco también la revue 'Entretiens politiques et litteraires', 1892, y otras donde colaboraba Reclus, tanto en Francia como en Bélgica. No te ocupes de 'Humanite Nouvelle', que ya la tengo, no así 'L'era nouvelle' de Bruselas. ¿Puedes darme la dirección de un compañero residente en París y de otro residente en Bruselas que puedan o tengan buena calidad como copistas? Yo les pagaré el tiempo que pierdan en recopilar, les reembolsaré todo"*.

Luego le da a Treni una gran noticia. Le ha escrito Malatesta. La legendaria figura —que vive en Roma vigilado y censurado— le dice a Severino: *"En cuanto a mis memorias me ocupo siempre de ellas y de los*

trabajos literarios que considero más importantes, pero no estoy contento de lo que hago porque me faltan los más importantes documentos. De cualquier manera, espero concluir y contentarte".

Severino le comenta a Treni: "*Como ves, también aquellos nuestros que a muchos parecen fosilizados, trabajan. Quiero augurar que ese ejemplo sea de impulso a todos los que se pierden en la vía muerta de la inacción*".

Luego de hablarle de la edición probable de los *Escritos sociales*, de Malatesta, le pide que interceda para que Luigi Fabbri lo ayude. "*Si él fuera más ... amigo o mejor, si no se escandalizara de mi correspondencia, yo le explicaría mejor y le detallaría más limpiamente las cosas. Debe comprender que todas las ediciones que queremos llevar a cabo son iniciativas que me torturan desde hace dos años, y si tengo fuerzas y sobre todo cooperación intelectual este sueño será pronto realidad*".[163]

Al finalizar la carta tiene todavía tiempo de dedicarle unas frases a Andrés Babby quien junto a German Boris Wladimirovich había sido el autor del primer asalto expropiador en la Argentina, año 1919. Severino escribe: "*Dile a Simón (Radowitzky) que próximamente le mandaré una carta. Infórmalo en tanto que Babby se encuentra en vías de próspera salud y espero con los amigos de curarlo definitivamente y con más éxito*".

Por fin, en una carta fechada el 1º de setiembre, Treni le envía el veredicto del jurado. La declaración es la siguiente:

"DECLARACION

Invitados por el compañero Severino Di Giovanni a examinar las acusaciones de 'espía', 'agente provocador', 'fascista' y 'dilapidador de fondos para las víctimas políticas', de la revisión de las publicaciones del caso que fueron suministradas por los interesados, por comunicaciones verbales y escritas dados por los mismos, podemos afirmar:

1) Que ninguno ha acusado directamente a Severino Di Giovanni de ser espía, ni un agente provocador, ni un fascista, como tampoco la acusación de dilapidador de fondos no tiene ningún valor por la rectificación hecha por su acusador.

2) Que, como resultado de la intemperancia de lenguaje de ambas partes causada por la pasión —deplorable en todo caso— llevó a algunos compañeros a hacer graves insinuaciones y apreciaciones ofensivas para Severino Di Giovanni.

3) Interrogado particularmente uno de los principales implicados en esta polémica nos ha respondido en sustancia que: 'si se releen todos los escritos

referidos a esta cuestión se verá que no hemos hecho acusaciones determinadas y positivas sino que hemos juzgado los hechos' que de su punto de vista creían dañosos más que útiles a la causa del anarquismo, y sólo más tarde, como reacción a otras acusaciones, se descendió a lo personal.

4) Con respecto a los hechos a que se refirió el compañero del punto 3, nosotros no obstante comprender las razones que incitaron a 'La Protesta' en la campaña contra el ilegalismo, pensamos que ciertas insinuaciones y ciertas apreciaciones no tendrían que haberse empleado jamás en la polémica en general y sobre todo entre compañeros, tanto más que en el caso concreto, cada uno de los implicados en la polémica ha declarado no alimentar ningún rencor personal contra el otro, más todavía que ni siquiera se conocen.

5) Por eso queda para nosotros claro que todas las insinuaciones contra Severino Di Giovanni, no obstante las posibles diferencias de puntos de vista y de táctica, no tienen fundamento."

Firman: Hugo Treni, Torquato Gobbi y A. Mosca.

Si analizamos el comunicado, lo primero que lama la atención es que ha sido hecho con mucho tacto, tratando de terminar con la disputa. Queda en claro que Diego Abad de Santillán no pudo comprobar ninguna de las acusaciones lanzadas por él y que, a la postre, habían desencadenado la tragedia. Pero el jurado emplea con él un idioma suave y no lo nombra y de alguna manera acepta su subterfugio de que "*no acusó directamente*".

La declaración sale en un momento en que, por los acontecimientos que ocurrían en la Argentina y la persecución a los anarquistas, nadie podía fijar la atención en ella, ni siquiera el mismo Di Giovanni. Tanto es así, que en la carta de Severino del 10 de setiembre —cuatro días después de la instauración de la dictadura de Uriburu— le dedica muy pocas líneas a la declaración: "*He recibido tu carta, pero no estoy contento con la actitud de Santillán. Tú debes comprender que las cosas no fueron así*". Le pide otra copia para publicarla en "Anarchia", "*así tendré tiempo de evaluarla más en detalle, porque la que has mandado es poca cosa y no se comprende a dónde se quiere llegar*". Le solicita una vez más que se publique en "La Protesta". Pero para ello ya no habrá tiempo, "La Protesta" igual que otras publicaciones serán clausuradas por los militares. Abad de Santillán se exilia en el Uruguay. El 23 de setiembre, en una carta, hay otra pequeña alusión de Di Giovanni sobre la declaración. Le escribe a Treni: "*Me dices que no he comprendido bien el resumen de la declaración. Puede ser. Ahora que estás junto con Santillán, ¿por*

qué no se ponen de acuerdo? Con él se podría dar el corte definitivo a la cuestión ya demasiado larga por sí misma".

Se nota el deseo de Severino de terminar con el asunto, pero para ello quiere algo más que esa declaración. Un día después, el 24, vuelve a la carga, en otra carta: *"El resultado del jurado, como tú me lo has resumido en la declaración firmada por Gobi, Moscallegra y tú, me parece que no da una verdadera sensación de imparcialidad cuando dice en el primer inciso: 'Que ninguno ha acusado directamente a S. Di Giovanni de ser un espía, ni un provocador, ni un fascista, etc., etc.'. Este inciso, querido Hugo, es una gran equivocación de vosotros, y no sólo eso, sino una gruesa contradicción con el inciso 5) donde se afirma: 'Por eso queda claro para nosotros que todas las insinuaciones contra S. Di Giovanni no tienen fundamento'. De Santillán, cuando desmiente, falsifica la verdad histórica y cronológica de los acontecimientos. Él firmó el primer ataque contra mí el 4 de noviembre de 1928, el segundo, el 11 (creo) del mismo mes. Atacó sin ser atacado. Nadie lo había mencionado. Se comportó como un peón en el amplio ajedrez de infamias de Arango. Dolorosa, pero esta es la realidad evidente de los hechos. Por eso, querido Hugo, él, solamente él es el indicado a rectificarse por vuestro intermedio. Un gesto es lo que se necesita. Un gesto que termine de perfeccionar en su vida una nueva elevación a más altas y bellas cosas. No es vergüenza, no es deshonor rectificarse en nuestro campo. Todo lo contrario. Y de Santillán admitiendo sus errores —es decir, haber calumniado sin reflexión, sin conocer nada ni a ninguno— no haría nada más que justicia. Y la justicia es una cosa grande y bella para el que lo reconoce como para el que la recibe.*

Por cierto —insiste Severino— *que vuestra declaración, sin ampliación, así esquelética, basándose en una sibilina y maquiavélica respuesta de Santillán es una cosa miserable que más bien humilla al que la recibe y al que la da. Esta es mi impresión: falta absoluta de claridad, juego no bien urdido, falsificación de acontecimientos, tentativa desafortunada de salvar a tirios y a troyanos. Si estoy equivocado, explícame mejor y claro en tu próxima —después de haber escuchado al mismo Santillán— y sólo así podré yo publicar una declaración en 'Anarchia'. Es mi intención, si recibo a tiempo una explicación tuya, de liquidar todo en el próximo Nº 12 de 'Anarchia'"*.[164] El 30 de diciembre de 1930 aparecerá la declaración del jurado en "L'Adunata dei refrattari" de Nueva York. Traerá la siguiente nota de la redacción: *"Esta declaración aparece por lo menos con dos años de retardo cuando ya mucha agua ha pasado bajo los puentes y la acción del tiempo y el precipitarse de los acontecimientos han hecho olvidar a la mayoría la configuración precisa de lo ocurrido. Es una buena acción porque hace justicia —aunque con retardo— a la*

rectitud del compañero Severino Di Giovanni, y porque censura —aunque dulcemente— los sistemas polémicas de sus calumniadores, pero es incompleta porque no dice a los 'proveedores de cárceles' que no pueden encontrar atenuante ninguno en la vehemencia de la polémica o en la intemperancia de los adversarios. Y en el movimiento anárquico son una vergüenza peor todavía que aquella de los calumniadores".

La última referencia al jurado la hace Severino —quince días antes de morir— en una carta a Treni del 15 de enero de 1931. "*Tendría que hablarte de que en uno de los últimos números de 'L'Adunata' apareció la declaración pero es mejor aplazarlo para otra ocasión. Por carta no nos pondremos más de acuerdo. Sólo te digo que Santillán ha salido victorioso con la suya. Pero no será por tanto tiempo.*"

X

La última lucha

"En posición viril y de fiereza, y no de rodillas."

(Severino Di Giovanni, 22-5-29)

A fines de agosto se percibe la tormenta que se va a desencadenar sobre la Argentina.[165] El gobierno de Yrigoyen se va cayendo irremediablemente. Los radicales no hacen ni un atisbo de resistencia. Los grupos de la izquierda del anarquismo se unen para dar a conocer su opinión: Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi de "Anarchia" y Horacio Badaraco y Ramos de "La Antorcha" imprimen un volante con un manifiesto sobre la situación. El texto del mismo se conoce porque Severino se lo envió a Uruguay a Treni y este lo conservó en su archivo. En esa carta —del 28 de agosto— Severino le escribe: "*Vivimos horas de gran tensión y de gran entusiasmo. ¡Mira el manifiesto que hemos lanzado!*".

El manifiesto se titula: "Los anarquistas frente al momento actual" y como subtítulo: "Contra el peligro de la represión gubernativa y de la dictadura militar opongamos la huelga general y la revuelta popular". La situación es analizada así, diez días antes del golpe militar: "*El momento político y social de la argentina es por demás grave. Una intensa y creciente efervescencia política opositora al yrigoyenismo gobernante, promovida desde diversos sectores políticos, adquiere hoy en la prensa, la calle y el espíritu público, enorme prevalencia, al punto que la vida social del país pareciera depender de los actos y los acontecimientos que ella provoque o desarrolle. Al mismo tiempo, en las esferas del gobierno, la intensa agitación política, cierta o no en sus propósitos levantiscos, sembró el pánico y arbitra el pretexto para todas las medidas de excepción. Unido a esto, una amenaza, tanto o quizá más grave que aquella, se perfila: la dictadura, y el arribo de una junta militar al poder, so pretexto de salvaguardar las instituciones estatales*".

Más adelante señalan que "*el deber obrero y revolucionario de la hora presente*" es "*quebrantar todos los propósitos de reacción y de tiranía, sean del yrigoyenismo gobernante o de la casta militar que pretende, por un golpe de mano, llegar al gobierno*". Dicen que "*para el pueblo trabajador, esquilmado y vejado por el capitalismo en campos y fábricas, ofendido e infamado por políticos*

y gobernantes, asesinado en cien masacres callejeras, emparedado en las cárceles a través de centenares de obreros y revolucionarios, no existe una cuestión política, sino una honda cuestión social; no un problema de cambio de gobernantes sino de transformación de fondo; no de revolución de palacio, sino de revolución popular".

Luego de mencionar las persecuciones policiales contra huelguistas, los procesos, las condenas a perpetuidad de los últimos años señala: "*Revelada la mentira de la democracia y el parlamentarismo, develados los propósitos de políticos y aspirantes al poder, aparece claramente un solo camino: la toma de lo nuestro, la tierra, la fábrica, el pan, la vivienda y la vida social, en nuestras manos. Contra todo principio de gobierno, contra el monopolio de la riqueza, contra todos los políticos y contra la dictadura, el pueblo debe garantir su libertad y su bienestar con las armas en la mano, solidarizado con los soldados sublevados y pasados a las filas obreras, de las que fueron arrancados para someterlos al cuartel, y unidos en la lucha con los grupos combatientes que levanten la bandera y libertad y los órganos de defensa revolucionaria.*

Medid que la represión gubernamental como la dictadura militar —alerta— *será la muerte de toda conquista obrera, la reacción y el estrangulamiento de cuanto hasta hoy hemos defendido. Peligra el pan escaso, el salario reducido, el derecho al trabajo. Tened presente las experiencias dolorosas y trágicas de España e Italia. ¡Preparáos! ¡Defendéos! ¡Una vacilación será la derrota, una miseria aún más cruel, el cuchillo gubernamental al cuello de todos! Organizad la resistencia. Organizadla desde hoy en pequeños grupos, en los barrios, las fábricas, los pueblos, donde haya hombres de voluntad y coraje. Los trabajadores lo podemos todo. Basta quererlo, sostenerlo, poner pecho contra pecho. No tenemos que perder más que nuestras cadenas. ¡Resistid! Levantad la huelga general revolucionaria contra toda represión o dictadura. En nuestras manos está hoy el porvenir de la Argentina, obrera. ¡Viva la huelga general! ¡Arriba la rebelión! ¡Fraternicemos obreros y soldados! ¡El plomo para los de arriba, no para los hijos del pueblo! ¡Abajo el militarismo y la dictadura!*".

El volante está firmado por "*Los anarquistas*".

Aquí se entrelazan lo ilusorio con lo utópico. Al creer en la rebelión de los soldados, este pequeño grupo de anarquistas creía estar tal vez en la Petrogrado de 1917, o en el levantamiento de los marineros alemanes de Kiel. En la Argentina no se levantó nadie, los soldados siguieron fieles a sus suboficiales, los suboficiales a los oficiales y los oficiales a un nuevo dictador. La clase media se quedó en casa o fue a ayudar a tirar las cositas de Hipólito Yrigoyen por la ventana de su casa

en la calle Brasil. Y el caudillo radical fue a capitular a un cuartel militar de La Plata.

El 6 de setiembre de 1930 las cosas cambiaron para todos. Después del triunfo militar se vive el gran jolgorio. Todos, políticos, profesionales, artistas, escritores, empleados, la clase alta y la clase media quisieran poder vestir un instante el uniforme militar y saludar con la venia y la posición de firmes a este régimen. Es tanta la adulación que los militares empiezan a sentirse importantes, salvadores, necesarios, será una creencia que no les abandonará durante décadas y que los llevará a repetir la aventura.

Es tanto el entusiasmo, el arrebatamiento delirante del argentino medio en ese setiembre de 1930, que "Crítica" —en ediciones con el tiraje más grande de la historia del periodismo argentino— no puede menos que escribir en letras tipo catástrofe en la primera página: "*¡REVOLUCIÓN!" ¡Qué espectáculo magnífico! La opresión, la tiranía innoble se desvanecía en el grito supremo. ¡Todos los odios seculares contra la tiranía, los que fulminaron a Rosas, parecieron resurgir como si la voz de nuestros antepasados hablara por nosotros!*". (Meses después, Uriburu de un plumazo, la clausura.)

Nadie se queda corto en saludar al nuevo presidente, al general fuerte de grandes mostachos. Hasta la poetisa Alfonsina Storni cree necesario cantarle loas y de paso pegarle un cachetazo lírico al macilento caudillo radical. Nadie se queda sin darse el gusto, hasta Carlos Gardel graba el tango *¡Viva la patria!*, de Anselmo Aieta y García Jiménez en homenaje al golpe militar. El comentarista deportivo Last Reason, de "Crítica" le pone su epitafio metafórico a don Hipólito Yrigoyen: "*El pueblo de Buenos Aires acaba de calzarse los guantes de cuatro onzas para noquear de un solo derechazo a su opresor y a su cacique*".

De quienes no iban a recibir adulonerías los nuevos ocupantes del gobierno era precisamente de los anarquistas combativos. Ya el 20 de setiembre Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi imprimen un volante —redactado por Miguel Ramos— que es lanzado desde automóviles por los barrios de la ciudad, a la madrugada. El pueblo los lee y goza por la osadía y el desenfado. Se titula "Galería de grandes criminales" y trae tres retratos con los siguientes epígrafes: "*Presidente Uriburu (alias) general 'Cabalgado'; ministro del Interior Matías Sánchez Sorondo, (alias) 'Sánchez Sorete', y jefe de policía Ricardo Hermelo, alias 'la Foca'*". Y el texto dice: "*Los tres capitanean una temible banda que opera en el Departamento de Policía, Casa Rosada y demás reparticiones del gobierno. El país les debe: 1) el*

oprobio de una dictadura militar; 2) declaración de estado de sitio y vigencia de la ley marcial; 3) prohibición de hablar, escribir y reunirse a los que no aplauden sus actos criminosos; 4) persecuciones feroces contra los hombres de ideas avanzadas; 5) más de cinco mil detenciones y allanamiento; 6) unas dos mil doscientas deportaciones y destierros; 7) apaleamientos a granel de mujeres y niños de los deportados obreros anarquistas y comunistas; 8) fusilamientos de 540 personas, a las que se aplicó en secreto el bando de Hermelo; 9) complicidad con los grandes terratenientes para desalojar a los agricultores pobres y apropiarse de sus bienes; 10) hambre y desesperación en miles de hogares, víctimas de cesantías que han decretado. Por estos reiterados y enormes delitos, Sánchez Sorete, el general Cabalgado, la Foca y demás componentes de la peligrosa banda dictatorial se han hecho acreedores a la execración de los hombres dignos de la República. En su representación los hemos condenado a muerte. Esta sentencia es inexorable y será ejecutada en breve. EL TRIBUNAL DEL PUEBLO".

Las tres tendencias del anarquismo: "La Protesta" (con la Federación Obrera Regional Argentina, FORA), "La Antorcha" y los expropiadores (con "Anarchia") lanzan el llamado de resistir a los militares. Pero bien pronto, la mayoría de los anarquistas debieron huir al Uruguay, o fueron apresados y enviados a Ushuaia, o debieron mantenerse en la más absoluta ilegalidad. "La Protesta" y "La Antorcha" fueron clausurados. "Anarchia" siguió saliendo en la clandestinidad. A Di Giovanni sus amigos le indicaron que abandonara el país, aquí no iba a haber cuartel para él. Pero el rebelde a ultranza vio la oportunidad de combatir a una dictadura desde adentro, cosa que no había podido hacer en Italia. Y se quedó a desafiar el peligro.

Para los anarquistas había llegado la hora de la verdad. ¿Podían asistir de brazos cruzados a lo que se avecinaba? Había que contestar al golpe militar con la huelga general y paralizar el país. Tres centrales obreras existían: la COA, socialista, y la USA, sindicalista, no se movieron; quedaba la FORA anarquista. Esta, en su primer momento publicó una declaración donde establecía su total prescindencia. Pero luego, ante al movilización de Horacio Badaraco y Rodolfo González Pacheco, de "La Antorcha", y Diego Abad de Santillán, de "La Protesta", comenzaron a hacerse reuniones.[166] En el momento de peligro se recurre a los tan vilipendiados hombres de acción, a los "ilegalistas". El mismo Diego Abad de Santillán que los había perseguido y denunciado desde

"La Protesta" señalará en un artículo, años después que el dirigente marítimo Juan Antonio Morán —uno de los expropiadores más notables de esa época que actuó con Di Giovanni y Roscigna— fue una figura destacada de esos momentos: "*al día siguiente concurrió Juan Antonio Morán* (...), *puso a nuestra disposición los fondos de su organización a fin de que llevásemos a todo el país la idea de la resistencia y de un movimiento popular contra la dictadura; y nos explicó lo que, por parte de los marítimos, se podía realizar en cuanto a la obstrucción de la navegación fluvial de la armada y el aporte en contingentes de lucha*". Se resuelve recurrir a la huelga general revolucionaria y Badaraco redactará el manifiesto explicativo. Y otra vez Santillán pone de relieve la actitud del expropiador Juan Antonio Morán: "*Morán se comprometió a gestionar por todos los medios a su alcance, y presumimos que eran medios compulsivos propios de su energía, la adhesión de los ferroviarios*".

¡Cómo habían cambiado los conceptos! Ahora, la violencia lisa y llana que Santillán tanto combatía se convertía en "*medios compulsivos propios de su energía*". Prosigue Santillán: "*Para una lucha armada, de acción enérgica, de hostigamiento y de sabotajes eventuales, importaban sobre todos los marítimos, los portuarios, los choferes, los panaderos, los ladrilleros, el gremio del calzado, el de la construcción, en los que teníamos fuertes contingentes avezados en la beligerancia gremial, y núcleos libertarios importantes, sin contar el tributo valioso de Rosario, Santa Fe y otros centros del interior*". Está claro, pero, para una "*lucha armada, de acción enérgica, de hostigamiento y de sabotajes eventuales*" se necesitaba gente de acción, gente ducha en el manejo de las armas, que supieran dónde conseguir la pólvora y los fulminantes. Santillán los necesitaba en ese momento de sumo peligro. Él, que desde las páginas de "La Protesta" había denunciado con nombre y apellido a los expropiadores Miguel Arcángel Roscigna, a los hermanos Moretti, a Siberiano Domínguez, ahora pedía hombres de ese calibre.

La historia volverá a repetirse para Santillán en España, ante el levantamiento de Franco. Fueron los expropiadores e ilegalistas Buenaventura Durruti, los Ascaso y Jover los grandes inspiradores de la resistencia en Cataluña. Y Santillán los siguió.

En aquel 1930 en Buenos Aires fue demasiado tarde. La represión les ganó de mano a los anarquistas. Lo explica el mismo Santillán. Cuando quisieron volver a reunirse encontraron los locales cerrados por piquetes militares y policiales. Se había perdido. La FORA, que siete años antes había sido capaz de declarar una huelga que duró

siete días y llenar las calles de manifestantes por el asesinato de Kurt Gustav Wilckens, ahora se hallaba inerme. El movimiento obrero anarquista comenzaba su declinación. El mismo Santillán lo explica: "En la claudicación de 1930 tuvo su parte principal la escisión del movimiento libertario en varios grupos que se combatían sistemáticamente y con encarnizamiento. Fue un capítulo doloroso de desgastes y debilitamientos que hizo imposible un previo acuerdo para una iniciativa común de defensa, capaz en aquellos momentos de gravitar seriamente en los hechos. Para tratar de suavizar esas luchas intestinas, habíamos vuelto al país en 1926, pero en encadenamiento de sucesos funestos y de complicaciones fue tal que al llegar a 1930 las escisiones eran todavía mayores y más graves, y una fuerza efectiva, como ésta, se halló impotente o de espaldas a la realidad en la hora trágica que se avecinaba. El movimiento obrero argentino había sellado su destino por muchos años. Una etapa de su historia había terminado, por haberse negado a defender su derecho y su libertad en aquella hora crucial".[167]

El periódico de Severino y Aldo Aguzzi titula el 10 de setiembre: "¡ABAJO LA DICTADURA! ¡A nuestros puestos! ¡Contra la dictadura no obstante la ley marcial! ¡Por todas las libertades y todas las rebeliones! ¡Viva la libertad!". El editorial está firmado por Aldo Aguzzi que señala: "*La vileza de los aventureros que formaban el gobierno derrocado, la indiferencia culpable de los revolucionarios y la indiferencia sospechosa de los dirigentes de las organizaciones obreras, la ignorancia política del pueblo que, víctima de un grosero error, al grito de '¡Abajo la tiranía!' ha dado su sangre para instaurar una dictadura militar, todo esto ha lanzado a la Argentina al terror y la vergüenza". Luego de dar detalles del golpe militar dice: "Persistir. Luchar siempre. Contra la violencia vale la prudencia que no significa miedo, el trabajo inteligente que escape a todo control, la propaganda que resulta irreprimible cuando está bien organizada. Y junto al trabajo inteligente y prudente, no debe faltar por sobre todo la acción rápida y enérgica en defensa de nuestra vida, de nuestra libertad, de nuestras ideas. Es necesario demostrar que la dictadura con su violencia y su prepotencia nos ha encontrado en nuestros puestos, decididos a combatirlos. No nos engañemos de las intenciones y de la duración de este gobierno de espadones que promete 'libertad'. El militarismo es el militarismo. Es la barbarie y la fuerza brutal al servicio de todas las injusticias sociales. ¡Es el anunciador de la esclavitud del terror y del hambre! Debe ser recibido sin expectativas pasivas. Debe encontrar la hostilidad y la resistencia de base. ¡Guay si echa raíces!"*.

Y comienza la represión. Bando de pena de muerte a quien se

resista a la detención. Son allanados y cerrados sindicatos obreros, publicaciones de izquierda. Se encarcela, se aplica la ley de residencia. A los anarquistas y comunistas italianos se los entregan a Mussolini. Se fusila al anarquista Penina, por repartir volantes subversivos. Los militantes obreros y políticos van a parar a Martín García, al transporte Chaco, a Ushuaia. Las torturas son el pan diario en las cárceles y comisarías. Se comienza a aplicar el invento argentino: la *picana eléctrica*. El mayor Rosasco, en Avellaneda, aplica la pena de muerte por fusilamiento a tres muchachos a quienes acusa de hurto. (Meses después, esto le costará caro al mayor Rosasco: el dirigente marítimo y expropiador Juan Antonio Morán lo mata de cinco balazos.)[168]

Eran tiempos muy duros. "*No hubo más remedio que buscar refugio en el Uruguay*", escribe Santillán. Severino Di Giovanni, se queda. Escribe a Hugo Treni, el 10 de setiembre de 1930: "*Nosotros permaneceremos en la brecha ocurra lo que ocurra. No es propio ahora el momento de abandonar este país. Solamente en estas horas se ven los buenos temples*" y más adelante reafirma: "*Aquí todo es silencio... y miedo. Uriburu y Hermelo (el jefe de policía) no bromean. ¿Pero, acaso debemos permanecer en silencio? ¿Cómo podemos quedarnos impasibles? Nuestra obra revolucionaria no debe ser interrumpida por ningún motivo*".

Le informa que continuará publicando "Anarchia", pero que le pondrá pie de imprenta de Montevideo. "*¡Si tú supieras* —le dice— *todos los incidentes y todas las dificultades que tenemos para imprimir el periódico! Así, con la dirección en Montevideo, todo está resuelto.*" Le informa que de ahora en adelante el periódico saldrá "*la mitad en castellano, redactado por mi compañera*".

Pero no todo es tan fácil. Diez días después, el 22-9-30 le escribe a Treni: "*Tal vez mañana el tipógrafo aceptará hacer el nuevo número de 'Anarchia'. El miedo es lo que domina en más de una persona y dados los argumentos que se desarrollan en el periódico, ninguno quiere arriesgarse: no así el libro del cual esta semana tendré las pruebas de páginas del primer volumen y en la próxima del segundo volumen*".

Aldo Aguzzi también se exilia en el Uruguay. Severino se va quedando solo. Y le escribe a Treni: "*Ahora estoy quedando solo en el periódico y en las ediciones, al revés de aquello que tú me augurabas en una de las tuyas. ¿Te acuerdas? ¿Cuando me decías que una iniciativa tan vasta no debía depender de la responsabilidad de uno solo? ¿Pero qué puedo hacer? El ciclón no es sólo un fenómeno físico, lo es también político. Y cuando viene arrasa con todo y no quedan más que unas pocas matas. Las encinas raramente*

resisten. ¡El ambiente revolucionario en este país da tanta melancolía! Y el soplo no ha sido verdaderamente desastroso. Si han vencido, la culpa debe cargarla también nuestro movimiento. ¡Qué espectáculo de sálvese quien pueda! Es casi la única manifestación de vida que ha habido. Pasaron inútilmente dos semanas en reuniones y no se llegó a ningún acuerdo. Lo que faltó fue impulso, la tentativa audaz de la colectividad. Todos esos abortos han desengañado: la 'colectividad responsable'." (En estas dos últimas palabras se remite con sorna a una expresión predilecta de Diego Abad de Santillán) Y continúa: "*Y todo se disolvió en la nada, el terror es lo que quedó de todo lo nuestro. Ni un gesto, solamente alguna esporádica protesta, después nada. ¡Nada, qué muda palabra que desciende gélida sobre la nuca nuestra dejándonos la gran sensación de impotencia! Pero queda en pie a cuenta nuestra la gran esperanza que nos hace izar las velas rotas y apuntar hacia nuevas playas. ¿Te acuerdas aquellas frases de la carta de Malatesta? Y bien, en nosotros —pocos realmente— no se despliega otra cosa más que la esperanza, la nueva esperanza*".

Hay una cosa por la que Severino daría todo por lograr: el apoyo de Luigi Fabbri para sus ediciones. Necesita de su capacidad intelectual, de su experiencia, de su prestigio. Di Giovanni cree que aquél no le tiene simpatía. E insiste ante Treni para lograr aclarar las relaciones. El 23 de setiembre, Treni le responde: "*El otro día hablé largamente con Fabbri a propósito de tus cartas y de cuanto me pides para el libro de Reclus. Fabbri me afirmó no tener absolutamente nada contra ti. Al contrario, él —a su tiempo— aprobó que nos ocupásemos de tu cuestión y ha dicho siempre con nosotros que aquellos que te atacaron personalmente en el pasado hicieron mal, porque debían sí criticar y condenar ciertos actos, pero no personalizar. Me dice que es profundamente adverso a 'ciertos actos' (tú entiendes cuáles) porque los cree la más grande ruina del anarquismo. Por eso, siendo él, en línea general favorable a los más extensos acuerdos entre compañeros, personalmente por su cuenta, decide trabajar para la propaganda solamente con aquellos con los cuales se encuentra de acuerdo en las cuestiones como la mencionada, que implican según él la máxima importancia teórica y práctica. Pero todo esto es, en Fabbri, una cosa más que todo de temperamento y de estado de ánimo, y no se trata de consideraciones personales, ni rencor, ni otras cosas: puedes estar seguro. Y es a causa de su temperamento que él viva un poco solitario y esté más bien retirado del movimiento activo*".[169]

Esta carta se cruza con una de Severino con la que le remite ya las pruebas de página del primer tomo para que las corrija Fabbri. Contento le comunica: "*me he traído 85 volúmenes de la 'Revue de deux Mondes', ¡una verdadera biblioteca!*". Nos imaginamos al hombre más buscado de la Argentina acarreando tal número de libros. Todo su tiempo lo dedica ahora al periódico y a los libros, aunque también va preparando con Miguel Arcángel Roscigna el próximo asalto, que harán para financiar la ayuda a las familias de los incontables compañeros anarquistas presos y no sólo eso, para cubrir los gastos que demande la liberación de los amigos recluidos en el presidio de Punta Carretas.[170]

Severino resuelve que "Anarchia" salga totalmente en castellano. En momentos en que tan pocos se atrevían a combatir a la dictadura era importante que el periódico fuera entendido por todos. "*Haremos tiraje de diez mil ejemplares* —le escribe Severino a Treni— *y servirá para arrojar en el ambiente nuestra palabra de protesta, de agitación y de rebelión. No haremos el proceso a ninguno. Defenderemos a todos los nuestros. Solamente pondremos en la picota a los traidores, a los que detallaremos en el próximo número. Y los traidores no son precisamente la mayor parte de los revolucionarios, más bien una pequeña minoría. Los demás serán siempre nuestros hermanos que recibirán de nosotros la palabra de solidaridad, de afecto, de coraje, de nuevas actividades a desarrollarse. Saldremos cada diez días. Hasta que hayamos regulado todo. Luego comenzaremos las publicaciones semanales*."

Al parecer Aldo Aguzzi era un ser muy desordenado con sus papeles y bastante contemplativo, todo lo contrario de Di Giovanni que era una máquina en el trabajo. En esa carta a Treni, Severino se queja que después de haberse ido Aguzzi al Uruguay "*no se encuentran ni los originales dados al tipógrafo*" y que por eso se atrasa la aparición del primer tomo. "*Su único lugar es un buen sanatorio dirigido por cartujos o mejor dicho, por benedictinos*", termina diciendo de Aguzzi.

Después le anuncia: "*He dado a la imprenta también un trabajo bellísimo de Nino Napolitano que será el tercero de la serie 'Escritos de Sociología'. Luego pienso editar el tercer volumen de Reclus. Con el material que he recogido en las colecciones francesas, el tercer volumen está asegurado. ¡Cuántas bellas páginas hay de este gran compañero! ¡Estoy hojeando la correspondencia junto a mi compañera, cuántas hermosas cartas!*".

En esos principios de octubre, una adolescente y un extranjero perseguido hacen el único periódico opositor al general Uriburu: América y Severino. El número del 1º de octubre lleva los títulos: "¡Abajo la dictadura!". Y más abajo, a lo ancho de la página: "¡Siempre dispuestos a la lucha pese a todas las dictaduras!". El editorial —titulado "Ley Marcial"— es redactado por la propia América Scarfó. Severino quiere cubrir así el espacio de "La Antorcha", que ha sido clausurado y su redacción diezmada. "Anarchia" trae ahora un aviso que señala que todos los que quieren comunicarse con "La Antorcha" deben dirigirse a una dirección del Uruguay. La joven escribe: "*El derecho a la existencia, el inalienable derecho de vivir ha sido completamente pisoteado. Se asesina a mansalva, invocando un ficticio restablecimiento de la normalidad. Cinismo de parte de los mandones, pasividad de parte del pueblo, de los de abajo. Si un hombre cualquiera, impulsado por una pasión buena o mala elimina a un semejante, uno solo, ese hecho basta para atraer la atención popular sobre él y surgen los más variados comentarios, se escandalizan y el peso del anatema popular cae sobre el individuo que ha delinquido. Ahora se fusila todos los días y nadie grita ni se escandaliza ni lanza anatemas.*

He oído a personas exponer su conformidad con esa ley diciendo que así se acabaría con la delincuencia. ¿Pero acaso, sólo los ladrones sorprendidos, han sido fusilados?". Luego trae diversas informaciones de "La Vanguardia", "La Razón" y "Crítica" sobre el fusilamiento de personas y, sobre este vespertino, señala: "*'Crítica', la prostituta nos da su palabra de honor. Vamos... si ya conocemos sus maniobras sucias y repugnantes, su chauvinismo, su habitual chantajismo*". Destaca la joven periodista que ningún representante del yrigoyenismo ha sido fusilado y toda la represión de dirige contra el anarquismo. Denuncia que "La Protesta" y "La Antorcha" han sido clausurados y finaliza con estos dos párrafos: "*Bien sabemos que la espada de Damocles se cierne sobre nuestras cabezas, un solo grito de rebelión nos costará la vida. Pero ¿por eso hemos de amilanarnos? ¡Qué esperanza! Ahora debe demostrarse nuestra personalidad revolucionaria: nos hemos dado en cuerpo y alma por la idea y la Libertad. La vida material de los individuos nada vale si no es propulsada y sacrificada en aras de un sentimiento noble y justo. Demostraremos al señor Uriburu y sus secuaces que no nos asustan sus bravuconadas. Sus gestos de dictador magnánimo no nos asombran, lo preveíamos. Pero sepa también el nuevo amo que con los revolucionarios no se acaba. En Italia, en España, en Rusia y en otras partes del mundo entero las dictaduras sembraron el terror entre las poblaciones. So pretexto de salvar al país de una pérdida financiera amordazaron a la prensa, compraron*

aduladores y criminales de profesión, hicieron del atropello y el asesinato una religión y no por eso dejó de sentirse la protesta revolucionaria, el gesto airado de los hombres libres heridos en sus más caros sentimientos. Tenga en cuenta el señor Uriburu y Hermelo, que aunque exterminen a todos los rebeldes declarados, no por eso dejarán de existir. La protesta humana siempre surge cuando un grupo de hombres quiere pisotear los más sagrados derechos individuales.

El alma humana sabe soportar pero también sabe estallar con todas las fuerzas que la misma reacción provoca. ¡Demostraremos a los verdugos que no en vano se expande la sangre de los mártires!".[171]

La joven pareja no sólo estaba unida en el amor sino en la voluntad de la resistencia. En la misma página, con el seudónimo de *Ilegalista*, Severino escribe: "*¡Escucha compañero!!! Habrás leído el bando por el cual te has enterado de la orden de entregar las armas so pena de perder la vida. Creo que todo esto lo sabes. Bien ahora yo te digo: ¿qué piensas hacer? ¿Obedecer y desarmarte que sería entregarte a la voracidad de los lobos, o resistir?*

Si me permites te daré una indicación: ¡no entregues las armas, resiste, pelea! ¿No sabes que existe la lista negra de los subversivos a quien se debe eliminar, confeccionada por el sinistro Carlés? ¿No sabes que el afán único del nuevo jefe de policía es limpiar la ciudad de todo elemento luchador y activo en la contienda social? Si no lo sabes, entérate.

Por lo tanto, ya que te han de matar, vende cara tu vida, no entregues tus armas, pelea, dale a entender que no impunemente fusilarán a todo aquel que sea una expresión de avanzada y de rebeldía en la vida de los pueblos; que la vida de cualquier subversivo no se troncha así no más sino que es digna de respeto y debe ser temida por los jefes y sicarios, su eliminación.

¡Por la libertad y por tu vida, en contra del bando y de la dictadura: no entregues tus armas, compañero!".

En el artículo "La avalancha dictatorial", escrita por Severino y muy posiblemente puesto en castellano por América, se critica a los estudiantes que dos días antes del 6 de setiembre realizaron manifestaciones en contra de Yrigoyen. Dice: "*Sucedíanse las manifestaciones estudiantiles que, ligados por un interés de clase a la oposición recorrían las calles haciendo ruidosa ostentación de hostilidades hacia el partido gobernante. El 4, una de esas manifestaciones que intentaba llegar a la Plaza de Mayo para exigir la renuncia del caudillo máximo del radicalismo y sus secuaces, fue disuelta por la cosacada que con anterioridad había sido apostada en dicho sitio. Heridos por ambas partes y un estudiante muerto. Izando éste*

como bandera, los estudiantes persistieron en su actitud y tremolando banderas nacionales y pañuelos ensangrentados atraviesan las calles al grito de ¡Mueran los asesinos! ¡Viva la Patria! El 'viril' grito de ¡viva la revolución! Fue cantada con voz de segunda tiple y en falsete por los pulidos y circunspectos niños cacas que, en la semana de enero y demás jornadas verdaderamente revolucionarias del proletariado argentino constituían las patotas patrioteras ansiosas de derramar sangre anarquista y que hoy cantan loas a la energía del flamante gobierno dictatorial".

Con respecto a la clase media señala: "*La gran masa carente de espíritu crítico para penetrar en las bajas pasiones que impulsan los acontecimientos que a su vista se sucedían siguió, cuando el triunfo los aureolaba, a los jefes del cuartelazo político-militar-dictatorial. Su actuación fue vivar a los nuevos déspotas con igual fervor que había elevado a la categoría de ídolo a un viejo senil y valetudinario, ahora convertido en triste y miserable guiñapo humano. Como homenaje al gobierno naciente, la multitud saqueó e incendió el domicilio del ídolo caído con la misma inconciencia que años antes había tirado de su carroza. ¡El pueblo cambiaba de amos!*".

Con respecto a la resistencia en sí, Severino lamenta la defección de muchos y habla por primera vez bien de "La Protesta". Dice: "*No era secreto enigma los alcances y trascendencia del movimiento político militar para todo revolucionario con criterio propio. La instauración de la dictadura era un hecho, triunfase cualquiera de los dos bandos en lucha; el peligro que esto suponía para el movimiento revolucionario y sus hombres era evidente, no había más que mirar hacia los países víctimas del flagelo dictatorial. El momento era de prueba y exigía enfrentarlo con valentía y denuedo, morir como hombres defendiendo nuestra libertad y nuestra vida o ser barridos por la reacción triunfante. Este era el dilema. Frente a la revuelta político-militar cabía únicamente levantar la rebelión verdaderamente revolucionaria, individual o colectiva. La pasividad, la 'espera de acontecimientos' era una traición a los propios postulados. Más, como siempre, nada se hizo para contener el avance reaccionario. Por cobardía, unos; por ceguera, otros; por indiferencia los más. Las organizaciones obreras como la FORA y la USA recomendaban la calma a sus afiliados, alegando que cualquier levantamiento popular podía ser aprovechado por la contrarrevolución. Seguían esperando más acontecimientos. ¡La ola reaccionaria los ahogaba y ellos esperaban que tomase más fuerza para enfrentarla!*

Pocas voces se alzaron en el movimiento revolucionario y anarquista contra tal cobarde actitud. Únicamente se salvaron del naufragio moral 'La Protesta' y el grupo 'La Antorcha' que adoptaron una gallarda posición de ataque frente a los desmanes dictatoriales de la reacción triunfante".

En el mismo número aparece un artículo de Miguel Arcángel Roscigna, el cerebro de los expropiadores. En él defiende la expropiación y critica *"la infame campaña que hemos sufrido los expropiadores 'ilegales' de parte de los 'legales' por intermedio de 'nuestros' diarios o bien, subterráneamente, dirigidos, y sostenidos por los figurones que aquí ofician de oráculos del anarquismo"*.[172] Esta colaboración en el periódico de Severino muestra el contacto estrecho que mantenían los dos en esos meses.

En esos días de tareas y turbulencias, llega la noticia a Buenos Aires, a los grupos expropiadores, de la muerte de *Ramé*. Desde su huida del hospital de Rosario vivía con otro nombre en algún lugar de la provincia de Córdoba. La noticia añade que murió en un accidente, mientras estaba limpiando o manipulando un arma de fuego. Sobre este hecho no se escribió una sola palabra. Lo curioso es que ningún periódico anarquista se refirió a la muerte de ese luchador, como lo había hecho cuando fue rescatado de la cárcel. Siempre existió la duda si tal vez sus amigos anarquistas no lo hayan dado por muerto para que la policía dejara de perseguirlo y se marchara al extranjero. En los asaltos posteriores realizados por Astolfi hubo testigos que dijeron haberlo visto. Del Uruguay vinieron informaciones que lo habían reconocido en ese territorio. La embajada fascista nunca creyó en su muerte. La policía lanzó la versión de que Di Giovanni lo había matado, lo mismo sostenían sus enemigos personales. Pero eso era de prever. Emilio Uriondo nos confirmó que *Ramé* murió en ese accidente relatado. Lo mismo dijo Di Giovanni cuando fue interrogado por la policía poco antes de ser fusilado. Pero no hemos encontrado carta alguna ni documento anarquista que nos hable del destino posterior del muchacho que había sido compañero inseparable de Severino en sus primeras experiencias subversivas.

El 2 de octubre de 1930, Severino —pese al bando de pena de muerte— realiza junto a Miguel Arcángel Roscigna el asalto a los pagadores de Obras Sanitarias, en los viveros de Palermo. La prensa y la opinión pública del país están sorprendidas: el asalto se hace a cincuenta metros del lugar donde una compañía íntegra de la policía montada hace ejercitaciones de tiro, y a cien metros de allí se hallan más de

doscientos soldados de infantería. Pero Miguel Arcángel Rosigna ha planeado hasta el último detalle. Cuando todo había resultado fácil para los bandidos (Di Giovanni en persona había quitado un revólver de la mano de uno de los pagadores en el momento que iba a disparar, y arrancado a otro la maleta con el dinero) se origina un alocado tiroteo entre los expropiadores y los asaltados. Cae muerto el anarquista Paco González, chofer de uno de los autos, hombre de todas las horas de peligro, de maneras apacibles y poco hablar. Tenía 39 años de edad. Un hombre por quien Di Giovanni tenía gran afecto; había sido el mensajero durante muchos meses entre él y América. En su casa de la calle Campichuelo se realizaron los primeros encuentros de los dos amantes, el perseguido y la adolescente.

También pierden la vida un pagador y el chofer asaltado. El botín es cuantioso para aquellos tiempos: 286.000 pesos. El setenta por ciento se lo lleva Miguel Arcángel Rosigna, para trabajos de solidaridad. Pero igual, Severino ahora ya puede comprar máquinas para su editorial.

Días después del asalto, una señora muy joven que dice llamarse Josefina Rinaldi de Dionisi se presenta ante el ingeniero Italo Chiochi, en Burzaco, y se muestra interesada en alquilar la quinta "Ana María" de propiedad de éste. Es una extensión de terreno de 100 por 300 metros en el camino Belgrano. Tiene una casa amplia y otras varias instalaciones. La joven hace esfuerzos para aparentar más edad —tiene 17 años— y se ha puesto para ello un sombrero de señora. A la esposa del ingeniero Chiochi le llama la atención la juventud de la visitante pero su porte es tan seguro y simpático que se cierra el trato.

El 12 de octubre se firma el contrato de alquiler para lo cual concurre también el señor Mario Dionisi y el señor Luis Rinaldi, hermano de la joven señora.

Al día siguiente, Luis Rinaldi se presenta a la casa Curt Berger y adquiere un taller completo de fotograbado para clichés, y todos los elementos para una imprenta de obra. Paga todo al contado. Todo es llevado a la quinta "Ana María", de Burzaco. Al mismo tiempo llegan a la quinta muebles nuevos, una amplia biblioteca, libros, herramientas.

En los próximos días se verá a los dos hombres trabajar en la siembra de maíz, en el fondo del terreno, y luego en la instalación de un tinglado para la cría de gallinas. Se levantan a la madrugada y trabajan hasta el mediodía. Luego, a la tarde, desaparecen en las habitaciones.

El matrimonio Dionisi nos es otro que Severino Di Giovanni y América Scarfó; y Luis Rinaldi, Paulino Scarfó. Por la tarde Severino corrige las pruebas de los escritos de Reclus y del libro de Nino Napolitano sobre el filósofo libertario alemán Hugo Stirner. Además prepara un nuevo número de "Anarchia" junto con América.

Paulino Scarfó, en la habitación dedicada a laboratorio está ensayando unas nuevas bombas de humo, que serán utilizadas en el ataque a la cárcel de Caseros, para liberar a su hermano. Además, se trabaja activamente en la instalación de la imprenta y del taller de fotograbados. Por la noche llegan hasta quince hombres con los cuales se hacen discusiones ideológicas o se habla del plan de evasión de la cárcel de Caseros.

El primer tomo de las obras completas de Reclus vio la luz en ese tiempo de negras predicciones: tapa en colores dibujada, edición popular con ilustraciones fuera de texto, comentada, con filigranas elegidas, dos mil ejemplares en papel vergé, y una edición extra —fuera de comercio— constituida por cien ejemplares en papel especial numerados del uno al cien, para ser repartida entre amigos de ideas y organizaciones antifascistas.

Fue la más grande alegría en esa época —la última tal vez— de Di Giovanni. En esas páginas estaban invertidos los pesos obtenidos en el asalto a la compañía de ómnibus "La Central".

Por algunas semanas, la correspondencia con Hugo Treni queda interrumpida. Tenemos una carta de Severino del 24 de noviembre. Se notan los resultados del asalto a Obras Sanitarias porque le dice: "*He proyectado la salida regular del periódico, tanto más que no me falta nada del lado financiero: tipografía y medios, pero no podrá ser si me falta la colaboración asidua de los compañeros. Para fines del corriente mes tendremos el segundo volumen de Reclus. El tercero está casi terminado* (...) *Quiero hacer aparecer el tercer volumen para fines del próximo mes* (junto) *con 'Contribuciones stirnerianas, con fotografías y diseños originales'*".

Y luego le hace un anuncio que hubiera confundido a todos sus enemigos y críticos: "*Para enero o febrero aparecerá 'Sin novedad en el frente'*". La novela esencialmente pacifista de Erich Maria Remarque. Para ello la estaba haciendo traducir especialmente por Lebriassing.

Pero la carta trasunta una inquietud. Di Giovanni se va sintiendo cercado. Pide que le escriba a la dirección de Elena Serra, calle Luis Viale 3148, Buenos Aires. Elena Serra es la novia del preso Alejandro Scarfó. De alguna manera Severino tendría que saber que esa

dirección podría ser vigilada por la policía. Pero es evidente que no le quedaba otra. Le dice que "*allí solamente tú me dirigirás correspondencia.* (...) *Gracias y discúlpame las incomodidades que te causo. ¿Pero cómo hacer, si no es así? La certeza de poder relacionarme me falta día a día. El cerco se estrecha. Pero no puedo callar*".

Treni le responderá: "*¡Por fin una tuya! Estaba terriblemente preocupado y sobre todo no sabía cómo hacer para unir los hilos rotos de nuestra correspondencia. A la última dirección que me escribiste mandé tres cartas sin obtener respuestas, después supe que ésta había caído en desgracia como la anterior. Y esperé. Esperaba que un renglón tuyo me tranquilizara y me incitara a continuar escribiéndote. Verdaderamente no comprendía tu silencio*". Luego le dice que ha recibido el primer tomo de Reclus y que está dispuesto a ayudarlo con las traducciones.

El lunes 1º de diciembre se produce otro asalto de los anarcobandidos, pese a los fusilamientos y al poder indiscriminado que el ministro Sánchez Sorondo le ha dado a la policía. Di Giovanni no puede ser capturado. Los diarios y los testigos presenciales lo acusan de ser el autor del nuevo asalto. Pero ha sido el anarquista chileno Tamayo Gavilán quien ha entrado en acción por su cuenta.[173] Asalta con su grupo la fábrica de calzados de Bauzá, Braceras y Cía., en Catamarca 462 a las 11 de la mañana. Se llevan 22.800 pesos y cae muerto el habilitado de la fábrica, Francisco González.

Este nuevo hecho produce una crisis total en la policía. Renuncia el comisario de órdenes —subjefe de la Policía de la Capital— teniente coronel Alsogaray (a pesar de ser hombre de confianza de Uriburu) cansado de reproches por la profusión de delitos no descubiertos. La renuncia de Alsogaray provoca la caída del contralmirante Ricardo Hermelo que es reemplazado por el coronel Enrique Pilotto. Hay gran revuelo en el Departamento Central de Policía. Es repuesto en su cargo el comisario de órdenes Echeberry, que había ejercido con los radicales . Cuando llega Echeberry, los oficiales y agentes estallan en aplausos y vítores. Hasta le cambian el nombre a la repartición que en adelante se llamará Prefectura General de Policía.

Ha sido designado comisario inspector Leopoldo Lugones (h) después que una entrevista que su padre —el célebre escritor— ha tenido con el presidente Uriburu. Leopoldo Lugones (h) tendrá a su cargo la represión en la parte política y social. Y quien lo conoce, sabe bien que sobre todo lo que sea anarquismo, comunismo o subversión caerá la apocalíptica espada llameante. Para salvar a la Patria hay que

aplicar sin remedio los métodos de la Santa Inquisición. Lugones (h) había sido director del reformatorio de menores de Olivera del que fue dejado cesante por la denuncia ante la justicia de torturas y malos tratos a los pupilos. Ahora, el gobierno de los militares lo reivindica, paga los 22.000 pesos de sueldo que perdió durante la suspensión y lo nombra nada menos que encargado de terminar de raíz con el anarquismo y toda la basura antipatriótica. "*Se acabó la joda*", dicen contentos los nacionalistas conservadores.

Pero Di Giovanni no se da por aludido. Para él ahora más que nunca ha llegado la hora de la acción. Hay algo que arde en esa sangre turbulenta metida dentro de su traje negro y de su sombrero de anchas alas. Su respuesta a Leopoldo Lugones (h) es acción. Así lo dice en la editorial de "Anarchia" en el que anuncia la reaparición de su periódico, luego de varias semanas de obligada ausencia:

FIN DE TREGUA

"Los últimos acontecimientos, la ley marcial que nos ha regalado la gran 'revolución' de setiembre, el estado de sitio que desde hace cuatro meses nos aplasta, el continuo pisoteo de todas las libertades: la del derecho a vivir, de pensar, de expresarse, de crítica, y finalmente la mordaza a la prensa, han sido las causas de esta breve pausa en nuestra aparición.

Pausa que a pesar de toda nuestra contrariedad, de mucha mala gana, tuvimos que aceptar: el imprentero, se negó a imprimir nuestro periódico, amenazado por todas las desgracias de las leyes de excepción. Y esto es humano. El talón militar no bromea. Imprentas y periódicos saben demasiado lo que quiere decir dictadura militar. Y precisamente la del general Uriburu verdaderamente no es de esas que se puede decir indulgente. No vale la pena aquí catalogar la crónica cotidiana de los atentados al derecho de prensa. ¿Para qué? ¿Acaso la historia no ha registrado lo que ha pasado en Rosario, en Santa Fe, en Córdoba y en otras partes de menor importancia? ¿Acaso se puede ocultar el amordazamiento de todas las horas? ¿Los oradores que son desalojados por la fuerza de la tribuna por difundir —¡oh, no, la anarquía no!— las más elementales nociones constitucionales? Los Mario Bravo, Alfredo Palacios, Federico Cantoni, no son anarquistas. Antes bien, eran ayer y lo son todavía hoy, defensores extremos de las leyes más o menos democráticas de la República Argentina. Y si la mordaza ha apretado su nudo corredizo en las gargantas de ellos, digamos que por cierto el 'juego' no se conformará con eso.

Luego de los primeros días de la 'revolución'setembrina los

anarquistas comenzaron el desfile de la tragedia moral a lo largo de los caminos del dolor: las deportaciones, los exilios, los encarcelamientos, las terribles persecuciones y los fusilamientos. Así, los anarquistas, hoy. Como ayer, como mañana.

Todos los rencores, todas las venganzas, todas las promesas se desahogan y se cumplen al día siguiente de las 'revoluciones' que revolucionan los apetitos.

No esperábamos otra cosa. Se sabía que la 'revolución antiyrigoyenista' era la revolución uriburista. Somos siempre profetas fáciles en materia de ciertas revoluciones del 'fuera de allí que ahora quiero sentarme yo'. Fáciles profetas, desgraciadamente.

Nuestro periódico no pudo salir más después del número 11 del primero de octubre. Hicimos todos los esfuerzos, nos dirigimos a más de una imprenta. Prometimos lo imposible, pero ninguno quería imprimir nuestro periódico. Recurrimos a todos los medios y, finalmente, encontramos uno. Ahora, el periódico aparecerá regularmente, es decir, cada quince días.

Para facilitar su difusión se ha buscado un formato cómodo y pequeño. El formato no impedirá decir todo aquello que sentimos como nuestro, todo lo que pensamos hacer, aquello que defenderemos con toda vehemencia: el ideal y la acción anarquista.

Por eso hemos dado fin a la tregua. Nuevamente correr por las manos de los amigos y de los enemigos esta hora heroica. Se ha cerrado un paréntesis y se abre otro, y nos auguramos a nosotros mismos que sea más largo, con la voluntad de nuevas luchas, con la fuerza suficiente para resistir y el brazo ágil preparado para todas las defensas.

'ANARCHIA' volverá a ser el sinónimo de juventud. Volverá a dar puntapiés al estado de cosas que nos sofoca y nos tritura para resistir y resistir siempre. Para defender todo lo nuestro: libertad, derecho a la vida, derecho a todo lo que es indispensable tanto materialmente como espiritualmente.

Y si en la lucha tenaz y continua llegamos a caer, por lo menos tendremos la satisfacción de caer con nuestras armas en el puño.

Y con la juventud —esa que no se cuenta por los años, pero sí con el ardor siempre nuevo para todas las resistencias y para todos los ataques— marcharemos hacia la culminación de la osadía.

Anarchia".

En el mismo número de la reaparición de "Anarchia" se encuentra un llamamiento firmado por Mario Vando, el nombre de

guerra de Severino Di Giovanni. La policía lo tiene catalogado ya como Mario Vando, pero Di Giovanni insiste en usarlo para que los compañeros que leen el periódico sepan que es él el que escribe, que está siempre en la lucha a pesar de la persecución. El artículo se llama "¡Acción...!" Y tiene el típico estilo de Di Giovanni: arrollador, romántico, insistente.

"¡ACCIÓN...!

Si un lema debemos grabar en nuestra roja bandera de rebelión; si una exclamación de rabia y de instigación debemos bramar a través de todos los espacios; si una frase debemos percutir sonoramente sobre el yunque de la más fiera realidad, esa debe ser únicamente, en este momento sombrío:

¡Acción...!

Y estamos en buena hora.

La marea alta de la reacción internacional no hace otra cosa que subir vertiginosamente. Amenaza con arrollar irremisiblemente todas nuestras defensas.

Ella, la reacción negra y sanguinaria, cínica y homicida, sádica y obscena, se ha encaminado a gran carrera con las perspectivas de nuestras metas para aterrar, aniquilar, incendiar, matar todo brote de resurrección.

Alrededor nuestro no hay otra cosa que brillar de bayonetas, fogonazos y detonaciones de fusiles, cárceles abiertas de par en par para recibirnos y enterrarnos vivos, patíbulos levantados para estrangularnos, el terror diseminado por todos lados, matanzas cometidas hasta en el rincón más remoto, violaciones al derecho humano escupidas en la cara de todos, en fin, la destrucción más terrible nos circunda y nos va oprimiendo.

Estas líneas no son producto de una perturbación o borrachera. No representan una alteración de los acontecimientos; no, solamente representan lo que estamos constatando desde hace un tiempo y que no tendrá fin sino cuando nos lancemos de cabeza contra todas las murallas del despotismo.

Agitar el espíritu humano, rebelarse en esta hora oscura, vengar a los caídos bajo el peso de la barbarie y de la prepotencia burguesa, deben ser los deberes constantes de cada revolucionario, hoy, mañana, siempre.

¡Tenemos en nuestro poder mil armas mucho más potentes que aquellas adoptadas por el espíritu estatal; armas que nos pone en las manos la química y la inteligencia individual; sólo debemos premunirnos de la más sutil circunspección, de toda la suma de precauciones, desconfiar aún de nuestra madre antes y después de haber obrado.

....

Podemos —si queremos— triturar la prepotencia de ellos bajo la poderosa maza de nuestra santa ira, aplastarla y arrollarla con el alud de nuestra rebelión.

¡Todo es bueno hoy en día!

Martillemos furiosamente todas las paredes de la opresión. Grabemos con nuestras armas vindicadoras el grito de ¡Acción! en todas las murallas de la defensa estatal.

Formemos y entretejamos en nuestra sangre y en nuestras fibras la nueva conciencia rebelde que deberá hacer resurgir nuestra vilipendiada y estúpida dignidad.

Elevemos con todas las fuerzas de nuestros seres la llama de la fe, la luz del ideal, la virtud revolucionaria que han sido siempre las mejores esperanzas de nuestro movimiento.

¡Y a accionar...!

¡Para vindicar a todos los caídos, para liberar a los amenazados por la rabia de todas las reacciones...!

Tengamos siempre presente que los caídos, los mártires, los héroes, la idea, sólo se honran con esta palabra: ¡ACCIÓN...!

Mario Vando."[174]

XI

El fin

“Sirio me indica con su sonrisa el camino,
y corro ansiosamente hacia ese destino, con su beso
sobre la frente...”

(Severino Di Giovanni, 31-12-29.)

En la quinta "Ana María" la vida sigue su curso de todos los días: trabajar en la huerta y el criadero hasta el mediodía, y el resto del día leer, redactar el periódico, traducir para los libros a editar, y experimentar las bombas fumígenas con el fin de prepara el ataque a la cárcel de Caseros y liberar a Alejandro Scarfó. Lejos ha quedado el plan de trasladarse a Francia. Severino se quedará, ahora más que nunca, para luchar contra la dictadura militar y para seguir editando los libros y los opúsculos y los cuadernos. Después sí, con Alejandro Scarfó liberado, la meta será Francia. Allá, América y Severino quieren que su amor se fructifique en un hijo.

A la quinta ha llegado Laura, la hija mayor de Severino. La ha traído América Scarfó para que pase allí sus vacaciones. Es hermoso el lugar, esa quinta poblada de árboles añosos y olor vegetal. Han tomado a un quintero, para que los ayude en los trabajos de la tierra. Y a alguien más. Cuando Miguel Arcángel Roscigna estuvo de visita observó que América trabajaba demasiado. Atendía los quehaceres domésticos y seguía concurriendo al liceo en su antiguo barrio. "*Pónganle una ayuda*", sugirió Roscigna a Severino y Paulino. Y es así como tomaron una lavandera para la ropa. De manera que los ocupantes de la finca no podían realizar actividades que pudieran resultar sospechosas.

En diciembre ha aparecido el segundo tomo de las obras de Reclus. En una carta de Severino a Treni, fechada en Navidad de1930, le dice: "*Al segundo volumen —ejemplar en papel especial— te lo mandé en estos días. ¿Lo has recibido? ¿Quedaste contento con él? El tercero te pondrá más contento, por el material variado y de valor que contiene*". Luego le propone, junto con la gente que está en Montevideo, hacer un semanario "*del formato de 'La Fusta' o 'Seme'. Aparecería una vez en castellano, con un título, y otra vez en italiano, con otro título*".

Treni le responderá: "*La obra que estás realizando me gusta y es útil. Dentro de algún tiempo, la colección de estos 'Escritos sociales' de Reclus será*

muy buscada. Su presentación es buena, bajo todo punto de vista y el trabajo que realizas es de primerísima importancia". Y más adelante: "*El trabajo es bueno y merece el aplauso de los buenos, y su ayuda*". Del segundo volumen —que considera "*muy bueno*"—, critica algunas traducciones.

A pesar de los días pesados y calurosos, Severino desplegará una actividad incansable. Le quedan algo más de treinta días de vida. Es como si lo adivinara. Urge la preparación de las bombas fumígenas para liberar a Alejandro Scarfó, se reúne con otros anarquistas para organizar la resistencia contra la dictadura, quiere que el periódico aparezca con más asiduidad, el proyecto de la revista de teoría libertaria le entusiasma cada vez más, no olvida el programa de folletos ideológicos, sigue escribiendo para periódicos del exterior, prosigue la recopilación de los escritos de Reclus y no se olvida de la tierra: el maíz ha inundado de verde los fondos, los gallos lo despiertan apenas despunta el sol. El 27 de diciembre le escribe a Treni sus nuevos planes editoriales. "*Nuevas ideas me han surgido en la mente respecto de las obras de Reclus*", le dice. Después del quinto volumen, dedicado a la correspondencia, publicará seis libros. Cada uno de ellos será un capítulo de *El Hombre y la Tierra* y llevarán los siguientes títulos, respectivamente: *El estado moderno*, *Cultura y propiedad*, *Industria y Comercio*, *Religión y ciencia*, *Educación*, *Progreso*. "*Cada uno de los seis libros* —escribe— *tratan un tema en sí que bien se puede difundir y propagar sin desmerecer el total de la obra maestra ni, en sí, perjudicarla.*"

El proyecto no es fácil. Sólo la traducción requiere la dedicación exclusiva de una persona. Para ello, Severino le sugiere a Treni que podría ser Luigi Fabbri. "*Creo que, si el traductor se comprometiera, en 7 u 8 meses podría editar los seis volúmenes. La edición de los seis libros importaría un gasto de más de cinco mil pesos, enorme suma de la que me encargaré yo personalmente, más allá de los otros gastos: dibujos, gastos postales, alquileres, gastos de empaquetamiento, etc., que aumentarían otros mil pesos.*" Luego le informa que los dos primeros volúmenes ya le han costado dos mil quinientos pesos. "*Qué hermoso, querido Hugo* —le dice— *sería poder dar fin a un trabajo semejante. De manera mejor no podría recordarse el centenario del nacimiento de Reclus*."

Pero todo lleva su tiempo. Las comunicaciones se hacen cada vez más difíciles. Ya en una carta de Treni se puede leer la queja de éste acerca de lo difícil que es trabajar así por el retardo de la correspondencia y los envíos. Primero, le remite los originales Severino a Treni, éste los traduce y tiene que ir todo de vuelta. Hasta que se produce

la pérdida de un importante material. Severino lo toma como una verdadera derrota. El 3 de enero de 1931 le escribe: "*Querido Hugo, he vivido tres días de infierno, créeme, pocas veces en mi vida he sufrido tanto. La noticia que tuve —con el paquete que me mandó Barca por medio de Pieretti— del extravío de casi todos los originales de 'Escritos sociales' aparte del de la 'Pena de muerte'; del extravío del precioso opúsculo sobre Elia y tres números del 'Pensiero' con las traducciones al italiano y del extravío ahora irreparable de los originales y de las pruebas de linotipia del libro de Nino Napolitano: 'Contribuite stirneriani'. Un infierno moral, como ves*".

Pero no se da por vencido. Escribirá a Francia para ver si puede volver a obtener números de publicaciones donde encuentre los ensayos perdidos.

En esa carta se explaya sobre su trabajo de recopilación de los escritos de Reclus. Es notable la descripción de todos los datos que va juntando y las preguntas que le surgen para no caer en errores. Tiene una vocación innata de investigador. Envía una circular a la prensa anarquista del exterior para que se lo ayude a encontrar 32 trabajos de Reclus, desperdigados en publicaciones. "*He mandado la circular a diarios franceses e italianos* —dice— *y espero que la censura no me las haga desaparecer. ¡Oh, esta censura, cuántos contratiempos me causa!*"

Insiste en que Hem Day y Giovanna Berneri trabajen en las bibliotecas de Bruselas y París recopilando datos. "*Y luego* —dice— *hay viejos y nuevos coleccionistas que tiene verdaderas bibliotecas privadas. Publicar un libro de cartas inéditas sería un verdadero acontecimiento, que me seduce, pero ¿quién sería el héroe que cumpliría con tal esfuerzo? Esfuerzo no del todo imposible, cuando se lee la biografía de Nettlau las heridas que dejó el tercer volumen (1925) Cartas que no sólo nos permitieron conocer el Reclus íntimo más detallado sino que nos lo haría estimar con más pasión, conocerlo a través de tantos hechos que muchas veces lo desfiguran y que lo presentan con un aspecto distinto de lo que era en el fondo*".

Toma muy en serio las críticas que Treni le hace sobre las traducciones, y le escribe: "*¿Puedes hacerme saber los títulos, motivos, etc. que encontraste que no son fieles o está equivocado el texto? Te agradeceré así no se reincide en el futuro, no soy un monstruo de intolerancia como a muchos les place considerarme. ¡Cómo estaría de contento de que me conocieras íntimamente!*".

En esa carta se confirma algo que luego —después de su muerte— escribirá Fabbri a Malatesta: Severino va madurando, se aleja poco a poco de la confrontación directa. Va aceptando más la discusión

con otros sectores del campo anarquista. Severino le escribe a Treni: "*Ahora vayamos a lo fundamental de la discusión. Lo que me interesa a mí y lo que te interesa a ti es la librería, o mejor dicho la difusión de las ediciones. Te hablé en tiempos pasados de cuáles eran mis pensamientos en ese sentido. Difusión —sin ningún sectarismo— de todo aquello que es fuerza y pensamiento en pro de las ideas anarquistas o subversivas en general con reflexión en favor de nuestro movimiento (ejemplo, el libro de Remarque, una selección de escritos de Baonafaux, Maltatuli, y otros)*". Y le presenta el plan para los años futuros, donde se encuentran pensadores individualistas, organizacionistas, pacifistas, antiimperialistas, es decir, toda una amplia gama del progresismo antiautoritario.

"*Ahora, en detalle —le dice— esto es lo que pienso realizar:*

LOS LIBROS

1.- ELISEO RECLUS	*-Escritos Sociales (Tomos I, II, III, IV)*
2.- " "	*-Epistolario escogido (un volumen)*
3.- " "	*- El Estado Moderno*
4.- " "	*- Labranza y Propiedad*
5.- " "	*- Industria y Comercio*
6.- " "	*- Religión y Ciencia*
7.- " "	*- Educación*
8.- " "	*- Progreso*
9.- NINO NAPOLITANO	*- Contribuciones Stirnerianas*
10.- CIANCABILLA	*- Escritos Sociales*
11.- REMARQUE	*- Sin Novedad en el frente*
12.-ARMAND	*-La iniciación individualista anárquica*

LOS CUADERNOS

(Aproximadamente 60 páginas. Formato de libro)

1.- ENRICO ARRIGONI	*- El derecho al ocio y el provecho individual*
2.-HAN RYNER	*- ?*
3.- RAFAEL BARRET	*- ?*
4.- RICARDO MELLA	*- ?*
5.-SEBASTIAN FAURE	*- ?*

LOS OPÚSCULOS
(16-32 páginas. Formato de libro)

1.- Trabajos desconocidos en italiano.
2.- Trabajos especialmente realizados para nuestras ediciones.
3.- Trabajos importantes aparecidos en nuestro periódico.
4.- Trabajos de actualidad."

Luego de insistir en conseguir traductores en Montevideo y Francia —especialmente Fabbri— dice: "*Queda por discutir la librería. Lanzada de manera eficiente, oportuna, útil y que favorezca el renacimiento o el despertar de nuestras cosas. Mucha voluntad para trabajar con amor y pasión. Centro seguro y a salvo de las garras de la reacción. Responsabilidad en el trabajo a comprometerse. Querido Hugo: ¿se podrá hacer realidad un sueño? No sé qué decirte pero te aseguro que tengo mucho amor de las cosas nuestras y sería capaz de todo en su favor. En las ediciones que he emprendido no me mueve ningún ansia de dinero o éxito financiero. Todo lo doy a la propaganda. No me interesa ni la administración; el precio que he puesto en tapa va en favor de aquellos a quienes destino el libro: Comité por los caídos, en la preparación, periódicos, etc. Mandaré a todos y pensaré en todos. Creo que mejor no puedo hacer. Por consiguiente no me descorazona la poca cantidad que pueda comerciar*".

Le anuncia que en los próximos días aparecerá "Anarchia" y la revista "El Refrattario". Le solicita que Miguel Ramos y Simón Radowitzky le envíen colaboraciones.

En su respuesta del 11 de enero de 1931, Treni le señala que el único que puede realizar las traducciones es Fabbri, pero que éste no tiene tiempo porque tiene que ganarse el pan. "*Además* —agrega— *ni Fabbri ni yo poseemos buenos diccionarios francés-italiano, ni tampoco en francés 'El hombre y la tierra'*." Le aconseja que edite por el momento el libro de Napolitano y los opúsculos.

Ya desde octubre, los radicales exiliados en Montevideo han tomado contacto con los anarquistas para organizar la resistencia contra la dictadura. Los libertarios mantienen un canal fluido de comunicación entre las dos orillas del Río de la Plata. En el Delta hay lancheros y baqueanos que dan una mano. Oyhanarte —ex ministro de Yrigoyen exiliado en Montevideo— y García Thomas —un anarquista

independiente— conciben en el Uruguay un plan de desestabilización contra la dictadura. García Thomas se trasladará a Buenos Aires y allí conversará con los anarquistas que quedan, que son muy pocos. También participará de una reunión en la quinta "Ana María" con el grupo de Di Giovanni. Esta reunión ocurre a fines de diciembre. A principios de enero muchos *notable*s de la vida política argentina, empresarios, funcionarios, etc., comienzan a recibir un volante titulado "Intimación". El mismo volante aparece también en las madrugadas por Avenida de Mayo, Florida, la calle Corrientes y las estaciones de tren. En la hoja ilegal se da plazo hasta el 20 de enero a Uriburu y a Sánchez Sorondo para que abandonen el poder. De manera contraria se los condenará a muerte y, a partir de ese día, se comenzará una campaña terrorista contra las empresas y los empresarios que han apoyado el golpe.[175]

En la reunión de los anarquistas de la quinta "Ana María", se decidió apoyar la intimación con atentados dinamiteros. Severino, al principio, no estuvo de acuerdo ya que él quería concentrar todos los esfuerzos primero en la liberación de Alejandro Scarfó. Pero lo convencieron: había que hacer algo como reacción al fusilamiento de Joaquín Penina y al encarcelamiento y expulsión de tantos compañeros.

Sabían que pese a tal intimación los radicales no iban a mover un dedo. Que iban a usar a los anarquistas sólo como carne de cañon. Porque los yrigoyenistas en sí creían que únicamente los militares amigos podrían voltear a Uriburu. Pero los libertarios igual se decidieron a apoyar la tal *intimidación*.

En la misma madrugada del 20 de enero estallaron tres poderosísimos artefactos terroristas: Paulino Scarfó puso uno en la estación de subterráneos de Plaza Once, Mario Cortucci, en la estación Maldonado del Ferrocarril Central Argentino, y Márquez, en Constitución. Los daños fueron cuantiosos y las víctimas, numerosas. Cuatro muertos y veinte heridos.

Hay miedo en las calles. La dictadura se siente desafiada y cree estar ante una confabulación de gran alcance. Los radicales en Montevideo hablan de más y los diarios de Buenos Aires comienzan a informar de una confabulación anarco-radical encabezada por Oyhanarte. Para dirigir personalmente las investigaciones, el comisario Leopoldo Lugones (h) viaja al Uruguay. En Buenos Aires se preparan

redadas y se toma una medida que dará, resultados a la dictadura: vigilancia a todas las imprentas. Así se allana la situada en Corrientes 3747, los Talleres Gráficos Ciudad de Buenos Aires, donde cae detenido Mario Cortucci. Así obtiene la policía la punta del hilo: la embajada italiana en Buenos Aires sabe que es un hombre del antifascismo que trabaja con Di Giovanni.

Sobre Cortucci se centra toda la investigación y se aplican los nuevos métodos científicos que ha introducido el comisario Lugones (h), un obsesionado que cree que con el invento argentino, la picana eléctrica, se puede llegar a descubrir todo.

Severino Di Giovanni es avisado que Cortucci ha caído preso, pero confía plenamente en su compañero. Está convencido de que pese a lo que le puedan hacer no va a delatar a nadie, y sigue con su trabajo de todos los días. En eso comete un error garrafal para un ilegalista y perseguido.

Once días antes de la detención de Cortucci, Severino le escribe a Treni: "*15 de enero de 1931. Carissimo Hugo:* (...) *El tipógrafo retarda —por los mismos motivos que encuentran todos los tipógrafos de todo el mundo— la salida de mis ediciones. Tengo cuatro libros que te encargué desde hace tiempo y antes de fines de febrero ninguno de esos los veré terminados.* (...) *Mira, tengo un amigo pintor, no el que adorna el libro de los escritos de Reclus, otro que me ha hecho un óleo maravilloso que reservo para poner la reproducción original (cuadricromía) como cubierta del cuaderno de Han Ryner sobre él*".

Y sigue mostrando su alegría por la labor editorial: "*Lo verdaderamente maravilloso sobre todo lo hecho será el trabajo de Napolitano sobre Stirner. Estoy ilustrándolo con tantos dibujos originales que quedará un trabajo precioso. Todo está listo. Creo que para el mes de febrero aparecerá definitivamente*".

En cambio, con el periódico tiene problemas: "*El periódico* —le dice— *no aparece por una de las tantas contrariedades que afloran en mi vida. Paciencia. Tales contrariedades no durarán mucho. Por otra parte no sé cómo remediarla*". Se refiere aquí a la falta de colaboración. Además de todo el trabajo editorial y de su actividad política no podía escribir él solo toda la parte italiana de "Anarchia" y dejar que América hiciera toda la redacción española. Añadido a esto estaba la expedición del periódico, una tarea que llevaba su tiempo y era sumamente peligrosa. Más adelante, en la misma carta le dice con ironía: "*Pero no te creas que nos falta*

trabajo: es una enormidad que da miedo. Hacemos de todo para soportarlo. Lástima que no se conozca toda la voluntad dispuesta para la acción, porque de otra manera, aquí, en la Argentina se podrían echar las bases a uno de los mejores edificios de nuestra actividad. Pero se hará lo mismo aquello que se pueda."

Deja despuntar, además sus otros propósitos: "*Tengo buenas noticias de Italia y de Francia sobre Italia. ¿Ha llegado acaso el momento de despegar vuelo? ¡Si verdaderamente fuese así!*". Severino siempre tiene en su mente viajar a Francia. Lo ata sólo la libertad de Alejandro Scarfó y la situación política. No quiere dejar por nada la Argentina ahora. Lo seduce la lucha contra la violencia de arriba. Ahora el enemigo está bien delimitado. Ahora la burguesía se ha sacado la careta y ha cambiado las moderadas vestimentas ciudadanas por el traje de verdugo. Pero hay otra cosa: las buenas noticias de Francia y de Italia se refieren a un complot en el que él mismo participa, ayudando a su financiación. Intervienen sus amigos de "L'Adunata dei Refrattari" de Nueva York y el grupo de París, con los que él mantiene correspondencia. Se prepara un atentado contra Mussolini. El encargado de hacerlo será Michele Schirru, anarquista sardo, que ha partido de Nueva York, ha estado en París y el 6 de enero ha logrado con todo éxito cruzar la frontera italiana, con pasaporte falsificado a nombre de Mike Schirn.[176]

El 21 de enero Severino enviará su última carta a Treni: el cerco se estrecha cada vez más: "*Todavía no he podido mandar el paquete. Después de la invasión al pequeño local de 'La Antorcha' no sé a qué persona consignarle la correspondencia. Esta te la mando con la persona que más se presta. Trata de hacerme conocer un medio más seguro.*

Esta tarde —continúa— *el tipógrafo me ha entregado la última prueba del tercer tomo y la del cuaderno Nº 1 de Arrigoni. El segundo cuaderno, Nº 2 será aquella conferencia de Han Ryner que tú tradujiste. Aparecerá contemporáneamente al Volumen III. El periódico todavía con atraso y no por culpa toda nuestra. Aquí las cosas están serias pero seguiremos lo mismo el camino emprendido. Después de los acontecimientos en Bahía Blanca, y en Santa Fe tenemos ahora los de Buenos Aires. Te cercan la vida. ¿Qué hacer? La pasividad no es el arma de la hora...*"

El domingo 25 de enero, a pesar del peligro, Severino toma el tren a La Plata. Se mezcla con la gente que va a las carreras del hipódromo platense. En La Plata visitará a compañeros de ideas. Entre

ellos al joven José María Lunazzi (quien más tarde llegó a ser un destacado pedagogo y profesor de Educación en la Universidad de La Plata). En ese entonces Lunazzi era presidente de la Federación Universitaria de La Plata y llevaba a cabo una activa lucha contra la dictadura de Uriburu. Lunazzi invitó a Di Giovanni a un picnic que se realizaría en Ensenada, al domingo siguiente, para hablar sobre la situación política. Severino prometió concurrir y dijo: "*Voy a traer unos pollos de mi quinta, para el almuerzo*". Luego se fue, con el mismo medio con que había llegado, en tren, confundiéndose nuevamente con el público que regresaba del hipódromo. En esa conversación, Di Giovanni se mostró muy interesado por los estudios pedagógicos de Lunazzi y le dijo que estaría dispuesto a pagarle una especie de beca para que pudiera seguir sus investigaciones en Bélgica, centro de la educación racionalista. Un detalle que habla de las inquietudes de ese hombre perseguido.[177]

Pero Severino iba a faltar a la cita.

En la tarde del jueves 29 de enero de 1931, el anarquista terminará de corregir las pruebas completas del tercer tomo de Escritos sociales de Reclus. Tiene prisa para ir hasta la imprenta de Genaro Bontempo, en pleno centro, que es quien le ha hecho todos los trabajos de linotipia. Bontempo sabe bien que se trata de Di Giovanni pero para él es un señor italiano llamado Mario Vando. La imprenta está en Callo 335 bajando una escalera, en una especie de sótano, con ventanucos a la calle. A sólo sesenta metros de Corrientes y Callao.

En sí es América la que hace ese trabajo de llevar originales y correcciones. Pero ese día quiere ir Severino porque es un poco el nacimiento del tercer tomo y quiere dar las instrucciones finales al imprentero. América lo reconviene: no sólo por lo ocurrido a Cortucci sino porque los diarios del día informan que la policía vigila las imprentas para evitar la impresión de volantes subversivos. Y justo él va a meterse en la boca del lobo. Pero Severino no quiere escuchar. Tomar demasiadas precauciones sería como autoanularse, condenarse a la inactividad.

Después de despedirse de América, Severino vuelve sobre sus pasos y le entrega a la muchacha un papel.

—Guárdame bien esto— le dice, le da un nuevo beso y se va.

América ve que es un croquis. Va a su dormitorio y lo guarda en su cartera para devolvérselo a Severino cuando regrese.

Di Giovanni terminó su trabajo y salió con el imprentero Bontempo a la calle. Hacía calor. Por primera vez se sintió inseguro con su traje negro. Era como para llamar la atención.

Fue justo en ese momento cuando vio venir a alguien directamente hacia él que le gritó:

—¡Di Giovanni!

No había dudas, era un *tira*. En ese instante vio la muerte y se encaprichó como siempre, dio media vuelta y echó a correr. Al llegar a Sarmiento se encontró con otro que le cerró el paso y le gritó:

— ¡Párate, Di Giovanni, estás listo!

Severino sacó su Colt 45. Empezaron a sonar los pitos y uno de los *tiras* gritó:

— ¡Paren al ladrón, al ladrón, al ladrón!

La gente primero se arremolinó y luego empezaron las corridas. Iba a haber jaleo, sin ninguna duda. Todos corrían a cualquier parte, y Di Giovanni también.

No se sabe quién tiró el primer tiro, pero de inmediato comenzó una cacería por las calles céntricas y los techos de Buenos Aires. Según los testigos, durante la increíble persecución de todos contra uno, se oyeron más de cien detonaciones. Luego, el defensor de Di Giovanni demostró que su defendido había utilizado sólo 5 cápsulas.

En la primera salva de balazos cayó herida mortalmente una niña. Quedó entre el perseguido y los perseguidores. Corría desesperada y pronto cayó, volvió a levantarse para caer otra vez, ya definitivamente. Iba con un vestido blanco que empezó a mancharse en la espalda a borbotones de rojo claro.

Era la tercera vez que un niño se cruzaba en el camino de Di Giovanni. La figura de esa niña iba a ser utilizada para que la opinión pública tuviera aún más horror contra el anarquista. La policía lo acusará como autor del balazo mortal; Di Giovanni lo negará enérgicamente.

Siempre corriendo, cruzó Callao y tomó por Sarmiento hacia el oeste; al llegar a Río Bamba le salió al encuentro el agente José Uriz. El anarquista, de un solo tiro, lo volteó y siguió su carrera. Tomó por Río Bamba. Allí se detuvo. Las calles estaban absoluta y completamente vacías, como si fuese un domingo a las 7 de la mañana. El miedo había cerrado las puertas.

Siguió, ahora caminando y dobló por Cangallo. Por allí venían, desde Callao, pegados a las paredes. Le daban con todo y eran por lo menos seis los que estaban haciendo puntería. Di Giovanni comenzó a trotar. Cuando llegó al hotelito de Cangallo 1975 vio que se le venían tres o cuatro desde Ayacucho. Estaba encerrado. No tenía otra salida que meterse allí. En le vestíbulo encontró a los encargados del hotel, dos españoles, presa del pánico.

— No se asusten, no les hago nada —les dijo y enfiló hacia el pequeño ascensor pero luego volvió hacia el pasillo para subir por la escalera. En ese momento le hicieron fuego a través de la puerta de entrada. Volvió entonces Di Giovanni sobre sus pasos, aguardó un momento y disparó un certero balazo que dio muerte al agente Ceferino García. Corrió después a los fondos del hotel. Apoyó contra un muro una escalera de mano. Alcanzó la altura trabajosamente ensuciándose su traje negro con cal. De allí dominó las terrazas. El otro rostro de Buenos Aires, con su ropa colgada, los trastos viejos, los jaulones con gallinas sucias. Los techos negros chorreados con el orín del tiempo. A tres metros había otra terraza. Pegó un salto tremendo. Le dolieron los pies al caer pero siguió sin detenerse. Desde la terraza se largó como un chico por un palo enjabonado y llegó a la galería de patio de una vieja casa de la calle Ayacucho. Allí no encontró a nadie, trató de recomponerse unos minutos y enfiló hacia la puerta de calle. Por el zaguán oscuro había una veta de luz: la sirvienta estaba espiando los ruidos de afuera. Di Giovanni le dio un suave empujón y salió a la calle. Apenas salió le dispararon como veinte tiros. Se puso a correr en zig-zag y pudo llegar a Sarmiento y Ayacucho. Allí vio que tenía cerrado el paso y retrocedió por Sarmiento hasta Callao. Le tiraban de todos lados. Lo estaban cazando como a un perro sarnoso. Se refugió primero detrás de un árbol y luego entró a la carrera en un garaje —el marcado con el número 1964—, donde el cuidador, un hombre con cara de polaco, se quedó como petrificado. Di Giovanni lo miró como si no existiera. Comprendió que estaba encerrado. Ya empezaban a tirarle desde la entrada. Les respondió con un solo balazo. Luego se abrió el saco, se puso la boca de la pistola sobre la camisa blanca y disparó.

El primer policía que llegó hasta el hombre caído, le pegó un puntapié en la mano para quitarle la pistola. La sangre le manchaba toda la camisa. El comisario Garibotto ordenó llamar un médico quien

dictaminó que había que internarlo de inmediato. Con una guardia extraordinaria fue llevado hasta el hospital Ramos Mejía. En la ambulancia iban cuatro agentes junto a la camilla con las pistolas desenfundadas, mientras que con las manos libres lo asían cada uno con un juego de esposas. Detrás de la ambulancia iba un camión repleto de efectivos policiales y los dos vehículos iban rodeados por motocicletas que —según "La Nación"— "*ejercían las funciones de batidores en las columnas de los ejércitos en marcha*".

"La Nación" —que en un comentario expresa que ha llegado la oportunidad de aplicar la pena de muerte a Di Giovanni— señala: "*Di Giovanni, verdadero tipo de leyenda, mantuvo después del hecho en que fue protagonista principal, esa audacia y rara energía tan suyas, transparentadas hasta en los menores detalles. Se le sabía audaz y poseedor de una tranquilidad a toda prueba pero no hasta el punto que dio a conocer luego de su detención. Cuando se lo internó en el hospital Ramos Mejía se encerró en un mutismo impenetrable y dejó, por otra parte, que hablasen sus ojos. Ojos de lince, por cierto. Miraba ayer con una tranquilidad aterradora, duramente, sin pestañear siquiera. Había en su mirada un mundo de acusaciones y amenazas e infundía con ello un principio de pánico en los que se animaron a sostener el peso abrumador de ese algo raro y fuerte que fluía de sus ojos profundos*". Y en un recuadro en la misma página, "La Nación" publica una nota titulada: "Un émulo de Al Capone" donde dice: "*Era audaz, era bravo, de una bravura irreflexiva, más de fiera que de hombre. Hemos dicho que 'era' porque seguramente ya no lo será*". Y luego titula la información: "Una captura apetecible". Dice allí: "*audaz si los hay, Di Giovanni había confiado demasiado en su valentía como lo demuestra el hecho de que a pesar de habérsele cruzado en su camino un 6 de setiembre —con el cambio fundamental que trajo para la seguridad de quienes como él vivían de la maldad— decidió quedarse en Buenos Aires. Al ser detenido, no quiso hablar. Todo el misterio de su vida de novela estaba encerrado detrás de aquellos ojos terribles. ¡Cuán interesante sería conocer la verdad de su vida!*".

"La Nación" en esa edición será el reflejo del gran triunfo obtenido contra las fuerzas del mal. El gran triunfo de los militares y de esa gran burguesía conservadora que la acompaña. En el editorial no disimula su euforia y su agradecimiento a la policía: "*Se ha afirmado* —dice— *una vez más la noble tradición de la policía argentina, a la que se vuelve evidentemente en estos días de depuración y reorganización social*". Pero no solamente se queda allí el diario democrático por excelencia. Con la alegría por la captura del luchador antifascista, en las mismas

páginas anuncia textualmente: "*Colaboración del honorable Mussolini. Comienza hoy en 'La Nación': en otra sección de este diario hallará el lector un artículo del honorable Mussolini. En adelante colaborará el jefe del gobierno italiano mensualmente en estas columnas. No es necesario señalar la importancia de estos trabajos. Apenas hay en estos momentos en el mundo político alguien cuya palabra pudiera suscitar más profunda expectativa. Admiradores o adversarios se interesan en su opinión, se apasionan en sus ideas, ya para seguirlas, ya para discutirlas. Ofrecer, por lo tanto, regularmente artículos del Duce es proporcionar al público un elemento de juicio sobre los problemas actuales o los acontecimientos italianos de un valor cuya alta significación se mide por su propia trascendencia. Se comprenderá también que lo que ha conseguido 'La Nación' representa, evidentemente, una conquista, pues se trata de un hombre solicitado por la enorme tarea de gobernar a un país con la energía continua y la dedicación minuciosa y personal con que lo hace, según es notorio, el honorable Mussolini. Por ende, esas colaboraciones importan una contribución al conocimiento de la actualidad como pocas veces es posible proporcionar a la masa lectora, que encontrará en ese estudio inicial que publicamos hoy las cualidades de temperamento, de talento, de brío espiritual que hacen de Benito Mussolini una de las figuras más extraordinarias de nuestro tiempo*".

Es decir, "La Nación" no sólo traía a su público selecto "Una captura apetecible" sino también una lectura apetecible en los artículos del Duce. Esa burguesía iba a vivir 48 horas frenéticas que no trataría de disfrazar con falsas comparaciones sino que celebraría el fusilamiento del rebelde con la alegría sana de los que saben que al mal hay que arrancarlo de raíz; y con pleno y emocionado agradecimiento a su policía y a sus fuerzas armadas, brazos ejecutores de su modelo de vida.

Le iban a hacer pagar bien al indócil sus osadías. A partir de ese momento y durante cinco días la prensa seria irá informando detalle por detalle los acontecimientos. Hay una especie de curiosidad sádica por saberlo todo. Todo se informa o se inventa. Desde que Di Giovanni tenía agujeros en las medias, hasta —como lo señala con profunda seriedad "La Nación" del viernes 30 de enero— que el bandido llevaba "*ropa interior de seda*". No se sabe qué es lo que haya causado más sofocones a nuestra sociedad, si las medias agujereadas o los calzoncillos de seda. De cualquier manera todo era bienvenido para aplastar a esa figura demoniaca. Era la inquisición rediviva pero amoldada a las costumbres

del barrio norte. Un barrio norte que se había dado el lujo de derrotar a la chusma del macilento caudillo radical y había puesto al frente de la gran Nación Argentina a militares pundonorosos y caballeros de pro. Y ese anarquista, ese tano, se había atrevido a llamar en un panfleto al ministro del Interior, al caballero doctor Matías Sánchez Sorondo, "*Sánchez Sorete*", y al presidente de los argentinos, un general de la Nación, de "*General Cabalgado*". Pero ya lo tenían allí, acorralado. Todos se felicitaban entre sí. Lo tenían encadenado en la cama del hospital y con cien ojos y armas largas custodiándolo.

"*La curiosidad de toda la policía* —dice "La Nación"— *se volcó ayer junto a lecho del detenido. Con verdadera ansiedad se acercaban los altos funcionarios policiales y los empleados que en diversas oportunidades tuvieron a su cargo la persecución del mismo. Una que otra pregunta aislada que le fueron formulando caía en el vacío, pues Di Giovanni no contestaba o bien iba a tropezar con el duro mirar de sus ojos. Se le contemplaba en silencio, como un raro ejemplar, y pudo verse, en ciertos momentos, la satisfacción que se pintaba en algunos rostros... tranquilidad imperturbable la de Di Giovanni. Parecía sobre toda otra cosa un enfermo a quienes rodeaban, si no familiares, por lo menos compañeros y conocidos. Y así, durante largo rato se mantuvo, impenetrable a la curiosidad de todos e inmutable como una momia egipcia. Todo esto era necesario, indispensable, para que la figura extraordinaria del delincuente cobrase un prestigio nuevo y desconocido para todos*."

Detalla luego el cronista del diario de los Mitre el odio de Di Giovanni por los pesquisas: "*Y ese odio lo subrayó cada vez que un particular se acercó hasta su lecho de herido y especialmente cuando llegó su perseguidor de siempre, comisario Juan Garibotto. Lo miraba fijamente, con dureza de acero, sin contestar a las preguntas que le hacían*".

La noticia de la detención de Severino —que alcanzó a salir en la sexta edición de los vespertinos de ese día— conmocionó al país entero. Además, los diarios adelantaban que sería irremediablemente fusilado. El propio ministro del Interior, Matías Sánchez Sorondo tomó cartas en el asunto y apresuró el traslado del herido a la penitenciaría para que fuera juzgado y condenado esa misma madrugada. Mantuvo informado al presidente Uriburu quien llamó al ministro de Guerra, general Medina, a fin de que con toda la prisa del caso se nombrara al tribunal militar que juzgara al reo. El general Medina dio órdenes estrictas: "*en una hora debe reunirse el consejo de guerra para suboficiales y tropa en la penitenciaría nacional para juzgar y fallar esta noche la causa contra el sujeto Di Giovanni*". Y así se hace. Por ironías del destino presidirá el tribunal un

militar radical: el coronel Conrado Risso Patrón. El fiscal será el teniente coronel Clifton Goldney y se nombra defensor de oficio a un teniente primero del cuerpo de "*archivistas y ciclistas*", el teniente primero Franco.

Todo va a ser muy rápido. Los testigos de la prueba son policías —salvo un civil que dice no haber visto nada— que contestarán que Di Giovanni fue quien primero tiró y quien mató a la niña. El fiscal pide la pena de muerte para el reo "*prontuariado como agitador anarquista*" y por haber cometido agresión a mano armada contra la autoridad, homicidio en las personas de la menor Delia Berardone y el agente de policía García y lesiones al agente Uriz. Por aplicación del bando revolucionario le corresponde la pena de muerte, dice el fiscal.

Luego el tribunal hace un cuarto intermedio y el acusado es llevado a su celda. Cuando se lo quiere hacer comparecer nuevamente, Di Giovanni se niega a ser esposado. Se inicia una dura lucha en la que el anarquista es golpeado con cadenas y cachiporras por más de una docena de guardiacárceles que al final logran reducirlo y ponerle las esposas a la espalda. Con la chaquetilla de presidiario destrozada —que muestra el vendaje de la herida sufrida hacía pocas horas— y en medias, es llevado Di Giovanni de nuevo al tribunal. Como hay periodistas, el presidente del Tribunal teme un pequeño escándalo y produce un comunicado diciendo que "*en el hecho en que tuvo que ser reducido el sujeto Di Giovanni para ser esposado, no intervinieron efectivos del ejército*".

Y ahora viene la sorpresa para los militares que componen (en número de diez) el tribunal. Lo que creen que va a ser una defensa de circunstancias hecha por un desteñido oficialito de menor graduación, se convertirá en un alegato que hace temblar a los miembros de tribunal que temen hasta por su futuro: porque la orden es terminante, pena de muerte antes de que salga el sol.

El teniente primero Franco ha ido a conversar con Di Giovanni en cuarto intermedio para enseñarle la forma como debe responder a las preguntas. Pero Di Giovanni le ha contestado: "*yo voy a declarar en una sola forma: la verdad. Sólo le pido que no me haga mentir de mi ideología. Soy anarquista y de eso no reniego, ni ante la muerte. Soy consciente de mi situación y no pienso rehuir responsabilidades de ninguna clase. Jugué, perdí. Como buen perdedor, pago con la vida*".

Franco ha salido impresionado con esa respuesta. Tiene la intención de hacer todo lo que está a su alcance para salvarle la vida. Este

es el texto de la defensa del teniente primero Franco, que fue sumiendo en sorpresa y luego en indignación a los miembros del tribunal militar:

"*Excelentísimo tribunal: vengo sin rebeldías ni temores a hacer la defensa de un hombre, la que me ha sido ordenada de oficio. En primer término, reitero mis respetos a los dignos militares que integran este tribunal y pido desde ya excusas si en razón de mi condición de militar y no de hombre de derecho, hiciera afirmaciones que por estar desprovistas de eufemismos puedan parecer audaces. Recuerdo en estos instantes la respuesta del conde de Campomanes a los reyes de España cuando instado a decir las causas de los desequilibrios financieros del reino afirmó que eran producidos por los desarreglos de la Corte. A manera de excusa dijo después hablar rectamente Campomanes: disculpe Vuestra Excelencia si me he excedido en el trato. Esta misma frase feliz se me ocurre ahora aunque el escenario y las causas son distintas. Pero ya aplico la frase pidiendo por adelantado excusas por si me excediese en el trato*".

Este preámbulo provoca ya la intranquilidad en el tribunal. En el rostro del coronel Risso Patrón hay una sombra de preocupación.

Franco continúa impasible: "*No traigo intenciones mezquinas ni propósitos aviesos. Soy un hombre de armas, celoso de la disciplina y del orden social, animado por un profundo amor a mi patria. Y porque sé lo que esto significa en el concierto mundial, hablo pues sin rebeldías ni temores. Voy a hacer en primer término una cuestión de competencia de este tribunal. Creo que no es de su competencia el delito imputado a Severino Di Giovanni. La ley marcial tiene su origen en las monarquías europeas cuya disciplinas están reñidas en absoluto con la disciplina de los gobiernos republicanos. Por otra parte, la ley marcial sólo está prevista para los casos de conmoción interna grave de guerra o de grandes desastres públicos que pongan en peligro la estabilidad social. La Argentina no está en el caso de una guerra. Desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego, desde el Atlántico a las Cuevas, el orden es una realidad claramente perceptible. No se justifica pues, la aplicación de la ley marcial*".

El acusado —de aspecto atrayente, con la chaqueta rota que le deja ver el pecho vendado y que tiene que estar en una posición forzada, con los músculos en tensión por el modo en que ha sido esposado a la espalda— ha comenzado a mirar con interés a ese tenientito desconocido, de cara pálida, que está poniendo cada vez más nerviosos a los miembros del tribunal.

"*El orden y la normalidad rigen en la vida del país* —continúa imperturbable el oficial defensor—. *De la Revolución triunfante del 6 de setiembre surgió un nuevo gobierno cuyo acto fundamental al iniciarse, alentado por el calor popular, fue hacer pública fe de su respeto a la Constitución*

de la República. El poder Judicial está en pleno ejercicio de sus derechos y atribuciones. Un militar está al frente del P. E. como pudo estarlo un civil. Expresión del pueblo es el gobierno que nos rige. No existe aquí ninguna dictadura militar. El camino pues, para los delincuentes comunes está claramente fijado cuando deben dar cuenta a la justicia de los actos delictuosos. Las constancias acumuladas prueban a mi juicio la afirmación que formulo estableciendo que Di Giovanni no agredió a la policía sino que contestó a la agresión de ésta."

En este punto, el presidente del tribunal llama al orador pidiéndole que se atenga estrictamente al tema. Pero Franco parece no haberlo oído y continúa imperturbable: "*En efecto, salía el acusado de la imprenta ubicada en un sótano de la calle Callao. Tomó hacia Corrientes mientras el dueño del negocio tomaba hacia Sarmiento. Di Giovanni percibió la proximidad de agentes de investigaciones. Notó que había sido reconocido. No atacó al agente sino que, dándose vuelta huyó en dirección contraria, hacia Sarmiento. Otro pesquisa quiso detenerlo. Se inició el tiroteo contra él. Tomó Di Giovanni por Sarmiento en busca de Río Bamba. Pueblo y agentes se iban sumando en la persecución. El, sin embargo, no había hecho uso del arma hasta que en la calle Río Bamba, entre Sarmiento y Cangallo un agente quiso detenerlo. Dio Di Giovanni vueltas a un auto allí estacionado, perseguido por el agente y sólo disparó cuando se creía perdido. En ese momento la emoción violenta se hizo cada vez más intensa. Llegó hasta el local de la calle Cangallo donde se introdujo. Estaba como enloquecido según lo declaró el dueño del hotel que avisó en seguida a la policía de que en su negocio había entrado un loco. Así lo calificó. Todo lo demás no lo recuerda. ¿Cuántas bocas de revólveres dispararon contra Di Giovanni? ¿Quién pudo matar a la pobre niña en la esquina de Callao y Sarmiento cuando el perseguido recién usó su arma cerca de Río Bamba y Cangallo?*" .

En este punto se oyen murmullos de desaprobación por parte de los jefes policiales presentes, entre ellos el propio subprefecto de la Policía, doctor David Uriburu, primo hermano del presidente provisional. Trata de intervenir el presidente del Tribunal, pero Franco continúa sin alterarse: "*Por ello afirmo que Di Giovanni no fue el agresor sino que actuó repeliendo una agresión policial. A ésta se agregó la lógica indignación popular cuando se enteró de la herida producida a la infeliz niña cuyo deceso toca las fibras más íntimas del corazón*" .

Di Giovanni seguía mirándolo y escuchándolo cada vez más profundamente, como si no creyera lo que está presenciando.

"*De los cinco testigos* —prosiguió Franco— *cuatro que ha depuesto*

son policías que han intervenido en el episodio. No existe siquiera un peritaje que establezca si con el arma del acusado halló la muerte la menor. Cuando Di Giovanni reaccionó, lo hizo frente al agente que lo tenía ya a mano. Se libraba contra él una batalla. Los nervios, por más de acero que lo sean, se resienten. E hirió disparando por primera vez contra el agente de Cangallo y Río Bamba. Creo, señor presidente, que es un caso evidente de defensa propia. El espíritu de conservación de la especie tiene su principal aliento en el instinto de conservación del individuo, trátese de quien se trate. CINCUENTA REVÓLVERES DISPARABAN FUEGO CONTRA DI GIOVANNI".

El teniente primero Franco se ha detenido. Hace un a pausa oratoria. Hay un silencio total. Luego, con gesto amplio señala con el índice al acusado y levanta la voz: "*¡He aquí a Di Giovanni! Motivo de avidez de los comentarios truculentos de los cronistas policiales. El fantasmagórico personaje que era el plato fuerte policial servido por una policía de supernumerarios que debía justificar de alguna manera la existencia de ésos en el presupuesto general de gastos*".

Aquí, nadie se atreve a murmurar porque Franco se refiere a la policía de tiempos de Yrigoyen. "*El honorable Tribunal* —concluye Franco— *sabe que el acusado no ha sido detenido ni condenado una sola vez. Se había creado pues el delincuente fantasma que vivió radicado en la Argentina durante ocho años. Admitir que Di Giovanni era un personaje capaz de burlar a jueces, policías y al pueblo, entre éste, al intelectual empeñado en colaborar en la afirmación del orden, sería reconocer la superioridad de este hombre sobre todas las fuerzas físicas y morales de la Argentina.*"

Después de otra pausa, durante la cual mira desafiante a cada uno de los miembros del Tribunal, Franco continúa: "*En su afán de superarse, el hombre triunfa diariamente en el arte y en las ciencias. Así, en el andar de los siglos, transformó el frágil trirreme que surcó en otros tiempos los mares poblados de sirenas, en el potente acorazado que cruza hoy vertiginosamente el océano rompiendo con su proa de acero las masas azules, transformó también el Icaro mitológico de las alas de cera en las naves mecánicas. Hendió el cielo con la mirada fija de los telescopios y estudió los mundos lejanos. Reemplazó al alquimista moro por el químico moderno. Sin embargo no ha podido ni podrá animar de vida la célula microscópica porque el soplo animador es puramente divino. La vida es privativa de Dios. Sólo él la crea y sólo él debe destruirla. No puede el hombre, con el uso de sus leyes arrogarse la facultad de Dios. Un simple sentimiento de humanidad nos priva de decretar la muerte, por cuanto sería atentatorio contra la ética. Se ha comparado la ética y el derecho en dos círculos concéntricos. Éste reducido y perfectamente delimitado por las leyes*

de los hombres y el otro más amplio, infinito, que entra en las leyes de Dios. Considérase el Derecho como una reglamentación de la época. En consecuencia, ninguna ley del derecho podrá reglamentar lo que no tolera la ética. Por todo lo expuesto, Honorable Tribunal, después de afirmar que Di Giovanni fue llevado a la agresión, pido que el acusado no sea juzgado por la ley marcial. Reitero mis disculpas al Honorable Tribunal si juzga que me he excedido en la defensa, que se me ha impuesto, de la vida de este hombre. Ella es sincera y al dirigirme al Honorable Tribunal lo hago con la certeza con que un hombre de bien se dirige siempre a los hombres de bien. Muchas gracias".[178]

América se enteró de la caída de su compañero por Paulino, quien llegó a la quinta esa noche. Paulino traía la sexta. La primera reacción de América fue: "*Bueno, qué hacen, váyanse ustedes*". Paulino no aceptó, quería asegurarse que primero se marcharan América y Laura, la hija de Severino. América le respondió: "*no, ahora está durmiendo, no la puedo despertar, mejor me voy temprano, cuando amanezca*".

Paulino había llegado con tres compañeros: Braulio Rojas, Juan Márquez y "*Luis*" (que en realidad se llamaba Artemio Pieretti). Los tres comenzaron a quemar cosas y borrar huellas. Lo primero que se destruyó fueron los cuadernos con direcciones que se usaban para enviar el periódico "Anarchia". A la madrugada se dispusieron a salir Paulino, Braulio Rojas y Juan Márquez. Luis quedaría para acompañar a América y Laura.

A la misma hora en que Paulino, Márquez y Rojas abandonaban la quinta, un camión con 24 hombres de la policía de la Capital y bonaerense al mando del comisario Fernández Bazán se detenía a cien metros de allí. En esos mismos instantes, Di Giovanni escuchaba sorprendido su insólita defensa por parte del teniente Franco.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había podido la policía descubrir el lugar? El jefe de Orden Social dirá después que la pista se logró trabajosamente siguiendo a América Scarfó un día en que ésta fue a visitar a su hermano preso. Pero esta versión sólo servía para cubrir a la policía por las torturas que se estaba sometiendo a Mario Cortucci. Además, América no había concurrido a la cárcel desde que vivía en la quinta, precisamente para evitar que se descubriera el lugar. Por último, la policía hará trascender que la dirección de la quinta de Burzaco la dio Mario Cortucci "*apremiado por los interrogatorios*". Este más tarde, ante el juez rechazará la imputación diciendo que nada dijo "*pese a ser bárbaramente torturado*".[179]

En el momento en que los policías —todos con armas largas— hacían pie a tierra, salían de la quinta Paulino Scarfó, Márquez y Rojas. Eran las 5.30 de la madrugada. Los tres, al ver la comisión policial tuvieron un momento de indecisión pero luego siguieron caminando al encuentro de ésta. Llevaban varios bultos, entre ellos varias muñecas, ya que Rojas y Márquez se hacían pasar por vendedores ambulantes de esos juguetes.

El comisario Fernández Bazán ordenó entonces abrirse en abanico y destacó al agente Domingo Dedico quien avanzó y ordenó levantar las manos a los tres sospechosos. Ésta, claro, es la versión policial. En ese momento, uno de los anarquistas hizo fuego sobre Dedico quien cayó mortalmente herido. De inmediato comenzó el tiroteo siendo muertos los anarquistas Braulio Rojas y Juan Márquez. Paulino Scarfó, luego de terminar con sus balas, trató de arrastrarse hasta la quinta "Ana María", pero fue capturado. Para reducirlo le dieron un feroz culatazo en la parte inferior del rostro.[180]

Ahora comenzaba el vía crucis para América. Dos minutos después que salieron Paulino y sus amigos, ella escuchó la ráfaga de balazos. Todo terminó muy rápido. Luis, que permanecía en la quinta se quedó como paralizado. América le dijo: "*Escápese por los fondos que hay mucho campo*". Así lo hizo y pudo desaparecer. En seguida llegó la policía. América se quedó en el patio. Le gritaron: "*¿Hay más adentro?*". A lo que contestó: "*No, sólo hay una nena durmiendo*".

Mientras revisaban todas las habitaciones, a ellas dos las obligaron a estar sentadas en el dormitorio. Comenzaron a llegar altos funcionarios policiales quienes se detenían a observarlas. También llegó el propietario, el ingeniero Chiochi quien muy excitado exclamó en la puerta del dormitorio: "*¡Pero miren quiénes habían resultado!*".

Luego llegó Garibotto y comenzó un largo interrogatorio. Pero poco es lo que hubiera podido decir América. Por autodefensa, ni Severino ni Paulino la habían hecho partícipe de sus planes ilegalistas. Garibotto se dio cuenta muy pronto de eso.

De la quinta, las llevaron a las dos a la comisaría de Burzaco. En la puerta de la quinta se había reunido una verdadera multitud de curiosos. América se detuvo un instante y dijo a la gente: "*Quedan allí mas de trescientos pollos y gallinas, ésos y el maizal son para los pobres de Burzaco.*"[181]

En el patio de la comisaría estaban los cadáveres de Márquez y Rojas, ensangrentados. Los habían puesto sentados, contra la pared.

América alcanzó a ver a Paulino a quien tenían esposado, listo para el traslado. Tenía la mandíbula izquierda muy hinchada. América quiso hablarle pero Paulino la detuvo con un gesto de las manos. Luego, a América y a la niña la trasladaron al Departamento Central de Policía. Sentado atrás, con ellas iba el propio jefe de Orden Social, comisario Garibotto.

En el Departamento Central, el comisario de órdenes, Echeberry, subjefe de policía, trató bien a la joven América y, para que no la molestaran ordenó que la tuvieran en la oficina de Leopoldo Lugones, hijo, quien protestó pero Echeberry insistió y rió por los rezongos de éste. Pero luego la dejaron sola con el comisario Florio, segundo jefe de Orden Social, un ex periodista metido a policía político, fácilmente reconocible por sus profundas orejas, quien comenzó a interrogar a la muchacha, parado casi encima de ella, quien debía permanecer sentada.

El tribunal militar condenó a muerte, por unanimidad, a Di Giovanni. La condena fue firmada por el teniente coronel Conrado Risso Patrón —como presidente del tribunal— y los tenientes coroneles Eduardo Vega, Eusebio Roldán, Pedro R. Cejas, Raúl Moyano, Ceferino Méndez y Conrado Styrle. El teniente Franco apeló pero el tribunal rechazó pocos minutos después la apelación. Horas después el presidente de facto, general Uriburu y su ministro de Guerra, general Medina, firmaron la orden de fusilamiento.

La defensa de Franco había provocado un verdadero escándalo en el ejército. Como primera medida se ordenó su arresto. Pero será mucho más grave lo que le esperaba.

Conocida la sentencia, a Di Giovanni se le da plazo de 24 horas de capilla para después fusilarlo. Se fija el domingo 1º de febrero a las 5 de la madrugada para su ejecución, que será ejecutada por guardiacárceles.

XII

La Muerte

De rosas, la sangre ese bello cuerpo cubre
Mientras en los ojos ha naufragado el cielo
Un ruiseñor dulcemente canta
Y el alba se disuelve en tenue velo...

(Fragmento del poema "Viva l'Anarchia! —In memoria di Severino Di Giovanni e di Paulino Scarfó—, de Virgilia d'Andrea, poetisa italiana residente en Estados Unidos, publicado en Nueva York, el 28 de marzo de 1931.)

La dictadura quiere que el ejemplar castigo al contumaz tenga toda la difusión posible. El concepto de sociedad que reina entre los triunfadores está bien expresado por su diario "Acción". Todo aquel que no está con el gobierno militar es escoria, desde el anarquismo al yrigoyenismo. Lo dice ese viernes 30: "*El anarquista activo como el tratante de blancas; el comunista disolvente como el capitalista de juego; el rufián como el que pretende modificar la fisonomía política del país no tiene cabida en los límites de la República*".

Y agrega: "*El anarquismo, con jefes como Di Giovanni, es una escuela de delito en la que se refugian todos los asaltantes, ladrones y falsificadores y es por eso que debe extremarse la campaña contra esa ideología absurda y corrompida para que la colectividad pueda trabajar en paz y el orden no sea alterado. Mucho es lo que tiene que hacer la policía para destruir de raíz los males incubados por el personalismo*". Eso de personalismo era una alusión directa al radicalismo yrigoyenista.

Ahora que terminó el juicio militar va a comenzar el baile para el condenado. Garibotto y Florio, de Orden Social, han recibido órdenes por las que deben obtener del prisionero a toda costa datos de la conexión de los anarquistas con los radicales, especialmente con el ex ministro Oyhanarte, a quien sindican como el autor ideológico de los últimos atentados. Severino será salvajemente torturado. Lo atestiguará más tarde América. Pero Di Giovanni no habla.

Cuando se le pregunta luego oficialmente al reo cuál es su última voluntad, si desea comidas especiales o bebidas alcohólicas, los rechaza pero pide ver a sus hijos, a la madre de sus hijos y a su compañero Paulino Scarfó. El pedido es rechazado por el director de la cárcel, doctor Alberto Viñas, fanático defensor del gobierno militar y acusado luego por los radicales que estuvieron presos en la penitenciaría como el peor de los torturadores.

El interrogatorio del comisario Florio a América Scarfó en el

Departamento Central de Policía no había dado resultados. América había dicho la verdad cuando señaló que jamás Severino ni Paulino le habían confiado sus planes. Pero Florio tenía la carta de triunfo en la mano. De la cartera de la muchacha —que había secuestrado en la quinta "Ana María"—, sacó un plano con los detalles de una bomba de humo.

Era el papel que le había dado Severino al despedirse.

América dijo no saber cómo había llegado eso a su cartera. Que no se acordaba. Florio, todopoderoso frente a esa chica de 17 años le dijo entre amenazante y displicente: "*ya te voy a hacer acordar*".

Pero luego vino el subjefe de policía, Echeberry, quien en el habitual juego de malos y buenos en los interrogatorios, hacía el último papel. Echeberry se dio cuenta —como ya dijimos— que América poco o nada sabía sobre los hechos ilegales. Además, había quedado impresionado por la sinceridad de la mujer. América le había dicho espontáneamente que Severino era su compañero. Cuando le hubiera sido más fácil decir que estaba en la quinta "Ana María" por su hermano. Y que lo del matrimonio Dionisi lo habían disimulado sólo para alquilar la quinta.

América no había querido mentir su amor. Si era necesario iba a enfrentar a toda la sociedad. Aunque se complicaba innecesariamente, no quiso retroceder ni un paso con respecto a sus sentimientos para con el perseguido. (Severino no había podido verla porque la hubiera complicado ya que hasta ese momento la policía no sabía que eran amantes.)

Será ella quien le pedirá a Echeberry que le permita ver por última vez a Severino, para llevarle, también, a su hija Laura. Y que se le avise a Teresina para que le lleve a sus otros dos hijos: Aurora e Ilvo.

Echeberry hizo las consultas. Al final se accedió al pedido. Para esa sociedad ávida y farisea era el detalle que faltaba: podía demostrarse toda la abyección moral de estos antifascistas, anarquistas, comunistas o como quieran llamarse. ¡El hombre casado, con tres hijos, con una amante de 17 años! ¡Y Paulino Scarfó, el hermano de ella permitiendo esa relación!

(Especialmente el diario fascista italiano de Buenos Aires "Il Mattino d'Italia" aprovechará ese detalle para regodearse con el nivel de bajeza moral de los enemigos de Mussolini. Será, además, tema clásico de púlpito en aquellos años para los sacerdotes católicos que sumían en el terror a sus fieles contando a qué extremos llegaban los enemigos de Dios cuando se alejaban de la Gracia Divina.)

El juicio a Paulino Scarfó será mucho más breve. Matías Sánchez Sorondo ha protestado enérgicamente por la defensa del teniente Franco, diciendo que el Ejército se ha prestado a hacer la apología de un pistolero extranjero. Por eso, el general Medina designa defensor de Scarfó a un oficial incondicional, de profunda fe católica: el teniente primero David Armando Lavori.

Los testigos serán policías y un periodista que sirvió de acompañante en el allanamiento de la quinta. Por supuesto, todos darán la versión oficial. Luego traerán a Paulino. El cronista de "Crítica" escribe: "*Después de haber depuesto los testigos fue conducido a presencia del Tribunal el acusado. Frente a la mesa, en la que se encontraban sus jueces, fue colocada una silla que él ocupó con pasmosa serenidad. En toda la sala hubo un silencio diáfano. Estaban frente a frente el juez y el acusado. La vida de un hombre comenzaría a discutirse desde ese instante. El rostro de Scarfó no delataba ninguna emoción. El insomnio le había hecho más hondas las ojeras, hasta el punto de parecer sus ojos dos pequeños carbones encendidos en el fondo de una gruta. La frialdad emocional con que se presentaba el acusado produjo una cierta impresión de desagrado entre los presentes. En esos instantes, en que se desea compadecer, se encontraban los espíritus ante un espectáculo que más que sentimientos compasivos, inspiraba una acongojada decepción*".

Claro, con su tranquilidad, el joven acusado quitaba toda teatralidad al gran espectáculo que se prometían los militares, periodistas y lectores. "La Nación" dice lo mismo sin perder tantas palabras: "*El rostro del detenido no delataba ninguna emoción; por el contrario, la frialdad que lo distinguía, produjo cierta impresión entre las personas que se encontraban en ese momento presenciando la sesión*".

Paulino Scarfó frente al tribunal aplicará la táctica de los anarquistas: sabiéndose perdido echarse la culpa de todos los hechos posibles para salvar a otros de sospechas. A él mismo, a los muertos —Márquez y Ruiz—, a Di Giovanni— de quien ya sabía que había sido condenado a muerte— y a los que estaban a salvo en el exterior. Por ejemplo, cuando le preguntan quién fue el autor de la falsificación de cinco pesos, dirá Márquez, aunque el verdadero autor era Cortucci.

La defensa del teniente Lavori duró apenas un par de minutos. Dijo: "*Nunca me he sentido acongojado como esta noche, obligado a deponer mi condición de soldado para dar paso a mis sentimientos de hombre. Y cumplo con un alto deber de humanidad al hacerme cargo de la defensa del procesado no como funcionario sino como semejante. Creo que esta clase de sujetos de ideas anárquicas y disolventes, en vez de ser llevados a los estrados de la justicia,*

debieran ser internados en sanatorios especiales, ya que los considero seres anormales y desprovistos de todo sentimiento de humanidad. Estamos ante un sujeto que con toda tranquilidad e inconciencia se hace responsable de todos los hechos de que se le acusa sin preocuparse de buscar atenuantes. Mi defendido es casi un niño y desde hace varios años se encuentra dirigido por el temible delincuente Di Giovanni, lo que hace que la educación recibida en la mejor época de su vida haya sido de lo más perjudicial. Dada la confesión plena que ha hecho mi defendido del delito que se le acusa sólo me resta pedir al tribunal, al dictar sentencia, se sirva hacerlo con la mayor dosis de humanidad".

Luego, una vez condenado a muerte Paulino, en su apelación dirá el teniente Lavori: "*Como nos encontramos ante un tarado mental, un individuo que es el prototipo del sugestionable dominado por una voluntad ajena a la suya, pido al señor presidente que el acusado sea presentado a una junta de médicos siquiatras para que sea detenidamente examinado*".

Al oír los conceptos de quien se llama su *defensor*, Paulino se levanta de la silla y le dice con voz natural y calma, con un dejo de ironía: "*le agradezco sus conceptos*".

Cuando la presidencia le da el uso de la palabra para que se defienda, Paulino dice simplemente:

— Como no puedo hacer una exposición de ideas y éste no es el lugar indicado para ello, no tengo nada que decir.

Escuchado el veredicto, ese muchacho alto y delgado, vestido con un humilde traje color *langosta* —de esos que se compraban en las grandes tiendas de confección del centro—, se dio vuelta, esperó pacientemente que los fotógrafos terminaran con su trabajo y, sin ninguna pose, se dejó llevar a la celda.

Teresina y los pequeños Aurora e Ilvo fueron llevados hasta la Penitenciaría ya bien entrada la tarde de ese sábado. El condenado a muerte besó rápidamente a sus dos hijos. Teresina le acaricia el rostro diciendo suavemente: "Severino, Severino..." Di Giovanni no los podía abrazar porque estaba esposado por la espalda. Luego llegan América y Laura. Los amantes se abrazan y se besan sin ninguna aparatosidad. La pequeña Laura queda abrazada al padre. Desde que fue testigo de los hechos de Burzaco no ha dicho una sola palabra, ha quedado completamente introvertida. Ha sentido todo como un golpe muy fuerte. Tiene los ojos enrojecidos. Aurora miraba la escena, asombrada. Ilvo lloró algo. Luego vino la despedida. Besó Severino prolonga-

damente otra vez a sus hijos. Tenía los ojos humedecidos. También besó a la madre de sus hijos, quien volvió a acariciarle el rostro. Hubo luego un momento de indecisión en todos hasta que Severino le pidió a Teresina que se fuera con los chicos para ahorrarles más detalles de ese escenario.

Quedaban ahora los amantes. América describirá, en marzo de 1933, en un artículo de la revista francesa "L'en dehors" ese encuentro así: "*Cuando supe que Severino había sido condenado a muerte, reclamé el permiso para verlo por última vez. Me fue acordado. Lo encontré calmo y sereno, con el espíritu muy lúcido. Me dijo estar conmovido por haberse enterado que en el tiroteo que precedió a su detención había sido muerta una niña, lo que, al pensar en sus hijos le había ocasionado una emoción profunda. Sufría con la idea que se lo acusara de ser el autor de esa muerte. Su defensor había solicitado una pericia balística para demostrar que Di Giovanni no había sido el autor de la muerte de la niña, pero el tribunal no lo autorizó*".

Y luego continúa América: "*Durante el tiempo que estuve con Severino, en capilla bajo las miradas continuas de toda una multitud de funcionarios y curiosos ansiosos de sorprendernos en una actitud de debilidad, los dos nos conservamos con la más absoluta de las clamas. Por supuesto, la tempestad agitaba nuestras almas, pero no dejamos escapar ninguna queja y también evitamos las escenas patéticas. Me esforcé por alegrar las últimas horas de su vida; él, por su lado, se ocupó de frustrar el intento de todos aquellos que hubieran deseado encontrarse delante de un enemigo vencido. Como yo quería, él aparecía, por el contrario, en todos su brillo, la personificación del ideal que no cede nunca*".

Sobre el encuentro postrero, "La Nación" escribirá escuetamente: "*En ningún momento ni América ni Di Giovanni dieron muestras de estar mayormente abatidos. No hubo sollozos. No hubo ni una lágrima. Por el contrario, en el transcurso de la entrevista como si hubieran ambos olvidado que esa era la vez postrera y que pocas horas faltaban para la ejecución, los amantes hablaron con voz casi serena, casi diríamos con un deseo de mostrarse alegres y de infundirse confianza*".

Pero América se dará cuenta de algo. Severino tiene sangre coagulada en las muñecas y lastimaduras en los brazos. Y está como reventado, hace esfuerzos y esfuerzos para coordinar los pensamientos. América escribirá sobre este aspecto en el artículo señalado: "*La tragedia que viví desde el 29 de enero hasta el 2 de febrero, es indescriptible. Los más felices fueron aquellos que cayeron en el tiroteo. Se ahorraron, por lo menos, los terribles sufrimientos sádicos infligidos a mi compañero y a mi hermano. No*

contentos con tenerlos en su posesión y de condenarlos irrevocablemente a muerte, la banda feroz de los esbirros los sometió a la tortura. Pero se enfrentaron con hombres de un temple de acero. No se quebraron. Severino y Paulino permanecieron serenos hasta el instante supremo, ejemplos sin igual de coraje y estoicismo. Con ferocidad, la policía argentina cometió la infamia de haber torturado inútilmente a dos condenados a muerte. Los camaradas Márquez y Rojas muertos, la mañana del asalto a la quinta de Burzaco; mi hermano, prisionero, fue molido a culatazos con tal brutalidad que le produjeron deformaciones a las que hicieron pasar por defectos de nacimiento. Era inevitable que le achacaran los estigmas de la degeneración. Pero lo peor que se iba a producir en las mazmorras de la penitenciaría donde estaban tanto Severino como Paulino fue el sufrimiento —tanto antes como después de la condena— de las feroces torturas que se llaman la silla, el látigo, el triángulo. Cuando yo lo vi, Severino tenía en el cuello las marcas claras de la soga de estrangular; en las muñecas, sangre coagulada, las encías sangrantes, el rostro con contusiones. Con las tenazas de madera les habían aplastado y tirado de la lengua y se las habían quemado con cigarrillos encendidos. Durante el interrogatorio les introdujeron cigarrillos encendidos en las cavidades nasales y en los oídos, les habían retorcido los testículos, les hicieron incisiones en las uñas, los golpearon. Todo esto bajo la dirección del doctor Viñas, director de la prisión".

Los jóvenes amantes trataron de formarse, en esa hora, un pequeño mundo aislado para expresarse todo lo que deseaban en esa última despedida. Pero el comisario Florio no se apartó un instante. Además, hubo personajes que quisieron perfilarse y aparecer en los diarios. Uno de ellos, un militar, a quien las crónicas ni identifican, y el otro, el cura de la prisión, el italiano Enrico Cotaldi, quien llegó acompañado por el jesuita español Clavell. El militar se adelantó para preguntar a Di Giovanni si conocía a Lombroso. (Se refería a Cesare Lombroso, el médico italiano que estableció la teoría de que todos los delincuentes —tanto políticos como comunes— lo son de nacimiento, locos atávicos.) Era sin duda una pregunta provocativa, para mostrar su agudeza. De acuerdo a la crónica de "Crítica", Severino le contestó que conocía los libros de Lombroso y que "*infinidad de veces había estudiado las colecciones antropológicas que el sabio italiano legó como regalo a un gran museo de su patria*". En cuanto a las teorías añadió: "*Lombroso divide a los hombres entre los que forman parte del Bien y los que forman en las filas del Mal. Entre los primeros coloca a la policía —y miró a un pesquisa con una visual que era todo un reproche— y entre los del mal a los rufianes, ladrones y anarquistas.*

Lombroso, respecto a los anarquistas no sabía nada. Y su odio le hizo redactar esta faz de su libro con atrevimiento literario singular".

Con respecto a los curas, "L'Italia del Popolo" reproduce la escena. Los dos sacerdotes se introducen en la celda. "*Di Giovanni los recibe sonriente. Y entabla con ellos una especie de polémica. Interviene en la discusión América Scarfó, quien, irónicamente, pregunta al padre Clavell si Cristo es superior a Brahma. El jesuita queda en silencio. Y cuando América afirma que Cristo, en el caso de haber existido era un mendigo analfabeto mientras Brahma tenía una cultura superior, el padre Cotaldi, escandalizado se hace la señal de la cruz. El padre Clavell da a entender delicadamente que Di Giovanni podría hacer bautizar sus hijitos. Comienza entonces una nueva discusión en torno al valor del bautismo y a las contradicciones del Evangelio. América, sonriente, sostiene que el bautismo de Brahma es superior al católico.*

—Pero ese bautismo no es válido— responde el jesuita catalán.

La salida hace sonreír nuevamente a Di Giovanni, quien ha recuperado la serenidad que en las primeras horas de la tarde parecía que iba a disminuir. Viéndolo así tranquilo y calmo no se diría que dentro de pocas horas sería nada más que un cadáver.

El padre Cotaldi insiste:

—Aquí estamos prontos, hijo, a ofrecerte nuestra confortación espiritual, en el triste y decisivo paso que estás por dar...

— Y yo les digo que mi aliento espiritual es América. Y mis hijos. No tengo necesidad de otra cosa. Les agradezco y lamento no poderlos complacer. Pero no creo en Dios.

— Pero Dios existe y te recibirá dentro de poco —exclama el padre Cotaldi, con el rostro enrojecido y secándose el sudor.

—Si Dios existiese yo no estaría aquí...

— Es necesario tener fe, hijo mío, es necesario tener fe...

—Pero el Dios de ustedes no es capaz de devolverme la vida...

—Espiritualmente, sí, espiritualmente, sí. Haz la prueba, hijo mío.

—¿Y para qué me sirve el espíritu? Repito, no tengo necesidad de vuestro servicio.

Y le dio la espalda a los dos sacerdotes."

Severino le pidió al comisario Florio que los dejara solos para poder despedirse. Florio se negó haciendo un gesto como "*¡tan luego a vos te vamos a dejar solo!*".

Ante una pregunta de América de por qué las lastimaduras en los brazos, Severino comenzó a relatarle las torturas y Florio lo cortó de inmediato diciéndole: "*Di Giovanni, ¿cómo hemos quedado?*" Severino no

continuó. Nunca se supo el "arreglo entre Severino y el policía", pero evidentemente el pago por no denunciar las torturas era el de no hacerle nada a América.

La muchacha le preguntó al comisario si ella no podía quedarse a presenciar el fusilamiento. Florio le contestó tajantemente: "*No, no se puede, ¡vamos que es tarde!*".

América relatará años más tarde que en ese momento ella tuvo la fantasía de ponerse ante el pelotón de fusilamiento en el momento en que hacían fuego y proteger a Severino con su cuerpo.

América le dio el último abrazo, él la besó. Le pidió a ella que cuidara de sus hijos y de Teresina, América le dijo: "*Voy a seguir con tu recuerdo hasta mi muerte*". El la miró con mucha tristeza y le respondió: "*Oh, Fina, tu sei tan giovane!*"

Se besaron de nuevo. América salió mirándolo a Severino. Por ello tropezó con una rejilla y Severino le gritó: "*¡cuidado!*". Eso fue lo último.

Ella no lloró ni al pasar delante de los curiosos civiles y uniformados ni cuando la llevaron en auto de regreso. Pero cuando la encerraron de nuevo, se sentó en una silla y el llanto le brotó de pronto, tumultuoso, desesperado, interminable.[182]

Como última gracia Severino pedirá despedirse de Paulino Scarfó. Los dos condenados a muerte se darán las manos —esposadas para adelante— se dirán unas palabras en voz baja y se despedirán sin ningún gesto teatral. Hay dignidad en esos dos perseguidos que llevan muchas horas de acosamiento. La despiadada cacería todavía no ha terminado. Quedan los mejores capítulos, el final operístico.

Severino será sacado de la celda para ser interrogado nuevamente por los policías Fernández Bazán, Vaccaro y Florio. Severino declarará espontáneamente ser el único autor del atentado al vapor Apipé, al Consulado italiano y a la casa del comisario Santiago.

Las autoacusaciones de Severino y Paulino causan una división de criterio en la policía. Mientras algunos jefes quieren hacer aparecer todo como producto de la labor perspicaz de los miembros de la institución, el subprefecto Uriburu declarará a los periodistas: "*ese reconocimiento de la responsabilidad total en todos los delitos lo han hecho con el propósito de evitar que sus compañeros de ideas o de fechorías caigan en sanción penal*".

Ahora va a comenzar el gran espectáculo. La sociedad argentina pareciera estar convencida de que con el fusilamiento de ese descarriado se arreglarían todos los problemas. Es algo así como un acto de redención. La crucifixión del ladrón malo. El ofertorio del pecador a fin de detener la ira de Dios para que así el Supremo bendiga a este pueblo argentino. Todos quieren asistir a ese ofertorio. Y desearían verlo arrepentido, marchando de rodillas a recibir su condigno castigo. "*Desde las primeras horas de la noche se había aglomerado ya en las inmediaciones de la penitenciaría una gran cantidad de curiosos* —dice "Crítica"— *que pugnaban por entrar para presenciar la ejecución de Severino Di Giovanni. Fue necesario que la policía estableciera un servicio especial, a cargo de agentes de caballería e infantería, para contener al público y cuando se aproximaba la hora de la ejecución se desvió el tráfico de vehículos por la calle Las Heras, reforzándose la custodia con muchos guardias armados de máuser.*

Más tarde, comenzaron a llegar militares de alta graduación, miembros del consejo que dictó la sentencia y otros que deseaban ver de cerca al condenado a muerte. Funcionarios superiores de la policía, personalidades del gobierno, escritores, médicos, etc., trataban, por todos los medios, de obtener del director de la Penitenciaría la autorización necesaria para penetrar en el establecimiento."

Todos han movido influencias para no perderse el espectáculo. Una sociedad que se desnuda en su concupiscencia. Hasta gente grande y seria hizo cosas ridículas: el actor José Gómez —el decano de los actores de aquel tiempo— su puso a golpear dramáticamente las puertas de la Penitenciaría gritando: "*¡abran, en nombre del arte!*". Los diarios lo consignarán para destacar la alta vocación profesional del hombre del teatro.[183] Y el barón De Marchi, yerno del general Roca y presidente del Dopolavoro —organización de los obreros fascistas—, consigue pasar porque estaba empeñado en conversar con Di Giovanni para "*ver qué tipo es*". El director de la cárcel, Alberto Viñas, lo lleva ante el condenado a muerte y le dice a éste que está nada menos que ante el barón De Marchi. "*Al verlo enfundado en su larga levita negra* —describe "Crítica"—, *Di Giovanni lo observa con curiosidad, igual quizá a la del visitante que esperaba hallarse frente a un hombre presa de la desesperación, y que en realidad se mostraba sonriente y feliz.*

—¿Está usted arrepentido, Severino Di Giovanni— le pregunta.

—¿Y usted quién es para venir a molestarme con preguntas?

Y luego agregará el condenado: —¿Así que usted es noble? Me alegro mucho, pero no tengo interés en hablar con usted. ¡Váyase!

Y molesto por la curiosidad de los que pasan frente a su celda, como si se tratara de ver una fiera enjaulada, el condenado protesta a viva voz".

"L'Italia del Popolo" —diario republicano italiano que se cura en salud no criticando a la dictadura en nada— trata de describir con objetividad esas horas: "*Avanzamos por la calle Las Heras* —dice— *en dirección al tétrico e imponente edificio de la Penitenciaría Nacional. Entre la frondosa arboleda se mueven —en la semioscuridad de la noche fresca y estrellada —centenares y centenares de personas. Muchos de ellos que poco antes han estado gritando su locura en el estadio de River Plate, situado a poca distancia de la prisión, vagan ahora como fantasmas entre Las Heras, Coronel Díaz y Salguero. ¿Esperan otro espectáculo?*". Y luego informa: "*Arriba el ministro del Interior, doctor Sánchez Sorondo, acompañado por el secretario del Presidente de la República. Lo recibe enseguida el doctor Viñas, director de la prisión, que desde hace 48 horas que no duerme. El ministro exige que se le informe y da las últimas instrucciones. Ahora sí que se puede decir con certeza matemática que Di Giovanni será fusilado. Hasta ahora existía la esperanza, débil esperanza, de un indulto. Las disposiciones del ministro son taxativas*".

No. Matías Sánchez Sorondo no es hombre de indultos. Llamado el *enterrador* —en voz baja— por la gente de los barrios, es un típico político conservador, de amplios contactos con los militares y los poderes económicos, que tiene un odio visceral contra toda la ideología extranjerizante, sea anarquismo, comunismo o socialismo. Cree firmemente en los valores nacionales, es un nacionalista aristocrático. Si lo dejan hacer, él va a limpiar la República en pocos años.

"*El mismo doctor Sánchez Sorondo —dice el mismo diario—no puede sustraerse a la curiosidad general: fue a dar una mirada fugaz a los dos condenados a muerte. No habla con ninguno de los dos. Los mira y se va.*"

No se iba a perder ese lujo de triunfador ante ese sujeto que se había atrevido a burlarse de su apellido de prosapia. El sorete era ese anarquista e iba a terminar como tal: en la picota, ajusticiado como vil sujeto.

"*A la entrada de la prisión* —sigue el diario— *continúan las idas y venidas. Son muchos en Buenos Aires los que quieren ver cómo se fusila a un hombre. Entre estos no faltan ni los parientes de Delia Berardone, la niña muerta en el tiroteo de Corrientes y Callao. El tío Rodolfo Berardone y el primo Juan Nelfi se presentan al director y piden autorización para presenciar la escena final. Atendiendo las razones, el permiso es concedido. Los dos parecen*

estar satisfechos. En la calle, la multitud aumenta. Se interrumpe el tráfico en la calle Las Heras."

Todas las crónicas periodísticas de los últimos momentos de Di Giovanni son similares. Vamos a reproducir la de "Crítica" porque es tal vez la que tiene más detalles.[184]

"*Dos hombres uniformados pasan por el pasillo llevando un pesado juego de grillos y los elementos necesarios para remacharlos. En la celda, la escena es terriblemente dramática. Los hombres colocan los hierros en los pies de Di Giovanni y durante un rato se sienten los golpes de martillo hasta que el condenado queda casi imposibilitado por completo para moverse. La tropa comienza a preparar sus armas. Con aparente tranquilidad, los guardianes colocan en el patio el banquillo y miden cinco pasos hasta el sitio donde se hará la descarga. Cuando Di Giovanni emprende la marcha en dirección al lugar de fusilamiento, se oye desde lejos el ruido de los grillos al golpear en el suelo. Todos guardan el más completo silencio alterado solamente por las voces de mando oficial que ha de dirigir la ejecución*."

Mientras tanto, el patio de la prisión ofrece un aspecto desusado, verdaderos racimos humanos se apretujan en el estrecho espacio para no perder detalle. El techo de la carpintería —desde donde se domina el patio— también está colmado. Afuera, hay miles de personas que aguardan el privilegio de oír las detonaciones.

Sigamos con la crónica periodística:

"*Al fondo del patio, una pared alta en cuya parte superior se encuentran las garitas de los centinelas. Hasta una distancia de cinco metros por delante de la pared, un cantero como de un metro de altura cubierto de césped y cayendo en suave declive hacia uno de los caminos, frente al taller de carpintería. Sobre ese cantero y a una distancia aproximada de tres metros de la pared, se había colocado la silla trágica.*

A esa hora —las 5— la madrugada recién comienza a insinuarse. Una luz difusa envuelve las cosas en un manto gris. El banquillo para la ejecución estaba colocado en la parte más elevada de la pendiente verde. Desde lejos podía advertirse su respaldo exageradamente alto y sus patas, que de tan tiesas parecían incrustarse con fuerza, en el terreno.

Una marcha rítmica de soldados hizo volver las cabezas. Era el pelotón de guardiacárceles encargado de ejecutar la sentencia. Los soldados evolucionaron hasta formar cuadro alrededor del sitio en que se encontraba el banquillo. Las voces de mando, únicas voces que se escuchaban en el silencio de la hora, parecían ecos extraños.

Rodeado por varios guardianes, Di Giovanni se encontraba dentro del taller que es un galpón abierto hacia la pared de enfrente. Para evitar al reo la visión prematura del lugar de ejecución se había cerrado el galpón con cobijas a manera de telones de boca en un gran teatro grotesco. De vez en cuando, algunos de los guardianes del reo, levantaba una esquina del telón inverosímil para curiosear los preparativos. Por debajo de esas colchas se alcanzaban a ver los pies de Severino Di Giovanni separados entre sí por la barra de hierro de los grillos. Una orden dicha en tono seco por el secretario del tribunal militar hizo que se condujera al reo a su presencia. Desde el sitio de salida del preso hasta dónde se encontraban las autoridades militares recorrió la tercera parte de la distancia hacia el banquillo. Y comenzó la ceremonia.

Durante las horas que permaneció en capilla, parece que Di Giovanni había recuperado esas famosa serenidad que fue la inflexible norma de su vida. Apareció debajo de los telones marchando lentamente. Vestía un traje azul de mecánico, nuevo. Los grillos le separaban os pies hasta permitirle apenas un paso cortísimo. Una soga, atada entre los grillos y las esposas le facilitaba los movimientos al andar. Llevaba las manos cruzadas hacia adelante.

Lo llevaron ante el secretario del tribunal. Parado frente al funcionario militar repitió el gesto de indiferencia con que la madrugada anterior recibiera la lectura oficial de la sentencia. Sólo que esta vez apenas si podía dominar la intensa agitación de que era objeto. Daba la sensación de haber caminado leguas y leguas para llegar y detenerse de pronto con un gran esfuerzo para no delatar la fatiga.

Levantaba bien alta la cabeza como si deseara aspirar de un golpe todo el aire que lo rodeaba. La mandíbula estaba extendida hacia adelante en una posición forzada. El rostro congestionado sudaba copiosamente. La mirada estaba fija no ya en el secretario, como la madrugada anterior sino en el retazo de cielo estrellado que podía verse sobre los almenares de la prisión.

La lectura de la sentencia fue esta vez mucho más larga no obstante ser el mismo documento leído ya. Mientras escuchaba o se abstraía en quién sabe qué pensamientos, la lengua humedecía constantemente sus labios resecos. Los labios se contraían nerviosamente. Parecía que estaba a punto de hablar pero que dominaba el deseo. Silenciosamente escuchó la lectura de la sentencia.

— Me permite decir una palabra — dijo de improviso.

— No se puede hablar, siga — respondió el sorprendido militar.

Continuó andando. Al llegar al pie del cantero en cuya parte superior se hallaba el banquillo, necesitó de la ayuda de dos oficiales guardiacárceles para subirlo. Los dos primeros pasos le fracasaron, pues resbalaba en los pastos humedecidos del cantero. Subió luego efectuando unos pequeños saltos cuya contemplación acentuaba aún más lo trágico del espectáculo.

Los dos oficiales lo sujetaban fuertemente de los brazos levantándolos en peso para evitar una caída. Con un ademán algo brusco se soltó de los oficiales que lo conducían efectuando por sus propios medios los últimos pasos hacia el banquillo. Luego, lentamente, hasta con cierta displicencia tomó asiento en el mismo. Apoyó fuertemente la espalda contra el alto respaldo del sillón, como si quisiera probar su comodidad. Y luego se quedó contemplando tranquilamente los preparativos, con el cuerpo en descanso, un poco inclinado hacia adelante.

Cuando avanzó el pelotón que había de fusilarlo, miró detenidamente a todos los soldados.

Una vez sentado y el pelotón a su frente, se acercó a él un soldado con la venda en las manos. Llegó hasta él por la espalda. Le puso la venda sobre los ojos pero Di Giovanni le dijo:

— No quiero que me ponga la venda.

Pero como el soldado insistiera, hizo un gesto brusco con la cabeza. Entonces el soldado se retiró después de atarlo al banquillo con una soga que le cruzaba el pecho a la tercerola.

Cuando el pelotón estaba listo para apuntar y el sargento dio por señas la orden de apuntar, Di Giovanni se afirmó fuertemente contra el respaldo del banquillo. Levantó la cabeza. Puso todos los músculos en tensión y luego, irguiéndose todo lo que le fue posible concretó en un grito su último pensamiento. Y fue así que en el angustioso silencio del momento, un grito agudo partió de su garganta:

— ¡Evviva l'anarchia!

Segundos después, el jefe del pelotón bajaba la espada y el cuerpo de Di Giovanni era atravesado por 8 balazos. Al recibir la descarga, un poco de humo que salió de su pecho marcó el sitio de los impactos. Su cara se contrajo en una mueca violenta de dolor. Una reacción muscular lo hizo levantarse un poco del banquillo para caer luego pesadamente hacia el costado izquierdo. El respaldo del banquillo saltó hecho astillas. Un gran charco de sangre inundó el asiento cayendo al suelo.

Un aullido atroz desgarra el silencio: son los presos de la cárcel que se despiden de su compañero".

"*Sobre el césped*—dice, por su parte, la crónica de "L'Italia del Popolo"— *se mueve todavía. Aunque tenía el pecho atravesado de proyectiles no murió instantáneamente. Se le acerca el sargento y le da el tiro de gracia. Preciso y eficaz. Un estremecimiento del cuerpo que queda inmóvil. Son las 5.10. El doctor Cirio, médico de la prisión, el director de la penitenciaría y otras personas se aproximan. El médico constata la muerte y extiende el certificado. Dos hombres le quitan los grillos y le vuelven a poner las zapatillas. Los*

guardiacárceles lavan la silla manchada de sangre. Angarillas. El cadáver es llevado hasta una ambulancia de la Asistencia Pública donde hay un féretro de pino blanco. Allí colocan el cuerpo.

Ha terminado todo. Rostros pálidos y demudados abandonan la prisión. Y cuando salen a la calle Las Heras respiran a pulmón pleno. Severino Di Giovanni ha pagado su deuda.

"El silencio que se guarda religiosamente hasta ese momento —dice "Crítica"— *se rompe con los comentarios de los testigos de la impresionante escena. La valentía del reo hasta el último momento llama la atención de todos y hay rostros pálidos y semblantes descompuestos por la ruda impresión.*

Militares y testigos emprenden la retirada en silencio.

—Hasta mañana— es el saludo de todos.

—Veremos si Scarfó resulta tan fuerte como Di Giovanni— dicen los que mañana concurrirán a ver de nuevo este espectáculo terriblemente emocionante."

"La descarga terminó con el más hermoso de los que estaban presentes", escribirá el cronista del "Buenos Aires Herald".

Esa sociedad porteña con sus militares al frente y su clase media siempre junto al éxito que se había pasado con armas y bagajes de su admiración por Yrigoyen a su entrega total al general de turno había tenido dos triunfos esa noche: Justo Suárez el torito de Mataderos había trompeado y bien trompeado, en River Plate, a Bruno Petrarca. Y después se había extirpado de raíz *"al ser más maligno que haya pisado jamás suelo argentino"*. Ese afán, esa morbosidad superficial, esa concupiscencia gregaria había encontrado fiel eco en los medios de comunicación. Los porteños habían estado perfectamente informados. Lo dice bien claro el eufórico anuncio del diario "La República": *"AYER HEMOS ABATIDO UN NUEVO RECORD. A los pocos minutos de terminada la pelea de Justo Suárez con Bruno Petrarca dábamos la primera edición informando el resultado de ese cotejo con todas las últimas informaciones de la noche. En una segunda edición agregábamos comentarios con profusión de notas gráficas, y a las 5 y cuarto de la mañana, apenas quince minutos más tarde de producirse el fusilamiento de Severino Di Giovanni, era voceado por las calles de Buenos Aires la tercera edición de 'La República'. Estamos satisfechos del nuevo esfuerzo realizado"*.

El diario "La Nación" encuentra la anécdota justa para hacer reír a sus selectos lectores. Muy agudo, el cronista del diario liberal-

conservador demuestra que el tano ajusticiado ni siquiera sabía hablar bien el idioma. Dice así en un recuadro, recordando una escena del juicio: "*El último de los testigos termina su exposición. Se trata de un agente que ha tenido actuación en los acontecimientos. El tribunal militar toma nota de sus palabras e inmediatamente el presidente del cuerpo pregunta al deponente si reconocería al acusado. El testigo no titubea y lo afirma. Di Giovanni es conducido nuevamente a presencia de quienes lo juzgan, y el agente no tiene dudas, afirmando categóricamente que es el mismo que había hecho fuego contra sus compañeros. Un gesto de reprobación se dibujó en el rostro del asesino y para dar mayor fuerza a la situación le espetó con dejo de desprecio al declarante: 'cállese, no sea menderosso'*".

Ahí le pone punto final al recuadro. El sutil redactor sabe lo que le gusta a su lector. Y le regala esa especie de postrecito con dulce de leche en su lectura de desayuno.

Pero, sin ninguna duda, algunos habían exagerado. Se había caído en la tilinguería. El diario "El Día", de Montevideo, en la crónica del fusilamiento desliza una crítica: "*La gente* —dice— *dio el más triste espectáculo que pedir se pueda, al punto de que algunos copetudos fueron a presenciar el bárbaro acto vistiendo smokings o sea verdaderos trajes de gala*". Evidentemente se trataba de hombres de pro que habían venido directamente de recepciones, banquetes o bailes, a rematar la noche como quien toma un licor después de copiosa cena. De todo esto hubo un testigo. Silencioso. Solitario. Roberto Arlt. Concurrió con el fin de escribir el aguafuerte para "El Mundo". Ha observado todo. Y describirá lo que ha visto, nada más. No tiene ni admiración ni misericordia por el anarquista. Pero sí una profunda curiosidad. No tiene odio ni desprecio por la sociedad que lo condena. No necesita decir cómo es ni calificarla. Aplica el distanciamiento brechtiano sin haberlo leído. Se permite al final sólo una moraleja, apenas una ironía. Se titula "He visto morir", y dice así:

"*Las 5 menos 3 minutos. Rostros afanosos tras de las rejas. Cinco menos 2. Rechina el cerrojo y la puerta de hierro se abre. Hombres que se precipitan como si corrieran a tomar el tranvía. Sombras que dan grandes saltos por los corredores iluminados. Ruidos de culatas. Más sombras que galopan.*

Todos vamos en busca de Severino Di Giovanni para verlo morir.

Espacio de cielo azul. Adoquinado rústico. Prado verde. Una cómoda silla de comedor en medio del prado. Tropa. Máuseres. Lámparas cuya luz

castiga la oscuridad. Un rectángulo. Parece un ring. El ring de la muerte. Un oficial.

'... de acuerdo a las disposiciones... por violación del bando... ley número...'

El oficial bajo la pantalla enlozada. Frente a él, una cabeza. Un rostro que parece embadurnado de aceite rojo. Unos ojos terribles y fijos, barnizados de fiebre. Negro círculo de cabezas.

Es Severino Di Giovanni. Mandíbula prominente. Frente huida hacia las sienes como la de las panteras. Labios finos y extraordinariamente rojos. Frente roja. Mejillas rojas. Pecho ribeteado por las solapas azules de la blusa. Los labios parecen llagas pulimentadas. Se entreabren lentamente y la lengua, más roja que un pimiento, lame los labios, los humedece. Ese cuerpo arde en temperatura. Paladea la muerte.

El oficial lee:

'... artículo número... ley de estado de sitio... superior tribunal... visto... pásese al superior tribunal... de guerra, tropa y suboficiales... '

Di Giovanni mira el rostro del oficial. Proyecta sobre ese rostro la fuerza tremenda de su mirada y de la voluntad que lo mantiene sereno.

'estando probado apercíbase al teniente... Rizzo Patrón, vocales... tenientes coroneles... bando... dése copia... foja número...'

Di Giovanni se humedece los labios, con la lengua. Escucha con atención, parece que analizara las cláusulas de un contrato cuyas estipulaciones son importantísimas. Mueve la cabeza con asentimiento, frente a la propiedad de los términos con que está redactada la sentencia.

'Dése vista al ministro de Guerra... sea fusilado... firmado, secretario...'

— Quisiera pedirle perdón al teniente defensor...

Una voz: — No puede hablar. Llévenlo.

El condenado camina como un pato. Los pies aherrojados con una barra de hierro a las esposas que amarran las manos. Atraviesa la franja del adoquinado rústico. Algunos espectadores se ríen. ¿Zoncera? ¿Nerviosidad? ¡Quién sabe!

El reo se sienta reposadamente en el banquillo. Apoya la espalda y saca pecho. Mira arriba. Luego se inclina y parece, con las manos abandonadas entre las rodillas abiertas, un hombre que cuida el fuego mientras se calienta el agua para tomar el mate.

Permanece así cuatro segundos. Un suboficial le cruza una soga al pecho, para que cuando los proyectiles lo maten no ruede por tierra. Di Giovanni gira la cabeza de derecha a izquierda y se deja amarrar.

Ha formado el blanco pelotón fusilero. El suboficial quiere vendar al condenado. Este grita:

—Venda no.

Mira tiesamente a los ejecutores. Emana voluntad. Si sufre o no, es un secreto. Pero permanece así, tieso, orgulloso.

Surge una dificultad. El temor al rebote de las balas hace que se ordene a la tropa, perpendicular al pelotón fusilero, retirarse unos pasos. Di Giovanni permanece recto, apoyada la espalda en el respaldar. Sobre su cabeza, en una franja de muralla gris, se mueven piernas de soldados. Saca pecho. ¿Será para recibir las balas?

— Pelotón, firme. Apunten.

La voz del reo estalla metálica, vibrante:

— ¡Viva la anarquía!

— ¡Fuego!

Resplandor subitáneo. Un cuerpo recio se ha convertido en una doblada lámina de papel. Las balas rompen la soga. El cuerpo cae de cabeza y queda en el pasto verde con las manos tocando las rodillas.

Fogonazo del tiro de gracia.

Las balas han escrito la última palabra en el cuerpo del reo. El rostro permanece sereno. Pálido. Los ojos entreabiertos. Un herrero martillea a los pies del cadáver. Quita los remaches de grillete y de la barra de hierro. Un médico lo observa. Certifica que el condenado ha muerto. Un señor, que ha venido de frac y con zapatos de baile, se retira con la galera en la coronilla. Parece que saliera del cabaret. Otro dice una mala palabra.

Veo cuatro muchachos, pálidos, como muertos y desfigurados, que se muerden los labios; son: Gauna, de 'La Razón, Álvarez, de 'Última Hora', Enrique González Tuñón, de 'Crítica', y Gómez, de 'El Mundo'. Yo estoy como borracho. Pienso en los que se reían. Pienso que a la entrada de la Penitenciaría debería ponerse un cartel que rezara:

—Está prohibido reírse.

— Está prohibido concurrir con zapatos de baile".[185]

El cadáver de Di Giovanni no fue entregado a su familia sino que por orden del ministro Matías Sánchez Sorondo fue trasladado a la Chacarita con una severísima custodia policial y sin que se anunciara a nadie dónde y cuándo iba a ser conducido. A pesar de que el entierro se hizo a la madrugada y que nadie pudo ser testigo de él —salvo los policías y guardiacárceles que lo condujeron— la tumba de Severino Di

Giovanni apareció al día siguiente cubierta totalmente de flores rojas. Esto causa gran indignación a Sánchez Sorondo, quien ordena que la prefectura de policía disponga "*guardia permanente diurna y nocturna en la tumba que guarda los restos del sujeto Severino Di Giovanni hasta que dichos restos sean trasladados a otra fosa o se proceda a su incineración*". Se dispone además que efectivos de la misma policía rodeen el cementerio en previsión de manifestaciones u otros hechos. La comisaría 29ª establece un servicio especial de vigilancia en el cementerio secundado por pesquisas de particular de la sección Orden Social.

"El Diario" de Montevideo comentará con sorna estas medidas del gobierno militar argentino. Dice que quiere "*crear un nuevo delito en el Código del Embudo que acaban de confeccionar los ocupantes de la Casa Rosada: el delito de llevar flores al cementerio. La medida nos parece un odio pequeño llevado hasta ultratumba*".[186]

Los diarios darán información de páginas enteras sobre el fusilamiento. "Crítica" titulará la primera plana con título catástrofe: "¡Murió dando un fuerte viva!" y luego: "Epilogó su vida con entereza". "L'Italia del Popolo" dirá: "El condenado conservó hasta lo último una sorprendente serenidad". Toda la prensa se esfuerza por quitarle lo político a lo acontecido para presentarlo como la merecida muerte de un bandido, o —como "Crítica" lo califica— de "*espíritu del mal*". Típica de esta intención de hacer olvidar esa figura como luchador social o político es el comentario de "Crítica" titulado "El hombre del misterio y del asalto". Dice: "*Ha caído, por fin, el hombre del misterio y del asalto. Ha caído el bandido aventurero del film por serie que arrebata el interés emocionante de las criaturas y deja una sensación de intranquilidad en el ciudadano de honestas costumbres que transita la apacible medianoche de la urbe luego de una sección de cine.*

Ha caído, por fin, el hombre del misterio y del asalto. Su nombre adquirió trágica popularidad. Pronunciábase después de cometido cualquier hecho delictuoso audaz, en la absoluta seguridad que nadie sino Severino Di Giovanni era capaz de perpetrar un asombro de crimen.

El ojo vigilante de la policía horadaba los más ocultos rincones para atrapar al delincuente. Era la obsesión del pesquisante. Con empeño tenaz se le buscaba en Buenos Aires y en todos los pueblos de la República. Su retrato, de perfil y de frente, hallábase fijado en la pared de todas las comisarías. 'Este es el famoso asaltante Severino Di Giovanni' —decía la leyenda. Pero el hombre del misterio y del asalto burlaba la constante preocupación de la policía.

El público llegó a creer en la inexistencia del criminal. ¿Sería una

ficción este Severino Di Giovanni, autor de todos los delitos cometidos y de los esperados asaltos sensacionales?

Detrás de su paso corría la justicia. Sabíase que visitaba tal lugar, que frecuentaba tal refugio. Mas siempre resultaban infructuosos los allanamientos. Severino Di Giovanni desaparecería como una sombra.

Pero la gente preguntábase: ¿sería en verdad, el auténtico Severino Di Giovanni?.

Ha caído, por fin el hombre del misterio y del asalto. Un personaje extraordinario. Un personaje de película del hampa o de novelón por entregas.

Hace tres años que desde la oscuridad del anonimato el nombre de Severino Di Giovanni alcanzó una celebridad manchada de sangre: la celebridad del terror. Jefe de una banda de asaltantes, planeó y ejecutó atentados, robos, asesinatos.

Y el público comenzó a creer en el espíritu del mal. Porque Severino Di Giovanni representaba el espíritu del crimen.

El hombre del misterio, la sombra del terror, ha caído. Descubierto y acorralado, se mostró tal cual era: un hombre excepcional en la historia de la delincuencia. Hasta en su última agachada de fiera perseguida trató de asirse a la última esperanza de libertad. A balazos y a gritos abríase paso. Conocía el miedo indescriptible que provocaba su pistola y su nombre.

— ¡Soy Severino Di Giovanni! ¡Soy Severino Di Giovanni!

El hombre que aterrorizaba a la ciudad ha sido vencido. Su destino, el libro tremendo de su destino, ha terminado. ¡Su 'ex libris' fue el banquillo de la muerte!".

Es decir, la prensa amarilla recurre a todos los medios estilísticos, hasta el grotesco, para convertir a Di Giovanni en un santón del hampa. Le quita todo rasgo de luchador social y lo convierte en monstruo, en un maligno, un espíritu del mal, pero a la vez lo transforma en protagonista de novelón por entregas. Con eso destruyen su verdadera identidad. No es un representante legítimo o apresurado de la violencia de abajo, no es para nada un luchador antifascista. No, la sociedad está intacta ("*el ojo vigilante de la policía horadaba los más ocultos rincones...*") y se defiende. No hay un intento de explicación de la ideología del perseguido. Es lisa y llanamente el espíritu del mal.

Nuestra historia está llena de esos clisés y daguerrotipos. La sociedad establecida supo siempre defenderse bien.

Otro ejemplo de desfiguración, de asimilación de una figura así al mero campo delictivo, lo da el editorial del periódico uruguayo "El Diario" de Montevideo. Los orientales vivieron los detalles del

fusilamiento de Severino con el mismo febril interés de una final de fútbol entre los seleccionados de los dos países. Se llama "El asesino romántico".*

El típico lenguaje de folletín. La mejor manera de confundir, de ocultar la verdadera personalidad de Di Giovanni. Se obviaba así la discusión pública sobre sus ideas, sobre su búsqueda, sobre sus errores —porque se podía entrar a discutir los errores de la propia sociedad—, sobre sus enemigos.

Al pueblo se le entregaba un personaje de romanceros de ciego, el rey ahorcado de los perversos. El maligno protagonista del teatro de circo, función a la cual todos pagan su entrada para ir a verlo morir.

Pero nada de su rebelión.

Y la sociedad estuvo atenta para que el reo no se convirtiera en mártir. Todos los años, por lo menos durante tres décadas, los diarios recordaron el fusilamiento acentuando cada vez más lo siniestro y lo monstruoso del impío. En la década del 30, un film ayudó aún más a convertir el hombre en demonio: *Con el dedo en el gatillo*, se llamó. Y luego que Ernesto Sabato lo vistiera de camisas de seda o Beatriz Guido le adjudicara una herencia de tres departamentos, se llegó en la década del sesenta a presentarlo nuevamente como un inescrupuloso gángster en una novela titulada *Carmiña*, de Abel Santa Cruz.

Cuando Paulino Scarfó oyó los disparos que mataron a Severino, y todos los presos de la penitenciaría gritaron a coro su protesta y golpearon frenéticamente los barrotes, sabía que le quedaban 24 horas de vida.

La madre de Paulino, Catalina Romano de Scarfó, de 55 años, inició un verdadero vía crucis. A la mañana y a la tarde de ese último día estuvo en la Casa de Gobierno para pedir clemencia por su hijo. Se le dijo que el presidente estaba en la residencia de Olivos. Allá fue la mujer, acompañada por su hijo Antonio, pero tampoco fue recibida. Recorrió los diarios del centro para explicar que su hijo no era culpable, que sólo era una víctima de Severino Di Giovanni. "*El me llevó los tres chicos. Me ha llevado los tres chicos*", dirá en "Crítica", diario que aprovecha para hacer una crónica dramática del dolor de una madre que "*tiene que pagar con su sufrimiento las culpas de su hijo cuyas fechorías terminan así*". "*Yo no puedo creer que Paulino sea un criminal* —dice la señora Catalina Romano de

* Debido a la redundancia en los términos y el lenguaje ocupado en este artículo, y su extensión, Sombraysén decidió omitirlo. (N. de los E.)

Scarfó— *Severino me lo llevó un día, conjuntamente con Alejandro y con América. Severino me ha llevado los tres chicos. El es el único culpable*".

Por último la madre marchará a la penitenciaría para despedirse de su hijo condenado a muerte. Paulino no querrá recibirla para que no lo viera en el estado en que se encontraba. Pasan sólo su hermano Antonio, un primo y el abogado César Raúl Flores.

Los tres le piden que solicite clemencia y firme un papel que han traído ya redactado. Paulino les responde: "*Un anarquista nunca pide gracia*". Antonio se emociona y tiene un ataque de llanto, Paulino les pide entonces que se retiren, que no le amarguen las últimas horas que le quedan. Mientras tanto, en la cárcel, la madre se pondrá de rodillas ante el director de la prisión, doctor Viñas, y le besará la mano. Por su parte, en un último intento, el hermano Antonio, antes de salir de la cárcel conversará con el subjefe de Orden Social, comisario Florio, y le dirá que él era partidario de Uriburu y que el 8 de setiembre había concurrido al Correo a defender a los jefes de la *revolución*.

A América, a esa muchacha de 17 años, le esperaba ahora la segunda parte del drama, la despedida de su hermano.

Todo fue muy breve. Ella no pudo simular su dolor al ver el rostro hinchado de él. El la contuvo diciéndole: "*No llores*". Y luego agregó con mucho cariño: "*pobre pibita...* " y le dio un beso en la mejilla. América lo besó muy fuerte y le preguntó: "*¿No quieres ver a mamá?*". El le respondió: "*No, ¿no ves como estoy?*". Cuando se percibió que el comisario Florio se había distraído un momento le dijo a América: "*No te asombres de lo que veas. Nos hicimos culpables de todo para que no persigan a los que quedan*". Por último agregó: "*Seguí estudiando. Estoy deseando que esto termine de una vez*".

El la besó; América volvió a abrazarlo y se miraron a los ojos. Ella no lloró. El policía Florio urgió para que terminaran. América se fue con paso firme. Los periodistas notaron una lágrima en su rostro.

(En "L'en Dehors", escribirá América: "*Con mi hermano Paulino, con mi amigo y camarada y confidente de siempre se me permitió estar solamente cinco mezquinos minutos, controlados, con reloj en la mano por el más cínico de los verdugos, el comisario Florio. Al verle el rostro, todo desfigurado le pregunté si estaba herido. Me contestó con una sonrisa: 'No es nada'. Sus torturas habían sido tan atroces que aspiraba a ser fusilado para terminar con sus sufrimientos. Intenté confortarlo asegurándole que para mí era un gran consuelo de ver que él, mi hermano, sabía morir con valentía. Me respondió que eso estaba sobreentendido. Refiriéndose a mamá me pidió que se le ahorrara el*

espectáculo de su situación: 'Se moriría... ¡Si pudiera verla sin que se diera cuenta! Le darás un beso de mi parte'. Después me dijo que se puso muy triste cuando mamá fue a pedir la clemencia del tirano. Cuando mi hermano Antonio y un primo le presentaron un pedido de gracia, lo rechazó con altivez y no lo quiso firmar: 'Un anarquista no pide gracia jamás'. Y siguió manteniendo esa actitud dictada por su consecuencia inquebrantable. Murió como había vivido: fiel a su ideal, contento de ofrecerse a la muerte como se había dado a la vida".[187]

Pero antes de morir, Paulino Scarfó quería humillar a esa sociedad hipócrita que lo condenaba. Lo hizo en la persona de un hombre del ejército, el teniente Lavori que había actuado como su *defensor* y lo único que había hecho era traicionar la sagrada institución de defensa en juicio para quedar bien con sus superiores y asegurarse así un porvenir con ascensos.[188] "Critica" describe así la escena: "*Paulino Scarfó vive en su celda los últimos momentos. Las agujas del reloj van guillotinando su existencia. Cada minuto tiene para el reo el peso de un siglo. Sentado, con las manos esposadas entre las rodillas, la cabeza gacha y sobre la frente, en alero, la negra crin revuelta, el condenado a muerte piensa. Sus ojos pequeños, negros, iluminados por un brillo extraño, filtran una mirada que traduce la voluntad firme de no doblarse en última instancia. No quiere la lástima de nadie. Desprecia la compasión del prójimo. Va a cumplir su deuda con la sociedad y como buen jugador está dispuesto a mostrarse entero y caer en su ley.*

Entre la multitud de ideas que desmenuza rápidamente hay una que es una obsesión. Hay una que lo mortifica y él quiere hallarse tranquilo en los postreros instantes. Por fin se decide: 'quiero hablar dos palabras con mi defensor', dice acentuando irónicamente la última palabra.

Poco después aparece el teniente Lavori a cuyo cargo estuvo la defensa del reo. Paulino Scarfó lleva su mano a la frente y despeja su melena. Sus ojos pequeños se clavan en el rostro del teniente Lavori. Sonríe. 'Vea —le advierte en voz alta— quiero aclararle una cosa. Usted me ha llamado niño y loco y me ha colgado otros elogios que le agradezco. Pero usted está equivocado, ¿entiende? ¿Con qué derecho me juzga así? Bueno, quiero que sepa que yo soy un hombre de ideas...'

El teniente Lavori se retira. Paulino Scarfó vuelve a bajar la cabeza y su crin revuelta oculta su mirada".

"El Día" de Montevideo titulará: "Murió haciendo gala de

valentía y serenidad". "Crítica": "El reo murió serenamente, sin venda". "Sereno fue hacia el banquillo." "Ni una lágrima rodó por su rostro."

Con Paulino se cumple el mismo ritual de la noche anterior. El muchacho dirá como últimas palabras las mismas que eligió su compañero de ideas Bartolomeo Vanzetti, al morir en la silla eléctrica, en Charlestown: "*Señores, buenas noches, viva la anarquía*". "*El grito era ya esperado por todos. El jefe del pelotón hubiera querido impedirlo, pero cuando fue dicho ya era tarde para alistar a los tiradores. Inmediatamente, cuando aún no se habían apagado los ecos de su grito, sonó la descarga, rubricando en el cuerpo de Scarfó la firma de la muerte. Como un eco a la descarga, de todas las celdas del penal se levantó un aullido escalofriante. Eran los presos, que en esa forma demostraban su dolor ante la muerte de un compañero de presidio. Los aullidos de esta noche fueron más intensos que los de la noche anterior. De la calle se oyeron perfectamente habiéndose prolongado por un largo rato.*

Igual que Di Giovanni, Scarfó rechazó indignado los auxilios religiosos que se le ofrecieron en varias oportunidades.

Luego de gritar sus últimas palabras —agrega "Crítica"— *cruzó nuevamente los brazos sobre el pecho, en la medida que se lo permitían las esposas. Se quedó firme en el banquillo. Sacando pecho. Como haciendo guardia a las balas. La orden de fuego fue dada casi de inmediato después del grito de Scarfó. Al recibir la descarga, el cuerpo dio un salto pequeño hacia arriba y luego, un vigoroso encogimiento hacia adelante y hacia abajo. Tras el salto, su cuerpo quedó inclinado un poco hacia la derecha, pero sentado siempre en el banquillo. La cabeza había caído sobre el pecho, en la postura de un hombre dormido. En esa posición se encontraba, cuando se acercó a él el sargento que mandaba el pelotón y le disparó el tiro de gracia, que le penetró en el temporal izquierdo. Y, como si la fuerza del balazo hubiese empujado el cuerpo, éste cayó hacia la derecha quedando boca abajo en el césped*". Así murió ese joven, que según su hermana América "*tuvo dos ilusiones: 'arreglar el mundo y el amor de su amiga Susana Virginia'*"

Esta vez no fueron muchos los que pudieron presenciar el espectáculo. El escándalo del día anterior había provocado cierta reacción de pudibundez en las altas esferas. Esta vez, el espectáculo estaba afuera: "*A la una de la mañana se corta el tráfico en la calle Las Heras. Únicamente los automóviles policiales y aquellos que vienen con oficiales del ejército pueden cruzar la arteria. A las 2 de la mañana, junto a la puerta central no menos de 40 oficiales del ejército están esperando pasar al interior de la cárcel. Como Las Heras a esta altura no tiene cafés ni restaurantes, la gente se va amontonando en la acera de enfrente, pero no tardan en llegar los del Escuadrón de Seguridad, pero sin sables, con winchester en lugar de rebenques, y los*

desalojan. En la plaza Las Heras, a las 3 de la mañana ya hay más de 300 personas esperando el momento trágico. Entre esas dos horas se oyen toda clase de versiones y se anotan los momentos de emoción al saberse que la madre de Paulino Scarfó está realizando las postreras gestiones para conseguir el indulto. Continúan llegando más oficiales y el público poco a poco está invadiendo los lugares que hace una hora eran inaccesibles. Se desea averiguar de qué paraje se oirá mejor la descarga, y algunos que estuvieron ayer indican los sitios propicios para percibir las dos descargas, la del pelotón de fusilamiento y la del sargento, la de gracia.

A las 4.20 se siente el ruido seco, acompasado y fuerte de una caballería que viene en marcha. Los rostros en la plaza Las Heras se dan vuelta en dirección al ruido de las pisadas. Todo el mundo cree que es un regimiento que viene a rodear el penal. Son como unos 140 jinetes que cruzan al paso, sin apresuramiento, de los caballos. Toman por Canning. Más tarde se averigua que van hacia la Chacarita —a esperar los restos de Scarfó— a realizar la misma custodia que con los despojos de Di Giovanni. Los fotógrafos impresionan placas por todas partes, hay público en demasía. No escasas personas se acercan a los reporteros gráficos y solicitan que saquen grupos. Hay enorme animación en todas las esquinas y la rigidez de los primeros instantes ha cedido. La calle es un espectáculo. En toda la extensión de Las Heras las casas que dan frente al penal, salvo raras excepciones, muestran a sus moradores que se levantaron con el alba. Sentimos la sensación que los despertadores de todas esas casas sonaron a las 4.30 para que nadie se pierda la función trágica. Caras recién lavadas que miran el desfile de los curiosos que buscan de nuevo posiciones y que ya la policía no intercepta.

Las 5, y se siente la descarga, esta vez no como ayer, que no fue justa en el golpe seco; dos segundos después, el tiro de gracia. En seguida el aullido de los presos, que todos los circunstantes lo sienten en el corazón, y que pasma hasta a los más templados. Y ese aullido, favorecido por la dirección del viento, más audible que el de la noche anterior, es más repetido en las celdas.

Luego, el silencio es roto por el tranvía que viene de lejos enfilando para cruzar el penal. La gente se desgrana y vemos que hay miles de personas.

Pasan muchos voiturettes; una amarillenta y esbelta lleva únicamente a tres mujeres. La que maneja dice a sus amigas: yo creía que el alarido era más impresionante...".[189]

Luego se permite el tránsito, ya pueden pasar los tranvías que a esa hora van cargados de obreros, a reiniciar la rutina de todas sus vidas. Es lunes. El espectáculo no había sido para ellos. Pero sí, la advertencia, la enseñanza.



Regreso al camino de todos los días

“América Scarfó te llevará flores y cuando estemos todos muertos, muertos, América Scarfó nos llevará flores.”

(Raúl González Tuñón.)

Esa mañana, a las 6, el comisario de órdenes Echeberry despertó a América Scarfó que se había quedado dormida sentada, apoyada sobre un escritorio, en la oficina donde la tenía detenida en el Departamento Central de Policía. Le entregó una carta. Era de Severino. Echeberry le dijo:

— Ya pasó todo. Los dos murieron bien. Su hermano se portó como un caballero...

Echeberry representaba —como dijimos— el papel del policía bueno, Florio el del malo, en ese eterno juego que se hace con los prisioneros, para que vivan entre esperanzas y derrotas y así desestabilizar sus sentimientos.

América leyó esa última carta de quien ya no vivía. Estaba escrita con lápiz tinta. En italiano: "*Carissima: Piú che della penna, il testamento ideale mi ha sgorgato dal cuore quest'oggi quando con te conversavo: cose miei, ideale miei. Bacciame il bimbo, le bimbi. Sei felice. Addio unica dolcezza della mia povera vita. Ti baccio tanto. Pensami sempre, il tuo Severino*". ("*Más que con la pluma, el testamento ideal me ha brotado del corazón hoy, cuando conversaba contigo: mis cosas, mis ideales. Besa a mi hijo, a mis hijas. Sé feliz. Adiós, única dulzura de mi pobre vida. Te beso mucho. Piensa siempre en mí. Tu Severino*".)

Paulino Scarfó podrá escribir una carta, que destinará a su madre. Le dice: "*Perdón porque hoy no quise verte. No quería darte el espectáculo de mi encierro, quiero que me recuerdes como antes. No sufras mucho querida mamita. Vive a pesar de mi muerte para mis hermanos. Yo muero por mis ideas. Si alguna vez la llegas a ver a A. le das un beso muy fuerte en mi nombre. Adiós mamá. Tu hijo Paulino.*"

Al escribir "A" se refería a su novia Virginia Susana. Esta adolescente se salvó de ser identificada y no fue mencionada para nada

en las crónicas policiales. Paulino y Virginia estaban muy enamorados. Hacía siempre alusión a Pablo y Virginia, la famosa novela romántica, que en aquella época era lectura insoslayable de todos los enamorados, escrita por Bernandin de Saint Pierre.

"L'Adunata dei Refrattari" dedicará un número especial a Severino y Paulino. La tapa estará ocupada por un réquiem poemático de Virgilia D'Andrea, la poetisa antifascista radicada en Estados Unidos, poesía plena de espíritu de lucha y de gran tristeza que recuerda a los caídos en sus ideales y sus sueños. Se titulará "Viva la anarquía". El cuadernillo, de ocho páginas, con los retratos de los caídos, se complementará con un artículo titulado: "La tragedia de Buenos Aires". Allí, luego de dar detalles de la niñez y juventud de Severino se refiere a su vida de perseguido, cuando debe vivir en la ilegalidad: "*Desde este momento —dice— su vida comienza a confundirse con la leyenda. Bandido para la sociedad llamada civil, acepta por entero su destino y se lanza directamente a la lucha sin dar ni pedir cuartel. Su familia fue el blanco de persecuciones sistemáticas de la policía y él se ve obligado a alejarse. Encuentra nuevos vínculos de afecto de los que se especulará después con sádica libidinosidad de escándalo la crónica pérfida del periodismo amarillo, en vano. Se abalanzaron sobre la madre de sus hijos con la esperanza de arrancarle acusaciones y revelaciones para envenenar aún más la campaña infame que la prensa conducía contra él, pero en vano. La mujer declaró que hasta el momento en que fuera forzado a abandonarla por la persecución de la policía, Severino fue siempre un buen marido y un buen padre para sus hijos a los que —durante la vida ilegal— les hizo llegar en la medida en que la circunstancia le permitía, lo necesario para vivir.*

Audaz hasta lo inverosímil —continúa el periódico— *Severino no quiso jamás escuchar a quienes lo aconsejaban de andar con más prudencia y alejarse de Buenos Aires, o bien de alguna manera pensar en la propia protección. Sabía con cuánto encarnizamiento la policía lo perseguía, sabía que todos los agentes llevaban su fotografía en el bolsillo. Confiaba en sí mismo, en su propia fuerza, en su propio coraje que era temeridad y no escuchaba otra voz que la de su propia conciencia que le repetía —en la exuberancia de su pasión indómita— la necesidad improrrogable de la rebelión y de la lucha para que la idea anarquista se afirmara entre los hombres.*

Su existencia de estos tres últimos años fue —como el resto de su vida militante— una continua afirmación (...) *Y lucha arriesgando la vida cada día*

en las empresas más difíciles, en el propio nido infestado de sus mismos perseguidores, exponiendo su nombre, su misma sinceridad al vituperio de todos los que insultaban su magnífica temeridad.

Luego del golpe, sólo quedaron en la resistencia —continúa "L'Adunata"— *nada más que pequeños núcleos de acción viviendo clandestinamente, con un mañana incierto, pero resueltos a desafiar las sanciones de la ley marcial instaurada por el nuevo régimen. Entre estos núcleos estaban —como siempre cuando la palabra debía ceder a la acción— Severino Di Giovanni, Paulino Scarfó y sus amigos, más activos y resueltos que nunca. Pocos días antes de caer* —dice el autor de la nota— *Severino me repetía que no podía hacer otra cosa que quedarse. En el momento que desaparece toda libertad, que se impide el ejercicio de los derechos más elementales, que se prohíbe la propaganda de nuestras ideas en todas sus formas mientras nuestros compañeros son perseguidos, no nos queda otra actitud que tomar: armarse y reivindicar con la fuerza los derechos y la libertad que nos niegan, demostrar con el sacrificio de nuestras vidas, donde sea, que no todos se rinden, que la causa de la libertad tiene todavía defensores y que los anarquistas saben afrontar la lucha que con tanta ferocidad se les impone, hasta las últimas consecuencias. Buena lógica la suya y a ella se mantuvo siempre fiel en su vida.*

La figura de Severino revela un temple extraordinario, sin ninguna duda. Para lograr mantenerse en la brecha, corazón y alma de un movimiento asombroso de iniciativas múltiples por casi cuatro años, debían converger a sostenerlo además de la pasión irrefrenable de la fe, la inteligencia y una astucia no común. Pero la fantasía de los que no hacen nada y la malicia de los enemigos en disculpar su propia incapacidad de apresar lo inhallable, convergieron para crear en torno a su nombre una leyenda más extraordinaria de lo que la realidad humanamente podía dar, pintando a Severino —que por tantos años eludió a sus diarias pesquisas— como un personaje fantástico dotado de atributos sobrehumanos de ubicuidad y evanescencia, a la cabeza de una banda no menos fantástica de desconocidos perturbadores del orden y de la digestión de los buenos burgueses".

Con respecto al grupo expropiador que acompañaba a Severino, dice "L'Adunata": "*En cuanto a la 'banda' era un grupo de hombres animados de profunda pasión por las ideas libertarias y de una voluntad férrea de probar la propia audacia y la propia vida para combatir y propiciar el futuro*".

En cuanto a que Severino era el "*jefe absoluto e intransigente*", dice: "*es una leyenda de cabo a rabo, Severino sumaba a una clara inteligencia y a la facilidad de persuadir, una gran audacia e impetuosidad propia de los temperamentos seguros de sí mismos. Pero que él haya sido 'el jefe' de un grupo*

de hombres ciegamente devotos y obedientes, ninguno de los que hayan conocido a esos compañeros piensan eso. Eran hombres con caracteres y conciencia propia altamente desarrollados, y podían aceptar sí, razonamientos pero jamás plegarse a la sombra de una imposición. Actuaban como anarquistas y si lo hacían en conjunto fue porque sus caracteres eran afines, y juntos elegían los medios y avizoraban los fines por los cuales luchaban. Sus conductas estaban animadas por la intensa aspiración común del anarquismo y no admitía jerarquías de clase".

A Paulino Scarfó, sus compañeros de "L'Adunata" lo despedirían con las siguientes palabras: "*El compañero Paulino Scarfó era un analítico. A la edad de quince años estaba ya en el movimiento activo. Robaba a la noche y al sueño las horas para leer y estudiar, ya que el trabajo cotidiano no se lo permitía de otra manera. Y a la causa se entregará por una necesidad irresistible de la razón que no se contenta con el dogma ni con los medios ambivalentes, y corre velozmente con la lógica hacia las consecuencias extremas. Las tareas de la propaganda lo apasionan y se multiplica en todas las misiones apropiadas a su edad y a su entusiasmo*".

Luego de describir su actuación en la campaña por Sacco y Vanzetti y cómo es puesto al margen de la ley cuando cae preso su hermano Alejandro, "L'Adunata" continúa: "*Al compañero Paulino se le hace cada vez más claro que la mejor propaganda es la del ejemplo. ¿Qué mejor ejemplo de rebelión puede darse que la insurrección total contra las instituciones más sagradas y más temidas del orden constituido? Se une a aquellos que piensan como él y se proponen afrontar la lucha. Sabe bien que, actuando así se aparta de los preceptos de la moral reinante y que se creará así muchos enemigos, también en las filas de los propios compañeros. Pero sabe que la verdad está con él contra todos los prejuicios de la interesada moral dominante, y no duda. En cuanto a su conciencia es más sólida que nunca y le indica el camino a seguir. Bien hubiera podido ante el primer dinero logrado con audacia darse una vida cómoda y, con el andar del tiempo, regularizar su situación frente a la ley. Pero en su acción de ataque al capital no habrá ningún atisbo de egoísmo. El privilegio de la propiedad no cambia ni se debilita por el hecho que una discreta suma pase de las manos de un conservador a las de un desheredado enfermo de codicia. El sabe ser un rebelde que ataca al capital para debilitar al régimen, y expropia, no roba, expropia porque devuelve todo a los desheredados. Una parte, aunque mínima de la riqueza que ellos, esos desheredados, han producido.*

Se ha querido hacer de Paulino una víctima de las artes maléficas de Severino. Nada más falso. Paulino Scarfó tenía un temperamento propio inaccesible a todo cuanto lo circundaba que no tuviera referencia a la idea por la

cual luchaba. Nada para él era absoluto: todo debía pasar por la criba de las argumentaciones, y en eso era agudo en sumo grado. Murió en plena armonía con el ideal anarquista".

Luego, el periódico se refiere a una información del diario porteño "Ultima hora", del 31-1-31, que señalaba así el deseo del pueblo argentino de linchar públicamente a Severino: "*Cuando se informó que Di Giovanni había asesinado a una niña y a un agente y herido a otro, el sentimiento de expectación colectiva se transformó en el acto en indignación y tomó formas evidentes. El público quería hacerse justicia directa. Justicia con sus propias manos. Quería linchar al delincuente. Quería justicia. Justicia criolla*".

Rechazando este juicio, "L'Adunata" sostiene que no fue "*el pueblo criollo que mató a Severino sino que fue la aristocracia del dinero que se vistió de gala para asistir a su linchamiento. La ejecución del 1º de febrero* —dice— *fue de alguna manera un linchamiento. Un linchamiento consumado por la fatua aristocracia argentina y fascista, no por el pueblo que manifestó sus sentimientos horas después cubriendo de flores la tumba del linchado*".

Termina, por último , el periódico anarquista diciendo: "*La clase dominante y el gobierno de la dictadura calculan las detenciones y las víctimas de los pelotones de ejecución como una victoria total y deliran de gloria... pero se equivocan si creen que todo se ha terminado con la muerte de cuatro héroes que la muchedumbre de los desheredados en el interior de su corazón llora y admira. Por cada gota de sangre derramada, por cada eco de los lamentos de las víctimas de las torturas, surgirá, digno de sus precursores, impávido y audaz, el vengador. La sangre de los mártires y de los héroes no han producido otra semilla que la rebelión*".

¿Cómo reaccionó Luigi Fabbri, el más alto intelectual libertario en el Río de la Plata, ante la caída de Severino? El, que más bien era contrario a las acciones expropiatorias y de violencia, escribió un larguísimo artículo que tituló "El linchamiento de Buenos Aires" y publicó en "Il Risveglio", de Ginebra, artículo que lleva fecha de febrero de 1931. Es un artículo fundamental donde revee muchos de sus antiguos conceptos y, al mismo tiempo, llega a nuevas comprobaciones. Es un artículo sobrio pero al mismo tiempo cargado de emocionalidad. Dice: "*Ya han pasado varios días del fusilamiento de Severino Di Giovanni y de Paulino Scarfó. Y pasarán cerca de dos meses hasta que este artículo se publique en Europa. Todavía no tengo la tranquilidad de espíritu necesaria para hablar*

como sería conveniente. No estoy habituado ni me gusta escribir con la mente turbada, bajo el impulso de la excitación del momento; empero no quiero dejar pasar más tempo sin presentar a los lectores esta última tragedia de la lucha social tal cual como ésta se presenta ante mi espíritu. Más tarde, con mente serena, podremos con más tranquilidad estudiar, si fuera necesario, la relación de los hechos, los hechos en sí y la relación de ellos con nuestras ideas. Y entonces ver qué enseñanzas brotan para nosotros mismos en nuestra lucha contra la opresión capitalista y estatal. Limitémonos hoy a poner a la luz la tragedia tal cual se desenvolvió para que resalte de frente al estoico e insuperable coraje de dos anarquistas rebeldes de frente a la muerte, la infamia criminal e incalificable de la dictadura militar argentina que perpetró con ellos el más atroz linchamiento, violando toda justicia, también la misma justicia jurídica tan indigna de ese nombre en los actuales ordenamientos gubernativos burgueses.

Di Giovanni había sido acusado del atentado al Consulado italiano. Fue un atentado de carácter político y antifascista determinado sobre todo por el hecho de que el cónsul era el famoso fascista y 'squadrista' Italo Capanni que tiene en su activo algunas de las más horribles matanzas de obreros por parte de los camisas negras de Toscana. Di Giovanni quien antes había llevado a cabo una larga actividad anarquista y antifascista en las agitaciones populares y con periódicos que él editaba, de ahora en más se vio constreñido a conducir una vida ilegal debiendo huir de la persecución policial sin abandonar el país ni renunciar a la lucha". (Fabbri —el hombre que hacía la página italiana en "La Protesta"— que era amigo de Diego Abad de Santillán y de López Arango, daba una versión muy distinta a lo que habían hecho ambos; era pues, este artículo un verdadero triunfo moral post-mortem de Severino.)

Se atribuyeron a él —continúa Fabbri— *desde ese momento por la prensa burguesa y por la policía una cantidad de hechos resonantes de violencia contra la propiedad y las personas de las cuales no se pudo descubrir a sus responsables. Se creó así una leyenda en torno a él que empeoraba aún más su condición legal, pero no dejaba de suscitar las simpatía de muchos que aman todo aquello que sale de lo ordinario y que marca la impronta de la audacia y el coraje. Hablar de estos hechos es inútil porque no se sabe cuáles se pueden atribuir a Di Giovanni y cuáles no. Sobre la valoración teórica y táctica de algunos hechos objetivamente considerados en sí mismos desde el punto de vista anarquista y revolucionario prescindiendo de las personas y del movimiento, circunstancias e intenciones que las determinaron, se sabe que nosotros disentimos radicalmente de aquellos que los aceptan como métodos de lucha. Hemos sostenido en el curso de más de treinta años de propaganda que en eso hay*

una diferencia básica sobre la misma concepción del anarquismo y de sus funciones. Pero todo está aquí de más. Existen hechos atribuídos a Di Giovanni, como la liberación a mano armada de un detenido político y la tentativa de liberar a otro, que cualquier anarquista y revolucionario, aplaudiría. Pero, repito, sería ocioso un examen de los hechos en este caso, y arbitraría una discusión ya sea porque —como se dijo— no se sabe cuáles hechos se deben a Di Giovanni, ya sea porque éste no fue asesinado por los linchadores militares a causa de esos hechos sino únicamente porque él era un anarquista y un rebelde y porque usó contra la policía que lo asaltó su indiscutible derecho de defensa propia.

Es necesario dejar bien en claro, además, que Di Giovanni fue descubierto por la policía —y así precipitó la tragedia— porque no quiso renunciar al trabajo normal y continuo de la propaganda. Editaba un periódico y opúsculos y libros, algunos de los cuales de mucho valor para los anarquistas de todas las tendencias. De otra manera hubiera podido quedar a salvo por mucho tiempo o para siempre. En vez, ese trabajo lo obligaba a exponerse de continuo o a dejar huellas de sí en todos lados. La realidad es que fue localizado y reconocido al salir de una tipografía en el centro de Buenos Aires en la que se trabajaban sus publicaciones ¡El corría un riesgo cotidiano y su actividad aumentó al implantarse la dictadura en la Argentina. Es decir vio multiplicados en torno a sí al infinito los peligros que corría."

Luego relata Fabbri la captura. De aquí un detalle interesante [es que destaca el hecho de] que Di Giovanni no intentó suicidarse sino que fue herido con un disparo que lo debilitó y lo redujo a la impotencia por la pérdida de sangre. Luego rechaza la versión policial de que fue un disparo de Severino el que mató a la niña Berardone. Señala que la falta de autopsia dice a las claras que la policía quiso cubrir su propio hecho. Di Giovanni se enteró sólo durante el juicio de la muerte de la menor y se notó su emoción por este hecho. También hace hincapié Fabbri en no creer ninguna de las versiones policiales sobre declaraciones de Di Giovanni, ya que no existió en ningún momento objetividad judicial. "*Lo que sí debemos tener presente* —agrega— *y que pasará a la historia de las rebeldías populares es el proceso y la muerte consignados en documentos públicos irrebatibles.*"

Recalca la defensa del teniente Franco basada en los siguientes puntos: "*la no competencia de los tribunales marciales en el caso Di Giovanni; el principio humano contra la pena de muerte; la posición de Di Giovanni como agredido en uso de legítima defensa; la falsedad de la acusación de haber matado a la menor, caída en vez por acción policial; la inconsistencia de la versión del 'Fantasma Di Giovanni' creada por la prensa amarilla*", etcétera.

Luego agrega Luigi Fabbri: "*Severino Di Giovanni salió del proceso condenado a muerte pero, de frente al público, como vencedor de la causa. Su conducta desde ese momento hasta el instante extremo del suplicio fue una sola. La agonía duró 48 horas pero no fue la agonía de un agonizante. Rechaza, naturalmente, al cura que dos o tres veces fue a ofrecerle sus 'consuelos'; discute también con él pero finalmente le señala que no le importune más. Recibió sereno la visita de sus seres queridos: la amante llena de coraje y hermana de ideas, a la mujer sufriente y a sus hijos de los cuales vivía separado hace varios años, a su amigo y compañero Paulino Scarfó, a su defensor y con todos estuvo sereno y cortés menos con un imbécil, un pez gordo de la aristocracia que quería verlo para satisfacer su ultrajante sadismo, al cual Di Giovanni intimó con desprecio que se retirara. Y fue hacia la muerte con la cabeza alta en el hosco patio de la Penitenciaría delante de un público de periodistas e invitados especiales, cuya macabra curiosidad fue humillada y quedó aturullada por la fortaleza del condenado. Rechazó la venda a los ojos, quiso ser fusilado de frente, y la descarga mortal lo encuentra mientras fijaba con sus ojos abiertos las bocas de los fusiles y daba vibrante su último grito: ¡viva la anarquía!*".

Luego de dar los detalles del juicio y muerte de Scarfó ("*también él fue a la muerte con coraje, no permitiendo que lo vendaran, mirando al rostro de sus fusiladores y gritando 'viva la anarquía' tras lo cual se escuchó el fuerte coro de suprema protesta de todos los presos*") Fabbri describe el temor de las autoridades al hacer vigilar las tumbas con efectivos policiales a los cuales —escribe— "*el pueblo de Buenos Aires los bautizó como los 'guardianes del santo sepulcro' con mordaz referencia a la figura bíblica*".

Se refiere luego al movimiento anarquista: "*Es inútil decir que la impresión y la conmoción han sido inmensas entre los anarquistas, y no se atenúan al paso de los días, también en los sectores del movimiento que estaban más en contra de la línea en la que militaban las dos personalidades desaparecidas tan atrozmente y no se borrarán por cierto cuando ya entrada la calma en los espíritus, la razón revolucionaria buscará en los trágicos acontecimientos y en los hechos sociales e individuales que le precedieron para cada uno y para la colectividad militante una educación anarquista para el porvenir no turbado y desviado por la pasión quemante del momento fugitivo. También será una enseñanza para el resto, por ejemplo, la pérdida de la libertad que tenía, y que cada nueva dictadura que surge origina dramas y tragedias cada vez más graves. Entre tanto, los muertos han enseñado a los vivos cómo se cae cara a cara con el enemigo*".[190]

A América la tuvieron 30 días detenida en el Departamento Central de Policía. Tenía trato de menor de edad. Allí la visitaba su

hermano Antonio, que le llevaba ropas y alimentos. La casa de Burzaco fue saqueada totalmente por la policía. Cuando el hermano fue a recoger la ropa y los muebles que le había regalado a América en su casamiento con Astolfi, el comisario Foix le entregó muy pocas cosas. Sólo libros y algunos objetos sin gran valor.

A ese hermano Antonio que nada había tenido que ver con los episodios ni con los ideales políticos de sus hermanos, lo dejaron cesante por llevar el nombre de Scarfó, en la sastrería Mac Hardy Brown, donde era jefe de cortadores. Antonio alquiló una pequeña vivienda para ir a vivir con su hermana cuando ésta saliera en libertad.

Nada se pudo comprobar a América. El juez interviniente la entregó a sus padres. América se fue primero a pasar unos días a La Plata donde fue recogida por libertarios. Dos de ellos, los hermanos Prina, la protegieron. Años después, estos dos jóvenes —que habían sido estudiantes universitarios y que usaban el apellido de Ruano— fueron muertos a finales de la guerra civil española.

La madre de América le reprochaba a la joven mujer precisamente la sinceridad que ésta había demostrado en todo: ¿Por qué había dicho a la policía que vivía junto a Severino? Hubiera sido todo más fácil si se decía que estaba en la quinta con Paulino, su hermano, y que seguía casada con Astolfi. ¿Por qué fue a la cárcel a abrazarse con Severino? La madre pertenecía a otro mundo y no comprendió nunca lo ocurrido. Para ella, en Severino se había encarnado el demonio. Hasta poco antes de morir siguió maldiciéndolo. Solía decir: "*Aunque no es de cristiano, no lo voy a perdonar jamás. Y si por eso me voy al infierno, lo encontraré allí y lo seguiré maldiciendo*".

El director del liceo Estanislao Zeballos, señor Herrera, en cuanto a América recuperó la libertad, lo llamó al hermano mayor, Antonio, para decirle que no la atormentaran más con reproches y que la ayudaran a seguir estudiando: "*por supuesto, no en el mismo liceo, pero sí en otro colegio*".

América cayó muy enferma y fue operada de úlceras, como consecuencia de las amargas horas pasadas. Restablecida trabajará con otro nombre cosiendo pantalones. Le pagaban 4,50 pesos por cada uno y podía hacer hasta cinco en la semana. Quien le daba trabajo era una mujer muy católica que desconocía la verdadera identidad de la muchacha. Hasta que un día la llamó para decirle que se había enterado de quién era: "*A mi marido le dijeron en la peluquería que usted es América Scarfó*". Pero a pesar del temor que inspiraba y del pecado que significaba llamarse así, le siguió dando trabajo.

Luego, América será llamada por una mujer generosa: Salvadora Medina Onrubia de Botana, esposa del director de "Crítica". Esta mujer era de ideología libertaria y lo había demostrado en los esfuerzos que hizo para obtener la libertad de Simón Radowitzky. América será por un tiempo la secretaria de la esposa de Botana. Ayudará a Teresina dándole parte de su sueldo. El compañero de Teresina, Ponce de León, había sido condenado a siete años de prisión por falsificación de moneda —la misma causa en que estaba involucrado Severino— y por ende, la mujer había quedado muy mal económicamente. Durante un tiempo ella y los hijitos de Severino tuvieron que salir a pedir limosna.

Luego el país volvió al ritmo de todos los días. A su normalidad. A lo que había sido siempre y seguiría siéndolo. El general Uriburu había ganado, sin duda, prestigio. Había sido capaz del escarmiento. Y eso siempre viene bien, es inevitable para volver las cosas a su quicio. Los partidarios de esa frase tan escuchada: "*en este país hay que empezar a fusilar a unos cuantos*", habían sido tenidos en cuenta, por fin. Es que ese italiano rebelde fusilado era la figura paradigmática de esa sociedad: extranjero, con ideología antiargentina, ateo, inmoral —recordar su amor adúltero hacia la adolescente—, y además, que usaba de la violencia para expresar su rebeldía. Todo el pecado se da en él, sin atenuantes. Es como si dios le hubiera mandado para que esa sociedad argentina se mantuviera alerta. Y la sociedad supo responder. Arrancó de su seno al Mal Ladrón del Gólgota. Y estuvo hasta bien que éste no se hubiera arrepentido, que no hubiera aprovechado el último momento para prosternarse ante dios y la sociedad: los ladrones pequeños, los muertos en eterna borracheras, las prostitutas muertas viejas, los piojosos encontrados en los basurales, las sirvientas filicidas muertas en el aborto gratuito. Esos iban a ser los compañeros del rebelde para toda la eternidad.

La única manchita en todo un acontecimiento llevado con tanta pulcritud había sido las flores en la tumba del hereje. Un pequeño hecho que había provocado la ira desusada del ministro Sánchez Sorondo. Había perdido los estribos, el doctor. Pero el hecho no iba a repetirse. Los 120 efectivos de la policía montada tuvieron buen cuidado de que el muchacho Scarfó fuera arrojado en un lugar desconocido por todos.

Si las flores en la tumba de Severino habían manchado la estética del espectáculo, se había producido otra mácula que se había atrevido nada menos que con el honor de nuestras Fuerzas Armadas. El teniente Juan Carlos Franco. Recibió el condigno castigo por la afrenta. Es que había emprendido algo insólito: defender contra todos y contra todo a un delincuente que estaba absolutamente solo frente a la sociedad. Y se había atrevido a hacerlo vestido con el uniforme de la Patria, contra lo ordenado por el presidente de la Nación, contra lo ordenado por el Ejército, contra la disciplina, contra su propio futuro. Apenas tenientito de la compañía de ciclistas y archivistas, desoye órdenes nada menos que del ministro de Guerra, general Francisco Medina, y del comandante de la 1ª división del Ejército, general Nicolás Accame. Enfrenta a los rostros escandalizados de personajes entronizados como el fiscal de Estado y presidente de la Acción Católica Argentina, doctor Luis Roque Gondra (quien luego, en el fusilamiento de Severino se descompondrá del estómago y tendrá que salir pálido y tembleque de la penitenciaría).

De todos los uniformados y funcionarios civiles presentes nadie quería hacer ese alegato del tenientito, nacido al parecer por generación espontánea en ese clima de severa disciplina y de condescendencia a los superiores fines del gobierno militar.[191]

Esa total inconsciencia del momento que la Patria estaba viviendo tenía que ser pagada. Cuatro días después de su defensa es dado de baja del Ejército por decreto del Poder Ejecutivo y —ahora ya en calidad de civil— es encerrado como preso común en la cárcel de Villa Devoto. La intención es llevarlo a Ushuaia. Al final el general Uriburu transige con la condición de que se vaya del país. En marzo de ese año, Juan Carlos Franco marcha al exilio, a Asunción del Paraguay, donde vivirá de sus trabajos periodísticos. En octubre de 1932, cuando la dictadura militar había sido reemplazada por el gobierno seudoconstitucional del general Justo, se le permite regresar, a través de un decreto de indulto. Lo reincorporan al Ejército con grado y antigüedad pero le restan el tiempo que estuvo de baja. Para que el castigo no se borre del todo. Le darán un oscuro destino en Jujuy. Allá, en sus horas libres se dedicará a componer piezas folklóricas, algunas de las cuales todavía hoy son interpretadas. Pero falleció poco después, el 2 de febrero de 1934 —apenas contaba con 35 años de edad— de tifus, según el informe oficial del médico militar que lo atendió.[192]

Tres días después de las ejecuciones, aparecieron cientos de volantes por las calles de Buenos Aires. Estaban firmados por LOS ANARQUISTAS. Habían sido impresos por los restos del grupo Di Giovanni y de "La Antorcha". Los arrojaron por el centro y algunos barrios, el anarquista chileno Tamayo Gavilán y Astolfi, aquel muchacho que había hecho de esposo de América. El volante se titula: "FRENTE A LOS HECHOS". "*Ante el asesinato inaudito de Severino Di Giovanni y de Paulino Scarfó perpetrado por las hordas salvajes de la dictadura. Al pueblo hablamos en esta hora en que una ola de infamias pretende arrancar de su corazón y de su espíritu la siembra idealista realizada por el anarquismo militante*". Luego de explicar lo que significaba la dictadura militar y dedicar un capítulo al "*Anarquismo: fuerza social y revolucionaria*" se refiere directamente a los hechos, bajo el subtítulo: "La infamia y el crimen". Allí dice: "*Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó con otros muchos hombres eran desde hace tiempo los elegidos para cargar con la responsabilidad de todos los hechos comunes o sociales que no han sido esclarecidos. Sobre sus vidas de revolucionarios, alzadas en abierta rebelión contra el mundo del privilegio ha caído toda la infamia, todo el lodo y la maledicencia que es capaz de lanzar a la publicidad la prensa burguesa y amarilla de la Argentina*". Más adelante señala que "*La dictadura veía en ellos la expresión viviente del anarquismo militante en la Argentina, ejecutor implacable de las ansias de justicia que anidan en el corazón del pueblo. Ha creído fusilar con ellos el último aliento de resistencia popular a su avance opresor. Por ello asistió como a una fiesta en traje de gala a la Penitenciaría, a gozar con la tragedia en que era envuelto esa noche el mundo obrero y revolucionario de la Argentina*".

Luego reivindican "*cargando con la entera responsabilidad que nos da nuestra permanencia en la lucha entablada contra la dictadura y el terror, todo lo que esas vidas sacrificadas salvajemente expresaron con sus actos rebeldes y heroicos contra el mundo del privilegio*". Y advierten: "*Sin alardes vanos, sencilla y serenamente decimos: Severino Di Giovanni, Paulino Scarfó y todas las víctimas de esta ola de barbarie serán vengados. Son ellos desde hoy banderas que agitaremos en la dura lucha empeñada por el triunfo de la libertad y la justicia. Anarquistas, cayeron vivando a su alto ideal y nosotros recogemos su grito que se materializará en hechos vigorosos y fecundos que han de conducir a la victoria. Luchamos por la libertad del pueblo. Queremos el imperio de la justicia y por sobre este aluvión de crímenes e infamias, ¡venceremos! ¡Viva la anarquía!*".

También fue arrojado un volante introducido desde Montevideo. Es un llamado del Centro Cultural Femenino a luchar contra la

dictadura de Uriburu. Se titulaba "¡Madres, Mujeres, Escuchad!" En el mismo se protesta por los fusilamientos y se pronuncian contra la pena de muerte. Finaliza diciendo: "*Nosotras que, por tener experiencia e instinto de madres, hemos sentido en nuestros corazones el sufrimiento angustioso y desesperado de la pobre mujer que luchó todo un día para arrebatar a su hijo de la pena de muerte, nosotras nos unimos a todos los seres libres para gritar bien alto las palabras de la libertad, las palabras de la vida: ¡Abajo la ley marcial! ¡Abajo la dictadura!*".

Tamayo Gavilán cumple con su palabra y prosigue la lucha con los restos de los grupos de expropiadores. Llevó a cabo dos asaltos, el último de los cuales **[afectó]** a la empresa Villalonga. Aquí fue encerrado por formaciones policiales pero se abrió paso a tiro limpio matando a tres agentes de policía. Aunque eran ya acciones desesperadas. Por último fue sorprendido en un hotelito de la calle Sarandí y asesinado de un tiro en la nuca por empleados policiales.[193]

Silvio Astolfi también continuó la lucha por sus propios medios y fue protagonista de la persecución policial más espectacular de la historia porteña logrando burlar a sus perseguidores, mal herido. Pudo salir para España donde continuó su acción siendo muerto en 1935 en Barcelona.[194]

La embajada fascista en Buenos Aires rebosaba de gozo por el fusilamiento de Severino. En el telegrama 302064/753 informa de los detalles de la captura y la ejecución del anarquista. De ese momento, escribe: "*rechazó obstinadamente los servicios religiosos y demostrando un profundo cinismo, en el momento en que el oficial ordenaba el fuego gritó 'viva la anarquía'*". Luego confirma la muerte de *Ramé*, en Córdoba, en un accidente, al manejar un arma de fuego, y que Cortucci fue quien dio los datos de la casa de Di Giovabbi en Burzaco. El informe se puede decir que es exactamente la versión de los hechos dada por la policía argentina.

Pero, al parecer, la sombra de Di Giovanni no iba a dejar tranquilos a los funcionarios fascistas. El 6 de octubre de 1932, el agente fascista Nº 37 en Marsella envía un telegrama a la sección política de la Dirección General de Seguridad Pública de Roma con el siguiente texto: "*Recorre toda la Costa Azul un individuo que ha sido arrestado varias veces por vagancia peligrosa y por su tendencia a la violencia y de sentimientos anárquicos que respondería al nombre de Severino Di Giovanni nacido en Chieti*

el 17 de marzo de 1901. El Di Giovanni se encontraría actualmente en Niza". En el original del archivo se encuentra, a mano esta pregunta: "*¡ma si l'hanno fucilato!!?*" Y se hace la pregunta respectiva a la sección prontuarios de donde viene la información que, efectivamente, fue fusilado en Buenos Aires el 1-2-31. Gran respiro para los funcionarios y un llamado de atención "*al Nº 37*" a quien se le ordena informar "*quien fue que dio tal información*". Con este paseo del fantasma de Severino por la Costa Azul, se cierra su prontuario en la central policial de Roma.

El 25 de marzo de 1931 volverá a salir "La Antorcha", en forma ilegal. Su título será "Honor a los caídos". En el artículo se recuerda emocionadamente a Severino, Paulino, Márquez y Rojas. "*Cayeron* —dice— *como columnas que aún desplomadas conservan su nobleza de cosa altiva, mientras América Scarfó, rosal que asciende, entrelazándolas en una íntima compenetración de fibras y de esencias —ardiente de pasión humana y fe anarquista— convivía la doble agonía de los condenados a muerte, con su entereza confortadora. Sólo ella —corazón amoroso, fraterna mano y voz solidaria, encarnando el sentimiento de los anarquistas— junto a ellos, entre el montón abyecto de los asesinos galoneados: militares, carceleros y policías, que hasta el último momento sometieron a torturas atroces los cuerpos que habían de ultimar el pelotón de fusilamiento. Y entre víctimas y victimarios un hombre destacando su valerosa dignidad: el teniente Franco. Y bien, cuatro anarquistas han muerto. ¡Honor a los caídos! ¡Salud a los combatientes!*".

"L'Emancipazione", de San Francisco, California, de marzo de 1931 dará la noticia en tapa. Será una emocionada despedida de Severino y Paulino. Se llamará "En la cúspide" (haciendo juego de palabras con "Culmine" el nombre que Severino le había dado a su primera revista). "*Ninguno* —dirá—*podrá medir jamás mi dolor, ese que repentinamente ha invadido todas mis fibras en este día tan húmedo, triste y desolador de esta indefinible fase de mi vida. ¿Es el efecto de un sueño? ¡Oh, si fuese un sueño! Pero el teléfono me presentaba de pronto el terrible cuadro trágico delante de los ojos. Pero los diarios me confirman después la triste y angustiosa noticia de lo grave e irreparable. '¡Los han matado!'. Sí, asesinado como a fieras evadidas sin dejarles siquiera el tiempo para respirar.*

Mientras los viles fusiles de la vil sociedad descargaban despiadadamente el plomo en sus pechos generosos, un grito se elevó en alto de sus bocas tranquilas y sin miedo: '¡viva la anarquía!'. Admonición a los indecisos, a los medrosos y a los tímidos; desafío a los tiranos, a los verdugos infames atrincherados detrás de un código de injusticias y de mentiras. Viva la anarquía

fue el eco de la descarga por las austeras voces que no tiemblan, pero que abre al aire y llega a los más remotos ángulos del mundo.

¡Salve, hermanos míos de dolor, hijos de las más grande de las tragedias, héroes insuperables de una colección interminable e imperecedera, hombres de la conciencia diamantina y del corazón grande como el mar. ¡Salve!

Severino, figura viril y noble del genio y de la revuelta; Paulino, muchacho educado de la escuela de los legendarios héroes, habéis caído de cara al mundo de los enemigos sin retroceder jamás un solo paso. Gloria a vosotros que os habéis elevado por encima de toda mezquindad y habéis llegado a la cúspide de la belleza de la temeridad y de la rebeldía; a vosotros que os habéis elevado a la inmortalidad dando vuestra lozana y fiera juventud por la Libertad, por la Anarquía. ¿Quién será el noble poeta que cantará el holocausto de tan grande y única tragedia?".

América Scarfó escribirá un artículo para "La Antorcha" al cumplirse el primer aniversario de los fusilamientos. Se llamará "Paulino y Severino: In memoriam". Luego de recordar a los caídos describe los hechos así: "*Aún permanece intacta en la retina la terrible visión. Triste madrugada del 1º de febrero. Hay en el ambiente una contenida emoción. La presencia de ánimo del condenado a muerte desconcierta a quienes esperaban ver un vencido y encuentran un rebelde que sabrá morir. Los sacerdotes que insultando al Cristo legendario. Apóstol de los humildes y de los perseguidos, se constituyen en cómplices de los tiranos ofrecen no se qué imposibles consuelos espirituales de su falsa creencia. Discusiones, preguntas, murmullos. Pasan en tropel por la mente, proyectados en sus siniestros contornos, los trámites de la trágica farsa procesal. Y por sobre tanta bajeza, un hombre, el defensor, se yergue digno haciendo oír la voz de su corazón emocionado.*

Luego, el inmenso dolor de la despedida para siempre... Abrazos, besos y palabras que prometen infinidad de recuerdos. La emoción hace un nudo en la garganta y es menester contener las lágrimas, mostrando la sonrisa que conforta a la víctima y ha de ser el mejor desprecio para los victimarios. Voces que quieren ser consoladoras, pero que no revelan más que cinismo y la prisa de acabar pronto. Nos separan. Pero la imaginación sigue viendo cosas y actitudes, en base al conocimiento del que sabrá morir, erguido entre los esbirros que tiemblan y callan, moviéndose intranquilos en el sepulcral silencio que sólo interrumpen los pasos de los milicos que preparan el acto final del crimen.

Madrugada de estío. El horizonte comienza a colorearse, y en esa tenue claridad aquella rubia cabeza se yergue y avanza hacia su destino. La lectura de

la sentencia es oída como si fuera una mala pieza literaria. La venda que quieren colocar sobre esos ojos verde mar, que muestran la luz y la vitalidad interiores, es rechazada. Nuevas ligaduras sobre el banquillo, ahora. Los instrumentos del crimen se ponen en línea y aprestan sus armas. Una orden dada con nerviosa voz, un sonoro grito de ¡Viva la anarquía!, Una descarga sobre un pecho valiente y, finalmente, el tiro de gracia sobre esa cabeza que sólo la muerte pudo abatir.

La aurora está en su apogeo: la última estrella se ha borrado, esplende la vida sobre el cadáver de quien la quería digna y libre para todos. La tristeza del momento parece impregnar las cosas como tocadas por el sagrado trance de la muerte que tanto dolor deja tras de sí: unas tiernas criaturas han perdido a su mejor amigo; un sangrante corazón femenino se aferra al recuerdo del que supo morir para fortalecer su ánimo para la lucha larga; tantos compañeros que cierran los puños en silencio y en cuyos pechos se apelmaza el odio.

El sol ha hecho su entrada triunfal, parece invitar a la alegría, y sin embargo, en ese mismo recinto donde pocas horas antes latía un corazón libre, se repetirá la escena y otra vez el sol, amaneciendo, bañará en su luz difusa otros sangrientos despojos. Le toca ahora aquel que sorprendió con su fría altivez a los verdugos. La misma emoción, la misma tristeza en el ambiente. Es tal su grandeza de alma, que rehúsa recibir a la madre querida para ahorrarle el dolor de verlo desfigurado por las torturas que hasta último momento padeció. Como Severino, supo Paulino afrontar con valor la muerte. Tampoco aquellos soñadores ojos pardos temieron las balas. Ni acusaron estupor al ser leída la sentencia. Su mirada, tan llena de calor y cariño cuando se dirigía a quienes amaba, se volvía impasible y desdeñosa hacia sus verdugos. Supo también morir. Y su muerte desgarró un corazón materno y anegó de dolor el alma de todos los que fuimos sus hermanos tanto en sangre como en ideales.

¡Tanto dolor, tanta angustia oprime nuestro pecho! Más es necesario serenar nuestro espíritu. Dar a los hechos su verdadero valor y que el sacrificio de nuestros hermanos nos sirva de ejemplo. Así lo creyeron ellos. Sea nuestro mejor tributo a su memoria la acción tesonera en contra de los tiranos".[195]

Hugo Treni, ese intelectual refugiado en el Uruguay, que tanto había discutido con Severino Di Giovanni contra la expropiación, y que había participado del "jury" trató meses después de interpretar la personalidad de Di Giovanni. Escribió un interesante y breve ensayo donde se empeña en ser justo con él a pesar de la diferencia ideológica que mantenían ambos. Fue publicado en "L'en Dehors" de París en julio de 1931. Se titula "Un poco del alma del bandido" y como acápite, en

francés, la frase "*yo no juzgo, trato de comprender*". Dice así: "*Varios meses han pasado de la tragedia. La impresión tumultuosa de los primeros días se ha apagado en nuestro cerebro. El dolor y el asombro de algunos se han transformado en hábito y caído en el olvido. Una tragedia más ha venido a agregarse a las múltiples que aparecen todos los días. ¡La vida de estos últimos años está tan llena de crímenes! La sangre rebelde ha corrido por oleadas y el anuncio de una nueva tragedia no asombra ni aflige con la intensidad que ella debería afligir y no solamente a aquellos que la vivieron de cerca. A los otros, la mayoría, después de arrojar una mirada apurada y tal vez indignada sobre el hecho, pasado el primer momento siguen el ritmo de sus vidas cotidianas y monótonas pues todo se habitúa a todo y todo se olvida.*

La vida debe continuar y continúa inexorable a pesar de todos nuestros dolores. Hasta la tragedia de Buenos Aires pasó, relampagueante, arrastrando a cuatro seres humanos, arrojando en prisión a una infinidad de otros, atrapando en un primer momento la atención general que luego giró hacia otros hechos.

Es lo inevitable de la vida y de la lucha. Sin embargo, en los allegados, en aquellos que sintieron el dolor como en su carne, pues a la hora de la lucha todos los combatientes se sienten hermanos, el recuerdo persiste turbando sobre todo —si uno ha podido ver y comprender más allá de la tragedia material— aquella moral más profunda de la vida de algunos protagonistas de los acontecimientos de Buenos Aires, como es el caso de Severino Di Giovanni.

Todos saben cómo se han desarrollado esos hechos, a excepción de aquellos que, lejos de la Argentina, no pueden conocer los detalles, detalles que tienen su importancia porque podrían contribuir a presentar la verdadera figura de los protagonistas sin que sea deformada por la pasión o el odio ciego y feroz de los enemigos que como hienas se precipitaron sobre los cuerpos de los caídos.

Pero lo que sería más interesante conocer, después de la tragedia exterior que todos los diarios han relatado, es la tragedia interna vivida durante varios años por esos hombres que fuera ya de la legalidad siendo muy jóvenes todavía, sufrieron desdichas y todos los peligros para experimentar la ilusión de la 'vida intensa', la que los condujo inevitablemente a la tragedia. Sería interesante conocer eso que uno podría llamar 'el alma de los bandidos'. Esto tornaría tal vez comprensible, si no toda su vida y sus acciones, por lo menos una parte de su experiencia, extraordinariamente atormentada y dolorosa.

Lo más importante no son las características físicas, sino las morales porque ellas tuvieron influencia sobre todo el curso de los acontecimientos y han llevado adonde ellos debían inevitablemente conducir al héroe del drama de Buenos Aires.

Hablaré de uno de ellos: de Severino Di Giovanni. A pesar de no

haberlo conocido personalmente creo ser uno de los que mejor ha tenido la ocasión de observar y estudiar su ser íntimo. De seguir de cerca su desarrollo intelectual y de reconstruir, aunque retrospectivamente todas las fases de su vida activa.

Di Giovanni era un apasionado. Veía toda la vida y enfrentaba la acción a través de su pasión tumultuosa que ha menudo lo cegaba llevándolo tanto al mal como al bien. Le era casi imposible mantener el equilibrio tan necesario para el juicio como para la acción; equilibrio sin embargo tan indispensable si uno no quiere ser en la vida de todos los días la eterna víctima de unos, mañana de otros. Su ardiente pasión lo llevaba a menudo de un extremo al otro. Sin embargo conservaba siempre su tenacidad en la lucha y en la propaganda. Un día le escribió a un amigo:[196] *'con el tiempo nos conoceremos mejor y mejor nos comprenderemos y podrás evaluar así mis odios, mis gestos bruscos, las tempestades que se desencadenan en el corazón e impulsan el brazo y hacen decidir la voluntad y la mente'.*

Pero esta violencia de temperamento lo llevaba a cometer actos desgraciados y acciones irreparables que finalmente representan más una tragedia para el que las comete que para el que las soporta. Y Severino contaba en su haber un acto que fue el más deplorable: la muerte del director del diario comunista-anárquico 'La Protesta', López Arango.

He tenido la ocasión de examinar en todos sus detalles este desgraciado episodio eludiendo las causas de respirar un poco el aire maléfico que únicamente puede engendrar el crimen en la atmósfera electrizante donde ha sido engendrado. Y el dolor está en mí muy vivo al ver cómo ciertas polémicas verdaderamente fratricidas pueden arrastrar a un alma apasionada, exaltada, a gestos horribles como fue el perpetrado por Di Giovanni contra Arango.

Como expresé en ese entonces mi convicción en un artículo aparecido en 'L'Adunata' que 'ciertos charcos de sangre eran más difíciles de sortear que los océanos' él me escribió: 'Tú no puedes comprender mi tragedia. Verdadera tragedia de quien vive diariamente proscripto de la sociedad y vituperado por los anarquistas... aceptables. Solamente en contacto conmigo podrías comprenderme y justificar la ira, la actitud, la rebelión contra ciertos «anarquistas». Y no vayas a creer que no amo al compañero, o que sea invadido por el pesimismo de Palante o por la anticamaradería —excúsame esas palabras de circunstancia— porque te equivocarías en grande. Quien me conoce íntimamente puede saber de cuánto amor está acorazado mi espíritu. Y es este amor que hace cavar precipicios, el abismo, entre yo y el espía y el calumniador, y no otra cosa, porque sólo aquel que sabe amar tanto puede odiar tanto'.

Después de esta tentativa de desnudar su alma que vivió una eterna

tragedia ya que como lo veremos más adelante su más íntima aspiración era poder entregarse a una vida de estudio, de búsquedas y de enriquecimiento en el campo del pensamiento mientras que por el contrario, él era arrastrado por un largo encadenamiento de hechos en su vida de todos los días entregándose a la lucha más ardiente. Experimentaba así una nueva oscilación que lo arrastraba de un extremo al otro. Por eso podía escribir: '¡Como sueño a veces —en el ocio a que me obliga la vida actual— con un mundo todo en armonía: cada tendencia basada en su propia iniciativa, sin jamás chocar, sin jamás humillarse, para ser más fuertes en el mañana cuando debamos correr todos hacia la gran batalla de la revolución! Pero son todos sueños'.

Algunas palabras todavía antes de concluir con esta fase de la vida de nuestro camarada pues es, sin ninguna duda, el episodio que lo trastornó más y lo perseguía como una obsesión y no cesaba de hacer alusión en cada una de sus cartas a este tema. Después de la publicación de mi escrito aparecido en 'L'Adunata' sobre 'la moral anarquista o la moral de los salvajes' y en donde respondía a algunas afirmaciones de un camarada de nombre Casio, Severino me escribió al respecto: 'He leído tu artículo sobre la moral de los salvajes. Te hablo francamente así nos comprenderemos mejor y nos apreciaremos más todavía. No has comprendido el final de la frase de Casio —un camarada que no conozco y que muchos han tomado por mi seudónimo— y él se extrañaba que hechos como el que se trata no se sucedan más seguido en razón de las campañas de asesinato moral *tan numerosas contra nuestros mejores amigos. Este asombro no constituía una apología pero quedaba en el dominio de los asombros. ¿Hacer la apología? ¿En qué sentido? ¿El camarada* asesinado moralmente *no puede responsabilizarse de la actitud que debe asumir? Todo el mundo no puede ver las cosas bajo el mismo aspecto'.*

Y en otra carta, siempre sobre el mismo tema, y a propósito de la cuestión precitada pero que viene muy bien para iluminar su pensamiento, además de su estado de ánimo, escribía: 'Debo decirle que no soy aquel que se pueda influenciar tirándole aceite sobre el fuego. Tengo una línea de conducta —bárbara e intransigente en ciertos casos— de la cual pocos pueden quitarme. No le huyo a la discusión. Al contrario, la busco, pero no obro sino influenciado por la convicción más firme. La crítica sana, cuando ella es justa, no me molesta pero me indignan todos aquellos que buscan disfrazar esa crítica y arrastrarla por el camino de la calumnia y de la mala fe. Y me indigno con toda la fuerza de mi ser. No soporto al falso ni cuando se encuentra en la cima de los altares donde lo ha colocado la idolatría de los camaradas, y según mi temperamento golpeo de una manera que puede parecer dura pero que reflexionando no lo es tanto. Cuando elijo un camino, no me retracto, a menos que me aperciba de un error o que alguien colocado en mi senda reconozca el mal hecho'.

Otra faz de la personalidad de Di Giovanni —una de sus actitudes preferidas en la lucha contra la sociedad— era el ilegalismo. Buscó en dar a esta actitud una base ideológica, una razón más profunda que la necesidad, la gran causa generadora de numerosas tragedias, que empuja a menudo a un hombre al robo y al crimen.

Para él, como para muchos, no era solamente una actitud de lucha, arrastrando beneficios y peligros, sino uno de los medios más activos para encaminar a los hombres hacia la expropiación en general: la revolución. Pero no quiero entrar ahora al corazón de esta discusión que me arrastraría demasiado lejos y fuera del tema. Busco sólo seguir el pensamiento del camarada del cual hablo para comprender mejor su vida y mi intención no es la de juzgar ni los actos ni las cosas, sino comprender, descubrir lo que fueron los sentimientos, el alma del vencido. Para llegar a eso, ¿qué mejor que lo que Di Giovanni puede haber escrito no ya en los diarios sino en sus cartas, donde su alma se desnuda más fácilmente? En una de sus cartas escritas a un amigo común le dice: 'tu última carta me dio placer, como producen siempre placer esas cartas que me envían buenos camaradas hablando sobre el tema del afecto. Y debo decirte que yo soy el «Albigense» que escribe en «Eresia» y «Anarchia». Es inútil decirte que por el camino de la cortesía aceptaré contigo cualquier polémica. Creo que la expropiación es un tema fundamental del anarquismo y del anarquista. Descarto siempre el robo vulgar. Soy un apologista de la expropiación con fines anárquicos; defiendo al anarquista que expropia. Cuando éste —víctima del oro— se convierte en un burgués en el pensamiento y en la acción, lo considero simplemente un burgués y no me interesa más lo que fue en el pasado'.

La tesis y las confidencias que contiene este fragmento serían argumentos para enfrentar profundamente en la discusión y ahonda en los detalles su concepción de la expropiación. Necesario para la veracidad y la comprensión de la personalidad del desaparecido. Pero hay algo más importante y característico y es lo que vamos a examinar siempre de acuerdo a su correspondencia que es, en este caso, el espejo fiel de su alma. He dicho que la vida de Di Giovanni fue una tragedia continua. Sus íntimas aspiraciones lo llevaban hacia el estudio mientras que su vida de todos los días lo constreñía a esa lucha sangrienta que no permite siempre entregarse a la labor de investigación. Poseo esta convicción luego de examinar su vida y su acción, pero sobre todo viendo su corazón sangrando que se expresa en una abundante recolección de cartas enviadas a un amigo. Escribía así: 'Tomo en consideración lo que me dices; eres observador y reconozco que tus consejos son buenos. Pero quisiera exponerte todas mis ideas y entonces sí verías su amplitud. Los italianos en el exterior debemos dar un nuevo impulso a todas aquellas

iniciativas que en Italia eran la ambición de nuestro movimiento. El libro es una de esas iniciativas. Los camaradas deben darlo todo para el éxito. Yo quedaré despierto para que mi sueño se realice. Hace años que deseo reunir en un volumen los «Escritos sociales» de varios compañeros desaparecidos y de camaradas que viven y cuyas obras están esparcidas en la actualidad en raras publicaciones. Por ejemplo Reclus, Ciancabilla, Malatesta, Merlino, Paolo Flores, los dos Molinari, Galleani, Fabbri, por no hablarte nada más que de alguno entre los que deseo reunir sus escritos. Los camaradas no pueden dejar de reconocer el valor de todo esto. Y la colección de escritos sociales no quedará sólo en el dominio italiano sino que invadirá, como en el caso de Reclus, el dominio francés, inglés, español, alemán, ruso. En suma, el pensamiento anarquista bajo el prisma poliédrico de diversas individualidades'.

Y sus proyectos eran grandiosos. Poseía el entusiasmo del neófito y la voluntad del hombre hecho, consciente de la gran necesidad de la difusión de nuestro ideal. A veces parecía que el que escribía esas cartas fuera un hombre que, preocupado solamente del movimiento intelectual estaba despegado de la vida terrena o que ésta le interesaba poco, mientras que nosotros sabemos que la realidad es diferente. Es en esta contradicción que reside, me parece, su tragedia moral. Las cosas y los hombres lo habían empujado hacia una vía que él transitaba porque estaba obligado, pero que en el fondo de sí mismo sentía que no era la suya.

Exponía así un día (a fines del año '30) su plan en materia de ediciones". (Aquí Treni detalla el plan ya transcripto en el capítulo X).

Luego prosigue: "*Sin embargo, la reacción en la Argentina se hacía cada vez más pesada y toda forma de propaganda se hacía imposible. No sólo en el territorio de la República se notaba la presión de las castas militares en el poder sino también en el exterior: se abría la correspondencia y todas las que parecían sospechosas eran secuestradas haciendo extremadamente difícil toda relación entre camaradas residentes en la Argentina y aquellos que se encuentran afuera y que podían ayudarlos en su obra de propaganda y de agitación. Tengo ante mi vista una carta de los primeros días de enero de 1931 que da un poco la idea de las dificultades que sufría*". (Aquí Treni reproduce la carta con la desesperación de Severino ante la pérdida de casi todos los originales de *Escritos sociales*, ya transcripta en el capítulo X).

Hemos llegado —prosigue Treni— *casi al término de la tragedia. Más restringido era el número de los militantes dejados en libertad, más fácil le resultaba a la policía individualizar a aquellos que continuaban la lucha, y cuya captura ya descontaba. Algunos atentados terroristas precipitaron los acontecimientos. Un poco por la aureola de gloria que le atribuían, un poco porque la policía no llegaba jamás a detener a los autores de lo que pasaba en*

Buenos Aires, todo lo que se producía en esta ciudad le era atribuido. Para tranquilizar a la opinión pública pero sobre todo por la presión de los hombres del nuevo gobierno —para dar un barniz pasajero a la efectividad de la dictadura militar y a la ley marcial— la policía resolvió escudarse en alguien que le podía servir de chivo expiatorio: Severino Di Giovanni, quien, en ese sentido, era la mejor presa."

Luego, Treni describe la captura y el fusilamiento. También transcribe la última carta de Severino, que hemos reproducido en el capítulo citado. Por último, dice Treni: "*Sin ninguna duda su vida y su acción son difícilmente comprensibles para quien las observa demasiado superficialmente y olvida el punto de partida de todo: el aislamiento que la ley le impuso y también que le impusieron algunos camaradas. El mismo, en un fragmento de la carta ya citada pero que merece ser repetido, escribía: 'Tú no puedes comprender mi tragedia. Verdadera tragedia de quien vive diariamente proscripto de la sociedad y vituperado por los anarquistas... aceptables'. Cuando uno ha comprendido esta primera situación de un hombre apasionado como hemos visto que era él, el resto se comprende fácilmente, porque sigue una línea lógica, bárbara tal vez —como él mismo lo escribe— pero siempre lógica.*

¡Comprender!

Eliseo Reclus ha escrito: 'comprender para perdonar'. Y es lo que nosotros hemos siempre tratado de hacer eliminando las apologías casi siempre inútiles y perjudiciales sobre todo en frente a la complejidad de los hechos en donde Di Giovanni se debatió y que soportaron los altibajos de su conciencia y de su pasión". Hugo Treni.

"Crítica" en su primer número luego de que le fue levantada la suspensión impuesta por Uriburu —el 5 de febrero de 1932 (a más de un año de los fusilamientos)— informa sobre el regreso del teniente Franco de su exilio en el Paraguay y aprovecha la oportunidad para pedir disculpas a los lectores acerca de la información que tuvo que dar en ocasión de la muerte de Di Giovanni y Scarfó. Señala que fue presionada por el gobierno igual que el teniente Franco en su defensa. Denuncia el hecho de que tanto Di Giovanni como Scarfó fueron bárbaramente torturados luego de ser condenados a muerte. Esa denuncia la corroborará años después el cronista policial Gustavo González —decano de los periodistas del Departamento Central de Policía— quien asistió al fusilamiento de Di Giovanni.[197]

"Crítica", que había sido la mejor arma con que contó Uriburu

para su triunfo del 6 de setiembre de 1930, señala el 5 de febrero de 1932, luego de censurar todo el espectáculo de los fusilamientos: "*Digamos como acto de justicia que así como hubo una parte de la población que no perdió el equilibrio moral en esas horas, también hubo dos corazones y dos frentes de nombres contra los cuales se estrelló toda la organización criminal de la dictadura: los dos reos —Di Giovanni y Scarfó— que servían de muñecos en la sangrienta farsa salvaron la dignidad humana en ese instante. ¡Qué hermoso ejemplo de serenidad, de firmeza, de amor al ideal dieron ambos condenados a muerte, en los postreros momentos de su vidas! Acosados por carceleros, periodistas, jueces, aristócratas, sacerdotes, llevados a la tortura bárbara que dejó en sus cuerpos huellas horribles, la burla verbal que pretendía alterar su inmutable serenidad, obligados a discutir de altas cuestiones filosóficas y responder a preguntas fútiles y banales, invitados a gozar de un pequeño placer de vida cómoda mientras se les señalaba el pelotón de fusilamiento que habría de fusilarlos, así, pasando de una a otra situación, ninguno de los dos dejó de ser quien era; antes bien, fueron más que nunca lo que habían sido y por lo que morían. Se superaron ellos mismos y se hicieron —más que hombres, que poco habían de durar como tales— bandera de ideal perseguido y cayeron dando un supremo grito que el eco repetirá por mucho tiempo*".

Al cumplirse un año de los fusilamientos de Severino y Paulino, los hombres de "La Antorcha" le harán un homenaje ante sus humildes tumbas. Hablará Horacio Badaraco. Poco después de la muerte del dictador Uriburu, "La Antorcha" —13-5-32— publicó una nota de Luigi Fraterno, seudónimo del joven periodista Luis Galán, comparando las dos muertes, la del dictador y la del anarquista. Está bellamente escrita, cargada de emocionalidad. Dice así:

"*Estamos en París, a las puertas de la iglesia de Saint Pierre de Chaillot. Ha terminado la ceremonia religiosa: en la bóveda funeraria reposan los restos del ex dictador. El gentío rodea el grupo de enlutados cuyos crespones denuncian el parentesco con el muerto. Desfila la comitiva oficial —levitones, casacas militares, elegantísimos tocados de damas de la nobleza y de la aristocracia...— Lloran hombres y mujeres. Doña Aurelia Madero de Uriburu solloza en brazos de una amiga. Es una escena emocionante de las que toman buena nota los reporteros de los diarios y los corresponsales de las agencias informativas que sirven a los grandes rotativos de Buenos Aires. Los fotógrafos y los operadores cinematográficos derrochan placas y películas que las empresas periodísticas pagarán a precio de oro en la puja por ofrecer al público lector de la Argentina la más impresionante de las escenas. Ha terminado el acto. En la bóveda, una chapa de oro: 'Al teniente general del ejército Argentino D. José Félix Uriburu, el gobierno de la república de Francia'.*

Estamos en Buenos Aires, al borde de una tumba, sobre el camino principal del cementerio de la Chacarita. Es hoy el 46 aniversario de la masacre de Chicago. Ante la fosa donde fue arrojado el cadáver de Severino Di Giovanni, un grupo de anarquistas —hombres y mujeres— condena con voces viriles los grandes crímenes del capitalismo y de las tiranías. La policía acecha desde lejos, oculta entre árboles y cruces, listas las armas para poner punto final al acto. No hay reporteros. Los grandes diarios de Buenos Aires no gastan un gramo de plomo en cosas pequeñas. No hay, por lo tanto, tampoco fotógrafos. Tampoco hay crespones. Nadie tampoco llora. América Scarfó —que está presente, al pie de la improvisada tribuna—, viste un trajecito de tela marrón; hay en su rostro un leve matiz rosado y un extraño fulgor de júbilo en sus ojos...

Sobre la tumba humilde, apenas adornada con trozos de ladrillos, un pedazo de mármol quizá recogido de alguna otra tumba deshecha por el tiempo, muestra unos garabatos manuscritos a lápiz: 'A Severino Di Giovanni, sus admiradores'.

Aquél fue un militar; éste fue un anarquista. Aquél fue un tirano, es decir un opresor de pueblos; éste fue un libertario, es decir, un luchador por la libertad humana. Aquel vivió para dar todas sus energías a la sociedad actual y hacer más duras y pesadas las cadenas que arrastran las clases humildes; éste vivió para dar todas sus energías a la fuerza social que tiende a destruir esa sociedad y a romper todas las cadenas.

Uriburu murió como un civil, sin pena ni gloria, en un desvanecimiento que le ahorró el ver de frente a la muerte. Di Giovanni murió —¡oh ironía!— como ciertos generales gloriosos, mirando de frente a la muerte, cara a cara con ella, dando un grito viril que hizo temblar hasta a la muerte misma, porque aquellos que presenciaron el asesinato dicen que los caños de los fusiles oscilaron. ¡Temblaron los corazones y los pulsos de los soldados fratricidas!

El militar-tirano murió teniendo a su diestra, arrodillada, deshecha en llanto, a la mujer que le acompañara en las horas siniestras de la dictadura. El anarquista marchó hacia la muerte después de haber recibido en su frente el beso serenísimo de la compañera que le llevara a la capilla la mejor ofrenda de dolor: una mirada llena de luz.

Uriburu murió con un termómetro bajo el brazo, en un cuarto de hospital. Di Giovanni murió con una sonrisa en los labios.

Aquél tendrá mañana un monumento ante el cual desfilará reverentemente el mismo pueblo que oprimió. Este tendrá en el corazón de los anarquistas algo que vale por todos los mármoles de Carrara: un sentimiento de gratitud y solidaridad porque si bien luchó contrariando el criterio de muchos, empleando medios personales discutibles, SUPO CAER COMO QUERÍAMOS TODOS".

Con respecto a Alejandro Scarfó y a sus compañeros de prisión, la Cámara de Apelaciones modificó la pena que se les había impuesto en primera instancia y los sobreseyó de la acusación de la bomba en la Catedral, por falta de pruebas. De manera que salieron en libertad a fines de 1932. Pero a Alejandro le habían impresionado mucho los fusilamientos de Paulino y Severino y a esto se sumó que su novia Elena Serra lo había abandonado mientras él estaba en prisión. Estos dos acontecimientos negativos más el servicio militar en la zona chaqueña que tuvo que cumplir en batallón de castigo —donde se le propinó un feroz maltrato— hicieron que durante años padeciera de trastornos psíquicos. Sostenía, por ejemplo, que los fusilamientos de su hermano y Severino no habían tenido lugar, que había sido todo una pantomima y que ellos seguían viviendo.

El otro hermano, José Scarfó, quien sin aparecer en primera plana siempre había ayudado a América, a Paulino y a Alejandro, no tuvo mejor suerte. Había comprado a medias un camión con el que repartía frutas y verduras. Cuando la huida de Astolfi, después del asalto a Villalonga, lo llamaron los amigos de éste para que lo recogiera y lo llevara a un lugar donde ponerse a salvo. Pero antes de llegar fue detenido por la policía y apaleado y torturado de tal forma que quedó enfermo para toda la vida. Se convirtió en un hombre taciturno.

Con la muerte de Di Giovanni y la detención de Roscigna —y su posterior asesinato por parte del comisario Fernández Bazán— se acaba el anarquismo expropiador en el Río de la Plata. Los restos de ambos grupos cayeron en prisión, fueron muertos o bien marcharon a España a luchar en la guerra civil contra el fascismo franquista. Lo mismo fue pasando con el anarquismo legalista. Todo el movimiento había quedado diezmado con las persecuciones de la dictadura militar. Luego, al general Justo le bastó eliminar a "La Protesta" de la franquicia postal para darle casi el golpe mortal. Ya habían pasado aquellos tiempos donde el diario anarquista era impuesto por sus propios canillitas y por su propia distribución.

Después de la persecución, no hubo la lucha interna a muerte que se había desarrollado entre los anarquistas en la década del 20. Tan es así que en 1932 encontramos colaborando en "La Protesta" a Aldo Aguzzi y a América Scarfó.[198]

Para la joven mujer, el golpe había sido demasiado inhumano,

demoledor. Febrero de 1931 significó perder a su gran amor, a ese ser desbordante que la inició en la pasión, en las ideas, en fin, en la vida íntegra; y asistir al fin de su hermano más querido, Paulino. A los 17 años apenas cumplidos, América quedó huérfana de esa personalidad avasalladora que se llamó Severino Di Giovanni. Sola ya, sin esa fuerza, debió actuar contra todo un medio hostil viendo cómo poco a poco el movimiento que había representado a sus ideales se iba desmoronando.

En el *Diario* llevado por Hugo Treni hay anotaciones llenas de simpatía hacia esa joven que visitó Montevideo en 1932. Describen la fuerza, la convicción de América y el intenso amor que todavía sentía por Severino.

Años después, América se unió a un hombre cercano a los ideales libertarios y con él organizó la editorial *Américalee* que editó lo mejor del pensamiento anarquista y obras de autores progresistas latinoamericanos y europeos. Esa tarea y criar a sus hijos —a la mayor la llamó Paulina Wanda (por Paulino, su hermano, y Wanda, por Mario Vando, el seudónimo de Severino)— fue el contenido posterior de su vida.

Nino Napolitano, el escritor libertario, dará a conocer en "L'Emancipazione" de marzo de 1931 las últimas cartas por él recibidas, escritas por Severino. Hace un pequeño prólogo en el que sostiene: "*Un compañero que estuvo ligado a Severino por la amistad, de una amistad que fue más allá de los furores de la insidia de los calumniadores impenitentes, de la desconfianza de los que dudan eternamente, quiere recordar al amigo citando algunas frases de su correspondencia y que vienen a dar la visión exacta de su excepcional fibra de rebelde:*

'Buenos Aires,12-9-30. Debía escribirte antes pero los acontecimientos me han obligado a no hacerlo. No he tenido un minuto de reposo. Por el momento las derrotas que sufrimos no son pocas y no me maravillo más por eso. Aquí las cosas están que arden. Se arriesga la piel por un simple volante. Cuatro compañeros han sido fusilados en Rosario uno de ellos simplemente por propaganda antimilitarista. Había gritado ¡abajo la dictadura! Pero no nos doblegaremos. Nos reímos de la ley marcial e imprimiremos el periódico en vez de quincenal, cada diez días. Pero tenemos necesidad de colaboración que vuelva más viva y ágil la publicación. Contamos contigo, y ya es bastante. Pero cómo mover a los demás que ni siquiera sabemos si están vivos?'

'12-X-30. Después del huracán sólo ahora he logrado un poco de

tregua. Esto no quiere decir que no haya terminado. Quedamos verdaderamente muy pocos en pie de guerra. Los demás han tenido que refugiarse en otras playas. Algunos fueron deportados, dos a Italia: Lino Barbeti y Tulio Cardamone. Otras decenas, conducidos a naves de guerra. La caza del anarquista va en ferocidad más allá de toda imaginación'...

...'No sé más cómo multiplicarme para hacer todo con la dificultad que tengo para moverme de un punto a otro de la ciudad. Pero no es necesario estancarse pensando en tantas iniciativas y tanto trabajo fecundo a las cuales dar vida'...

...'Me dices que no me enoje. Pero dime un poco: si hasta algunos se niegan a mandarme el canje de periódicos que les he solicitado!'"...

Y finaliza Napolitano: "*¡Qué vigor! En un infierno similar pocos han asumido su constancia sin envilecerse un solo instante!*"

Por su parte, "Il Risveglio", de Ginebra, informa: "*Severino Di Giovanni, antes de morir regaló a nuestro periódico cien ejemplares del primer y segundo volumen de los 'Escritos' de Reclus, editados amorosamente por él a pesar de las terribles amenazas. En una de esas cartas se podía entrever la vida heroica que llevaba y nos hablaba de otras obras que quería publicar. No podemos reproducir esas cartas porque las destruimos enseguida: la policía cae a allanarnos con el mínimo pretexto*".

Quien siguió combatiendo la memoria de Severino Di Giovanni fue Diego Abad de Santillán. En una carta escrita al anarquista alemán Max Nettlau el 21 de abril de 1931, a menos de tres meses de los fusilamientos, le dice: "*Di Giovanni es realmente el asesino de Arango. Ha muerto de una manera valiente, es verdad, pero difícilmente se pueda borrar con eso el recuerdo de cómo ha vivido. Lamento que haya caído bajo la dictadura, pero no creo que para el movimiento anarquista sea una pérdida. ¿Qué importa que a última hora se haya puesto a editar las obras de Reclus? Lo hacía, estoy seguro, para tratar de reivindicarse de algún modo, no porque estuviera de acuerdo con Reclus. Es el primer dinero que iba a la propaganda de los cientos de miles que habían sacado. Ya hablaremos de ese asunto*".

Aquí vuelve Abad de Santillán —aunque no públicamente sino en una carta— a atacar a Di Giovanni con un argumento que él no había podido probar en el juri. Señala una cifra muy abultada: "*Los cientos de miles que habían sacado*". El asalto más provechoso había sido en Obras Sanitarias con algo más de doscientos mil pesos de botín. Además, habla de autores ya que pone "*habían sacado*", pero sólo mencionó a Di Giovanni. Sostiene que era el primer dinero que iba a la propaganda, y tampoco es cierto, ya que Di Giovanni había financiado "Culmine",

folletos, la *Historia de la casa Savoia*, Schicchi, volantes, "Anarchia", ayuda a presos, etcétera.[199]

En 1969, Abad de Santillán declaró al autor de este libro que "*Di Giovanni era un espía del partido comunista italiano que había sido enviado para destruir al movimiento anarquista argentino*". Según él la prueba de esto la había obtenido de la propia boca de Palmiro Togliatti, quien fuera después secretario general de su partido. Relató Abad de Santillán que estando preso junto con Togliatti en un buque en el puerto de Barcelona, le preguntó a éste si era cierta una sospecha que guardaba desde hacía mucho tiempo: que Di Giovanni era espía comunista. Togliatti le contestó que sí —según Abad— y que él —Togliatti— lo había entrevistado en Montevideo y que en esa reunión lo había ganado para la causa comunista.

El autor de este libro, en busca de esa pista, entrevistó a Juan José Real —que había sido secretario general del partido comunista argentino— quien en vida guardaba una estrecha amistad con Palmiro Togliatti. Juan José Real me respondió taxativamente: "*Togliatti jamás estuvo en Montevideo. La única vez que estuvo en Sudamérica fue en Río de Janeiro y eso fue después del fusilamiento de Di Giovanni*".

Abad de Santillán reprodujo esta versión en sus memorias. No ofreció otra prueba. En ese sentido todos y cada uno pueden ser calificados de espías, la cuestión es probarlo fehacientemente. Por otra parte, toda la correspondencia íntima, los escritos, las acciones —como la de Sacco y Vanzetti— todo tuvo un tinte declaradamente anarquista. Ninguna otra persona —ni de su círculo de allegados ni de sus enemigos declarados— jamás lanzó ni aceptó una versión parecida.

Abad de Santillán falleció en Barcelona en la década del 80. Queda de él una inmensa producción intelectual entre libros, traducciones y ediciones. En cambio, su vida como activista político tuvo contradicciones. Se inició como anarquista bolchevique, es decir, admirador de la Revolución Rusa y apoyó el régimen maximalista de Lenin y Trotsky.[200] Combatió como ninguno al anarquismo expropiador en la Argentina pero en España apoyó durante la Guerra Civil a Buenaventura Durruti, el hombre —que por ironías de la historia— había actuado en la expropiación en la Argentina. Finalmente se convirtió en uno de los enemigos más acérrimos del comunismo soviético, tanto que, en carta dirigida a Hugo Treni, en 1962, señala que ha entrado en conversaciones con el ex vocero del gobierno de Franco en Burgos. Y que él conversa con todos menos con los comunistas (Archivo Abad de Santillán, Museo de Historia Social de Amsterdam).

Aldo Aguzzi será quien reincida —luego de regresar del exilio— con las publicaciones anarquistas en italiano. En diciembre de 1932 aparecerá en Buenos Aires "¡Sorgiamo!". La misma se hace con sacrificios, ya que gran cantidad de activistas italianos habían sido expulsados del país y existía una gran cantidad de desocupados. La situación había cambiado. En el Nº 7, del 1º de mayo de 1934 —quiere decir que en 18 meses sólo habían podido aparecer siete números, por dificultades económicas; en esto se notaba la ausencia de los expropiadores Roscigna y Di Giovanni— publicará la deportación en el vapor *Oceanía* desde Montevideo de Giacomo Barca —llamado cariñosamente "Barcaccia", el muchacho que ayudó a Di Giovanni en las ediciones de Reclus y de "Anarchia"— de Hugo Treni, el paciente investigador; de Antonio Destro —que había facilitado su dirección en Montevideo a las publicaciones de Severino— y G. Stefani. Los cuatro fueron entregados a la Italia fascista. Treni dejaba en Montevideo a su compañera, Clelia y a su hijito de pocos meses.

La muerte de Severino había sido para Aguzzi un golpe sentimental pero también ideológico. Se aferró al trabajo intelectual y solventaba los gastos de su hogar con su oficio de obrero pintor. Hasta que en 1936, la España antifascista convocó a todos los luchadores democráticos a combatir al franquismo. Aguzzi concurrió al llamado y, en Barcelona, junto a Camilo Berneri dirigió el periódico "Guerra di classe". Además hablaba por radio Barcelona a los soldados italianos fascistas que luchaban por Franco para convencerlos que dejaran sus armas y pasaran al lado de los republicanos. Se mantuvo en España hasta la derrota total y luego se trasladó a Marsella donde el 27-2-39 se embarcó de regreso hacia Buenos Aires. La derrota llenó de desesperanzas y tristezas a este italiano sumamente sensible e introvertido. Al llegar, su amada mujer María Agnese Caíani le manifestó que no deseaba seguir su relación con él. Lo alejaba así también de sus hijas Aura y Veritá.

Desde marzo a junio de 1939, Aguzzi trató de volver a organizar los grupos anarquistas italianos. Pero no pudo superar ni la derrota de su ideal en las trincheras españolas ni la separación de su mujer y sus hijas y el 3 de junio de ese año se vistió con lo mejor que tenía: traje, camisa blanca y corbata, y se suicidó con cianuro. Diez días después fue enterrado en la Chacarita acompañado por sus compañeros de siempre. "La Obra" escribirá de él: "*Fue una bella vida de militante erguida sobre la miseria constante de su condición de obrero pintor que las persecuciones no le*

dejaban ejercer". Agrega que "*era un orador brillante y un fino escritor*" y que "*sobrellevó con recatada dignidad las peripecias del hogar*". "*La derrota* —añade— *lo penetró de amargura y determinó por mucho el abatimiento que lo llevó al suicidio.*" Esos problemas se agravaban porque la policía lo buscaba por haber entrado clandestinamente al país, y además por el mal estado de su salud. Tenía tuberculosis.[201]

La foto del cadáver que la policía argentina le entrega a la embajada italiana para que le envíe el registro policial político de Roma muestra un hombre delgado, con calvicie incipiente y rostro de intelectual. Tenía 37 años.

Y bien, hemos llegado al final. Así fue la vida turbulenta y plena de facetas de este hombre. La pregunta es: ¿por qué Severino Di Giovanni?

El principio fue la curiosidad. Estudiar una figura demonizada por la sociedad establecida. ¿Era así como siempre lo presentó la *sana opinión pública* con sus intelectuales aparentemente críticos del *establishment* pero que en el fondo cumplen una función regularizadora y su tarea cosmética; los medios de comunicación, la policía, la justicia? No, no era así. De allí el interés de aproximarnos a su verdad, su neurosis, su ideal, su sociedad. En él se encarna al mismo tiempo la personalidad del revolucionario —pese a su fracaso—, del casi autodidacta, con su curiosidad por el saber, con su búsqueda de resolver la incógnita del mundo y del hombre. Su creencia como dogma en la violencia como único modelo racional de rebeldía. Pero también representaba Di Giovanni, con sus reacciones, el típico perseguido por la sociedad, que lo llenará de purezas, de necesidad de justicia, de fobias, con su inadaptación típica —no ya sólo al medio— sino también dentro del círculo revolucionario que no era capaz de seguir su ritmo. La sociedad de aprovechados y sometidos lo proclamó demonio y lo destruyó físicamente y en la memoria. Nada dejó de él. Los mansos y justicieros empiezan a comprenderlo, tal vez a amarlo, pero claro se lo querría como ajusticiador de Capanni, como ajusticiador del torturador Velar, pero no como asesino de López Arango ni siquiera del espía Montagna. Eso en un ambiente químicamente puro. ¿Olvidarse del atribulado, del perseguido? ¿La revolución sin víctimas y con canciones? ¿Dónde se produjo? ¿Dónde está el revolucionario ideal mezcla de Robin Hood y San Francisco de Asís? La historia hasta ahora

los ha producido con la demasiado humana mezcla de Cristo y Bonnot; y muchas veces más Bonnot, ese inquietante más de Bonnot que de Cristo.

Severino tiene una personalidad clara, tan clara que hace innecesario el psicoanálisis, aunque entusiasme descubrirlo sólo a través del análisis de su inconsciente. Severino y América son la pareja romántica paradigmática. Rebota ante ella toda la libidinosidad policial de la sociedad. La mugre lanzada se diluye ante el cristal de esa relación hombre-mujer-hijos-esposa. Los buenos salvajes de Rousseau.

El rebelde, inconscientemente, produce con su muerte un final operístico a la italiana, donde la música llora, impreca, heroíza, deja exhausto al espectador, lo reduce a una pequeñez culpable.

Pero la sociedad no se ablanda con sus hijos descarriados. Los sigue matando, cada vez con más crueldad y más dureza. El egoísmo se hace más bestial e impío. Instala ahora escuelas de torturadores. Ya no fusila, hace desaparecer. Ya no usa la escenificación de la ópera para crucificar; lo hace en oscuros sótanos de escuelitas y escuelas. Sus intelectuales siguen solícitos pergeñando teorías de demonios.

Hay un detalle que podría haber afectado la imagen demoníaca que de Severino hizo la sociedad triunfante de su época: el anarquista cayó al salir de una imprenta y no de un garito o de una mesa de dinero o de un balneario de moda. Llevaba consigo las pruebas de escritos de un filósofo preocupado por un mundo de paz y dignidad humanas. Durante la persecución implacable de cuatro años a la que fue sometido jamás hubo orden policial de buscarlo en algún lugar habitual de los delincuentes comunes o de los delincuentes de guante blanco que pululan en directorios de bancos, de empresas, de ministerios. Pero para cubrir ese pequeño detalle molesto del enemigo de la sociedad que salía de una imprenta, los intelectuales del Parnaso literario lo cubrieron con camisas de seda o le adjudicaron departamentos.

Se necesitaron muchas páginas para desenterrar la memoria. Rescatar la verdad de Severino Di Giovanni —con sus luces y sus sombras— es una manera de intentar conocer las astucias y las trampas de la sociedad establecida. Es una manera de conocernos mejor a nosotros mismos.

Notas

[1] Aclaración de los nombres mencionados por Di Giovanni en el Teatro Colón: *Matteotti*, diputado socialista italiano, secuestrado y asesinado por el fascismo en junio de 1924. *Dumini*, *Filipelli*, *De Vecchi*, *Rossi*, *Regazzi*, *Farinacci*: miembros del partido fascista y de la policía política complicados en la represión. Américo Dumini, por ejemplo, cuando se presentaba decía irónicamente: "*Dumini, ocho homicidios*". Este era superado sólo por otro de sus compinches que se presentaba así: "*Sandro Carosi, diez homicidios políticos*". (Ver Franco Fucsia: *Le polizie di Mussolini*, Mursia, Ed. Milano, 1985.)

[2] Orden Social Nº 62907, tomo II. Igual para la transcripción literal del interrogatorio al detenido.

[3] Di Giovanni nombra a las dos antípodas: Tolstoi, el no violento por excelencia; Ravachol, el símbolo de la violencia desesperada. Aquí Severino engaña a la policía. Ya a esa altura —como veremos más tarde— había publicado artículos justificando la violencia de abajo como derecho de rebelión.

[4] Nueva York, 28-3-31. Severino Di Giovanni quedó huérfano muy temprano y fue criado por un tío en forma muy rigurosa. Los Di Giovanni habían pasado muchos años en Filadelfia y luego regresado al hogar familiar, en Villamagna, población cercana a Chieti. De niño leía mucho y una hermana refirió la anécdota de que cuando los hermanos le preguntaban algo, Severino les contestaba sin levantar la vista del libro.

[5] "*Al pueblo hay que tenerlo formado todo el día y en uniforme de la mañana a la noche. ¡Y quiere palos, palos y palos!*"

[6] Igual fecha que 4.

[7] Ver el artículo completo en *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, de Osvaldo Bayer, Tomo IV, pág. 401.

[8] Franco Fucci, *Le polizei di Mussolini*, Mursia, Ed. Milano, 1985.

[9] La información era mutua. Italia informaba a la Argentina sobre los antifascistas que viajaban a Sudamérica. La policía argentina informaba al gobierno fascista de las actividades de esos antifascistas. El fichaje realizado en Roma de los antifascistas italianos en la década del veinte en suelo argentino —durante los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear — se llevó a cabo con los

datos que Orden Social le pasaba a la embajada italiana en Buenos Aires. (Ver Archivo Centrale dello Stato, Carcellario Político Centrale.)

[10] Orden Social Nº 62907, tomo II. Di Giovanni figura, a partir de ese momento, prontuariado por la policía de la Capital como "*Anarquista temible*". "*Aspecto en la vida social: decente.*"

[11] Romano, José Domingo (llamado *Ramé*). Nació en Cervesina, Pavia, el 24-8-1905. Estaba caratulado como anarquista en la policía política italiana con el Nº CPC 4393 (33929). En sus antecedentes policiales se lee: "*Es trabajador asiduo y se mantiene con su jornal. En Italia frecuentaba compañías de su ideología política. Buen comportamiento en los deberes con su familia. Desde diciembre de 1921 (a los 16 años) pertenecía a la Sección Juvenil Libertaria de Cervesina. Con respecto a la autoridad se comportaba con arrogancia y era adverso a ella*". Llegó a Buenos Aires a los 17 años, el 13 de julio de 1922. Pertenecía, en 1926, al grupo de "La Rivolta" de Camilo Daleffe y el "Circolo Filodramatico 'Senza Patria'".

[12] Cuando Severino, en su escrito, menciona a la guardia blanca, etc., se refiere a las organizaciones armadas de derecha financiadas casi siempre por las patronales y toleradas por los respectivos gobiernos: la guardia blanca, con el zar; los somatenes, en España; los camelots, en Francia, cuerpo armado de la Action Francaise, nacionalista, monárquico y antisemita; el Ku-Klux-Clan, organizada en 1865 por oficiales del ejército del sur de Estados Unidos, contra los afroamericanos y los liberales. En la Argentina, la Liga Patriótica Argentina, organización nacionalista y patronal que ayudó, durante los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear, a la represión de movimientos huelguísticos obreros. El presidente fue Manuel Carlés, alto funcionario yrigoyenista y después de Alvear, y a la vez profesor del Colegio Militar y de la Escuela Nacional de Guerra. Integraban la junta nacional Miguel A. Martínez de Hoz, Joaquín S. de Anchorena, monseñor Miguel de Andrea, el vicealmirante Manuel Domecq García, el general Eduardo Munilla, los políticos radicales Carlos M. Noel, Vicente Gallo, Leopoldo Melo, el director de "La Nación", Jorge A. Mitre, el director de "La Prensa", Ezequiel P. Paz, el director de"La Razón" José A. Cortejarena, los estancieros Celedonio Pereda, Saturnino Unzué y Antonio Lanusse, Dardo Rocha, Federico Leloir, Francisco P. Moreno, Estanislao S. Zeballos, Pastor S. Obligado y otros "notables". En el punto a) de sus estatutos se señalaba: "*Sostener y fomentar en la vida pública nacionales respeto a la ley, el principio de autoridad y el orden social*". El punto b): "*Intensificar la educación nacionalista en los establecimientos oficiales, sean cuales fueren su carácter y su grado*". En el punto n) se sostenía: "*Adoptar las medidas necesarias para que los elementos de la Liga puedan agruparse en organizaciones vecinales que cooperen a la acción represiva de todo movimiento de carácter anarquista*". En el manifiesto constitutivo de 1919, luego de haber participado en la represión de la "Semana Trágica", dice la Liga Patriótica en directa alusión a las ideas socialistas: "*La humanidad vive una de las más difíciles horas de su destino. La guerra más sangrienta de su historia ha conmovido profunda-*

mente a los pueblos. El dolor y la miseria, la prédica constante de los que se proclaman enemigos de la patria, de la familia, de la propiedad, de la cultura, han perturbado en Europa el espíritu de millones de hombres y amenazan extender a la nueva doctrina disolvente de la sociedad por países como el nuestro, que no han hecho sino ofrecer los frutos de su suelo, los beneficios de la paz y el amparo de sus libertades a todos los que han nacido cobijados por nuestra bandera y a todos los que han venido a buscar su protección de patrias lejanas. Voces que salen de la sombra, manos que se yerguen a lo lejos, sacudimientos anárquicos como los que conmovieron recientemente a Buenos Aires y otras ciudades de la República, parecen querer anunciarnos que está cercano el día en que las fuerzas del odio y de la disolución pretenderán imponer sus ideales funestos a la sociedad y el individuo. Ha llegado el momento, pues, en que todos debemos considerar si nuestra obligación de ciudadanos de un país libre, consiste solamente en cumplir con los deberes pasivos que nos impone la ley, o si tenemos que hacer algo más, algo que nos junte a todos en un haz firme de voluntades y de esfuerzos tendientes al restablecimiento moral, intelectual y material de la patria argentina". El lema de la Liga Patriótica era: "*Patria y Orden*".

[13] Ver Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Ed. Legasa, 1986.

[14] "Culmine", Nº 18, 5-2-27, pág. 2. Para ésta y la cita siguiente.

[15] "Crítica", 1º de febrero de 1931.

[16] Recuerdos de América Scarfó, manuscrito.

[17] "Culmine", Nº 18, 5-2-27, pág. 3.

[18] Lucetti había nacido en 1901, es decir, era de la misma edad de Severino. En 1943 fue liberado cuando los norteamericanos llegan a Nápoles. Fue a curarse a la isla de Ischia, donde perderá la vida poco después durante el último bombardeo de los alemanes a ese lugar.

[19] "Culmine", Nºs 24/25. Maramaldo y Galleone: motes para Mussolini.

[20] Ver vida de Roscigna en: Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, Buenos Aires, Ed. Legasa, 1986.

[21] Orden Social Nº 62907 y O. S. 51998.

[22] "Culmine", Nº 26. Id. cita siguiente. Fuller —nombrado en la primera cita— es el gobernador de Massachussets que tenía en sus manos el indulto de Sacco y Vanzetti.

[23] En *El hampa porteña*, Buenos Aires, 1972. Tomo IV, año 2.

[24] Carta Nº 3 de Severino a América, fotocopia en poder del autor.

[25] Ver declaraciones del encargado Trotta. O. S. Nº 62907.

[26] Ver su actuación en: Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, id. anterior. El verdadero nombre de Gino Gatti es José Baldi. Era cuñado de Ramé. Había nacido en Corana, Italia, el 19-3-1901. Su prontuario, de la provincia de Pavia, señala que de 1919 a 1922, antes de expatriarse a la Argentina, desarrolló en su lugar de nacimiento y pueblos vecinos activa "*propaganda subversiva entre*

las masas obreras, hablando también en actos para incitar a los trabajadores a la anarquía. Tomó parte en todas las más importantes manifestaciones subversivas en esta provincia, mostrándose encarnizado y peligroso anarquista. De 1923 a 1925 trabajó de camarero en Buenos Aires, donde vivía en la calle Morón 5056. En 1928 se estableció en Temperley, Villa Laperla, viviendo con peligrosos anarquistas, entre ellos el conocido Severino Di Giovanni". El 8 de abril de 1931, la embajada italiana de Buenos Aires, por informaciones de la policía política de Buenos Aires, en colaboración con la policía de Montevideo, informa a Roma que "*José Baldi posee una pequeña lancha a motor que maneja personalmente y de la cual se sirve para el traslado de sus compañeros anarquistas y también para operaciones de contrabando. Primina Romani (o Romano), que se titula mujer de Baldi, también ha desaparecido. Tanto Baldi, como ella y una hija de aproximadamente siete años son buscados activamente*". El propio Bocchini, jefe de policía y creador de la OVRA, policía política fascista ordena la búsqueda de Baldi por si llegara a desembarcar en Europa. (Telegrama 200101, IN, Archivio dello Stato, Roma.)

Fue uno de los autores del atentado contra el mayor Rosasco, jefe de policía de La Plata, durante la dictadura de Uriburu. En 1933 fue detenido y condenado a 22 años de prisión en el penal de Ushuaia. Recuperó la libertad a fines de la década del cuarenta. La policía de Pavia secuestró una carta de Baldi dirigida a su familia que habla de por sí de los sentimientos de ese anarquista. Dice así: "*16-10-33. Queridísimos míos: no me explayaré mucho en estas líneas. Ya Primina les comunicó acerca de mi prisión. Les ruego no desesperarse ya que tanto yo como Primina estamos tranquilos y serenos, nuestra hija se encuentra bien y la salud es óptima para los tres. En el calvario de esta vida es necesario estar dispuesto a todo y, de un modo especial, cuando uno es privado de sus derechos. El silencio y la pasividad, frente a tanta injusticia, es cómplice de la tiranía y es por eso que a los jóvenes, en los cuales todavía palpita un poco de dignidad, les toca rebelarse. Vosotros ya sois viejos, vuestra lucha ya ha terminado. Tratad de quedaros lo más tranquilos posible, vivid en paz y no os extrañéis si nosotros estuvimos tanto tiempo sin escribir. Nuestro pensamiento siempre estará unido a todos vosotros. Recibid un fuerte abrazo de vuestro hijo, Giuseppe*".

[27] O. S. Nº 62907, 27-8-27.

[28] Pietro Gori, *La donna e la famiglia*, Buenos Aires, Edizione di propaganda "Culmine", 1927.

[29] "Culmine", Nº 28, pág. 1.

[30] El autor de estas líneas fue el redactor Alberto Bianchi (fallecido el 11 de mayo de 1969, a los 71 años de edad).

[31] "L'Allarme", Buenos Aires, Nº 1.

[32] Conversación del autor con Diego Abad de Santillán (4-3-69). Conversación del autor con Alberto Bianchi (31-1-69).

[33] Parte de Orden Social O. S. NI 62907.

[34] Id. anterior. También las citas siguientes, el interrogatorio y el texto de volantes.

[35] En "Culmine", Di Giovanni encaró también temas teóricos. He aquí algunos títulos: "Un maestro del anarquismo: Ricardo Mella; La actitud de la voluntad frente a la vida" ("*En los hechos* —escribe en un párrafo de ese artículo— *comprobamos que el filósofo Schopenhauer, negador de la vida, es refutado y combatido después por Nietzsche, aunque éste en su juventud —al comienzo de su vida universitaria— lo amó y lo apreció. Nietzsche se alejó de él, en dos temas. Primero, refutando la negación de la vida, afirmando, en cambio, la suprema voluntad de vivir, segundo, contra la inconsecuencia práctica de Schopenhauer quien, en calidad de filósofo, negaba la vida mientras que en la realidad, como hombre, la afirmaba. El hombre que se estima a sí mismo no debe sólo afirmar con voluntad la vida sino también perseverar más allá de todos los dolores y los sufrimientos que ella le puede acarrear. No es de carácter diamantino quejarse y echar la culpa a la vida de aquello que se pudiera padecer durante su desarrollo, pero sí es directamente vil negar esa vida o soportarla como condena obligada por la naturaleza*"), otro artículo; "Warlam Tcherkesoff (biografía del anarquista ruso muerto el 18 de agosto de 1925); Para elevar la vida: cómo se comportan los diversos tipos de seres humanos frente a la sociedad". En esta nota, luego de describir una serie de tipos humanos, todos ellos que buscan utilizar a la sociedad —de diversas maneras—, en beneficio propio, señala: "*Sólo se encuentra un reducido número de hombres que reconocen la elevación del espíritu, de la cultura y de la potencia del ingenio humano con amplia mirada y ojos serenos y, sin intenciones interesadas o personales, trabajan enérgicamente con espíritu de sacrificio y a total beneficio de la humanidad. Lástima que son muy pocos y viven completamente aislados y sin ser escuchados. ¡Cuándo comenzaremos no sólo a oírlos sino también a imitarlos colocando nuestras mejores energías al servicio de la humanidad! Sólo entonces el mundo habrá dado el paso más grande hacia la evolución, el bienestar y la emancipación*".

[36] O. S. Nº 57393.

[37] La biografía oficial de Capanni publicada por el régimen fascista en Publicazione Ministero Affari Steri, 1937, Roma, Stati di Servizio del personale, pág. 271, dice así: "*Italo Capanni, nacido en Piudisco, 9-12-88. Diputado al Parlamento Nacional. Nombrado cónsul general en Buenos Aires, el 1-6-1928. A disposición 17-6-1929. Destinado a Valparaíso el 21-4-30. Cónsul general de 1º clase, 1933. Ministro Plenipotenciario en Panamá y Costa Rica, 1935. Teniente, 1915; capitán, 1916, mayor, 1929. Inspector de la Vanguardia Juvenil Fascista, 1923. Medalla conmemorativa de la Marcha a Roma*".

[38] "La Diana", 1-7-28.

[39] "Risorgimiento", Buenos Aires, 30-12-1930, pág. 5. Por su parte, el "Bulletin d'Information Concentración Antifascista Italiana", con sede en París, y que era dirigida por el célebre pensador socialista Filippo Turati, escribía el 1-10-29 sobre Capanni: "*Capanni, antiguo corredor de bicicletas, vendía en Buenos Aires, en su primera juventud, tarjetas postales todo menos que místicas. Posteriormente, en Italia, llegó a ser uno de los 'squadristas' más violentos y criminales.*

Diputado fascista, no cumplió ningún papel en la cámara. Enviado como cónsul general a Buenos Aires se empeñó en una guerra a muerte con los antifascistas, que es como decir, contra casi la totalidad de los italianos de ese país. E hizo perseguir a sus familias en Italia. Llegó hasta a intentar el secuestro de un ingeniero antifascista que se hallaba en navío italiano para saludar a sus amigos. Capanni quería hacerlo quedar por la fuerza para transportarlo a Italia donde hubiera sido asesinado o enviado al confinamiento. El ingeniero se salvó porque actuó con extrema energía en un verdadero match de boxeo contra el cónsul. La policía debió intervenir y los dos fueron remitidos a la comisaría. El escándalo fue tan grave que Capanni se encuentra en una situación muy desagradable".

Acerca de este incidente, hay documentación en el Archivio dello Stato, en Roma. Por nota del 19-9-28, 384, "*Riservatissimo, el embajador Martín Franklin informa a Roma del incidente y expresa: he recomendado a Capanni ser más cauto y calmo*". Luego hay un telegrama del propio Capanni al ministro del Exterior, donde Dino Grandi —al cual tutea, mostrando en qué relaciones se movía— le informa que el ingeniero Francesco De Santis es un "*desertor antiitaliano*" y "*denigratore*" del régimen. Señala que cerca del barco Duilio "*lo schiaffeggiai solennemente*", es decir, le dio de bofetadas. Al parecer, el capo squadrista Capanni no tenía muchas cualidades diplomáticas. (Telegrama 12670, Esteri-Roma.) Capanni era "commendatore della Corona d'Italia", 1922; "commendatore dell'ordine coloniale della Stella d'Italia", 1924; Grand'ufficiale dei San Maurizio e San Lazzaro, 1936.

[40] *Attentäter*, palabra alemana que significa *autor de un atentado* y que Emma Goldman utiliza para diferenciarlo del terrorista.

[41] El 8 de mayo había sido asesinada por la policía la obrera Luisa Lallana, en Rosario, y el día de su entierro se proclamó la huelga general.

[42] "La Nación", 24-5-28.

[43] "La Nación", 31-5-28.

[44] "La Nación", 24-5-28.

[45] "Fasci Italiani all'Estero", Roma, 1930.

[46] Regina Pacini era italiana —aunque nacida en Lisboa— y había sido una notable cantante lírica. En su honor se le puso "Villa Regina" a la localidad de la provincia de Río Negro. En ese sentido, la revista "Impulso", de Bahía Blanca (Nº 11, mayo de 1929), denuncia: "*Villa Regina es una colonia italiana organizada en Río Negro por la Compañía Italo Argentina de Colonización. Su dirección está en manos de fascistas, es decir, de delincuentes que, usando la protección de las autoridades oficiales de su país y previo el homenaje cortesano de ponerle el nombre de la señora de Alvear a la colonia, lograron comprar el terreno por un precio irrisorio, para venderlo hoy con leoninos contratos a cien pesos la Ha. o sea, diez veces el costo, a los pobres agricultores traídos desde Europa. No contentos con esta feroz explotación, los directores y aprovechadores del cuento, exigen de los colonos la sumisión a los principios fascistas y, en su audacia, han llegado a amenazar con arrojar de la colonia —según denuncia concreta publicada en 'El Atlántico', de Bahía Blanca— al maestro argentino*

que regentea allí la escuela fiscal y que se niega a cumplir la orden de los directores fascistas de hacer cantar diariamente en su escuela a los niños el himno de los camisas negras".

[47] "La Nación", 25-5-28.

[48] Id., 24-5-28.

[49] "O. S. Nº 62907.

[50] "Fasci italiani all'Estero", Roma, 1930.

[51] "L'Allarme", 20-6-1928. La primera reacción de Aguzzi había sido escribir a "L'Adunata dei Refrattari", de Estados Unidos (14-7-28, pág. 4): "T*ambién yo he caído en la redada y por eso no pude escribir antes. Los arrestados fueron cerca de 500. A muchos compañeros que no pudieron ser procesados bajo algún pretexto en conexión con el atentado, después de estar varios días incomunicados y vigilados, se les aplicó la 'portación de armas' con una pena de un mes de detención. Este trato fue aplicado a todos los compañeros de 'L'Allarme', quienes, salvo complicaciones, saldrán a más tardar el 22 de junio*".

Con respecto al atentado en sí, dice lo siguiente: "*El atentado ha sido terrible; desdichadamente no dio en el blanco. Se puede comparar al del 'Diana'. Toda la prensa* —continúa Aguzzi— *comprendida esta vez la totalidad de las publicaciones anarquistas y también 'La Antorcha' lo ha desaprobado declarándolo inaceptable para los anarquistas. La situación es grave*".

Pero la redacción de "L'Adunata", si bien publica el mensaje de Aguzzi, no acepta completamente sus términos. Dice así: "*Por más grave que sea la situación es difícil a tanta distancia y tan alejados de las repercusiones, comprender los motivos superiores de ética revolucionaria y anarquista que puedan haber inducido a los periódicos libertarios a repudiar, con insólita unanimidad, un atentado ejecutado contra un blanco tan bien individualizado y tan merecedor de las represalias de los antifascistas y de los revolucionarios en general, y de los anarquistas en particular. Comprendemos que también aquí se reproducirá el luto por tantos 'muertos inocentes' y convengamos sin esfuerzo que no es jocoso que por golpear y golpear inadecuadamente al fascismo se haga necesario pasar por los cuerpos de tanta gente que tal vez no tenga responsabilidad directa en la atrocidad fascista. Pero, por otra parte, el fascismo ha legitimado todas las violencias y todas las represalias. Es una banda de aventureros tan extraña a todo principio de convivencia, una amenaza tan inmediata y cruel para la humanidad entera que, para el porvenir mismo de la civilización y de la vida, se hace necesario combatirlo, golpearlo donde se encuentren los tentáculos mortales, golpearlo sin piedad y sin medir los golpes*.

Bien lejos de expresar reservas a los resultados trágicos como en el caso de Buenos Aires —prosigue— *la historia agradecerá a los autores desconocidos de ese gesto que si no fue justiciero en la medida prevista o calculada, no por eso deja de advertir acerca de la voluntad de liberación que anima a las víctimas incontables del régimen infame.*

Los periódicos anarquistas de Buenos Aires —finaliza— *repudian el atentado: preferimos creer que lo hacen por miedo de las represalias a las cuales*

probablemente se exponen si toman otra posición, sin estar convencidos que el hecho sea verdaderamente condenable. Preferimos calificarlos de pusilánimes antes que de inconscientes por cuanto, según nuestra opinión, tanto el miedo como la ignorancia acerca de qué es el fascismo, pueden inducir a vituperar el atentado realizado contra un consulado regido por el squadrista Capanni."

[52] Agosto de 1928.

[53] El 23 de marzo de 1921 estalló una bomba en el teatro Diana de Milán. Había sido colocada por un grupo de anarquistas individualistas. Hubo numerosas víctimas.

[54] Se refiere a que muchas publicaciones de izquierda interpretaron que el atentado había sido fraguado por los propios fascistas.

[55] Anteo Zamboni, adolescente de 16 años, que hizo fuego contra Mussolini, en Bolonia, el 11-9-1926. El muchacho fue linchado en el mismo lugar por policías y *squadristi*. Mussolini resultó ileso.

[56] Gaetano Bresci mató a Humbreto 1º, rey de Italia, el 29-7-1900, en Monza. Santo Caserio, a Sadi Carnot, presidente de Francia, el 24-6-1894.

[57] Sante Pollastro, expropiador anarquista antifascista.

[58] El aviador De Pinedo hizo en la década del veinte vuelos "de buena voluntad" que sirvieron a la propaganda de Mussolini.

[59] "La Nación", 31-5-1928.

[60] La nota agrega: "*El anarquista que arrostra el peligro y se sacrifica en holocausto a la causa del pueblo, que conscientemente afronta la responsabilidad de una sanción que cree justiciera, no puede ser confundido con el desesperado que realiza terribles venganzas al azar, movido por una morbosa pasión destructora. Podrá llamarse anarquista el expropiador, el violento instintivo, el terrorista amoral. Más ese anarquismo es precisamente el que nutre la leyenda tenebrosa que ha creado en torno a nuestro movimiento la atmósfera de antipatías y de repulsión que malogra los mejores esfuerzos de la propaganda revolucionaria. No tendremos derecho nosotros a juzgar la conducta de esa clase de descontentos ya que se trata de actos individuales que no controla ninguna colectividad ni responden a una noción de interés o bien colectivo. ¿Pero, estamos obligados a aceptarlos, permitiendo que sigan llevando la etiqueta del anarquismo en desprestigio de un movimiento que aparece, por su misma anonimidad, solidario con ellos?*".

[61] Gustav Noske, político socialdemócrata alemán, fue el encargado en el gobierno de Friedrich Ebert, con ayuda del ejército y de bandas de ultraderecha, los *freikorps*, de reprimir el levantamiento de los *espartaquistas*, en enero de 1919. La sangrienta represión culminó con el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

[62] "La Protesta" siguió publicando día tras día editoriales contra los autores del atentado del Consulado. He aquí algunos de los títulos (publicados casi todos en primera página): "Los anarquistas y el terrorismo" (29-5-28);

"Sobre los últimos atentados", id.; "El anarquismo y el terrorismo" (30-5-28); "Una provocación fascista" (31-5-28); "Terrorismo de provocación" (2-6-28); "La cuestión de las bombas" (5-6-28); "La mentalidad fascista: repetimos lo del principio, los hechos terroristas últimos son esencialmente fascistas", "De las justificaciones" (12-6-28), en el cual ataca a los defensores del atentado e ironiza la actitud de Aguzzi, preguntando: "*¿No fue uno de esos anarquistas deterministas el que entonó una fúnebre plegaria a los caídos con motivo de la bomba? Nosotros no llegamos a tanto*". Y más adelante lo llama "*la Magdalena del grupo*". Otro artículo sobre el mismo tema fue: "La pista de las bombas" (14-6-28).

[63] 11 de agosto de 1928, págs. 3 y 4. Los reproches a Aguzzi seguirán en "L'Adunata" por su apresuramiento en juzgar el hecho. Vincenzo Cassio, el 20-10-28, le recuerda que en su diario "L'Allarme" había escrito párrafos como éste: "*Somos revolucionarios porque creemos que con la guía de largas experiencias y sobre todo con la observación de hechos recientes, el privilegio y el poder no pueden ser abatidos si no es con la violencia revolucionaria*". ¿Cómo podía haber escrito eso y luego lamentar el atentado al Consulado?

[64] "L'Adunata", 29-12-28, págs. 6 y 7. En el número del 12-1-29, Casio le responderá nuevamente para decirle que en los momentos decisivos hay que estar en una u otra trinchera, y no en el medio, "*la historia demuestra* —le dice— *que todo acto de rebelión fue siempre causado —en todo tiempo y en todo lugar— por la opresión de las clases o de las castas dominantes y es obvio que en el juicio crítico de la desigual lucha entre opresores y oprimidos si no se quiere que nuestro decir se preste a equívocos se hace necesario ser claro y tomar una posición única, decisiva, porque de otra manera todo titubeo, toda reserva se convierte en una culpa, porque indirectamente se une a las maldiciones burguesas de nuestros opresores*".

[65] El anarquista italiano Francesco Barbieri fue quien enseñó la fabricación de explosivos, su uso al grupo "Culmine". Estos lo conocían como *Ciccio (Chicho), el profesor*. Había nacido en Briático, en 1895. Su compañera se llamaba Fosca Corsinovi y tenían una hija, Domenica. En 1921 emigró Barbieri a Buenos Aires donde siempre se mantuvo en el anonimato. Cuando se descubrió lo de Lomas del Mirador, se marchó a Brasil. En diciembre de ese año, el gobierno brasileño lo expulso a Italia, pero en Génova lo dejaron en libertad "*por falta de antecedentes*". Era un hombre muy listo para desorientar a la policía. Quienes lo conocieron testimonian que parecía el inocente nato. De Génova marchó a Marsella. En 1931 integra el grupo anarquista "Sacco y Vanzetti". En 1932 sufre, en Francia, ocho meses de prisión por falso pasaporte. La policía política italiana, ya alertada de la personalidad de Barbieri, informa que "*el nombre de Barbieri figura casi siempre en los atentados dinamiteros y en los complots contra el régimen. Se lo sindica de haber dado los explosivos para los atentados de Aubagne, de Piazzale giulio Cesare y los dos contra el Consulado de Tolón. Y se sabe que dio el manual de explosivos para un presunto atentado durante la conferencia de Strega, en julio de 1937. Además entre 1930 y 1937 tuvo gran actividad en Ginebra y España*"

(CPC, Ministerio dell'Interno, Direzione Generale del Ps, Casellario Político Centrale, Roma). Francesco Barbieri fue asesinado, junto al intelectual libertario Camilo Berneri, en Barcelona, en las jornadas de mayo de 1937. Tenía 42 años de edad.

[66] 1-4-28. Idem cita anterior.

[67] O.S. Nº 57393. Idem citas siguientes sobre informes policiales.

[68] Los encargados de llevar el dinero eran José Vela y José Nutti. El primero fue durante muchos años el ejemplo de esos hombres que nunca están en el primer plano pero que siempre hacen las tareas indispensables de la solidaridad. Fue hombre de "La Antorcha" y, en la década del treinta, de "La Obra". La casa de los Vela era siempre centro de revolucionarios y perseguidos. Una pequeña anécdota ilustra quién fue José Vela: terminada la dictadura de Uriburu cuando regresaron los anarquistas del presidio de Ushuaia, la primera noche de llegada entre 30 y 40 ex presidiarios durmieron en la casa de Vela; en la cárcel sabían que ese era el punto de encuentro.

José Nutti era chofer de taxi. Fue detenido en enero de 1931 por formar parte del grupo de Tamayo Gavilán. Lo condenaron a 6 años por "asociación ilícita", un recurso al que acudieron los jueces de Uriburu y Justo para sacar del medio a los anarquistas molestos cuando no se les podía comprobar fehacientemente un delito. Nutti fue enviado a Ushuaia donde intentó suicidarse dos veces. No aguantaba las continuas palizas de los carceleros ni soportaba el duro trabajo de cargar troncos sobre el hombro en la nieve y el frío. Pero la ayuda y el consejo constante de los otros penados anarquistas, entre ellos Emilio Uriondo, le hicieron ganar temple y desistir de sus intenciones suicidas. Cumplida la pena volvió a su oficio de chofer de taxi y colectivos, en la zona de Parque Patricios.

[69] Fotocopia en poder del autor.

[70] Fotocopia en poder del autor.

[71] Ver vida y muerte de Juan Antonio Morán en *Los anarquistas expropiadores*, de Osvaldo Bayer, Buenos Aires, Editorial Legasa, 1986.

[72] Volumen en preparación, carta Nº 14.

[73] Umberto Lanciotti fue una de las figuras clave del anarquismo expropiador argentino. Había nacido en Forano Sabina (Rieti, Italia) el 1º de abril de 1894. El padre era empleado ferroviario y por eso fue trasladado con la familia a Sassoferrato. A los 19 años, Umberto emigró a Francia. De Francia se embarcó a Estados Unidos —por problemas de trabajo— y se estableció en Scranton, Pensilvania. Trabajó allí en una mina y en una refinería de carbón. Luego inicia un largo recorrido por diversas ciudades norteamericanas trabajando en fábricas de automóviles o en bancos. No respondió al llamado a filas en la guerra mundial y fue declarado desertor. En Detroit actuó activamente en el campo anarquista. En julio de 1920, trabaja de camarero en el barco *Andrea Costa* y así regresa a Génova. Y de allí a Loreto donde durante 7 meses hace trabajos

ferroviarios. Se embarca clandestinamente otra vez en el *Andrea Costa* y desembarca en Inglaterra donde quedará tres años y medio. En marzo de 1925 se embarca en el Arlanza rumbo a Buenos Aires. En esta capital entra a trabajar como mozo en el restaurante de Harrods. Se pondrá en contacto inmediato con los grupos antifascistas y con los anarquistas expropiadores, entre ellos Roscigna, Di Giovanni y Emilio Uriondo. Con ellos actuó en numerosos actos de expropiación, en atentados dinamiteros y en la liberación de compañeros presos y falsificación de moneda. En Buenos Aires sufrió dos años de cárcel, en 1933, fue acusado de quemar un coche para cobrar el seguro. Fue torturado y recibió palizas por la policía de Rosario, pero no delató a ninguno de sus compañeros. Aunque no se le pudo probar ningún delito se le aplicó la ley de residencia y fue entregado al gobierno de Mussolini. En Italia estaba caratulado como *anarquista peligroso y attentatore*. El 28-12-33, al ser entregado a los fascistas, éstos lo condenaron, por empezar, a un año de cárcel por deserción. Cumplida esa pena, el 14-2-35, fue condenado a "confinamiento definitivo" en la isla de Ponza por cinco años. En su prontuario se puede seguir paso a paso la obstinada rebeldía de este hombre. El 2 de agosto de 1935 es condenado a tres meses de arresto por "contravenir las obligaciones del confinamiento". El 29-8-36, la Prefectura de Nápoles informa que Lanciotti, en la colonia de confinamiento "*ha observado mala conducta política agitando entre los confinados y no dando pruebas de ningún arrepentimiento*". El 5-7-37, lo trasladan de Ponza a Tremiti. El 8-8-37 el consejo de disciplina lo condena a diez días de arresto por "*haberse negado a hacer el saludo fascista en la formación*". Veinte días después se le aplican treinta días de arresto por el mismo motivo. El 5-10, otros treinta días y la reducción del subsidio a la mitad, siempre por no hacer el saludo fascista. Pero ya el 27-10, el ministerio, con nota 793/21189 había autorizado a aplicarle dos meses de detención "*por la obstinada negativa a hacer el saludo romano*". Por lo cual es trasladado a la cárcel de Lucera. En el informe anual de Tremiti (31-12-37) se informa que Lanciotti ha demostrado "*persistente adhesión a sus ideas adversas al régimen y a las instituciones*". Luego, en su prontuario aparece una nota del 2-2-39, de la Prefectura de Foggia donde se señala que durante "*el tercer trimestre no ha dado pruebas de arrepentimiento y ha conservado inalterables las propias ideas anarquistas, frecuentando la compañía de los elementos más peligrosos. Se lo vigila atentamente*". El 5-3-39 es trasladado a Bernalda (Matera) y el 30-3 es devuelto a la colonia de Tremiti. El 31-3-39 está la última referencia a su conducta: "*demuestra siempre conservar persistentemente sus ideas subversivas y no deja de instigar a sus similares instándolos a que se nieguen a cumplir con la obligación del saludo romano*" (C.P.C. 2707, Nº 37390). Estos datos demuestran que las afirmaciones de que los anarquistas expropiadores eran hombres que habían caído en la corrupción o que eran meros delincuentes comunes eran falsos. Había detrás de ellos una firme convicción política. En 1975 visité en Italia al anciano Umberto Lanciotti, en compañía de Aurelio Chessa, curador del archivo Bemeri, de Pistoia. Tuve con Lanciotti una larga y fructífera conversación. Seguía *incorregible*. Sus ojos

chispeaban cuando recordaba sus andanzas con Severino Di Giovanni, Emilio Uriondo, Miguel Arcángel Roscigna y sus otros compañeros. Todavía soñaba con la revolución libertaria. Lanciotti fue reconocido como "*víctima del fascismo*" y recibió en ese sentido una pensión. Su lucha había sido, finalmente, reconocida.

En una información policial italiana del 20-2-1935 (año XIII de la era fascista) se señala que Lanciotti "*con sus sutiles exhortaciones y sus hábiles consejos ha influido sobre el famoso ajusticiado Di Giovanni, Severino, temperamento sugestionable y exaltado, y decidirlo a llevar a cabo una serie de actos terroristas y criminales en los cuales estuvo casi siempre asistido materialmente y moralmente por el Lanciotti mismo*". Y agrega: "*Este* (Lanciotti) *experto mecánico y audaz conductor de auto, dotado de una sorprendente calma, aún en las circunstancias más difíciles, fue utilizado por la banda indicada en el manejo de vehículos, en la mutación de puestos y en las precipitadas fugas*". Luego de detallar los asaltos donde intervino, señala el escrito policial: "*pero las pruebas nunca pudieron ser reunidas en el juicio debido a la astucia nada común* (de Lanciotti) *y el impenetrable silencio de sus compañeros de acción*".

[74] Volumen en preparación, carta Nº 16.

[75] Suplemento quincenal de "La Protesta", Nº 297, del 31-12-28.

[76] El artículo se titulaba"Desviaciones del anarquismo" y se subtitulaba "A propósito de nuevos casos de delincuencia vulgar". Decía —entre otros conceptos de dura censura contra la actividad ilegal— lo siguiente: "*Desde hace varios años no hay en este país un hecho ruidoso de la delincuencia vulgar en donde no salgan a relucir nombres de anarquistas viejos y nuevos. Asaltos a pagadores y bancos para los más audaces, fabricación y circulación de moneda falsa para otros y mil formas de vida al margen del trabajo, han estado a la orden del día estos años entre una serie de individuos que se encubren bajo el manto del anarquismo. Queremos apelar al buen criterio de los anarquistas para tratar de poner fin, de aislar ese foco de perversión y de desviación de las ideas y los métodos de lucha. El anarco-banditismo es, desgraciadamente, una verdadera plaga: hay regiones donde toda la propaganda y toda simpatía por la anarquía han muerto a causa de esa delincuencia.*

Hay ya como para desesperar. El anarco-banditismo, que fue en otros tiempos una invención policial, es hoy una triste realidad. En la Argentina, en Francia, en Estados Unidos, etc., se le defiende y se le proclama casi como una virtud de algunos periódicos que se dicen anarquistas y que son leídos por anarquistas con la mentalidad pasiva de los lectores de periódicos. Somos muy pocos en la reacción contra esa anomalía peligrosa.

En Santa Fe han sido detenidos como falsos monederos o circuladores de falsa moneda unos cuantos individuos. A uno de ellos, Siberiano Domínguez, la prensa lo califica de 'escritor y orador anarquista'; todos son sindicados como 'ácratas conocidos'. El gran público está lleno ya de estas historias, que se repiten con complacencia; sabe del asalto al Rawson, del asalto a Messina en Montevideo; de los Roscigna, de los Moretti, etc., etc., y se distrae con la lectura atenta de estos relatos. Para el gran público no hay más

que eso: desde hace una serie de años, los hechos salientes de la crónica policial tienen por protagonistas a individuos prontuariados como anarquistas. Y esa es una constatación que no es ciertamente apropiada para despertar ningún interés por nuestras ideas en las personas honestas o dignas. La detención de Siberiano Domínguez como circulador de billetes falsos nos da la oportunidad para insistir sobre la necesidad de que todos aquellos para quienes las ideas representan algo, reflexionen y estudien el modo de crear condiciones más favorables para nuestra propaganda. Domínguez hace ocho o diez años que está fuera de nuestro movimiento. Nos interesaba antes muy poco y hoy no nos interesa más. Pero su prontuario policial es de anarquista y todos sus actos serán explotados contra el anarquismo por nuestros enemigos. Eso se sabe de antemano, y cuando a pesar de ello se insiste en actuar tortuosamente, es que el crédito y el prestigio de las ideas importa muy poco a esa gente. Los que no pensamos así, los que pretendemos reivindicar el verdadero significado del anarquismo, haríamos obra contraproducente si quisiéramos pasar siempre la mano por el hombro a todos los que se dicen anarquistas, aunque se sepa que no viven más que del robo y del atraco".

Luego hace una clara alusión a Di Giovanni cuando expresa: "*No podemos ser tolerantes con los que se aprovechan de las ideas del anarquismo, del que un día se dijeran partidarios, para crear una escuela de banditismo y corromper a una serie de jóvenes que habrían podido ser de otro modo muy útiles a la causa del progreso*".

Más adelante en el capítulo "¡Aislemos el foco de corrupción!", Se dirige, aunque sin nombrarlos, a "La Antorcha" y a Rodolfo González Pacheco, al proponer métodos para eliminar al anarco-banditismo: "*¿Es posible que los compañeros de las otras fracciones no lleguen a comprender el gran desastre que significa para el anarquismo la existencia de la plaga ya extraordinaria de delincuentes comunes que se encubren con el manto de las ideas? Por odios personales hubo quien, creyendo hacernos daño a nosotros atrajo a su bando a los que nosotros desechábamos para eludir compromisos y para romper con complicidades que repugnan a la pureza de las ideas. Es ya hora de reconocerlo dejando a un lado supuestas honrillas y los odios personales que puedan separarnos*".

[77] O. S. Nº 62907, tomo II.

[78] O. S. Nº 62907, tomo II.

[79] "Lettere dall'Argentina", Biscuit, 20-12-1928. "L'Adunata dei Refrattari", 9-2-1929.

[80] La policía argentina —que en aquellos años era considerada (o por lo menos así se creía) *la mejor del mundo*— se sentía burlada por el anarquismo italiano y debía mostrar algún éxito. La embajada italiana fascista —a pesar de la colaboración mutua— tenía un concepto bastante pobre de la eficiencia de la *mejor del mundo*. En la nota del 2-3-29, Nº 442/33707 (Archivio dello Stato, Roma) el embajador fascista en Buenos Aires escribe al Regio Ministero Affari Esteri: "*Naturalmente, la policía local, un poco por la abulia que la caracteriza y un poco también por la peligrosidad de los protagonistas del drama subversivo no ha conseguido ningún resultado*".

[81] Los detalles del proceso a Alejandro Scarfó y compañeros están en "El Preso Social", 1º de mayo de 1930, publicación del comité pro presos sociales de Buenos Aires, Año V, Nº 6.

En el Nº 4 del periódico "Anarchia", que Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi editaron a partir de abril de 1930, se publica una colaboración de Alejandro Scarfó, que se titula "Cómo y por qué soy anarquista", escrita en la cárcel, donde tras interesantes detalles sobre la vida de aquel tiempo, dice: "*Cumplo 19 años. Es la edad de los propósitos viriles y del entusiasmo, para todo hombre sano. La época en que todo nos sonríe porque vemos y sentimos la vida plenamente, con un optimismo profundo, creador y alegre. Es cuando se abrazan con mayor pasión los sueños ideales, las empresas más aventuradas, las empresas más rudas y también las más difíciles. Momentos de la vida de un hombre en que todo es voluntad; en los cuales se es impulsado con mayor arrojo a la acción por el dinámico impulso de la vida bella y prometedora.*

Es el periodo en la cual la llama del amor se convierte en una llama inextinguible, y los propósitos de lucha nos preocupan tenazmente, casi con obsesión, hasta absorber totalmente cada pensamiento y toda la actividad cotidiana. Cuando nos hallamos situados realmente en la puerta de la vida debemos elegir entre dos caminos. Es en la adolescencia que comienza un destino que para uno se traza en armonía y de acuerdo al desarrollo de sus facultades superiores. La edad juvenil es propicia a un despertar feliz y es entonces cuando comienza a tener conciencia de sí mismo y a forjarse la propia personalidad. Nos encontramos en una encrucijada que es necesario afrontar resueltamente por que de ello depende todo el porvenir: o bien tomar el camino del bien, o el camino del mal.

Para emprender el primero es necesario saber sopesar los valores morales de la conciencia, robustecerla mucho más con sentimientos altruistas y justos.

El otro, el camino del mal, consistiría en dejarse humillar por el ambiente viciado y corrompido por el interés egoísta y por la maldad encuadrada dentro de la clásica trilogía: explotación, autoridad, oscurantismo. En lo que a mí me atañe y por lo que siento ser, me fue posible desde muy joven elegir el camino del bien. Bien que he sintetizado en los principios de libertad y justicia social, que son los que más amo con plena conciencia. A esta lucha por la libertad me he consagrado desde el instante mismo en que pude comprender la injusticia que pesa sobre el mundo. Pero, hablando sinceramente, esto proviene en gran parte en virtud de un ambiente favorable a las ideas anarquistas que hoy profeso, ambiente creado en mi propio hogar y mantenido con verdadero afán proselitista por mi hermano Paulino (quien se encuentra actualmente disperso por el mundo con la policía a los talones). Su conducta afectuosa, la nobleza y el desinterés de cada uno de sus actos lograron despertar en mí los mejores sentimientos. Y a través del tiempo, mi propio yo se fue formando. Fui conquistando, con el contacto constante de los seres amados que me rodeaban, carácter y voluntad para perseverar en la misión libertaria que me había impuesto.

Esto ocurría alrededor de 1927.

La lectura de los periódicos, de los opúsculos y de los libros anarquistas me fue

desarrollando cada vez más. Recuerdo bien que a fines de 1926, tomé un libro de la biblioteca de mi querido hermano, libro que me interesó por su tapa y por su título.

Era La Madre, *de Máximo Gorki.*

Leí este libro y pude notar que influyó grandemente en mis sentimientos de adolescente. Lo releí porque en verdad me gustaba, me emocionaba, me convenía.

Desde ese momento fui más bueno con mi madre.

El libro de Gorki tocó mis fibras más tiernas y profundas.

Y por primera vez medité, solitaria y silenciosamente, acerca de la nueva vida que iniciaba. Pensaba en los explotados y en los explotadores. Me interrogaba y me respondía a mí mismo... Gorki volvía en todo instante a mi memoria. Me encariñe con su libro porque me parecía interpretar a través de él la vida del pueblo torturado, vilipendiado y asesinado cruel y miserablemente. Leí otros libros de él pero ninguno emulaba a La Madre.

El personaje Pablo, homónimo de mi hermano, se me presentaba como un ser querible. Su perseverancia, su fe idealista, su espíritu de sacrificio por la causa de los oprimidos, su tesoro de nobles sentimientos hacia los hombres del pueblo fueron mi guía, el sentido de una nueva vida que me saludaba sonriente. Con afecto lo leí y con afecto lo recuerdo en este instante.

Tenía ya 17 años. Trabajaba durante el día y estudiaba de noche en los cursos de enseñanza gratuita. Había frecuentado la escuela hasta los 13 años, el 5º grado primario. La abandoné por iniciativa personal. La enseñanza que se nos suministraba, totalmente uniforme, bajo la rígida y severa mirada de una maestra del Estado chocaba con mi carácter refractario. Se me clasificaba con pésima conducta y frecuentemente se me aplicaban castigos y correctivos. Mi espíritu no se compadecía con los reglamentos absurdos e injustos que imperaban en la escuela. Era indisciplinado, no por maldad pero sí por ansia de saber, por curiosidad de muchacho, por rebeldía al respeto hipócrita que los maestros imponen a viva fuerza en las escuelas del Estado.

La explosión se hacía inevitable. Me liberé de este ambiente pesado que me asfixiaba. No fui más a la escuela. Le prometí a mi madre dedicarme a un buen trabajo. Sentía una verdadera vocación por la mecánica y decidí procurarme una ocupación de ese tipo.

Después de tres o cuatro días que no acudí a la escuela el director remitió una circular a mis padres advirtiéndoles de mi ausencia. Más tarde dirigió una nueva carta dirigida a mí; me aconsejaba de mil maneras que regresara a la escuela. Pero había ya repudiado para siempre esta enseñanza castradora, que no me seducía y que detestaba; tanto fue así que ninguno logró hacerme retornar a la escuela.

Se me presentaba una nueva forma de vida: como obrero debía recorrer las calles en busca de un patrón al cual ser útil con mi trabajo, ofreciéndole mis débiles brazos para que los ocupara en una oficina o en una fábrica a cambio de algunas monedas a guisa de salario. Y como obrero, para ganarme el pan recorría las calles de Buenos Aires en busca de ocupación. Por fin luego de muchos días de largas caminatas cotidianas logré entrar en un taller mecánico.

Ya no era más el muchacho que va a la escuela con un delantal blanco bien planchado; el muchacho que iba todos los días a clase bien peinado y con las manos

limpias. Ahora vestía un mameluco azul, lleno de manchas de grasa y que olía mal, que para mí tenía el valor de un símbolo..."

La segunda parte de "Cómo y porque soy anarquista" fue publicada en "Anarchia" del 1º de junio, Nº 5. Y dice así: "*Al entrar a la vida por primera vez recibí nuevas impresiones que me reforzaron en el incipiente sentimiento de justicia y, al mismo tiempo, de odio, ya que el contacto directo con el trabajo y la miseria humillante que soporta el obrero y que hasta ese momento no había valuado en toda su crueldad, tocaron mis fibras más sensibles lanzándome a la lucha por un ideal de superación.*

Todas las mañanas me trepaba al 'tranvía obrero' y más de una vez me dije a mí mismo: 'justo el fiel cuadro de la miseria'. Realmente, la imagen de este tranvía con su informe carga humana, que va todos los días al yugo, amontonada como en vagones de animales, con gente colgada hasta de las ventanillas, expuestas a ser trituradas al menor movimiento, no puede otra cosa que despertar un sentimiento de repulsión. Hombres ancianos, plenos de achaques, que tosen continuamente y escupen a jirones sus pulmones, otros más jóvenes, con el rostro reflejando la miseria y la amargura, chicos andrajosos, más jóvenes que yo, con los síntomas precoces de la anemia y la tuberculosis. ¿Qué cosa representa este cuadro sino la imagen fiel de una clase oprimida y exhausta? Y todos los días presenciaba estos cuadros de hambre en movimiento. Además, aunque nuevo, yo también formaba parte de ellos.

Trabajaba en el taller con entusiasmo, aunque no fuera una situación económica demasiado cómoda no faltaba el afecto y la concordia. Pero prefería muchas veces convivir el duro lecho improvisado con periódicos ya sea sobre un banco o en el suelo del local de 'La Antorcha'. Iba hasta allí porque eran mis compañeros, porque era el centro de agitación y de la propaganda que estimulaban mi entusiasmo y de la cual conservo recuerdos gratos e inolvidables. Sentía por los compañeros, por la propaganda y por las ideas aquel afecto que se conserva puro en los corazones de todos aquellos que como yo, eran jóvenes. Tenía 17 años.

Desde mi primer contacto con las ideas anarquistas hasta hoy han transcurrido tres años, tres años que viví todas las alternativas del movimiento anarquista del país.

Ahora me encuentro en una prisión. Ya no estoy en la calle compartiendo las durezas de la vida en la lucha eterna con mis amigos y compañeros. No estoy más trabajando por la propaganda, compartiendo con ellos la cálida camaradería que se respiraba en nuestros locales y en nuestras conferencias. Ahora, en la prisión me muerde la nostalgia de la lucha cotidiana. Evoco en la soledad las vigorosas figuras anarquistas que me sirvieron de ejemplo moral y que supieron estimularme con su fuerte actividad y sus frases de afecto y de pasión.

Una garra brutal me ha arrancado violentamente de su lado pero no logró ni logrará arrancarme del todo.

Mi corazón y mis pensamientos estarán siempre junto a ellos porque los vínculos que nos unen son irrompibles. Los anarquistas saben comprenderse con afecto y armonía que están radicados en el corazón humano, dan frutos hermosos y exquisitos. La cárcel no impedirá las sonrisas y los saludos cordiales entre los compañeros que apreciándose viven por el ideal y para el ideal.

Sé bien que no tengo porqué reprocharme ni maldecir por mi caída en prisión. Antes que yo, los mejores hombres del mundo han conocido este calvario. Hasta que la paz y el amor no reinen sobre la tierra, las puertas de la prisión estarán abiertas para devorar todo anhelo de elevarse hacia la fraternidad humana.

La luz fulgurante de la antorcha anarquista ilumina el sendero de mi vida joven.

Salud, entonces, entusiastas combatientes del ideal que frente a todo y contra todo lucháis y perecéis por la causa de la libertad social;

¡Salud, compañeros perseguidos de todo el mundo, que del uno al otro confín esparcís la semilla del ideal de la anarquía!". Alejandro R. Scarfó, prisión nacional, 1930.

Realmente, un interesante documento de época escrito por un muchacho de 19 años.

[82] Se trata de Elena Serra, novia de Alejandro Scarfó. Las dos adolescentes, luego de ser interrogadas fueron entregadas a sus padres.

[83] "L'Adunata", 9-2-29.

[84] Volumen en preparación, carta Nº 17.

[85] En el mismo artículo, Severino agrega: "*Con todas las artes propias de los 'bomberos de nuestro movimiento' terminó la jornada del 14 de noviembre de 1928, 19 aniversario de la muerte del jefe de policía de Buenos Aires, coronel Ramón Falcón, masacrador de la multitud indefensa durante la conmemoración del 1º de mayo de 1909, matando o mejor dicho, ajusticiado por la bomba que le lanzó nuestro querido Simón Radowitzky*". Luego se refiere a los atentados realizados en Rosario y —lleno de indignación— transcribe la crónica que, sobre ellos, hizo 'La Protesta' el 21 de noviembre. Esa crónica decía así: "*No podía transcurrir este movimiento sin la nota desagradable. En la noche del 14 explotaron dos bombas en la ciudad de Rosario. Fue como el anuncio de una 'razzia' que poco después debían sufrir nuestros compañeros. Por la forma en que fueron colocadas no hubo que lamentar desgracias personales, víctimas inocentes, y de esto nos congratulamos. Puede decirse sin temor que son obra de la reacción, o de un loco. Un plato fuerte para la prensa escandalosa y una justificación para la policía que arrestó a cerca de cincuenta compañeros*".

Hasta ahí la crónica de "La Protesta". Luego, continúa Severino: "*Hemos transcripto fielmente a 'La Protesta' de manera que lo que decimos no es calumnia. Y si esto fuera toda la obra del 'protestismo' no habría nada de malo en el fondo. ¿Pero qué decir de la campaña sistemática de sabotaje realizada por estos 'bravísimos compañeros' en Rosario? Se opusieron con todas sus fuerzas disgregadoras para aniquilar la revuelta popular antes de nacer. Afortunadamente, en Rosario, existen elementos sanos que frecuentemente desobedecen con placer a los oráculos de la FORA y a los charlatanes descarados de 'La Protesta'.*

Estamos en el comienzo —sigue Severino— *de un bello renacimiento revolucionario de los valores individuales. Las voces anónimas que se han hecho oír en las dos grandes ciudades de la Argentina —Buenos Aires y Rosario— son síntomas lisonjeros que más allá de la condena del oficialismo prefiere la voluntad de los individuales. El despliegue de las fuerzas policiales, el refuerzo de las instituciones que se temía fueran atacadas por los espectros de los caídos bajo la codicia de los potentados, es la*

justa señal de que tales acciones en vez de ser sospechosas son lo único que molesta los designios de tales señores y que echará a perder las digestiones y las fiestas".

[86] "*Polenta con pajaritos regada de generoso vino tinto y después...*"

[87] Henri Barbusse (1873-1935), escritor francés pacifista, uno de los primeros que denunció los crímenes del fascismo.

[88] En ese mismo artículo, Severino continúa sus ataques contra los autores de las muertes de Sacco y Vanzetti: "*Repitamos también nosotros la última palabra del desgraciado inglés ajusticiado en la revolución triunfante de los puritanos de Oliverio Cromwell. Repitámosla con otros fines, con otras promesas, con otras alusiones, con otros hechos. Lo repetimos para dar cumplimiento al testamento ideal de Bartolomeo Vanzetti, para vengar la bofetada de los Fullers y los Thayers, de los patrones de Wall Street. Los recordamos, unidos, tenaces con el ánimo desbordante de angustia, de rabia, de insatisfacción. Ansiosos de revivir tantas horas con el pulso firme y el puño bien apretado, multiplicando al infinito todas nuestras penas y nuestras venganzas por la afrenta que hemos padecido de esta réproba casta de Shylok. En su propia carne haremos repetir el milagro de Cristo vengándose de la bofetada recibida del hebreo errante. Sobre su propia carne podrida renovaremos una nueva maldición y para que ésta sea más implacable los desemboscaremos en sus propios ghetos infames donde se encuentran escondidos bajo las montañas de oro acumuladas con la usura y la sangre de la humanidad dolorida.*

Usaremos y forjaremos las armas con el dolor comprimido en nuestros pechos y con esas armas sabremos hacer vibrar sobre las alas de la realidad el supremo testamento de Vanzetti. ¡Recordad! 'Los caídos, todos los caídos deben ser vengados. ¡Guay si no lo son!' Y tal testamento nos atormentará los oídos y todo nuestro ser hasta que no sea completamente cumplido. Porque cumpliendo no seremos mendaces a todo lo que prometimos hacer, no nos acusarán los escribas, no nos podrán tratar o hacernos pasar por demagogos, en fin, arrojaremos lejos de nosotros todo aquello que censuramos en otras ideas monopolizadas por el cáncer de la politiquería. Nada de vileza pero sí ardor, audacia, coraje y heroísmo se introducirán en nuestras jóvenes venas, en nuestra acción revolucionaria. Y para llevar a cabo ese testamento no debemos preguntar a ninguno, ni escuchar a ninguno, ni decir nada a nadie. ¡Solo hacer y actuar silenciosamente hasta el sacrificio...!".

[89] "L'Aurora", setiembre de 1928.

[90] Aquí Abad de Santillán habla de españoles e italianos, pero en realidad lo hace para no aparecer tan duro contra los italianos, ya que él y López Arango eran españoles. En sí, el grupo expropiador estaba formado, en su mayoría, por italianos y argentinos, excepcionalmente algún español, como Vásquez, Eliseo Rodríguez y algunos más, principalmente choferes.

[91] Con todo el material publicado en esos meses polémicos se podría hacer una verdadera antología del terrorismo y del antiterrorismo. Pero, volviendo a la bomba del Consulado italiano, queremos reproducir partes de un artículo publicado en "L'Aurora", de Chicago (noviembre de 1928), firmado por

Ilario di Castelred, titulado "Anarquismo y terrorismo", que busca aclarar las posiciones e intenta una interpretación del porqué de esas acciones.

Dice así: "*El atentado al consulado italiano de Buenos Aires, último de una serie de la gesta terrorista contra el régimen fascista y sus máximos exponentes, tanto del interior como del exterior, ha originado una polémica acalorada entre los anarquistas de modo especial y entre los elementos extraños en general acerca del valor y de los medios terroristas empleados contra el terror de las clases dirigentes del poder.*

Ya en ocasión del atentado al teatro Diana de Milán se pudo constatar la profunda disparidad de juicio y varias posturas de diversos anarquistas militantes. Antes como ahora, las polémicas sirvieron para poner de relieve las profundas divergencias tácticas, los juicios contrapuestos acerca del valor o las intenciones de los atentadores.

En los días sucesivos a la bomba del Diana casi toda la prensa anarquista se dio a una especulación de sentimentalismo y de desaprobación del acto y de los autores, llegando así a dar, involuntariamente, armas polémicas a nuestros enemigos, es decir, ante la autoridad constituida.

Para salvar el honor y con ello la coherencia del movimiento anarquista, surge Luigi Bertoni con un enérgico artículo en el 'Risveglio', dando a César lo que es del César... poniendo de relieve la responsabilidad del régimen en la determinación de esa represalia terrorista y la intención protestataria de sus autores. El salvó a nuestro movimiento de una mácula de incomprensión y bellaquería.

Hoy, a varios años de distancia, la bomba del consulado italiano en Buenos Aires ha impulsado a nuestro movimiento a las mismas condiciones psicológicas de aquel entonces. De hecho, toda nuestra prensa que se publica en la Argentina ha dado muestras de incomprensión y de miedo, mientras nuestras publicaciones fuera del territorio de la república sudamericana han sabido poner de relieve la importancia del atentado y reconocer las intenciones nobles y justicieras de los atentadores, salvando así a nuestro movimiento de la tacha de no haber comprendido históricamente el hecho.

¿Pero qué significa eso, tanto entonces como ahora, si los únicos en comprender y reivindicar las nobles intenciones de los terroristas en cuestión fueron compañeros fuera del tiro directo de las represalias enemigas y de la influencia nefasta del ambiente aterrorizado?

Con esto no queremos tachar de cobardía a todos los compañeros que en similares momentos han sentido la necesidad de desaprobar públicamente al atentado y a los atentadores, estamos lejos de un tal juicio sumario, pero no desistimos en afirmar que similares juicios y posturas públicos a la hora y en los días en los que la jauría se arroja ferozmente contra los autores y simpatizantes para preparar su linchamiento legal no le hace honor, por cierto, a ellos y tanto menos a su equidad, si no moral, por lo menos teórica.

Las contradicciones y las inconsecuencias de símiles posturas y juicios se manifiestan luego que el ambiente se serena y la atmósfera vuelve a ser respirable, apenas el ambiente tórrido creado por el estupor repentino retira sus tentáculos sofocantes y deja la mente más tranquila y se aleja de los fantasmas atávicos, amanecida bajo la impresión

del relámpago y de los truenos repentinos, tan bien cultivados y aprovechados por los dueños del orden constituido contra los cuales han sido dirigidas las llamas relumbrantes del terrorismo. Sólo entonces es posible separar el grano de la paja, sólo después de los efectos saludables se puede constatar la brecha llevada a cabo contra la muralla china del orden autoritario y convencional.

Por eso es inútil y antiestético para los revolucionarios radicales —tal como lo son los anarquistas— lloriquear como terneros por cualquier víctima inocente que ocurra durante el sangriento conflicto entre autoridad y libertad, entre los oprimidos y los opresores, entre las víctimas y los verdugos. A la lucha en el terreno cruento no la hemos elegido nosotros por el gusto de verter sangre y ocasionar víctimas baratas. Son los detentadores de la riqueza, los usurpadores del patrimonio social, los defensores de la autoridad del hombre sobre el hombre, quienes han impuesto esa lucha con la fuerza de las armas. Nosotros, revolucionarios negadores del orden autoritario constituido, nos encontramos —queramos o no— en la alternativa de escoger la cuesta sangrienta que nos llevará hacia la ciudad del sol o renunciar a toda aspiración a ser hombres libres, quedando eternamente como pobres idiotas que con los propios huesos del esqueleto construyen los tronos dorados de los feroces usurpadores".

Más adelante señala: "*La función del anarquismo en la vida no es tanto la exaltación del acto violento del individuo sino el de la colectividad contra la sociedad constituida como también su exacta comprensión a través de la demostración matemática de sus causas peculiares. Bajo este aspecto se basa toda la concepción anarquista elaborada por sus fundadores y filósofos. Por esto, tanto las lamentaciones de los sentimentalistas acerca de las pretendidas víctimas inocentes como* (...) *aquellos que no saben distinguir un acto liberador de un pequeño acontecimiento porque éste pone en movimiento el complejo engranaje del sistema judicial, se equivalen como manifestaciones de impotencia y de incomprensión total. Comprender es conocer. Quien comprende un hecho conoce sus causas determinantes y se lo explica como una fuerza, un movimiento trascendente de la pura y simple voluntad singular y colectiva. El historiador que estudia los hechos, los hombres y las cosas del pasado para comprender bien su significado y su importancia debe investigarlos en su propio ambiente histórico tanto como le sea posible. Sólo entonces y con infinita circunspección se puede poner de relieve la peculiaridad del hecho estudiado y deducir, a priori, las lógicas consecuencias. Lamentaciones más o menos sentimentales o exaltaciones furiosas no sacan la araña de su agujero.*

Bajo estos aspectos, las polémicas son útiles además de instructivas. Son útiles en cuanto al leerlas el individuo utiliza su raciocinio y son instructivos por cuanto en sí se arriesgan en poner la verdad por encima de la mera suposición sugerida por las falsas analogías y casi siempre por la influencia temporaria del ambiente enardecido por las pasiones y sobre todo por los prejuicios y por los intereses.

Estos dos criterios examinados más arriba, que nosotros llamamos unilaterales, con su mismo modo de exagerar en sentido opuesto al alcance y valor de los hechos cruentos que suceden en la lucha entre el que posee y el que quiere poseer, terminan, lógicamente, en la demagogia. Unos, desvirtuando todo acto de rebelión cruenta; los

otros, haciendo de cada malhechor un santo de la libertad; aquellos terminan por negar las intenciones altruistas de los mejores de nosotros por el solo hecho de que han actuado en modo no previsto del decálogo del perfecto anarquista; éstos, no dudan un instante en proclamar que los 'anarquistas son defensores de la delincuencia' (ver la 'Adunata') y a gritar '¡viva el ladrón!' (Ver 'Eresia'); de esta manera, realizan una obra demagógica tanto aquellos individuos o esas publicaciones de parte nuestra que continuamente sostienen o escriben que cualquier acto cruento es obra del fascismo con el evidente intento de desvalorizar en la mente y en el corazón de los oprimidos todo acto de viril protesta contra sus opresores y verdugos, cuanto aquellos que se obstinan en recoger en rúbricas especiales todos los incidentes más triviales y comunes que cotidianamente ocurren bajo el régimen con la evidente intención de computarlos como actos conscientes y revolucionarios de protesta contra el régimen oprobioso.

Las polémicas y discusiones sobre el terrorismo como medio en la lucha contra el mundo autoritario nacieron contemporáneamente con el movimiento anarquista. En efecto, la iniciación del movimiento anarquista propiamente dicho está caracterizado por discusiones parecidas. En tanto que contemporáneamente a las elaboraciones teóricas y filosóficas de Kropotkin, Reclus, Grave, Malato y otros, en Francia; de Malatesta, Covelli y Fanelli, en Italia, se desarrollaba también una fuerte propaganda por la acción.

El periodo que va de 1877 a 1890 —que se puede llamar el periodo de incubación de la teoría anarquista— está caracterizado por toda una larga serie de actos terroristas: de la banda subversiva de Benevento al encuentro de Lipetzk donde los terroristas deciden eliminar al zar Alejandro II, del atentado de Noblny al de Pasanante; del atentado de Viena al de Niederwald. Contemporáneamente aparecen audaces expropiadores como Ravachol y Duval, en Francia; Pini, italiano; Engel, Pfleger, Stellmacher y Kumic, alemanes, sin contar los numerosos atentados contra (...) el emperador y la propiedad perpetrada por los revolucionarios rusos, que fueron legión.

Y bien, también en aquel tiempo las polémicas inundaron nuestras publicaciones y los argumentos pro y contra no sirven nada más que para la disparidad de puntos de vista existentes en nuestros distintos ambientes, sin haber ayudado a disminuir o a aumentar tales actos cuando no existen las condiciones objetivas favorables. Hoy no se hace otra cosa que repetir lo mismo, los mismos argumentos en torno al tema. Esto demuestra que los medios de lucha no son arbitrarios y tanto menos puede un partido o grupo teorizarlos, catalogarlos y monopolizarlos. Están sujetos a las condiciones ambientales históricas, las que no pueden producirse a gusto y paladar.

Tanto el atentado a la Diana como el del consulado italiano en Buenos Aires no pueden ser adjudicados a un método sistemático de lucha, pero, por el contrario, fueron determinados por circunstancias especiales sin las cuales no hubieran sido posibles ni menos, imaginables.

Cuando un régimen se vuelve insoportable hasta para los vasallos del orden, y las instituciones normales son substituidas por el más perverso egoísmo y la coacción más bárbara que no reconoce las razones más íntimas del sentimiento de justicia y de equidad, es natural, lógica y necesaria la reacción colérica del oprimido, de la víctima contra los verdugos, de los explotados contra los explotadores.

Tanto querer proscribir el terrorismo de los medios de lucha de los oprimidos contra los opresores como pretenden los sentimentalistas, o bien considerarlo, exaltarlo y sostenerlo como el único método, el infalible, el sésamo ábrete que será capaz de forjar una humanidad nueva y arrancar al individuo de la esclavitud, de la explotación y de la barbarie moral, es un sofisma de los más graves que se pueden cometer en daño del anarquismo.

El problema de la realización del anarquismo en la vida práctica no puede ser reducido a un mínimo común denominador, de casuística, como quieren esos compañeros que se sienten siempre prontos a romper una lanza contra el uso de aquella violencia terrorista que no logra dar bien en el blanco y que, golpeando, no es inmune a provocar alguna víctima inocente; o a un bacanal heroicómico de pura violencia por la violencia como quisieran aquellos que no saben ver qué figura tiene forma de granada o confunden ruidos ensordecedores con descarga de artillería o truenos. ¡No, así no! El anarquismo nace y se desarrolla como reacción a todo aquello que significa fraude, expoliación, acaparamiento, monopolismo y violencia.

Por eso, tanto el rechazo del terrorismo violento como acto de legítima defensa contra el terrorismo de los opresores como querer hacer de la violencia terrorista un dogma, un método preconcebido e incoherente con nuestras ideas, equivale a condenar al anarquismo a la impotencia, a confundir la salud con la patología, lo fundamental con lo accesorio, el determinismo con el libre albedrío, en suma, es el absurdo absoluto sustituyendo lo posible relativo.

Siendo el anarquismo un problema relativo por lo posible, que tiene por objeto principal la eliminación de las causas que generan la violencia en las relaciones humanas, sociales e individuales, es natural que proceda por vía de la eliminación de todo aquello que es su contrario. Como las causas que producen su contrario son varias y diversas tanto en el tiempo como en el espacio, así de diversa y varia debe ser la terapéutica en el curso del proceso eliminador de su contrario.

Por eso, el terrorismo —a pesar de no contemplárselo como un postulado del anarquismo en la lucha contra la autoridad y la libertad— es inevitable, ya que trasciende la libertad humana y por eso no se lo puede negar ni menos desautorizar a priori como medio excepcional, bajo pena de caer en el más grotesco de los dogmatismos demagógicos. Como tampoco se puede forzar la marcha regular determinística impuesta por las condiciones históricas objetivas del ambiente (...)".

[92] Los términos textuales fueron los siguientes: "*Si un delincuente vulgar, después de haber cometido una fechoría, recurre a nuestra ayuda para salvarse de las persecuciones, aún repudiando su acción, no podemos menos de socorrerle. Es un sentimiento instintivo de solidaridad contra un enemigo peor que el delincuente vulgar; el Estado, el agente político del capitalismo. Pero tal vez nuestra manera de ver y de sentir frente a un anarco-bandido no fuese la misma; no lo sería individualmente, porque no tendríamos ningún remordimiento de conciencia en evidenciar la más absoluta insolidaridad, ni lo sería colectivamente (desde ya nuestros comités pro presos se niegan a prestar socorros a los que no caen presos por cuestiones sociales, y mientras la delincuencia vulgar que trabaja por su cuenta y riesgo nos tiene sin cuidado, la*

delincuencia que se encubre con el manto de las ideas para desprestigiar éstas y al mismo tiempo explotarlas en su beneficio, merece nuestro repudio más completo)".

Para que se comprenda más tarde la tragedia interna que se avecinaba, debemos reproducir textualmente partes del artículo: *"No son hechos aislados, es la crónica policial de todos los días la que se llena con hechos de delincuencia vulgar más o menos relacionados intencionalmente con el anarquismo. En los últimos cinco años, los hechos criminosos más salientes de la crónica policial —asaltos a bancos y pagadores, fabricación de moneda falsa, bombas irresponsables, etcétera—, se han echado como un montón de lodo sobre el movimiento anarquista. Si se tratase de algunos hechos aislados y sin mayores consecuencias, saldríamos del paso diciendo que nos calumnian, que la policía inventa conexiones falsas, etc. Pero el más paciente se cansa de mentirse a sí mismo; además que nadie nos creería si nos empeñásemos en negar sistemáticamente la relación de algunos sujetos que se dicen anarquistas con esas hazañas. Al fin tenemos que reconocer francamente que es verdad: en nombre del anarquismo hay una plaga de vividores que viven al margen del trabajo, confundiendo nuestra tesis revolucionaria de la expropiación social con una vulgar 'apropiación' individual, con una ratería o un verdadero banditismo, según el temperamento de los sujetos. Vivimos justamente en un periodo moralmente inferior; el gran público no tiene más preocupaciones que la lectura de la crónica policial y la de deportes; las otras cuestiones sólo interesan de una manera relativa. En asuntos policiales el público de nuestros días es una enciclopedia, y cualquier transeúnte os explicará con mil detalles el asalto al Rawson, las bombas del consulado italiano, la fabricación de moneda falsa descubierta en estos últimos tiempos y os dirá que en eso consiste la actividad específica del anarquismo.*

Hay además toda una literatura de donde nuestros adversarios podrían sacar abundantes datos para denigrar las ideas anarquistas; por ejemplo, en 'L'Adunata dei refrattari', de Nueva York, que en su último número se entretiene en insultarnos de todas maneras porque combatimos el anarco-banditismo y decimos que las bombas del consulado eran fascistas, policiales u obra de algún anormal digno del manicomio. En 'L' Adunata' los compañeros italianos de Estados Unidos tiene un órgano que sobre todo en estos últimos tiempos se ha convertido en un pregonero de todas las degeneraciones del anarquismo; de allí se pueden tomar en abundancia apologías del anarco-banditismo hasta en las manifestaciones más repulsivas. Esas gentes han aceptado las desfiguraciones del movimiento por la literatura burguesa como moneda legítima y parece que no tuvieran otro propósito que justificar todas las leyendas que la burguesía ha inventado sobre los anarquistas. Y como 'L'Adunata' de Nueva York hay algunos otros periódicos que bajo el ropaje del anarquismo defienden los actos más antianarquistas y más absurdos.

Contra todo eso nosotros decimos que es imposible armonizar con la propia conciencia una actitud de eterna hipocresía. Estamos cansados de echar a la policía la culpa de todo y estamos cansados de forjar inocencias falsas. Queremos tener en nuestra prensa un vehículo de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos y no un medio más para engañar al público y engañarnos a nosotros mismos. Si es que en nombre de una solidaridad que no existe ni puede existir, hemos de tolerar y de defender alguna vez, si es

que hemos de gritar la inocencia de vulgares atracadores, si hemos de mentir sobre las cosas más evidentes, ¿en qué nos diferenciamos del periodismo burgués?".

Por último declara la guerra más abierta contra los anarquistas expropiadores: "*Es preciso extirpar el cáncer del banditismo del seno del movimiento; para ello no hace falta más que una sola cosa; negar toda solidaridad monetaria a los que caen presos por esas causas; al fin y al cabo el dinero se recoge bajo el manto de los hechos sociales y es una verdadera inmoralidad explotar el sentimiento de solidaridad en favor de nuestros presos, para proteger a delincuentes vulgares, mejor dicho, no delincuentes vulgares, sino a delincuentes que hacen más daño al anarquismo que a la burguesía. Los compañeros de todas las fracciones deben reconocer la necesidad de esta obra de saneamiento. El desprestigio del anarquismo ante las grandes masas es muy grande ya; si no se pone una valla a los que viven del atraco, del asalto y de otras actividades parecidas, nadie podrá convencer al gran público de que el anarquismo es otra cosa que una banda de forajidos sin conciencia, dispuestos al asesinato y al robo audaces*".

Y en abierta referencia a Severino Di Giovanni, dice: "*Aunque rechazamos por igual todas las manifestaciones del anarco-banditismo, hacemos sin embargo una distinción entre los instigadores y las víctimas; hay algunos jóvenes consagrados a una vida que les llevará tarde o temprano a la cárcel, pervertidos por malos maestros, y que si fueran arrancados a esos ambientes del hampa, podrían convertirse en excelentes militantes. Hay muchos jóvenes en esas condiciones. Los compañeros de las diversas fracciones debieran esforzarse por salvarlos, aunque la operación sea dolorosa*".

[93] Son numerosos los artículos periodísticos que se publicaron con motivo de la discusión interna del anarquismo argentino referidos a la persona o a la acción de Di Giovanni. El 19-11-28, el suplemento del diario "La Protesta", en "Una generación revolucionaria educada por el fascismo" se lee: "*La crueldad, la irresponsabilidad, la inhumanidad, el desprecio a la vida no cambian de carácter, desde el punto de vista moral, por el hecho de que se lleven a cabo en nombre de la revolución o en nombre de la reacción*". Un mes después, el 22-12-28, en "L'Adunata dei Refrattari", Max Sartín publica un violento artículo ("Terrorismo y atentados contra la decencia") contra Diego Abad de Santillán. Califica sus artículos contra Di Giovanni como "*una incalificable exposición de perfidia y un trabajo maestro de literatura indecente. Indecente bajo dos puntos de vista: primero, porque es insensible a la situación histórica de este momento de lucha aguda entre reacción y revolución y no logra comprender las razones justificables de los excesos de la defensa, saldo inevitable de los excesos de la ofensa; segundo, porque difunde en particular descripciones de personas y de grupos que tememos pueda confundirse con la delación*". Luego de transcribir párrafos de los ataques a Severino, dice Sartín: "*La defensa que en este artículo hace De Santillán del fascismo que no conoce es grave: más que jesuítico es claramente delatorio*". El 11-11-28, en primera página de "La Protesta", en un artículo sin firma (posiblemente de López Arango o de Abad de Santillán) titulado "Terrorismo sospechoso" se había vuelto a insistir sobre los actos con bombas: "*no puede haber un solo anarquista, a menos que sea un estúpido o un enfermo, que pueda reivindicar como justo* (...) *hechos de esta naturaleza*". Por su parte, "Eresia", al

publicar la carta de Severino de diciembre de 1928, escribe como preámbulo a ella que "*queremos expresar toda nuestra simpatía y solidaridad*" con Di Giovanni que "*quiere ser también reprobación y condena a la campaña infame*" contra él "*cuando la jauría policial le mordía los talones por el atentado al consulado italiano de Buenos Aires*". Luego cita una frase pronunciada a propósito de la explosión en el teatro Diana de Milán: "*si no queríamos aprobar, nuestro deber era callar*". "*Si 'La Protesta'* —continúa "Eresia"— *no quería solidarizarse con el acto terrorista de Buenos Aires no debía por ello acusar ante compañeros y ante la policía a hombres que si bien pueden ser discutidos por sus métodos de lucha, deben en cambio, ser respetados por la sinceridad profunda de sus ideas por las cuales sufren persecución y exilio*".

"L'Adunata dei Refrattari" del 2 de febrero de 1929, publica un largo artículo titulado "Proveedores de cárceles", una especie de editorial, es decir, que conlleva la opinión de la publicación. En el mismo se hace una apasionada defensa de Severino. Dice: "*Entendemos y comprendemos que existen anarquistas que hacen reservas en cuanto a la oportunidad o la aceptabilidad de la expropiación revolucionaria, del terrorismo y del acto individual. Con esos anarquistas podríamos discutir , sostener frente a ellos argumentos sobre los que se basan nuestras convicciones particulares acerca de la legitimidad de la expropiación revolucionaria, del terrorismo o del atentado individual. Pero lo que sí no comprendemos es que pueda haber anarquistas que le dan la mano a la policía para combatir a la expropiación revolucionaria llamándola burguesamente robo, o se olvidan de la ética —a punto de hacer una obra propia y verdadera de denuncia en provecho de la policía— por odio a los compañeros que bien pueden ellos no considerar compañeros pero que no tienen ningún derecho de señalarlos a la vindicta de las leyes y del estado. Lo que está ocurriendo en Buenos Aires no es una simple polémica de tendencia o de parte, sino una verdadera guerra declarada en la cual una parte no tiene problemas en ponerse del lado de la policía en la persecución de hombres a los cuales por no llamarlos compañeros los llama locos pero cuyo anarquismo no es puesto seriamente en discusión*".

Luego de reproducir notas de "La Protesta" acerca de Di Giovanni y de la detención de Alejandro Scarfó y Oliver, señala el periódico de Estados Unidos: "*La connivencia de 'La Protesta' con la obra de la policía aparece, en esta sumaria visión panorámica, evidente: la publicación de 'La Protesta' coincide con una represión más enérgica de la policía, las indicaciones que contiene precisan los intentos de las investigaciones policiales en la búsqueda de por lo menos uno de los presuntos autores del atentado al consulado, y siguiendo las pisadas de este presunto autor es que se llega al arresto de Scarfó y de Oliver*". Luego de detallar este aspecto, finaliza: "*El caso de Buenos Aires no es el único. Pero es característico de una situación paradojal en la que se auxilia a la policía en una feroz acción persecutoria reclamando al mismo tiempo el primado anárquico y convertirlo en el consenso tácito de todo el anarquismo más autorizado. Es una situación que daña gravemente al movimiento anarquista de acción y, al mismo tiempo, daña la más noble tradición de mutua información entre anarquistas; la tradición de severa discreción por la cual —a través de décadas de sangrienta tradición— no cayeron jamás ni en la vergüenza ni en la infamia. Porque aquí no se trata tanto del*

odio dogmático doctrinal contra principios y métodos considerados inaceptables; no es tanto el repudio de actos que se juzgan dañosos, no, aquí se trata de la complicidad activa con la persecución policial y judicial, estatal, de los hombres acusados de haber hecho esos actos. Aquí se trata de la delación en su aspecto más brutal, es la vergüenza tanto más infame porque no se realiza por la venalidad del alma mercenaria sino que se consuma fríamente en forma estudiada y se amamanta de rectitud, de moral, de pureza y de doctrina. Delación y vergüenza que el anarquismo no puede menos —por su decoro y por la decencia de su proceder— que repudiar".

[94] Se refiere al coronel Falcón, quien ordenó la represión sangrienta contra la manifestación anarquista de Plaza Lorea.

[95] Casellario Político Centrale Nº 47882, 18-6-30. Paolo Schicchi fue uno de los combatientes más activos y tenaces contra el fascismo. Nació 1865, en Collesano, Palermo. Desde joven fue un libertario individualista. En 1891 participó del congreso socialista libertario de Capolago donde representó a la corriente extremista sostenedora del terrorismo en la lucha política. Fue siempre un activista del antimilitarismo y del pacifismo y por ello sufrió largas cárceles. En 1910 dirigió el periódico "L'Avvenire Anarchico", de Pisa. Tuvo gran influencia entre los obreros sicilianos y, también en el Partido Socialista Italiano de esa región. Publicó *La Zolfara*, *Il Piccone* y *La Zappa* y actuó en la ocupación de tierras. Después de la guerra, en 1921, fundó "Il vespro anarchico", que fue uno de los periódicos más valientes en la lucha contra la maffia y el fascismo. Pese a su individualismo, ante el fascismo, propuso la necesidad de un frente de las fuerzas revolucionarias para oponerse al *squadrismo*. Mussolini reaccionó prohibiendo el "Vespro" y encarcelando a Paolo. Este logró, pocos meses después huir de la cárcel y de Italia y se radicó en Túnez. En agosto de 1930 ingresó nuevamente a Italia junto a Salvatore Renda y Filippo Gramignano para luchar desde adentro contra Mussolini. Pero, traicionado por el comandante de la nave que lo transportaba, fue detenido. En un juicio, donde se comportó con una ejemplar valentía, fue condenado a diez años de prisión. Cumplida la pena fue enviado a confinamiento. Caído el fascismo publicó *Conversazioni Sociali* y el periódico "L'Era nuova" donde sostuvo "*la necesidad absoluta de formar un frente de todas las fuerzas sanas revolucionarias para oponerlo a cualquier avance de la reacción de cualquier parte y con cualquier bandera que venga*" y lo llevó a la práctica trabajando con comunistas y socialistas en la realización de una política fuertemente impregnada de sentido antifascista. Murió en 1950 luego de pasar 40 años en la cárcel, en confinamiento y en el exilio. (Ver G. Micciché, *Dizionario Movimento Operaio.* Editorial Riuniti.) Para su expedición de regreso a Italia recibió dinero de Severino Di Giovanni (Ver correspondencia en Museo de Historia Social, Amsterdam).

[96] Casellario Político Centrale Nº 48292, 20-6-30. En el mismo expediente figura una carta del joven anarquista italiano Lino Barbetti, exiliado en Buenos Aires, dirigida a su hermana residente en Italia y secuestrada por la policía fascista. La carta tiene un singular valor histórico porque atestigua del

drama familiar, de la división de las familias, es decir, de todo un ambiente formado por la represión del fascismo y la lucha de los antifascistas, y las bases morales y los sueños de los exiliados: "*Queridísima Inés: (Bs. As. 3-9-1930) he leído con dolor tu carta porque, sobre todo, tiene un tono de resignación que no deberías tener. Me parece extraño que seas todavía tan joven al recordarme que sólo tienes 23 años. Todavía mi vida no ha tomado una ruta, una determinación irrevocable. Todos los caminos te están abiertos, y es mejor cometer un error que la renuncia. Con esto no quiero pontificar ni hacer de maestro, sólo decirte lo que siento.*

Lo que debes hacer nadie lo sabe mejor que tú y son inútiles las conversaciones vecinas o lejanas. Actúa con presteza y voluntad en todas las cosas, es todo lo que puedo decirte. En cuanto al 'destino' o al 'estaba escrito', no creo nada de eso. Los deterministas se sirven de ello a pesar de su voluntad en hacer las cosas, y la doctrina determinista no termina de ser, todavía hoy, una teoría de distracción para algunos, y de justificación para todas las cosas, para otros. Los burgueses recurren a lo determinado para justificar su explotación de otro, los curas para justificar todos los males. No existe ni el destino ni la predeterminación, no está determinado en nuestro nacimiento todo aquello que nos va a suceder en la vida. La voluntad de los hombres y de las mujeres interviene sí en el 'destino' de la propia vida, tanto en los caprichos como en los placeres; en los deberes como en los derechos. Por supuesto, por las múltiples influencias económicas y morales del ambiente en el cual se vive, no se puede decir que todo aquello que se quiera podrá obtenerse. Pero en cambio, se invoca el destino para justificar las propias debilidades, se engaña a sí mismo y se intenta engañar a los otros sin oponer obstáculos a sus males, favoreciéndolos en cambio y dándoles el carácter determinista y fatalista de cosas imposibles de evitarse. Y así el destino es invocado por el que sufre y que no puede por falta de voluntad superar al mal, o sea, al destino. Hay un título de un libro muy significativo: 'El destino en el puño'. Es decir, tener en el puño, con bravura, el propio destino.

No quiero entrar en los detalles dolorosos que tú me describes. No obstante no puedo dejar de lamentar especialmente lo que concierne al modo de comportarse de papá. Creí que en la familia se hallaba la parte del pan, del fuego, del amor para todos. Pero desgraciadamente parece que no es así. Siento siempre decir a mamá: '¡Pase lo que pase, viva el rey!', que en su intención se traducía en 'uno para todos, todos para uno'. Pero parece que esta práctica general entre todos los que se aman desaparece, no entra donde falta el amor. Y después se habla de la sangre... pero todo esto tiene que hacerte más experta, más fuerte, más decidida en tu voluntad. Porque existe la voluntad prepotente, villana, y aquella que es educada y buena. Admiro a Jesucristo en su voluntad quien, por las ideas morales que propagaba, era un revolucionario mucho más a la izquierda de los que hoy son los anarquistas. No creo que en casa necesites pagar porque, si bien conozco a papá como es, me imagino que no llevará al hecho eso que siente. ¿Pero a tal punto ha llegado? ¿Qué hacer? Desafiar a la miseria, a la muerte, todo, pero demostrarle que en nosotros se halla un concepto moral superior y diverso que el de él. Sobre todo tener lejos todas las pequeñas mezquindades en las cuales está envuelto. Elaboremos un concepto moral propio en armonía con nuestro deseo, con nuestra persona, con nuestro carácter.

Tratar de escapar de la influencia de los malos ejemplos que nos toca todos los días sentir y ver. En fin, cada uno tiene una felicidad particular, un temperamento, un corazón, un cerebro diferente que determina gustos, acciones, ideas, modos de comportamiento y de vivir parecidos o muy distintos.

Yo vivo siempre casi en la miseria, no todos los días me alimento, pero a mi lugar no lo cambiaría con ningún otro en condiciones materialmente superiores. Todos los días trato con mis fuerzas de ser el que quiero y hacer lo que creo necesario. Toda persona de carácter lo hace igualmente aunque por diferentes fines y por vías diversas.

Aquí, en la Argentina, como resultado de la desocupación y de la miseria, los políticos (diputados, aventureros de la política, etc.) intentan lucrar por propia cuenta llamando al pueblo a la rebelión y existe la posibilidad de un régimen dictatorial. Te mando este manifiesto hecho por los anarquistas y difundido en millares de copias. Lo del aeroplano y de todos los otros hechos grandes que ocurren en Italia nos enteramos aquí a dos horas de distancia. Lo que no se sabe, ni me lo puedes decir, es el espíritu que promueven tales actos y los comentarios de los trabajadores. Cariñosos saludos a todos. Lino Barbetti, Coronel Pagola 3838, Buenos Aires".

Cuando se refiere "*al aeroplano*" indica el heroico caso del antifascista Bassanesi quien el 11-7-30 partió de Suiza con un avión Farman y lanzó 150.000 volantes antifascistas en el centro de Milán, a pleno día. Regresó indemne a Suiza a pesar de la lentitud de su avión y la persecución de cazas fascistas. Un caso similar fue el del antifascista Lauro De Bosis quien el 3-10-31 partió de Córcega y lanzó 400.000 volantes en el centro de Roma, de noche. Franco Fucci lo describe así: "*Lauro De Bosis, personaje fascinante, de alto nivel intelectual y cultural, un idealista que afrontó la empresa con la certeza de la muerte, desapareció en la noche. No arribó jamás de regreso a Córcega. Se lo tragaron las aguas del Tirreno*". (*Le polizei di Mussolini*, Mursia, Editorial Milano, 1987.)

Cuando escribió la carta trascripta, Lino Barbetti contaba apenas 20 años de edad y era herrero de forja. Su nombre aparece en las listas de afiliados a los grupos de "L'Allarme" —que guiaba Aldo Aguzzi— y de "Umanitá Nova", ambas agrupaciones anárquicas italianas en Buenos Aires. Dichas listas fueron transcriptas por la policía argentina a la embajada italiana fascista. Esta las pasó a la policía política fascista de Roma con fechas 10 de mayo de 1929 y 9-12-30 (Casellario Político Centrale Nº 323, Lino Barbetti). Lino Barbetti fue detenido por la dictadura del general Uriburu y entregado al gobierno de Mussolini, sufriendo la pena de confinamiento.

[97] Interesante la descripción que hace el embajador fascista en Buenos Aires de su visita de despedida —por licencia— al presidente Hipólito Yrigoyen. Le escribe al "*cavaliere Benito Mussolini, capo del governo-ministro degli Affari Esteri*": "*Agradecí al presidente Yrigoyen por las medidas recientemente tomadas por la policía de la capital y por las autoridades del Ministerio del Interior para prohibir manifestaciones públicas antifascistas, y frenar los excesos de los oradores también en las reuniones privadas (que he descrito en su momento a vuestra excelencia). El señor Yrigoyen me respondió que es un deber prevenir contra demostraciones hostiles a un*

gobierno amigo, pero me dice que deploraba que los italianos quisieran hacer de la Argentina un terreno de sus luchas políticas. Le respondí que la enorme mayoría de los italianos no sólo son afectos a la Patria sino que además miraban con vivísima simpatía al fascismo que había hecho más grande y más fuerte a la Patria. Los agitadores antifascistas no eran más que un grupo reducidísimo compuesto de anarquistas, de comunistas, y de otros elementos peligrosos que habían adoptado la etiqueta antifascista para cubrir una propaganda criminal. El presidente argentino debió reconocer que eso era exacto, y agregó que precisamente reconociendo eso es que el gobierno argentino tomó esas severas medidas de policía que son tan discutidas porque se intenta ponerles en contradicción con las disposiciones de la Constitución Argentina". (Ministero Esteri, Archivio, 3-1-29, Nº 23/13.)

[98] Volumen en preparación, carta Nº 19.

[99] Volumen en preparación, carta Nº 21. Erinna es el nombre de la hija recién nacida de Teresina.

[100] Volumen en preparación, carta Nº 21.

[101] El asalto fue al mediodía.

[102] Volumen en preparación, carta Nº 23.

[103] Año 23, Nº 83. Abril de 1929.

[104] "Situación del anarquismo", 29-10-28, suplemento "La Protesta".

[105] Suplemento "La Protesta", 19-11-28.

[106] Suplemento "La Protesta", 17-12-28. Firmado por Diego Abad de Santillán.

[107] En *Terrorismo e attentati individuali* (Contracorrente, Boston, marzo de 1947), Salvemini relata que en 1923, un joven amigo le confió que pensaba matar a Mussolini, empresa en aquel tiempo bastante más fácil que después. Pero él le respondió: "*no, jamás, la vida humana es sagrada*". "*No pensaba* —agrega— *que la libertad y la justicia son bienes más sagrados que la vida, no de un inocente, pero sí de un criminal.*" Cuando ocurrió en octubre de 1925 el atentado de Zaniboni contra Mussolini "*continué repitiendo que la vida humana es sagrada*".

También en la primavera de 1926 "*repetí el mismo pensamiento*". "*Vivía ya entonces en Londres y publiqué en el 'Manchester Guardian' una carta en la que rogaba a los amigos de desistir de los atentados contra el Duce por: 1) la vida humana es sagrada; 2) Mussolini, matado en ese momento de ilusiones universales sobre su capacidad hubiera pasado a la historia como un gran hombre. También en setiembre de 1926, cuando el atentado de Lucetti continué repitiendo imperturbable lo de que la vida humana es sagrada. Sólo cuando a Ricardo Bauer y a Ernesto Rossi el fascismo los condenó a veinte años de prisión descubrí que era hora de mandar al diablo el concepto de que la vida es sagrada. Por eso aprobé los atentados de Schirru y de Sbardellotto y me entristecí cuando fracasaron*". Después de la caída del fascismo, Salvemini recapacitó sobre cuál hubiera sido la resistencia efectiva contra el régimen, resistencia que habría liberado a Italia de miles de víctimas y de la guerra. En el capítulo "Un remedio imposible" señala que toda acción política interna hubiera estado condenada al fracaso. Para ello se hubiera necesitado un plan de acción preparado de

antemano con una dirección central. "*Un plan de este género era imposible prepararlo. Los comunistas saboteaban toda iniciativa que no tuviese la aprobación de Moscú y sobre la cual no tuvieran el control. El Partido Socialista y la Confederación del Trabajo no entendían que había que abandonar los métodos legales cuando los métodos legales habían demostrado en 1922 toda su inutilidad. Los anarquistas, por su parte, invocaban una revolución que no era posible. Y aunque los comunistas, los socialistas y los anarquistas hubieran acordado una acción unitaria, esta no habría tenido ninguna posibilidad de madurar.*" Y en este sentido pasa a enumerar la fuerza de la represión fascista que contaba con las fuerzas militares, policiales y del capital. "*En suma* —dice—, *una exitosa resistencia colectiva a la ofensiva fascista, era imposible técnicamente.*" Luego desarrolla lo que él llama "*una vía de salida exitosa*" y dice: "*si aquellos anarquistas que sacrificaron su juventud en el atentado del Diana hubieran tenido una idea más clara de los fines a alcanzar y de los medios necesarios para llegar a esos fines, no hubieran realizado el atentado, ni siquiera hubieran hecho uso de la bomba. En cambio, hubieran tenido que matar a tiros a Mussolini, al Procurador General de Milán, al Prefecto de Milán y el jefe de policía de esa ciudad. Cuando en una sucesión de atentados bien ideados hubiesen sido muertos a tiros un par de generales, un par de altos magistrados y un par de grandes capitalistas que financiaban el movimiento fascista —un total de no más de una docena de reales responsables—, el pánico creado en las 'columnas de la sociedad' por esas ejecuciones, hubiera puesto fin al juego. La gente del poder está dotada de una cobardía física inaudita. Y no están equivocados: la vida es tan cómoda que es un deseo natural conservarla lo más posible. El método que hoy es calificado de anárquico —pero que no es otro que el método democrático-revolucionario del siglo XIX—aplicado con inteligencia, hubiera resuelto el problema. Y la solución hubiera sido más fácil si los actos de justicia individual contra los verdaderos culpables del fascismo hubiesen sido llevados a cabo no por anarquistas y sí por personas a las cuales no se hubieran podido atribuir ideas anarquistas, personas que hubieran hecho justicia en nombre de las tradicionales ideas democráticas*". Concluye diciendo que "*todas las vías legales estaban cerradas, no quedaba otra cosa que la iniciativa individual ilegal*". Señala que ese papel lo hubieran debido tomar Matteotti y Gobetti, los dos grandes, los dos grandes enemigos de Mussolini. De cualquier manera perdieron la vida igual. "*Ninguno pensó en eso* —dice Salvemini— *y me incluyo. Pero estoy convencido que si Matteotti y Gobetti hubieran agitado y hablado así, hubiéranse originado decenas de iniciativas similares en un país como Italia, donde jamás se extinguió la tradición de los atentados individuales. Los anarquistas que cometieron el atentado del Diana hubieran entendido que era necesario dar una mejor dirección a todas sus iniciativas. Otros hubieran seguido su ejemplo. Y rápidamente, mucho más rápidamente de lo que se cree, la realidad hubiera sido otra, sacrificando un número de vidas infinitamente menor de lo que fue derrochado sin utilidad y se hubieran evitado veinte años de desastre a Italia y al mundo*". Así hablaba en 1947 este político, historiador y estadista, después de un cuarto de siglo de lucha antifascista.

[108] Fue cometido por los anarquistas Aguggini y Mariani. El primero murió en prisión el 3-3-29. El segundo, luego de 25 años de cárcel fue amnistiado en 1946 por el gobierno italiano de posguerra.

[109] "La Protesta", 14-2-29: "Nuevamente sobre atentados y terrorismo". Las críticas de Luigi Fabbri y de D'Andrea a la actitud de "La Protesta" no dejó tranquilo a López Arango quien el 26 de marzo de 1929 volvió a referirse a ellos en "Anarquismo y terrorismo", que llevó el subtítulo de "Los anarquistas italianos y los atentados terroristas en la Argentina". Allí se sostiene:

"Los atentados que se cometieron en el consulado italiano, en una farmacia en la Boca y en otras partes más, por el modo de ser realizados y por los lugares elegidos carecieron por completo de un valor positivo. 'La Protesta' dio su opinión y censuró severamente esa actitud contraproducente de los elementos terroristas. Esta posición de nuestro diario provocó el descontento en los círculos italianos en el extranjero y muchos de ellos nos acusaron de miedosos, de políticos, de cobardes, y no faltaron, como siempre, quienes insinuaron que hay algo sucio en esta campaña de 'La Protesta', es decir, que tal vez tiene algo que ver en esto la policía. Pero hubo compañeros que trataron con serenidad esta cuestión, exponiendo su punto de vista sin insultos ni calificativos gruesos, como, por ejemplo, Luigi Fabbri, V. D'Andrea y otros, los que se limitaron a atribuir esta actitud nuestra a ignorancia sobre la situación italiana —del terror que ejercen los fascistas sobre el pueblo italiano— el que lógicamente tiene su respuesta en el odio de los revolucionarios al régimen sanguinario.

D'Andrea además de justificar los actos terroristas —continúa "La Protesta"— *trata de darles un carácter positivo indispensable para la lucha revolucionaria y una consecuencia lógica del ideal anarquista. Recomienda los medios de los reaccionarios para combatirlos. Dice D'Andrea: 'Pero los tiempos han cambiado y los sucesos de estos últimos años nos deben hacer sentir la necesidad, la exigencia de la revuelta y de la conspiración subterránea para rechazar un enemigo atacándolo con sus mismas armas'.*

Los anarquistas —y ahora viene la tesis de los hombres de 'La Protesta'— *somos anarquistas no por el odio sino por el amor a la vida. Siendo el hombre por naturaleza un ser sociable, los anarquistas luchamos por recuperar el derecho de que cada uno disponga de su vida, es decir, derrumbar la sociedad actual e implantar la sociedad anarquista, que dará más garantías al desarrollo natural de la humanidad. Aceptando que el asesinato es antihumano y antinatural no podemos aceptarlo como medio de lucha porque esto es ser inconsecuentes, es violar los principios humanitarios del anarquismo"*.

[110] En "Cultura Proletaria", del 23-8-29 se publica una colaboración de R. Lone donde se ataca a "Biscuit" por usar seudónimo y se alaba a "La Protesta", "*único cotidiano anarquista del mundo*", que "*además defiende las ideas de Mella, a propósito del atentado individual*". A este juicio responde "L'Adunata" que el colaborador Biscuit no usa el seudónimo por propio deseo sino por necesidad pero que de ninguna manera es un anónimo porque su verdadera identidad es conocida en la redacción de ese periódico que asume toda la responsabilidad por lo que escribe. Y con respecto a las ideas de Mella "*está bien que sean defendidas por 'La Protesta' pero este pensador jamás hizo obra de delación como la realiza Abad de Santillán. Antes de afligirse por alguna palabra agria de Biscuit debería sentir como un insulto al movimiento las delaciones de Abad de Santillán. Buscamos en la polémica permanecer en el campo de las ideas, de conservar la serenidad. Pero cuando vemos que la*

idea se utiliza, que no se detiene hasta el hecho de abandonar, peor, de denunciar a los perseguidos de la policía, pensamos que el silencio es una complicidad y que ninguna palabra agresiva puede superar la vileza de los hechos. Los anarquistas tienen en este momento un solo cotidiano en el mundo, pero nosotros, que también queremos una gran prensa anarquista no tememos decir que sería menos doloroso que no existiera ese cotidiano antes de saberlo manchado en sus páginas por una infame obra de delación". Además denuncia que "La Protesta" no ha sido capaz de publicar una sola palabra de solidaridad con Alejandro Scarfó y García Oliver.

La polémica iba a llegar pronto a un punto culminante. Mientras tanto otro peligro veía "La Protesta": el auge del anarquismo expropiador. El asalto a Kloeckner lo había actualizado. Pero también el cometido por los hermanos Moretti —del grupo Rosigna— en Montevideo a la casa de cambios Mesina. Antes de caer preso, Antonio Moretti se suicidó. "La Antorcha" escribirá de él: "*En la vecina capital del Uruguay ha caído como un héroe el camarada Antonio Moretti, de cuya gesta un día hablaremos más ampliamente. De igual temple que Bonnot, prefirió caer como un hombre antes de sufrir la afrenta de la venganza policíaca y la vergonzosa obra de renuncia de cierta esfera sospechosa de un seudo-anarquismo que se balancea tras una denuncia velada y un puritanismo sospechoso*".

"La Protesta" recoge el guante y en el artículo "La exaltación del delito", del 10-3-29, hace una crítica sin contemplaciones tanto contra la expropiación como contra el terrorismo. Y aprovecha para atacar a Di Giovanni a quien califica de "*audaz provocador*" y dice además: "*Alguien que tiene interés en magnificar sus vulgares delitos y en pasar por un héroe del anarquismo se empeña en desacreditarnos en el exterior y en hacer creer a sus cofrades que 'La Protesta' defiende a la burguesía contra los delincuentes comunes, y al Estado contra los terroristas. Y de lo que se trata, ya lo hemos dicho, no es calificar el delito en sí, como acto antisocial, sino de establecer la lógica relación que existe entre los anarquistas y cierta clase de subversivos, que han descubierto el secreto de la revolución en el asalto a un banco o en el petardo a las paredes de un edificio beneficiándose personalmente con ambas cosas y comprometiendo a todos en sus empresas particulares*".

En "La mordedura de la serpiente", Max Sartin de "L'Adunata" (16-3-29) rechaza los argumentos de Abad de Santillán y lo llama "*señalador en beneficio de la policía argentina*" y "*serpiente inmunda de Buenos Aires*". Y con respecto a la insinuación de Abad de Santillán (artículo del 29-1-29) de que cierta prensa anarquista se beneficiaba con los asaltos de los anarco-bandidos, Max Sartin escribe: "*¿Puede imaginarse una perfidia más necia? Cuando se es víbora se debería tener la elemental prudencia de morder al hombre en la carne viva y no en el taco del zapato. Es orgullo tradicional de toda la prensa anarquista —excepción hecha de 'La Protesta' y alguna otra hoja moralista de su calibre— la publicación número por número en cuarta página de la proveniencia y de la identidad de los fondos de los que se vive. Y es un orgullo tan legítimo porque la prensa anarquista es la única, en este siglo de papel impreso, de demostrar a amigos como enemigos los propios medios de subsistencia. De por sí no sería censurable ni incoherente la iniciativa anarquista que se sostuviera con*

medios arrancados al enemigo. Pero en lo que respecta a la prensa anarquista en general, y 'L'Adunata' en particular, sus interminables columnas de nombres y de cifras modestas demuestran que ella vive del sacrificio generoso de compañeros humildes que en silencio reducen sus propios bocados de pan... y que la insinuación viperina de Diego Abad de Santillán es una simple insinuación miserable de víbora impotente, así como estúpida y abyecta. Una mordida en el taco, en suma, de la cual ninguna policía del mundo podrá obtener provecho en la persecución de la estampa anarquista".

Como se ve, el lenguaje iba aumentando la violencia. Y no se iba a quedar allí.

Dos días después del artículo "Anarquismo y Terrorismo" (ver llamada 105) "La Protesta" volvió a insistir sobre el tema (28-3-29) bajo el título "Anarquismo y delincuencia" en donde pone en duda que la campaña de la "L'Adunata" sea para discutir un tema teórico sino solamente para defender la conducta de un individuo. Dice así: "(...) *No son los individuos los que nos interesan sino las ideas que se invocan como inspiradoras de tales acciones. También haremos ahora abstracción de la persona para abrir juicio sobre la campaña que viene realizando un periódico anarquista de lengua italiana que aparece en Nueva York. Se trata de justificar, por parte de la referida publicación, ciertos actos terroristas que nosotros hemos calificado de sospechosos, no tanto porque desconociéramos su origen como porque no podíamos comprender su utilidad y eficacia del punto de vista revolucionario* ". Y nuevamente se repite el ataque implacable contra Severino: "*El caso extraño* —dice— *de evidente parcialidad está en que el inspirador de esa campaña es —según propia confesión— el autor de los hechos que hemos combatido. Por lo que se trata, no de discutir un problema ideológico y moral, sino de justificar la conducta de un hombre, ya que todo se reduce a la autoapología del terrorismo y la delincuencia. ¿Qué es lo que puede decir el propio enfermo sobre el mal que padece? ¿Qué terapéutica moral puede aplicar quien sufre el más profundo extravío ético o ha llegado a justificar en su conciencia, por un fenómeno de inversión espiritual, las más grandes aberraciones morales?*".

[111] Cartas N°s 31 y 32.

[112] "La Protesta", 27-4-30.

[113] "Anarchia", 16-7-30.

[114] CPC Malatesta, Archivio dello Stato, Roma.

[115] Ver *Los Anarquistas expropiadores*, id.

[116] Carta Nº 34, fotocopia en poder del autor.

[117] Se inició el 7-4-29. Se titulaba "El anarquismo y la delincuencia", y tenía este preámbulo: "*Habiendo trascendido, y no por culpa nuestra, a ciertos ambientes internacionales la polémica sostenida en este diario por la redacción contra la invasión de ciertas bandas de delincuentes comunes en el anarquismo, se impone un amplio plebiscito que confirme o rechace nuestra actitud tanto en el caso de las bombas responsables del consulado italiano y otras, como asaltos, robos, asesinatos, etc., etc.... el mal no es propio de Buenos Aires sino que se conoce y constata en todo el país*". Se agrega que se publicarán todas las opiniones "*siempre que los autores no se resguarden en el*

anónimo y sean anarquistas". A partir de ese número se publicaron opiniones, dando la razón a "La Protesta" en un 99%.

[118] Carta Nº 37. La carta anterior corresponde a la carta Nº 36. Fotocopias en poder del autor.

[119] 20 de marzo de 1929. En "L'Emancipazione" del 15 de junio de 1929 se reproduce la aclaración de Aguzzi sobre el dinero para las Víctimas Políticas que retuvo Di Giovanni. La redacción de dicho periódico agrega a la declaración de Aguzzi: "*Podemos agregar y asegurar que el dinero en cuestión no fue retenido por intereses o necesidades personales sino para altos fines de lucha y propaganda, con pleno consentimiento y a conciencia de los organismos acreedores. ¿Sentirá ahora Santillán el imperativo de la debida reparación? ¿El, quien ha calumniado a Di Giovanni tan injustamente y peor todavía en periodos del peligro y de la necesidad, y además de negarle la solidaridad lo ha denunciado en las columnas de 'La Protesta' a la policía que afanosamente lo buscaba? Y que a nosotros por el simple motivo de haber desaprobado la injustificable y condenable proceder y de haberle dado a Di Giovanni y sus compañeros nuestra solidaridad y nuestro aplauso el mismo Santillán nos calificó de canalla. No por lo que personalmente nos toca, pero por la idea y por el movimiento, decimos que una conducta tal no es compatible ni de parte del periódico ni de parte de quien lo dirige. De no tomarse los procedimientos adecuados un inmenso daño pesará sobre el movimiento anarquista de la Argentina*".

[120] Esta reconciliación se llevó a cabo gracias a los oficios de Nicola Recchi, una especie de "ángel bueno" del anarquismo que siempre dio refugio a quienes lo necesitaran. Recchi había llegado de Estados Unidos donde formó parte del grupo de Sacco y Vanzetti. En un atentado perdió una mano, pero pese a ello, en nuestro país mantuvo a su familia con su oficio de albañil. En 1931, por dar refugio a Silvio Astolfi, sufrió prisión, fue bárbaramente torturado y finalmente expulsado del país por aplicación de la ley de residencia y entregado al fascismo. Nicola Recchi había nacido en Civitanova Marche (Macerata), en 1889. Albañil de oficio. Su prontuario policial de la Prefectura di Macerata nos va marcando los eslabones de su vida de combatiente: "*Emigró en 1908 a América del Sur (Buenos Aires) y en 1919 regresó a Italia procedente de Nueva York después de haber peregrinado de un punto al otro de las dos Américas y de allí, a Suiza y Francia. Terminada la guerra italo-austriaca, de la cual desertó, se retiró a Civitanova Marche, su comuna de origen. En el extranjero de acuerdo a informaciones reservadas, desarrolla en una década una notable actividad subversiva, tomando parte de todas las manifestaciones, también violentas, y de acciones criminales y terroristas, por las cuales fue detenido varias veces. En su comuna de origen, favorecido por la propaganda deletérea y derrotista de la posguerra continuó su actividad subversiva participando de todas las reuniones y conferencias organizadas por los elementos extremistas. Luego adquirió un puesto de diarios y en él desarrolló también una marcada actividad subversiva (vendía con preferencia los diarios 'Avanti', 'Unitá' y 'Umanitá Nova') tanto es así que los primeros 'squadristi del fasci di combatimento' de ese tiempo, todavía en formación, le quemaron el puesto de venta por dos veces consecutivas. Como le era imposible continuar*

con su actividad antifascista, marchó a Francia en febrero de 1923 y luego a la Argentina".

En las *señas particulares* enseña su prontuario: "*Tiene mutilada la mano izquierda, según el dice por accidente de trabajo en América del Norte. Pero esto no fue posible comprobarlo y se piensa que la mutilación se la ocasionó en alguna acción terrorista*".

Como queda dicho, en 1936, el gobierno argentino del general Justo le aplicó la ley de residencia y lo entregó a la policía fascista separándolo así de su mujer y tres hijitas, dos de ellas argentinas, quienes quedaron en Buenos Aires. Pero continuemos con el prontuario italiano: "*En Buenos Aires se hizo conocido nuevamente por sus ideas libertarias y su amplia actividad subversiva. Fue detenido varias veces por su participación en bandas terroristas. En enero de 1936 fue expulsado de la Argentina y repatriado por su peligrosidad con el orden público*". En la Italia fascista se lo condena a confinamiento político en Ventotene, después de ser entregado en Génova el 14 de febrero de 1936. El prontuario va relatando luego la conducta de Recchi en Ventotene donde no pudieron ablandarlo. Su prontuario dice así:

"*1-4-38: Conserva sus ideas propias. Es vigilado atentamente.*

1-6-38: Persiste en sus ideas políticas.

1-10-38: Continúa observando una equívoca conducta política. Frecuenta asiduamente al grupo de los elementos más peligrosos de la colonia. Es rebelde a cualquier disciplina y se muestra despreciativo hacia las autoridades. Es vigilado atentamente.

4-10-39: Trasladado a la cárcel de Macerata.

13-10-39: Condenado a confinamiento en Pisticci".

Finalmente, Recchi —como los demás presos políticos del fascismo— será liberado por los aliados cuando invaden Italia. Recchi permaneció doce años en Italia —en Civitanova y en Ancona— antes de poder reunirse con su mujer —Beppina— y sus tres hijas que habían permanecido todo ese tiempo —desde que fue expulsado— en la Argentina. El gobierno argentino —en aquel entonces el peronismo— le negó constantemente la visación de regreso. Hasta que en 1956 regresó a la Argentina en forma ilegal y en ese carácter vivió el resto de su vida. En 1962 murió Beppina quien por las privaciones y la vida de sobresaltos no tenía buena salud y había quedado inválida durante los últimos años. Nicola Recchi murió en Buenos Aires el 29 de junio de 1975. "L'Internazionale" de Ancona, el 20-10-75 le dedicó un largo artículo a su muerte. Dirá con amarga ironía: "*Nicola Recchi, ferozmente perseguido durante toda su existencia, obligado a vivir una vida clandestina en la Argentina, país donde habían nacido dos de sus hijas, ha muerto sin permiso de residencia. Fue perseguido y acosado por los esbirros de tres continentes durante medio siglo no por lo que hubiera podido haber hecho —nunca se le probó jurídicamente ningún cargo— sino por lo que pensaba, por el coraje con que sostuvo sus ideas y por la firmeza heroica con que siempre se negó a doblarse ante las imposiciones y violencias de sus inquisidores. Y justo por eso, los compañeros de tres generaciones lo querían y estimaban. Y cuando corrió la noticia de*

que Nicola Recchi había desaparecido, todos los que lo conocimos sentimos que nuestro movimiento había perdido un militante fuerte y sincero que no sólo no habremos de olvidar sino que hubiera merecido ser conocido por los que vendrán después de nosotros". Firma la nota Max Sartín. En esa necrológica se traen interesantes datos de Nicola Recchi, quien fue protagonista de hechos fundamentales del movimiento obrero mundial: el 1º de mayo de 1909 estaba él en la célebre manifestación anarquista de Buenos Aires en la cual se luchó a brazo partido con las fuerzas de represión. Buscado por la policía, Recchi vuelve a Europa, pero no a Italia; era desertor del servicio militar porque "*no quería ser sirviente del rey*".

Se va a Suiza y de allí a Estados Unidos. Allí protagonizó famosas huelgas de textiles y de mineros y tomó parte activa en casi todas las agitaciones obreras del país del norte en aquellos años, principalmente la campaña contra Rockefeller que costó muchas víctimas. Max Sartín escribe que conoció a Recchi "*en un lugar público donde Recchi estuvo por pocos minutos con un brazo atado al cuello, visiblemente herido. Supe después que había perdido la mano izquierda. Nunca pude saber con precisión si vivía en Nueva Inglaterra o en Nueva York, o en algún otro lado. Daba la impresión de poseer el don de la ubicuidad. Era conocido por los compañeros de muchísimos lugares y él conocía a tantos compañeros de lengua italiana y de otras lenguas y si bien su nombre no figuraba jamás en un diario, se encontraba siempre donde sucedía algo de extraordinario. El infortunio que lo había mutilado, en vez de acobardarlo, parecía haberle dado mayor coraje y una decisión más completa a la causa que lo apasionaba*". Volverá a Italia porque creía que había llegado la hora de la revolución, en 1919. En marzo de 1923 se lo acusa de la muerte de cuatro fascistas y debe huir. Sus otras estaciones ya las conocemos por el prontuario policial.

El autor de este libro conoció a Nicola Recchi cuando éste tenía 81 años de edad. Tenía rostro de niño, siempre sonriente, con ojos traviesos, como un adolescente dispuesto a hacer alguna diablura. Era parco para hablar. Le pregunté por Sacco y Vanzetti, con los cuales había trabajado. Me respondió así: "*Sacco era la actividad misma, Vanzetti era la solidaridad. Eran los mejores, por eso los norteamericanos los mataron*". Le pregunté por sus cárceles, sus sufrimientos en el cautiverio, en Estados Unidos, en Italia, en la Argentina, dónde había sufrido más. "*La más vesánica fue la policía argentina del general Justo*", me respondió. "*Me detuvieron en mayo de 1932 por haber dado refugio a Silvio Astolfi, el amigo de Severino. Picana, el tacho, golpes en los riñones con cachiporras de plomo, quemaduras de cigarrillos en el pene. Estuve semanas en un calabozo aislado, con las manos atadas a la espalda, me tiraban la comida al suelo y la orinaban. Tenía que comer eso como un perro, ayudándome sólo con la boca. Me dijeron que querían hacerme morir agusanado. Nunca comprendí por qué tanta crueldad con un hombre de ideas sociales.*" (Max Sartín escribe: "*Recchi fue torturado y sometido a los más atroces suplicios durante tres semanas. Cuando los verdugos del lugar oculto de la tortura lo consignaron a la cárcel común, sus compañeros de celda que lo limpiaron, se horrorizaron: todo su cuerpo, extenuado de tormentos, privado de alimentos y de sol, estaba cubierto de golpes, y llagas. El médico de la prisión no lo admitió en la enfermería. Con la asistencia de los compañeros*

de celda pudo volver a ponerse poco a poco en pie".) Mi tercera pregunta a Recchi fue qué se consideraba a sí mismo: "*Sólo un hijo del pueblo*", me contestó sonrojándose. Un "*hijo del pueblo*", así comenzaba la canción de los viejos anarquistas.

En la reunión donde se logró la reconciliación entre Severino y Aldo Aguzzi participaron también sus connacionales Vecchieti y Tognetti.

[121] Con respecto al asalto de Babby y Wladimirovich ver *Los anarquistas expropiadores*, Osvaldo Bayer, id. Sobre la última actividad de Wladimirovich, ver *La Patagonia Rebelde*, de Osvaldo Bayer, tomo IV, capítulo "La mano larga de la venganza", Planeta, Buenos Aires, 1997.

[122] R. Etchepareborda, Crisis y Revolución de 1930, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

[123] R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, pág. 218. La anterior cita corresponde a Félix Luna, *Yrigoyen*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, págs. 334 y 335.

[124] "La Antorcha", 10-7-29.

[125] Id. anterior.

[126] Una carta escrita desde la prisión por Alejandro Scarfó diez días después nos testimonia el papel que jugaba América Scarfó en la relación con la familia y las luchas por los ideales. Está fechada el 5 de setiembre de 1929, en la prisión nacional. Dice así: "*La misión de esta carta que a ti te dirijo, hermanita mía, es para que vuestro ánimo como así el de nuestra familia que nos quiere, no decaiga, y sepan acoger con firmeza y valentía la borrasca de este temporal impetuoso desencadenado con fobia por los magnates del privilegio*".

A continuación se refiere al pedido de prisión perpetua que contra él y Oliver ha presentado el fiscal Jerez: "*Creo que la mala nueva ya ha susurrado en tu oído y vibrado en tu corazón libertario; y por eso dirijo estas palabras a todos los que nos quieren para que se compenetren. Sé que en vuestros pechos la angustia y la indignación poblará íntegramente su capacidad cóncava y que tu carácter de mujer revolucionaria sabrá salir del duro trance por encima de todo cuanto nos quieren hacer, sabiendo a la vez consolar a nuestra querida madre y hermanos que nos sienten cobijados en su cariño. Tú bien conoces el cariz que va tomando el asunto en este último tiempo, como así la voluntad de los que nos persiguen con sus odiosas o sanguinarias represiones estatales. Espero que tú te encargues de esta misión, hermana, como justa, en consolar de la manera más cariñosa como delicada a todos aquellos que me sienten cerca de sus corazones y cariño. A nuestra buena madre que siempre nos invoca recordando cariñosamente en su tácito llanto interior a sus dos hijos perseguidos. Sus dos hijos, uno de ellos consagrado como el más querido. ¡Recuerda las palabras, querida América, que ella sabía decir siempre cuando se invocaba a su y nuestro querido Pablito Caro! Recuerda y sírvele de aliento y dulce consuelo en estos momentos que posiblemente se enteró del ignominioso y cruel veredicto del fiscal Jerez. Aunque vosotros evitaréis de que ella se entere por todas formas habrá siempre algún infeliz que haga llegar la dolorosa noticia a su corazón martirizado; pues el fallo se hará público porque la prensa hará su comentario cómplice para satisfacer la sed burguesa de ambos países. La comunicación nos fue hecha por el*

secretario del juez G. Torres en esta cárcel. Acogimos la barbaridad del fallo con una sonrisa expresiva de firmeza, de indignación y de valentía revolucionaria, pues ella nos reafirma una vez más en la vida como en la fe anarquista que con pasión poseemos. Ahora vienen a mi memoria algunas palabras de Bartolomé Vanzetti cuando fue sentenciado a muerte: '¡Coraje, compañeros! ¡No os descorazonéis!' —exclamaba en una carta enviada a sus camaradas de lucha— '¡estas son las tempestades que prueban y templan al buen marinero; las vías del porvenir estás sembradas de fosas y es necesario regarlas con sangre proletaria!'.

Estas palabras, que son una total reafirmación de principios han vuelto a mi mente recordándolos a él y a su compañero de cautiverio Nicolás Sacco, para decir junto a ellos: ¡Fe en la anarquía y en la revolución social!

Por encima de los horribles fallos judiciales que dictan en contra de los portadores de una nueva vida de libertad y justicia, está nuestra entereza moral que en ésta como en otras ocasiones pasadas y venideras supieren y sabrán dar prueba de valentía e integridad bajo todos los aspectos. La libertad y la justicia no se ahoga con la sangre de que vierten los tiranos del mundo. No se extermina con las crueles sentencias jurídicas que imponen jueces, fiscales y policías. Ni tampoco silenciara su voz de protesta la falange revolucionaria que nos rodea.

La verdad se impondrá en esta emergencia resplandeciendo nuestro grito de libertad y justicia en el mundo entero. Poseemos fe y firmeza anárquica para poner luz en los entretelones de esta farsa judicial que los señores policías y jueces complotaron a fin de hundirnos en la tétrica Ushuaia. Por eso es menester conservar nuestra esperanza en este nuevo caso del verdugo que se apresta a su nefasta obra.

Nosotros nunca pudimos pensar a pesar del odio que se nos tiene, que hubiese un fiscal tan desalmado como sádico. La barbaridad de su pedido llega después de la absolución del fiscal Segovia y del segundo fiscal Goyena. Viene esta hiena sedienta de nuestra sangre con semejante disparate propio de un instrumento bien pagado por las altas figuras del gobierno.

No se explica cómo no encontrando méritos legales, el primer fiscal Segovia dicta la preventiva a Marino y a P. Maninna, y luego la absolución dictada por éste mismo fiscal excluyéndolos del homicidio que se nos inculpa pidiendo a la vez pena de dos años y medio para mí y Oliver y la absolución de los demás compañeros presos. Este fallo que fue apelado por el juez de sentencia G. Torres pasó al fiscal de cámara quien se expidió de la misma forma que el primero. También éste fue apelado por el juez, el cual pasó al fiscal Jerez expidiéndose éste con la bella suma de años que ya conoces. Como puedes ver, el complot está claro: policía, jueces y gobernantes, todos se han complotado con el mismo fin de satisfacer la bárbara sed de nuestra sangre proletaria. Todos cuantos somos permaneceremos en la brecha con voluntad, entusiasmo; mantendremos latentes nuestros principios esperando el comienzo de una campaña pública para desmentir cuanto hayan fraguado los comediantes de esta trama.

Nuestro esfuerzo será secundado por todos nuestros hermanos de lucha que nos quieren libres y por todos aquellos que están por la verdad y la justicia. Esto suscitará un movimiento de opinión y su trascendencia recorrerá todas las escalas sociales. Así lo

esperamos. Por lo tanto, querida Fina, procura como ya te dije, ser el aliciente en nuestra casa y en nuestra familia. El tiempo hablará y nuestro esfuerzo no será inútil. Reciban todos ustedes, que me quieren, mis afectos y un prolongado abrazo de vuestro negro que constantemente os recuerda. ¡Salud, voluntad y coraje!".

Esta carta de Alejandro Scarfó —quien tenía 18 años de edad— es un testimonio del lenguaje revolucionario de la época, pero también de la situación sentimental de la familia Scarfó. Fue secuestrada por la policía en el allanamiento de Burzaco, en enero de 1931. (O. S. Nº 51998, Orden Social Nº 62907, IV tomo).

En el número de "La Antorcha" del 10-7-29 se encuentra una larga nota de uno de los presos: Simplicio de la Fuente. Se llama "La solución" y es una típica muestra del pensamiento utópico. Señala que el mundo no podrá encontrar solución a sus problemas sin la revolución social. Y agrega que esa revolución social no provendrá "*de los salones dorados en los que se efectúan las conferencias internacionales entre los representantes de las potencias capitalistas*", ni "*en los congresos de la paz burguesa que se inician con tanta frecuencia como terminan con tanta ineficiencia*" ni "*en las facultades académicas donde concurren los hombres versados en torneos oratorios que sólo tienen la virtud de matar de tedio a damas pervertidas y a ignorantes con campanillas de sabios*" ni "*en las conferencias de desarme, de las reparaciones, de la limitación de armamentos donde surgirá la solución que pueda traer la paz del mundo*" ni "*la traerán tampoco los caudillejos militares, aspirantes a dictadores*". "*No surgirá* —dice— *de los congresos de los partidos de izquierda ni de los parlamentos burgueses, ni de las conferencias continentales, ni de declaraciones, ni de leyes y decretos, ni de acuerdos entre los más aptos y los más pillos, sino de otro lugar en el que nunca han penetrado los pretendidos directores espirituales y materiales de cosas y pueblos. Vendrá* —finaliza— *del bajo fondo social donde se albergan todas las miserias y todos los dolores. Surgirá del pozo más profundo, de la más baja e ignorante napa del pueblo donde nunca llegarán por temor a contaminarse los pulcros y perfumados redentores de todos los tiempos.*" Por último explica que la revolución social será trágica, pero que con todo "*esta única solución del pueblo será menos trágica, dolorosa y cruel que esta vida indigna y miserable con que se nos brinda en la actualidad como premio a tanto esfuerzo creador de quienes todos lo producen sin poseer nada*".

Sorprende el lenguaje de este humilde minero, pero lo que más sorprende es que, estando preso, escribe por la revolución social violenta, sabiendo que eso en nada le iba a favorecer en el juicio, más aún que el juez García Torres era un conspicuo miembro de la Liga Patriótica.

[127] Personaje de novela de Víctor Hugo. Muchacho callejero de París chistoso y burlador.

[128] Se refiere al rey Víctor Manuel.

[129] Los fascistas.

[130] "L'Emancipazione", 15-1-30. También la carta siguiente de Ramé.

[131] Relato de Eliseo Rodríguez al autor. Rodríguez fue víctima de los métodos de Velar.

[132] "L'Adunata dei refrattari", 2-11-29. Felipe Orsini atentó contra Napoleón III, el 15 de enero de 1858. En 1882, el italiano Oberdán atenta contra Francisco José de Austria.

[133] Aquí "La Antorcha" aprueba la acción de los expropiadores. Pero en otras ocasiones, poco antes, los había censurado. Se nota pues un acercamiento hacia Di Giovanni y Roscigna. Severino había censurado dos artículos aparecidos en "La Antorcha": "La dirección moral", de Horacio Badaraco, y "Nuestras armas" de Balbuena. En el primero, Badaraco sostiene: "*Compañeros, tomemos la dirección moral del anarquismo. No estamos para disputarle a los burgueses unos sucios pesos, sino las conciencias y el espíritu de los trabajadores. Una sola es la tarea revolucionaria; los otros parcialismos o son estériles o nocivos e infecciosos para nuestro ambiente moral*". Había citado antes a Kropotkin, diciendo: "*Ni una idea, ni un céntimo de los burgueses!, decía Kropotkin al debatirse el problema en esos años agudizados de las expropiaciones parciales. 'Las verdaderas insurrecciones del espíritu, las revoluciones, no se hacen con dólares sino con conciencias' proclamó Vanzetti antes de ser asesinado*".

Y por su parte, Balbuena, en "Nuestras armas" explicaba: "*Nuestras armas para ser fecundamente creadoras de valores perdurables en la propaganda, deben emplearse tanto en el sindicato obrero, como en el centro de estudios, la agrupación libertaria, el periódico y la escuela, con la inteligencia precisa para que su objetividad no se preste a las torcidas interpretaciones de los que no pueden ser transformados repentinamente en revolucionarios por medio de la actuación de los propagandistas en actos llamados de expropiación y de exclusivo beneficio personal, ni menos por el ejemplo que pueda darse como circuladores de moneda falsa y cultores fanáticos de la violencia sistemática*".

Di Giovanni, en carta a América Scarfó —del 29-1-29— estalla de ira. Acusa al antorchismo de tener dos caras. Dice de Badaraco: "*asqueroso proxeneta de las acciones individuales de Ascaso y Durruti*". (En efecto Badaraco apoyó no sólo moralmente sino también efectivamente las expropiaciones en Buenos Aires de quienes más tarde iban a ser las dos figuras más importantes del anarquismo combatiente en la guerra civil española.) Pero, el artículo de Badaraco se debía a que preveía el peligro de una justificación total de la expropiación y el mal que esto podría acarrear al movimiento obrero e ideológico del anarquismo. Por otra parte, Severino —con captura recomendada y perseguido— no encontraba otra salida que la expropiación para poder financiar su propia lucha antifascista. A Balbuena, Severino lo calificaba de "*ladrón de gallinas y terrorista de marioneta*". Pero, pese a esas tensiones, las relaciones con "La Antorcha" no se quebraron totalmente. Y menos con Badaraco, quien jamás atacó personalmente a Di Giovanni. Todo lo contrario, como ya veremos en el capítulo final del libro.

[134] Entre el sinnúmero de publicaciones de "La Protesta" de ataque contra la figura de Severino y la expropiación figuran: "Problemas del anarquismo. La cuestión moral". "*Se dirá que en la guerra todos los medios de defensa se justifican. El bolchevismo y el fascismo han agotado todos los recursos de fuerza para*

afianzar una dictadura de clase, suprimiendo las garantías de la ley común. Pero si las víctimas tienen derecho a herir al victimario con sus propias armas, no debe en cambio ser olvidado que también hay una ley de guerra: la que protege a los no combatientes y a los neutrales contra la violencia de los beligerantes. La cuestión moral, en la propaganda anarquista, se plantea precisamente frente a las derivaciones de la mentalidad bolchevique y fascista, porque es a través de esa reacción violenta contra las dictaduras que nosotros descubrimos la relajación espiritual de los partidarios de la violencia por la violencia. No es el caso de discutir si es lógico, en Rusia o en Italia, el procedimiento de responder con el terror de abajo al terror de arriba. Esa actividad está sujeta a fueros individuales y a situaciones colectivas que no debemos poner en litigio los que vivimos fuera de aquellos ambientes preñados de odios y de enconadas pasiones. Lo que importa es plantear el problema de la lucha contra todas las manifestaciones de la dominación capitalista y contra la tiranía del Estado, en el plano internacional, para definir el proceso de las ideas revolucionarias en la conducta moral de los partidarios del anarquismo.

Invocando —agrega López Arango— *la necesidad de defender a las víctimas del fascismo, se intenta justificar todo acto de violencia que traduce la 'intención' de herir al fascismo, pero que no alcanza a una sola de las múltiples cabezas de la hidra reaccionaria. Y se agrega que ese es un acto de guerra justificable, aun cuando vaya dirigido contra los no combatientes y se realice en un terreno neutral. ¿Basta el propósito oculto para admitir como necesario el inútil sacrificio de vida en actos que tienen ante todo el sello de la impunidad y que a lo sumo demuestran un absoluto desprecio de los principios humanitarios y justicieros que arman el brazo de los verdaderos vengadores?"*

Luego, López Arango es categórico: "*Hemos expuesto en varias oportunidades nuestro concepto sobre el problema moral que, para la propaganda y las ideas anarquistas, plantea el culto a la violencia instintiva, el terror irresponsable y el egoísmo llevado al extremo de la delincuencia común. Partiendo de esa conclusión ética, a la que subordinamos la conducta de los militantes del anarquismo, combatimos los atentados que no realizan un objetivo preciso —que exteriorizan desprecio por la vida humana e inútil crueldad— como denunciamos como antianarquista la práctica del robo con fines individuales*". ("La Protesta", 7-4-29.)

López Arango, en el suplemento de "La Protesta" del 6-5-29, Nº 305, insistía así: "*Nosotros vemos en cierta clase de atentados antifascistas el sello del fascismo. No es que inspire el gobierno italiano y sus agentes provocadores esa acción terrorista: es un fenómeno mental esa inclinación a la delincuencia política y sus autores sufren la influencia del mismo proceso patológico que lanzó a Italia a la más cruel y bestial guerra civil*".

Por su parte, el periódico "Germinal" de Chicago, del 1º de julio de 1929, bajo el título de "A propósito de la expropiación", "Los delitos de la delincuencia", reproduce el discurso pronunciado por el célebre abogado Clarence Darrow en defensa de los presos de Chicago. Es en sí una explicación sociológica del delito. "*Reproduciéndolo hoy* —dice el periódico— *creemos que aportamos una contribución a la tan debatida cuestión de la expropiación. Se ve cómo un pensador que no es anarquista sabe decir cosas con una falta de prejuicios que hará*

sombra a cualquier anarquista timorato. Por eso se lo dedicamos a Abad de Santillán y sus secuaces."

En "L'Adunata del Refrattari" del 27-7-29, un anarquista bajo el seudónimo de 'Indomabile Girovago' (Indomable vagabundo) escribe desde Niza. "*En defensa de S. Di Giovanni: autor o no del atentado al consulado fascista de Buenos Aires, Severino Di Giovanni es bien merecedor de la solidaridad de todos aquellos que no están cegados por el sectarismo o por la incomprensión que los induce a ver en un verdadero acto terrorista al espía, el agente provocador o el loco irresponsable. Contra la infamia de D. A. De Santillán —cómplice de casi toda la corriente anarco-sindicalizante del movimiento argentino— en perjuicio de un perseguido, me siento en el deber de elevar mi voz de reprimenda, yo, que por cierto tuve, años ha, poco antes de mi partida de aquellas playas una áspera discusión con Severino Di Giovanni, pero conozco suficientemente a Di Giovanni para ofrecerle en el momento en que es calumniado toda mi estima inalterada y augurarle todo el bien con que se quiere a las personas queridas.*

He leído que, aunque con demora, Aldo Aguzzi aclaró su posición con Di Giovanni de manera que espero que sea suficiente para disipar el malentendido de hace tiempo entre los dos compañeros cuales, igual que a todos los buenos de allá, envío mi fraterno saludo".

[135] Tomé, años después, peleó en la guerra civil española, perdiendo una pierna en el frente.

[136] 27-10-29. La cita siguiente es del 10-11. El 5 de diciembre, "La Protesta" publicaba una nota de "La Campana de Gracia" de Barcelona ponderando la vida de López Arango, y un día después, una nota de R. Lone, de Steubenville, Ohio, donde proponía "*eliminar del campo a los espías, de lo contrario los malhechores continuarán sembrando la discordia, y cuando les sea imposible razonar emplearán los mismos métodos que con el inolvidable Arango, sin miramientos*". En el suplemento Nº 316 de "La Protesta", de noviembre de 1929, comete el error al querer describir la indignación general por el crimen y escribe: "*Hasta el diario fascista 'La Patria degli italiani' ha tenido palabras de dura condenación*". Eso era de esperar, ya que los fascistas aprovechaban toda ocasión para desprestigiar a Di Giovanni. El 29 y 30 de noviembre aparecieron en "La Protesta" dos notas del libertario alemán Max Nettlau bajo el título: "Una voz de alarma en ocasión de un crimen execrable". Nettlau mantenía correspondencia con Abad de Santillán, de modo que conocía sólo la versión de éste de todo lo acontecido. Es un artículo de dura censura al autor o autores del crimen. Dice, entre otras cosas: "*¿Cómo obrar frente a ese hecho que no data de ayer y que está en la fuente de todas las desuniones que han carcomido y a menudo obstaculizado o debilitado los movimientos anarquistas de todos los países? Todo va bien un cierto tiempo, después los malentendidos, las disidencias llegan y culminan en querellas verbales, en injurias escritas, y que son simplemente la guerra civil en nuestros medios, produciendo horrores como aquél del cual hablo aquí y dando a nuestros adversarios y a aquellos sobre los cuales nuestras ideas podrían obtener una influencia por su verdadero valor, un espectáculo de rudas disputas, a veces de golpes y de heridas, a veces incluso de muerte. Lo que los movimientos han*

producido en inutilidades de esa especie, es enorme y hay que darse cuenta y llegar por fin a las raíces de ese gran mal". "*En varios países* —señala más adelante— *se presenta el mismo fenómeno ante nuestros ojos: algunos fanáticos, caprichosos, inescrupulosos amotinan a los camaradas por todos los medios para arruinar precisamente los focos más activos de la verdadera propaganda, de una propaganda que quiere ensanchar nuestras filas que son infinitamente demasiado pequeñas y estrechas. En lugar de eso parece querer ponerse la interminable disputa de todos contra todos, los murmullos de ferias y de calles multiplicados y eternizados y las injurias y amenazas que culminan, quizás en crímenes como el asesinato de López Arango. Con eso, la anarquía es verdaderamente neutralizada, eliminada. El mundo se ríe: que se maten ellos mismos, como se matan en la Rusia bolchevista; con eso no hay necesidad de anularlos por el fascismo. Es infinitamente triste, pero es en parte por culpa nuestra a causa de nuestra indulgencia hacia todos los recién venidos, que ahora se ponen por encima de nosotros*".

[137] Para basar su suposición de que Marinelli era inocente, "La Protesta" escribe el 27-12-29, en "En torno al atentado": "*Gualterio Marinelli hace más de diez años que se llamó a silencio, que se retiró de la lucha y que actuaba en campos muy poco concordantes con el espíritu subversivo. Era todo un hombre de orden, consagrado a su hogar y entusiasta de los problemas edilicios*". Por su parte Gabriel Biagiotti, en el mismo periódico del 7 de enero de 1930, defiende la tesis de que los disparos no los hizo Marinelli sino que salieron del pasaje Internacional, que cruzó la comitiva presidencial. Señala que el error queda en descubierto cuando el Poder Ejecutivo ofreció pagar a la viuda de Marinelli los gastos del sepelio: "*¿Desde cuándo* —se pregunta Biagiotti— *los que sostienen a sangre y fuego este inicuo régimen se han propuesto sufragar los entierros de los que murieron atentando contra altas autoridades o magistrados de la nación?*". Agrega que esa reacción se explica sólo porque la guardia baleó a un inocente.

[138] "La Antorcha", del 30-1-30, reacciona contra esta versión y escribe en una nota titulada "Gualterio Marinelli: asesinado dos veces": "*Pronto se apagaron los ecos suscitados en torno al atentado al presidente Yrigoyen primero, y la masacre ignominiosa perpetrada en el cuerpo herido de muerte de Gualterio Marinelli, por la perrada de investigaciones después, el —para nosotros real y sobradamente justificado— atentado del caudillo de la chusma radical y argentina. Gran agitación, gran desconcierto y pánico los primeros días, donde se puso de relieve la cobardía y la vileza de todos los sectores políticos que un día antes pedían la cabeza del histrión presidente y luego descargaron sus odios, odios que nos honran, contra los anarquistas, al confirmarse que Marinelli también lo era. Miedo, infamación y cinismo, agachada y vergonzosa lavada de manos de toda la prensa, desde la que solía amanecer cada día clamando por una asonada revolucionaria la noche siguiente —como los empolvados maricones de 'La Fronda', hasta los pobrecitos asexuales esos, que desde 'Crítica' están pidiendo a gritos que los negocie Yrigoyen, todos tan larvados y sacudidos por el pavor como los propios redactores del diario anarquista 'La Protesta' que no atinaron a callarse o atar el terror bien adentro, negando cien veces la posibilidad de un atentado anarquista y descargando —no contra Yrigoyen— sino contra el propio Marinelli, la afrenta de llamarlo 'claudicante'. Este fue*

el espectáculo de cobardía que ofreció la Argentina las vísperas de Navidad (...) *Gualterio Marinelli —de quien hay hoy pruebas que nunca suplantó sus sentimientos anarquistas, aun cuando no era activo y no participara de nuestras luchas— fue asesinado dos veces. Por la turba que lo masacró y la cobardía de cuantos lo negaron, lo befaron moralmente y disputaron en torno al silencio que el crimen policial había sellado en sus labios. El 24 de diciembre, a pocas horas del atentado, nosotros sin conocerlo, pero justificando el hecho contra el gestor directo de las masacres en la Patagonia, la semana de enero, el litoral y San Francisco, saludamos en Marinelli al brazo de la justicia popular*".

Gualterio Marinelli había nacido en Ascona (Italia), en agosto de 1885. Vino con su familia en 1896. Vivió en la Argentina —donde participó del movimiento anarquista en el año 1918— y en Montevideo. Era de profesión mecánico-dentista. "La Protesta" del 28-12-30 lo califica de "*claudicante*" como anarquista.

[139] "L'Adunata", colaboración de fecha 15 de noviembre, publicada el 14-12-29. "Bandiera nera", enero de 1930.

[140] En la primera edición de este libro (Buenos Aires, Galerna, 1970) basándome en documentos policiales entré en la trampa de lo que precisamente quiso hacer creer la policía rosarina acerca de Cremonessi. Sólo luego de haber encontrado la carta de "Culmine" a "La Antorcha", la de Luigi Fabbri a Malatesta, el artículo de aquél a "Il Risveglio", de Ginebra y, por sobre todo, la conversación tenida en 1976 con Umberto Lanciotti en Italia, me quedó en claro que Cremonessi había sido la víctima expiatoria por el atentado contra el comisario Velar. Y que para desviar la atención lo hicieron aparecer por un hombre al servicio de la policía que fue asesinado por sus propios compañeros de ideas. Lanciotti —uno de los protagonistas principales de los grupos de expropiadores de Roscigna y Di Giovanni— me señaló en esa entrevista: "*Cremonessi fue uno de los nuestros hasta el final, tenía la peligrosa misión de informarse y preparar las acciones. Nunca falló. Al contrario, después de lo de Velar, la policía lo cercó amenazándole con matarlo si no se ponía a su servicio. El nos comunicó eso. Tendría que haberse ido de Rosario pero no lo hizo porque no se dejó amedrentar*".

Cuando en la primera edición —basado en el documento policial del 10 de julio de 1928— sostengo la sospecha de espía policial contra Cremonessi, no supuse que ese legajo pudiera haber sido confeccionado después y agregado al legajo de Severino para que sirviera como antecedente judicial. En ese documento, un agente de Investigaciones informa a Orden Social de la Capital Federal que "*se supo que Agustín Cremonessi estuvo en Homero 250* (domicilio de Di Giovanni) *a visitar a la esposa de éste. Luego entraron dos sujetos, uno alto, vestido de negro y otro más bajo, y le dijeron que no lo admitiera a Cremonessi que era un traidor y delator policial y que le iban a volar la cabeza*". Aquí nace la pregunta: ¿cómo supo el agente de Investigaciones de ese diálogo? Pero es más: la versión se contradice con la carta que posteriormente le envía Di Giovanni a Cremonessi, a Rosario —que figura en el mismo legajo— donde Severino le dice: "*Te recomiendo no dirigir cartas a ninguno de aquí porque la policía tiene sometidos a todos bajo una*

rigurosa y estricta vigilancia; no es necesario dar armas a éstos para que nos abatan. Me parece que la desconfianza es una de las principales virtudes del hombre y éste nunca debe abstenerse de usarla. Yo, como ves, estoy siempre contento, a despecho de Dios y sus amigos". Por último termina: "*dale saludos a Ramé y le dirás que la única satisfacción mía será tirarle de las orejas*".

Hemos visto que *Ramé* cayó preso porque le explotó en un tranvía la bomba que él portaba. A raíz de esa bomba fue realizada una redada de anarquistas, en la que cayó también Cremonessi. Lo mismo ocurrió con las bombas que explotaron en Rosario el 15-11-28. Cremonessi salió días después en libertad, al igual que los demás detenidos por sospechosos. Eso no quiere decir de ninguna manera que Cremonessi se hacía detener para no originar dudas en sus compañeros de ideas.

Ruego a los familiares de Agustín Cremonessi que disculpen la versión dada por mí en la primera edición. Lo que demuestra una vez más que, si bien la documentación oficial es una de las fuentes científicas de la historia, no por eso trae siempre la verdad. En general sólo trae la verdad de quien redacta ese documento, los firma y les pone el sello.

[141] O. S. Nº 62907, tomo II.

[142] O. S. Nº 62907, tomo IV.

[143] En un primer momento, Di Giovanni creyó que Cremonessi había sido muerto por gente de "La Protesta" para vengarse por lo de López Arango. Así se desprende de una carta —fechada el 10 de marzo en Lyon, Francia— enviada por el anarquista Errico a Severino. Aquél le contesta una carta del 6 y 12 de febrero de éste y le dice: "*Con viva indignación he sabido por tu carta que el compañero Cremonessi ha sido asesinado por la canalla que se anida en torno al jesuítico diario 'La Protesta'. ¿Es posible que esta gente haya llegado a tal punto en nombre de la anarquía? Pero en verdad y en nombre de la inquisición son los que se comportan en la forma más vil. El compañero Cremonessi, en lo poco que lo he conocido se me reveló como firmemente consciente y bueno para con las ideas que nos son tan caras. Por eso me apena vivamente su fin inmerecido, mientras mi odio de reivindicación me brota del espíritu contra estos miserables jesuitas que se enmascaran con el ideal*".

La policía de Rosario —como queda dicho— no hizo ninguna redada de anarquistas por la muerte de Cremonessi ni ahondó en la investigación del asesinato. Se conforma con hacer público un cartel con la foto de Di Giovanni en la que se pide la "*Detención de Di Giovanni o Pascual Di Giorgio o Nivangio Donisvere*" por estar "*sindicado como uno de los autores del atentado y lesiones al subcomisario de Investigaciones, Juan Velar, el homicidio de Agustín Cremonessi o Bonifati y suponérsele complicado en los atentados terroristas de la Capital Federal de mayo de 1928*".

Por último, diremos que en el parte que pasará el comisario Garibotto a la Jefatura de Policía sobre su última conversación con Di Giovanni antes de ser éste fusilado señala que "*con respecto a la muerte de Cremonessi, Di Giovanni expresó su convencimiento de que fue la policía de Rosario*".

[144] "La Protesta", 3-4-30.

[145] Franco Fucci, *Le polizei di Mussolini*, ed. Milano, 1985.

[146] Mario Giovana, "*Fernando de Rosa - Dal Processo di Bruxelles alla guerra di Spagna*". Fernando de Rosa, el atentador, es descrito por Franco Fucci como "*una de las figuras más románticas y fascinantes del antifascismo militante, destinado a cerrar gloriosamente su joven vida en las trincheras de la guerra civil española*" (ob. cit.). Cuando realizó el atentado, tenía apenas 21 años de edad. Recibió tres años de prisión y luego se dirigió a España, donde comandó el batallón "Octubre II", en la defensa de Madrid, cayendo el 11 de septiembre de 1936 en el asalto a la sierra de Guadarrama.

[147] Franco Fucci, en la obra mencionada, considera exageradas estas cifras. De cualquier manera, los ataques repetidos a las representaciones del fascismo en el extranjero prosiguieron sin variantes. De ahí que a la policía fascista le resultaba muy útil la colaboración con la policía argentina. Le permitía estar al tanto de la conducta de los ciudadanos italianos que vivían en territorio argentino y de sus viajes. Un ejemplo de ello es el prontuario de Umberto Lanciotti en la Direzione Generale della Publica Sicurezza, Casellario Político Centrale. O las listas de anarquistas enviadas al mismo lugar el 15-5-29, con los afiliados al grupo "Allarme" y "Umanitá Nova", del 10-5-29, con domicilios y datos personales.

Pero, aparte de la persecución política y de la colaboración en ese sentido de los gobiernos de Alvear, Yrigoyen y Mussolini, los fascistas simpatizaban más —por supuesto— con la Liga Patriótica Argentina. El 10 de noviembre de 1929, el embajador italiano en Buenos Aires informa a Dino Grandi, canciller fascista que "*el descontento contra el presidente Yrigoyen aumenta día a día. La acusaciones contra su política dictatorial, de la cual se hace eco casi toda la prensa (la gubernamental está reducida a poquísimos diarios de escasísima importancia) ha comenzado desde 'La Prensa' y 'La Nación' hasta los más humildes periódicos de la provincia, y se generalizan y forman el contenido de las proclamas de varios círculos políticos. La Liga Patriótica Argentina, institución de trasfondo nacionalista, que sin tener la importancia que quieren hacer creer sus integrantes, pero que sin embargo reúne en su seno personas que tienen seguro prestigio, ha lanzado el pasado domingo la siguiente proclama: 'Argentinos, ha sonado la hora del castigo. Quien siente el dictamen de la conciencia y no ocupa el puesto que la Patria exige, es un mal ciudadano. Hace tres meses hemos señalado el peligro de ser humillados luego que no fue detenido el desborde de poder presidencial. Eso está en la conciencia de todos, radicales y no radicales, políticos y no políticos, desde el vicepresidente de la República al más humilde habitante de la Argentina, comprendidos los ministros del Poder Ejecutivo; está en la conciencia de todos los que vivimos como sofocados por la vanidad del poder presidencial. Por lo tanto, la responsabilidad es de todos, y es mayor aún la de los ricos, de los intelectuales, de las personalidades y de los valientes, porque ellos asumen tácitamente la representación de los pobres, de los ignorantes y de los débiles. A la mayoría electoral, falsamente llamada a las urnas para proclamar su «mandato histórico», el honor nacional contrapone el*

«castigo histórico». En 1890 el pueblo de Buenos Aires reivindicó el imperio de las leyes. En 1852, el glorioso ejército de Caseros derrota al tirano y reivindica la soberanía ultrajada. En 1810 la heroica aldea enseñó al mundo cómo se derrota a la omnipotencia de los déspotas'. (Aquí se equivoca el embajador fascista porque acota: *'se alude al juramento de Tucumán de los patriotas argentinos en lucha contra la dominación española'*. Luego continúa transcribiendo la proclama de la Liga:) *'La Liga Patriótica sigue cumpliendo su deber de combatir el desorden, sin buscar otra recompensa que aquella de merecer el título de continuadores de la tradición civilizadora, que hace de la libertad un arma y del honor el escudo para defender las leyes. ¡Argentinos! El dilema es de hierro: o con la autoridad ensoberbecido que desobedece a la ley o con la patria de los buenos que se han sacrificado para mantener el respeto a la Constitución'"*.

Y continúa su comentario el embajador fascista: "*La Liga Patriótica Argentina, constituida en casi su totalidad por personas pertenecientes a las clases elevadas del país, tiene tendencia sindicalista-fascista y es posiblemente el único ambiente en el cual es comprendido el fascismo en su justo valor. Tiene también una influencia bastante fuerte en el sector operario, ocupándose de oficinas de colocación y de asistencia, especialmente entre los trabajadores del puerto, contraponiéndose a la propaganda bolchevique. Por eso es acusada por los rojos de crumiraje. En 1919 cuando un fuerte núcleo de extranjeros, especialmente rusos y hebreos, intentó en Buenos Aires un movimiento maximalista, una buena parte de la reacción fue debido a la Liga Patriótica, cuyos jóvenes miembros, pertenecientes a la aristocracia del dinero, no titubearon en ponerse a la cabeza en la contienda respondiendo a la violencia con redoblada violencia. Fue gracias a ellos que abortó el movimiento, durante el cual se produjeron numerosos muertos.*

La Liga no es de tal importancia como para ponerse ella misma a la cabeza del movimiento revolucionario, pero en un momento dado su aporte al grupo que iniciase un movimiento, grupo que tal vez por sí mismo no estuviera preparado para conducir tal movimiento a término, sería bien de importancia y posiblemente decisivo.

La proclama de más arriba, que es una invitación abierta a la revolución ha sido publicada en todos los periódicos y fijada en todos lados en los muros de la Capital. Esto ha sido posible porque no hay en la Argentina, como es conocido por Vuestra Excelencia, una ley aunque mínima sobre la prensa, ni la posibilidad de sanciones contra los autores de similares manifestaciones.

Es curioso que la policía, que hizo el destrozo de esos manifiestos por lo menos en los puntos centrales de la Capital, interrogada por los diputados y los periódicos de la oposición de acuerdo a qué ley o reglamento se basó para actuar de esa manera, debió desaprobar a los agentes que habían procedido de tal manera, atribuyendo el hecho a la iniciativa personal de ellos".

Como se ve, así paga el diablo. Los fascistas italianos pagaban mal los informes del gobierno radical ya que miraban con simpatía un posible gobierno de la ultraderecha.

[148] Carta Nº 47, fotocopia en poder del autor.

"La Antorcha saludará así la libertad de Ramé: "*Lo amamos por su bella*

juventud, su espíritu de riesgo y disposición calurosa y humilde de verdadero militante anónimo del anarquismo. Porque José Romano constituía, para cuantos tienen el sentido de la lucha anarquista directa, algo más que un escritor, o un conferencista: era la napa virtual de este anarquista que está continuamente sobre los hechos y su figura que pasaba a menudo desapercibida para quienes gustan de grandes palabras, erguíase en el silencio para la lucha más pesada de la propaganda y la permanencia a través de los hechos ignorados de la lucha y la revolución cotidianas".

[149] Relato de América Scarfó al autor.

[150] Simón Radowitzky escribirá a Severino Di Giovanni desde Montevideo, el 6 de julio de 1930, su opinión sobre los calificativos recibidos por éste en "La Protesta". "*Hay en nuestras filas* —dice Simón— *elementos que es necesario hacer entrar en razón; algo se ha conseguido, y veremos si nuestra prensa anarquista es nada más que para la propaganda y el movimiento obrero*". Agrega: "*Basta de usar esas armas charlatanescas*" y "*debemos, por dignidad, ser un poco más superiores a esas intrigas. Yo sé lo que ha pasado. Me lo contaron aquí algunos camaradas. Es cierto. Hay veces que es imposible tolerar algunos chismes*".

[151] Severino Di Giovanni, con el seudónimo de Alberto Lubeni, publica en ese número bajo el título "La batalla de hoy. Cárcel perpetua", un artículo en el que señala que las penas de prisión pedidas por el fiscal Goyena para los cinco prisioneros es un claro desafío . Y se pregunta: "*¿Qué armas esgrimiremos para rescatarlos? Por cierto no podemos perder el tiempo de elegirlas. Todas son buenas. Es necesario obrar pronto, para no mancharnos de vergüenza. El desafío debe ser recogido. No permitiremos que la cárcel perpetua nos arranque a dos compañeros, no permitiremos que a otros tres se los prive por tantos años de la libertad. El desafío del fiscal Goyena ha sido recogido. ¡Veremos quiénes serán los vencedores!*"

En el Nº del 10 de mayo de 1930 de "La Antorcha" se trae una biografía de Simplicio de la Fuente, uno de los presos. Se dice allí: "*A* (nuestro) *ambiente todo ardor y voluntad anarquistas, llegóse un día, hará cuatro o cinco años, el compañero Simplicio de la Fuente. Venía de Córdoba, después de sufrir una dolorosa amputación de su mano derecha, desgarrada por el estallido de dinamita en la mina donde trabajaba. Menudo de cuerpo, con esa afabilidad y pinta silenciosa y humilde de los obreros surgidos a una conciencia moral a través del anarquismo. Simplicio anudó desde ese instante a nosotros lazos de afecto, comprensión y camaradería que no se quebrantaron jamás. Su nombre, su actividad, su trabajo de propagandista ya nos era familiar, aun no conociéndolo personalmente. Es uno de esos hombres que edificaron su vida de revolucionario con su solo esfuerzo, desde las filas de los combatientes rasos. Autodicacta, su evolución cultural anarquista no se apoyó en ninguna muleta mental, ni en lo efímero de los juicios consagrados o el 'programa' de una colectividad o institución. Rota su mano derecha, imposibilitado de escribir con ella, Simplicio, que apreciaba y tenía conciencia de su puesto en la propaganda, toma primero la lapicera con los dedos aún torpes e inhábiles de su mano izquierda para luego, a solas y en largas noches, ir educándola en su manejo. Y escribe. Llena, movido por la voluntad grande que atesora lo menudo de su cuerpo, dos o cuatro carillas de escritura irregular, pero caracterizada por*

la firmeza de sus trazos. Al cabo de corto tiempo, nuestra común mesa de redacción de 'La Antorcha' acoge nuevamente su colaboración interrumpida por el accidente. Quien, como nosotros, recuerde esa actitud tan suya de afincamiento con el trabajo a pesar de la desgracia, y la tenacidad concentrada para sortear la imposibilidad física, sabrá valorar lo que Simplicio representa en la propaganda.

Luego vinieron los tiempos de lucha, de pasión y quehacer en el anarquismo de la Argentina. Pasada la escisión última y definida en el movimiento revolucionario, surgió a través del renaciente esfuerzo la vitalidad de los núcleos orientados a una vigorosa afirmación anarquista. Grandes campañas, hechos rotundos, polémicas y bravuras marcaban la marea alta del espíritu combatiente. Con Simplicio, ya ligado por siempre a nuestra despreocupación bohemia, nos encontrábamos de la mano, a todas las horas. El mismo nos evoca esos tiempos en una carta reciente: 'En medio de todo aquel fárrago de la lucha ¿cuántos compañeros éramos que podíamos comprendernos íntimamente, a veces, hasta guardando el más profundo silencio, con sólo mirarnos al rostro? Muy pocos. Sin embargo, aquellos tiempos eran mejores, colmados de pasión y de fe. Los periódicos eran constantes, los actos públicos numerosos, las giras frecuentes. Nos pasábamos las horas en vela, sobre los papeles, cuando no charlando y vagando algún amanecer por las calles, durmiendo en los bancos de la redacción y poniendo buena cara al mal año. Pelea, lucha, afán. Y es que no puedo concebir otra vida para el militante anarquista que no sea ésta. Así me figuro que debe haber sido la de aquellos buenos viejos, precursores de nuestro anarquismo de abajo, que si surgieron de arriba fue por su capacidad y sus gestos, sin proponérselo como cálculo.'

Desde esos tiempos, nítida y tiernamente evocados por él, Simplicio, ligado a esta trama de secreta e íntima bohemia, sin proponérselo tampoco, se instaló en el afecto y la cordialidad de todos. Anduvo el país, con sus escritos para los periódicos, o en giras de propaganda. Desde 1925 hasta su entrada en la cárcel, en 1929, toda agitación, toda empresa de riesgo lo halló entre sus gestores más directos. Y aún hoy, prisionero, su contribución no cesa, es permanente, por intermedio de trabajos que acusan su sentido militante y su reflexión siempre puesta en lo vivo de nuestros problemas.

Jueces y policías lo sindican como quién venía facilitando el material explosivo para la consumación de los atentados terroristas del periodo 1926-28 y le son pedidos por el fiscal quince años de prisión."

[152] El periódico de Severino y Aguzzi, "Anarchia", tomó posición con respecto al asalto y a la prisión de sus compañeros. En primer término critica a "La Nación" —"*el diario más untuosamente jesuítico y el más agrio verdugo de toda la prensa continental*"— por haber lanzado la pregunta a los "anarquismos buenos" si ellos apoyan también esa clase de asaltos. Con orgullo "Anarchia" señala que esta vez, al contrario de años anteriores, ningún periódico anarquista dio desmentidos ni expresó que no tenían responsabilidad en los hechos. Señala "Anarchia" que considera a los expropiadores como rebeldes, revolucionarios, vanguardistas que luchan "*para destruir completamente el sistema social tan querido por 'La Nación'*".

Luego "Anarchia" se burla de las informaciones de los diarios porteños

que señalan que Di Giovanni llamó telefónicamente al comisario Garibotto amenazándole de "*hacerlo saltar con una bomba*". Peor aún, "*habría telefoneado a la mujer de Garibotto invitándola a comer juntos la carne de su marido*". Denuncia "Anarchia" que el peor de todos los diarios es "El Mundo", por la sencilla razón que las dos empresas de omnibuses asaltadas (la "Central" y la "Flores-Palermo") son propiedad de los accionistas de la "Anglo-Argentina" y a su vez, la "Anglo-Argentina" es accionista de "El Mundo". Este diario denominó "*íncubo social*" a Di Giovanni y exige "*cualquier procedimiento para la severa represión*" y el empleo de las fuerzas armadas para combatirlo. Finaliza diciendo "Anarchia" que: "*Y mañana, cuando los deseos de 'El Mundo' fueran satisfechos, cuando el ejército —por lo menos— fuera movilizado y el linchamiento contra el 'íncubo social' fuese cumplido, la historia podría escribir que en la Argentina todo esto ha ocurrido para contentar a un par de esos extranjeros que consideran a la Argentina su colonia*".

[153] América Scarfó escribirá en "Anarchia" (10-9-28) así sobre el fracaso de la liberación de su hermano: "*Un camión celular que conducía a varios detenidos al 'Palacio de Justicia' fue asaltado por varios desconocidos, los cuales, luego de detenerlo en la marcha e inutilizar al conductor y al guardián, se pusieron a violar las puertas de las pequeñas celdas con el propósito de liberar a los prisioneros. Desgraciadamente la tentativa falló. De acuerdo a las informaciones periodísticas, la intención de los 'asaltantes' era la de rescatar a los compañeros Alejandro Scarfó y Manuel Gómez Oliver, quienes desde la cárcel de encausados debían ese día ser conducidos al Palacio de Justicia. Algunos minutos de retardo provocó el fracaso de la empresa. Si es cierta la información, lamentamos sinceramente que el intento no haya tenido éxito.*

Bien conocen los compañeros la monstruosa e injusta condena que amenaza a estos, nuestros compañeros. Con medios legales, de frente a tal insidiosa trama, bien poco se podría conseguir. Es tan canallesco el complot para destruirlos que sólo una agitación fuerte y decidida podrá liberarlos.

Lo lamentamos profundamente. Hemos comprendido el dolor de los corazones que laten al unísono con ellos, y la angustia de una madre y de una amante, de todos aquellos que son hermanos de idea de los prisioneros, es también nuestra angustia. Y también hemos comprendido la angustia infinita de aquellos que jugándose la libertad y la vida intentaron la liberación. Generalmente nuestras luchas son arduas. Son siempre mayores las posibilidades de perder que de ganar, en el terreno material. ¡Pero, ánimo, compañeros, a no desesperar!

Cuando un intento es dirigido con un alto fin, con corazón y audacia, es probable el triunfo. Entretanto, Scarfó, Oliver, Mannina, y Simplicio y Marino de la Fuente siguen firmes en la brecha. En nosotros está su liberación. Es necesario una propaganda intensa, que difunda la información de su calvario. Hacer conocer la infamia que se comete con ellos e incitar a todos los hombres libres a recurrir a todos los medios para liberarlos. ¡Ellos nos esperan!".

América Scarfó, que firmaba los artículos con sus iniciales JAS, denuncia también que, con motivo del asalto al celular, fue violado el domicilio

de Alejandro Romano (primo de los hermanos Scarfó) por fuerzas policiales a las 4 de la mañana del 13 de agosto. En número de 50, la columna policial se componía de siete automóviles y de un camión con efectivos.

[154] Ver carpeta Ugo Fedele, Instituto de Historia Social, Amsterdam. Lo mismo vale para todas las cartas a Treni que se reproducen en este capítulo y los siguientes.

[155] Torrente y Aladino Benassi eran de la misma tendencia de López Arango. Después de 1943, Aladino Benassi se pasó a las filas del peronismo. Fontana era un italiano antifascista que redactaba la página italiana de "La Protesta" y era antiexpropiador.

[156] Adone Moscallegra, más conocido por el nombre de Mosca, era un italiano exiliado de la línea de Fabbri y Treni. Es decir moderado y no expropiador.

[157] Se denominaba así a "La Protesta" porque en realidad era el único periódico que salía todos los días —de carácter anarquista— en todo el mundo. Con respecto a "Pampa Libre" ya se explicó que este periódico pampeano seguía la línea de "La Antorcha" y fue baleado por una comisión enviada por "La Protesta".

[158] Se refiere a la teoría tolstoiana de la no violencia.

[159] Menapace y Salvorelli eran espías fascistas que actuaban en Francia. Este último fue muerto por Pavan. Carlo Tresca era anarquista de derecha y publicaba "Il martello", en Estados Unidos.

[160] Torquato Gobbi fue un luchador antifascista que nació en Reggio Emilia, en 1888. En la primera guerra mundial fue miembro del Comitato di Azione Anarchica, organización pacifista. Fue arrestado en 1917 y condenado a diez años de prisión. Discípulo de Camilo Pampolini, propulsor del socialismo cristiano. Fue víctima propicia de los fascistas quienes lo sometieron a repetidas golpizas, resultando herido en el rostro y la cabeza. En 1926 debió emigrar a París. Un año después fue expulsado de Francia por manifestaciones antifascistas. De Bélgica se dirigió a Uruguay para colaborar con Fabbri en "Studi Sociali". En Montevideo abrió una librería que fue centro de cultura: la Agenzia Edizione Italiani, en Constituyentes al 1600. Fue uno de los máximos exponentes antifascistas libertarios. Fundó la OASI, Opera di Soccorso con Italia de posguerra. En sus últimos años tuvo la Librería Italiana, al lado del Instituto Italiano de Cultura. Falleció el 26-5-63 y "Marcha" dijo de él: "*Fue tan humilde como sabio*".

[161] Se refiere a Paolo Schicchi, crítico acérrimo de la línea de Fabbri y partidario de la acción.

[162] En carta del 5-5-30, la señora Molinari le escribe desde Milán a Severino informándole que, como primer envío, le remite siete paquetes de libros en el *Conte Verde*, desde Génova.

[163] Se nota aquí el esfuerzo por entrar en amistad con Luigi Fabbri. Hay, evidentemente, un cambio en Severino, busca el diálogo. Al parecer, el episodio López Arango había servido de catarsis tanto a "La Protesta", que había dejado de lado sus ataques, como a Di Giovanni.

[164] No lo hizo. Lo dejó para más adelante, ante los acontecimientos políticos que se precipitaban.

[165] En julio, el gobierno radical de Yrigoyen había iniciado una fuerte acción represiva contra los anarquistas y dirigentes sindicales foristas como para mostrar buena conducta ante el poder económico y el ejército. El 17 de julio, "La Protesta", en un editorial titulado "Lo que no puede destruir la reacción policial", denuncia esta repentina escalada del gobierno contra la izquierda. "*Sigue la razzia policial contra locales nuestros* —dice— *y contra compañeros. Avellaneda, Belgrano, Flores, la Capital, los panaderos, los huelguistas de la FORD, etc. La policía trabaja, amontona por decenas los detenidos en los calabozos de las comisarías y en el Departamento. Se venga así del desprestigio de los fracasos ininterrumpidos* (...) *de los últimos 6 u 8 años.* (...) *Da palazo de ciego, echa la mano al azar, al primero que se le ocurre. Por ese camino no llegará la policía a esclarecer nada; conseguirá molestar a infinidad de pacíficos trabajadores que van al sindicato en busca de trabajo y de un poco más de pan para su hogar, pero no pondrá ningún límite a hechos o a actividades más o menos en pugna con la ley*."

Más adelante denuncia: "*Al frente de la policía de Orden Social hay hombres que han actuado en la persecución de los anarquistas durante más de veinte años. Un poco de reflexión sobre el pasado puede hacerles comprender que las diversas reacciones, algunas de ellas violentas, como la del Centenario, la de la Semana de Enero de 1919 y otras, no han destruido realmente más de lo que era destruible. Lo realmente anarquista ha quedado en su puesto, ha hecho frente de mil modos al terror policial y volvió a recuperar el derecho a la existencia y a la luz del día. En fin, las razzias presentes, precursoras de una reacción más importante, no destruirán más de los que no es anarquista; lo que es anarquista seguirá a pesar de todo. Y hoy es difícil marcar una línea divisoria de los límites a donde llega la influencia de nuestras ideas. Con encarcelar o deportar a los compañeros más conocidos, con destruir con el terror algunas organizaciones no se hará sino estimular a los vacilantes, hacer dar un paso al frente a los que se encuentran en la penumbra*".

El 30 de agosto "La Protesta" —que ha ido cambiando su antigua posición y ahora busca la unidad de todos los anarquistas— alerta a prepararse contra la dictadura que se viene. "La dictadura en puertas" es el título de la editorial y señala: "*Cualquiera que sea el desenlace del pleito político que se está ventilando, y en el cual aparecen particularmente, según se dice, tres factores: el yrigoyenismo, el militarismo y el capitalismo reaccionario con la oposición conservadora aliada al arribismo de la última jornada, cualesquiera que sean decimos, las soluciones del pleito político actual, tendremos sin duda alguna un paso más hacia la dictadura*". Agrega luego: "*¿Qué medios debemos emplear para defender nuestro movimiento y mantener en alto el pendón de nuestras ideas? Ya no es posible incurrir en ingenuidades*

ni creer en los cuentos tártaros de las dictaduras provisionales, transitorias. Si se establece formalmente la dictadura, el movimiento y el pensamiento de la libertad serán sofocados con todos los medios de que dispone la reacción. De ahí que nosotros, si somos absolutamente abstencionistas en cuanto al pleito político de los presupuestívoros, no lo somos frente a la implantación de la dictadura, de la que somos por principio y por experiencia adquirida en la última decena de años, el polo opuesto".

Y llama a la resistencia: "*Contra la dictadura es preciso la defensa proletaria y revolucionaria. Si ella se impone, nuestro movimiento será arrollado en primer término. No es preciso ser profetas para advertirlo y asegurarlo: tiene que ser forzosamente así. Por consiguiente, abstención absoluta ante las disputas de los politicantes, pero hostilidad, guerra con todos los medios a las veleidades dictatoriales*". Y finaliza: "*Es hora de pensar en la defensa y de estudiar los medios, todos los medios para impedir la instauración de un régimen filo-fascista o absolutista*".

Tres días después, "La Protesta" sigue alertando contra el golpe de Estado: "La defensa contra la dictadura" se llama el editorial. Y dice: "*no obstante el relativo apaciguamiento de las últimas horas, la tirantez política sigue en pie, próxima a convertirse en un golpe de Estado. Los vencidos en las elecciones, conscientes de la baja catastrófica de los valores yrigoyenistas en el pueblo, no se resignan a esperar que llegue la próxima etapa electoral. Ahí está también asentándolos un fuerte núcleo capitalista y financiero para quien el gobierno actual representa un obstáculo que favorece a núcleos capitalistas rivales* (...) *Se hará naturalmente de modo que no se suscite la guerra civil, para que el pleito se reduzca a un cuartelazo o a un pronunciamiento repentino que le dé el poder a los que lo codician sin pasar por la etapa siempre peligrosa para las instituciones actuales de la beligerancia armada. Porque mientras pelean los contendientes podría presentarse un tercero en la arena: el proletariado, con sus demandas propias* (...) *Los conservadores y las demás especies de la fauna política en la Argentina no descansarán hasta arrancar del poder de manos del yrigoyenismo, pero no lo harán más que a través de un golpe de Estado repentino, que no dé al pueblo tiempo para saborear los aires de la libertad mientras los contendientes luchan. Sea esta pausa mayor o menor, toda dilación en llevar a la orden del día de las organizaciones obreras, de los grupos y en general de la masa popular los medios de defensa contra la dictadura que viene, equivaldrá a complicidad con los enemigos del proletariado y del movimiento de la libertad*".

Proponen luego los anarquistas la huelga general: "*De algunas localidades sabemos que los compañeros se han reunido para tomar las medidas de defensa que las circunstancias aconsejan. Hágase en todas partes lo mismo y vuélquese toda la actividad en la agitación de la idea de la huelga general para el caso del paso efectivo a la dictadura. No tenemos otra defensa colectiva que esa y antes de caer como han caído los movimientos de los otros países subyugados por la oleada dictatorial de la reacción, es preciso defendernos y defender al pueblo contra un nuevo remache de sus cadenas.*

La reacción —dice finalmente— *puede venir de dos partes: del yrigoyenismo y del antitiyrigoyenismo. Para nosotros no hay ninguna ventaja en recibir los golpes del uno o del otro. Preparémonos pues contra todos, predicando al pueblo la abstención política y la concentración en la defensa de sus libertades y de sus derechos*".

De cómo había cambiado "La Protesta" después de la muerte de López Arango lo testimonia esta crónica con respecto a la poderosa bomba que había estallado en el diario "Los Principios", defensor de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. Dice el diario anarquista: "*En la madrugada del domingo, el diario reaccionario recogió el fruto de haber sembrado infamia. Una poderosa bomba hizo explosión en uno de los balcones del edificio, causándole valiosos desperfectos y cuyos daños puede ir a cobrárselos su director a los curas y a los industriales de quienes es un rufián incondicional*".

Un día antes del golpe de Uriburu, "La Protesta" alerta nuevamente y llama a la huelga general en cuanto se levanten los militares. Pone por ejemplo el famoso golpe de Estado de Kapp, en la Alemania socialdemócrata de la primera posguerra, que fue derrotado por la famosa huelga general obrera. "*En cuanto a las tropas de Kapp* —dice— *se posesionaron de Berlín, surgió espontáneamente en las filas de los trabajadores una consigna unánime: la huelga general. Los socialdemócratas alemanes precisamente se habían distinguido por su prédica de treinta años contra la idea de la huelga general calificándola de 'absurdo general'. Pero esta vez se rindieron a la evidencia y secundaron el movimiento espontáneo del pueblo, avivado activamente por nuestros camaradas*."

Luego informa: "*Nosotros no podemos olvidarlo en casos como el que tenemos por delante. Se ha formado en el ejército una camarilla de altos jefes que, en unión de la parte más reaccionaria del capitalismo, intenta dar un golpe de Estado para implantar una dictadura, dictadura que habría de dirigirse en primer lugar contra el movimiento obrero. La derrota de la General Motors, las pérdidas ocasionadas a los tiburones de la exportación por los conflictos portuarios, la crisis de los frigoríficos, el auge de las organizaciones proletarias. Todo eso ha movido a los aspirantes a dictadores, a intentar un golpe de mano.* (...) *Una huelga general, no sólo en la capital, sino en todo el país, como respuesta inmediata al primer movimiento de las fuerzas dictatoriales es lo único que podría salvarnos de las trágicas experiencias del absolutismo militarista. Sólo el proletariado puede torcer las intenciones perversas de la reacción, nada más que el proletariado!*".

Pero el golpe tarda, los opositores a Yrigoyen se ponen nerviosos. "La Protesta" dice: "*Por más que atracan leña y más leña los opositores a la olla del entusiasmo popular, parece que ésta va tardando en levantar la tapa por la presión del vapor. Parece que tendrán que suspender el espectáculo de la revolución por falta de público... ¡qué lástima! El mismo Jorgito Mitre, desde su cueva de 'La Nación', refugio de todos los malandrines de la pluma de los vaqueros y del clero, ha perdido por completo los estribos al ver que se le escapa la presa de entre los dedos, al ver que se le aleja la posibilidad de volver a las mocedades conservadoras*".

[166] Antonio Papaleo, anarquista expropiador, nos testimonió el 7-1-72 que en la casa de Alejandro Korn hubo una reunión de antifascistas y anarquistas para organizar la resistencia a la dictadura militar, a la cual concurrieron Di Giovanni y Abad de Santillán.

[167] D. A. De Santillán, *Historia III*, "El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de setiembre de 1930". Pág. 123.

[168] Ver detalles del atentado en el citado *Los anarquistas expropiadores*.

[169] Esta carta de Treni es un documento de época y no elaborado mediante recuerdos o análisis posteriores, deja bien en claro la posición de Fabbri con respecto a Di Giovanni. Que luego se corroborará y mejorará más en el artículo que Fabbri escribe sobre la muerte de Severino en el "Risveglio". Luce Fabbri, hija de Luigi, ha escrito en *El anarquismo más allá de la democracia*, Buenos Aires, 1983, lo siguiente: "*Salió un libro de Osvaldo Bayer sobre Di Giovanni. Se trata de un buen libro, pero presenta a mi padre como defensor de Di Giovanni, sobre la base de una carta que efectivamente escribió, sin tener en cuenta todo el resto, que, evidentemente Bayer ha ignorado*". Creo que ese juicio es injusto. En mi libro (primera edición) en ningún momento sostengo que Fabbri haya defendido teóricamente a la expropiación ni por tanto que haya sido defensor de Di Giovanni. Luigi Fabbri censuró el homicidio de López Arango pero en la carta a Malatesta del 1-5-30 —ya citada— dice de él: "*Lo cierto es que López Arango era muy odiado, era tan sectario hasta llegar a la maldad pérfida. Quien lo mató había sido atacado repetidamente por el diario en la forma más ultrajante y difamatoria como espía y otras mil cosas*".

En lo que respecta a la afirmación de Luce Fabbri que yo no he tenido "*en cuenta todo el resto*", no sé a qué "*resto*" se refiere. Si se trata de documentos o testimonios que yo hubiera ignorado a propósito, eso no tiene ningún sentido en la historia porque vendría otro historiador y destruiría —con ellos— mi interpretación. La opinión de Luigi Fabbri sobre Severino está plasmada en su artículo publicado en el "Risveglio", luego del fusilamiento, que reproducimos íntegramente al final de este libro. Dejémoslo, pues hablar a él mismo.

Además, hay un interesante documento que no deja muy bien paradas a las aseveraciones de Luce Fabbri. En el diario de Ugo Treni —que se puede consultar en el Museo de Historia Social de Amsterdam—, y en fecha 1º de marzo de 1931, se halla la siguiente nota: "*Hablando con Gigi* (Luigi Fabbri) *hoy a propósito acerca de su artículo que enviará al 'Risveglio' sobre el fusilamiento de los compañeros Di Giovanni y Scarfó me señala que no obstante todas las diferencias con ellos su artículo terminará en una apología. Porque, agregó, meditando bien 'no sé si en algún caso estaremos obligados a admitir la expropiación porque si no de dónde podremos recoger los fondos para nuestra propaganda en el caso que las dictaduras se universalizaran y, en todos los lugares fuéramos privados hasta de las más elemental libertad como en el caso actual de muchos países? En ese caso, ¿qué podríamos hacer? ¿Dónde encontrar los medios necesarios para nuestra propaganda? En ese caso, tal vez, el ilegalismo nos sería útil, necesario. El caso más típico y perfecto de la expropiación anarquista fue el de Ascaso y Durruti. Robaron, entregaron y después se pusieron a trabajar'*".

Creo que este documento, escrito por un hombre insospechable y amigo de Fabbri, dice más que todo lo que puede sostener 55 años después en una opinión modificada por acontecimientos posteriores. Con todo el respeto, quien ha ignorado documentos ha sido Luce Fabbri y no yo.

[170] Se realizó mediante un túnel. (Ver *Los anarquistas expropiadores*).

[171] La misma América Scarfó ya había publicado varias notas suyas en "Anarchia". Por ejemplo ésta (15-7-30) que titula "Lucha nuestra" y se refiere a la moral de la sociedad y a la expropiación. Dice así: "*Cada individuo cuyas facultades estén completa y normalmente desarrolladas desea vivir la vida en su verdadero significado, las manifestaciones de esa en todas sus formas y en todo sentido. En una palabra, el enamorado de la vida quiere gozarla plenamente. La goza físicamente quien está dotado de buena salud; moral e intelectualmente si ama y es amado, si tiene una meta o un ideal que perseguir.*

Así, pues, todos desean la realización de sus más caros anhelos. Y si parte de estos no se cumplen es culpa del ambiente en el cual nos encontramos. Ciertamente es necesario luchar contra ese ambiente de todos modos conquistar aquello que se desea.

La felicidad no es una utopía: también en nuestra vida pueden existir momentos felices. Aunque sea por un instante que podemos saborear algo de esta quimera. Un triunfo en el estudio, en el trabajo y en la lucha cotidiana puede proporcionarnos un momento de felicidad. Si la sociedad no estuviera constituida como lo es actualmente, muchos individuos tendrían mayores satisfacciones para su espíritu. Sin embargo el descontento es una cosa innata en el individuo investigador, curioso, experto. Aquel que se conforma con una vida monótona, de un mismo alimento, de una invariable clase de lectura, de una diversión sin cambios, es insulso y sus facultades no han alcanzado el desarrollo de otros individuos.

No podría definir qué es la felicidad, pero también el refractario que no se adapta al ambiente busca satisfacciones. ¿Quién, acaso, luego de tanto pensar, después de tanto calcular buscando soluciones a un problema, no experimentó una inmensa satisfacción al alcanzarlas? ¿Aquél que pasó en un laboratorio estudiando los más complicados problemas de la complejidad de la naturaleza no exclamó un ¡eureka! de triunfo descubriendo o realizando aquello que el cerebro había previsto?

Lo mismo ocurre en la lucha por un mejor porvenir. Se me dirá que esta lucha está llena de obstáculos, que las espinas de la vida son muchas. Pero, si deseamos ardientemente la rosa fragante, roja como la sangre que nos corre generosa por las venas, y para cortarla y ofrecerla al ser más amado, debemos atravesar una ciénaga o un monte espinoso, estoy segura que superaríais estos impedimentos y llegando a la meta, cansados, heridos y ensangrentados, se os dibujará una sonrisa triunfal de inmensa satisfacción.

No concibo que haya individuos que viven la vida de modo burocrático. Viven estancados, vegetan y mueren. Nada se sabe de sus vidas. Quien no crea no deja rastros de sí mismo y vale más una obra que toda la existencia material del hombre.

Quien escribe, quien realiza hechos encomiables se multiplica y también después de la muerte vive espiritualmente, si sus escritos o sus luchas estaban impregnadas de vida. Admiro al individuo de múltiple actividad: él vive la vida.

¿No hay, acaso, belleza en la variedad? La misma belleza está en la multiplicidad de la actividad. A mi juicio, el individuo que tiene por meta y por ideal la lucha, vive en lozanía.

Hoy funda un periódico, mañana escribe un libro, después un artículo.

Necesita medios para llevar a cabo estos proyectos y expropia a quien posee excesivamente e injustamente. He aquí al individuo en pie de lucha. Bandido ilegal contra bandidos legales.

Considero al expropiador un individuo normal, no obstante todas las teorías lombrosianas y plagios de ésta por mano de seudos moralistas anarquistas. Este individuo, a mi modo de ver, posee una amplia concepción del derecho a la existencia. Basado en el principio de 'todos tenemos derecho a la vida', al pan cotidiano, a todo aquello que la naturaleza le ofrece y al mismo tiempo le demanda, cumple su acción reivindicadora con fe y con coraje. Acción que es fruto de su ideología anarquista, aunque disgusta a todos los que catequizan a la manera de los curas: haz lo que digo pero no lo que hago. Dotado de un concepto libertario, procura de manifestarlo. El anarquista que expropia no lo hace por deporte pero sí impelido de una necesidad no puramente económica. Sabe que el dinero acumulado en las arcas de los bancos y de otras instituciones del Estado y del capitalismo es fruto del sudor del pueblo, de la explotación del obrero. Tomarlo no es otra cosa que devolverlo. Y si ese dinero se emplea en cosas necesarias y de valor altamente moral, ¿por qué escandalizarse y lanzar sermones que no convencen?

¿Dónde ven la inmoralidad?

Que así procedan los periodistas de la burguesía, de acuerdo. Deben defender su salario a fuerza de servilismo y de hipocresía. Pero no es lógico para aquellos que proclaman la destrucción del estado actual de cosas y gritan: 'destruyamos el Estado, la religión, etc.'. Hablar de la expropiación colectiva en tanto los señores burgueses lo permitan —así lo creo— y en la expectativa de privarse de lo más elemental por conservar 'la pureza de los ideales'... es una broma graciosa. Si no viene la Revolución estamos fritos.

Opino que a la Revolución hay que hacerla y no esperarla. He ahí por qué cualquier acto contra el Estado y contra las otras columnas del actual régimen es necesario y por eso, plausible.

Si antes de criticar aquellos actos que son de público dominio por su resonancia, hiciéramos un examen de conciencia, no se formularían juicios tan fuera de lugar. No puedo dejar de expresar mi admiración por todos —conocidos e ignorados— quienes destacándose de la mediocridad se convierten forzosamente en personajes, no por los individuos en sí, sino por la corriente de ideas y de nuevos conceptos que parten de ellos.

Las alas de la tragedia siempre se extienden sobre ellos, su vida pende de un hilo. ¿Pero acaso no existe belleza, una inmensa belleza también en el dolor?

Así, en el supremo y admirable gesto de un Bonnot, que circundado de la jauría burguesa y reaccionaria atrincherado, previendo su próximo fin, sigue descargando su arma mientras que con la otra mano escribe el último documento afirmativo de su vida de rebelde perseguido. De él recojo una tragedia pletórica de fe revolucionaria. Así, la obra de un Novatore muerto prematuramente vive y vivirá eternamente. Y todo eso vale para la falange de los ignorados.

El sentido de la vida en toda su plenitud en el ambiente en que vivimos forma

esta corriente de acción que hace temblar a los esbirros del orden constituido. No por algo estos prorrumpen en gritos de '¡Alerta!' ('Critica') y de '¡Atención!' ('La Nación'). Esto significa que los sostenedores vacilan y por eso, la prensa baja y servil usa el acostumbrado lenguaje que demuestra claramente su venalidad.

¡Que la vuestra, rebeldía de revolucionarios ponga fuego a la indignación hipócrita de los sirvientes a fin de que sucumban con sus patrones!".

Como se ve, la influencia de Severino había calado hondo en la muchacha que va desarrollando los lineamientos del individualismo y de la solidaridad anarquista con un esfuerzo didáctico.

Pero no sólo temas teóricos analizó la joven rebelde. En el mismo número analiza la figura del jefe de policía, contraalmirante Hermelo, y lo firma con su nombre y apellido. Una valiente actitud en momentos en que la casi totalidad de los radicales habían huido o trataban de pasar a las huestes del general vencedor. Luego de señalar los cambios habidos en la policía dice: "*Un Carlés cínico y canalla que otrora ayudara a Yrigoyen con su fatídica Liga Patriótica, verdadera escuela de crimen y violencias, cobra relieve en la actualidad y como sus secuaces cantan loas y aleluyas al gobierno provisionario invocando la salvación de la patria y los intereses del pueblo cuando debiera decirse los intereses pura y netamente de la casta privilegiada, la burguesía conservadora, celosa de sus tesoros y bienestar no merecidos*". Luego recuerda cómo el contraalmirante persiguió a los obreros portuarios en el tiempo de Yrigoyen y escribe sobre el marino: "*Alma más negra no puede hallarse*". Transcribe las declaraciones del nuevo jefe de policía hechas a "Crítica" que son estas: "*No soy malo. Trato de comprender en cada caso en que se juzga una vida los factores esenciales que movieron a consumar tal o cual hecho. Pero convenciéndome de que se obró dolorosamente, ninguna fuerza humana me obliga a claudicar. Si sé que alguien es peligroso para el bienestar consuetudinario, peligroso sin rectificación, yo mismo me encargaría de fusilarlo, de alzarlo y de volverlo a fusilar*". Después de esta transcripción, América Scarfó escribe: "*¡Alerta compañeros! Es necesario estar en pie de guerra, aprestarse a la defensa. Si antes teníamos al tenebroso Santiago dispuesto a hundir a hombres por el solo delito de tener ideas libertarias, hoy no solamente nos amenazan con un largo cautiverio sino que nuestras vidas peligran momento a momento. Pues entonces, ¡a la lucha!, A no tomarnos desprevenidos, 'ojo por ojo y diente por diente' como reza el refrán. ¡A la conquista de la libertad y a la reafirmación de nuestros derechos!*".

Aquí vemos que la joven América no sólo se quedaba en la teoría ni era una mera traductora de Severino. En otro artículo del mismo número, América Scarfó se refiere a los *cosacos*, el famoso *escuadrón* de la policía de la Capital, especializado en la represión de las demostraciones obreras. El gobierno de Uriburu había resuelto cambiarlo por la "Policía Montada". Pero la articulista alerta y dice: "*Los 'cosacos' defendían a Yrigoyen y fusilaban al pueblo. La policía montada defenderá a la dictadura de Uriburu y nos fusilará con más alevosía que nunca, dado que la carrera militar los habrá adiestrado en el manejo de cualquier arma mortífera. ¡Esos cosacos! Ya no existen más en figuras pero siguen viviendo bajo otra divisa. ¡Alerta!*".

En el artículo "Figueroa Alcorta y Soiza Reilly", América Scarfó denuncia que el presidente de la Corte Suprema nombrado por Yrigoyen, José Figueroa Alcorta, fue a saludar al dictador Uriburu y reprueba un artículo del periodista Soiza Reilly que alaba la personalidad del magistrado judicial.

Es de hacer notar que "La Antorcha" pudo salir en forma muy esporádica. Del Nº 302, del 25 de octubre de 1930, rescatamos el artículo "Mujeres", alguno de cuyos párrafos dicen así: "*(Las mujeres) ya han hecho tres mitines en la Plaza del Congreso con desfile por la Avenida de Mayo. Aparecen de improviso, como bandadas de aves de un bosque lejano e inexplorado, el bosque del suburbio. Se asientan entre un revolear de faldas, aleteando, y dan al viento sus voces libres, sus gestos resueltos. Una honda pasión les talla un rostro nuevo, hasta a las que son abuelas; una belleza inédita, un porte intacto y virgen. Y lo que dicen es también flamante, como recién acunado en sus entrañas; besan y acunan palabras que parecen niños: ¡Justicia, Libertad, Anarquía!*

Y el público las rodea, las oye y las aplaude. Y cuando algún policía pretende detener a las oradoras, las defiende a golpes. ¡Atrás los perros! ¡Paso a las mujeres! Grescas, tumultos, corridas, hasta cuando rehechas, todas, sin faltar una, vuelven a su suburbio, al bosque lejano, inexplorado, oscuro.

¡Mujeres del pueblo! ¿Quién pregunta si ganan o pierden con estos actos liberadores? Ellas están más allá de todo triunfo o derrota. Están donde estaban los luchadores caídos: en el combate contra la dictadura".

[172] El artículo de Rosigna se tituló "Siempre a propósito de la expropiación". Rosigna escribió ese artículo decepcionado ya que él había sido siempre "protestista" es decir ayudó a "La Protesta" con dinero obtenido en "expropiaciones".

[173] Jorge Tamayo Gavilán fue el más vilipendiado de los anarquistas expropiadores por la policía y la prensa. Es que sus asaltos tuvieron algo de desesperación y terminaron siempre en forma muy cruenta. Había nacido en Chile, en O'Higgins, Rancagua, en 1902. Mecánico de profesión, vino a la Argentina en 1928. Llegó con Pedro Ortúzar, un famoso orador anarquista. El 9-3-28 el cuerpo de carabineros de Santiago de Chile comunicaba a la policía argentina el siguiente informe sobre éste: "*En Valparaíso es afiliado a la Unión Local de la IWW; Es el orador obrero más preparado de este puerto. Es de una facilidad de palabra realmente admirable siendo a la vez un profundo conocedor de las distintas doctrinas de carácter social. Habla por lo general de una a dos horas en las plazas públicas no desmidiéndose nunca en el lenguaje y usando de preferencia literatura y filosofía para el desarrollo de su ideal. Fue nombrado delegado de los obreros de Valparaíso en la convención de Talca. Es zapatero, viudo, dos hijos*".

Tamayo Gavilán es prontuariado en la Argentina como de "*Instrucción buena; aspecto social en la vida ordinaria, humilde*". Al llegar tiene su primera entrada policial. El parte da algunos detalles interesantes de época. El pesquisa Severo Rinaldi informa el 4-2-28: "*Vigilé local periódico 'La Antorcha', Venezuela 4146. A las 19, en una victoria de plaza llegan dos sujetos con 2 valijas y varios paquetes.*

A las 20 salieron esos sujetos acompañados de otros 3 hasta el café 'El Japonés', Boedo y San Ignacio, encontrándose con varios anarquistas conocidos entre ellos Marino y Ramos. A las 21 salieron del café para dirigirse a la esquina antes mencionada donde el anarquista Miguel Ramos hizo uso de la palabra sobre la libertad de Simón Radowitzky y atacando a la policía de la Capital. Había 70 personas. Hablaron además Marín y otro sujeto no conocido. Los sujetos vigilados, terminada la conferencia se dirigieron a Loria 1194. Allí fueron detenidos Tamayo Gavilán, Pedro Ortúzar llegados hoy, y Primitivo Vargas, chileno, llegado hace 15 días". Luego declara Tamayo Gavilán: "*que hace 15 días llegó a Mendoza desde Chile con Pedro Ortúzar y Vargas. Allí permaneció hasta el 3. Que piensa radicarse en Buenos Aires. Como no tenía parientes y por indicación de un sujeto de Mendoza se dirigió a 'La Antorcha' donde permanecen sus valijas. En Chile trabajó en los Ferrocarriles del Estado como mecánico. Y luego puso una bodega de frutos del país. Viene para trabajar, no tiene ideas políticas ni sociales, no lee ni escribe en ningún periódico ni revista sectaria. Nunca actuó en movimientos huelguísticos, no estuvo detenido ni procesado. Que no piensa volver a ese local sabiendo que se trata de una organización anarquista*" (O. S. 56422, como los demás documentos policiales).

En esto Tamayo Gavilán trata de engañar a la policía. Había intervenido en huelgas y tenía un proceso por atacar a un *crumiro*. Además, al ser llevado preso gritó "Viva la anarquía" (relato de Alberto Bianchi, al autor, 1-2-69).

La segunda detención es de un mes y medio después. Dice el documento policial (es del 9-3-28, es decir, de la policía del gobierno radical de Alvear): "*Detienen a Jorge Tamayo Gavilán y a Vicente D'Alesio. A las 17.50 distribuían volantes de propaganda anárquica en una conferencia de la Federación Obrera Bonaerense, sin autorización. Los volantes dicen así: 'HOY, el pueblo del Ideal, y la Razón, la minoría proletaria que ató a su vida la herramienta de una idea abandona hoy el taller y la oficina, el surco y la cueva para exigir la libertad de Simón Radowitzky. La visión de este hermano encadenado a un peñasco de hielo que no se derrite nunca llenó hasta ahora su corazón y su pupila. Del horror de su lenta y tiritante agonía se ha estremecido incontables noches como cuando nieva sobre un hierro al rojo. Pero al fin, el fuego se ha tragado al frío y hoy, el pueblo del Ideal y la Razón aparece vibrando y chisporroteando el gran grito libertador por su querido cautivo. Entre la algarada de electores gandules, de cínicos y estúpidos, el obrero consciente se arremanga frente al yunque de la vida para remachar —furioso de fe y solo contra la chusma política— su verbo de largo aliento y su coraje fiero. ¿Qué? ¿Creéis que él no sabe que es una minoría escasa y acorralada? ¡Lo sabe! Sabe que hay siempre más parásitos que leones, más piojos que águilas. ¡Lo sabe! ¡Como sabe también que hay un solo Simón Radowitzky! No nos importa cuántos seamos hoy al vibrar el glorioso nombre. No estamos para contarnos sino para atropellar. Esta huelga no es una parada de milicos que se enguantan, sino un envión al peñasco en que agoniza nuestro héroe y un hachazo a sus cadenas. Radowitzky nos ve y nos siente, nos sonríe. Sonríe a nuestro furioso empeño. Radowitzky levanta la mano y su voz nos saluda y nos grita: '¡Compañeros: Viva la anarquía!'. Semanario anarquista 'La Antorcha'*".

También le secuestran a Tamayo Gavilán un afiche con un texto más o menos del mismo tono puro e ingenuo. Pero va preso aunque Orden Social constata que vive donde ha declarado. Por su parte Tamayo Gavilán en su declaración policial dice: "*que se encontraba a las 16 sentado en un banco de Plaza Once y fue detenido ignorando por qué. Actualmente no trabaja. No forma parte de ninguna sociedad gremial, que concurre a conferencias que se realizan pero que no hace uso de la palabra. Que sus ideales políticos o sociales son de simpatía al ideal anarquista; que no es partidario de la huelga ni del sabotaje ni de ningún medio donde se emplee la violencia*". La policía no le cree.

La tercera detención es por una huelga de ómnibus. El parte dice: "*Los empleados José Romano, Severo Rinaldi y José Camiade detuvieron a José Miranda, Pablo Ferruelo, Miguel Arcelles, Juan Pardo, Juan Nevado, Pedro Basanta, Joaquín Tormo y Jorge Tamayo Gavilán en averiguación de la bomba del garage Barsil 3231. José Miranda tenía un ejemplar del diario 'Le reveillon' y Jorge Tamayo Gavilán, un manifiesto. Este último en su declaración policial sostiene que 'trabaja de mecánico en la compañía 25 de Mayo de automóviles marca Broadway de Sáenz Peña entre Pavón y Garay y gana 6 pesos por día. Que simpatiza con las ideas anarquistas pero que no pertenece a ningún centro'*".

Siguen las entradas de Tamayo Gavilán a quien se lo perseguía concienzudamente. El pesquisa Sarrieta que un año después se hará famoso por la captura de Di Giovanni, junto a los otros policías políticos Serrao, Terrazo, Campolleti y González "*detuvieron a las 19 en Cangallo y Salguero a sujetos que defendían a la huelga de General Motors haciendo uso de la palabra o concurriendo a presenciar la conferencia respectiva: Francisco Días, Jorge Tamayo Gavilán, Fabián García, Valentín Carbajal, José Nun, José Primitivo Bargas, Salvador García, Miguel Crosa y Francisco Basso. Se les secuestró dos carteles, uno aludiendo a la General Motors y el otro a cigarrillos Combinados*". Como se ve, suficientes crímenes para ser detenidos. Ya estaba en el poder Hipólito Yrigoyen.

Después de allí se va a la provocación para hacerle la vida imposible. Es el informe del agente de la policía política Enrique Rivieri y de otro designado como el N1 503 quienes detienen en Boedo y Tarija, en el interior de un restaurante a Jorge Tamayo Gavilán por "*habernos provocado un sujeto que por su actitud fue increpado no obstante habernos hecho reconocer; en vista de que continuaba con sus amenazas lo remitimos a la seccional 20*". Versión un tanto increíble ya que Tamayo Gavilán era un hombre muy callado y tranquilo. Además por su condición de chileno sabía muy bien de la persecución racial a que se sometía a sus compatriotas. En aquellos tiempos, para la policía "chileno" era sinónimo de "carterista".

El 17 de marzo de 1930, nuevo parte policial: "*En Boedo y San Juan fue detenido Oreste Dante, italiano, mecánico que concurre todos los días al café japonés y se reúne con los anarquistas Lino Barbetti, Arcelles, Aldo Buzzi y otros. A las 23.30 en momentos que salía de ese café detuvimos a Jorge Tamayo Gavilán quien al vernos tomó el tranvía 73 pero lo alcanzamos en Boedo e Independencia y tuvo que intervenir el agente*

de facción pues quiso escapar por la plataforma delantera". Como se ve, sin ninguna causa se lo detenía, sólo para hacerle sentir el poder. Este episodio, cuando Tamayo Gavilán se haga famoso servirá para que en el cartel "se busca", entre los delitos figure: "*intento de fuga*".

A partir del 12 agosto de 1930, Tamayo Gavilán pasa a la ilegalidad con motivo del asalto a la compañía Flores-Palermo. Desde ese momento se lo considera integrante de la "*banda de Di Giovanni*". Luego del fusilamiento de éste, la prensa y la policía inician la caza del hombre con Tamayo Gavilán y se lo demoniza aún más. Comienzan a llegar anónimos de gente que cree verlo en todos lados. Todo asalto o atentado es atribuido ahora a Tamayo Gavilán. Parte policial del 13-6-31: "*Un vecino reconoce a Tamayo Gavilán en la estación Morón: vestía traje claro y sombrero gris claro, botines caña clara y pañuelo de seda blanco en el cuello. Bigote recortado y cabello largo*". Otro, del 27-6-31: "*Andrea Gutiérrez declara que Tamayo Gavilán frecuenta muy seguido con una mujer del brazo el cine Triunvirato al 800. Agrega que Tamayo va a los cabarets del centro porque es muy aficionado a las mujeres y diversiones. Viste traje claro con pantalón fantasía claro, chambergo marrón de alas grandes y bien echado a los ojos, camisa de seda y cuello duro cubierto por pañuelo de seda grande en forma cruzada, guantes oscuros y zapatos de color. Colmillos superiores de oro*". Como se ve, todas las fantasías era remitidas a los diarios que así tenían tema sobre el nuevo monstruo, con colmillos a lo Drácula. Al mismo tiempo se hacían espectaculares procedimientos policiales, como informa el diario "La República" del 15-6-31: "*La búsqueda de Tamayo Gavilán habría hecho descubrir un complot terrorista. Se estaría tramando entre ácratas y algunos políticos: 70 hombres (60 de investigaciones y 10 de la guardia de seguridad con pistolas, fusiles, ametralladoras, revólveres, aparatos lanza gases lacrimógenos) partieron en un camión. Allanan todas las casas del linde entre Maderos y Matanza*". (Una historia repetida, los grandes procedimientos en los villorrios pobres con el pretexto de capturar a determinado delincuente.)

Al parecer el resultado fue magro porque el mismo diario informa al final de la crónica que "*En el paraje Campos Altos detuvieron a Manuel Velazco, de 18 años, pero sólo tenía un rifle y era cinegético (cazador de pájaros) de profesión*" (SIC). Todo el mundo trata de sacar partida del perseguido y el Real Cine, en su cartelera anuncia la película norteamericana La banda de pistoleros, de esta forma: "*Tamayo Gavilán en el Real Cine*".

La comisión policial que mató a Tamayo Gavilán estaba compuesta por los agentes de Orden Social Nº 176, Barrios, y por Justo A. Genovés, Silvio Bizozero y Luis María Gómez Tolosa. Hasta su humilde habitación llegaron por la denuncia de una mujer. Tamayo abrió la puerta y dijo llamarse Riquelme y proceder de San Juan. Luego, el comunicado policial de siempre "*al tratar de resistirse tuvo que ser muerto*". La autopsia judicial presentaba una sola herida: un balazo en la nuca. El parte policial agrega que el pesquisa Justo A. Genovés hizo el disparo "*en defensa propia*". Los vecinos declararon que Tamayo tenía un gato a quien llamaba "*Astolfi*", el apellido de su compañero de expropiaciones .

El diario “Ultima Hora” (24-7-31) titulará: “Ni siquiera era argentino el delincuente muerto en su ley”.

[174] “Anarchia”, Nº 12.

[175] El volante titulado “Intimación” era extenso y llevaba como subtítulo “¡Muerte a Uriburu y a su horda!”. En el capítulo “Palabras previas”, se pregunta: “*¿Quiénes son Uriburu, Sánchez Sorondo, Hermelo y demás sujetos que se apoderaron de la dirección del país, a título de gobierno provisional? Pelucones supervivientes del viejo régimen conservador, cuyo arquetipo es Juárez Celman, el presidente ladrón. Ultrarreaccionarios, enemigos jurados de la clase trabajadora. Arrastrasables ignorantes, brutales y procaces, condiscípulos de aquél bárbaro coronel Falcón, que fue ajusticiado por el anarquista Radowitzky. Financistas impacientes al servicio del grupo capitalista que más oro prodiga. Intelectuales mercenarios, borrachos del saber y de las letras, cuyo farol es Lugones y que loan a Mussolini.*

Merced a estos logreros, el 6 de setiembre adquiere significación no prevista por los ‘políticos opositores’, el ‘periodismo independiente’ y la masa estudiantil, que creyeron hacer izquierdismo escoltando a los dictadores y a la tropa en el ‘histórico paseo’ desde los cuarteles a la Casa Rosada”.

Luego de enumerar los retrocesos económicos y sociales en los tres meses de dictadura, detalla el “remedio” para ello: “*A la dictadura se debe tanto crimen, atropello, desesperación y miseria. Uriburu y la horda de criminales que lo acompaña, son los responsables. A ellos dirigimos esta intimación. Estamos resueltos a exterminarlos sin reparar en medios ni sacrificios. En esta cruzada defensora de libertades y derechos, pueden acompañarnos los que quieran o sean capaces. La acción que disponemos a realizar abarcará a todo el país, graduando su potencia destructora de acuerdo a la resistencia que se nos oponga. Todos los recursos y armas serán buenas y usadas a tiempo*”.

Luego se pasa a las exigencias: “*EXIGIMOS. Levantamiento del estado de sitio y supresión de la ley marcial. Libertad de los presos por cuestiones sociales y políticas. Entrada libre a la Argentina de los deportados. Reapertura de locales e imprentas obreras clausuradas. Devolución del dinero y objetos robados por la policía en los allanamientos de domicilios de obreros y militantes revolucionarios. Suspensión de embargos, remates y desalojos contra los colonos. Libertad de Ares, Gayoso y Montero, víctimas del odio de clase y dignos representantes del proletariado consciente*”.

Luego viene la advertencia: “es*ta intimación tiene que ser acatada, de lo contrario sepan Uriburu y su horda fusiladora que nuestras balas les buscarán el cuerpo. Y sepan la banca, el comercio, la industria, los terratenientes, los hacendados, las empresas frigoríficas, ferroviarias y navieras, que la resistencia del gobierno provisional les originará pérdidas por el valor de muchos millones. Les damos plazo hasta el 20 de enero de 1931*”.

Y agrega: “*El 20 de enero de 1931 debe ser recordado por todos nosotros . A partir de esa fecha miles de manos vengarán afrentas que la dictadura nos ha inferido, iniciando la sistemática destrucción de los bienes del capitalismo. Morirán los que tengan que morir, arderá todo lo que tenga que arder. ¡Manos a la obra! Nosotros, que no*

tememos el estado de sitio ni a la ley marcial, iniciaremos la batalla. ¡Ayudadnos trabajadores del campo y las ciudades!".

El volante está firmado por "*GRUPO DE ACCIÓN LOS JUSTICIEROS*". Lleva fecha diciembre de 1930.

[176] La referencia sobre la ayuda financiera de Di Giovanni a la "misión" Schirru fue dada por Giuseppe Güelfi a la Publica Sicurezza de Massa, el 19-4-1931, quien develó los detalles del operativo.

La "misión" Schirru terminó con su apresamiento por los cuerpos de represión fascista. Su fin fue casi idéntico al de Severino. Fue condenado a muerte y murió con gran coraje. La escena de su fusilamiento es descrita así por Giuseppe Fiori ("El anarquista Schirru"): "*29 de mayo de 1931, lo despiertan a las 2.30. Es el sacerdote de la cárcel. El condenado, con gentileza rechaza la asistencia religiosa. Su última voluntad es de escribir a su madre y a Minnie. Le dan papel y lapicera. Luego es trasladado al fuerte de Casa Braschi. Arriban a las 4.20. Es noche sin luna. Le atan al condenado las manos por detrás de la espalda y lo atan a un banquillo. Amanece. En el silencio, una voz. Es él, Schirru que grita: '¡Abajo el fascismo! ¡Viva la anarquía!'. Una descarga de fusilería. Todavía no había cumplido 31 años. Como el ataúd es corto, le quitan los zapatos y le alzan un poco las rodillas para poder meterlo. Para poder cerrar el ataúd dos militares deben sentarse encima*". (Ver Giovanni Artier, *Tre ritratti politici y quatro attenttati*.)

[177] Declaraciones del doctor José María Lunazzi al autor (2-1-88). El mismo me relató que Severino, Paulino Scarfó y los hermanos Prina, de La Plata, habían preparado un asalto a un pagador de la Universidad de esa cuidad, en setiembre de 1930. Que ya todo preparado, Severino desistió al ver que a esa hora la zona estaba poblada de estudiantes y que el hecho podría afectar a alguno de ellos. Este hecho me fue confirmado por Antonio Papaleo quien actuó en la logística del proyecto. El día anterior, Paulino Scarfó, que se había preparado muy bien para el asalto se pasó más de una hora recitándole a Papaleo poesías en la Plaza Moreno, todo de memoria. Cuando Di Giovanni hizo la seña de desistir del asalto en el patio de la Universidad faltaban apenas segundos para llevarse a cabo. De regreso a la casa que habitaban, Paulino le reprochó a Severino haberse equivocado ya que todo se iba a hacer sin disparar un tiro. Severino lo escuchaba mientras comía manzanas. Paulino finalizó: "*estoy seguro que fue América la que te convenció*". Severino no contestó.

Papaleo describió así a los expropiadores que él conoció: "*Roscigna era el cerebro de los expropiadores. Lo que más le gustaba era liberar a los compañeros presos: el fue quien preparó la huida de Sobradello (Capitán Paz) las dos veces de La Plata, el que planeó la fuga de Punta Carretas, la de Radowitzky en Tierra del Fuego, etc., etc. Paulino Scarfó era introvertido, se lo pasaba leyendo, pero jamás dio un paso atrás cuando había una misión peligrosa. Morán, cada vez que salía de la casa le decía a su mujer que no sabía si iba a volver. Se la jugaba siempre. Iba siempre al frente. Era muy vigoroso en cuanto a fuerza y arrastre. Los compañeros lo querían mucho. Astolfi era un gringuito rubio, muy inteligente. De Tamayo Gavilán sólo puedo decir que lo recuerdo que venía a nuestra*

panadería de Ensenada, a la madrugada, y que vestía un sobretodo que le iba muy grande. Di Giovanni era un hombre pura generosidad pero lo perdía su temperamento muy nervioso. Siempre tenía trabajo para todos los compañeros y por eso algunos trataban de no encontrarlo. El único vicio que tenía era comer manzanas. Así como le endilgaron lo de las camisas de seda, así los enemigos de él decían que Severino sólo comía manzanas de California, que en aquel tiempo era un lujo. Pestañeaba seguido porque era bastante miope. Siempre tenía calor, cuando llegaba a algún lugar tenía el mismo gesto: se sacaba el saco y se abría la camisa. Vivió unas semanas en mi casa y mi madre creía que se trataba de un abogado".

El doctor Sánchez Viamonte relató al autor relató al autor de este libro la siguiente anécdota de Alfredo Palacios, el diputado y dirigente socialista. En un viaje a La Plata en tren, reconoció a un hombre sentado enfrente de él, que dormía plácidamente. A Palacios la figura le pareció conocida y lo despertó: "*Tenga cuidado amigo* —le dijo— *que lo andan buscando. Yo a usted lo conozco por los diarios*". El que dormía era Severino Di Giovanni, quien le agradeció a Palacios y añadió: "*Yo también lo conozco a usted por los diarios*".

Los compañeros sobrevivientes confirmaron esta predisposición de Severino a dormirse en los trenes.

En la quinta "Ana María", Severino y América tuvieron a veces situaciones difíciles, como por ejemplo, un domingo que repentinamente se le presentaron los dueños de la casa —el ingeniero Chiocci y su mujer— a visitarlos y ver cómo tenían la quinta. Mientras Severino le mostraba las flores, las verduras, el criadero de pollos y el maizal, América la hizo pasar a ella al dormitorio —"*la única pieza presentable*"—, porque en las demás había publicaciones de todo tipo. Pero la mujer del ingeniero al parecer no se apercibió de nada. Hizo sólo un comentario: "*qué lindos dientes tiene su marido*", le dijo a América. Esta, por su parte pensó: "*Podías mirar otras cosas*". (Relato de América Scarfó, del 12-4-73.)

Pese a la persecución y que en cualquier momento podía caer la policía a buscarlo, Severino dormía a la noche profundamente. Cosa que no podía hacer América quien estaba alerta siempre a todos los ruidos. Cuando afuera algo rompía el silencio en la quinta, América, sobresaltada despertaba a Severino quien casi sin despertarse contestaba automáticamente: "*son los árboles*".

[178] Versiones de la época señalaban que la defensa de Franco había sido hecha por Afredo Palacios o por el doctor López Lecube. Sobre esta versión inquirí al hermano del teniente Franco, el ingeniero Franco Páez, residente en Mendoza. Me señaló que el doctor López Lecube —conocido jurista— lo asesoró pero le advirtió: "*que todo iba a ser inútil*", a pesar de lo cual, Franco insistió. López Lecube estaba vinculado a Franco a través de la señora de éste, Pepita de Arzuaga.

En marzo de 1973 leía en la revista "Vea y Lea" un reportaje al escritor Pavón Pereyra quien reproduce estas palabras de Juan Perón: "*Ningún motivo es suficiente para privar a un hombre de lo que Dios le ha concedido. Yo inspiré el famoso*

alegato del teniente Franco en la defensa de Severino Di Giovanni, y mil veces lo reiteraría". Ante esta afirmación consulté al ingeniero Franco Páez , quien me respondió: "*No es cierto. Perón en aquel momento era ayudante del comandante en jefe, general Medina, el mismo que puso el cúmplase al fusilamiento. Perón estuvo con el golpe de Uriburu, mi hermano era secretamente radical. Además, entre los dos había cierta enemistad, lo mismo que con Pedro Eugenio Aramburu, el mas tarde general. Los tres se conocieron en Santiago del Estero*".

Con respecto a lo aseverado por Franco en la defensa de Di Giovanni se ve corroborado en las actas del juicio (M. 1 Res. Sumario de guerra Nº 249/930, CSGM). Las pruebas policiales presentadas son la pistola Colt 45 C. 151450, automática, Governement Model, un cargador con seis cápsulas llenas y otro cargador con una cápsula llena y cinco vacías, es decir, que Severino habría hecho sólo cinco disparos. La otra prueba presentada es el plomo extraído del cadáver del agente de policía muerto por Di Giovanni. Pero no presenta el plomo que mató a la menor Berardone.

En la misma sentencia de muerte de Di Giovanni, figura el siguiente párrafo contra Franco: "*Que el defensor del procesado llevado sin duda por el calor de la improvisación ha vertido conceptos que no se ajustan a los principios que impone la disciplina, ley básica de la que un militar jamás puede prescindir y que constituyen la infracción prevista en el último párrafo del art. 358 del Código de Justicia Militar*".

[179] Anarquistas expropiadores que fueron compañeros de celda de Cortucci nos ha relatado que fue Cortucci quien dio a la policía la pista de la quinta "Ana María", sin que por eso se lo tome directamente como una delación, ya que el planteo de Cortucci era bastante lógico: durante días enteros aguantó bárbaras torturas sin hablar hasta que por lo menos pasaran 48 horas del momento en que él había quedado citado con Di Giovanni en la quinta "Ana María". El calculó que al no presentarse a la cita, Di Giovanni se daría cuenta de que algo raro pasaba, y averiguaría que él —Cortucci— había caído en manos de la policía y levantaría de inmediato vuelo de Burzaco con toda su gente. Más, cuando la policía le muestra el diario en que se informa de la captura de Di Giovanni, Cortucci piensa que ante ese hecho, los que quedan en la quinta "Ana María" desaparecerán de inmediato de allí. Es entonces cuando Cortucci, en medio de otra sesión de "ablandamiento", en la madrugada en que estaban juzgando a Di Giovanni, da la dirección de la quinta convencido de que la policía va a encontrar allí sólo una casa vacía.

Esos mismos anarquistas reconocieron que tanto Di Giovanni como Paulino Scarfó y los otros compañeros cometieron una doble impudencia. El primero, al ir a una imprenta que sabía que podía estar vigilada, y los segundos, al no abandonar de inmediato la quinta una vez producida la detención de Di Giovanni.

Dos años después, en un artículo que América Scarfó escribe para el periódico francés "L'en dehors" (marzo, 1933, pág. 80) titulado "Nuevos detalles sobre la tragedia de Buenos Aires", dice textualmente: "*Es cierto, este desgraciado*

compañero dio a la policía la dirección de nuestra casa en Burzaco. Yo he ido a conversar personalmente y tengo una carta de él donde me confiesa la verdad. Pero ¿cómo considerarlo un delator luego que una misma vio con sus propios ojos las barbaries de que son capaces esas bestias salvajes? Cortuci es una víctima de la policía argentina que recurrió a todos los métodos para arrancarle la información deseada. Fue la que condujo a la catástrofe de Burzaco. Resistió durante diez días, después —sometido a indecibles sufrimientos—, cederá. Tal vez otro, más fuerte, hubiera podido resistir sin hablar. Pero todo el mundo no tiene sangre de héroe. Yo siento por Mario Cortucci —a quien los jueces han condenado a prisión perpetua— un gran sentimiento de piedad. Creo que el recuerdo de su falta agravará todavía más sus sufrimientos".

Meses después de este artículo, Mario Cortucci, con otros anarquistas encabezará una rebelión de presos y, a la cabeza de ellos, caerá muerto bajo las balas de los guardiacárceles. El hecho ocurrió en la cárcel de Caseros, en los pabellones 1 y 9, donde se hallaban presos treinta anarquistas. Mario Cortucci actuó con gran valentía, tratando de abrir paso a sus compañeros con un arma de fuego. La represión la efectuó el regimiento 3 de infantería, con ametralladoras. A Cortucci lo secundó Ramón Pereira, quien llevaba una bomba fabricada en la celda. Esta le explotó y le llevó la mano derecha. Cortucci recibió dos heridas mortales. Tenía 31 años. Cuarenta años después, el autor de este libro habló con Ramón Pereira, ya anciano, quien había pasado su vida en la lucha por sus ideales y en la cárcel. En la década del 70, Pereira, lisiado, era vendedor de golosinas en el zoológico.

[180] Cuando el periódico "L'Adunata dei Refrattari" de Nueva York informa sobre la muerte de Juan Márquez y Braulio Rojas, dirá lo siguiente: "*Juan Márquez, de 27 años, argentino, anarquista y chofer de profesión había sido detenido varias veces por la policía por resistencia a la fuerza pública, y en 1928 fue condenado a siete años de prisión por el robo de un automóvil. El 7 de diciembre de 1929, estando detenido en la cárcel de Rosario, aprovechando un momento de distracción del carcelero que lo conducía a la enfermería y de su gran agilidad, salió a la calle tal cual se encontraba —en camiseta y calzoncillos—, se apoderó del primer automóvil que encontró y logró evadirse casi milagrosamente. La singularidad de esta cinematográfica huida dice bien de la índole de su carácter. Era un muchacho todo coraje y cariño y, como sus compañeros, dedicaba toda su actividad a la propaganda. En esos días cuando cayó no pensaba en otra cosa que en el periódico que iba a aparecer en esos días y gozaba ya pensando cómo se iban a poner rojos de ira los buenos burgueses al tener que leer las razones de los anarquistas, a los que la dictadura con tanto celo se esforzaba en tener amordazados. Sabía qué le esperaba y no se movía si no estaba armado con sus pistolas 45 con sus cargadores de recambio, pronto a defender su vida hasta el último esfuerzo. Conocía las torturas que se practican en las mazmorras de la policía y estaba decidido a no caer otra vez. Cuando huye de la casa de Burzaco esperaba tener tiempo para salvarse. En cambio, cae con el pecho destrozado por una cerrada carga de fusiles y no sabemos, si tuvo tiempo de usar sus armas. Ha muerto llevándose muchos secretos preciosos para la policía y el sueño generoso del cual junto a Paulino Scarfó —de quien era un amigo*

inseparable— apenas comenzaban a ver su realización. Conocía profundamente la doctrina anarquista y no tenía otro deseo más ferviente que verla propagada difundida. Y cuando la propaganda y difusión era obstaculizada e interdicta por la feroz represión, aceptaba la lucha sobre el terreno que imponía el enemigo, sin quejas, como un deber que se cumple con el corazón alegre y la inteligencia abierta. Murió frente al enemigo con las armas en la mano, en la buena batalla".

América Scarfó lo recordaba como "*un muchacho siempre alegre, amigo de bromas*". Usaba el seudónimo de Mardoqueo.

"La Nación" califica tanto a Márquez como a Rojas de "*forajidos*". Del primero confirma que en Rosario había sido condenado y que había huido de un hospital adonde había sido llevado, el 7 de diciembre de 1929. De Rojas señala que no tenía antecedente policial alguno y que había nacido en España, en 1902 y "*aparecía como contratista de obras*".

De Braulio Rojas dirá "L'Adunata": "*Braulio Rojas conocido por su actividad anarquista en Rosario y Córdoba era totalmente desconocido por la policía de la Capital y no tenía antecedentes judiciales. Tenía 29 años de edad, era argentino y albañil de profesión. Los periódicos lo han descrito como un gran y terrible delincuente, pero en realidad no saben nada de él. El hecho de haberlo descubierto en los alrededores de la casa de Burzaco, sobre la cual desde ahora dominará la sombre de Severino Di Giovanni, basta a la fantasía de los periodistas plumíferos a sueldo para vender los más innobles mentiras. En verdad, el compañero Rojas hacía poco que se había unido con Scarfó, impulsado sobre todo por la imposibilidad que cada espíritu apasionado e intrépido encontraba para actuar útilmente en favor de las propias ideas anarquistas en los cuadros de la así llamada vía legal. El había comprendido profundamente la tragedia del movimiento anarquista argentino: había visto a los hombres desaparecer poco a poco y aparecer en la soledad de la cárcel, de la interdicción, del exilio; había asistido a la desaparición instantánea de las instituciones obreras, de los periódicos ideológicos, a la juventud perderse en deportes en los cuales se degenera la inteligencia y se ofusca la conciencia; a la ciudadanía entregarse a todas las infamias de la dictadura. Y no estaba dispuesto a silenciar los ímpetus de su corazón generoso. Eludió la vida impotente de los más que no se podía conciliar con la furia rebelde de su temperamento de luchador, y se lanzó al peligro con la conciencia plena de sus actos y de las consecuencias que iba a encontrar. Llevó un tesoro precioso de energía y de joven entusiasmo a sus compañeros de lucha. Y cae, demasiado pronto, desgraciadamente, en la emboscada que el orden —contra el cual se había rebelado— le tendió en Burzaco*".

[181] Atilio Angonelli —antiguo vecino de Burzaco y cuya tarjeta de visita decía: "*Primer jefe. Asociación de Reservistas Almirante Brown*"—, único testigo sobreviviente de la captura de Paulino Scarfó y del allanamiento de la quinta "Ana María" nos dio algunos detalles interesantes. Nos relató que, oído el tiroteo, corrieron a ver qué pasaba un grupo de vecinos y que cuando llegaron ya lo tenían a Paulino Scarfó esposado y contra un cerco. Así lo tuvieron largo rato y se fue juntando gente. Al responder los oficiales de policía al público de que se trataba de un "*terrible asesino y pistolero*", algunos con el evidente propósito de

congraciarse con la autoridad comenzaron a insultar al preso y se le fueron aproximando amenazadoramente. Fernández Bazán los dejó hacer, le venía bien como etapa de "ablandamiento" del anarquista. Paulino los miraba a todos con indiferencia pero cuando vio que ya lo iban a atacar, abrió los labios para decir:

—¿Por qué se rompen? No ven que mañana me van a fusilar...

Esa frase, dicha casi con indiferencia, tuvo la virtud de parar a los que daban muestras de agresividad.

El mismo Atilio Agonelli —que firmó las actas policiales del allanamiento y de la versión policial del tiroteo, como testigo (Orden Social Nº 62907, tomo V)—, nos relató el siguiente hecho: "*nunca me voy a olvidar de ese episodio porque en el mismo perdí unas copas de champaña de finísimo cristal francés. Por la tarde del mismo día, el comisario Foix nos pidió a los vecinos que estábamos presentes en la quinta 'Ana María' si no podríamos facilitarle unas copas de champaña. Inmediatamente accedí y les traje las mías. Evidentemente eran para ponerlas allí, sobre la mesa del comedor y tomar unas fotografías a fin de hacer aparecer que Di Giovanni y demás habitantes pasaban una vida rumbosa y hacían orgías.* (En aquel entonces el champaña era la bebida clave símbolo de riqueza o de la vida ligera y licenciosa.) *Cuestión es que se las dejé y cuando las fui a retirar me devolvieron unas de cristal ordinario, sin ningún valor. Ante mis protestas me dijeron que eran las únicas que quedaban*".

La revista "Caras y Caretas" reproducirá fotografías de la quinta. Se ve allí canteros limpios y bien cuidados. Pero, no sea que los lectores se dijeran: "*Esta es una quinta normal*", por eso se lo "*ayudaba*" a tomar conciencia con este título: "El cuartel general de la temible banda de asaltantes" y "Sugerente aspecto de los jardines que rodeaban a la residencia de los bandidos, a cuya sombra se proyectó más de un asalto horrendo". Aunque en un epígrafe, el redactor se traiciona un poco al escribir: "*Uno de los senderos del jardín de la casa, cuya frondosa vegetación y poético arbolado parecían más bien el refugio de un artista*".

[182] En el artículo mencionado de "L'en dehors", América Scarfó describirá así la despedida: "*Nuestra conversación fue interrumpida varias veces. Un militar tuvo con Severino una discusión sobre un libro de Lombroso y como Severino se expresó con mucha calma y sentido común, el militar exclamó: 'Creía que iba a encontrar a un hombre espiritualmente destrozado'. A lo que Severino respondió: 'Amo demasiado la vida, pero no deploro mi destino, al contrario, éste reafirma la razón de mi existencia. Morir así es una forma de vivir la vida más intensamente'. Al sacerdote que, de cuando en cuando, renovaba sus intentos y, en cierto momento, intentó acariciarle la frente, Severino le dijo con gesto vivaz: 'no me ensucie la frente'.*

Cuando llegó la hora de separarnos —continúa América en el artículo— *yo lo pude abrazar. Y al mismo tiempo le aseguré que guardaría siempre su recuerdo. 'No te preocupes más —me respondió—, vive tu vida. Te pido solamente ser una segunda madre para mis hijos, como lo fuiste hasta ahora'*".

[183] Días después, en un reportaje que le hace "Crítica" al actor José Gómez, describe así lo que vio: "*El fusilamiento de Di Giovanni fue una emoción*

punzante, jamás experimentada por mí. Me permitieron estar treinta minutos observando la celda. Allí estaba el famoso Di Giovanni vistiendo traje azul, el saco abierto en el cuello como una camisa sport, zapatillas y medias rotas en el talón. Aún no le habían colocado los grillos y esto lo dejaba caminar por el calabozo. De vez en cuando llevaba sus manos esposadas a la cabeza. Y peinaba su melena rubia. Lo vi morderse los labios y acariciarse el mentón. Estaba nervioso pero aparentaba no estarlo y por eso su nerviosidad era contenida. Los minutos se hacían interminables y el hombre enjaulado parecía querer apresurarlos caminando de un ángulo a otro de la celda.

Yo estaba impresionado, pues nunca en mi vida había presenciado un espectáculo semejante. El hombre cuyo solo nombre provocaba terror iba a morir dentro de breves instantes. Podía verlo a través de los gruesos barrotes, con el rostro encendido, su mirada firme, punzante, terrible. Rebosaba salud y su cuerpo musculoso iba a ser abatido por las balas del pelotón que se hallaba en el patio de la penitenciaría.

Severino Di Giovanni quería permanecer sereno. Esta decisión podía leerse en su mirada. Pero en sus menores movimientos saltaba a la vista su excitación nerviosa. De pronto preguntó:

—¿No vamos todavía...? ¿Falta mucho?

Y dirigiéndose al cura, agregó con voz pausada:

—¿Quiere decirme la hora...?

El cura extrajo su reloj y lo colocó junto a la mirada del reo.

Las cinco menos veinte —dijo.

Di Giovanni respondió:

—Gracias...

La escena que acabo de relatar me produjo una intensa emoción, desconocida para mí. He visto a los más grandes trágicos extranjeros en las creaciones más espectaculares. Ni Zaconne, ni Grasso, ni Borrás lograron impresionarme tanto como la ceremonia que se desarrollaba ante mis ojos. Y es que yo sabía que me encontraba frente a la realidad, a la trágica realidad. Asistía al final de un destino. Del destino de un hombre que debía pagar su deuda a la sociedad. Como no quería perder detalle tuve que hacer un esfuerzo para sobreponerme a la emoción.

De pronto se acerca un soldado portador de una orden. Los guardiacárceles se separan. La puerta de la celda se abre y Di Giovanni dice con un suspiro de alivio:

¡Ah...! ¿Vamos ya?

Comenzamos a caminar por el pasillo de 25 metros más o menos. El reo, apresurando el paso nos obligaba a andar ligero. Al llegar al final, el sargento le dijo:

—Un momento. Párese.

El reo se sienta. Llega el herrero con la barra que coloca a sus pies. El ruido del remache sonó fúnebremente. Le colocan un piolín entre las manos esposadas. Di Giovanni inquiere:

—¿Para qué es esto?

—Para que pueda caminar.

Vuelve a interrogar al soldado:

—Ya es hora. ¿Vamos ya?

—Un momento. Hay que esperar la orden.

El condenado a muerte guarda silencio. Mira a un lado y a otro y baja la cabeza para observar la barra que traba sus pies. Habla.

—¿Quiere hacerme el favor de ordenar que me traigan una tacita de café?

El sargento le dice al soldado que le sirvan al reo el café. Y el preso, dirigiéndose al soldado, le dice:

—Que sea dulce ¿eh?

Al rato le acercan el pocillo que agarra con sus manos esposadas y lo lleva a sus labios sin el más mínimo temblor. Lo prueba. Mueve la cabeza y un poco disgustado, dice:

—¡Caramba! Lo pedí dulce. Está un poco amargo... me gustaba muy dulce el café.

Vacía la taza en cuatro sorbos. Pasa el pañuelo por su boca y agradece con una palabra.

Faltan cinco minutos. El reo se pone de pie y va a dar un paso largo olvidándose que se halla engrillado. Tambalea. Pero, reponiéndose en seguida, explica:

—Claro... esto no me deja...

Debe subir tres escalones y la barra lo imposibilita. El sargento ordena:

—Que traigan una silla.

Pero Di Giovanni se opone, diciendo:

—¡No... qué silla! Lo que necesito es una pequeña ayuda.

Después, ustedes ya conocen lo ocurrido. Durante el transcurso de la ceremonia trágica he sufrido. Fue una emoción punzante, jamás experimentada por mí. Y es que no estaba en una butaca, frente a una ficción, estaba ante la realidad...".

[184] En 1970, Raúl González Tuñón señaló al autor de este libro que su hermano Enrique escribió esa crónica para "Crítica". Los dos hermanos trabajaban en la redacción de ese vespertino. Enrique González Tuñón, autor de *Camas desde un peso y Tangos*, falleció en 1943, a los 42 años.

[185] Roberto Artl, *Obras Completas*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1981, tomo II.

[186] En un original que se conserva en el Instituut voor Sociales Geschiedenis, de Amsterdam (carpeta Ugo Fedele), firmado por Ugo Treni, relata un episodio que viene a poner el punto sobre la i en cuanto al mito popular de Di Giovanni. Dice así: "*La vida como la muerte de este hombre, gracias sobre todo a la mentira con que la prensa lo había rodeado por largos años, fue para el pueblo algo aproximado a lo fantástico y de una grandeza que daba miedo, pero un miedo que tenía algo de supersticioso y que no estaba lejos de la admiración que frecuentemente encuentran para los seres excesivamente fuertes o que la leyenda los va creando así. Un episodio, relatado también por algún cotidiano de la capital argentina iluminará mejor lo que sostengo: después de su muerte, el cuerpo de Severino Di Giovanni fue enterrado en un cementerio, llamado de la Chacarita, cuando, un día después de su sepultura, algunos guardianes del cementerio, para eliminar flores marchitas y ramajes diversos hicieron una fogata con ellos. La gente del vecindario viendo este espectáculo —por demás bastante frecuente— de llamas que se elevaban del cementerio, comenzaron a decir que*

ese fuego partía de la tumba de Severino. Este rumor se difundió y alarmó tanto a la gente que los diarios debieron escribir la explicación de lo ocurrido para poder pacificar a la opinión pública. Esto puede dar ya una idea de la imaginación de la gente sobre la figura de Di Giovanni, no digo sobrenatural pero por lo menos fantástica de este hombre que aunque muerto y enterrado, seguía infundiendo pavor".

[187] "Crítica" (2-2-31), relata así ese momento: "*Paulino Scarfó estuvo con dos de sus hermanos en la celda, ayer por la tarde. Le dijeron que sería tal vez posible la conmutación de la pena siempre que pidiera gracia al Tribunal Supremo o al presidente de la Nación. Pero él les repuso, con tono indignado: 'No. Un anarquista nunca pide gracia'. Ante las insistencias de sus hermanos y de un cuñado respondía invariablemente diciendo que estaba tranquilo y lo único que pedía era que se acelerara la ejecución 'para no tener que soportar más la tiranía de las esposas'*".

[188] David Armando Lavori (quien había modificado su apellido ya que se llamaba Mangialavori), llegó a teniente coronel. Falleció el 29-3-64. Estaba casado con Ida Biondi Jackson.

[189] Ese año estaba de moda el lema "*automóviles para señoritas*". Quedaba bien, era distinguido, la joven mujer al volante. Justamente en medio de las crónicas de los fusilamientos de Severino y Paulino se ven avisos en ese sentido. "Crítica", a cinco columnas por 30 centímetros, trae una foto de una joven de la sociedad porteña al volante de un último modelo, y dice así: "*Señorita Elvira Láinez Peralta Alvear: cuando maneja ella misma, la señorita Elvira Láinez Peralta Alvear halla comodísimo su Sedan Chevrolet. Y lo prefiere, pues le encanta su pique, su velocidad, lo liviano que es de manejar y lo fácil que resulta estacionarlo en sitios reducidos. Las puertas amplias, cómodas, los herrajes de rico material y de hermoso diseño; el equipo de lujo completo halagan nuestro sentido de lo hermoso*".

[190] Por último —en este artículo— Fabbri reprocha la pequeñez del diario "Risorgimento", del Partido Socialista Italiano en Buenos Aires —representante de "*los italianos unidos para la lucha contra el fascismo*"— que en su edición del 12-2-31 escribió un artículo contra Di Giovanni "*para hacer méritos* —dice Fabbri— *y ser tolerados por la dictadura. Un articulito pésimo, injusto y estúpido, que ultraja a un muerto que se hubieran guardado bien de atacar estando vivo. Por lo menos hubieran tenido la virtud negativa del silencio, pero ni eso...*". El autor del artículo, Francesco Frola, escribirá años después en sus memorias esta anécdota: "*Una mañana, a eso de las 8, entró en mi oficina un joven, alto. Vino directamente a mi escritorio:*

—¿Usted es Frola?

—Sí.

—Soy Di Giovanni— y se abrió la chaqueta, que estaba abotonada, y me mostró una cartuchera bien guarnecida y un revólver.

—Sé que tengo pocos días de vida. De un momento al otro me pueden arrestar. Están sobre mi pista noche y día. No tengo sus ideas pero veo que usted combate sinceramente. Si tiene necesidad de mí, dígamelo.

Me miró a los ojos, sonriendo. Luego miró en torno suyo, se acercó a la ventana

y escrutó la calle. Me tendió la mano y se fue rápidamente. Jamás olvidaré esa mirada ni aquel apretón de manos". (Ver *Venti anni di Esilio*). Al parecer lo olvidó muy pronto. Si la anécdota es cierta, el socialista Frola demostraba con el artículo de "Risorgimento" un increíble oportunismo. Allí se llamaba a Severino "*Fascista*", "*asesino*", "*asaltante*" "*que enfrentaba las inevitables consecuencias de una ley dura pero igual para todos*". Es decir, el diario socialista estuvo a la altura de las publicaciones más conservadoras y ultracatólicas.

Por su parte el diario fascista de Buenos Aires "Il mattino d'Italia", publicó después del fusilamiento una novela por episodios sobre la vida de Severino donde fabrica una figura al gusto de sus lectores. Estaba firmada por Aristodemo, y se denominaba a Di Giovanni "*el criminal sin escrúpulos y sin afectos*".

Por su parte, el diario fascista de Nueva York, "Il Progresso", informó a sus lectores sobre los fusilamientos. Señala que Severino "*afrontó el pelotón con cabeza alta e impertérrito y sus últimas palabras fueron su último desafío a la sociedad. Había esperado con calma la hora de la ejecución. También Paulino Scarfó afrontó impertérrito a sus ejecutores pronunciando palabras ofensivas a la sociedad y al orden constituido*". "Il Risveglio" de Ginebra, reproduce las dos crónicas fascistas y se burla así: "*Los escribas de la prensa fascista de Nueva York —que es lo más sucio de la emporcada ideología— se habían esforzado en describir un Di Giovanni tembloroso y deshecho en lágrimas implorando piedad a sus verdugos. Pero ante la unanimidad de los diarios que describieron su conducta y de Paulino Scarfó, firmes y llenos de coraje, han tenido que tragarse el sapo*".

[191] La indignación en el Ejército por lo de Franco llegó a tal extremo que también pagó los platos rotos el propio presidente del tribunal militar, coronel Risso Patrón, a quien por decreto del 4 de febrero de 1931 se lo releva del cargo de presidente del Consejo de Guerra permanente para suboficiales y tropa y se lo pasa a disponibilidad. Todo esto por no haber demostrado más energía y permitir que Franco concluyera con su alegato a favor de Di Giovanni.

[192] Acerca de la muerte de Franco hay diversas versiones. Su hermano —el ingeniero Franco Páez— sostiene que fue envenenado durante un banquete de militares. Que durante esa comida se descompuso y falleció rápidamente. Que lo atendieron médicos militares que se negaron a hacer la autopsia. La hija del teniente Franco, Perla Franco de Barker, tampoco cree la versión oficial del tifus.

Juan Carlos Franco había nacido en el Ingenio Concepción, Tucumán, el 30 de diciembre de 1898, en una familia de 14 hermanos. Integró con Atahualpa Yupanqui el dúo Chavero-Páez. En el libro *El canto del viento* Yupanqui le dedica el capítulo XV. De él dice: "*Hábil en la guitarra, buscaba en el instrumento los caminos del encantamiento y escribió versos. Y compuso vidalas inolvidables. Era algo más que un mero cantor. Había en él desvelo y conciencia y un espíritu bien rumbeado. Había leyenda y paisaje detrás de su voz. Era como la sombra de una nube larga paseando su misterio sobre un campo soleado*".

[193] La versión policial señaló que Tamayo Gavilán se trabó en lucha con los empleados policiales que hicieron un allanamiento *casual* en dicho hotel. Uno de los policías lo reconoció y le ordenó que se entregara. Como comenzó a luchar tuvo que ser muerto por el pesquisa Justo A. Genovés. Los otros se llamaban Silvio Bizozero y Luis María Gómez Tolosa.

[194] Los detalles de la huida de Silvio Astolfi están en: Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*.

[195] Este artículo se difundió también en forma de volantes por las calles de Buenos Aires.

[196] Ese "*amigo*" es él mismo, Treni. Se repiten aquí frases de la correspondencia ya transcriptas en capítulos anteriores. Se hace así para la mejor comprensión de la interpretación de Treni.

[197] Como hemos dicho, el director del penal era el doctor Alberto Viñas, nombrado por Uriburu para ese cargo. Diputado conservador, fue uno de los más activos en el derrocamiento de Yrigoyen. Fue un acérrimo enemigo del anarquismo y autor de un proyecto de ley en 1927 para que se impusiera en el país la pena de muerte. El 6 de enero de 1927 protagonizó en el "Maipú Pigall" un pequeño escandalete de "chicos bien" patoteros. La policía detuvo por estar alcoholizados al propio diputado nacional Alberto Viñas, argentino, de 37 años; a David Tezanos Pintos, 47 años, Arenales 999; a Ricardo Zuberbühler, arg. 26 años, rentista y a Rodolfo Ramón Otero, soltero, estudiante, Alsina 1219.

"La Protesta" aprovechó la oportunidad y sacó un suelto que decía: "*El diputado Viñas bien puede defender con argumentos convincentes su proyecto en favor de la pena de muerte: la delincuencia aumenta hasta entre la gente bien*".

De director de la penitenciaría, Alberto Viñas pasó a la diplomacia. Muchos años después lo encontramos en Buenos Aires. En una de las tantas redadas del tiempo de Perón, Viñas fue detenido con otros dirigentes opositores (radicales, conservadores, socialistas, anarquistas —entre ellos Diego Abad de Santillán—) y llevado preso a la penitenciaría, es decir, al mismo lugar donde había sido director. Allí, los demás presos políticos no quisieron convivir con él y lo aislaron "*por su fama de torturador*".

En el artículo citado de América Scarfó en la revista "L'Endhors", ésta lo acusa a Viñas. Dice: "*Viñas se desenfrenó en su maldad hasta propinar puntapiés al cadáver de Severino después de la ejecución*". En este sentido, el periodista Carlos González —testigo del fusilamiento, como dijimos—nos explicó que Viñas, inmediatamente después de la ejecución y del tiro de gracia, trató de dar vuelta el cadáver sin tocarlo con las manos y para eso utilizó el pie derecho para que el doctor Cirio pudiera atestiguar la muerte. Que el movimiento resultó violento ya que Viñas trató de que no se le ensuciara el botín con sangre. Si bien la actitud fue lago brutal no puede calificarse de puntapié.

[198] En el número del 2 de noviembre de 1932 se puede leer la colaboración de Aldo Aguzzi (con el seudónimo de Massimo Amaro) sobre "Fascismo

y Crisis Económica". América Scarfó —firma Josefina— titula su artículo "El engaño del momento: divorcio y voto femenino". Sostiene que el divorcio sólo sirve a las mujeres de hombres con dinero. "*De manera* —dice— *que acentúa una vez más la diferencia de clases haciendo vegetar en la penuria a las mujeres que por su condición social no puedan ser libres.*" Con respecto al voto señala que sólo sirve para elegir gobiernos autoritarios que castran el ideal de fraternidad y antiautoritarismo. Dice, por último: "*La mujer no necesita, para equipararse al hombre, el amparo del voto y del divorcio. Sólo será libre y digna cuando rompa con el temor del qué dirán y demás supersticiones; así habrá conseguido ser libre. Al libertarse de sí misma se ha emancipado y se ha equilibrado al hombre, sin esperar falsos apoyos*". Con esta tesis, América Scarfó era coherente con el ideal anarquista que negaba al matrimonio como institución y al Estado como organización social.

[199] Como dijimos anteriormente Max Nettlau se informa de los acontecimientos del Río de la Plata a través de su corresponsal, Diego Abad de Santillán. Todavía en 1935, Max Nettlau seguía censurando los actos de Di Giovanni —en una carta a Fabbri— y escribía: "*En cuanto a D. G. si él ha hecho eso del consulado y cosas parecidas ha ayudado verdaderamente a provocar la ruina de nuestro ambiente en la Argentina, ya que la burguesía al borde de la impaciencia puso a Uriburu en lugar de Yrigoyen, una magra ganancia para nosotros, ¿No es cierto?*". También en la misma carta, Nettlau critica a González Pacheco, de "La Antorcha" y enemigo declarado de "La Protesta". Nettlau llama a Pacheco "*pequeño niño maleducado que rompe todo y da unos gritos del diablo si no se le da la redacción de 'La Protesta'. Ha hecho eso tan seguido que se ha convertido en una verdadera farsa de hombre adulto. Los Di Giovanni y los González Pacheco pertenecen a la historia, al pasado*". (Ver archivo Fabbri, instituto de Histria Social, Amsterdam.)

[200] En "La Campana" de Santa Fe —28-9-1919—, escribe Abad de Santillán en el artículo "Frente a la reacción anárquica antibolchevike": "*El anarquismo y el maximalismo encarnan las mismas aspiraciones y elaboran los mismos sentimientos, y los socialistas parlamentarios y los maximalistas son tan opuestos entre sí como lo son el conservador y el revolucionario*". "*La piedra de toque para discernir lo que haya de socialismo y de anarquismo en el régimen ruso es la tendencia comunista, acentuada en él hasta el extremo que fue posible llegar. Cuando se llegue al perfecto comunismo se habrá llegado al anarquismo más perfecto. Pues el igualitarismo es la base de la existencia libertaria y no lo contrario. La libertad no existe donde no hay igualdad. El maximalismo es anárquico. Va contra el poder de Estado y es comunismo*". "*La psicología del pueblo ruso, interpretado por León Tolstoi es otro argumento contra los que juzgan autoritario y marxista el régimen bolchevike, que no es otra cosa que una actitud provocada por la vida para amparar la anarquía que nace entre los estertores agónicos del capitalismo y de la autoridad que mueren*". Luego de apoyar a Liebknecht y Rosa Luxemburg termina diciendo: "*Debemos defender la revolución social rusa y hacerla nuestra pues somos los únicos que la defendemos y la propagamos en esta región. El puritanismo libertario puede hacer objeciones a Trotski y a Lenin —en Rusia los anarquistas callan y ayudan a los soviets, prueba de cierta conformidad—, pero en la hora*

del combate sería imperdonable una actitud disconforme. Prestemos nuestro asentimiento al primer triunfo real de la ideología proletaria y reconozcamos que el impulso decisivo para la liberación de los trabajadores será una consecuencia del conocimiento de la vida en la Rusia bolchevike".

[201] Aldo Aguzzi estaba caratulado por la policía política italiana como "*anarchico - pericoloso attentatore*". Había nacido en Voghera (Pavia) el 20-8-1902. Era el segundo de seis hijos. El 28 de agosto de 1933, la prefectura de Pavia comunica al ministerio del Interior de Roma datos personales de Aguzzi. Allí se dice que estudió en el Instituto Técnico de Pavia. Que de muchacho trabajó como obrero antes de dedicarse al estudio. "*Siendo joven* —se agrega—, *se inscribió en la sección del grupo libertario de Voghera resultando pronto uno de los elementos más capaces por su inteligencia, por su audacia y por su capacidad de hacer propaganda y su facilidad de palabra. Participó en diversas manifestaciones públicas en ocasión de las cuales demostró ser de carácter violento y nada respetuoso en las confrontaciones con la autoridad. En 1923 se expatrió clandestinamente para Buenos Aires donde trabó pronto amistad con antifascistas llegando a ser uno de los elementos más activos, sospechoso de haber participado en atentados terroristas y de mantener relaciones con los anarquistas más peligrosos*".

El día de la comunicación se revela que se ha ordenado la revisación de toda la correspondencia que llega a los parientes y allegados de él en Pavia.

En Buenos Aires funda con Camilo Daleffe "La voce antifascista", apenas llegado. Su vida posterior y sus publicaciones las hemos registrado en los capítulos anteriores. Cuando volvió del exilio en Montevideo, en 1932, promovió una reunión de anarquistas italianos: el Secondo Congreso Regionale Anarchico, en Rosario. En el mismo se propendió a la unidad de todas las agrupaciones. Acerca de ese congreso, la embajada fascista en Buenos Aires —sobre informes de la policía política argentina— detalla que se dejó de lado "*al grupo 'Umanitá Nova' dando vida al grupo 'Sorgiamo' uniendo 'Umanitá Nova' con los seguidores de Severino di Giovanni*". Por el primero intervino Pietro Favetta y por el grupo de Di Giovanni, Giacomo Sabatini. La sede fue fijada en Tucumán 3210, de Buenos Aires.

La mujer de Aguzzi era cinco años mayor que él y tejedora de oficio. Vivía con sus hijas en Rivadavia 5651. Sobre ella informa la policía fascista: "*La Caiani abandonó Italia para unirse al novio en América. Él se había alejado del Reino por sus ideas políticas. Ella es amante del trabajo y de buena moralidad y jamás se ocupó de política. Proviene de familia honesta de trabajadores humildes*". Informa la misma fuente que luego del suicidio, las hermanas de Aguzzi se han vestido de luto y han hecho publicar la noticia fúnebre en el diario de Voghera. Es que la policía sigue paso a paso los detalles ya que la embajada italiana en Buenos Aires informa que: "*la policía política de Buenos Aires cree que Aguzzi está vivo y que convino con la redacción de 'L'Italia del Popolo' de anunciar su muerte para rehuir a la policía que lo buscaba para aplicarle el decreto de expulsión*". Luego de seguir a la mujer, a las hijas y de recurrir a la autopsia, por fin la policía comprueba la

muerte de Aldo Aguzzi, acaecida en Ramallo 4618, domicilio del camionero Maccarella. Aguzzi había escrito un libro: Italia bajo el fascismo, que se editó en Buenos Aires en 1934.

[202] Es curioso con qué astucia y *amplitud* la sociedad establecida premia a sus legítimos representantes, y castiga sin piedad a sus hijos rebeldes. En 1979, en plena dictadura militar de Videla —con miles de desaparecidos, presos políticos y exiliados— el diario "La Opinión", dirigido en aquel entonces y administrado por los militares proclamó las "*diez figuras nacionales*" que más se destacaron en ese año ignominioso. A doble página y con fotos de los buenos hijos elegidos: el brigadier Osvaldo Cacciatore, intendente de Buenos Aires (un "*primer premio a la ejecutividad*"), el escritor Ernesto Sábato ("*dejó de ser un gran literato, para tomar el espacio fundamental de un gran pensador, de un hombre profundo en plena lucha contra las trivialidades. No perdió ninguna oportunidad para exhortar a la vida mejor de un ser humano mejor en una sociedad mejor. Combatió el maniqueísmo y la hipocresía y tuvo la virtud de pensar la Argentina en una realidad mundial*"); Guillermo Walter Klein (el segundo hombre del ministro Martínez de Hoz); el brigadier Carlos Pastor (ministro de Relaciones Exteriores a quien le tocó enfrentar a la Comisión de Derechos Humanos de la OEA); el cardenal Primatesta ("*un ejemplo de mesura e inteligencia*" etc., etc. (Ver el ensayo de Osvaldo Bayer "Pequeño recordatorio para un país sin memoria" en *Rebeldía y esperanza*, Ediciones Z, Buenos Aires 1995.)

Parodiando a Luigi Fraterno en su artículo reproducido en el capítulo final, podríamos decir que todos ellos tendrán los bronces bien lustrados de sus tumbas. Severino Di Giovanni, Miguel Arcángel Rosigna, Paco González, *Ramé*, Silvio Astolfi, Vásquez Paredes, en cambio, jamás tuvieron tumbas. Pero a aquéllos, a los *notables* de nuestra sociedad América Scarfó no les llevará flores.